

Obra protegido por derechos de autor

EL OCASO  
DE  
OCCIDENTE

LA CAÍDA DEL  
IMPERIO  
ROMANO

ADRIAN GOLDSWORTHY



Obra protegido por derechos de autor

**Adrian Goldsworthy**

**La Caída Del Imperio Romano**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *The Fall of the West: The Death of the Roman Superpower*

© Adrian Goldsworthy, 2009  
© De la traducción: Teresa Martín Lorenzo, 2009  
© La Esfera de los Libros, S.L., 2009  
Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos  
28002 Madrid  
Tel.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06  
[www.esferalibros.com](http://www.esferalibros.com)

ISBN: 978-84-9734-864-5  
Depósito legal: M. 29.776-2009  
Fotocomposición: J. A. Diezho Editorial, S. L.  
Fotomecánica: Unidad Editorial  
Impresión y encuadernación: Preimpresión 2000  
Impresión: Anas  
Encuadernación: Gómez Aparicio  
Impreso en España - Printed in Spain

## *Agradecimientos Prefacio*

## *Introducción. La gran pregunta La pregunta Las fuentes*

# PARTE I

## ¿CRISIS? EL SIGLO III

### I. El reino dorado

*«Los hombres más honorables»: los gobernantes del Imperio «Los hombres más humildes»: los pobres y el resto El emperador filósofo*

### II. El secreto del Imperio *Pertinax. El hijo del liberto*

*«Un muro alrededor de las provincias». El ejército romano*

*Un emperador de Africa*

### III. Las mujeres imperiales

*Las mujeres de la dinastía Severa Los emperadores adolescentes*

*El final de una edad de oro*

### IV. Rey de reyes

*Persia, el nuevo enemigo La muerte de un emperador ¿Un enemigo en casa? Derrota y humillación*

## V. Los bárbaros

*Los germanos Fronteras en crisis El Imperio galo*

*Las hordas bárbaras*

## VI. La reina y el emperador «necesario»

*La reina de Palmira El restaurador del mundo Asesinato y guerra civil*

## VII. Crisis

*Darle al César lo que es del César: el dinero y la economía Senadores y caballeros Sobrevivir a la crisis*

## PARTE II

### ¿RECUPERACIÓN? EL SIGLO IV

## VIII. Los cuatro: Diocleciano y la tetrarquía

*La creación de la tetrarquía El crecimiento del gobierno Aspiraciones y realidad*

## IX. Los cristianos

*Constantino La Iglesia*

*El emperador cristiano*

## X. Rivales

*El usurpador renuente*

## XI. Enemigos

*Un ejército con un «nuevo modelo» Un nuevo César en la Galia*

## XII. El pagano

*Guerra en Oriente Fe y gobierno*

## XIII. Los godos

*Emigrantes Camino al desastre Adrianópolis y sus consecuencias*

## XIV. El este y el oeste

*El Imperio dividido: el mundo a finales del siglo IV El Imperio cristiano*

## PARTE III

### ¿LA CAÍDA? SIGLOS V Y VI

XV Los bárbaros y los romanos: generales y rebeldes *Estilicón*

XVI. La hermana y la Ciudad Eterna

*Gala Placidia*

*Bandas de guerreros y ejércitos*

XVII. Los hunos

*De las estepas al Danubio*

*Una nueva amenaza en el Danubio*

*El último romano*

XVIII. Se pone el sol en un extremo del Imperio

*Britania El final Tras el fin Invasores*

XIX. Emperadores, reyes y caudillos *Poder perdido y encontrado*

*Un mundo cambiante*

*El último emperador*

XX. El oeste y el este *Los nuevos reinos El Imperio que no cayó*

XXI. Auge y caída

*El antiguo enemigo Hacia el oeste*

*Un nuevo mundo: la época de Justiniano y el periodo posterior*

*Conclusión. Una respuesta sencilla Epílogo. Una moraleja aún más sencilla*

*Notas Cronología Glosario Bibliografía*

*índice onomástico*

## AGRADECIMIENTOS

A ntes de comenzar, lo mínimo que puedo hacer es expresar mi agradecimiento a las numerosas personas que me han ayudado a escribir este libro y han escuchado mis ideas con paciencia. Algunas de ellas han leído diversas versiones del manuscrito y me han brindado numerosos comentarios que me han sido de gran utilidad. Me gustaría dar las gracias en especial a Geoffrey Greatrex por encontrar el tiempo para leer todos los capítulos, pese a su apretada agenda de clases e investigación en la Universidad de Ottawa. Tanto Kevin Powell como Perry Gray también tuvieron la amabilidad de leer el texto. Todos lo comentaron con claridad y pertinencia y no puedo sino lamentar que la falta de espacio no me haya permitido incluir alguna de sus sugerencias. Ian Hughes también leyó y comentó los primerísimos borradores de todos los capítulos y, dado que el tema de este libro es de su gusto, seguramente habrá disfrutado de ello. Por fin, no puedo dejar de darle las gracias a mi madre, Averil Goldsworthy, que ha corregido las pruebas de casi todos mis libros y estaba cansada de conformarse con un agradecimiento general para familia y amigos. Todas

estas personas cuentan con mi más sincera gratitud y han colaborado para que este libro sea mejor de lo que habría sido sin ellos.

También me gustaría dar las gracias al personal de Orion Publishing, y en especial a mi editor, Keith Lowe, por todas las horas invertidas en convertir un texto desnudo en la obra terminada que tienen entre las manos. Debo similar gratitud a Ileene Smith y al equipo de Yale University Press, tanto por su trabajo con *César* como por sus futuros esfuerzos para con este libro. Por último, debo darle nuevamente las gracias a mi agente, Georgina Capel, por crear una vez más las circunstancias que me han permitido hacer justicia a un tema de tanta envergadura.

## PREFACIO

Si hay algo que la gente todavía recuerda sobre el Imperio romano es que cayó. Se trata sin duda del dato más conocido sobre la antigua Roma, del mismo modo que Julio César es el romano más famoso del mundo. La caída de Roma es un acontecimiento memorable debido a la larga vida de su Imperio: después de la muerte de César perduró más de quinientos años en Italia y las provincias occidentales, mientras que el Imperio de Oriente duró tres veces más, dado que los emperadores se mantuvieron en el poder en Constantinopla hasta el siglo XV. El Imperio romano fue también excepcionalmente grande -ninguna otra potencia ha controlado jamás todos los territorios que circundan el Mediterráneo- y dejó sus huellas y su influencia en numerosos países. Aún hoy sus monumentos resultan espectaculares: el Coliseo y el Panteón en la propia Roma, además de teatros, acueductos, villas y vías repartidos a todo lo largo y ancho de sus provincias. Ningún otro estado de cualquier época construiría una red tan inmensa de caminos hasta el siglo

XIX...y en muchos países ese tipo de infraestructura no existiría hasta el siglo XX. El Imperio romano suele considerarse muy moderno y sofisticado (cristales en las ventanas, calefacción central, casas de baños y cosas por el estilo), sobre todo por los que visitan los museos y monumentos. Todo esto hace todavía más sorprendente su caída, en especial porque, en comparación con la vida en el Imperio romano, el mundo que surgió de entre sus ruinas resulta tremendamente primitivo. La denominación de «Edad Oscura» para la Edad Media está muy arraigada en la mente de la gente, a pesar de que es un término que los estudiosos han dejado de utilizar hace mucho tiempo.

¿Por qué se hundió Roma? Este continúa siendo uno de los grandes interrogantes de la historia. En el mundo anglófono, la «caída» está inevitablemente ligada a la «decadencia», porque el título de la monumental obra de Edward Gibbon ha quedado firmemente grabado en la conciencia colectiva. Ningún otro libro de historia del siglo XVIII ha sido publicado con tanta regularidad en diversas formas y ediciones hasta el día de hoy. Se han escrito muchísimos más libros sobre el tema, y algunos han presentado un análisis más perspicaz del asunto, pero ninguno ha cuestionado el puesto de *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano* como una de las obras fundamentales de la literatura inglesa. En los últimos años de su vida, a Gibbon le gustaba pensar que convertirse en historiador y escribir la crónica de la caída de Roma había sido una elección del destino. Afirmaba que la inspiración le había llegado en un momento específico:

Estaba en Roma, era 15 de octubre de 1764 y me hallaba sentado meditando entre las ruinas del Capitolio mientras los monjes descalzos cantaban las vísperas en el templo de Júpiter cuando la idea de relatar la decadencia y caída de la Ciudad brotó en mi mente por primera vez.<sup>1</sup>

Gibbon escribió varias versiones de esta anécdota, lo que dio pie a la sospecha de que había embellecido o incluso inventado ese recuerdo. Por otra parte, todo visitante con imaginación puede sentirse invadido por pensamientos similares, ya que en el centro de la antigua Roma se tiene la sensación de que el pasado y el presente están muy unidos. Los «monjes descalzos» ya no son tan numerosos, y en los alrededores del Foro han sido reemplazados por los omnipresentes vendedores ambulantes que en un abrir y cerrar de ojos pasan de ofrecerte unas gafas de sol a venderte un paraguas cada vez que el tiempo cambia. Hasta las masas de turistas avanzando por la Vía Sacra contribuyen a recrear la impresión del ajetreo y el bullicio de la antigua urbe, que era tan dinámica y albergaba tanta actividad como la moderna ciudad que ahora lo rodea.

Roma no es sólo un museo, sino también una comunidad llena de vida, la capital de un país moderno, así como el centro internacional de la Iglesia católica. Los vestigios de su antigua gloria conviven codo con codo con los hogares de los romanos, sus oficinas y sus restaurantes. Roma nunca fue abandonada, aunque a lo largo de los siglos que siguieron a su caída su población se redujo de forma drástica desde el máximo alcanzado en el momento de esplendor del Imperio. Aparte de la capital, muchas otras ciudades modernas se han construido sobre cimientos romanos, algo que resulta evidente en los trazados en cuadrícula de sus planos urbanos. Otras desaparecieron por completo y las situadas en zonas desérticas nos brindan algunas de las ruinas más románticas del planeta. Cuando cayó el Imperio romano, la vida no se detuvo sin más en las tierras que habían estado bajo su control. Sin duda, el contexto en el que se desarrollaba la existencia de sus habitantes había cambiado, en algunos casos de forma dramática y veloz, pero en otros de manera mucho más gradual. Como han explicado ya los especialistas de ese periodo, en la Edad de las Tinieblas no todo eran tinieblas, aunque, juzgándola por cualquier criterio razonable, la vida era bastante tenebrosa en comparación con el periodo romano. Muchas cosas adquirieron un carácter más local, como el poder y el comercio, y con frecuencia el mundo era un lugar mucho más peligroso. Las razias y las guerras entre comunidades vecinas eran ahora una posibilidad muy real. En poco tiempo ya no quedaba nadie que contara con bastante dinero o habilidad para construir grandes monumentos, como teatros, acueductos o caminos, y, con los años, empezó a resultar cada vez más difícil mantener los que ya existían. Los especialistas no se ponen de acuerdo sobre cuándo, cómo y por qué el mundo dejó atrás la época romana y se convirtió en la base del mundo medieval que fue tomando forma a lo largo de los siguientes siglos. Ahora bien, que ese cambio se produjo no lo duda nadie.

Gibbon admiraba los logros que alcanzó el Imperio romano en su momento de máximo esplendor, como todos los europeos cultos de la época, pero esa admiración no mermaba en lo más mínimo su entusiasmo por el mundo moderno, y en especial por la Constitución de su propio país, donde el poder del monarca debía someterse al control y guía de la aristocracia. Gibbon sabía que su propio país y sus vecinos del otro lado del Canal provenían de las diversas tribus de bárbaros que se habían repartido el Imperio romano. Por tanto, con el tiempo, del caos y la destrucción había surgido algo bueno y, desde su perspectiva, el mundo -o al menos el mundo occidental- había evolucionado en la dirección correcta. Esa actitud ambivalente respecto a la caída de Roma sigue siendo una parte clave de la fascinación que despierta en nosotros. Nos sirve como recordatorio de nuestra mortalidad. Todos los emperadores que erigieron los grandes arcos del Foro murieron, como cualquier otro ser humano. Con el paso de los años, su Imperio -tan rico, tan poderoso, tan sofisticado y tan absolutamente seguro de sí mismo- también llegó a su fin, y sus monumentos fueron desmoronándose y transformándose en ruinas.

La imaginería de la antigua Roma a menudo ha sido invocada por estados más recientes por sus paralelismos con las más altas cimas del poder y la civilización. No pasa mucho tiempo antes de que se empiece a hablar del destino final de Roma. Los que viven dentro de las grandes potencias modernas suelen considerarlo como una cura de humildad, un recordatorio de que todo pasa, y tal vez como una advertencia contra la complacencia y la corrupción. Los que no forman parte de esas potencias y, en especial, aquéllos a quienes molesta que otros acumulen tanto poder, tienden a preferir el endeble consuelo de creer que la actual potencia, en algún momento, también caerá. Muchos países han sido comparados con el Imperio romano. Hace un siglo la comparación más natural habría sido el imperio británico y, después, quizá Francia o uno de los otros grandes imperios de la época. Hoy en día, se compara inevitablemente con los Estados Unidos de América.

La forma varía, al igual que el tono. En los últimos años, el exitoso novelista Robert Harris ha escrito sobre temas romanos, declarando explícitamente que era un modo de hablar sobre los actuales Estados Unidos. La BBC también ha emitido una serie de televisión presentada por Terry Jones, ex componente de los Monty Python, sobre los bárbaros (*Barbarians*), que gira en torno a la idea de que la reputación de otras naciones ha sido mancillada por la propaganda romana. Era un programa muy entretenido, aunque el mensaje estuviera un poco forzado (los griegos se habrían sentido muy sorprendidos de verse considerados bárbaros, ya que fueron los primeros que acuñaron el término para referirse al resto del mundo). En algunas entrevistas realizadas durante esa época, Jones dejó claro que estaban estableciendo un paralelismo directo con la superpotencia estadounidense, y criticó abiertamente la guerra de Irak. Para muchos, criticar a Roma se ha convertido en un modo de criticar la política y la cultura estadounidense, lo que, inevitablemente, influye sobre su visión de ambas potencias.<sup>2</sup>

Aún más habituales son las críticas más suaves y menos pormenorizadas. En cierto tipo de fiestas, cuando descubren que soy historiador de la Antigüedad, casi siempre hay alguien que se ve impelido a comentar que «Estados Unidos es la nueva Roma». Muy a menudo, ese comentario viene seguido por un petulante «por supuesto, no son capaces de verlo». Pues bien, como mínimo, esa última afirmación es una falsedad absoluta, ya que los estadounidenses han estado comparando su país con Roma desde su fundación. En la configuración del nuevo país, los padres fundadores aspiraron de modo consciente a imitar las virtudes de la república romana y a evitar su ruina final. Por otra parte, lo cierto es que, en la actualidad, las diferencias entre los sistemas universitarios tienden a dar lugar a que los estadounidenses con estudios superiores posean un abanico de conocimientos más amplio que sus



homólogos británicos. Muchos de los ingenieros o médicos de Estados Unidos habrán hecho un curso o dos de historia, o incluso de la Antigüedad clásica, algo inimaginable a este lado del Atlántico. Esa es una de las razones por las que las analogías romanas siguen siendo extraordinariamente comunes en Estados Unidos, y las hacen de forma rutinaria los propios políticos, así como los periodistas, los comentaristas políticos y el público en general. Normalmente su razonamiento parte del supuesto de que Estados Unidos, como única superpotencia que queda en el mundo, ejerce un poder que ningún otro país había alcanzado desde el esplendor del dominio romano.

En el verano de 2001 participé en un seminario de dos días organizado en Washington por el Centro de Evaluaciones Estratégicas y Presupuestarias, subvencionado por el gobierno estadounidense a través de la Oficina de Evaluación Neta. Seis historiadores fuimos invitados a un buen hotel en Washington DC (como comentó uno de los miembros de más edad y más prestigio del grupo: «Es evidente que no son conscientes de con qué estamos acostumbrados a conformarnos los académicos»). Allí dimos nuestras conferencias y hablamos sobre las magníficas estrategias de diversas superpotencias a lo largo de la historia. Representábamos sólo una pequeña parte de una serie más extensa de seminarios y sesiones de investigación cuyo objetivo era recopilar información que pudiera servir para anticipar el futuro de las relaciones entre Estados Unidos y China, la gran potencia emergente. Las charlas y debates eran apasionantes y fascinantes, en especial porque en los círculos académicos es muy raro que los congresos cubran un espectro tan amplio de periodos, entre los que se contaban el Primer Imperio Francés, la Alemania de la primera y segunda guerras mundiales y la política de la marina británica a principios del siglo XX. Sin embargo, me llamó poderosamente la atención el hecho de que a dos de los seis historiadores presentes nos pidieran que habláramos sobre distintos periodos de la historia romana.

La verdad es que para un historiador es una sensación bastante extraña hablar ante un público que realmente está escuchando lo que dice. En el ámbito universitario, la mayoría de los asistentes suele estar pensando más en lo que escribirán al respecto en su próximo artículo. Además, el tema tratado es, literalmente, sólo de interés «académico» y, por mucho entusiasmo que despierte en nosotros, esa emoción se debe únicamente a que nunca perdemos la esperanza de descubrir la verdad. Impresiona bastante pensar que, aunque sea a partir de una conexión muy leve, casi insignificante, alguien pueda intentar perfilar su política basándose en tu análisis. Por supuesto, esa idea hace que la mente se concentre de un modo que no consigue una reunión puramente académica. Resulta aún más importante lograr llegar a la verdad en la materia de la que eres especialista. Al mismo tiempo, la idea de que un organismo gubernamental esté intentando aprender una lección de la historia es muy alentadora. De nuevo, es mucho más probable que algo así ocurra en Estados Unidos que en Gran Bretaña.

Muchas personas piensan que existen claras semejanzas entre la antigua Roma y el mundo moderno. Con una diferencia abrumadora en comparación con el resto, los comentarios y las preguntas al respecto han sido las más frecuentes durante las entrevistas concedidas para promocionar mi biografía de Julio César. Así ha sucedido en todas partes, pero en especial en Estados Unidos. Con todo, las conclusiones que la gente extrae de ese paralelismo son muy dispares e, inevitablemente, tienen mucho que ver con sus propias creencias políticas. Siempre ha resultado fácil aprender lecciones de la historia, pero demasiado a menudo lo único que se hace es utilizar el pasado para justificar ideas modernas. Si observamos con atención el Imperio romano, enseguida descubrimos enormes diferencias con cualquier estado moderno, incluyendo a Estados Unidos, aunque eso no significa que sea imposible aprender del pasado, sino sencillamente que debe hacerse con considerable cuidado y una buena dosis de precaución.<sup>3</sup>

Este no es un libro sobre los actuales Estados Unidos de América y su lugar en el mundo, un tema sobre el que otras personas están en mucha mejor posición para escribir que yo. Es un libro sobre la caída del Imperio romano -que se desmoronó en Occidente y del que, con el tiempo, no quedaron más que unos pequeños restos en Oriente-, cuyo objetivo es comprender la historia en sus propios términos y en su propio contexto. Los historiadores no son siempre los mejores profetas. Sólo unos meses después de que tuviera lugar el seminario que he mencionado unas líneas más arriba se produjo el atentado de las Torres Gemelas en Nueva York. En vista del profundo cambio experimentado en el orden de las prioridades inmediatas, supongo que el informe que se redactó una vez concluida la serie de conferencias está ahora acumulando polvo en alguna parte. Estoy bastante seguro de que alguno de los asistentes al seminario comentó brevemente que China no era la única amenaza seria y que el petróleo y el Golfo Pérsico seguían teniendo un peso importante, pero puede que me lo esté imaginando. Desde luego, ninguno de nosotros dio la impresión de haber previsto que poco tiempo después Estados Unidos y sus aliados estarían inmersos en dos conflictos de envergadura. Yo, personalmente, nunca hubiera imaginado que el ejército británico regresaría a Afganistán, al otro lado de la antigua frontera noroccidental.

Este libro habla sobre Roma, un imperio desaparecido hace muchos siglos, y de un mundo en el que la tecnología y la cultura eran muy distintas de lo que son en la actualidad. Comprender ese mundo es el único modo de entender la caída de Roma y dudo mucho que llenar páginas y más páginas con constantes referencias al presente nos ayude a ello. Es francamente extraño leer estudios sobre el periodo romano en los que se describe el «impacto y terror» provocado por la invasión de Gran Bretaña en el año 43. Aún resulta más raro que el análisis de la desaparición de una provincia romana sirva de punto de partida para criticar a Bush y a Blair y la guerra de Irak.<sup>4</sup>

La caída del Imperio romano no fue rápida, sino que fue el final de un proceso muy lento, y eso debería servirnos como advertencia contra el peligro de magnificar los acontecimientos de la actualidad y sus posibles consecuencias a largo plazo sobre los países. Durante la última década, Gran Bretaña ha sido un lugar bastante deprimente: varios ministros cuya incompetencia, corrupción o flagrante falsedad ha quedado a la luz, se han pegado como lapas al poder, negándolo todo primero, para por fin confesar y pedir disculpas con la esperanza de que eso fuera suficiente. La burocracia y las leyes siguen creciendo al mismo ritmo, mientras que la eficiencia básica de las instituciones declina, volviéndolas incapaces de llevar a cabo hasta las tareas que, en principio, parecen más simples. Y, sin embargo, mientras el número de funcionarios sigue aumentando, el tamaño de las fuerzas armadas disminuye precisamente en el momento en que están más implicadas en campañas de la máxima importancia. Sería fácil extraer paralelismos con el Imperio romano en el siglo IV. El tono de superioridad moral de muchas leyes actuales sin duda está en sintonía con los últimos decretos de la Roma imperial, al igual que el evidente fracaso de tantas de esas medidas para cumplir ese objetivo. Es poco probable que este tipo de comparaciones nos ayude en nuestro análisis del Imperio romano y se trataría sólo de un gesto de autocomplacencia del autor. Lo primero es lograr comprender la historia.

Sólo cuando hayamos llegado al final de nuestro análisis será posible trazar algunos paralelismos con la situación actual e incluso extraer algunas lecciones para el presente, algunas de las cuales tendrán más que ver con la naturaleza humana que con una medida política concreta. No pretendo afirmar que esas ideas sean especialmente profundas u originales, aunque eso tampoco significa que no sean importantes o que no sean aplicables a toda institución humana, ya se trate de un país o de una empresa. Deberíamos sentirnos agradecidos de que muchos aspectos de la experiencia romana no

estén presentes en absoluto en nuestra realidad actual. La vida pública no es violenta, y las rivalidades políticas en las democracias occidentales no desembocan en una guerra

No obstante, tal vez sí haya una lección que merezca la pena aprender de nuestra propia época. Prácticamente todas las noches, las pantallas de televisión nos muestran terribles imágenes de la violencia en Irak y otras zonas en guerra. Hace sólo unos días se ha producido un incidente especialmente nauseabundo: dos chicas con síndrome de Down recibieron instrucciones de adentrarse en una multitud llevando consigo sendas bombas. Los explosivos fueron detonados por control remoto, asesinando a sus portadoras junto con las demás víctimas. Como suele ser habitual, éstas fueron mayoritariamente civiles, sin ninguna conexión con el gobierno o Estados Unidos y sus aliados. Incidentes tan espantosos como éste deberían recordarnos que hay seres humanos capaces de matar a personas que son sus vecinos.

La atención de los medios de comunicación se centra forzosamente en estas atrocidades. Ese tipo de hechos son noticia, mientras que la apacible vida cotidiana no lo es. Lo que es necesario que recordemos es que la violencia y la rutina del día a día coexisten. Los bulliciosos mercados, donde la gente va a comprar comida y otros artículos necesarios, son objetivos comunes de terroristas suicidas o del fuego de mortero y otro tipo de ataques. A sólo unas calles de un atentado, la vida diaria seguirá adelante casi como si nada hubiera pasado. Los adultos van al trabajo y los niños al colegio, la gente cocina y come, duerme en sus camas y hace cosas tan normales como casarse. La vida continúa porque, en realidad, no hay más remedio. Algunas personas decidirán huir, pero para muchos la huida no es posible. La violencia dificulta todas las cosas, y su amenaza hace que el miedo no sólo afecte a las víctimas directas sino a muchas más personas. Sin embargo, la vida continuará. Merece la pena recordar esa verdad cuando estudiamos el desmoronamiento de la autoridad romana, el final del poder imperial y las invasiones bárbaras. Tal vez entonces nos sintamos menos impresionados al constatar que algunos aspectos de la cultura romana han sobrevivido, o que la ocupación de un invasor no tiene como resultado la huida o la extinción de todas las comunidades ocupadas.

Tras concluir el libro sobre César, me pareció que analizar la caída del Imperio romano era, por lógica, el proyecto que debía emprender a continuación. En ciertos sentidos supone una desviación de mi actividad habitual, porque hasta la fecha había estudiado y escrito sobre todo acerca de periodos anteriores de la historia romana. Aun después de haber pasado los últimos años trabajando en este libro, sigo viéndome como una especie de advenedizo en este campo y espero que esta circunstancia sirva para ofrecer una perspectiva que los especialistas en un periodo perdemos con facilidad. Las obras de muchas otras personas han hecho posible que yo escriba este libro. Desde que, hace aproximadamente una generación, el Bajo Imperio romano se pusiera de moda, la bibliografía sobre el tema es muy vasta y cuenta con algunos de los ejemplos más innovadores e impresionantes de erudición existentes en cualquier aspecto del estudio del mundo antiguo. Por tanto, los recién llegados al campo podemos saquear a nuestro antojo un conjunto de estudios que abordan casi cualquier aspecto de la historia de esos siglos.

Desde el principio debo reconocer mi deuda con esos historiadores y arqueólogos, muchas de cuyas obras se encuentran citadas en las notas y la bibliografía. Al mismo tiempo, la principal razón por la que deseaba escribir este libro era un sentimiento de insatisfacción con no pocas conclusiones y supuestos que figuran en esas obras. No existe una explicación aceptada de forma generalizada para la caída del Imperio romano de Occidente en el siglo V. La palabra «caída» ha dejado de estar de moda entre un sorprendente número de estudiosos del periodo y muchos prefieren hablar de cosas como

«transformación», aceptando que hubo un cambio, pero presentándolo bajo una luz más suave. Unas pocas voces se han elevado contra ese optimista retrato, pero parece que cualquier sugerencia de declive sigue siendo considerada una herejía. El Imperio del siglo IV, en particular, suele describirse como sólido en lo fundamental, quizá incluso más fuerte y eficiente que el mundo de Augusto o Adriano. Yo, sencillamente, creo que eso no es verdad, y espero poder demostrar que no tiene ningún sentido a la luz de la evidencia, por no hablar del sentido común. Además, es importante explicar los motivos de la caída de la potencia romana y, curiosamente, el factor principal suele pasarse por alto.

Un estudio académico resumiría y enumeraría los argumentos y análisis de todos los principales contribuyentes al debate sobre un tema. Ese tipo de material les encanta a los historiadores y es una herramienta esencial de su oficio. También resulta mortalmente aburrido para cualquier otra persona.

En esta obra, el nombre de los especialistas se menciona en contadas ocasiones en el texto principal, las referencias a sus obras pueden encontrarse en las notas finales. La gran mayoría de lectores, con toda la razón, harán caso omiso de ellas, pero las he incluido como ayuda para aquellos que deseen leer más sobre el tema, o para aquellos que deseen rastrear el camino que me llevó a las conclusiones que presento en esta obra. Las notas y la bibliografía no son exhaustivas y, de forma algo injusta, en general he incluido en la lista únicamente obras en inglés, ya que muchos textos extranjeros sólo están disponibles para la minoría de lectores que tienen acceso a una buena biblioteca universitaria.

En el siglo II d.C. el Imperio romano era la potencia más poderosa del mundo conocido. Se podría decir que era la superpotencia de su tiempo, entendiendo ese término en el sentido más general. No pretendo definir palabras como superpotencia, potencia o ni siquiera imperio. Esas clasificaciones tan rígidas son muy comunes, pero, en mi opinión, pocas veces resultan instructivas. En el seminario de Washington, recuerdo a un académico cuya obra admiro inmensamente afirmando sin rodeos que el imperio británico no era un verdadero imperio. Sin duda, lo que quería decir era que no reunía todas las características de los demás imperios, pero resulta difícil saber qué se gana con una definición tan estricta. No son necesarias etiquetas tan artificiales para demostrar que, hacia finales del siglo VI, el poder, la prosperidad y el tamaño del Imperio romano se habían visto enormemente reducidos.

De la misma manera, apenas he utilizado los términos modernos «Bizancio» y «bizantino», y cuando he hecho referencia a los emperadores que gobernaban desde Constantinopla los he llamado romanos, aun cuando ya no controlaban Italia ni la propia Roma. Así es como se hacían llamar ellos mismos. La exactitud de términos como «germánico» y «tribu» se debaten ahora acaloradamente. Los he empleado porque no existen mejores alternativas. Asimismo, en ocasiones la palabra «bárbaro» es conveniente. Ninguno de estos términos debería interpretarse con demasiada rigidez.

Este libro abarca más de cuatro siglos y no puede aspirar a describir toda la historia del periodo con igual detalle. Sería fácil ampliar cada uno de los capítulos y crear con cada uno de ellos una obra de similar longitud al libro entero. Ya he dicho que en las notas finales se citan estudios más detallados. He intentado mantener una narrativa coherente, aunque a veces ha sido conveniente centrarse en los hechos relacionados con un área antes de tratar acontecimientos que tuvieron lugar en otras zonas. Algunas cuestiones como la religión, las leyes y la sociedad en general son abordadas con mucha brevedad por motivos de espacio, es decir, no porque esos temas no fueran importantes, sino simplemente porque tuvieron menos repercusión en el lento desmoronamiento de la potencia romana. Una altísima proporción de las fuentes que se conservan son cristianas y habría sido muy fácil que este libro se convirtiera en una historia de la Iglesia de esos siglos. Una vez más, sería en sí misma una obra interesante, pero se trataría de una digresión de nuestro auténtico tema. Mi lema ha sido

centrarme siempre en los factores y hechos que llevaron a la caída del Imperio. Ésa es la historia que este libro intenta contar. Indudablemente, se trata de una historia de decadencia y de caída.

## **INTRODUCCIÓN**

### **LA GRAN PREGUNTA**

*La decadencia de Roma fue la consecuencia natural e inevitable de su desmesurada grandeza. La prosperidad sufrió ante el principio de decadencia; las causas de la destrucción se multiplicaron al ampliarse la conquista y, tan pronto como el tiempo o el azar hubieron eliminado los apoyos artificiales, el extraordinario tejido cedió a la presión de su propio peso. La historia de su mina es simple y obvia, y en vez de preguntarnos por qué fue destruido el Imperio romano, deberíamos más bien sorprendernos de que perdurara tanto tiempo.*

Edward Gibbon<sup>1</sup>

En 476 el último emperador romano que ejercía su poder desde Italia fue depuesto en Rávena. Rómulo Augústulo tenía poco más de diez años y era una marioneta en manos de su padre, que comandaba el ejército imperial. No era un ejército demasiado grande, pero en aquel momento ya no controlaban un imperio demasiado extenso. En el este, en Constantinopla, gobernaba otro emperador que no reconocía al pretendiente de Italia. La mayoría de las provincias occidentales -Galia, Hispania y el norte de África- habían sido reconvertidas en reinos por caudillos de origen germánico. Ahora que un oficial del ejército de extracción bárbara llamado Odoacro había asesinado al padre de Rómulo y había depuesto al emperador, a Italia le aguardaba el mismo destino. El muchacho no fue considerado suficientemente importante como para que mereciera la pena matarle y se le permitió pasar el resto de su vida en un cómodo retiro. Existe una amarga ironía en el hecho de que hubiera sido bautizado con el nombre de Rómulo en honor del mítico fundador de Roma y de que le apodaran «el pequeño Augusto» por el primer

emperador Augusto.

Señalar el año 476 como aquél en el que cayó el Imperio romano Occidental se ha convertido en algo habitual. De ser así, entonces cinco siglos de gobierno imperial habrían finalizado con un mero quejido. El suceso no pareció tener excesiva importancia para los contemporáneos, y probablemente pasó inadvertido para la mayoría de los súbditos del emperador. Rómulo Augústulo era sólo el último de una sucesión de emperadores «títere» manipulados por poderosos generales. Hacia finales del siglo IV, el Imperio se había dividido en las mitades oriental y occidental, cada una gobernada por su propio emperador. El Imperio de Oriente había conservado su fuerza, pero el occidental había decaído: su riqueza y poder habían disminuido tras una serie de reveses. En 476 al Imperio de Occidente le quedaba poco tiempo para caer de forma definitiva. Durante el siglo siguiente, los romanos orientales intentarían reconquistar los territorios perdidos y ocuparían Italia, África y parte de Hispania. Pero carecían de la fuerza y la voluntad suficientes para mantenerlos a largo plazo.

A finales del siglo VI, la parte oriental del Imperio -conocida como Imperio bizantino entre los estudiosos modernos, pero llamada Imperio romano por ellos mismos- era un estado poderoso.

Sin embargo, no era una superpotencia, y su riqueza y poderío militar eran una pálida sombra del Imperio unificado en pleno apogeo, cuando ningún enemigo ni rival había estado ni remotamente a la altura de Roma. La época en la que los emperadores gobernaban la mayor parte del mundo conocido era sólo un recuerdo lejano. En el año 600 el mundo era muy diferente: ninguna superpotencia había ocupado el lugar de Roma y lo que fue su territorio estaba ahora dividido en muchos reinos y pueblos de menor tamaño. El mundo medieval había cobrado forma.

Se ha propuesto un gran número de teorías para explicar por qué el mundo cambió de ese modo, y ha

habido muy poco consenso. Muchos discuten la importancia de 476, incluso como hito histórico. Algunos argumentan que para entonces el Imperio ya había caído y otros pocos defienden la curiosa teoría de que sobrevivió después de esa fecha. No sólo se debaten las causas de la caída de Roma, sino también cuánto duró el proceso. Algunos, como Gibbon, creen que las raíces se encuentran en los primeros años de la historia del Imperio, que experimentó una lenta decadencia a lo largo de varios siglos. Otros sugieren que el lapso de tiempo fue más breve, aunque en realidad nadie ha defendido nunca que durara menos de varias generaciones. El acalorado debate continúa y cada época responde a la pregunta de acuerdo con sus propias obsesiones y prejuicios. La caída del Imperio

romano sigue siendo uno de los grandes misterios de la historia.

Algunos imperios más recientes han surgido y caído mucho más deprisa. El «imperio milenario» de Hitler y su aliado el Japón imperial tuvieron un éxito espectacular y ambos alcanzaron la cúspide de su poder en 1942. Tres años más tarde se derrumbaron deshechos en violencia y ruinas, y su poder había sido doblegado por completo. La Segunda Guerra Mundial también precipitó el final de muchos imperios más antiguos, cuyo impacto sobre gran parte del mundo había sido más hondo, aunque a menudo más sutil. Agotada y empobrecida por la guerra, Gran Bretaña no tuvo reparos en admitir que habían llegado «vientos de cambio» y cedió todo su imperio en sólo unas décadas. Declaró la guerra a aquellos grupos que estaban resueltos a hacerse con el poder por la fuerza, pero la inevitabilidad de la independencia nunca se puso seriamente en duda. Otros países se resistieron con más obstinación al cambio, pero a largo plazo ninguno logró conservar sus colonias.

Las grandes potencias de los siglos XVIII y XIX eran una fuerza extinguida, pero todas ellas dejaron un profundo legado. Los países que se acababan de independizar tenían fronteras que habían sido establecidas de acuerdo con las decisiones de los administradores imperiales, lo que tuvo

consecuencias dramáticas allí donde se llevaron a cabo particiones, mientras que en África y Asia las decisiones se tomaron de forma más general y menos deliberada. En gran parte del mundo, el inglés, el español y el francés eran ahora la segunda lengua de la población y, muy a menudo, también la lengua del gobierno y de la educación. Los sistemas legal y político también derivaban de prototipos europeos. Irónicamente, el derecho latino se propagó a un área mucho mayor de la que había cubierto jamás el Imperio romano. Casi invariablemente, el control pasó a manos de una élite proveniente de la población indígena, pero que había sido educada a la europea y, con frecuencia, en la propia potencia colonial. En raras ocasiones es posible decir nada más aparte de que la situación de la población en general no ha empeorado a partir de la independencia, pero muy a menudo los nuevos gobernantes han resultado mucho más corruptos y explotadores que sus predecesores. Las antiguas colonias representan ahora el grueso de los países más pobres del mundo.

La Rusia soviética, que había heredado el imperio y muchas de las ambiciones de su antecesora zarista, sobrevivió más que las potencias de Europa Occidental, y durante cuarenta años fue una de las dos superpotencias que dominaron el mundo. Finalmente, Rusia se derrumbó bajo su propio peso. Su caída se produjo de forma muy repentina, sorprendiendo incluso a sus adversarios de la

Guerra Fría. El destino de numerosas regiones de la periferia de Rusia sigue sin estar decidido, pero el proceso ya ha dado lugar a importantes derramamientos de sangre en varias áreas. La caída de la Rusia soviética dejó a los Estados Unidos de América como única superpotencia en el mundo, una situación que por el momento parece que sólo tiene probabilidades de cambiar si las previsiones de crecimiento de China resultan exactas. (Es evidente que la idea de que la Unión Europea llegue a convertirse en un

igual es pura fantasía. Las sugerencias periódicas de que puede unirse a la China marxista para formar un contrapeso frente a Estados Unidos son perturbadoras, pero escasamente realistas).

Estados Unidos, que una vez fuera una colonia, se convirtió en un país rebelándose contra Gran Bretaña. Aparte de la expansión hacia el oeste, nunca ha mostrado demasiado interés en invadir territorios en ultramar, aunque sí en mantener bases en todo el mundo. Aun así, la Guerra Fría desencadenó el estallido de guerras abiertas, como las de Corea y Vietnam, y, asimismo, tuvo como resultado su apoyo encubierto a combatientes en muchos otros países. En la actualidad, Estados Unidos y sus aliados cuentan con fuerzas sustanciales en Afganistán e Irak. En ambos casos la intención es que se trate de una operación temporal que dure sólo hasta que los gobiernos que gozan del apoyo occidental sean capaces de mantenerse sin la asistencia militar directa. Sus oponentes suelen decir que Estados Unidos es un imperio, pero en gran medida eso es sólo retórica. No obstante, es el país más fuerte del mundo con mucha diferencia y, en ese sentido, su posición es un reflejo de la de Roma. Con todo, las diferentes experiencias de otros imperios modernos deberían recordarnos que debemos ser prudentes y no llevar esa comparación demasiado lejos. Antes de nada, debemos comprender la experiencia romana.

\* \* \*

Hay una cierta ironía en la coincidencia de que el primer volumen de *La historia de la decadencia y caída del Imperio romano* de Edward Gibbon se publicara a principios de 1776, sólo unos pocos meses antes de la Declaración de Independencia. Gibbon era diputado y había estado presente en la ceremonia el otoño anterior, aprobando tácitamente la decisión del Parlamento de respaldar el plan gubernamental de enviar más tropas contra los colonos rebeldes. Para cuando Gibbon hubo concluido su colosal obra, Gran Bretaña había perdido la guerra. Fue un serio revés, pero la crisis resultó ser temporal y el apogeo del imperio aún estaba por llegar. La nueva América era minúscula en comparación con el estado que es hoy en día, porque la gran expansión hacia la costa oeste todavía no se había producido, y nadie habría adivinado la prominencia que alcanzaría en el futuro, aunque hubo quien hizo algunas afirmaciones descabelladas. Estados Unidos tendría un papel insignificante en el mundo a lo largo del siguiente siglo.<sup>2</sup>

En el siglo XIX se hizo cada vez más común comparar la grandeza del Imperio británico con la de Roma. Para Gibbon y sus contemporáneos el paralelismo era menos específico, pero había una serie de razones por las que el historiador decidió trabajar sobre Roma en vez de sobre algunos de los otros grandes imperios del mundo antiguo. La primera era, sencillamente, el impacto de los romanos en el mundo y, sobre todo, en el mundo occidental. Su Imperio había sido más grande y había perdurado más tiempo que ninguna de las otras grandes naciones de la Antigüedad. El Imperio romano había incluido la patria de Gibbon, así como la mayor parte de Europa Occidental. El cristianismo emergió en el periodo romano y, con el tiempo, llegaría a convertirse en la religión del Imperio, y de ahí surgirían la Iglesia católica y el Papa en Roma. Gibbon había tenido algunos escauceos con el catolicismo en su juventud, antes de que su padre lo enviara a la calvinista Suiza para que fuera convenientemente reeducado en el protestantismo. La Iglesia católica había garantizado la supervivencia del latín -y contribuido a la preservación del griego- como lengua, e hizo posible el redescubrimiento de las literaturas griega y romana en el Renacimiento. Hombres como Gibbon se encontraban cómodos con ambas lenguas, que en su época seguían siendo los pilares centrales de la educación. Se admiraban los logros griegos, pero la decadencia de Atenas ya había sido registrada en las crónicas de Tucídides y Jenofonte. El imperio de Alejandro era vasto, pero no consiguió sobrevivirle. Otros imperios más antiguos, como Persia, Asiria, Babilonia y Egipto se conocían en



buena parte por lo que los griegos o la Biblia habían dicho de ellos. Todavía tenía que pasar una generación antes de que Champollion descifrara la piedra Rosetta, y apenas se contaba con datos fehacientes sobre las primeras civilizaciones.<sup>3</sup>

Por otro lado, para la Ilustración europea existía en Roma una especial inmediatez. Sólo al llegar a esa época se propagó de forma generalizada la confianza de que el aprendizaje y la cultura habían vuelto a alcanzar los niveles del mundo clásico e, incluso, estaban comenzando a superarlos. Y, sin embargo, el Imperio romano se había hundido en Occidente unos trece siglos antes de que Gibbon empezara a escribir y los restos del Imperio de Oriente habían desaparecido hacía ya tres siglos. En retrospectiva, la Edad Media parecía presentar una sombría perspectiva de ignorancia y superstición, en marcado contraste con la sofisticación y aparente racionalidad del mundo grecorromano. Aun hoy, esa reacción es bastante habitual. Un libro publicado recientemente que examina la transición de la Antigüedad al Medioevo lleva como subtítulo *El auge de la fe y la caída de la razón*.<sup>4</sup>

Durante mucho tiempo, la raza humana -en especial los seres humanos que vivían en Europa Occidental- habían experimentado una regresión en vez de una progresión, y comprender cómo y por qué había sucedido algo así era un paso clave a la hora de entender el mundo moderno. Pese a la enorme reverencia mostrada hacia los clásicos, se prestó escasa atención al mundo de los últimos años del Imperio, fundamentalmente porque todos los grandes autores griegos y latinos se encuadran en periodos anteriores. En cierto modo, Gibbon estaba pisando terreno nuevo al analizar la caída de Roma en vez de su ascenso y apogeo. Asimismo, el concepto que planteó era ambicioso, original y sofisticado: no sólo se remitió a fuentes de la Antigüedad, sino que también comentó y evaluó las teorías de los autores contemporáneos. La amplitud de la erudición de

Gibbon sigue siendo excepcional y, desde casi todos los puntos de vista, su obra puede considerarse la primera historia «moderna» del mundo antiguo escrita en inglés, aunque, de hecho, los estilos académicos tomarían otra dirección en años subsiguientes. También fue reconocida desde el principio como una de las grandes obras de la literatura inglesa.<sup>5</sup>

## LA PREGUNTA

El mundo ha cambiado desde el siglo XVIII y lo mismo ha sucedido con las actitudes respecto al pasado y al presente. Y, sin embargo, la fascinación que nos produce la caída del Imperio romano permanece intacta. Puede que ahora el vínculo no sea tan íntimo ni tan obvio, pero la influencia de Roma en el mundo moderno -y especialmente en la cultura occidental- sigue siendo muy profunda. También sigue viva la simple curiosidad de saber cómo un estado que consiguió seguir siendo tan próspero e inmenso durante tanto tiempo, a pesar de todo llegó a desmoronarse -o a ser derribado- para ser sustituido por culturas mucho menos sofisticadas. El destino de Roma parece servir de advertencia de que, al final, el poder y el éxito siempre serán transitorios, y de que la civilización no saldrá victoriosa de forma automática. No fue por casualidad que uno de los más famosos discursos de Winston Churchill de 1940 predijese que la derrota de Gran Bretaña traería como resultado una «nueva Edad de las Tinieblas», una frase particularmente apropiada, dado que muchos creían que el Imperio romano había sucumbido a manos de los bárbaros germanos en el siglo

Cada nueva generación ha vuelto a plantearse el enigma de por qué cayó Roma, y se han propuesto

infinidad de teorías diferentes (no hace mucho un estudioso alemán catalogó unas doscientas). Con frecuencia, se han establecido paralelismos de forma bastante explícita entre los problemas a los que se enfrenta el propio país y época del historiador en cuestión y los del Imperio romano. Existe, como mínimo, un importante contraste entre la experiencia romana y la desaparición de los grandes imperios del siglo XX. Potencias como Gran Bretaña y Francia estaban ya en plena decadencia, agotadas por las dos guerras mundiales y sus consecuencias económicas, pero es que además tenían que hacer frente a la enorme presión que ejercían sus colonias para obtener la independencia. No parece probable que ninguna de las dos potencias hubiera tenido la capacidad y la voluntad de resistir esa presión por tiempo indefinido, sobre todo porque estaba siendo alentada por las dos nuevas superpotencias: Estados Unidos no había participado en la Segunda Guerra

Mundial con el fin de proteger el imperio británico y su sistema comercial, mientras que la Rusia soviética apoyaba de forma activa a los revolucionarios marxistas que aspiraban a conseguir la independencia.<sup>6</sup>

No hay rastro de un deseo comparable de liberarse del dominio imperial en ninguna de las provincias romanas. La población de las provincias hispanas no anhelaba convertirse en un estado independiente hispánico, como tampoco hubo movimientos para obtener la liberación de Capadocia o Grecia. Sencillamente, en el periodo romano no hubo equivalentes de Gandhi o Nehru, Washington o Bolívar, Kenyatta o Mugabe. Ni siquiera la población judía del Imperio, que se había rebelado en varias ocasiones en el siglo I y II, parecía seguir deseando tener su propia nación en el siglo IV. La población quería ser romana y asociaba la idea de la libertad con el hecho de pertenecer a un imperio y no con independizarse de él, y eso a pesar de que los gobernantes del Imperio no eran elegidos y disfrutaban de auténtico poder absoluto. En todos los casos, en las antiguas provincias romanas, con el tiempo -y a veces de forma inmediata-, el poder pasó a manos de los nuevos invasores extranjeros. Resulta sorprendente constatar que estos mismos solían querer formar parte del Imperio y disfrutar de su riqueza más que destruirlo. La gran paradoja de la caída del Imperio romano es que no se produjo porque la gente que lo conformaba (pero tampoco los que no formaban parte de él) dejaran de creer en él o desearan que dejara de existir.

Los romanos querían que el Imperio existiera y la mayoría eran incapaces de imaginar el mundo sin él, pero eran conscientes de que se enfrentaba a graves problemas. La mayor parte de ellos tendía a considerar que el origen de las dificultades era la decadencia moral: el Imperio estaba en dificultades porque las generaciones de la época carecían del severo sentido de la virtud de las antiguas generaciones que habían contribuido a la grandeza de Roma. Tal era la forma tradicional de pensar, en especial la forma romana de pensar. A menudo existía también un elemento religioso. Los paganos echaban la culpa de todo a los cristianos por haber dado de lado a los antiguos dioses que habían guiado y protegido el Imperio. Por su parte, los cristianos echaban la culpa a los paganos por aferrarse a antiguas creencias erróneas, mientras que unos cuantos empezaban a vincular el final de Roma con el final del mundo. San Agustín escribió su monumental *La Ciudad de Dios* para explicar a los cristianos que, a la postre, todas las naciones humanas, incluyendo Roma, la más grandiosa de ellas, acabarían desapareciendo, mientras que todos los cristianos serían miembros de un estado nuevo y eterno que Dios crearía. Con ello no buscaba animarles a dejar de creer en el Imperio o a intentar acelerar su caída, sino tranquilizarles asegurándoles que les esperaba un mundo mejor que estaba aún por llegar. Algunos historiadores laicos -sobre todo estudiosos que escribían en griego en la mitad oriental del Imperio mucho después de que la parte occidental hubiera caído- criticaron a determinados emperadores por algunas decisiones militares o políticas que afirmaban que habían

tenido consecuencias de largo alcance. Sin embargo, ninguna de las obras que se conservan de la Antigüedad trata de realizar un análisis coherente de la razón por la que el Imperio, que ocupaba la mayor parte del mundo conocido en el año 200, había visto reducido su poder y su territorio a una pequeña fracción en el año 500.

Gibbon era fundamentalmente un historiador narrativo y poseía demasiada sutileza como para presentar una única causa de la caída del Imperio. Era un inglés en un país sobre el que la guerra civil seguía arrojando una larga sombra -la batalla de Culloden había tenido lugar sólo treinta años antes de que se publicara el primer volumen de *Decadencia y caída*-, y dirigió la atención hacia la frecuencia con la que se producían luchas intestinas dentro del Imperio y hacia la escasa renuencia mostrada por los ejércitos romanos a luchar entre sí para apoyar a candidatos al poder rivales. Con una desconfianza anglicana hacia el papado, consideró la adopción del cristianismo bajo el reinado de Constantino y sus sucesores como algo negativo, que socavaba la antigua virtud romana y que, con el tiempo, movió a demasiadas personas a retirarse de la vida pública para abrazar una improductiva reclusión monástica. Su actitud era especialmente crítica porque él mismo se había convertido al catolicismo durante sus días de estudiante en Oxford. El padre de Gibbon había sacado a su hijo de la universidad y le había mandado, para ser reprogramado a fondo, a la calvinista Suiza. En conjunto, como reflejo tanto del modo de pensar de sus fuentes como de la cultura de su época, la impresión de decadencia moral es un hilo conductor constante en todo el relato de Gibbon: los romanos acabaron fracasando porque ya no se merecían el éxito. En un momento dado, tras enumerar los múltiples problemas a los que se enfrentaba el Imperio, Gibbon sugirió que, probablemente, no deberíamos preguntarnos por qué cayó, sino maravillarnos de que hubiera perdurado tanto tiempo.

A su debido tiempo, muchos otros historiadores han considerado esta cuestión. Para algunos, el desmoronamiento fue interno, el resultado de diversos fracasos y de la decadencia interna del Imperio. Otros han preferido hacer hincapié en los ataques sufridos por el Imperio por parte de los hunos, y en especial por parte de las tribus germánicas que se abrieron paso por las fronteras y establecieron reinos propios en las provincias occidentales. En las emotivas palabras de un erudito francés: «El Imperio romano no murió. Fue asesinado». Durante el siglo XIX, en el contexto del auge del nacionalismo alemán, se manifestó una preferencia por destacar el papel de los germanos. Los textos romanos que contrastan las virtudes primitivas de los guerreros germanos con la decadencia de la moderna vida de Roma fueron creídos a pies juntillas. Algunos consideraban que el Imperio merecía su fin, para que el poder pudiera pasar a las tribus que constituirían los países de la Europa moderna. Otros juzgaban la situación desde un punto de vista abiertamente racial, y pensaban que la caída de Roma fue consecuencia de que se permitiera a demasiados bárbaros germanos penetrar en sus fronteras.

Por lo general, las preocupaciones de cada época se han reflejado en sus opiniones sobre la caída del Imperio romano. En ocasiones, los problemas sociales y la tensión de clases se han convertido en explicaciones de moda, a menudo combinados con los factores económicos. Para algunas personas, el mundo del Bajo Imperio romano era extremadamente sombrío, con un campesinado cargado de impuestos al que se exprimía para hacer frente a los crecientes costes de mantenimiento de un ejército. Con el tiempo, la presión fue demasiado elevada y todo el sistema se vino abajo. Hay también teorías alternativas que señalan como responsables a los fracasos militares o al descenso de la población. Otras han reflejado distintas inquietudes modernas y han sugerido que el cambio medioambiental o climático -tal vez acentuado por el impacto de la agricultura y la industria romanas- fue el motivo fundamental de la disminución de la producción agrícola y, en último caso, de la ruina

económica.<sup>7</sup>

En las últimas décadas, la propia naturaleza del debate ha cambiado en la comunidad académica. Las razones son diversas: por una parte -un fenómeno que es común a toda la sociedad occidental-, se deja sentir el cambio de actitud respecto a los imperios en general, ahora que los imperios modernos han desaparecido. Ya no se considera que fueran buenos por naturaleza, sino que, por el contrario, el péndulo de la opinión popular -o al menos de la clase media y de los académicos- se ha trasladado al otro extremo. En vez de fuerzas de orden y progreso que traen la paz, la educación, la ciencia, la medicina y el cristianismo a las zonas más salvajes del planeta, los imperios han pasado a ser únicamente los brutales explotadores de las poblaciones indígenas. Si los imperios son negativos de por sí, entonces resulta reconfortante pensar que son ineficientes. Se ha hecho mucho hincapié en los estudios más recientes sobre el Imperio romano de los siglos I y II en la falta de control o planificación central, la falta de sofisticación de su economía, lo limitado de su tecnología y la manera simplista de pensar sobre ciertas materias como la geografía y la estrategia militar. En vez de la aparente sofisticación de sus estructuras, se han resaltado los aspectos primitivos.<sup>8</sup>

Curiosamente, las actitudes respecto al Bajo Imperio romano han tendido a situarse en el extremo opuesto. Durante mucho tiempo, no estaba de moda que los académicos trabajaran sobre los periodos finales en vez de centrarse en los inicios del Imperio. La principal razón era la falta de fuentes de calidad -sobre todo de obras históricas narrativas detalladas y dignas de crédito- que se ocuparan del siglo III, de gran parte del siglo IV y de todo el siglo V. Se ha conservado un importante corpus bibliográfico de esos periodos, pero apenas aborda cuestiones políticas o militares, sino que se trata en gran medida de textos de contenido religioso -principalmente cristianos, aunque no exclusivamente-, filosófico o legal. A pesar de su escaso valor a la hora de estudiar los grandes acontecimientos de aquellos años, proporcionan considerable material sobre aspectos diversos de la historia social, cultural e intelectual, que han cobrado mucha más popularidad entre los académicos a lo largo de la última generación. Como consecuencia de ese incremento de popularidad, se ha producido un enorme auge en el estudio del Bajo Imperio romano. Se han llevado a cabo un gran número de estudios importantes y reveladores, y se puede afirmar que ahora sabemos mucho más de distintos aspectos de ese periodo.<sup>9</sup>

Y sin embargo también ha sucedido algo extraño. Al principio era obvio que en cierto modo se esperaba que los historiadores que elegían estudiar el último periodo del Imperio justificaran su decisión. Muchos se sentían muy incómodos con la idea de hablar de un Imperio en decadencia y resaltaban la vitalidad y la fuerza del estado romano del siglo IV e incluso del siglo V, en especial aquellos que abordaban temas de cultura y religión. En esos campos no se había producido una ruptura catastrófica coincidiendo con la caída del Imperio de Occidente. En los últimos años la reevaluación de los siglos que siguieron a la caída de Roma ha sido asimismo un campo especialmente fértil para los especialistas, y estas dos tendencias se han alentado y alimentado mutuamente. Hacía mucho tiempo que los estudiosos -a diferencia del público en general- se habían mostrado insatisfechos con el término «Edad de las Tinieblas» y en la actualidad los siglos V a X son conocidos universalmente como la Alta Edad Media. Hoy en día, la historia medieval es una disciplina en auge en las universidades, lo que hace que esa matización sea tanto atractiva como instructiva. Al mismo tiempo la tendencia habitual ha sido a dejar de hablar del Bajo Imperio romano y referirse, por el contrario, a la Antigüedad Tardía, subrayando la legitimidad, la importancia y también la individualidad del estudio de ese periodo.

Los nombres pueden ser importantes, ya que conforman la estructura mental general en la que se enmarcan los estudios específicos. En casi todos los sentidos, estas tendencias han sido positivas. Se ha hecho un uso mucho más imaginativo de las fuentes con las que contamos para esos periodos. No obstante, también hay problemas inherentes: cambiar el foco de atención a la sociedad, la cultura, la religión e incluso al gobierno y la ley tiende a dar lugar a un punto de vista bastante estático, que enfatiza la continuidad más que el cambio. Acontecimientos como las guerras y las revoluciones y el comportamiento y las decisiones de emperadores y ministros específicos no son necesariamente registrados, pero sería un grave error considerarlos insignificantes. Parece que a muchas de las personas que estudian la Antigüedad Tardía les resulta muy difícil considerar la posibilidad de que hubiera algún ámbito en decadencia y prefieren ver cambios y transformación. Para ellos, mediante un proceso gradual -y en absoluto traumático-, el mundo del Imperio romano se transformó en el mundo medieval. Por ejemplo, un estudioso que examinó el gobierno del Imperio de Occidente concluyó:

Debería quedar claro... que el Imperio romano no «cayó» en el siglo V, sino que se transformó en algo nuevo.<sup>10</sup>

El punto de partida principal para alcanzar esa conclusión era que algunos aspectos del gobierno, incluyendo títulos y rangos específicos, continúan en los reinos germanos. Puesto que el concepto de declive estaba firmemente pasado de moda, es probable que fuera inevitable que la idea de la caída también se viera sometida a presión. Aun cuando se admite que eso es lo que sucedió, con frecuencia se describe como una cuestión de poca importancia. La tendencia de los estudiosos de la Antigüedad Tardía ha sido ser implacablemente positivos a la hora de juzgar todos y cada uno de sus aspectos: instituciones como el ejército y el gobierno son retratadas como entidades eficientes -a menudo más efectivas que las del Alto Imperio- y los problemas se consideran inevitables en las condiciones del mundo antiguo y no exclusivos del último periodo. Del mismo modo, el más mínimo indicio de continuidad es imbuido de honda y amplia significación. Por ejemplo, la supervivencia de un título burocrático romano en la corte de un rey germano no significa necesariamente que la persona en sí estuviera realizando el mismo trabajo y ni mucho menos que lo estuviera haciendo bien. Como tampoco puede pretenderse que el hallazgo de un estilo en un yacimiento arqueológico británico del siglo V demuestre que existiera una alfabetización generalizada en el periodo postromano. Si extrapolamos la misma lógica a nuestra propia época, entonces la supervivencia de las instituciones imperiales y del inglés como una de las lenguas del gobierno en India significaría en realidad que aún sigue siendo parte del Imperio británico, lo que sin duda supondría una gran sorpresa para los habitantes de ese país.

Se han elevado algunas voces discrepantes. Recientemente se han publicado un par de libros que han alcanzado una gran popularidad en los que dos distinguidos especialistas de la Antigüedad Tardía -y, aunque resulte curioso, ambos de Oxford- arrojan una sombra de duda sobre lo que ha llegado a convertirse en la visión ortodoxa. La obra de Brian Ward Perkins *The Fall of Rome* (2005) apuntó en primer lugar que la idea de que se produjera una transformación pacífica desde el Imperio romano a los reinos bárbaros, sencillamente, contradecía los hallazgos encontrados, además de ir contra la simple lógica. Lo que es aún más importante, el autor utilizó los registros arqueológicos para demostrar el inmenso alcance del cambio que tuvo lugar como resultado de la caída de Roma. Gran parte de esos registros estaban relacionados con la vida cotidiana de la gente común que, por ejemplo, ahora vivía en casas con tejados de paja en vez de construidos con tejas, y empleaba cerámica más sencilla, fabricada localmente, en vez de un amplio abanico de mercancías importadas más refinadas. La sofisticación cultural decayó con tanta celeridad que Ward Perkins ha considerado que estaba

justificado referirse a ese periodo como «el final de la civilización». *The Fall of the Roman Empire* (2005), de Peter Heather, se ha centrado más en describir cómo cayó el Imperio de Occidente que en hablar de sus consecuencias. Heather emplea una estructura esencialmente narrativa y opina que la teoría que ve el final del Imperio como una transición pacífica «se ha establecido en gran medida [...] sólo porque durante media generación se ha hecho caso omiso de la narrativa histórica pormenorizada». Comenzando en 376, el autor traza un esquema del siglo hasta la destitución de Rómulo Augústulo y, como Ward Perkins, considera que «el fin del Imperio fue un acontecimiento de gran envergadura». El Imperio del siglo IV es presentado como un estado poderoso y efervescente cuyo desmoronamiento no era inevitable. Por el contrario, las nuevas amenazas que constituían los pueblos procedentes del exterior, como los hunos y los godos, plantearon un reto al que, debido a una mezcla de error humano y azar, no se hizo frente de forma

adecuada.<sup>11</sup>

La calidad de ambos libros, cada uno en su estilo, es altísima, pero el campo que podían cubrir era limitado. Ninguno de los dos se esfuerza demasiado en vincular el Imperio del siglo IV con el Alto Imperio, y es necesario establecer esa conexión para comprender de forma más global cómo era el Imperio romano y discernir las causas de su caída. Los estudios de la «Antigüedad Tardía» hacen hincapié en la gran fortaleza del Imperio del siglo IV. Desde luego, se trata de una decisión correcta, ya que, en ese periodo, Roma era muchísimo más fuerte que ninguna otra nación o pueblo del mundo conocido. No obstante, no era tan estable como el Imperio del siglo II, ni tan poderosa. En resumen, el Imperio era más fuerte en el año 200 que en el año 300... Aunque tal vez hubiera sido más débil aún en el año 250. En el año 400, el Imperio volvió a debilitarse y para el año 500 había desaparecido en Occidente y en torno al Mediterráneo oriental sólo quedaban algunos restos. Para explicar estas oscilaciones, es necesario ampliar la perspectiva.

Ahora que el concepto de decadencia está pasado de moda, la tendencia de la mayoría de historiadores ha sido subrayar la importancia de la presión que el exterior ejerció sobre el Imperio. Sólo en los últimos tiempos, algunas voces han cuestionado la verdadera escala de la amenaza que suponían las tribus que vivían fuera de las fronteras europeas del Imperio romano. Aun así, muchos continúan asumiendo que las confederaciones que aparecieron al final del siglo III eran enemigos mucho más temibles que las tribus bárbaras a las que se enfrentó el Alto Imperio. Sin duda, sigue siendo un artículo de fe que los persas sasánidas que suplantaron la dinastía parta a principios del siglo III eran mucho más eficaces, agresivos y peligrosos que sus predecesores. Desde luego, esa idea se ha repetido tantas veces que nadie parece cuestionar si, en el fondo, es verdadera o no. La creencia de que las amenazas a las que hizo frente el Imperio habían aumentado es conveniente para aquellos que desean ver los enormes cambios institucionales de éste como reacciones sensatas a la nueva situación. La conveniencia y la frecuente repetición no equivalen a la verdad, y todos esos temas deben ser cuestionados.<sup>12</sup>

La guerra civil se convirtió en un suceso frecuente a partir del siglo III. Tras el año 217, hubo sólo algunas décadas en las que no se produjera una disputa violenta por el poder en el seno del Imperio romano. Algunas de estas luchas eran rebeliones locales que fueron sofocadas con rapidez e implicaron muy pocos enfrentamientos relevantes. Otras perduraron durante años y sólo se decidieron gracias a una o más batallas, o a asedios importantes. No contamos con cifras sobre cuántos soldados romanos murieron o fueron mutilados luchando contra los otros romanos, pero el total tiene que haber sido considerable. Es cierto que tal vez la población que vivía en provincias alejadas de los escenarios

de las batallas no se viera directamente afectada por los estallidos de conflictos internos, a menos que tuvieran familiares entre los líderes del bando de los derrotados. Eso no significa que fueran hechos de poca importancia. La guerra civil era una realidad de la vida y todos los que alcanzaban la edad adulta habían pasado por una, aun cuando no tuviera un impacto directo sobre

Aunque parezca extraño, a pesar de que la mayoría de historiadores registran la frecuencia con la que se produjeron conflictos internos en el Imperio romano desde el siglo III en adelante, rara vez dedican mucho tiempo a considerarlos con un mínimo de detalle. A. H. M. Jones llevó a cabo un estudio colosal del Bajo Imperio que sigue siendo un punto de referencia indispensable aun hoy, más de cuarenta años después de su publicación, y que incluye esta curiosa afirmación:

Diocleciano mantuvo durante veinte años la paz interna, interrumpida sólo por dos revueltas.<sup>13</sup>

Llegados a este punto, conviene señalar que una de esas revueltas duró casi una década y que la represión de ambas requirió un enorme esfuerzo militar. Por otra parte, para empezar, Diocleciano había combatido y resultado vencedor en otra guerra civil para hacerse con el puesto de emperador. Sin duda fue un emperador de éxito conforme con los estándares de anteriores periodos, pero la estabilidad que proporcionó al Imperio fue limitada y breve. Su reinado fue seguido por una racha de guerras civiles de una escala especialmente grande. Resulta significativo el hecho de que Jones dedicara un único párrafo a la guerra civil y a los enfrentamientos intestinos en el largo capítulo que dedicó a analizar las causas de la caída de Roma. Su actitud era típica, y lo sigue siendo, puesto que las guerras civiles y las usurpaciones son aceptadas sin más como parte del paisaje normal del periodo del Bajo Imperio romano. Uno de los motivos de que no sean tomadas en consideración puede ser el hecho de que la mayoría de los estudiosos han desarrollado sus trabajos en países para los cuales las guerras civiles son sólo el recuerdo de un pasado distante. Para ellos era natural asumir que las amenazas extranjeras son siempre más graves que las luchas internas. Además, centrar el interés en las instituciones y en la cultura dejaba poco espacio a las guerras civiles, que raramente suponían cambios fundamentales en ese orden de cosas. En muy pocas ocasiones los expertos se detienen a considerar las consecuencias de esa realidad, a todos los niveles, en las actitudes de los emperadores y sus subordinados.

El objetivo de este estudio es observar con más atención tanto los problemas internos como los problemas externos a los que se enfrentó el Imperio romano. El punto de partida será, como el de Gibbon, el año 180, cuando el Imperio aún parecía estar en pleno apogeo, para proseguir rastreando los vestigios del descenso hacia el caos que se produjo a mediados del siglo III. A continuación, examinaremos el Imperio reconstruido de Diocleciano y Constantino, la evolución hacia la división en las mitades oriental y occidental en el siglo IV y la caída del Imperio de Occidente en el siglo V. Por fin, la obra concluirá con la tentativa frustrada del Imperio de Oriente de recuperar los territorios perdidos en el siglo VI. Gibbon llegó mucho más allá, continuando hasta la caída de Constantinopla ante los turcos en el siglo XV, una historia fascinante por derecho propio, pero demasiado amplia para poder tratarla de manera adecuada en el presente libro. A finales del siglo VI el mundo era profunda y definitivamente distinto al mundo descrito en nuestro punto de partida. El Imperio romano oriental era fuerte, pero ya no ejercía el inmenso poder y la hegemonía del

Imperio romano unido. Esta obra habla sobre cómo se llegó hasta esa situación, y en ella desempeña un papel clave la historia de los individuos, hombres y mujeres, así como de los grupos, los pueblos y las tribus, y los acontecimientos que vivieron y que dieron forma a esos siglos. Al relatar esa historia,

trataremos de evaluar las teorías más probables sobre por qué los hechos se desarrollaron tal y como lo hicieron.

## LAS FUENTES

Contamos con importantes ventajas sobre Gibbon a la hora de analizar este tema. Los especialistas en la Antigüedad se han esforzado en recopilar y catalogar las inscripciones del mundo antiguo y en describir los restos visibles de los antiguos pueblos y ciudades. Sin embargo, hasta el siglo XIX la práctica de la arqueología no era en absoluto sistemática y las técnicas de recopilación y análisis de datos se han refinado mucho desde entonces. Continuamente se descubren nuevos yacimientos y se alcanza una mayor comprensión de los ya existentes, sumando nueva información a los datos ya acumulados sobre cada región y periodo. En las circunstancias apropiadas, los métodos modernos son muy sofisticados y efectivos a la hora de extraer información, lo que conlleva que en la actualidad se tienda a excavar áreas cada vez más pequeñas con cada vez mayor detalle: dado el tamaño de muchas comunidades del periodo romano, hoy en día es bastante poco habitual que se excaven en su totalidad. Del mismo modo, por lo general sólo hay recursos para obras a gran escala en una pequeña proporción de los yacimientos localizados, lo que puede dar lugar a que una visión general de la vida rural o urbana en una provincia se base en una diminuta muestra de los restos existentes, pasando incluso por alto lo que se ha perdido o los yacimientos que aún no han sido localizados. También es vital ser consciente de que la cantidad de hechos inequívocos descubiertos a través de la arqueología es limitada. Todos los hallazgos requieren interpretación, sobre todo si se aspira a sacar conclusiones de mayor amplitud. Cualquier estudio de la historia del mundo antiguo estará incompleto si no considera los registros arqueológicos, pero las impresiones que se derivan de ellos pueden cambiar cada vez que se realizan nuevos descubrimientos o se reinterpretan los antiguos.

Gibbon tenía a su disposición la gran mayoría de las obras del mundo grecorromano que han llegado hasta nosotros. Con posterioridad, se han efectuado unos cuantos descubrimientos, por ejemplo las cartas de Frontón, del principio mismo de nuestro periodo, mientras que, por otro lado, hace tiempo que los poemas de Ossian -supuesta poesía heroica, que se conserva en Escocia, de las tribus caledonias que habían luchado contra Roma- mencionados en *Decadencia y caída* han sido identificados como una falsificación pergeñada en el siglo XVIII. No obstante, los hallazgos auténticos de textos y fragmentos de otros escritores no han cambiado de manera fundamental la estructura general y la utilidad de nuestras fuentes literarias. El siglo III está muy mal abastecido: de gran parte del siglo existen sólo resúmenes y epítomes de historias anteriores, que suelen ser breves y, con frecuencia, poco fiables. También contamos con la colección de biografías imperiales conocidas como la *Historia Augusta*, que pretende ser la obra de seis autores que escribieron a finales del siglo III y a principios del siglo IV. En la actualidad, se suele considerar que fueron escritas por un solo hombre, perteneciente, como mínimo, a una generación posterior. Se trata de una extraña mezcla de invención y confusión, pero parece que el autor ha incluido algo de información fidedigna. Y, sin embargo, el hecho de que nos veamos obligados a llegar a utilizarlas, siquiera, es un índice de la pobreza de nuestras otras fuentes para este periodo.<sup>14</sup>

Dos notables historiadores narrativos ofrecen descripciones detalladas y, generalmente, de confianza: Amiano Marcelino cubre parte del siglo IV y Procopio parte del siglo VI. Ambos fueron



testigos presenciales de algunos de los hechos que relatan y lo mismo sucede hasta cierto punto con Dión Casio y Herodiano, que cubren el principio del periodo considerado en este libro. Aparte de eso, nos basamos fundamentalmente en datos aislados y breves resúmenes. Como ya hemos visto, la mayoría de la bibliografía perteneciente a ese periodo no se ocupa de los grandes acontecimientos de la política o la guerra. Algunos textos, como los numerosos discursos panegíricos, se dirigen a los emperadores y hacen referencia a preocupaciones y hechos contemporáneos, pero en una forma tan convencional y retórica que resulta difícil extraer demasiada información de ellos. Es posible que la creencia de que contienen mensajes codificados sea cierta, pero es fácil llevarla demasiado lejos. Es esencial recordar que sólo contamos con una mínima parte de la literatura que una vez existió. Una buena parte de la historia de Amiano se ha perdido, mientras que de muchos otros autores y sus obras sólo sobreviven los nombres. Sin duda, había muchos más que ni siquiera se llegaron a mencionar en los textos. La mayoría de las obras se conservaron en forma de manuscritos en bibliotecas eclesiásticas. Inevitablemente, eso significa que las perspectivas de supervivencia de los manuscritos cristianos eran mucho mejores y asimismo que el mérito literario influía más que el interés histórico. El azar desempeñaba un papel todavía más importante.

El papel del azar fue decisivo sobre todo para los demás documentos -en su mayoría escritos en papiros, pero en ocasiones en tablillas o fragmentos de cerámica-, cuyo hallazgo ha sido en buena medida cuestión de suerte. Se siguen encontrando donde las condiciones son adecuadas, y a veces aparecen en cantidades considerables. Entre los escritos hallados se incluyen en ocasiones documentos como declaraciones censales, que proporcionan información de enorme utilidad, pero nunca en cantidades suficientes para generar estadísticas fidedignas sobre el tamaño de la población, la escala de edad y los niveles generales de prosperidad más allá del ámbito más local y el corto plazo. Todos los estudios de la Antigüedad se ven obligados a proceder sin el apoyo de las estadísticas, lo que no significa que sea imposible demostrar o rebatir algunas de las teorías propuestas para explicar la caída del Imperio romano. Simplemente, no podemos decir si una sustancial reducción de la población influyó o no en su derrumbe. Del mismo modo, no podemos calibrar el estado de la economía en un periodo concreto o analizar el verdadero impacto de la asombrosa devaluación sufrida por la moneda en el siglo III. Las fuentes con las que contamos dejan entrever algunas tendencias, pero no todo el mundo las interpretará del mismo modo.

Hay muchas cosas que, sencillamente, hoy nos es imposible averiguar sobre la historia de Roma en los siglos III y posteriores. En mayor o menor medida, lo mismo sucede en la mayoría de periodos de la historia de la Antigüedad. No obstante, debemos esforzarnos en formular aquellas preguntas cuya respuesta nos interesa realmente, en vez de dirigir nuestra atención hacia aquellas que son más fáciles de responder a partir de nuestras fuentes. Además, el mero hecho de que gran parte de la literatura griega y romana se haya perdido hace pensar que el paso del mundo romano al mundo medieval fue drástico desde muchos puntos de vista. El grueso de esas obras no fue eliminado o destruido de forma deliberada por los clérigos, sino que se perdió sin más. El mundo medieval era un lugar mucho menos cultivado que el mundo clásico que le precedió, sobre todo en Europa Occidental. Ninguna de estas circunstancias sugiere que se haya producido una transformación. La caída del Imperio romano fue un acontecimiento de gran importancia, aunque tuviera lugar a lo largo de un lapso de tiempo considerable y no pueda asignársele una fecha específica. Su peso resulta aún más evidente cuando analizamos el periodo en el que el Imperio estaba en pleno esplendor.

## PARTE I

## EL REINO DORADO

*Reflexiona repetidamente sobre la rapidez de tránsito y alejamiento de los seres existentes y de los acontecimientos. Porque la sustancia es como un río en incesante fluir, las actividades están cambiando de continuo y las causas sufren innumerables alteraciones. Casi nada persiste y muy cerca está este abismo infinito del pasado y del futuro, en el que todo se desvanece. ¿Cómo, pues, no va a estar loco el que en estas circunstancias se enorgullece, se desespera o se queja porque sufrió alguna molestia cierto tiempo e incluso largo tiempo?*

Marco Aurelio<sup>1</sup>

Marco Aurelio falleció la noche del 17 de marzo del año 180. Al emperador decimosexto de

Romale quedaban sólo unas pocas semanas para cumplir los cincuenta y nueve años y había gobernado su vasto Imperio durante casi dos décadas. Más tarde corrieron rumores de que se había tratado de un crimen -esa posibilidad se barajaba prácticamente siempre que moría un emperador- orquestado por los médicos, que se aseguraron de que falleciera para complacer a su hijo y heredero Cómodo. Es muy poco probable y, de hecho, desde muchos puntos de vista, resulta sorprendente que llegara a vivir tantos años. Nunca fue un hombre robusto y había llevado sus fuerzas al límite en un reinado asediado por la guerra y la peste. Aun así, las posteriores generaciones le recordaron como el emperador ideal, y el senador Dión, que escribió en el siglo siguiente, describió su reinado como el «reino dorado». Las excepcionales *Meditaciones* -su diario, redactado como una colección de sus ideas filosóficas cuyo destino nunca fue la publicación- revelan a un hombre con un hondo sentido del deber y un sincero deseo de gobernar de la mejor manera, cuyo origen no estaba en el deseo de labrarse fama -«conciérneme al rey hacer bien y recibir calumnias»-, sino de hacer lo correcto y lo mejor para todos. La fama no significaba nada para los muertos, y él, como todas las personas y las cosas del mundo, estaba destinado a morir: «Dentro de poco tiempo no serás nadie en ninguna parte, como tampoco son nadie Adriano ni Augusto». La muerte, y la necesidad de aceptarla sin resentimiento, es un tema constante, lo que sugiere que nunca fue del todo capaz de convencerse a sí mismo al respecto. Su correspondencia privada revela la profunda emoción que le embargaba cuando perdía a algún amigo o familiar. Y, sin embargo, el cambio formaba parte de la naturaleza del universo, e incluso aquellos historiadores que niegan que el Imperio romano experimentara algún tipo de decadencia o ruina describen su transformación. Antes de estudiar este proceso, convendría examinar el mundo de Marco Aurelio.<sup>2</sup>

Las personas cultivadas, como Marco Aurelio, sabían que el mundo era redondo. Los filósofos griegos habían sido los primeros en darse cuenta, pero durante siglos también los romanos hablaron del globo o el orbe. Por otro lado, aunque ocasionalmente aparecía algún pensador que defendía lo contrario, la tendencia entre los filósofos era a afirmar que las estrellas y los planetas giraban alrededor de la Tierra y no del Sol. Muchas culturas del mundo antiguo poseían un conocimiento notable del cielo nocturno, en parte porque la gente tenía una creencia muy arraigada en la astrología. Se decía que el emperador Adriano había sido capaz de predecir hasta los más pequeños incidentes con el mayor detalle, incluyendo el día y la hora de su propia muerte. El mundo era redondo, pero sólo se conocían tres continentes -Europa, Asia y África- y no se tenía una idea clara de la superficie total de los dos últimos. En torno a las masas terrestres se extendía el vasto océano, que sólo interrumpían en sus

extremos unas cuantas islas como Britania. En el centro de los continentes se encontraba el Mediterráneo, o mar del medio, que constituía el centro del mundo y del Imperio romano.<sup>3</sup>

En la época de Marco Aurelio, el Imperio se extendía desde la costa atlántica hasta el Rin y el Danubio, y desde la línea que trazan los ríos Forth y Clyde en el norte de Britania hasta el Eufrates en Siria. Era un área muy vasta, con mucho la más grande del mundo conocido, por lo que sabían sus habitantes. Resultaba especialmente grande en una época en la que el transporte nunca avanzaba más rápido que un barco navegando por mar o un caballo galopando por tierra. Medía casi cinco mil kilómetros desde las zonas periféricas de su extremo más al norte, pero, aun así, tenemos constancia de que los viajeros recorrían esas distancias: en 1878 se encontró una lápida cerca del emplazamiento del fuerte romano Arbeia, en South Shields, mirando hacia la desembocadura del Tyne. Conmemora a Regina -nombre que significa reina- la «liberta y esposa» de treinta años de «Barates de la nación de Palmira». Palmira era una rica ciudad-oasis de Siria y parece probable que Barates fuera un comerciante y, a juzgar por el tamaño y calidad del monumento, uno de éxito. Su esposa era de la zona, una britana de la tribu de los catuvellaunos, que vivían al norte del Támesis. Originalmente, la joven había sido su esclava, pero le había otorgado la libertad y se había casado con ella, algo que sucedía con cierta frecuencia. En la lápida, Regina aparece sentada y ataviada con las galas de una dama romana, con un brazalete en la muñeca y un collar en el cuello, el pelo recogido en lo alto de la cabeza, en uno de los estilos ornamentados que dictaba la moda. Al menos por parte del marido, parece haber existido afecto sincero. La mayor parte de la inscripción está en latín, pero la última línea está escrita en el alfabeto curvado de su propia lengua nativa y reza sencillamente «Regina, la liberta de Barates, ay».<sup>4</sup>

Ni Barates ni Regina eran ciudadanos romanos, pero tanto su matrimonio como su presencia en el norte de Britania se debían al Imperio, como también el hecho de que el monumento estuviera esculpido en estilo romano y la inscripción hubiera sido en gran parte redactada en latín. El mundo en el que vivían era romano, aunque nunca lo fuera de forma exclusiva. Cada uno de ellos se identificaba con orgullo con pueblos que una vez habían sido independientes: Barates hablaba su propia lengua semítica y es probable que Regina hablara la lengua celta de su pueblo. El latín sólo era común en las provincias occidentales y el griego seguía siendo el principal medio de comunicación y cultura en el este. A todo lo largo y ancho del Imperio, muchos lenguajes y dialectos diferentes continuaban hablándose localmente. También había otras diferencias, de religión, costumbres y cultura, pero lo que realmente resulta llamativo del Imperio es el número de semejanzas que existía entre una provincia y otra. Los grandes edificios públicos -basílicas, templos,

teatros, circos, anfiteatros y acueductos- tenían un aspecto muy parecido en Africa y en la Galia, en Hispania y en Siria.

Ahora bien, se trataba de algo más relevante que una mera cuestión de estilo arquitectónico y de técnicas de ingeniería. La gente vestía de forma similar y marcadamente romana y las modas específicas se propagaban por un área muy extensa. Adriano fue el primer emperador que llevó barba y expresó su gusto por esta costumbre griega, aunque hubo quien opinó que lo único que quería era ocultar las imperfecciones de su piel. Muchos hombres le imitaron. De igual modo, las mujeres copiaban los peinados adoptados por las esposas e hijas de los emperadores y que podían verse en todas las provincias gracias a sus retratos. Se observan peinados prácticamente idénticos en esculturas de Renania y en retratos funerarios de Egipto. Estos últimos servían para decorar féretros que contenían cadáveres momificados según la antigua costumbre de la región. Convertirse en romano

rara vez, por no decir nunca, implicaba abandonar por completo las tradiciones locales.<sup>5</sup>

El Imperio romano se creó a través de conquistas que, con frecuencia, eran un asunto extremadamente sangriento: se cree que Julio César mató a un millón de personas cuando invadió la Galia en 58-50 a.C., y que vendió como esclavos a una cifra mucho mayor. Aquél fue un hecho excepcional, y es probable que las cifras se hayan exagerado, pero los romanos mostraban una determinación implacable en su búsqueda de la victoria y el coste para los vencidos podía ser atroz. Tácito, el historiador romano, hizo que el líder de una tribu proclamara que los romanos «dejan una tierra baldía y lo llaman paz». Muy pocas provincias fueron creadas sin que se produjera, al menos, alguna escaramuza, y el propio César opinaba que era natural que los galos lucharan por su libertad, aunque también consideraba absolutamente adecuado que él se la arrebatara en interés de Roma. Con todo, tanto en Galia como en otros territorios que acabaron formando parte del Imperio, siempre había algunas comunidades y líderes que daban la bienvenida a las legiones, buscando su protección frente a vecinos hostiles o con la esperanza de obtener una ventaja sobre sus rivales. La tribu de los icenos, liderada por la famosa reina Boudica, había dado la bienvenida a los invasores romanos en el año 43 y sólo se rebeló en el año 60, cuando la familia real fue humillada y maltratada. Las legiones eran tan eficientes y brutales cuando se trataba de sofocar una rebelión como lo eran cuando libraban cualquier otro tipo de guerra, y la revuelta de los icenos terminó con una derrota absoluta y terrible.

A menudo, las rebeliones tenían lugar aproximadamente una generación más tarde de que se

produjera la conquista inicial, pero después de ese momento eran muy raras en la mayoría de las regiones. A partir del siglo II resulta muy difícil detectar ningún indicio de la existencia de un deseo de independencia en la gran mayoría de la población de las provincias. En parte, ese hecho responde al reconocimiento del tremendo poder de las legiones, pero el ejército no era lo bastante grande como para mantener el Imperio por la fuerza, y la mayoría de las regiones nunca llegaron a ver a un soldado, no digamos ya a un cuerpo de tropas organizado. Lo que es aún más importante, el número de personas que prosperaban bajo el gobierno romano era suficiente como para desear que se quedaran. A los romanos no les interesaba en absoluto ocupar una tierra baldía, sino que querían conquistar las provincias más pacíficas y ricas. En algunos periodos, un número sustancial de colonos romanos e italianos se asentaron en comunidades situadas en territorios conquistados, pero nunca pasaron de ser una minoría entre la población indígena. En las provincias nunca habría reinado la paz ni se habrían pagado los impuestos requeridos si las propias provincias no se hubieran esforzado y hubieran puesto algo de su parte.<sup>6</sup>

Los que más se beneficiaron fueron las aristocracias locales, muchas de las cuales conservaron sus tierras, estatus y riqueza. Los romanos permitían que las comunidades locales gestionaran sus propios asuntos la mayor parte del tiempo, ya que el gobierno central ni quería ni podía interferir en ellos. Se impusieron algunas leyes, sobre todo para regular incidentes que afectaran a ciudadanos romanos o para reglamentar las relaciones con otras comunidades. Por lo general, esas comunidades eran ciudades que administraban las tierras que las circundaban. Muchas eran anteriores a la ocupación romana, pero, allí donde no había ninguna ciudad, se solía establecer una. La cultura del Imperio era fundamentalmente urbana, y los aristócratas locales eran alentados a convertirse en magistrados y consejeros de la ciudad, puestos que les brindaban prestigio, autoridad y, en ocasiones, la oportunidad de aspirar a una carrera todavía más atractiva en el servicio imperial. A muchos de ellos se les otorgó la ciudadanía romana, pero Roma siempre había sido generosa en ese sentido y este derecho se extendió asimismo a muchos habitantes menos acaudalados de las provincias. A mediados del siglo I,

el apóstol San Pablo, un judío de la ciudad de Tarso, en Asia Menor, era ciudadano romano, aunque no hay pruebas de que hablara latín. Su familia consiguió darle una buena educación, pero, por lo visto, no contaban con excesiva fortuna. Y si consideramos la cuestión a una escala mayor, ciudades enteras podían convertirse oficialmente en una ciudad o colonia romana con constituciones modeladas a partir de las de la propia Roma.

La mayoría de las provincias eran creaciones artificiales del Imperio que integraban diferentes tribus, pueblos y ciudades, dando lugar a divisiones que no habrían tenido auténtico significado antes de la llegada de los romanos. La pertenencia a una tribu y a una ciudad seguía inspirando sincera emoción: Pablo alardeaba de ser un ciudadano de Tarso, una «ciudad nada despreciable», además de romano. En el siglo II, las ciudades atravesaban su momento más próspero y competían ferozmente con sus vecinos, esforzándose en superarlos en esplendor y prestigio. Los magníficos edificios públicos se erigían como símbolos físicos de la importancia de una ciudad. Sólo ha sobrevivido una fracción de lo que una vez existió, pero esos monumentos nos ofrecen hoy en día muchos de los más espectaculares recordatorios de la era romana. Se esperaba que los magistrados aportaran un buen pellizco de su propio dinero cuando presidían proyectos de ese tipo y su generosidad quedaba conmemorada en grandes inscripciones que se colocaban en el edificio una vez concluido. A veces, la ambición era desmedida: a principios del siglo II Plinio el Joven fue enviado a gobernar Bitinia y Ponto (actualmente, el norte de Turquía), donde descubrió que Nicomedia se había gastado más de tres millones de sestercios en un acueducto que nunca llegó a completarse. Cerca de allí, Nicea se había gastado diez millones en un teatro que ya se estaba desmoronando. Se trataba de sumas inmensas -un legionario cobraba sólo mil doscientos sestercios al año- y nos dan una idea de las vastas cantidades que se destinaban a mejorar las ciudades. La mayoría de los proyectos se llevaban a cabo con mayor éxito. Siempre pervivían algunas peculiaridades locales en las costumbres y los rituales, pero resulta sorprendente lo parecida que era la vida civil a todo lo largo y ancho del Imperio.<sup>7</sup>

Por muy terrible que fuera la fase inicial de la conquista romana, si los ejércitos dejaban una tierra baldía a su paso, ésta nunca lo era de manera permanente. La famosa *Pax Romana*, o paz romana, era una realidad, y no deberíamos olvidar lo rara que era la paz prolongada en el mundo antiguo. Antes de que llegaran los romanos, las guerras y las razias eran moneda común en todas partes, y en algunas regiones eran fenómenos endémicos. Las tribus, los pueblos, las ciudades, los reinos o los líderes luchaban entre sí con frecuencia y, en muchos casos, se veían inmersos en luchas intestinas y guerras civiles, y eso sucedía tanto en las denominadas tribus bárbaras como en el mundo griego. La democrática Atenas había resultado ser extremadamente agresiva en política exterior y fueron los romanos los que pusieron freno a su ímpetu. Roma fue la potencia imperialista de más éxito de la Antigüedad, pero no cabe ninguna duda de que no fue el único estado expansionista. Sería un error considerar a los pueblos conquistados como meras víctimas de Roma, en vez de pueblos con su propia forma de belicosidad. Los romanos poseían un talento único para absorber a otros pueblos y consiguieron convencer a las provincias de que permanecer leales a Roma era mejor alternativa que oponerle resistencia. En última instancia, fue este componente de consentimiento el que hizo que el Imperio funcionara. En el año 180 nadie podía imaginar seriamente, ni mucho menos recordar, un mundo sin Roma.

La violencia no estaba completamente ausente de las provincias. Durante algunos periodos, el bandidaje supuso un problema en algunas zonas y, en ocasiones, tenía un elemento social o político. Tanto piratas como bandidos figuran de forma regular en las obras de ficción griegas y romanas, lo que sugiere que cautivaron la imaginación de la época, pero no significa necesariamente que fueran

habituales en la vida real. No obstante, en una serie de fuentes se suelen mencionar otros tipos de violencia organizada o casual, de terratenientes contra arrendatarios o de cualquier grupo contra los vulnerables. Necesitamos ser un poco precavidos, ya que los crímenes -en especial los crímenes violentos- atraen una atención desproporcionada en los medios de comunicación de hoy en día, sencillamente porque nadie desea informar o escuchar información sobre días en los que no pasaba nada. No existía ninguna fuerza policial organizada por encima del nivel local, y sin duda en el Imperio se cometían delitos, pero eso es así en cualquier otro estado de envergadura. Las rebeliones graves eran muy poco frecuentes. Judea se rebeló bajo el gobierno de Nerón (66-73) y una vez más bajo el de Adriano (132-135), mientras que la población judía de Egipto, Chipre y otras provincias más se levantó contra Trajano (115-117). En todos los casos, el combate fue duro y costoso, pero finalmente los romanos sofocaron la revuelta con brutalidad.<sup>8</sup>

Los judíos se distinguían de los demás grupos por su fuerte sentido de nación, que era reforzado por la religión y por tradiciones que hacían hincapié en la resistencia ante los invasores. Había comunidades judías repartidas por todas las ciudades del Imperio, pero también muchas que vivían fuera, dentro del gran reino de Partia. Los partos eran la única potencia independiente importante en las fronteras del Imperio y gobernaban un reino que cubría gran parte del actual territorio de Irak e Irán. Los romanos les trataban con un respeto muy superior al empleado en su diplomacia con otros pueblos, pero nunca como a iguales. En las circunstancias apropiadas, los ejércitos de jinetes partos eran formidables, y en el pasado habían infligido una serie de derrotas a los ejércitos romanos, aunque invariablemente los conflictos habían terminado con un tratado que favorecía a Roma. Con todo, su poder no debe exagerarse y queda eclipsado al compararlo con el del Imperio. Trajano había lanzado una importante invasión y sus hombres habían saqueado la capital parta de Ctesifonte. Nunca existió ninguna posibilidad real de que un ejército parto supusiera una amenaza para la propia Roma. Entre Partia y Roma se extendía el reino de Armenia, que se aferraba a una precaria independencia. Culturalmente tenían más cosas en común con los partos, y su trono con frecuencia era ocupado por miembros de la familia real de aquéllos. No obstante, los romanos insistían en que sólo ellos podían otorgar legitimidad a cada nuevo rey.

Trajano había intentado anexionarse una gran parte de Partia, pero su tentativa fue frustrada por una serie de rebeliones en los territorios recién conquistados y por su debilitada salud. Su sucesor, Adriano, se retiró de las nuevas provincias, y Partia, poco a poco, recuperó su fuerza. En las demás zonas de las fronteras, Roma se enfrentaba a comunidades mucho más pequeñas. La mayoría eran pueblos tribales, políticamente desunidos y frecuentemente hostiles entre sí. De vez en cuando emergía un líder carismático y reunificaba varias tribus durante un tiempo, pero su poder muy rara vez sobrevivía a su muerte y lo heredaba un sucesor. El grueso del ejército romano se desplegó por las fronteras o en sus proximidades para enfrentarse a cualquier amenaza que surgiera. Esto, en sí mismo, sugiere que se consideraba improbable que se produjera una rebelión importante en la mayor parte de las provincias interiores. El orador griego Arístides, que escribió en el siglo II, comparó a los soldados romanos con los muros que protegían a las ciudades.<sup>9</sup>

## «LOS HOMBRES MÁS HONORABLES»: LOS GOBERNANTES DEL IMPERIO

El aniversario novecientos de la fundación de Roma fue conmemorado formalmente en 148, cuando Marco Aurelio era adolescente (es imposible saber si Rómulo existió o no y si realmente fundó la ciudad en 753 a.C., pero es probable que la fecha aceptada de forma tradicional sea básicamente

correcta). Roma fue gobernada por reyes hasta el año 509 a.C., cuando el último de ellos fue expulsado y se creó la República. En este sistema, el Estado obtenía a sus funcionarios ejecutivos superiores del conjunto de los magistrados electos, que lo dirigían tanto en la paz como en la guerra. Esos altos funcionarios recibían asesoramiento del Senado, un consejo que incluía a todos los antiguos magistrados. Se suponía que el sistema impediría que un solo individuo o grupo se hiciera con el poder supremo. Durante mucho tiempo funcionó bien, proporcionando a Roma una estabilidad interna envidiada por los comentaristas griegos, cuyas propias comunidades sufrían el asedio de la revolución y las luchas intestinas. En el siglo III a.C., la república romana se expandió hasta controlar la península italiana y, a mediados del siglo siguiente, ya dominaba todo el mundo mediterráneo. Sin embargo, con el tiempo la política romana fue haciéndose más y más agresiva. En el año 88 a.C. un ejército romano marchó contra la propia Roma, comenzando la primera de una serie de guerras civiles que destrozaría la República. Al final, en el año 31 a.C., el hijo adoptado de Julio César, Octaviano, derrotó a su último rival, Marco Antonio. Roma volvió a convertirse en una monarquía, aunque Octaviano se guardó muy bien de utilizar la palabra rey: César había sido asesinado porque se sospechaba que codiciaba ese título.

Octaviano afirmaba haber «restaurado la República», pero durante su prolongado reinado creó un sistema que alteró de forma fundamental el equilibrio de poder dentro del Estado. Él y sus sucesores recibieron el nombre de *imperator*, de donde procede nuestra palabra «emperador». En latín significaba «general», y era tradicional que los comandantes victoriosos fueran aclamados como *imperator* por sus ejércitos. Tenía un nuevo significado, porque ahora Octaviano controlaba el ejército: los soldados prestaban un juramento de alianza con él, no con sus comandantes, y recibían de él su salario y recompensas, entre las que se contaban la concesión de tierras o dinero al darse de baja del ejército. También gozaba de control permanente sobre la mayoría de las provincias, supervisaba las finanzas estatales, controlaba los nombramientos de la mayor parte de los puestos de rango superior y tenía la potestad de crear nuevas leyes. En la constitución no existía la posición de emperador, y cada uno de los poderes de los que disfrutaba le era otorgado a Octaviano de forma individual. Oficialmente, era el *princeps*, el primer magistrado y el primero de los siervos del Estado. Más tarde, se le concedió, asimismo, el nombre de Augusto, cuya dignidad le ayudaba a borrar el recuerdo del revolucionario con las manos manchadas de sangre que se había abierto camino sin ningún miramiento hasta alcanzar el poder. Tanto ese nombre como el apellido de César quedaron firmemente asociados al poder supremo y fueron adoptados por posteriores emperadores que no tenían ninguna conexión con ese linaje. El Principado, como se conoce el periodo entre los especialistas modernos, era una monarquía encubierta, pero pocos eran los que se dejaban engañar. En la parte oriental, de habla griega, se refirieron desde el principio a Augusto como *basileus* o rey. En última instancia, el poder imperial residía en las fuerzas armadas. En una ocasión un senador, célebre por su habilidad como orador, fue criticado por Adriano por utilizar una palabra concreta y se sometió con docilidad a su criterio para gran sorpresa de sus amigos. Más tarde, les reprendió con buen humor y les preguntó cómo podían no considerar «más sabio que nadie a quien tiene bajo su mando a treinta legiones».<sup>10</sup>

En la práctica, el emperador era mucho más que el primero en un grupo de iguales, pero, entre ellos, los que eran buenos gobernantes no hacían ostentación de su poder y trataban con respeto a sus súbditos y especialmente a la aristocracia senatorial. El Senado estaba compuesto por unos seiscientos miembros en cada legislatura, pero la admisión entre sus filas confería estatus senatorial a lo largo de varias generaciones subsiguientes, de modo que, en total, la clase tenía algunos miembros más. Para ser senador era necesario haber nacido libre y poseer propiedades valoradas al menos en un millón de

sestercios. La fortuna de la mayoría de los senadores era superior y el grueso de sus propiedades estaba formado por terrenos, que a veces estaban repartidos por todo el Imperio, aunque todos los senadores debían poseer algunas tierras en Italia.

Muchas de las familias con solera que habían dominado la República se habían extinguido, víctimas de las guerras civiles del siglo I a. C. o de las purgas realizadas por emperadores nerviosos. Las pérdidas naturales también contribuían, ya que la tasa de natalidad en la aristocracia era baja, mientras que la mortalidad infantil era terriblemente elevada. Marco Aurelio y su esposa Faustina fueron un caso excepcional, al tener hasta catorce hijos, pero sólo seis alcanzaron la edad adulta. Algunos linajes sobrevivieron a través de la adopción y otros vieron cómo se sumaban sus riquezas y herencias mediante el matrimonio de una hija con otra familia, pero muchos desaparecieron sin dejar rastro. Los patricios, la aristocracia más antigua de Roma, estuvieron a punto de extinguirse durante el reinado de Augusto y su familia. Los emperadores posteriores conferían el estatus de patricio a otros senadores como un gran honor. César y Augusto habían introducido a muchos italianos en el Senado; Claudio añadió un gran número de hombres provenientes de la Galia y, a lo largo de los años, se fueron incorporando senadores de prácticamente todas las provincias del Imperio. Todos eran ciudadanos romanos, algunos descendían de colonos romanos o italianos, pero otros procedían de las aristocracias provinciales, hombres cuyos antepasados bien podían haber luchado contra Roma. Con el tiempo, lo mismo sucedía con los emperadores. Trajano y Adriano eran originarios de Hispania, como la familia de Marco Aurelio, mientras que Antonino Pío era de la Galia.

El antiguo prestigio del Senado perduraba, pero muy pocos de sus miembros podían presumir de contar con más de unas cuantas generaciones de senadores entre sus ancestros. Las elecciones libres habían desaparecido con la República, pero las magistraturas seguían siendo cargos prestigiosos e importantes. Además, existían nuevos puestos en el servicio imperial. La carrera de la mayoría de los hombres incluía tanto puestos tradicionales como imperiales, y mezclaba responsabilidades civiles y militares. En la República los magistrados superiores habían sido los dos cónsules elegidos anualmente. Alcanzar el consulado seguía siendo un gran honor, pero era normal que cada pareja de cónsules dimitiera a los tres meses y fuera sustituida, de manera que solía haber ocho por año, todos ellos elegidos por el emperador. Era más prestigioso ser uno de los dos cónsules que empezaban el año y mejor aún ocupar el cargo dos o incluso tres veces, y lo mejor de todo era ser cónsul con el emperador como colega. Varias provincias eran gobernadas por procónsules senatoriales cuyo nombramiento seguía siendo prerrogativa del Senado, aunque era muy poco probable que el candidato que resultara victorioso no hubiera contado también con el favor imperial. Las provincias que tenían importantes guarniciones militares eran controladas por los representantes del emperador, los legados. Eran hombres que habían sido cuidadosamente seleccionados entre los senadores y ese tipo de mandato solía representar la cima de sus carreras.

El puesto siguiente en la jerarquía era ocupado por la orden ecuestre, los équitos o «caballeros», nombre que era una reminiscencia de una época anterior en la que todos los que poseían suficiente dinero como para permitirse tener un caballo habían servido como caballeros en la milicia romana. Por lo general, también se suponía que los équitos tenían que haber nacido libres y contar con propiedades por valor de al menos cuatrocientos mil sestercios. De nuevo, la fortuna de muchos de ellos superaba con creces esa cifra. Había muchos más équitos que senadores: a principios del siglo I, el geógrafo griego Estrabón comentó que el censo revelaba que, sólo en la ciudad española de Gades (la actual Cádiz), existían quinientos équitos. Pero se trataba de algo excepcional: aun en Italia, sólo la



ciudad de Patavium (Padua) contaba con una cifra similar, aunque esa cantidad representaba tal vez el uno por ciento de su población. Es posible que hubiera hasta diez mil équitos en todo el Imperio, quizá muchos más. Durante la República, había pocos cargos oficiales a los que pudieran aspirar, pero Augusto había cambiado su situación y había creado un amplio abanico de puestos administrativos y militares para ellos. Las provincias de menor tamaño eran gobernadas por équitos, como Egipto, donde, como caso único, las legiones también eran comandadas por miembros de la orden ecuestre. En conjunto, había unos seiscientos cargos para équitos, la gran mayoría de los cuales eran cargos de oficiales en el ejército, frente a los poco más de cien puestos senatoriales."

Los équitos eran hombres importantes y algunos de ellos ocupaban posiciones de gran responsabilidad e influencia, pero no formaban un grupo cohesionado con intereses comunes. Un senador siempre conocía a todos los demás senadores, aunque sólo fuera a través de su reputación y su familia y, en ocasiones, era posible hablar de la opinión de los senadores, mientras que no existía nada que se pudiera denominar como la opinión de los équitos. Un grupo todavía más numeroso y desunido era la clase curial: los aristócratas locales que ocupaban las magistraturas y constituían los consejos que gobernaban las ciudades repartidas por todo el territorio del Imperio. Su riqueza e importancia variaba dependiendo de la prominencia y el tamaño de su comunidad nativa, pero sabemos que en Comum, en el norte de Italia, un hombre debía poseer propiedades por valor de cien mil sestercios para poder presentarse a un cargo, un cuarto de lo que se le exigía a un équite y un décimo de lo que necesitaba un senador. Sin duda, en esta clase también existían muchos aristócratas que poseían capitales que superaban en mucho esa cantidad y, al parecer, era habitual que los équitos trabajaran en los consejos locales de sus ciudades.<sup>12</sup>

Los más acaudalados poseían grandes mansiones en las ciudades, de cuyas dimensiones y lujo nos dan idea las ruinas de Pompeya y Herculano (aunque es importante recordar que ninguna de estas dos ciudades era especialmente rica o importante). No obstante, la más clara expresión de la fortuna de la élite eran las magníficas villas de sus fincas rurales. La posesión de tierras era la única fuente de riqueza auténticamente respetable, y practicar la agricultura con afán de obtener beneficio también constituía una de las mejores formas de conseguir un elevado rendimiento de las inversiones y, desde luego, era la forma más segura y regular. Además, una villa en el campo era el entorno perfecto para disfrutar en los periodos de ocio, un lugar donde gozar de paz y tranquilidad tras la ajetreada vida de las ciudades, así como la oportunidad de ir de caza. Trajano, Adriano y Marco Aurelio eran muy aficionados a la caza, al igual que numerosos senadores. Adriano resultó gravemente herido en al menos una ocasión e hizo erigir un monumento a uno de sus caballos favoritos después de que fuera abatido por un jabalí.

También era posible dedicarse a actividades más sosegadas e intelectuales. La élite de Roma era muy culta y muchos de sus miembros se entregaban con denuedo a labores literarias y filosóficas. Todos los senadores eran, como poco, bilingües, porque el griego era una lengua esencial para un hombre cultivado, como el latín lo era para los asuntos oficiales. Marco Aurelio escribió sus meditaciones en griego, considerando que era una lengua más apropiada para los abstractos conceptos filosóficos. La habilidad como orador era muy importante a la hora de seguir una carrera en la vida pública, aunque la mayoría de los discursos eran panegíricos formales y predecibles sobre los emperadores. La pureza del lenguaje, el estilo y la expresión eran juzgados estrictamente y, con frecuencia, eran más importantes que el contenido. La literatura tendía a mirar hacia el pasado distante y a evitar las preocupaciones de la vida política contemporánea. La segunda sofística -la primera había florecido durante el máximo apogeo del poder de la Atenas democrática, en el siglo V a.C.- se caracterizó por

una obsesión por el pasado independiente de las ciudades griegas. El Imperio se convirtió en la grandiosa culminación de esta gloriosa Antigüedad. Gran parte de la producción literaria de este periodo carece de auténtico interés para el lector moderno y lo más interesante de ella es que refleja el nivel de aprendizaje requerido para participar en esa corriente filosófica. Sólo los muy ricos disponían del tiempo suficiente para poder adquirir la instrucción necesaria para ser hombres de cultura. Su aprendizaje confirmaba su estatus: ocupaban la posición más alta de la escala social.<sup>13</sup>

El emperador necesitaba la ayuda de las clases más pudientes para gobernar el Imperio. Los senadores eran la clase con la que realmente convivía, y su actitud hacia él tendía a dictar cómo sería retratado en la historia que leería la posteridad. En líneas generales, la literatura era escrita por y para la aristocracia. Era importante tratarles con respeto y los emperadores que descuidaban ese aspecto eran vilipendiados a su muerte. Adriano era un hombre inteligente y capaz, pero tendía a alardear en exceso de sus talentos, deleitándose en demostrar su superioridad ante los demás, lo que le convirtió en un emperador impopular a pesar de que su reinado cosechó grandes éxitos, y aunque finalmente accedieron, los senadores se mostraron muy reacios a deificarle cuando falleció. Con todo, en conjunto Roma tuvo una serie de buenos emperadores en el siglo II, hombres de talento que se tomaban en serio su trabajo y adoptaban decisiones con vistas a obtener el bien común. Desde luego, los más acomodados estaban satisfechos: el Derecho Romano tenía una larga tradición de leyes que protegían a los ricos y los aristócratas de los duros castigos que se infligía a sus inferiores en la escala social. Esa tendencia continuó durante el Principado y, poco a poco, la ley reconoció la existencia de dos grupos distintos: los «hombres más honorables» (*honestiores*) y los «hombres más humildes» (*humiliores*).<sup>14</sup>

## «LOS HOMBRES MÁS HUMILDES»: LOS POBRES Y EL RESTO

Aun sumando a todos los senadores, los équitos y la clase curial, la élite del Imperio estaba constituida por una minúscula fracción de la población total. No contamos con una cifra fidedigna para ningún periodo del Imperio, ya que las cantidades mencionadas por nuestras fuentes son vagas, en ocasiones contradictorias, y a menudo han sido tremendamente exageradas. Por regla general, se calcula que la población del siglo I se situaba en la franja entre cincuenta y setenta millones de personas, y hoy en día encontramos numerosos especialistas que proponen aceptar la cifra intermedia de sesenta millones. En última instancia, esas cifras se basan en los estudios pioneros de Beloch, el erudito alemán del siglo XVIII que llevó a cabo un estudio sistemático con el fin de determinar la densidad poblacional del mundo antiguo. A pesar de que su trabajo era muy metódico, indefectiblemente también implicaba hacer uso de muchas conjeturas, al igual que otros estudios más recientes que crean herramientas tales como tablas de vida (gráficos que muestran la esperanza de vida para ambos sexos basándose en la edad) de sociedades modernas «comparables». No sin justificación apuntan que tanto las tasas de natalidad como las de mortalidad eran altas, como de hecho también lo eran en casi todas las sociedades antes de 1800. Sin embargo, algunos han optado por presentar una imagen extremadamente sombría de la Antigüedad que sugiere que la esperanza de vida era tan baja como en el Neolítico.

No contamos con estadísticas fiables. Las edades anotadas en las lápidas no son necesariamente dignas de crédito: los múltiplos de cinco son sospechosamente comunes y hay un número improbable de personas que vivieron hasta los cien años en las provincias africanas. Y, lo más importante, sólo se conserva una mínima parte de las lápidas que, por supuesto, no nos ofrecen ninguna información sobre

aquellos que, para empezar, no podían permitirse encargar una. Por otro lado, los censos de Egipto representan una diminuta fracción de los registros que una vez existieron y plantean sus propios problemas. Un estudio averiguó que el 35 por ciento de todos los anotados eran menores de quince años, pero es cuestionable concluir que la presencia de menos adultos jóvenes en comparación fuera el resultado de una elevada mortalidad. Es mucho más probable que las personas de esa edad se hubieran marchado de sus pueblos o hubieran querido evitar el censo y los impuestos que lo acompañaban. Al no disponer de datos estadísticos, todo lo que nos queda son conjeturas. Seguramente ha sido acertado suponer que las condiciones eran las peores posibles y, como mínimo, es muy improbable que la cifra fuera inferior a la franja sugerida.

Bien podría haber sido superior, quizá incluso bastante superior. Personalmente, sospecho -y se trata lisa y llanamente de una sospecha- que la cifra irá ascendiendo de forma gradual a medida que vayamos acumulando más y más pruebas documentales sobre el número y el tamaño de los asentamientos existentes en las provincias.<sup>15</sup>

Fuera el que fuera el tamaño total de la población, el grueso de los habitantes del Imperio romano vivían en el campo, en granjas y en pueblos. Algunas ciudades eran enormes: se calcula que Roma tenía una población de cerca de un millón de personas. Alejandría era la mitad de grande que la capital del Imperio, pero su población, unida a la de Antioquía y Cartago, probablemente sumaba otro millón. Se cree que unas cuantas ciudades contaban con hasta cien mil habitantes, aunque la mayoría eran mucho más pequeñas, con poblaciones que ascendían a decenas de miles o incluso a miles de habitantes. Las viviendas solían estar abarrotadas, sobre todo en Roma, y especialmente las de los más pobres. A menudo, la construcción de las *insulae* de varios pisos, una especie de bloque de apartamentos, era de mala calidad, y solían derrumbarse, mientras que los incendios eran una amenaza constante. Aun sin esos riesgos, las condiciones de vida en esas viviendas eran incómodas, caras y el espacio insuficiente. Los más desfavorecidos no podían permitirse alquilar alojamientos de ese tipo y vivían en barrios de chabolas en terrenos yermos o entre los cementerios. Por otra parte, el agudo hacinamiento de la población favorecía la propagación de las enfermedades.

Algunos estudiosos sugieren que las antiguas ciudades necesitaban el constante flujo de inmigrantes para mantener su población, ya que las insalubres condiciones de vida hacían que la tasa de mortalidad superara la de natalidad o, diciéndolo sin ambages, que las ciudades fueran consumidoras netas de gente. La higiene mejoraba con la construcción de baños públicos, pero el hecho de que tantas personas utilizaran la misma agua también contribuía a la propagación de algunas enfermedades. Las ciudades romanas tenían urinarios públicos, así como sistemas de alcantarillado y aguas residuales - bastante más de lo que podía decirse de la mayoría de las ciudades antes o después del periodo romano-, y sin embargo puede que no siempre fueran suficientes. También deshacerse de los muertos presentaba problemas en una ciudad tan grande y densamente poblada como Roma. A los historiadores que desean evocar una imagen desalentadora de la vida en la capital les gusta citar un incidente en el que el emperador Vespasiano fue interrumpido durante una cena por un perro que llevaba en la boca una mano humana. No deberíamos olvidar que eso fue

considerado un terrible presagio, no un hecho cotidiano.<sup>16</sup>

Las condiciones en las ciudades podían ser muy miserables, pero también eran lugares en los que había oportunidades para trabajar. Una de las razones por las que se construyeron tantos grandes monumentos fue la de crear empleo y poder contratar a los pobres como mano de obra. Además, en

Roma los ciudadanos tenían derecho a una ración de grano. En la ciudad se celebraban asimismo magníficos festivales y espectáculos: el Circo Máximo podía albergar entre doscientas y doscientas cincuenta mil personas, y el Coliseo, como mínimo, cincuenta mil. Aún hoy existen pocos pabellones deportivos capaces de acomodar a tantos espectadores. Las áreas rurales carecían de ese tipo de atractivos, aunque es un error pensar en ciudad y campo como dos entidades completamente separadas, ya que la mayoría de los pueblos estaban bastante cerca de alguna ciudad. El gran anfiteatro de Dougga, en Túnez, tenía asientos para más personas de las que vivían en la ciudad, lo que sugiere que la mayoría de los espectadores habrían tenido que trasladarse desde otros lugares para ver los juegos.

Las condiciones para los pobres eran diferentes en las zonas rurales, pero es posible que fueran igualmente deprimentes. Sabemos de acaudalados terratenientes o sus representantes que intimidaban y robaban a sus vecinos más débiles, cuando la autoridad estaba demasiado lejos o no deseaba intervenir. Obviamente, las historias de abusos de poder -del mismo modo que los relatos sobre asaltos de ladrones o abordajes de piratas- tenían muchas más posibilidades de llegar a ser registradas y, por tanto, de aparecer en nuestras fuentes, que la coexistencia pacífica y, por consiguiente, prosaica. Existe un problema similar con la práctica del abandono de los bebés no deseados en basureros o estercoleros, algo que ya atraía muchísima atención en nuestras antiguas fuentes y que ha despertado un interés todavía mayor en los estudiosos modernos. A menudo, alguien se quedaba con esos niños para criarlos y venderlos como esclavos, y en Egipto a veces se les conocía por el desafortunado apelativo de *Kopros* o estiércol. Es probable que la frecuencia de ese tipo de hechos se exagere en nuestras fuentes, que suelen tener un fuerte tono moral e incluyen muchos manuscritos cristianos. Por otro lado, hay casos en los que *Kopros* pasó a ser un digno nombre de familia, que fue legado de generación en generación después de que el expósito lograra prosperar.<sup>17</sup>

La esclavitud era una realidad de la vida en el Imperio romano y, de hecho, en todas las demás sociedades antiguas. Nunca existió ningún tipo de presión para que fuera abolida, aunque en el siglo II algunos emperadores habían aprobado diversas leyes para liberar a los esclavos de algunas de las prácticas más brutales, como la castración de los niños para obtener de ellos un precio mejor como eunucos. También en este caso desconocemos qué porcentaje de la población general eran esclavos. Los esclavos del hogar eran comunes en todas partes -ya hemos mencionado a Regina, la esposa de Barates- y el personal doméstico de las mansiones más ricas podía llegar con facilidad a la centena. Al parecer, los esclavos rara vez eran la principal mano de obra, excepto en las grandes fincas de Italia y en algunas de las tareas más peligrosas y desagradables, como la minería. Los esclavos domésticos a menudo disfrutaban de mejores condiciones de vida que las personas libres que vivían en la pobreza, y tenían bastantes posibilidades de obtener la libertad. También era común que un esclavo gestionara los negocios de su amo en su nombre y, con el tiempo, comprara su libertad a cambio de una parte previamente acordada de los beneficios. Con todo, a fin de cuentas los esclavos seguían siendo propiedad de alguien y estaban sometidos a graves desventajas legales. También era normal que los esclavos fueran interrogados bajo tortura si su amo era sospechoso de algún delito, ya que se pensaba que, de otro modo, no testificarían en su contra.<sup>18</sup>

Hoy en día nos encontramos con demasiada frecuencia con especialistas que presentan una visión

muy simplista del mundo romano. Por una parte, los ricos -los senadores y los équites y, como máximo, también la clase curial- y, por la otra, los pobres, que son todos los demás, con los esclavos formando un subgrupo bien diferenciado. En gran medida, este enfoque hereda el esnobismo de

nuestras fuentes literarias, escritas en su gran mayoría por y para la élite. Si la observáramos, como si dijéramos, a vista de pájaro, lo más probable es que las distinciones entre la población en general no se apreciaran. Un senador podía poseer perfectamente una propiedad diez veces mayor que un magistrado en una ciudad menor, pero eso no significa que el magistrado friera pobre. La misma lógica dictaminaría que cualquier persona actual que gane menos que el director ejecutivo de una multinacional vive inevitablemente en la mayor de las miserias.

No cabe duda de que en el Imperio no existía nada que se asemejase ni remotamente a la clase media de la Inglaterra victoriana y de épocas posteriores. Ni siquiera la orden ecuestre formaba un grupo cohesionado con intereses y actitudes propias, así que eso no debería sorprendernos. A juzgar por todas las pruebas con las que contamos, así como por simple lógica, resulta igualmente evidente que había muchas personas en el Imperio que poseían ingresos y propiedades medianas. En todos los pueblos había algunas personas más ricas que otras y en las ciudades había incluso una mayor variedad de fortuna y de estatus. El dinero no siempre era suficiente para obtener respetabilidad: el liberto rico es una figura familiar en la literatura, que con frecuencia aparece ridiculizada en los textos, pero está claro que los libertos de éxito eran figuras importantes en muchas comunidades. Era habitual que las ciudades animaran a los profesores a fundar escuelas. La élite educaba a sus hijos en casa con tutores privados, por lo que esas escuelas públicas estaban destinadas a los alumnos de fortunas más modestas. El alfabetismo no era patrimonio exclusivo de la élite, aunque pocos fuera de sus grupos lograban hablar griego y latín con la fluidez y la pureza que se esperaba de un senador.<sup>19</sup>

La sociedad era bastante más compleja de lo que se suele afirmar y la movilidad social siempre era posible. También existían estrechos vínculos entre los individuos a todos los niveles. Para los senadores, era importante contar con tantos clientes como pudieran, particulares o incluso comunidades enteras, que estuvieran obligados con él por favores del pasado y que sintieran la confianza fundada de obtener nuevos favores en el futuro. Los puestos en el gobierno y el ejército venían determinados, en una abrumadora mayoría de los casos, por cuestiones de clientelismo y las influencias también eran importantes en casi todos los demás aspectos de la vida. La carta de recomendación es la forma más común de escritura que ha sobrevivido del mundo grecorromano, y era empleada en todos los niveles, desde por los senadores hasta por cualquiera que supiese escribir y alegar que tenía contactos con alguien influyente. Lo que sigue es un extracto de una carta escrita a un oficial de la orden ecuestre que estaba al mando de la guarnición de Vindolanda, en el norte de Britania, a principios del siglo II:

[...] Brigonio me ha pedido, mi señor, que le recomendara ante usted. Por la presente le pregunto, mi señor, si desea apoyarle en lo que solicita. Le ruego considere si querría recomendarlo ante Anio Equester, centurión al mando de la región, en Luguvalium [...]. Quedaría en deuda con usted tanto en su nombre como en el mío propio.<sup>20</sup>

El emperador era la fuente suprema de influencia en el sistema del clientelismo. Aquel que fuera considerado capaz de influir en el emperador sería a su vez cortejado por otras personas que buscaran obtener favores. En todos los niveles había individuos con influencia, aunque sólo fuera porque tenían una relación con alguien de más poder que ellos mismos. La aceptación de este sistema como un mecanismo perfectamente normal queda ilustrada en una carta enviada por Plinio

al gobernador provincial a principios del siglo II:

Mandas un ejército amplísimo. Esto te proporciona numerosas oportunidades de prestar buenos servicios. Ha pasado ya, además, un largo tiempo desde tu nombramiento, durante el cual has podido atender las peticiones de tus amigos. Vuelve ahora los ojos hacia mis amigos, que no son muchos.<sup>21</sup>

Era necesario garantizar muchos favores para mantener contentos a los clientes e impedir que buscaran en alguna otra persona el respaldo necesario para promocionarse. Era inevitable que, en buena medida, un sistema así favoreciera a las personas con contactos antes que a aquéllas con talento, pero hasta los sistemas modernos de selección, supuestamente más imparciales y científicos, logran ascender a un porcentaje abultado de incompetentes. No obstante, si un hombre recomendaba de forma continuada a clientes incapaces de llevar a cabo sus funciones de manera apropiada, a largo plazo sus peticiones tenían menos posibilidades de ser atendidas. Ayudar a un hombre capaz a conseguir un ascenso también resultaba beneficioso para el patrón, ya que la persona a la que había ayudado estaba en mejor posición para devolverle el favor. En general el sistema funcionaba bien y a los romanos les parecía tan natural como extraño puede pareceros a nosotros. En el mundo moderno se suele considerar que es mejor ocultar la operación de favorecer y mover los hilos para promover a una persona, aunque se trate de algo evidente para todos los implicados.

Se puede decir prácticamente lo mismo del sistema económico del Imperio. El debate académico al respecto ha sido muy acalorado, aún más porque, también en este caso, se produce forzosamente sin que sea posible manejar ningún tipo de estadística fiable. Todos están de acuerdo en que no es un sistema exactamente igual a la moderna economía de mercado, pero no existe consenso sobre casi nada más. Es interesante recordar que se empleaba un único sistema de moneda en todo el Imperio, con escasas excepciones, como Egipto. Prácticamente todas las monedas de oro que estaban en circulación en el Imperio durante el siglo II habían sido acuñadas en Roma, al igual que la mayoría de las monedas de plata. En todas aparecía la efigie de César. Queda claramente probado asimismo que en aquella época era posible trasladar grandes cantidades de bienes a través de distancias considerables. Predominaban los productos agrícolas y parece que el tamaño de las «fábricas» (aunque tal vez sea más adecuado hablar de talleres) que producían cerámica, objetos en metal, textiles y otros productos era siempre bastante reducido. Por lo general, la imagen que se tiene de la economía del periodo presenta un gran número de pequeños talleres, que a menudo estaban uno al lado del otro, más que grandes industrias unificadas. Sin embargo, sabemos tan poco de quiénes eran los propietarios y obtenían el máximo beneficio de esas empresas que conviene ser prudentes a la hora de extraer conclusiones. Los romanos no desarrollaron un sistema de leyes corporativas comparable a la pionera legislación que crearon los holandeses a principios de la Edad Moderna.<sup>22</sup>

Era más fácil y barato transportar los objetos voluminosos por agua, a través de los ríos, los canales o, sobre todo, por mar. Se han encontrado muchos más restos de naufragios de navios mercantes pertenecientes a los siglos I y II que a ningún otro periodo de la época romana. Los romanos poseían algunos barcos de enorme tamaño, en especial los que transportaban el grano de Egipto a Roma, pero, al parecer, la gran mayoría de naves eran bastante pequeñas. También en este caso la imagen que tenemos muestra un alto número de pequeñas empresas, más que grandes compañías centralizadas. Es más fácil seguirle el rastro a unos bienes que a otros: los barriles eran comunes, sobre todo en Europa, pero es muy poco probable que queden de ellos restos arqueológicos, mientras que las ánforas de cerámica que se utilizaban como contenedores de vino, aceite, salsa de pescado y muchos otros líquidos han sobrevivido en enormes cantidades. El famoso Monte Testaccio de Roma, una colina artificial construida a partir de innumerables fragmentos de ánforas rotas, es uno de los ejemplos más espectaculares, pero los hallazgos de ánforas y cerámica en general son muy comunes en todo el

Imperio. Los naufragios de los barcos que llevaban un cargamento de ánforas suelen ser especialmente visibles.

Con frecuencia, el transporte de bienes por tierra era más difícil, pero en ocasiones era la única opción. Las vías romanas son justamente famosas por sus dimensiones y su obsesión por la rectitud. Aunque originalmente se construyeron con fines militares, también resultaron ser valiosas rutas de comunicación para el tráfico civil. Todavía persiste el mito de que los romanos nunca llegaron a fabricar arneses efectivos para sus caballos, lo que restringía gravemente el uso de carros para transportar cargas pesadas. Por otro lado, las circunstancias ideales para el transporte con ruedas son las superficies llanas o con pendientes suaves y, de todos modos, la geografía de Italia es tan montañosa que se solían preferir los animales de carga, como las muías, que se utilizaban en gran número. En las demás regiones del Imperio eran comunes los carros y carromatos tirados por muías, o bien caballos, dependiendo de la disponibilidad y, si la velocidad no era un criterio prioritario, bueyes. Los camellos eran importantes como bestias de carga y de tiro en Egipto y algunas zonas en Oriente. Los carros y carromatos estaban bien diseñados para su propósito y -una vez más, contradiciendo las frecuentes aseveraciones de algunos historiadores especializados en tecnología- básicamente eran tan sofisticados como cualquier objeto semejante anterior a la era moderna.

Lo mismo es aplicable a casi todos los tipos de maquinaria e ingeniería. Los romanos no construyeron molinos de viento, pero los de agua eran habituales como mínimo a partir del siglo I e incrementaron de forma notable la productividad. La energía hidráulica en general estaba especialmente avanzada en un amplio abanico de actividades: había sierras que funcionaban con agua para cortar el mármol y otras piedras empleadas en la construcción; la minería aprovechaba la presión del agua para diversos fines, moviendo la tierra para descubrir depósitos, luego cribándola para separar las partes que contuvieran minerales metalíferos que, a su vez, se rompían en pedazos más pequeños mediante martillos hidráulicos. Las excavaciones han revelado una actividad minera a una escala inmensa en varios yacimientos de España y el norte de Gales, superando todas las iniciativas emprendidas en ese ámbito antes del siglo XIX. Algunas de esas explotaciones se realizaban mediante proyectos dirigidos por el Estado, en los que con frecuencia participaba el ejército, pero es evidente que también se contrataron empresas privadas para explotar las minas de propiedad imperial. Al analizar algunos testigos de perforación extraídos de los casquetes polares, se han descubierto rastros de contaminación producida por actividades industriales como la fundición. Los niveles de este tipo de actividades en el periodo comprendido entre el siglo I a.C. y el siglo II d.C. superan con mucho los de los siglos inmediatamente anteriores y posteriores y, de hecho, cualquier periodo anterior a la revolución industrial.<sup>23</sup>

Hoy en día, la arqueología está confirmando gran parte de la sofisticación tecnológica del mundo antiguo, sobre la que hasta la fecha sólo había sido posible hacer conjeturas. Los romanos siempre estaban dispuestos a copiar las innovaciones de otros pueblos: el barril, por ejemplo, parece haber sido un invento del norte de Europa, mientras que la mayoría de los descubrimientos en maquinaria propulsada por agua habían sido realizados en Egipto en el siglo III a.C., pero se habían difundido ampliamente poco después de que la región se incorporara al Imperio. Áreas como la Galia se encontraban ya en un momento de florecimiento antes de que llegaran los romanos, su productividad agrícola experimentaba un marcado aumento y crecía el tamaño y la sofisticación de

sus asentamientos. Es probable que el contacto y el comercio con el mundo mediterráneo

fomentaran ese desarrollo indígena: existía el comercio a larga distancia, la minería estaba muy extendida e infraestructuras tan útiles como los caminos atravesaban muchas partes de Europa y de las zonas que aún vivían en la Edad de Hierro prerromana. Las conquistas de Roma acentuaron todavía más ese desarrollo y el establecimiento de contactos más estrechos entre todas esas regiones dio lugar a un mundo más amplio y con mayores mercados. Más personas podían acceder a más bienes de consumo y muchos de esos bienes eran objetos cuyo estilo y función eran familiares a los habitantes de todos los rincones del Imperio.<sup>24</sup>

Es poco probable que hubiera alguien viviendo en el Imperio sin ser consciente de su existencia. Y lo mismo puede afirmarse de los pueblos que habitaban en sus extremos o fuera de él, como los garamantes, una tribu que vivía en las regiones saharauis de la actual Libia. Las excavaciones en sus principales asentamientos han revelado la presencia de cerámica, cristalería, vino y aceite durante el periodo romano en cantidades muy superiores a las halladas en fases anteriores o posteriores. La mayor parte de esos bienes debían transportarse por tierra una distancia de unos mil kilómetros desde la costa del Mediterráneo. Parece que los garamantes también emprendían viajes a tierras más lejanas, comerciando a lo largo de inmensas distancias con pueblos africanos situados más al sur y, muy posiblemente, llevando consigo esclavos como mano de obra agrícola. Durante la creación del Imperio, los comerciantes romanos e italianos habían precedido a las legiones prácticamente en todas partes, aunque rara vez son mencionados en la literatura de la Antigüedad, y así continuó sucediendo después de que la expansión del Imperio se detuviera. Irlanda nunca atrajo la atención del ejército romano, pero hubo numerosos contactos comerciales. Otros mercaderes del Imperio llegaron hasta el Báltico para obtener ámbar.<sup>23</sup>

Los vínculos comerciales más espectaculares eran los establecidos con India y China: todos los años, en julio, un gran número de barcos mercantes zarpaba desde los puertos egipcios del mar Rojo aprovechando los vientos monzónicos, que los llevaban directamente hasta India. Sus cargamentos incluían vino, cristalería, metales y monedas, productos textiles e incienso de Arabia. El viaje de regreso comenzaba en diciembre o enero, utilizando esta vez los monzones del nordeste para retornar al puerto de origen con su carga de perfumes, pimienta, piedras preciosas, marfil, algodón y seda que los propios indios habían adquirido en China. Algunos marineros llegaron aún más lejos. Los archivos chinos del año 166 mencionan la llegada a la corte del emperador de la dinastía Han de una embajada del rey de Ta-ch'in, cuyo nombre era An-tun. Ta-ch'in era el nombre chino para Roma y An-tun era sin duda Marco Aurelio Antonino. Es poco probable que se tratara de una visita oficial, y todos los regalos que entregaron los comerciantes -marfil, cuerno de rinoceronte y caparazón de tortuga- habían sido adquiridos por el camino.

Tanto Roma como China eran vagamente conscientes de la existencia del otro, pero las distancias que los separaban garantizaban que nunca hubiera entre ellos ningún contacto directo y significativo. Los mercaderes también caminaban largas distancias para transportar bienes por tierra a lo largo de la famosa Ruta de la Seda. La seda era muy codiciada en el Imperio y, por lo visto, había cantidades ingentes a la venta, al igual que sucedía con la pimienta. En el siglo I, Plinio el Viejo habló sobre las vastas sumas que gastaban los romanos en esos y otros lujos. Se cree que había muchos hombres que no recorrían enteramente la ruta y el comercio estaba controlado por una sucesión de intermediarios. Había talleres en Siria que tejían seda más fina de la que podían fabricar los propios chinos y esa gasa semitransparente era reexportada hacia Oriente en cantidades considerables. En China corrían



persistentes rumores de que los romanos tenían sus propios gusanos de seda para producir esa finísima tela, pero de hecho la producción no comenzó en Occidente hasta que, en el siglo VI, unos monjes pasaron unos cuantos gusanos por la frontera de forma clandestina y los introdujeron en Constantinopla. Tampoco en esta ocasión fueron los romanos quienes crearon este comercio a larga distancia, pero las condiciones establecidas por el Imperio incrementaron enormemente sus dimensiones.<sup>26</sup>

El comercio florecía y Plinio estaba convencido de que era beneficioso para todos:

Ahora que se han creado comunicaciones en todo el mundo gracias a la autoridad del Imperio romano [...] las condiciones de vida han mejorado gracias al intercambio de bienes y a la asociación en el gozo de la paz y a la disponibilidad general de cosas que antes nos estaban vedadas.<sup>27</sup>

## EL EMPERADOR FILÓSOFO

Cuando Marco Aurelio se convirtió en emperador en 161, el Imperio estaba en pleno apogeo: era próspero y estable, y estaba floreciendo en él una sofisticada cultura que mezclaba elementos griegos y romanos con otras influencias. No era una sociedad perfecta: la esclavitud estaba muy difundida y la vida de los ciudadanos libres más pobres a menudo discurría en condiciones de profunda miseria

y, lo que resulta tal vez todavía más inaceptable para la mente moderna, los seres humanos eran

sacrificados regularmente como entretenimiento. Sin embargo, ni antes ni durante mucho tiempo

después reinó la paz en un territorio tan amplio de Europa, norte de África y Oriente Próximo. Por otra parte, había más ricos que antes. En opinión de Gibbon, que escribía en 1770, el mensaje era claro:

Si se le pidiera a un hombre que determinara el periodo de la historia del mundo durante el cual la condición de la raza humana hubiera sido más feliz y próspera, sin vacilación nombraría el que se extiende desde la muerte de Domiciano hasta la ascensión de Cómodo (es decir, 96-180). El vasto Imperio romano estaba gobernado por un poder absoluto, bajo la guía de la virtud y la sabiduría. Los ejércitos estaban contenidos por la firme pero suave mano de cuatro emperadores sucesivos cuyos caracteres y autoridad despertaban respeto involuntario. Las formas de la administración fueron cuidadosamente preservadas por Nerva, Trajano, Adriano y los Antoninos, que se deleitaban en la imagen de la libertad y les gustaba considerarse los ministros responsables de las leyes.<sup>28</sup>

No se trataba de una conclusión descabellada en el momento en el que escribía, aunque Gibbon también apreciaba las ventajas de la vida en Gran Bretaña y Europa en su época. Los emperadores romanos que menciona fueron, probablemente, algunos de los hombres más decentes y capaces que ocuparon el mando supremo. Todos ellos eran hombres maduros cuando alcanzaron el poder, se esforzaron en hacer bien su trabajo y acabaron muriendo de muerte natural.

El reinado de Marco Aurelio fue especialmente duro: comenzó con una guerra en el este, desencadenada una vez más por una disputa por el dominio sobre Armenia. Los partos asesinaron a un gobernador romano y aniquilaron a su ejército, además de emprender incursiones de asalto en múltiples zonas de Siria. Marco Aurelio nombró corregente a su hermano adoptivo, al que otorgó el título de César, y se hizo llamar Augusto. El César Lucio Vero fue enviado a asumir el mando de un

gran esfuerzo bélico, aunque las fuentes sugieren que era sobre todo una figura decorativa y que la guerra fue dirigida por sus subordinados. Los romanos repelieron a los invasores y luego descendieron por el curso del Tigris para saquear tanto la capital parta, Ctesifonte, como la cercana ciudad helenística de Seleucia en el año 165. Tras estas derrotas, el rey parto pidió que se restableciera la paz, Vero regresó a Italia a finales de 166 y los destacamentos de tropas que habían

llegado de todo el Imperio iniciaron también el regreso a sus bases de operaciones.

Con ellos llegó también una espantosa epidemia cuya naturaleza no ha podido determinarse, aunque se han sugerido la viruela y la peste bubónica. Durante las siguientes tres décadas gran parte del Imperio fue asolado por periódicos brotes de esa enfermedad, y se dice que en 189 morían en Roma dos mil personas al día. Es imposible calcular la cifra total de víctimas, del mismo modo que no existen datos fiables sobre el tamaño de la población antes de que la enfermedad apareciera, pero es indudable que los contemporáneos la consideraron un acontecimiento atroz y catastrófico. La sugerencia de que falleció aproximadamente el 10 por ciento de la población total, con una proporción mayor en las superpobladas ciudades y bases militares, es plausible, pero no es más que una conjetura. Los censos de Egipto parecen mostrar una drástica disminución demográfica en aquella época, que provocó el completo abandono de algunas comunidades. Es posible que se hallen indicios de las terribles pérdidas humanas en los patrones de reclutamiento del ejército.<sup>29</sup>

Mientras ese revés aún hacía que el Imperio se tambaleara -quizá precisamente por ese motivo- surgió un grave problema en la frontera del Danubio, que comenzó con una incursión en Panonia en 167 por parte de seis mil guerreros germanos procedentes de diversas tribus.

Finalmente, se pudo rechazar la incursión, pero la idea de que Roma era vulnerable alentó nuevos ataques. Se sucedieron una serie de duras campañas, la mayoría contra los germánicos marcomanos y cuados y los nómadas sármatas y yazigos. Marco Aurelio presidió en persona la mayor parte de estas operaciones. En el año 170 un grupo de asalto germánico alcanzó Italia y atacó la ciudad de Aquilea, mientras que otro grupo había penetrado hasta Grecia. Las fuentes con las que contamos para informarnos sobre estas campañas son pobres, pero al parecer los romanos sufrieron una sucesión de derrotas antes de que cambiaran las tornas y, una a una, las tribus se vieran obligadas a aceptar las condiciones de la paz.

Más tarde, en 175, Marco Aurelio se enfrentó a una inesperada amenaza cuando la falsa noticia de su muerte movió al gobernador de Siria, Avidio Casio, a declararse emperador. El hijo de Marco Aurelio, Cómodo, sólo tenía trece años, por lo que todavía no podía ser considerado un heredero viable. La revuelta terminó en cuanto se conoció la verdad. Casio y su hijo fueron asesinados, pero, por lo demás, prácticamente no hubo derramamiento de sangre. No obstante, Marco Aurelio fue alejado del Danubio para garantizar que Oriente se mantuviera seguro. Se desencadenaron nuevos enfrentamientos en la frontera en el año 177, y al año siguiente el emperador abandonó Roma para volver a asumir el mando personalmente. Nunca regresó. Se habló de anexionar otras dos provincias al otro lado del Danubio. Unas excavaciones realizadas recientemente en la República Checa confirmaron que, en ese periodo, se establecieron varias importantes bases militares en aquella zona. Estaban planeando iniciar una nueva campaña, cuando Marco Aurelio cayó enfermo y murió, tal vez en Vindobona (la actual Viena).<sup>311</sup>

Marco Aurelio fue un hombre honesto e inteligente que intentó hacer las cosas lo mejor posible. Puede

que sus *Meditaciones* no sean la mejor o más original obra de filosofía jamás escrita, pero resulta sorprendente descubrir ese tipo de sentimientos en el gobernador de la mayor parte del mundo conocido.

Marco Aurelio sería muy añorado. El senador e historiador Dión, que creció bajo su gobierno, escribió con melancolía que tras su muerte «nuestra historia ahora desciende desde un reino de oro a uno de hierro y orín, tal como sucedieron las cosas para los romanos de la época».<sup>31</sup>

## EL SECRETO DEL IMPERIO

*[...] al haberse divulgado un secreto del Imperio: que se podía nombrar un príncipe en un lugar que no fuera Roma.*

El senador e historiador Tácito, a principios del siglo II.<sup>1</sup>

c

uando Marco Aurelio falleció, no existía ninguna duda acerca de quién le sucedería.

Cómodo tenía dieciocho años y había gobernado junto a su padre desde finales de 176. En cierto sentido, la muerte de Marco Aurelio significaba que el Imperio tenía sólo un emperador en vez de dos. Era la primera vez que un emperador era sucedido por un hijo nacido durante su reinado y Cómodo presumía de que «había nacido para la púrpura imperial». Los últimos cuatro emperadores habían sido adoptados por sus predecesores, y todos ellos habían asumido el poder a edad madura y habían demostrado ser gobernantes capaces. El sistema había funcionado bien, pero nunca se trató de un plan deliberado, sino que resultó así porque ninguno de los emperadores había tenido un hijo que pudiera sucederle. Nerva, Trajano y Adriano murieron sin dejar descendencia -Adriano, y probablemente también Trajano, pusieron más pasión en sus relaciones con los muchachos que con las mujeres-, y Antonino Pío tuvo una hija, pero ningún hijo.

Fue una cuestión de suerte que Cómodo sobreviviera a su padre, porque varios hermanos suyos, incluyendo su gemelo, murieron en su primera infancia. Marco Aurelio tenía un hijo sano y legítimo, y a los interesados les habría resultado extraño que lo hubiera ignorado y preparado a algún otro para la sucesión. Por otra parte, un heredero adoptado nunca se habría sentido seguro mientras un rival tan evidente estuviera vivo. Más tarde, en retrospectiva, muchos romanos y numerosos estudiosos modernos criticaron la incapacidad del sabio filósofo para reconocer que su hijo era una opción inadecuada. Pero esa crítica es injusta, pues es poco probable que hubieran sido generosos con un hombre que ejecutara a su propio hijo para despejarle el camino a un heredero adoptado.<sup>2</sup>

La fortuna dictaminó que en el año 180 Marco Aurelio tuviera un hijo con la edad suficiente para ser su sucesor, pero que todavía era joven e inexperto. Hasta la fecha, los emperadores jóvenes no habían hecho un gran papel, y sólo Nerón, con dieciséis años, era menor cuando llegó al poder. Resistirse a las tentaciones de un poder absoluto auténtico era difícil para cualquiera, no digamos para un joven sin experiencia. En una corte donde casi todo el mundo estaba compitiendo para alcanzar posición e influencia, no había muchas posibilidades de que alguien le soltara a un gobernante unas cuantas verdades desagradables o que le impidiera cometer locuras. De forma sistemática, Hollywood ha retratado a Cómodo como un monstruo -*Gladiator* es el ejemplo más reciente- y varias de nuestras

fuentes antiguas coinciden con esa opinión, describiéndole como un personaje malvado, incluso de niño. Dión, que comenzó la carrera senatorial bajo el gobierno de Cómodo, creía que el emperador «no era malvado por naturaleza, sino simple» y que se dejaba llevar fácilmente por el mal camino. Desde luego, a la hora de ejercer como emperador el entusiasmo que mostró fue escaso.

La labor de emperador consistía menos en establecer un excelente sistema político que en responder a las peticiones que le hacían y enfrentarse a los problemas que le planteaban. Un emperador tenía que estar disponible, abierto a las solicitudes de individuos y comunidades y dispuesto a emitir juicios basados en la ley y en sentencias precedentes. Durante uno de sus muchos viajes, Adriano, tras sufrir el acoso constante de una mujer, acabó diciéndole en un arrebato que no tenía tiempo para ocuparse de ella. La respuesta que la mujer le gritó, «entonces, deja de ser emperador», hizo que se detuviera de inmediato y escuchara su petición. Marco Aurelio era famoso por el tiempo que dedicaba a todas y cada una de las audiencias que otorgaba. Un emperador concienzudo pasaba largas horas entregado a un trabajo frecuentemente insulso.<sup>3</sup>

A Cómodo aquello no le interesaba ni lo más mínimo. A los pocos meses regresó a Roma del Danubio y nunca más volvió a abandonar Italia, donde se obsesionó con los deportes del circo y la arena. En privado, competía en carreras de carros en sus propiedades, pero no se mostraba menos reacio a exhibir sus otras habilidades en el Coliseo: se dedicaron varios días a observar cómo el emperador abatía animales con la jabalina o con el arco. También aparecía en la arena como gladiador. Normalmente luchaba con armas romas, pero en ocasiones celebraba combates con hojas afiladas, aunque se tomaban precauciones para garantizar que el emperador no resultara herido. Mientras éste jugaba, la tarea de gobernar el Imperio recaía en otras manos. Una serie de favoritos de la corte ejercía una influencia y un poder inmensos, a menudo haciéndose ricos en el proceso. Ninguno de ellos era senador, varios eran équites y otros esclavos y libertos de la casa imperial. Algunos eran hombres capaces, otros estaban totalmente corrompidos y muchos se encontraban en un terreno intermedio; pero el Imperio no estaba hecho para funcionar así. Siempre había sido cierto que aquellas personas que tenían acceso al emperador cobraban importancia por su capacidad para influir en sus decisiones. No obstante, ese tipo de poder siempre había sido precario y, con el tiempo, todos y cada uno de los favoritos de Cómodo perdieron su confianza o fueron sacrificados debido a su impopularidad. Todos fueron ejecutados. A diferencia de su padre, el joven emperador no vacilaba a la hora de ordenar la muerte de sus subditos, y entre sus víctimas se contaron numerosos senadores y équites. Desde el principio del reinado de Cómodo hubo una sucesión de complots reales o supuestos para asesinarlo. Cada uno de ellos desencadenó una nueva ola de arrestos y ejecuciones.<sup>4</sup>

A medida que pasaban los años, el comportamiento de Cómodo fue haciéndose más y más estrafalario. Dión recuerda una ocasión en la que el emperador decapitó un avestruz en la arena y, a continuación, avanzó hacia la fila de asientos ocupados por el Senado:

[...] sosteniendo la cabeza en su mano izquierda y alzando con la derecha su ensangrentada espada; y aunque no pronunció ni una palabra, con un meneo de la cabeza, en la que exhibía una mueca sonriente, nos indicó que nos trataría del mismo modo. Y realmente muchos habrían perecido en el acto bajo su espada por reírse de él (porque fue la risa más que la indignación lo que se apoderó de nosotros), si no hubiera mascado algunas hojas de laurel que saqué de mi corona y persuadido a los que estaban cerca de mí a hacer lo mismo, para ocultar con el movimiento regular de las mandíbulas el hecho de que estábamos riéndonos.<sup>5</sup>

Posiblemente no a todo el mundo le parecieran tan cómicas y a la vez tan perturbadoras las travesuras de Cómodo como a los senadores. Algunos romanos estaban obsesionados con los gladiadores y quizá respondían ante un emperador que se llamaba a sí mismo «espadachín zurdo, hábil como las Amazonas», o que se vestía y actuaba como Hércules. La guardia pretoriana, que constituía la principal fuerza militar de Roma, disfrutaba de la laxa disciplina y la libertad que se le permitía.<sup>6</sup>

No obstante, tras doce años de reinado, muchos miembros de la corte se habían hartado de la vida que llevaban al mando de un gobernante tan caprichoso y una conspiración de palacio tuvo éxito donde otras habían fracasado. Los principales instigadores fueron el chambelán Eclecto, la amante favorita de Cómodo, Marcia, y Emilio Laeto, uno de los dos prefectos al mando de la guardia pretoriana. Se rumoreaba que Marcia había descubierto por casualidad una orden de ejecución en la que figuraban, entre otros, el nombre de los tres. Otra historia afirmaba que el 1 de enero de 193 Cómodo planeaba matar a ambos cónsules y luego desfilarse desde los barracones de los gladiadores con la ropa de combate para convertirse en el único cónsul del año. Nada de eso llegó a suceder: la víspera de Año Nuevo, Marcia envenenó la carne de ternera del emperador. Cuando vomitó y empezó a mostrar signos de recuperación, los conspiradores enviaron a buscar a un atleta que le estranguló hasta la muerte. El César nacido para la púrpura tenía treinta y un años cuando murió, y había reinado durante más de doce años.<sup>7</sup>

## PERTINAX. EL HIJO DEL LIBERTO

Cómodo no dejó heredero y, en cualquier caso, los conspiradores no hubieran aceptado a un nuevo emperador que probablemente querría vengar su muerte, así que buscaron a un sucesor entre los miembros del Senado. Durante la noche, algunos de los conspiradores visitaron la casa de Publio Helvio Pertinax, de sesenta y seis años. Los contemporáneos creían que no había estado implicado en el complot, y la mayoría de los historiadores dan por buena esa versión. El hecho de que Pertinax enviara a un representante a ver el cadáver antes de aceptar que el emperador estaba muerto era un indicio del nerviosismo que reinaba en aquella época. Una vez se hubo asegurado, se dirigió directamente al campamento de la guardia pretoriana. Laeto hizo formar a los soldados y se les dijo que Cómodo había fallecido de causas naturales. Pertinax prometió a cada soldado doce mil sestercios a cambio de que lo reconocieran como nuevo emperador.

Sólo tras asegurarse de ese modo la lealtad de los pretorianos, buscó Pertinax la aprobación de sus colegas senadores. En las primeras horas del 1 de enero, varios mensajeros fueron enviados a convocar una reunión extraordinaria del Senado. El inicio tuvo un toque de comedia cuando Pertinax y los miembros de su séquito se encontraron cerrada la Casa del Senado y durante un tiempo nadie conseguía dar con el portero que guardaba las llaves. Como resultado, el alto consejo romano se reunió al principio en el vecino Templo de la Concordia. Pertinax pronunció un discurso en el que declaró que no deseaba asumir el gobierno del Imperio, alegando su avanzada edad y achaques asociados a los años.

Se suponía que un buen emperador no debía desear el poder y había una larga tradición de renuencia fingida. Los senadores sabían cómo funcionaban ese tipo de convenciones y le obligaron a aceptar el cargo supremo. Casi todos se sentían aliviados de que Cómodo hubiera desaparecido y en los siguientes días emitieron un decreto, deshonrando su memoria, y exigieron reiteradamente que su cadáver fuera arrastrado por las calles colgado de un gancho de carne y degradado. Sin duda, muchos

de aquéllos a quienes había beneficiado el régimen anterior se cuidaron en aquel momento de hacer oír claramente su condena. Sin embargo, Pertinax ya había dado órdenes de que se llevara a cabo un entierro apropiado, ansioso por evitar ofender a los pretorianos.<sup>8</sup>

Pertinax era un senador distinguido, pero su carrera había sido muy poco ortodoxa y su pasado muy diferente del de un César nacido para la púrpura. Su padre era un esclavo liberto que había prosperado mucho en el comercio maderero en el norte de Italia. El joven Pertinax había recibido una buena educación y pasó la mayor parte de la década de sus veinte años trabajando como maestro de escuela. Cuando se cansó de esa actividad, le pidió al patrón de su padre que le consiguiera un cargo de oficial en el ejército y, tiempo después, fue nombrado prefecto, al mando de una cohorte de infantería auxiliar. Se trataba de una posición que correspondía a los miembros de la orden ecuestre, por lo que suponemos que en aquel momento Pertinax, si no pertenecía ya a sus filas, pasó a ser miembro de ellas.

El profesor demostró su talento como soldado en las duras guerras del reinado de Marco Aurelio, logrando ascender en las filas ecuestres: en 175 el emperador nombró a Pertinax senador en el campo de batalla -escribió al Senado para notificarlo- y lo puso al mando de una legión. Al parecer, no era el primer équitico a quien premiaba de ese modo: una inscripción narra la carrera de un tal Marco Valerio Maximiano, que estaba al mando de una unidad de caballería cuando «mató con sus propias manos a Valao, el rey de los naristos» durante las campañas en el Danubio y que, como recompensa, fue nombrado senador y jefe de diversas legiones. Parece que a Marco Aurelio le gustaba promover el talento, pero también es probable que debido al impacto de la peste, combinado con las pérdidas humanas de las campañas, durante un tiempo hubiera escasez de senadores de la edad y destreza adecuadas para proveer al ejército de suficientes oficiales de rango superior.

Pertinax llegó a gobernar varias provincias y hacia el final de su carrera empezó a ocupar puestos civiles habituales en un senador. Aparte de la temporal caída en desgracia que sufrió a principios del reinado de Cómodo, siguió prosperando y fue uno de los pocos íntimos de Marco Aurelio que sobrevivió al reinado de su hijo. Por lo visto, en el año 193 existió muy poca oposición a su nombramiento como emperador por parte de los demás senadores, incluso entre aquellos que una vez se habían burlado de él por ser hijo de un liberto. Desde el principio, el nuevo emperador hizo un esfuerzo público por romper con el pasado reciente y volver al estilo de gobierno de Marco Aurelio. Se celebró una subasta pública en la que se vendieron las decadentes riquezas del palacio de Cómodo, entre ellas los esclavos masculinos y femeninos que habían servido para cubrir sus necesidades sexuales o su perverso sentido del humor. Empezó a circular el rumor

de que Pertinax había encargado en secreto volver a comprar algunos de ellos para quedárselos él.

Con todo, algunas de sus tentativas para eliminar la corrupción de su predecesor y sus ministros molestaron a aquéllos a quienes les había favorecido el régimen anterior y, lo que era más preocupante aún, creció el descontento entre los miembros de la guardia pretoriana, a quienes no les gustaba la nueva disciplina, más estricta, y temían que a su debido tiempo se impusieran controles aún más rígidos. Pertinax era un soldado experimentado y tenía cierta fama de tirano. Gracias a la subasta pudo pagar la mitad del donativo en efectivo prometido a los guardias, pero el emperador cometió el error de alardear en un discurso público de que había pagado a los soldados todo lo que les debía y de que les había dado lo mismo que Marco Aurelio y Lucio Vero cuando asumieron el poder supremo. Era mentira, porque ellos habían entregado veinte mil sestercios a cada hombre. En las primeras semanas

de su gobierno, algunos elementos dentro de la guardia intentaron dos veces proclamar a un emperador alternativo. En ambas ocasiones, el orden se restauró enseguida y Pertinax mantuvo su promesa de no ordenar la muerte de ningún senador y no castigó a los hombres que se habían presentado candidatos. No obstante, sí dio orden de ejecutar a varios soldados, lo que aumentó todavía más el resentimiento de sus camaradas.<sup>9</sup>

En la mañana del 28 de marzo, entre doscientos y trescientos guardias marcharon desde su campamento hasta el palacio de la colina Palatina. No formaban parte del relevo de los centinelas, pero el personal del palacio los admitió de inmediato porque muchos de ellos seguían teniendo buenos recuerdos de Cómodo. Emilio Laeto se cubrió la cabeza con una capucha y se esfumó para evitar enfrentarse a las tropas amotinadas. Sólo el liberto Eclecto se quedó junto al nuevo emperador. Pertinax podría haber respondido a la fuerza con fuerza, reuniendo a los *equites singulares Augusti*, la guardia imperial de jinetes cuyo historial de lealtad hacia todos los emperadores era intachable y que estaban acampados en las proximidades, separados de los pretorianos. Pero lo que decidió fue enfrentarse a los amotinados con la esperanza de avergonzarlos y que regresaran a cumplir con su deber. Dión opinó que su decisión había sido valiente, pero necia. Por un instante, los guardias quedaron impresionados, pero entonces uno de ellos rompió el hechizo y acuchilló al viejo emperador. Eclecto derribó a dos soldados antes de que le despedazaran a él también. Pertinax había gobernado como emperador durante sólo siete u ocho días.<sup>10</sup>

Para entonces, Laeto había retornado al campamento y recuperado en parte el control sobre los pretorianos (algunas voces le acusaron incluso de haber estado detrás del asesinato). En aquel momento se presentó ante él el suegro de Pertinax, que ocupaba el prestigioso puesto administrativo de prefecto de la ciudad, con la intención de que le nombraran emperador. Los oficiales de la guardia estaban dispuestos a escuchar, pero también les inquietaba pensar que un familiar pudiera elegir vengarse del asesinato de su predecesor. Dos de ellos bajaron al Foro y encontraron un candidato alternativo, el colega consular del emperador, Didio Juliano, que se dirigió al campamento pretoriano acompañado de su séquito, pero al principio no logró que le dejaran pasar. Desde fuera de la puerta, hizo gestos a los hombres que estaban en las murallas, indicando con los dedos el tamaño del donativo que estaba dispuesto a pagar. Un rato después, le abrieron la puerta y los hombres empezaron a ir y venir de acá para allá entre ambos postores. Juliano ganó el concurso prometiendo veinticinco mil sestercios a cada guardia. Con tantos donativos para asegurarse la lealtad de los soldados, es importante recordar que los centuriones probablemente recibieran diez veces esa cantidad y los oficiales de más graduación sumas aún más elevadas. Si a los guardias les fue bien, sus comandantes y, sobre todo, sus dos prefectos iban a hacerse con una auténtica fortuna.<sup>11</sup>

Con la guardia pretoriana respaldándole, Juliano fue debidamente reconocido como emperador por el Senado y, mediante un decreto formal, le otorgaron poderes imperiales. Era un senador razonablemente distinguido, pero no podría librarse del estigma de la evidencia de que había comprado el Imperio. En su primera aparición fue atacado por una multitud y, a continuación, hubo protestas en el Circo Máximo. El poder armado de los pretorianos podía mantener bajo control la propia Roma, pero no así al resto del Imperio. Cuando se propagaron las noticias de la vergonzosa «subasta», los gobernadores de las tres provincias con las guarniciones militares más poderosas - Britania, Panonia Superior, en el Danubio, y Siria- se negaron a reconocer a Juliano y reclamaron el trono para sí mismos. Por primera vez desde que la muerte de Nerón en el año 68 llevara a la guerra civil, sería el ejército el que decidiría el destino del Imperio.<sup>12</sup>

## «UN MURO ALREDEDOR DE LAS PROVINCIAS». EL EJÉRCITO ROMANO

El ejército romano fue la fuerza de combate más grande y disciplinada que existió antes de la era moderna, pero no era especialmente grande en comparación con el tamaño del Imperio. Su núcleo estaba compuesto por treinta legiones, cuyos soldados eran reclutados entre los ciudadanos romanos y que contaban con unos cinco mil o cinco mil quinientos hombres cuando estaban completas. Una legión se dividía en diez cohortes, que solían contar con cuatrocientos ochenta legionarios, exceptuando la primera de ellas, que tenía ochocientos hombres. Las legiones disponían del apoyo de las fuerzas auxiliares, reclutadas fundamentalmente entre los no ciudadanos. Las fuerzas auxiliares no estaban organizadas más allá de la cohorte o ala, que era el nombre que recibían los regimientos de caballería de tamaño similar. A finales del siglo II, puede que hubiera más auxiliares que legionarios. El ejército contaba asimismo con una flota de naves, que patrullaba las rutas marítimas y protegía el comercio de los mercaderes de los piratas. Roma se encontraba bajo la protección de los pretorianos - con nueve cohortes de ochocientos hombres, era el equivalente de una legión fuerte- y los *singulares*, además de cohortes urbanas paramilitares, y los *vigiles*, que actuaban como bomberos y policía nocturna. En total, las fuerzas armadas del Imperio ascendían a unos trescientos cincuenta mil o trescientos setenta y cinco mil hombres, un aumento de no más del 10-15 por ciento desde los días de Augusto. Esos, al menos, eran sus efectivos sobre el papel. En realidad, como la mayoría de los ejércitos a lo largo de la historia, a muchas unidades les faltaban hombres durante gran parte del tiempo. Aun tomando la cifra teórica más alta para el número de hombres uniformados y el cálculo más bajo de la población del Imperio, había más de ciento treinta civiles por soldado.

En amplias partes del Imperio los soldados fueron vistos en contadas ocasiones y nunca se presentó un ejército. La mayoría del ejército estaba estacionada cerca de las fronteras, en bases de operaciones construidas en piedra, todas ellas rodeadas por su propio asentamiento civil. En las provincias orientales, el modelo era distinto, en Siria, Judea y Egipto las tropas estaban estacionadas cerca de las grandes ciudades de la región, o en ellas, en parte para controlar a su volátil población. El ejército era, con mucho, la fuente más importante de mano de obra de que disponía el emperador, de modo que había algunos pequeños destacamentos de soldados desperdigados por las provincias actuando como administradores, policías, reguladores de tráfico e ingenieros. También estaban los *frumentarii*, u hombres del grano, tropas responsables de garantizar que a los soldados se les suministraban las grandes cantidades de comida que consumían cada día. La compleja red de agentes necesaria para desempeñar esa tarea había ampliado su papel y se dedicaba a proveer de informes de inteligencia al emperador, espionando tanto a soldados como a civiles.<sup>13</sup>

Sin embargo, en general, el ejército llevaba una vida separada de la generalidad de la sociedad civil. Los ciudadanos legionarios y los no ciudadanos auxiliares eran profesionales con una larga carrera en perspectiva, que se alistaban para veinticinco años. El ejército prefería a los voluntarios, pero cuando era necesario también se empleaba el servicio militar obligatorio. Marco Aurelio enroló a gladiadores y a otros esclavos libertos durante la crisis que siguió a la peste, pero fue una medida excepcional. No obstante, es posible que las levadas mencionadas en nuestras fuentes hayan sido poco más que reclutamientos forzosos. Los legionarios recibían mil doscientos sestercios al año, lo que suponía una importante diferencia respecto a los pretorianos, que tenían un salario anual de cuatro mil sestercios y sólo tenían que servir durante dieciséis años.

La paga había permanecido inamovible desde finales del siglo I, de modo que es probable que su valor



en términos reales hubiera disminuido. Nunca había sido especialmente generosa y era comparable a lo que cobraba por día un trabajador del campo, con la salvedad de que la paga del ejército estaba garantizada todos los años. Esta ventaja se contraponía a las dificultades y riesgos de la vida de un soldado, sobre todo cuando estallaba una guerra. Incluso en las unidades estacionadas en las provincias más pacíficas era probable que se produjera al menos una campaña de envergadura durante los veinticinco años que un soldado estaba de servicio. En otras zonas, los combates eran mucho más frecuentes. Incluso el servicio en tiempos de paz tenía sus peligros: algunas listas de turnos que han llegado hasta nosotros mencionan a soldados que murieron ahogados, asesinados a manos de los bandidos o que acabaron enfermos en el hospital por una causa o por otra. Unas cartas escritas por soldados convalecientes en Egipto mencionan haber recibido el impacto de un proyectil mientras trataban de sofocar unos disturbios, así como un caso especialmente grave de intoxicación alimentaria.<sup>14</sup>

Prácticamente todos los puestos de avanzada, hasta los más pequeños, contaban con su casa de baños y su hospital, lo que seguramente hacía que la vida de los soldados fuera más saludable que la de los civiles pobres. Esos servicios no eran todos gratuitos: la paga de un hombre estaba sujeta a deducciones por alimento, vestido y equipo, por no mencionar las contribuciones al coste de los festivales y de la sociedad funeraria que se ocuparía de sus restos si moría durante el servicio. Además, la alimentación del soldado consistía en una dieta razonablemente equilibrada -que incluía carne, a pesar del persistente mito de que los legionarios eran vegetarianos- y durante la mayor parte de su servicio se alojaban en barracones de piedra con tejado de tejas, divididos en un par de salas en las que se acomodaban ocho hombres. Es decir, los barracones estaban abarrotados, pero no más que las *insulae* de las ciudades, pues eran pocos los habitantes de la Antigüedad que disfrutaran de tanto espacio privado como al que estamos habituados hoy en día.

Si un hombre sobrevivía hasta ser licenciado con honores, recibía una recompensa. Los legionarios recibían o bien una parcela de tierra de labranza o bien un botín en efectivo, mientras que a los auxiliares se les otorgaba la ciudadanía. Sin embargo, había varias desventajas asociadas a su profesión: por ley, a los soldados se les prohibía contraer matrimonio y los matrimonios ya existentes se anulaban oficialmente cuando los maridos se alistaban. Muchos hombres hacían caso omiso de esa prohibición, casándose -con frecuencia con una chica del lugar- y creando una familia. Durante mucho tiempo, las relaciones informales de los auxiliares se habían reconocido cuando se licenciaban, y si tenían «esposa» o hijos también a ellos se les otorgaba la ciudadanía, pero a mediados del siglo II esas facilidades se habían restringido. Ahora a los legionarios les resultaba mucho más difícil obtener el reconocimiento legal de sus hijos y permitirles así heredar. Varios emperadores legislaron sobre la cuestión para mejorar su situación, pero la información hallada en los papiros sugiere que, con frecuencia, los soldados retirados y sus descendientes tuvieron que luchar mucho para beneficiarse de esos decretos en la práctica.<sup>15</sup>

Un soldado con estudios tenía bastantes oportunidades de ascender, en especial si tenía amigos influyentes que le escribieran una carta de recomendación. Se ha conservado una carta escrita por un soldado que se unió a la legión en Egipto en el año 107 y que, gracias a sus contactos, enseguida obtuvo un puesto administrativo. En la carta le contaba alegremente a su padre que a él sólo le encargaban tareas ligeras mientras que los demás reclutas estaban fuera partiendo piedras. En vista de la poca información disponible sobre los estándares de alfabetización de la población en general, es difícil calcular cuántos reclutas estaban alfabetizados, pero probablemente se trataba de una minoría. La disciplina en el ejército era brutal: varias faltas eran castigadas con la flagelación o la ejecución.

Los permisos eran un privilegio más que un derecho, y ese y otros favores, muy a menudo, sólo se obtenían sobornando a un oficial.

A partir del siglo I, a los italianos dejó de interesarles alistarse en las legiones y preferían la vida más cómoda y con mejor salario de las unidades estacionadas en Roma. No cabe duda de que algunos hombres se incorporaban al ejército por las mejores razones y respondían a la imagen ideal que los teóricos militares tenían de un recluta. Posiblemente, esos reclutas de alta calidad eran más comunes en las *auxilia*, ya que muchos provenían de sociedades en las que las virtudes del guerrero seguían siendo muy admiradas. También era habitual que se alistaran los hijos de los soldados que, con frecuencia, habían crecido dentro o cerca de bases militares, y el ejército recibía con los brazos abiertos a ese tipo de reclutas. Desprovistos de estatus legal, el lugar de nacimiento de estos hombres aparecía en las listas como «en el campamento (*in castris*)». Con todo, es muy posible que la mayoría de los reclutas, sobre todo de las legiones, se alistaran debido a la escasez de alternativas a su alcance y al hecho de que, al fin y al cabo, sabían que el ejército les alimentaría, vestiría y pagaría con regularidad. Un emperador llegó a quejarse de que las filas de la legión se engrosaban sólo con vagabundos. También llama la atención el hecho de que sólo se prohibía ingresar en el ejército a aquellos hombres que habían sido declarados culpables de los delitos más graves.<sup>16</sup>

Si era cierto que muchos soldados eran hombres que habían fracasado en la vida civil, ese hecho sin duda reforzó la sensación, realista, de que su unidad era su hogar. Cada legión tenía un número -la secuencia no era lógica y había varias legiones primera, segunda y tercera- y un nombre, al que a menudo se le sumaban títulos y honores adicionales. Las unidades auxiliares también tenían sus títulos y todos los regimientos del ejército poseían una conciencia muy desarrollada de su propia identidad. Con frecuencia, los comandantes animaban a diferentes unidades a competir entre sí y, en ocasiones, la rivalidad provocaba reyertas. El orgullo de la unidad era una parte importante de la efectividad militar, al igual que la promoción del valor individual. Un acto destacado de valor era recompensado con condecoraciones y estatus, así como, a veces, con un ascenso y una recompensa económica. Como la paga, todo ese tipo de medallas eran otorgadas nominalmente por el emperador, estuviera éste o no físicamente presente. Del mismo modo, los reclutas que se unían al ejército prestaban un juramento de lealtad al emperador y al Estado que se renovaba con regularidad. Cada regimiento contaba asimismo con las denominadas *imagines*, imágenes del emperador y su familia directa, que se guardaban con los estandartes de la unidad en un santuario dentro del edificio que albergaba el cuartel general.<sup>17</sup>

El emperador controlaba el ejército y tomaba todas las precauciones necesarias para recordar a los soldados la lealtad que le debían. Cuando visitaba una de las bases de operaciones o mandaba un ejército en campaña, se dirigía a la unidad como a «su» legión o cohorte. Ahora bien, el ejército estaba extendido por un área muy amplia y la mayoría de los soldados nunca llegaban a ver siquiera a su comandante en jefe, por lo que, inevitablemente, eran otros los que ejercían el control en el día a día. La mayoría de los oficiales de rango superior procedía de la clase senatorial. Como parte de su carrera, un senador a punto de cumplir los veinte años o que contara con pocos más, pasaba entre uno y tres años como tribuno en jefe y segundo al mando de la legión. Más adelante, en torno a los treinta años, pasaría a ser el comandante de una legión o *legatus legionis*, durante un periodo similar de tiempo. Por último, se convertiría en el legado al frente de la provincia y su ejército, un *legatus Augusti*. Varios privilegiados pasaban a continuación a ser gobernadores por segunda vez, en esta ocasión de una de las tres provincias militares más importantes. Cada una de ellas contenía tres legiones y el mismo número de tropas auxiliares. Tres años era el plazo medio que un gobernador

pasaba en una provincia, pero había excepciones. Avidio Casio había estado en Siria mucho más tiempo, pero su frustrado golpe de Estado es un indicio de la amenaza potencial que suponía permitir que los mandos se prolongaran tanto.

Los équitos proporcionaban al ejército la mayor parte del resto de sus oficiales de rango superior. La carrera normal de un équite incluía que fuera nombrado prefecto de una cohorte auxiliar. Después, pasaría un periodo como uno de los cinco tribunos de rango inferior de la orden ecuestre con los que contaba cada legión y, a continuación, asumiría el mando de un ala de caballería. Los hombres de éxito pasaban a ocupar puestos administrativos y financieros como procuradores imperiales, y tal vez el gobierno de una de las provincias ecuestres más pequeñas. También las unidades de Roma eran comandadas por équitos y el mando de la de los pretorianos solía ser compartido por dos prefectos con idéntico poder. Las provincias menores, gobernadas por équitos, no solían contar con tropas importantes, porque el legado senatorial de una legión no podía estar subordinado a un miembro de la orden ecuestre. Egipto era una excepción, y en esta provincia el gobernador y los comandantes de las dos legiones eran prefectos ecuestres. Ningún emperador deseaba confiar a otro senador el control de una zona tan vital para el suministro de grano a Roma.<sup>18</sup>

Los centuriones eran la columna vertebral del ejército. Más que un rango específico se trataba de un grado de oficial. Los de menor jerarquía mandaban una centuria, de las que en cada cohorte existían seis, que tenían una cifra nominal de efectivos de ochenta (nunca cien en este periodo). El centurión de más rango de las seis centurias estaba al mando de una cohorte de legionarios. El más importante de todos era el *primus pilus*, el comandante de la primera cohorte, que era admitido de inmediato en la orden ecuestre tras alcanzar ese puesto. Todos los centuriones cobraban una cantidad muchas veces superior al salario de un soldado ordinario y se les exigía un buen nivel de educación. Algunos llegaban al puesto después de haberse alistado en el ejército como parte de la tropa, pero sería un error considerarlos los equivalentes de los sargentos mayores modernos. Lo más habitual era que les hubieran adjudicado directamente un puesto administrativo o de mando como subalterno antes de obtener el grado de centurión, aunque en ocasiones los elegidos para el cargo eran civiles sin experiencia militar previa de ningún tipo. En un principio, el deseo de Pertinax había sido convertirse en centurión mediante ese proceso, pero su patrón no había logrado conseguirle un puesto, lo que nos da una idea del alto estatus del cargo. También resulta revelador que algunos équitos se convirtieran en centuriones en vez de seguir una carrera más convencional. Como hemos visto, no existía una única «clase media» en el mundo romano. Sin embargo, había numerosas personas con ingresos medios y que poseían un estándar razonable de educación, a pesar de que a su expresión le faltara la pureza lingüística que se esperaba de los niveles superiores de la élite. Es muy probable que la mayoría de los centuriones obtuvieran el puesto de forma directa y procedieran de ese nivel social.<sup>19</sup>

Los miembros de la tropa rara vez eran trasladados de una unidad a otra y, por lo general, permanecían con el mismo regimiento durante todo su servicio. Del mismo modo, parece que muchos centuriones se quedaron en la misma unidad durante largos periodos, aunque hay constancia de varios que sirvieron en una serie de legiones diferentes, a veces en provincias muy distantes unas de otras. Los rangos superiores se movían mucho más y era poco habitual que un senador sirviera más de una vez en la misma provincia. Pertinax, durante su larga y poco ortodoxa carrera, primero como équite y luego como oficial senatorial, sirvió en todas las zonas fronterizas importantes del Imperio, exceptuando el norte de África. Los romanos no valoraban tanto a los especialistas como las instituciones modernas, sobre todo a la hora de nombrarlos para puestos de rango superior. Lo que es igualmente importante, a los emperadores les interesaba evitar que se desarrollara un vínculo demasiado estrecho entre

comandantes y soldados a través de un largo periodo de servicio militar compartido. La República había sido destruida y Augusto había creado el Principado en enfrentamientos entre ejércitos más leales hacia su general que hacia el Estado. En conjunto, el sistema que creó funcionaba bien, y el ejército se mantuvo leal durante la mayor parte de dos siglos. Sólo cuando una dinastía se extinguía por completo existía la perspectiva de que una legión se enfrentara a otra. Cuando surgía, la iniciativa de rebelión tendía a venir de arriba, sobre todo de los gobernadores senatoriales. El resto de los oficiales desempeñaba también un papel clave, en especial los centuriones.<sup>20</sup>

## UN EMPERADOR DE ÁFRICA

El ejército de Panonia Superior era el que estaba estacionado más cerca de Italia, y el legado de la provincia, Lucio Septimio Severo, no dudó en aprovechar la ventaja que eso le otorgaba. Había servido bajo el mando de Pertinax en los inicios de su carrera y es posible que también formara parte de la conspiración original contra Cómodo. Resultaba especialmente conveniente que la vecina Moesia Inferior, con sus dos legiones, se encontrara en aquel momento bajo el control de su hermano. Severo marchó enseguida hacia Italia, y se cuenta que él y su guardia personal -probablemente, los *singulares* del gobernador, jinetes seleccionados entre las *alae* auxiliares de su provincia- ni siquiera se despojaron de sus armaduras en las breves paradas que hacían para dormir. No se encontró con una oposición importante, porque Juliano no contaba con un ejército apropiado, como ilustra el desesperado intento de entrenar elefantes utilizados en los juegos para transportar torres y luchar contra las fuerzas invasoras en la tradición del combate clásico, que terminó en un absurdo fracaso cuando las criaturas se negaron a transportar esas cargas con las que no estaban familiarizadas. Al parecer, el episodio les resultó muy divertido a Dión y otros senadores. Juliano se desesperó e hizo que asesinaran a Laeto y a Marcia, pero pronto perdió incluso la lealtad que les había comprado a los pretorianos. Abandonado por todos, fue asesinado en el palacio por un miembro de la guardia. Severo llegó y, en una espectacular exhibición de poder, hizo desfilar a su ejército por toda la ciudad. El Senado le proclamó emperador, como correspondía. Se dio orden a los pretorianos de que arrestaran a los asesinos de Pertinax y que, luego, formaran sin armas ni coraza. Severo los rodeó con sus propios legionarios y, a continuación, les recriminó su traición con duras palabras. Los asesinos fueron ejecutados y el resto fue licenciado con deshonor del servicio y se les prohibió que se acercaran a menos de ciento cincuenta kilómetros de Roma. Con una selección de los mejores legionarios del propio Severo se formaron nuevas cohortes pretorianas.<sup>21</sup>

Aún había que hacer frente a los otros dos aspirantes al trono. Severo cerró un acuerdo con el legado de Britania, Décimo Clodio Albino, por el que le otorgaba el título de César y le convertía en su colega, si bien en calidad de subalterno. A continuación, el grueso de sus tropas se dirigió al este para enfrentarse a Cayo Pescenio Níger en Siria. Los partidarios de Severo ganaron una serie de batallas que culminaron en la victoria final en 194 en Issus, que, casualmente, se encontraba cerca del lugar de una de las victorias de Alejandro Magno sobre los persas. Níger fue asesinado cuando huía. Severo no había hecho acto de presencia en ninguna de esas batallas, pero se ocupó de supervisar la breve campaña que se inició entonces contra los pueblos que habitaban más allá de la frontera. Cuando regresó de Oriente en 195, en un gesto provocador, nombró César a su hijo de siete años, al parecer sin haber consultado a Albino. La guerra civil se reanudó y dos años más tarde se produjo una batalla decisiva en las afueras de Lugdunum (la actual Lyon, Francia), donde el legado británico había establecido su principal centro de operaciones. Dión afirma que las tropas que participaron en la lucha eran inmensas, en número no inferior a ciento cincuenta mil hombres por bando, lo que habría

supuesto la inmensa mayoría del ejército. Se trata, evidentemente, de una exageración, pero puede que Albino, en particular, hubiera realizado grandes levadas a partir del año 193. El grueso del ejército regular se había unido a Severo. Aun así, la lucha fue feroz y, en un momento dado, el propio Severo fue desmontado de su caballo y escapó por muy poco a la muerte o el apresamiento. Corrieron rumores de que su nuevo prefecto del pretorio había retrasado de forma deliberada la entrada en la batalla con la esperanza de que ambos líderes fueran asesinados. Sin embargo, al final fue él quien lideró la gran carga de la caballería que obtuvo la victoria aquel día. Tras cuatro años de guerra civil y caos, el Imperio volvía a tener un solo gobernante indiscutible. El conflicto había sido mucho peor y más prolongado que el «año de los cuatro emperadores» que siguió a la muerte de Nerón.<sup>22</sup>

No hay nada excepcional en la carrera de Severo antes de 193, como tampoco lo hubo en la de Vespasiano, que resultó victorioso en el año 69. Ambos eran senadores con una carrera razonablemente distinguida, pero es dudoso que, en otras circunstancias, alguno de ellos hubiera sido considerado un emperador en potencia. En virtud de su puesto de legado, cada uno de ellos, simplemente, se había encontrado al frente de un gran ejército en un momento en el que existía un vacío de poder en el centro del Imperio y, a continuación, habían jugado bien su mano... si bien, en el caso de Severo, de un modo especialmente implacable. Desde muchos puntos de vista, Severo era un miembro típico del Senado de ese periodo. Había nacido en Lepcis Magna (en la actual Libia), que originalmente había sido fundada por los cartagineses. La propia Cartago había sido destruida en 146 a.C. por un ejército romano en lo que había sido la culminación de tres grandes conflictos con Roma. Aun así, Severo creció utilizando el púnico como primera lengua y su latín siempre estuvo impregnado de un acento provinciano que tenía a convertir el sonido /s/ en ///, parecido al que hacemos cuando mandamos callar. Es posible que pronunciara su propio nombre «Sseptimio Ssevero». Dión afirma que deseaba tener más educación de la que había recibido, pero esto debe contemplarse según los altísimos criterios de la élite romana. Una fuente del siglo VI cuenta que tenía la piel oscura, pero el único retrato en color de él que se conserva muestra una tez bastante mediterránea. Procedía del norte de África, del mismo modo que Trajano y Adriano eran originarios de Hispania, pero eso no le hacía en absoluto menos romano. Su padre no era senador, pero su familia había participado en la vida política romana durante generaciones. Las provincias africanas fueron la cuna de un buen número de senadores en este periodo, incluyendo a Clodio Albino. Nada sugiere que alguno de esos hombres pensara de una forma particularmente «africana».<sup>23</sup>

Severo había ganado la guerra, pero sabía que su triunfo no garantizaría por sí solo su supervivencia a largo plazo. Se apresuró a colocar a sus dos hijos en posiciones de prominencia a pesar de que todavía eran pequeños, marcándolos como sus herederos para poner de manifiesto que su muerte no debía suponer un regreso a la guerra civil. También miró hacia el pasado para legitimar su nueva dinastía: al principio se asoció estrechamente con Pertinax, porque era útil aparecer como su justo vengador. No obstante, más adelante, en un paso sin precedentes, se declaró hijo adoptado de Marco Aurelio, cuyo prestigio era mucho mayor. Un senador le felicitó cáusticamente por «haber encontrado a un padre». Lo que es aún más preocupante, su gesto llevó a la rehabilitación oficial de Cómodo, que ahora se había convertido en el hermano adoptivo del emperador. La opinión senatorial se mostró escandalizada, pero la actitud de Severo hacia el Senado se fue endureciendo cada vez más. Su reinado comenzó con proclamaciones de su deseo de que ningún senador fuera asesinado, pero antes de que terminara la guerra civil ya había ordenado numerosas ejecuciones de miembros de ese órgano.

También el poder ejercido por el nuevo prefecto del pretorio, Plautiano, originario como el emperador de Lepcis Magna, despertaba resentimiento y miedo. Había algunos cotilleos malintencionados que

afirmaban que él y Severo habían sido amantes en la adolescencia. Es evidente que el emperador confiaba en él y le permitía ejercer mucha influencia, por lo que en la época hubo rumores de que el mismo prefecto estaba planeando conseguir el trono. Al final, Plautiano fue ejecutado tras una condena pronunciada por el hermano de Severo en su lecho de muerte. Se suponía que los favoritos del emperador no debían controlar tanto poder, sobre todo aquellos que no pertenecían al Senado, y el espectacular ascenso y caída de Plautiano inevitablemente arrastró a otros consigo. Para cualquier senador, aquélla fue una época en la que el éxito resultaba peligroso. Severo pasaba poco tiempo en el Senado -estuvo fuera de Italia la mayor parte de su reinado- y rara vez se preocupaba de elogiar a sus miembros o hacer que se sintieran seguros.<sup>24</sup>

Había otros signos que indicaban que al emperador le preocupaba conseguir mantener el poder. Formó tres nuevas legiones -I, II y III Parthica- y estacionó la II Parthica cerca de Roma, en Alba. Era la primera vez que una legión había sido estacionada de forma permanente en Italia desde la creación del Principado. Incluyendo las ampliadas unidades de la guardia, Severo tenía un ejército de unos diecisiete mil hombres a su inmediata disposición. Con frecuencia, los estudiosos han querido ver esa medida como la creación de una reserva estratégica, que supuestamente se reveló necesaria durante las feroces guerras del mandato de Marco Aurelio. En realidad, tenía mucho más que ver con la amenaza potencial de que un gobernador provincial se rebelara contra el emperador. Mantener la lealtad del ejército era vital para el emperador. En un esfuerzo por asegurarse la buena voluntad de los soldados, Severo les subió la paga y también eliminó la prohibición de contraer matrimonio. La creación de las nuevas legiones hizo que hubiera muchas nuevas posiciones para oficiales, por ejemplo, hasta ciento setenta y siete puestos de centurión. Dado que, probablemente, muchos habrían sido trasladados desde otras unidades, un gran número de hombres le deberían su cargo inicial o un paso en su promoción a Severo. Un deseo similar de crear lazos con el ejército impulsó sus guerras en el extranjero. Desde 197 a 202 Severo organizó campañas en el este, poniéndose al frente de un ejército que descendió por el curso del Eufrates para saquear la capital parto de Ctesifonte y creando la nueva provincia de Mesopotamia. Entre 208 y 211 estuvo en Britania, supervisando una serie de campañas inmensas contra las tribus caledonias que habitaban el territorio que hoy es Escocia.<sup>25</sup>

Las guerras contra extranjeros brindaban una gloria militar que no estaba empañada por el hecho de obtener una victoria sobre otros romanos. El Arco de Severo, que todavía hoy se yergue junto a la Casa del Senado en el Foro de Roma, conmemora su guerra contra el Imperio parto. Tampoco fue ninguna coincidencia que Severo eligiera actuar en las dos regiones de las que habían salido sus rivales en la guerra civil. No cabe duda de que existía una cierta necesidad militar, ya que seguro que los ejércitos de ambas fronteras, así como el prestigio de Roma, quedaron debilitados cuando las tropas fueron retiradas de allí para luchar y morir en una guerra intestina. La campaña también dio a las unidades que habían combatido en bandos opuestos en la guerra civil la oportunidad de luchar codo con codo bajo el mando del mismo líder. Y lo que era aún más importante, Severo tuvo la oportunidad de recompensar y ascender a oficiales en ambas zonas, mostrando su confianza hacia ellos y retirando o trasladando a cualquiera cuya lealtad estuviera bajo sospecha. No todo funcionó a pedir de boca, porque se produjo cierta tensión en el ejército cuando no consiguieron tomar la ciudad de Hatra, pero en general se cumplió el objetivo marcado. La reorganización del este que llevó a cabo Severo revela de nuevo lo preocupado que estaba por su propia seguridad. Siria fue dividida en dos provincias, con dos y una legiones respectivamente. Mesopotamia fue guarnecida con las recién creadas legiones I y III Parthica. El gobernador de la provincia era un prefecto de la orden ecuestre como el que existía en Egipto, y ambas legiones estaban a su vez comandadas por équites. Lo mismo sucedía con la legión II Parthica, en Alba. El proceso no se completó del todo hasta un año o dos después de la muerte de

Severo, cuando Britania también fue dividida, pero a partir de entonces ninguna provincia albergaría - y, por tanto, ningún gobernador tendría a su mando- más de dos legiones.<sup>26</sup>

Septimio Severo era un buen emperador, que se esforzó para gobernar bien el Imperio, pero también era un hombre que había obtenido el poder a través de la fuerza militar y temía que algún otro pudiera seguir su ejemplo. Esa inseguridad guiaba sus decisiones a todos los niveles. Nada de esto habría importado demasiado si hubiera fundado una dinastía que hubiese resultado sólida y duradera. En los últimos años de su vida, nombró coherederos del trono a sus hijos Caracalla y Geta. Era una decisión arriesgada, porque sólo en el caso de Marco Aurelio y Lucio Vero una pareja de emperadores habían trabajado bien juntos. Severo criticó a Marco Aurelio con frecuencia por haber elegido a Cómodo como sucesor, favoreciendo así los vínculos de sangre frente al talento, pero él se tuvo que enfrentar al mismo problema. Mientras Caracalla y Geta estuvieran vivos, habrían representando inevitablemente una amenaza para cualquier otro emperador. Si sólo le sucedía uno de sus hijos, entonces el otro representaría siempre un peligro potencial, sobre todo porque ambos hermanos se detestaban desde la infancia. Se dice que Severo confiaba en que llevárselos con él en sus campañas sería mejor para ellos que permanecer en Roma, donde existían tantas oportunidades para el vicio, y quizá también esperaba poder enseñarles a trabajar juntos. Pero sus esperanzas se vieron defraudadas. Llegaron a circular historias que contaban que Caracalla había intentado asesinar a su padre en sus ansias por sucederle. De todos modos, tras sufrir ataques de gota durante años, la salud de Severo estaba muy deteriorada. El 4 de febrero de 211, el emperador, de sesenta y cinco años de edad, fallecía en Eburacum (la actual York) y sus dos hijos heredaron conjuntamente el trono. Se dice que el último consejo que les dio su padre fue sencillo: «Mantened la concordia, enriqueced a los soldados y desdeñad a todos los demás».<sup>27</sup>

## LAS MUJERES IMPERIALES

*Al acceder Alejandro al poder, la dignidad y el título de emperador estaban con él, pero la administración del Estado y el gobierno del Imperio eran controlados por las dos mujeres que realizaban un serio esfuerzo por volver a un gobierno moderado y respetable.*

El historiador Herodiano, a mediados del siglo III d.C.<sup>1</sup>

Los dos hermanos resultaron ser absolutamente incapaces de mantener la concordia. Tras firmar con rapidez la paz con los caledonios, abandonaron Britania. En el viaje de vuelta a Roma discutieron, y a partir de entonces trataron de ignorarse mutuamente por completo. Cuando llegaron, ocuparon dos alas separadas del palacio y mandaron tapiar todos los pasillos y puertas que comunicaban ambos lados, para evitar encontrarse por casualidad. Se oponían el uno al otro prácticamente en todo, incluso apoyaban a equipos diferentes en las carreras de carros. Se rumoreó que estaban considerando partir el Imperio en dos, quedándose Caracalla en Roma y gobernando el oeste, mientras que Geta controlaba Oriente, ya fuera desde Alejandría o desde Antioquía. La línea divisoria sería el Bosforo y se decía que cada uno de los hermanos planeaba estacionar varias legiones en la orilla para disuadir al otro de ordenar un ataque.<sup>2</sup>

Nadie había considerado nunca dividir el Imperio de esa manera, aun cuando Antonio y Octavio se habían repartido las provincias en los años previos a Actium. Sin embargo, la fuente de la que hemos extraído esta historia la escribió apenas unas décadas más tarde, mucho antes de que el Imperio

estuviera realmente dividido, de modo que es evidente que no se trata de una invención a posteriori. El plan fue detenido por la madre de los emperadores, Julia Domna, que exigió saber cómo pensaban dividirla a ella. El 26 de diciembre la madre y los dos hijos se reunieron en privado en el palacio para que ambos se reconciliaran. La intención de Caracalla era otra, y había ordenado a una partida de sus leales centuriones pretorianos que se ocultaran en las proximidades. A mitad de la reunión, los centuriones irrumpieron en la estancia y mataron a Geta con sus espadas. Julia Domna sostuvo el cadáver de su hijo contra su pecho mientras Caracalla y los soldados se marchaban, tan cubierta de sangre que no notó que tenía una herida en su propia mano.<sup>3</sup>

Caracalla abandonó el palacio de inmediato y se dirigió a toda prisa al campamento pretoriano, donde declaró que había actuado en defensa propia tras descubrir que su hermano estaba conspirando contra él. Los guardias aceptaron su versión sin reparos y le prometieron su apoyo. Más difícil le resultó convencer a los legionarios de la II Parthica, estacionada en la vecina Alba: le negaron la entrada y tuvo que hablarles desde el exterior de las murallas. Aun entonces, los soldados replicaron que habían prestado juramento de lealtad a ambos hermanos, no sólo a uno de ellos.

Caracalla recurrió a sus dotes de persuasión, reforzándolas con la promesa de entregarles un jugoso donativo económico, y finalmente consiguió poner a los soldados de su lado. Sólo tras asegurarse de que contaba con la lealtad de las únicas unidades militares significativas que había en Italia se dirigió Caracalla al Senado, donde les contó la misma historia del complot de su hermano. Los senadores no tuvieron más remedio que aclamarle como emperador, sobre todo porque apareció acompañado de varias filas de guardias armados. Geta fue condenado formalmente y se ordenó que su memoria fuera borrada de los archivos. Las inscripciones procedentes de todo el territorio del Imperio que han llegado a nosotros muestran las muescas dejadas por el cincel con el que se eliminó el nombre del hermano pequeño de Caracalla.<sup>4</sup>

Caracalla tenía veintitrés años, era mayor y tenía más experiencia que Cómodo cuando alcanzó el poder, pero para ser un emperador seguía siendo joven. Es imposible afirmar que Geta hubiera resultado más capaz, aunque a algunos autores que escribieron en épocas posteriores les gustaba contrastar su virtud con la malvada naturaleza de su hermano. A diferencia de Cómodo, Caracalla no era ni estúpido ni perezoso, pero era impredecible e impaciente y tenía muy mal genio. Había ordenado la ejecución de varios miembros del séquito imperial en cuanto murió su padre. Tras el asesinato de su hermano, se produjo una purga mucho más amplia y aún más sangrienta, que incluyó a muchos importantes senadores y équitos. En unas excavaciones, en York, se ha descubierto recientemente un cementerio que contiene varios esqueletos de hombres que habían sido encadenados y, a continuación, ejecutados, pero cuyos enterramientos revelan un cierto grado de respeto. Los fragmentos de cerámica encontrados fechan el hallazgo aproximadamente en este periodo y es más que posible que aquellos hombres fueran oficiales y funcionarios asesinados por orden de Caracalla. Hubo otras víctimas en el resto de su mandato: el hijo de Pertinax, que en 193 era demasiado joven e insignificante para que matarlo mereciera la pena, fue asesinado entonces porque no pudo resistirse a hacer un juego de palabras en el que se refirió al asesinato de Geta. La última hija viva de Marco Aurelio también fue declarada sospechosa de deslealtad y forzada a cometer suicidio, algo que, al parecer, la anciana dama llevó a cabo con gran calma y dignidad. Dión cuenta que en total perecieron unas veinte mil personas.<sup>5</sup>

Debido a las frecuentes ejecuciones, los cambios de humor de su emperador mantenían a los senadores en un permanente estado de nerviosismo y Caracalla carecía de la necesaria habilidad -y posiblemente



también del deseo- para ganárselos. No tuvo muchomás éxito con la población romana en general, aunque había pocas probabilidades de que ellos fueran víctimas directas de su ira. Los juegos que organizaba eran espléndidos e incluso participó en una carrera de carros, aunque no emuló la excesiva afición de Cómodo por pelear en la arena. No obstante, se convirtió en un personaje impopular porque a la multitud le parecía demasiado ávido de sangre cuando observaba las luchas de gladiadores. Obligó a un famoso gladiador a luchar en tres combates consecutivos y éste resultó muerto en el último, lo que fue considerado injusto por el gentío. Se iniciaron las obras para construir un complejo de baños, las Termas de Caracalla (cuyas inmensas ruinas todavía hoy son visibles), lo que proporcionó trabajo a los desempleados además de la perspectiva de un futuro servicio público.<sup>6</sup>

Un año más tarde, Caracalla abandonó Roma y nunca más regresó a Italia. Era inquieto por naturaleza y su mala salud no contribuyó a mejorar ni sus nervios ni su temperamento. En sus viajes visitó numerosos santuarios y templos asociados a deidades con poderes curativos y siguió los procedimientos que prescribían. En la época circularon varias historias que afirmaban que le asediaban sueños en los que Severo le reprendía en silencio por haber asesinado a su hermano. En el mundo romano muchas personas se tomaban en serio los sueños y se conservan diversos libros que ofrecen detalladas interpretaciones. El emperador seguía siendo el emperador independientemente de dónde se encontrara y los peticionarios le seguían, solicitando audiencias para pedirle favores o que dirimiera sus disputas. Los documentos que han llegado hasta nuestros días sugieren que Caracalla era tan propenso a responder con prontitud y espontaneidad como defienden nuestras fuentes literarias y confirman que en muchos casos su juicio seguía siendo lúcido, y a menudo revelaba una gran sensatez. No obstante, no siempre le apetecía ocuparse de esa insulsa tarea. Dión recordaba que en numerosas ocasiones él y otros habían sido convocados al campamento imperial mientras el emperador estaba en Siria, con la promesa de que les vería al amanecer y, con frecuencia, habían tenido que esperar durante horas y horas -pese a que no había ningún lugar para acomodarlos- e incluso a veces habían tenido que regresar a casa al final del día porque Caracalla había decidido no recibirlos en absoluto.<sup>7</sup>

Menudo y enfermizo, a Caracalla le gustaba verse como un tosco y agresivo hombre de acción y, sobre todo, como un soldado. Cuando habló a los pretorianos tras el asesinato de Geta, les dijo: «Regocijaos, camaradas, porque ahora estoy en posición de haceros favores». Durante su reinado, la paga del ejército experimentó una subida tan fuerte que resultó difícil hacer frente al incremento de esa carga financiera con los ingresos del Imperio. En campaña, el emperador se vestía y desempeñaba el papel de un soldado raso, llegando incluso a moler su propia ración de trigo para obtener la harina con la que preparar su comida. Es probable que esos gestos teatrales estuvieran fundamentalmente destinados a la guardia, así como tal vez también el hecho de que en ocasiones transportara él mismo el pesado estandarte pretoriano cuando marchaban. En campaña, la mayoría de los emperadores eran acompañados por distinguidos senadores, pero Caracalla prefería la compañía de oficiales del ejército, que probablemente también en este caso fueran en su mayoría miembros de la guardia. También sentía especial aprecio por su guardia personal de jinetes, los *singulares Augusti*, muchos de los cuales eran germanos. Algunos de esos hombres fueron nombrados centuriones y debían mantenerse siempre cerca de él. El emperador los llamaba sus «leones». Dión recordaba asimismo verle llevar bebida a los centinelas que estaban de servicio en el exterior de su cuartel general. Otros generales romanos -entre los que destaca Julio César- habían desempeñado el papel del «camarada soldado», pero en esto, como en tantas otras cosas, Caracalla llevó el papel al extremo, su actitud era mucho más que un reconocimiento de que su poder en última instancia residía en el control del ejército. También se obsesionó con Alejandro Magno y era evidente que le gustaba pensar que se asemejaba al joven conquistador de una parte tan grande del mundo

conocido.<sup>5</sup>

En el año 213 había luchado en el Rin y al año siguiente avanzó hacia el Danubio. En ambas fronteras se han hallado signos de una reorganización sustancial y de la construcción de nuevas bases militares. Es posible que fuera durante esas campañas cuando el emperador adoptó la costumbre de llevar una versión de la capa gala con capucha, o *caracalla*, que le valió su apodo. En el año 215 se dirigió al este y allí permaneció el resto de su vida, siguiendo los pasos de su héroe, Alejandro. Caracalla creó una fuerza -o tal vez la formó reorganizando las legiones existentes- que imitaba la antigua falange macedonia. Ese invierno estuvo en Alejandría y, con el pretexto de que deseaba reclutarlos como soldados, convocó a los jóvenes de la ciudad, que formaron ante él. Sin embargo, lo que hizo Caracalla fue ordenar a sus tropas que los asesinaran, una masacre de la que nunca se ha ofrecido una explicación satisfactoria. También comenzó una serie de campañas contra Partia, que acabó desembocando en una guerra civil entre dos hermanos que pugnaban por hacerse con el trono. Caracalla solicitó la mano de la hija de uno de los aspirantes, en un remedo del gesto de Alejandro, cuando se casó con Roxana. Su oferta fue rechazada, y algunos vieron ese rechazo como una mera excusa para iniciar la guerra.<sup>9</sup>

A principios del año 217, un gran ejército se concentró en Edesa para prepararse para una nueva invasión. El 8 de abril Caracalla emprendió viaje para visitar un santuario cerca de Carras, que en el año 53 a.C. fue el escenario de una gran derrota a manos de los partos, pero ahora se encontraba dentro de una provincia y recientemente había recibido el estatus de colonia romana. Cuando el emperador se detuvo a aliviarse a un lado del camino, fue apuñalado hasta la muerte por uno de sus propios oficiales, Julio Martialis. El magnicida era un antiguo pretoriano que se había reenganchado y estaba resentido porque Caracalla le había negado un puesto como centurión. Minutos más tarde, el propio Martialis fue abatido por los «leones» del emperador y murió antes de poder revelar ningún detalle de la conspiración, lo que supuso un gran alivio para su líder, Marco Opelio Macrino, uno de los dos prefectos del pretorio, que de ese modo pudo alegar su absoluta ignorancia del complot. Caracalla seguía siendo popular entre la guardia, y el resto del ejército tampoco mostró demasiado entusiasmo ante su muerte. De hecho, Macrino acababa de descubrir que alguien había enviado un mensaje al emperador en el que le acusaban de deslealtad, y había decidido atacar antes de ser condenado.<sup>10</sup>

No había heredero. El matrimonio de Caracalla había sido infeliz y sin hijos (se creía que la enfermedad le había dejado impotente en sus últimos años). No había designado sucesor, sobre todo porque no confiaba en nadie, pero, teniendo en cuenta su juventud, no había parecido importante que lo hiciera. Durante dos días el Imperio estuvo sin emperador, mientras Macrino sondeaba los ánimos de los oficiales de más graduación. A continuación se proclamó a sí mismo emperador, asumiendo todos los títulos y poderes imperiales sin esperar a que se cumpliera con la formalidad de la votación del Senado. Ya en el pasado algunos emperadores habían salido del ejército (sólo hacía veinte años que Severo había derrotado a Clodio Albino), pero esto era distinto: Macrino no era senador, sino un équit que había llegado hasta su posición por su lealtad y habilidad con las leyes. Los prefectos del pretorio siempre habían sido elegidos entre los miembros de la orden ecuestre precisamente porque se creía que no podían aspirar al cargo supremo. Incluso Sejano, que había estado a punto de sustituir al emperador Tiberio en el año 31, se había esforzado por ir adquiriendo nuevos cargos de forma gradual, incluyendo el consulado. A la edad de cincuenta y cinco años, Macrino saltó directamente al poder supremo. Sin duda le resultó más sencillo porque no había cerca ningún senador que pudiera haber sido considerado un candidato apropiado para el trono. Desde el principio, Mesopotamia había sido una provincia ecuestre y Caracalla nunca había tenido la costumbre de llevar consigo a senadores

importantes a sus campañas. Era obvio que los pocos que viajaban con él habían sido comprados y corrompidos con sus favores. La reciente división de las provincias en unidades de menor tamaño había traído como consecuencia que no hubiera ningún gobernador en el Imperio que tuviera a su mando una fuerza tan grande como la que estaba concentrada en Edesa. El otro prefecto del pretorio alegó edad avanzada y se retiró en beneficio de su colega.

Cuando el Senado recibió la noticia del golpe de Estado se produjo un inmediato alivio ante el fallecimiento del impopular e impredecible Caracalla. La aceptación del nuevo emperador se produjo más a regañadientes, y en gran medida se debió a la falta de una alternativa clara. Les molestaba menos su ascendencia mauritana y su oreja horadada -aunque salta a la vista que todas las imágenes del emperador son muy tradicionales y muy romanas en apariencia- que el hecho de que careciera de rango social. No fue de mucha ayuda que no hiciera ningún esfuerzo por llegar enseguida a Roma ni por ganárselos, pero fue aún peor que nombrara a hombres con un pasado igualmente mediocre para ocupar altos cargos, incluyendo otro équite que fue designado para el puesto de prefecto de la propia Roma, el magistrado en jefe de la ciudad en ausencia del emperador. Macrino tendía a elegir a hombres que conocía, de modo que, inevitablemente, en su mayoría pertenecían a la administración imperial, como él mismo. Caracalla había promovido el rápido ascenso de hombres en los que confiaba, sin tener en cuenta su clase social, y había situado a muchos équites en puestos de considerable responsabilidad, en ocasiones tras un veloz ascenso al Senado. Esa actitud no había gustado a los senadores y tampoco despertaba sus simpatías un régimen nuevo que ascendía a más personas así. Macrino gobernó porque había organizado la muerte del último emperador y había logrado controlar las tropas *in situ* y, al menos de momento, también contaba con la lealtad de todo el ejército.<sup>11</sup>

## LAS MUJERES DE LA DINASTÍA SEVERA

La madre de Caracalla le había acompañado en la mayoría de sus viajes. Julia Domna había tenido un prominente papel público durante el reinado de Severo, cuando recibió títulos como Augusta y «madre del campamento», y había viajado con él alrededor de todo el Imperio. Inteligente y capaz, también había trabajado sin descanso entre bastidores para ayudar a su marido en la inmensa tarea de administrar el Imperio. La esposa de Augusto, la formidable Livia -a la que Calígula llamó «Ulises con faldas»- también se había esforzado por ayudarlo, ocupándose de la correspondencia, dando consejos y observando los acontecimientos. A pesar del horror que sintió ante el asesinato de Geta, Julia Domna continuó proporcionando ese tipo de apoyo a su hijo mayor. En todo caso, sus responsabilidades se incrementaron, porque a Caracalla enseguida le aburrían las labores rutinarias. Julia Domna estaba en Antioquía cuando fue asesinado, ocupada entre otras cosas con abrir y leer la correspondencia que recibía el emperador, para poder «clasificar todo el correo que llegaba e impedir que le enviaran un montón de cartas sin importancia mientras estaba en el país del enemigo».<sup>12</sup> Irónicamente, el mensaje que advertía a Caracalla acerca de Macrino fue desviado a Antioquía de ese modo, mientras que otro llegó directamente a manos del propio prefecto del pretorio y le impulsó a actuar. El nuevo emperador trató bien a Julia Domna hasta que descubrió que estaba intrigando contra él y la puso bajo arresto domiciliario. En protesta, ella dejó de comer hasta que se murió de hambre, si bien su final fue acelerado por una prolongada enfermedad que se cree que pudo ser cáncer de mama. Es probable que todavía no hubiera cumplido los cincuenta años.<sup>13</sup>

La cosa podría haber terminado allí, porque los dos hijos de Severo habían muerto y parecía que

la dinastía había llegado a su fin. Sin embargo, Julia Domna tenía una hermana, Julia Mesa, que solía acompañarla y ayudarla en sus tareas, que tenía dos hijas. Las tres mujeres eran ahora viudas, y ambas hijas -Soemias y Mamea- tenían hijos pequeños. Tras la muerte de su hermana, Mesa regresó a su ciudad de origen, Emesa, donde se dice que se lamentaba de no vivir ya en la Casa Imperial. Emesa (cerca de la actual Homs) se encontraba en la provincia de Siria-Fenicia, que estaba guarnecida por una sola legión, la III Gallica, estacionada al norte, en Rafanea, a la que se podía llegar fácilmente desde allí. Los orígenes de la ciudad son oscuros, como también la etnia de la que procedía su población. Al parecer, algunos los consideraban fenicios, aunque no hay constancia de que hubiera ningún asentamiento fenicio allí. El grueso de la población hablaba arameo, pero casi todas las inscripciones estaban escritas en griego y presumiblemente la mayoría de asuntos oficiales se llevarían a cabo en esa misma lengua. El comercio contribuía a la prosperidad de Emesa, pero era más famosa por el gran templo del dios Elagábalo (LHGBL, en arameo), que estaba relacionado con el sol y cuya imagen era una piedra negra y cónica que se decía que había caído del cielo.

El hijo de catorce años de Soemias era el supremo sacerdote del culto. Se llamaba Basiano, pero ha pasado a la historia con el nombre de su deidad, Elagábalo (en ocasiones transcrito en la inexacta forma de Heliogábalo, utilizada posteriormente por Gibbon, entre otros). Era un muchacho guapo y su figura resultaba especialmente impresionante cuando estaba adornado con los ropajes de su sacerdocio. Una fuente del siglo IV afirma que su abuelo también había sido supremo sacerdote y es posible que el cargo hubiera permanecido en la familia durante generaciones. Extrapolar ese hecho y asumir que Julia Domna y su hermana eran descendientes de la antigua dinastía de reyes-sacerdotes que gobernaba aquellas tierras es mucho más cuestionable de lo que se suele afirmar. Su padre era ciudadano romano y era evidente que eran una familia importante y con solera de la aristocracia local. Julia Domna era la esposa de un senador -se contaba que Severo se sintió atraído hacia ella porque su horóscopo predecía que sería la esposa de un rey-, y tanto Mesa como sus hijas habían contraído matrimonio con miembros de la orden ecuestre que se habían dedicado a la carrera pública. Eran romanos y su familia ocupaba una posición destacada también a nivel local, poseían influencias y contactos familiares en Emesa y en toda la región. Siempre habían estado bien situados, pero la familia se había enriquecido todavía más a través de su asociación con la dinastía Severa.<sup>14</sup>

El joven Elagábalo era una figura muy visible para los numerosos peregrinos que visitaban el famoso templo. Bastantes hombres -probablemente sobre todo oficiales- de la III Gallica se acercaban al santuario y se dice que habían quedado muy impresionados al ver al muchacho. Mesa alimentó un rumor que afirmaba que, en realidad, era el hijo ilegítimo de Caracalla, porque muchos pensaban que Soemias y él habían sido amantes antes de que naciera el niño. Algunos defendían que podían percibir un parecido físico. Los hijos ilegítimos tenían pocos derechos en las leyes romanas, y nadie antes había sugerido que un hijo bastardo sucediera a su padre en el trono, pero, al parecer, en aquel momento nadie lo cuestionó. Macrino seguía siendo un desconocido, y aunque se dejó crecer la barba para asemejarse a Marco Aurelio y llamó a su hijo Antonino, no poseía ninguna conexión con una dinastía legítima. Además, había heredado algunos problemas serios de su asesinado predecesor. La guerra con Partia continuaba: cuando los enviados romanos dieron a los partos la noticia de que el hombre que inició la guerra había muerto, el anuncio no hizo sino dar nuevos ánimos a sus enemigos. Macrino carecía de experiencia como general y es posible que hubiera sufrido una derrota si no se hubiese puesto fin a la guerra mediante la negociación. Las condiciones no fueron en absoluto humillantes para los romanos, pero distaban mucho de ser el claro éxito militar que su nuevo régimen necesitaba con tanta urgencia. No se perdió ningún territorio, pero los partos recibieron un subsidio

sustancial, cuyo coste, añadido a los gastos de pagar al ejército los salarios establecidos por Caracalla, amenazaba con ser una carga excesiva para los fondos de que disponía el emperador. Macrino era consciente de que su capacidad para gobernar se basaba en la obediencia del ejército y sabía que reducir la paga al nivel establecido por Severo sería una medida tremendamente impopular, así que, en vez de eso, anunció que los soldados que ya estaban en el ejército cobrarían la cantidad superior, pero que todos los nuevos reclutas recibirían el antiguo salario. Aunque esa decisión intermedia tenía sentido desde el punto de vista económico, despertó en las tropas la sospecha de que el emperador reduciría las pagas de todos en cuanto se sintiera más seguro.<sup>15</sup>

El 16 de mayo de 218, el joven Elagábalo fue trasladado al campamento de la III Gallica y proclamado emperador por la legión. Adoptó el nombre de Antonino -más tarde, Marco Aurelio Antonino- para poner de manifiesto su supuesta relación con Caracalla, que a su vez había recibido el nombre de su padre tras haber sido «adoptado» en la familia de Marco Aurelio. Macrino se encontraba en Antioquía, pero contaba con pocas tropas a su inmediata disposición, porque el ejército se había retirado a los cuarteles de invierno y posiblemente algunos destacamentos ya hubieran empezado a regresar a sus provincias de origen. Hizo una visita a la II Parthica, pero no logró ganarse el favor de los soldados. Poco después de marcharse, la legión se declaró a favor del usurpador. Una fuerza improvisada al mando del prefecto del pretorio fue enviada a Rafanea para organizar un asedio contra la III Gallica. El ataque inicial fracasó, a pesar del valor mostrado por algunas tropas mauritanas, que lucharon bien por su compatriota. No obstante, cuando Elagábalo desfiló a lo largo de los muros del campamento vestido con los ropajes imperiales -y se hizo la promesa de que cualquiera que matara a un oficial superior asumiría su rango-, los sitiadores cambiaron de bando. A Macrino le enviaron la cabeza de su prefecto.

Con un ejército constituido fundamentalmente por las unidades de la guardia, fue al encuentro del enemigo que avanzaba no lejos de Antioquía, tal vez cerca del pueblo de Immae. Los pretorianos lucharon bien y abrieron una brecha en las líneas enemigas, pero el muchacho de catorce años, su madre y su abuela ayudaron personalmente a reorganizar las tropas e hicieron retroceder a los guardias. Macrino perdió las esperanzas y huyó del campo de batalla (un crimen imperdonable para un general romano). Fue perseguido y asesinado, al igual que su joven hijo, que había sido elevado al rango imperial en una tentativa de crear una nueva dinastía. Es dudoso que en Immae alguno de los dos ejércitos superara en mucho los diez mil hombres, es decir, que los contingentes eran muy inferiores a los que habían luchado entre 193 y 197. Por otro lado, es posible que no hubiera ningún senador en la batalla y, desde luego, ninguno de ellos desempeñó un papel significativo. El destino del Imperio había sido decidido en una minúscula batalla que tuvo lugar lejos de Roma y con escasa o ninguna participación del Senado.<sup>16</sup>

## LOS EMPERADORES ADOLESCENTES

Pocos lloraron a Macrino cuando la noticia de su muerte llegó a Roma, pero pasaron varios meses antes de que el nuevo emperador se presentara en la ciudad. Habían enviado algunas imágenes de él con antelación en las que se le veía ataviado con toda la indumentaria y parafernalia de sacerdote supremo. Elagábalo era dos años más joven que Nerón cuando ocupó el trono, pero se tomaba muy en serio sus responsabilidades respecto a la deidad. Su sensación de que tenía una relación especial con el dios sólo pudo acentuarse por su súbito ascenso al poder. Teatral por naturaleza, era obvio que disfrutaba de la parte más pública del cargo de emperador, a la vez que mostraba escaso interés por las

rutinarias tareas administrativas. Desde varios puntos de vista no era más que una figura decorativa, mientras que su madre, su abuela y varios favoritos adoptaban las decisiones entre bastidores. En ocasiones, la importancia de esos personajes salió a la luz de forma clara: ambas mujeres fueron admitidas en al menos una reunión del Senado y es posible que asistieran más veces a sus sesiones. La única mujer que había participado en las reuniones del Senado antes de ellas había sido la madre de Nerón, Agripina, pero ella había permanecido oculta tras una cortina. A los senadores no les gustó esa violación de la tradición, y todavía les desagradaba más la continua promoción de favoritos de antecedentes humildes a cargos importantes. No obstante, en general, su odio se centraba en el propio emperador, cuyo comportamiento se iba tornando más y más estrambótico.<sup>17</sup>

Elagábalo pasó la mayor parte de sus cuatro años de reinado dentro de Roma o en sus proximidades, y su principal preocupación era divertirse. Los relatos que han llegado hasta nosotros de sus excentricidades son fabulosos y sin duda fueron exagerándose al pasar de boca en boca. Sin embargo, tanto Dión como Herodiano vivieron en la época en la que él estaba en el poder y sería imprudente hacer caso omiso de su testimonio, a pesar de que ambos odiaban al emperador. Es probable que, junto a los hechos, repitieran también los cotilleos que se contaban sobre él, pero resulta significativo el hecho de que hubiera historias de ese tipo circulando por el Imperio (y, además, que se les diera crédito). Se cree que el emperador adolescente se casó hasta seis veces, y dos de ellas con la misma mujer. Se trataba de la virgen vestal Aquilia Severa, por quien se divorció de su primera mujer, por lo visto al considerar que sería una unión sagrada apropiada a su estatus como sacerdote. Se produjo tal escándalo ante su transgresión del antiguo tabú que incluso el emperador fue consciente de que había cometido un error y se divorció de ella. No obstante, extrañamente, tras divorciarse de su tercera mujer, una descendiente de Marco Aurelio, no hubo ninguna protesta cuando se casó de nuevo con Aquilia, seguramente porque se consideraba que había perdido su estatus sagrado. (Es posible que compartiera su gusto por las vestales con su presunto padre Caracalla, quien se suponía que había tratado de violar a una de ellas, siendo frustrado solamente por su impotencia. Más adelante, la mujer fue llevada a juicio por romper su voto de castidad y se defendió alegando que el propio emperador podía dar fe de que su virginidad seguía intacta a pesar de lo mucho que él se esforzó en lo contrario. Aun así, sufrió el tradicional castigo de ser sepultada viva).

Además de casarse varias veces, el joven emperador utilizaba con frecuencia el servicio de las prostitutas, aunque, según se decía, nunca visitó a la misma prostituta dos veces. Tampoco ocultó los numerosos amantes masculinos que tuvo y, como el propio Nerón, se decía que había sido la novia de una ceremonia nupcial y, a continuación, se había ido a vivir con su «marido». Se llegó a afirmar incluso que les había preguntado a sus médicos si podían emplear la cirugía para proporcionarle una vagina. Las actitudes de los romanos hacia la homosexualidad eran complejas, pero -pese a algunas reivindicaciones modernas- siempre fue considerada como un vicio. Si se llevaba con discreción, era considerada un vicio menor, quizá comprensible, y se perdonaba con facilidad si el hombre en cuestión poseía ciertas virtudes. Se dice que al emperador Trajano le gustaban los jóvenes, pero nunca había permitido que su favorito ejerciera una influencia malsana sobre él o le persuadiera para cometer alguna injusticia. Elagábalo exhibía y favorecía a sus amantes de forma descarada. Se decía que los mandatos de las provincias estaban siendo asignados a los penes más grandes. El comportamiento del emperador en público era escandaloso -tal vez de forma deliberada- y corrían innumerables rumores sobre sus extravagancias en privado.<sup>18</sup>

El emperador siguió desempeñando un papel activo en el culto de su dios, lo que implicaba bailar en

público mientras sus devotos alcanzaban un violento frenesí. Los romanos habían adoptado numerosas deidades extranjeras a lo largo de los siglos, pero, por lo general, en una versión aséptica. Los nuevos rituales les escandalizaron, en especial porque el emperador era el centro de toda la ceremonia y esperaba que los senadores participaran. Toda la clase senatorial le odiaba por ese motivo, a pesar de que no se negaban a participar y los más ambiciosos lo hacían incluso con enorme entusiasmo. Diariamente se realizaban sacrificios de animales en proporción desmesurada y Dión creía que se celebraban asesinatos rituales de niños en secreto. El emperador adolescente transformó el culto en algo que nunca antes había existido, relacionándolo íntimamente con él mismo y el Imperio. La piedra negra se había trasladado con el grupo imperial e instalado en el templo de Júpiter en el Capitolio, reemplazando a este último en la cúspide de los dioses de Roma. En el año 220 se celebró el matrimonio entre el dios sol y la diosa romana Minerva, y una estatua muy antigua y sagrada de ella fue trasladada desde su templo para reunirse con él. Una vez más, la opinión pública expresó su indignación, sobre todo la aristocracia, y un año más tarde, el dios se divorció de su esposa por considerarla demasiado bélica para su naturaleza y se «casó» con Astarté, cuya imagen fue traída desde Cartago.<sup>19</sup>

Elagábalo no era un tirano, pero sí un incompetente, probablemente el emperador más inútil

que Roma había tenido jamás y, en realidad, el Imperio seguía funcionando fundamentalmente gracias a los esfuerzos de su abuela. El muchacho, que nunca dejó de ser una figura decorativa, pronto se convirtió en una vergüenza. Se produjeron varios motines en los que algunos elementos del ejército elevaron al trono a candidatos rivales, pero hasta entonces ninguno de ellos había ganado suficiente fuerza para suponer una seria amenaza. Incluso la legión que le había respaldado en un principio, la III Gallica, se declaró a favor de otro emperador y, al parecer, fue licenciada en grupo, aunque tiempo después fue reformada. La habilidad, el dinero y los contactos de Mesa habían hecho emperador a Elagábalo. Su otro nieto, Alejandro, hijo de Mamea, era cinco años menor que su primo y en 218 era demasiado pequeño para ser un candidato viable. Ahora que había crecido un poco se estaba convirtiendo en una alternativa, y en el año 221 ordenaron a Elagábalo que le adoptara. Dándose cuenta de lo que eso significaba, el emperador despidió a todo aquel que le parecía que favorecía a Alejandro, pero comprendió que el chico era popular para muchos, incluyendo la guardia pretoriana. El 11 de marzo de 222, el muchacho, de trece años de edad, desapareció de la vida pública y los guardias se amotinaron temiendo que hubiera sido asesinado. Elagábalo se dirigió al campamento pretoriano para calmarlos, pero no lo consiguió y le impidieron marcharse. Cuando Mesa y Alejandro aparecieron, el emperador se ocultó. Durante la noche algunos pretorianos lo hallaron escondido en una cesta o caja y lo decapitaron. Su madre fue asesinada también.<sup>20</sup>

## EL FINAL DE UNA EDAD DE ORO

El Imperio tenía un nuevo pelele, pero el control efectivo seguía estando en manos de Mesa y, cuando ésta murió en 224, pasó a manos de su hija Mamea. Desde el principio tomaron precauciones para evitar repetir los errores del pasado reciente: la piedra negra fue devuelta a Emesa en virtud de un decreto del Senado. Los senadores adoptaron un papel más relevante a la hora de aconsejar al joven emperador y se prohibió oficialmente a las mujeres que asistieran a las reuniones senatoriales. Se pretendía reducir el número de miembros de clases sociales inferiores en puestos de importancia y aumentar los gobernadores senatoriales y los comandantes tradicionales. Los cambios auténticos fueron superficiales, y la Casa Imperial, en la que trabajaban sobre todo équitos, continuó ejerciendo

una enorme influencia. Alejandro gobernó durante trece años y las décadas de agitación que siguieron a su muerte hicieron que ese periodo pareciera mejor de lo que realmente había sido. El joven nunca había llegado a librarse del todo del control de su abuela y, a continuación, del de su madre. Ésta rechazó a la esposa que ella misma había elegido para él cuando tuvo la impresión de que podría influenciar al maleable muchacho. A medida que Alejandro se fue haciendo mayor esa actitud era cada vez menos perdonable. En todo el reino se produjeron levantamientos esporádicos entre las legiones en los que se proclamaron diversos emperadores, aunque, al igual que sucedió durante el gobierno de Elagábalo, ninguno de ellos llegó demasiado lejos. Bajo el débil mandato de Elagábalo, los pretorianos se habían vuelto indisciplinados, y ahora era casi imposible mantenerlos bajo control. El prefecto del pretorio y eminente jurista Ulpiano fue asesinado por los guardias. En el año 229 Alejandro le otorgó a Dión el gran honor de un segundo consulado, que compartiría con él mismo. Sin embargo, advirtió al historiador que no debía ir a Roma, ya que no podía garantizar su seguridad dada su conocida impopularidad entre los pretorianos.<sup>21</sup>

Alejandro emprendió diversas campañas, pero tuvo escaso éxito como general. En el año 235, su madre y él fueron asesinados por unos soldados del ejército del Rin que apoyaban a un usurpador. El nuevo emperador era otro équite, Maximino el Tracio. Se decía que procedía de una familia de campesinos y que había ido ascendiendo desde el puesto de mero soldado raso. Como siempre, debemos comprender que nos enfrentamos a la peculiar perspectiva de la élite, además de a la propaganda de sus enemigos. De hecho, es probable que sus padres pertenecieran a la aristocracia local y la mayor parte de su carrera discurriera en las filas reservadas a los équites, aunque es posible que progresara hasta esa posición después de servir como centurión o como oficial subalterno. Sin duda, se sentía orgulloso de sus proezas marciales y envió a Roma un retrato suyo en el que aparecía cargando contra sus enemigos para que se expusiera en el Senado. Era una imagen muy distinta de la de Elagábalo, pero los senadores se sintieron obligados a reconocer su mandato. Maximino adquirió poder gracias al apoyo de las tropas de una región. Con el tiempo, las demás zonas encontraron otros candidatos para el trono. Obtuvo algunas victorias contra esos oponentes, pero murió a los tres años, asesinado por sus propios hombres.<sup>22</sup>

La época Severa está mucho mejor documentada que las décadas que siguieron, lo que no hace sino acentuar la engañosa impresión de estabilidad. Fue un periodo notable, sobre todo porque cuatro mujeres de la familia imperial ejercieron auténtico poder. Probablemente, la más capaz de todas era la propia Julia Domna, y existe constancia de su amplia curiosidad intelectual. Tanto ella como las otras mujeres eran abiertamente ambiciosas e implacables y estaban resueltas a conservar el poder. También -con la posible excepción de Soemias- parecen haber hecho lo posible para actuar con vistas a lograr el bien general del Imperio. Con todo, no era así como se suponía que debía funcionar el Principado, o al menos no como debería creerse que funcionaba. En el fondo, Augusto y sus sucesores eran dictadores militares, pero habían extremado el cuidado para crear una fachada que hiciera pensar que gobernaban con el consentimiento general, y en especial con el del Senado. Como grupo, se suponía que éste funcionaría como órgano asesor, mientras que, individualmente, los senadores iban ocupando los puestos más importantes como magistrados y gobernadores. Los malos emperadores no habían seguido esos principios o mostrado suficiente respeto ante el Senado, pero había habido más emperadores buenos que malos hasta la muerte de Marco Aurelio. Aquellos que se incorporaban a la orden senatorial -fundamentalmente équites, pero también algunos, como Pertinax, que habían nacido en una clase social más humilde- no cambiaban su naturaleza esencial.

El siempre contradictorio Caracalla no respetaba al Senado y, a la vez, escribía cartas a los senadores



instándoles a ser más diligentes y alentando el libre debate. Macrino nunca había visitado Roma o el Senado, y probablemente había pocos senadores a los que conociera bien. Elagábalo les escandalizaba y les desagradaba (en privado), y aunque su primo intentó tratar al Senado con deferencia, su actitud carecía de verdadera repercusión, porque todo el mundo se daba cuenta de que era un peso ligero. A lo largo del periodo, una sucesión de favoritos disfrutó de carreras espectaculares. Muchos eran de origen humilde, aunque, una vez más, debemos considerar la exageración del esnobismo senatorial. A Dión le irritaba especialmente la carrera de Publio Valerio Comazón, que había apoyado la candidatura de Elagábalo como équite (quizá era el prefecto que estaba al mando de la II Parthica): fue nombrado senador, luego cónsul y ocupó el prestigioso puesto de prefecto de la ciudad tres veces. Se decía que había sido bailarín -y, como insinuó Dión en tono mordaz, un bailarín mediocre, lo bastante bueno para la Galia, pero no para el sofisticado público de Roma-, aunque es probable que no fuera verdad, pese a que su padre realmente poseía una compañía teatral. Aún peor era el creciente papel de los équites nombrados sin cumplir siquiera con la formalidad de pertenecer al Senado. En opinión de los senadores, la gente equivocada estaba adquiriendo poder e influencia, y tampoco estaban siempre convencidos de su competencia. En el pasado, había sido frecuente que algunas mujeres imperiales y miembros de la Casa Imperial acumularan influencia, pero los emperadores sabios siempre habían garantizado que todo sucediera con discreción. Por lo general, Septimio Severo había seguido ese principio. El resto de su familia,

exactamente igual que Cómodo, no lo había conseguido.<sup>23</sup>

Los veinte años de paz nacional transcurridos desde la derrota de Clodio Albino en 197 hasta el asesinato de Caracalla nunca se repetirían. En los reinados de Elagábalo y Alejandro se produjeron esporádicamente motines militares y golpes de Estado, pero todos ellos fracasaron hasta el año 235. Después de eso, hasta los últimos días del Imperio de Occidente, sólo hubo algunas décadas sin una guerra civil de envergadura. El contraste con los dos primeros siglos del Principado no podía ser mayor. Entonces, la guerra civil era poco más que una posibilidad remota, mientras que, a partir de ahora, para todas las generaciones posteriores de romanos las guerras civiles y las usurpaciones serían hechos normales de la vida. La naturaleza de los conflictos también había experimentado un profundo cambio, y lo mismo había sucedido con las personas que aspiraban al poder supremo: tanto Macrino como Maximino eran équites y Elagábalo no era más que un niño que reivindicaba su condición de hijo ilegítimo de un emperador. Todos esos hombres se habían criado lejos de Roma y no eran considerados -al menos por la aristocracia- cien por cien romanos.

Es difícil imaginar que cualquiera de ellos pudiera haberse convertido en emperador sólo cincuenta años antes. Tácito ya había declarado que el secreto del Imperio era que los gobernantes podían forjarse en las provincias. Ahora parecía que eran muchos más los que podían aspirar al cargo supremo siempre que pudieran reunir tropas para su causa. Desde el comienzo del Principado, la población en general había dejado ver que le gustaban las dinastías. A muchas personas en las provincias les importaba muy poco lo que hiciera el emperador en Roma siempre que respondiera a sus peticiones, nombrara gobernadores razonablemente honestos y capaces, y no subiera los impuestos en exceso. Preferían que se mantuviera en el poder la misma familia y el mismo nombre: cuando Severo se convirtió en un Antonino y Elagábalo y Alejandro fueron declarados hijos de Caracalla, la ventaja política de los vínculos familiares se vio debilitada.

Ahora había hombres que no pertenecían a la antigua élite senatorial accediendo al título de emperador. La clase ecuestre, mucho más numerosa y repartida por las provincias, también estaba

ocupando una creciente proporción de los puestos de rango superior del ejército y la administración. Había cambiado asimismo lo que significaba ser romano: en 212, Caracalla emitió un decreto en el que otorgaba la ciudadanía a prácticamente toda la población libre del Imperio. Con malicia, Dión afirmaba que se debía a que necesitaba recaudar fondos y, de ese modo, aumentaba el número de personas sujetas al impuesto sobre sucesiones y otros gravámenes que sólo afectaban a los ciudadanos.

Los historiadores han especulado sobre la posibilidad de que Caracalla estuviera de nuevo emulando los esfuerzos de Alejandro Magno para integrar a sus súbditos de todas las razas. Se conserva un papiro incompleto que parece ser copia del decreto, pero el texto del fragmento consiste en una sucesión de lugares comunes: el emperador agradecía a los dioses que le hubieran protegido -no queda claro si se refiere al complot de Geta o a un peligroso viaje por mar y quería que la población en general compartiera su gratitud. Al final, nos es imposible saber qué movió al emperador, cuyo comportamiento era con frecuencia impulsivo, a dar ese paso. El resultado no cambió en gran medida la vida diaria de la mayoría de los romanos, a pesar de que quedaron sometidos a distintas leyes. Todos siguieron siendo miembros de sus comunidades, ya fueran ciudades o pueblos. Inevitablemente, con ese incremento del número de ciudadanos, el valor del derecho al voto disminuyó. La práctica legal romana siempre había tendido a reservar los castigos más duros para los menos acomodados y con peores contactos. Ahora las leyes hacían hincapié con regularidad en la distinción entre los hombres «más honorables» y los «más humildes». También se hacían cada vez menos diferencias entre Italia y las provincias.<sup>24</sup>

## REY DE REYES

*Yo soy el divino Sapor; adorador de Mazda, rey de reyes de los iraníes y de los no iraníes... Y cuando establecí mi dominio sobre las naciones, el César Gordiano reunió un ejército de todo el Imperio romano y la nación de los godos y los germanos y marchó contra Siria, contra las naciones de los iraníes y contra nosotros. Tuvo lugar una gran batalla entre ambos bandos en la frontera de Asiria (Babilonia) en Misikhe. El César Gordiano resultó destruido y el ejército romano aniquilado.*

Sapor I de Persia, describiendo su victoria sobre los romanos en 244.<sup>1</sup>

En marzo de 1920, los soldados del ejército indio de Gran Bretaña se encontraban en las orillas del Eufrates, en Siria, cuando se toparon con un descubrimiento arqueológico verdaderamente extraordinario: algunos cipayos que estaban cavando la tierra para instalar su ametralladora desenterraron un templo que había permanecido sepultado durante más de dieciséis siglos. Su oficial, un tal capitán Murphy, reconoció el edificio como romano. Las cuatro paredes estaban ricamente decoradas con escenas que representaban sacrificios. Por una extraña casualidad, uno de esos murales representaba a unos soldados, concretamente soldados romanos de en torno al año 238. Se trataba de los oficiales de la Cohorte XX de los Palmirenos desfilando junto a su estandarte (*vexillum*): una bandera roja de forma cuadrada que pendía de un travesaño en lo alto de una larga pértiga. Delante de ellos está su comandante, el tribuno Julio Terencio -su nombre aparece cuidadosamente pintado en latín junto a él-, haciendo una ofrenda de incienso en el altar. Se nombra a otro hombre, «Themes hijo de Mokimos, sacerdote», pero esta vez en griego. Los objetos de su veneración eran tres estatuas de dioses -o tal vez emperadores- y los espíritus custodios o

Fortunas de ambas ciudades, Palmira y la localidad misma, Dura Europos.

Nuestros conocimientos sobre Dura Europos eran escasos, porque apenas se menciona en las fuentes literarias, pero eso cambió cuando se inició un programa de excavaciones a gran escala en el yacimiento. En aquella época, Siria había pasado a estar bajo control francés, y el equipo franco-americano de arqueólogos fue asistido y protegido por soldados de la Legión Extranjera, así como por tropas locales. Se trataba de una combinación apropiadamente exótica, ya que en el pasado la comunidad fronteriza había sido muy cosmopolita. Dura fue fundada en torno al año 300 a.C. como colonia macedonia y, a lo largo de su historia, es probable que el griego siguiera siendo la principal lengua de uso cotidiano. Sin embargo, los grafitis y los papiros demuestran que también se empleaban con regularidad otros idiomas, entre ellos el arameo, el palmireno, el parto y el latín. Los partos conservaron la ciudad durante dos siglos y medio antes de que fuera conquistada por Roma en 165, durante las campañas de Lucio Vero. Unos noventa años más tarde, Dura cayó bajo el ataque enemigo y fue abandonada para siempre.<sup>2</sup>

Las condiciones de Dura contribuyeron a conservar muchas cosas que no suelen sobrevivir al paso del tiempo, como escudos de madera con decoración pintada, astas y mangos de armas, telas y una gran cantidad de documentos escritos en papiro. Muchos estaban relacionados con la Cohorte XX de los Palmirenos, lo que la convierten, probablemente, en la unidad mejor conocida del ejército romano. Como en toda burocracia, por lo general los asuntos tratados eran prosaicos. Se conservan informes diarios del número de hombres aptos para el servicio en la cohorte, que estaba compuesta fundamentalmente por soldados de infantería, pero que contaba también con una parte de caballería e incluso con unos cuantos soldados que montaban camellos. Se registraba el nombre de aquellos hombres a los que se destinaba a otra unidad, de los que se iban de permiso, o de los que regresaban al servicio. Otros documentos registran la asignación de caballos a los jinetes, anotando la edad de cada animal e incluyendo una descripción bastante específica de su color.

Al parecer, la Vigésima representaba el grueso de la guarnición permanente (resulta interesante constatar que en el pasado los partos habían estacionado arqueros que les habían proporcionado sus aliados de Palmira para defender el lugar). Otras unidades, incluyendo destacamentos de legionarios, solían estar presentes también. Los palmirenos eran tropas auxiliares, pero la diferencia de estatus entre estas tropas y las legiones ya no era tan importante como antes. Prácticamente todos los hombres de la cohorte eran ciudadanos romanos. En la lista de efectivos, el nombre Marco Aurelio

Antonino es muy común, lo que revela que habían obtenido la ciudadanía en la concesión universal de Caracalla y habían adoptado el nombre del emperador. Es posible que algunos de ellos realmente procedieran de Palmira, pero muchos provendrían de otras comunidades sirias. El ejército romano tendía a alistar reclutas locales siempre que era posible.<sup>3</sup>

La familia de Julio Terencio debía su nombre y ciudadanía a un emperador anterior. Como correspondía al comandante de una cohorte, era un équite. En las representaciones pictóricas aparece alto -aunque puede que así se quisiera reflejar su estatus-, con la barba recortada y amplias entradas. Los demás oficiales presentan distintos peinados y casi todos llevan barba. Uno de ellos destaca porque tiene el pelo rubio. El tribuno lleva una capa blanca, en contraste con las capas más oscuras y apagadas que llevan todos los demás. Ninguno de ellos está provisto de armadura (aunque los cascos, la coraza y los escudos se utilizaban en la batalla) y llevan pantalones estrechos, zapatos cerrados en vez de sandalias y túnicas blancas de manga larga. Las túnicas llevan un reborde rojo, y Terencio y la

primera fila de oficiales llevan dos brazaletes en cada manga. No se parecen demasiado a la clásica imagen del soldado romano, pero ese tipo de uniforme era normal en ese periodo, e incluso la apariencia de los emperadores se ajustaba a ese estilo.

Oficiales como Terencio solían servir unos cuantos años en un puesto y trasladarse a continuación a otro. Sin embargo, la carrera de este tribuno se vio truncada: en el año 239 la avanzada romana fue atacada y murió en el combate. Posiblemente se produjeron numerosas víctimas, ya que parece que el total de efectivos de la cohorte descendió en cien hombres en aquel momento. La esposa de Terencio, Aurelia Arria, le había acompañado a ese puesto y dejó un conmovedor homenaje a su marido. El texto, cuidadosamente pintado en griego en el muro de una casa -tal vez se trataba de su alojamiento-, llora la muerte de su «amado esposo», un hombre que había sido «valiente en las campañas y poderoso en las guerras».<sup>4</sup>

## PERSIA, EL NUEVO ENEMIGO

A Terencio no lo mataron los partos, sino soldados de la nueva dinastía persa de los sasánidas. La dinastía Arsácida de Partia era un estado esencialmente feudal, en el que el rey dependía de las grandes familias nobles para gobernar el imperio y facilitarle soldados. El rey necesitaba a los nobles, pero éstos siempre representaban una amenaza potencial, porque si adquirían demasiado poder podían derrocarlo y colocar a un aspirante rival en el trono. Las guerras civiles eran frecuentes. Por otro lado, durante el siglo II la monarquía había sido derrotada en sucesivas ocasiones en las grandes batallas contra Roma, por lo que había ido perdiendo más y más territorio en las fronteras y, de hecho, es posible que el magnicidio de Caracalla en 217 impidiera que Roma lograra aún más conquistas. Aunque Artabano V de Partia extorsionó a Macrino exigiéndole una suma sustancial como precio por la paz, fue incapaz de obtener ninguna otra ventaja de la debilidad romana, porque se enfrentaba a sus propios problemas internos: uno de sus hermanos quería arrebatarse el trono, mientras que otra rebelión dirigida por un noble estaba asimismo cobrando nuevo ímpetu. Fue esta última la que tendría funestas consecuencias: para 224, Artabano V había sido derrotado -la propaganda del vencedor afirmó que había asesinado al rey en un combate cuerpo a cuerpo- y el Imperio parto murió con él.

El vencedor fue Ardashir I, hijo de Papak y tal vez nieto de Sasán, aunque más tarde circularon algunas románticas historias sobre cómo adquirió su nombre la familia. Ardashir era persa, no parto, pero sería un error ver su rebelión como una campaña nacionalista para destronar a los gobernantes «extranjeros» partos. Ardashir era, simplemente, uno de los muchos aristócratas locales, si bien es cierto que destacaba por su talento y ambición. Es probable que le llevara una década derrotar a todos sus rivales locales y convertirse en el rey indiscutible de su provincia natal de Persis (la actual Fars). El hecho de que pudiera ascender de ese modo es un buen indicativo de la debilidad del gobierno central, y Ardashir continuó conquistando y explotando otras provincias. Las fuentes romanas afirman que pretendía ser el heredero de los antiguos reyes persas aqueménidas aplastados por Alejandro Magno. En griego su nombre era Artajerjes. No obstante, no hay huella de esa conexión en su propia propaganda y, por lo que sabemos, en general los persas poseían escasos conocimientos de aquella época de su pasado.

Ardashir resultó victorioso porque era un buen soldado y un líder fuerte. Profesaba la tradicional religión del zoroastrismo (un monumental relieve erigido por orden de su hijo muestra al dios Ahura-Mazda coronando al triunfal Ardashir). Ese relieve suponía en sí mismo una ruptura con la tradición,

pues en el pasado había sido considerado impropio representar al dios con forma humana. En el monumento el dios terrenal pisotea al derrotado Artabano con los cascos de su caballo, mientras que su homólogo celestial aplasta igualmente al malvado dios Ahriman. Desde el principio, la nueva dinastía afirmaba contar con el favor divino y alentó la construcción de los denominados templos del fuego, que eran piezas esenciales del culto, pero sería un error verlos como unos cruzados. Los partos nunca se habían mostrado hostiles frente al zoroastrismo, que hasta mucho después no se convirtió en una Iglesia estatal que eliminó a las demás confesiones. Ardashir era devoto, pero toleraba otras creencias e ideas.<sup>5</sup>

Desde muchos puntos de vista, el nuevo régimen era muy similar al antiguo. En esencia, seguía siendo un sistema feudal, aunque el equilibrio de poder se había inclinado claramente a favor del rey y de los órganos de administración que se fueron desarrollando en torno a la corte. Al principio, esa tendencia se debió más al fuerte carácter de Ardashir que a ninguna otra circunstancia. Igualmente importante fue el hecho de que, con el tiempo, casi todos los nobles y reyes menores que gobernaban las distintas regiones fueran siendo reemplazados por miembros de la familia sasánida. Esos hombres y sus séquitos seguían siendo los principales proveedores de tropas para el ejército real y el rey no podía emprender ninguna campaña de envergadura sin ellos. Ardashir era respetado y temido. También era un usurpador que acababa de llegar al poder haciendo uso de la fuerza. Pocos habrían predicho que su dinastía duraría hasta el siglo VII. Si llegaba a mostrar algún tipo de debilidad, había un riesgo real de que otro noble le destronara, de modo que Ardashir necesitaba seguir obteniendo victorias para demostrar que era fuerte y para recompensar a sus seguidores con el botín del saqueo. No pasó mucho tiempo hasta que su atención se vio atraída por la frontera con Roma.

El ascenso de los sasánidas había alterado de forma drástica el equilibrio de poder en la frontera. Parte de la familia de los arsácidas se mantenía en el trono de Armenia y, ante la amenaza de una invasión, estrecharon aún más su alianza con Roma. Hatra, la ciudad del desierto que había desafiado primero a Trajano y luego a Severo, repelió el ataque persa del año 229 y, en un momento dado, aceptó admitir tras sus puertas a una guarnición romana. Un año más tarde, Ardashir atacó la provincia romana de Mesopotamia. Se trataba de un objetivo muy tentador: Severo Alejandro, de veinte años de edad, era considerado un joven débil que estaba dominado por su madre. Lo que era aún peor, las tropas romanas de esa provincia y las provincias vecinas no estaban listas para reaccionar adecuadamente ante un posible ataque. En los últimos doce años, habían participado en una guerra civil y se habían enfrentado a varios intentos de usurpación, todos frustrados. Inevitablemente, la disciplina había disminuido y con ella los niveles de entrenamiento. Dión menciona que, en Siria, los soldados habían asesinado recientemente a su gobernador. Los persas abrieron una brecha en sus defensas con gran facilidad y realizaron razias en Mesopotamia y tal vez más allá.<sup>6</sup>

Al principio, Alejandro intentó negociar, lo que impulsó a los enviados persas a alardear de que iban a hacer resurgir el antiguo Imperio persa hasta las orillas del Mediterráneo. Ardashir no fue el primero que proclamó ese tipo de ambiciones. En el año 35, un rey parto había hecho lo mismo durante una disputa con el emperador Tiberio. Entonces, como ahora, se trataba de poco más que una bravata diplomática para lograr alcanzar objetivos mucho más modestos. Cuando el diálogo fracasó, Alejandro reunió una enorme fuerza expedicionaria con soldados de todo el Imperio y se dirigió hacia el este. La moral seguía fallando y se produjo al menos un motín antes de que la campaña comenzara. Los detalles de las operaciones que se desarrollaron a continuación son vagos. Probablemente, los persas ya se habían retirado de la provincia romana o, si no lo habían hecho, fueron expulsados con prontitud. Tres columnas romanas invadieron a continuación el territorio persa, una de ellas liderada

personalmente por el emperador. Por lo visto, los romanos obtuvieron algunas victorias antes de que Alejandro se retirara prematuramente y permitiera a los persas aplastar una de las otras columnas romanas.<sup>7</sup>

El resultado fue un incómodo punto muerto en el que ninguno de ambos bandos organizó ninguna operación importante durante varios años. Alejandro se marchó a celebrar un triunfo en Roma y después se dirigió a la frontera del Rin. El ejército persa se había dispersado cuando los romanos se retiraron y el elemento feudal del contingente había regresado a casa, dejando a Ardashir solo con su séquito inmediato y mercenarios profesionales. Sin embargo, seguramente el rey se sentía contento: las incursiones le habrían reportado un cierto botín para sus nobles y los miembros de su comitiva. También había obtenido gloria, gracias a sus victorias y a que había evitado una derrota grave. Habiendo reforzado su posición en el trono, por el momento se daba por satisfecho.

## LA MUERTE DE UN EMPERADOR

En 236 Ardashir lanzó otro ataque contra Mesopotamia, tomando las ciudades de Carras, Nisibis y Edesa. Una vez más, es posible que se tratara esencialmente de un asalto cuyo fin era obtener gloria y botín. El nuevo emperador Maximino estaba demasiado preocupado con las campañas en el oeste para responder. Además, ya se estaba enfrentando a una creciente oposición interna. Las arcas imperiales no estaban muy llenas, así que ordenó a sus representantes que fueran especialmente rigurosos en la recaudación de impuestos, lo que acentuó su impopularidad. En marzo de 238, un procurador imperial fue linchado en África por los arrendatarios de algunos terratenientes a los que había estado extorsionando para sacarles dinero. De inmediato proclamaron emperador al procónsul de la provincia. Su nombre era Gordiano (el nombre completo era Marco Antonio Gordiano Semproniano Romano) y era senador, de buena familia pero escaso talento. También era extremadamente viejo, ochenta años, según Herodiano. No obstante, su hijo estaba con él en la provincia y fue nombrado corregente en cuanto establecieron la corte en Cartago. Cuando las noticias llegaron a Roma, el Senado se regocijó y enseguida le prometió su lealtad, declarando a Maximino enemigo público del Imperio.<sup>8</sup>

Se precipitaron. África no era una provincia militar y no poseía una guarnición significativa. La vecina Numidia contenía una legión entera -la III Augusta- así como tropas auxiliares. Su gobernador era también un senador, pero le guardaba rencor a Gordiano y decidió mantenerse leal a Maximino. La legión marchó sobre Cartago. El joven Gordiano lideró un ejército de voluntarios contra ellos, pero el entusiasmo de los campesinos no podía competir con soldados bien equipados y entrenados. El ejército sufrió una derrota aplastante y su comandante fue ejecutado. Cuando recibió la noticia, su padre se ahorcó.<sup>9</sup>

La rebelión había sido sofocada al cabo de unas pocas semanas, pero era demasiado tarde para que el Senado cambiara su decisión, por lo que era necesario encontrar un nuevo emperador. A un consejo de veinte ex cónsules se le encargó la tarea de seleccionar entre sus pares a aquellos hombres que juzgaran apropiados para el trabajo. Eligieron a dos de su propio grupo, Balbino y Pupieno, quienes probablemente tenían como mínimo sesenta años. El día que fueron proclamados emperadores hubo disturbios y se vieron obligados a aceptar a otro colega, el nieto de Gordiano (el hijo de su hija, no del hijo que acababa de morir). Gordiano III sólo tenía trece años y es muy probable que los desórdenes hubieran sido orquestados por senadores y oficiales ecuestres de rango superior que pensaban que

podrían obtener poder como si fuera un títere.<sup>10</sup>

Para entonces, Maximino había marchado sobre Italia, pero se había quedado atascado en el sirio de Aquilea. Fue allí donde sus oficiales se cansaron de él y lo asesinaron, después de lo cual, el ejército proclamó su apoyo a los tres emperadores nombrados por el Senado. Es muy posible que sean ellos las tres figuras provistas de armadura que reciben la oferta de Terencio y sus hombres en la pintura de

Dura. Sin embargo, desde el principio, Balbino y Pupieno fueron impopulares entre los pretorianos y, un par de meses más tarde, los guardias mataron a ambos hombres. Una vez más, el Imperio estaba en manos de un muchacho de poco más de diez años... o más bien de las personas que le controlaban. La más importante de ellas era el prefecto del pretorio Cayo Timesiteo, que desposó a su hija con el joven emperador. Aunque parece que era razonablemente competente, no era ésa la forma en que se suponía que debía funcionar el Imperio. Existían además problemas graves, entre ellos la misma escasez de fondos que había movido a Maximino a recurrir a medidas desesperadas.<sup>11</sup>

Destrozado por la guerra civil y nuevamente gobernado por un crío, el Imperio romano transmitía a sus vecinos una impresión de debilidad y vulnerabilidad. En consecuencia, los persas intensificaron sus ataques y tomaron Hatra en 240. En aquel momento Ardashir ya había fallecido y había sido sucedido por su hijo Sapor I, que había compartido el poder con su padre en los últimos años y había demostrado que era un soldado formidable. Aun así, hacia el año 243 los romanos habían reconquistado Carras, Nisibis y Edesa. A continuación, el ejército marchó contra Ctesifonte, que había sido la antigua capital parta y seguía siendo la sede principal del gobierno del nuevo régimen. Antes de que llegaran, Timesiteo murió de causas naturales. A principios del año 244

Sapor se enfrentó al ejército romano en una batalla cerca de la ciudad en la que dijo haber obtenido la victoria. Las fuentes romanas niegan haber sido derrotadas, pero Gordiano desde luego no ganó y el ejército pronto empezó a retirarse.<sup>12</sup>

Como mínimo, fue una victoria estratégica para Sapor, reforzada por la muerte de Gordiano, de diecinueve años. Las circunstancias de su muerte no están claras. Los persas pretendían haberlo matado ellos, y algunos de los relatos romanos dicen que sufrió una herida que resultó mortal. Los historiadores suelen preferir la versión más sombría, que afirma que, durante la retirada, fue asesinado en una conspiración organizada por los dos prefectos del pretorio. De lo que no hay duda es de que el joven emperador había estado al mando de un fracaso militar. Los dos nuevos prefectos del pretorio habían sido estrechos asociados de Timesiteo, y también eran hermanos, algo que ocurría por primera vez en la historia del Imperio. El más joven de los dos, Filipo (su nombre completo era Marco Julio Filipo), fue proclamado emperador por el ejército. Es posible que su hermano mayor, simplemente, tuviera un carácter menos fuerte, pero tal vez el factor decisivo fue que Filipo tenía un hijo, que a su debido tiempo fue nombrado corregente. También en esta ocasión el emperador pertenecía a la orden ecuestre y, como Macrino, había ascendido a través del séquito imperial. Filipo era un hombre que probablemente tuviera algo más de cuarenta años, procedía de un pueblo poco conocido del sur de Siria que, tiempo después, ordenó reconstruir con una inversión astronómica, convirtiéndolo en la gran ciudad de Filipópolis. Más tarde, los historiadores le otorgaron el sobrenombre de Filipo el Árabe, pero no hay razón para creer que no fuera romano en todos los aspectos importantes.

Los nuevos emperadores eran siempre vulnerables ante posibles usurpadores del trono, y Filipo deseaba regresar al corazón del Imperio tan pronto como fuera posible. Hizo las paces con Sapor,

dándole quinientas mil monedas de oro y aceptando que Armenia quedara dentro de la esfera de influencia de Persia. No cedió ningún territorio romano, pero el rey persa conservó Hatra y había obtenido cierto grado de dominio sobre las regiones fronterizas. También logró alcanzar una enorme gloria y no dudó en celebrarlo: en un monumento dedicado a la victoria se le representa a lomos de su caballo pisoteando el cadáver de Gordiano mientras Filippo suplica compasión. El éxito fortaleció en gran medida su dominio sobre el reino.<sup>13</sup>

Filipo retornó a Europa. Más tarde, envió a su hermano mayor a que se hiciera cargo de las provincias orientales con el título de «comandante de Oriente» (*rector orientis*) y la misión de vigilar la precaria paz con Persia. En los años 245 y 246 el propio Filippo luchó en la frontera del

Danubio, que había sido objeto de duros ataques por parte de las tribus que habitaban en la orilla

opuesta. Un año más adelante se encontraba en Roma, donde celebró el aniversario mil de la fundación de la ciudad con un gran festival. La mayoría de nuestras fuentes son hostiles a Filippo,

pero, por lo que sabemos, parece haber hecho todo cuanto le fue posible para gobernar bien. En

ese periodo, eso rara vez era suficiente. Como los últimos emperadores que le precedieron, la

escasez de fondos de sus arcas imperiales era desesperada, y sus despilfarros no ayudaban demasiado a

mejorar la situación. Los elevados impuestos provocaron una revuelta en Siria en 248 y a finales de año el ejército estacionado en Moesia, junto al Danubio, proclamó a un emperador rival. Este, por su parte, no duró demasiado tiempo en el puesto, porque sus propios hombres se volvieron contra él y lo asesinaron.<sup>14</sup>

Pronto surgieron nuevos problemas en la frontera del Danubio, quizá motivados por la reducción o la cancelación de los subsidios pagados a las tribus para mantener la paz. Filippo envió a la región a un senador experimentado llamado Decio (su nombre completo era Cayo Mesio Quinto Decio) con el fin de restaurar el orden. En el año 249, el ejército de la zona proclamó emperador a Decio, quien al poco se puso al frente de unas tropas y regresó a Italia. Filippo fue derrotado y muerto en batalla cerca de Verona y su hijo sufrió idéntico destino inmediatamente después. No se sabe qué sucedió con el hermano de Filippo, pero es probable que también lo mataran. Decio pronto estuvo de regreso en el Danubio para luchar contra algunos grupos de bárbaros que habían invadido la frontera. Desde el principio sabía que su poder era precario y seguramente por esa razón una de sus primeras medidas fue emitir un edicto que ordenaba a toda la población libre del Imperio que realizara sacrificios en su nombre. El ritual debía llevarse a cabo en una fecha determinada y tenía que ser presenciado por un funcionario local. Quizá sin pretenderlo, este decreto desencadenó una crisis para uno de los grupos que componían el Imperio, los cristianos.<sup>15</sup>

## ¿UN ENEMIGO EN CASA?

El primer descubrimiento de Dura Europos fue un templo, y en subsiguientes excavaciones se hallaron más. Como en todas las demás comunidades del politeísta Imperio, parece que muchos cultos



diferentes coexistían sin problemas. La orden del decreto de Decio de hacer una ofrenda a los «dioses ancestrales» era bastante vaga, lo que permitía que cada uno dedicara su sacrificio a la deidad que prefiriera. Más espectacular que los templos de Dura fue el descubrimiento de una sinagoga que databa del siglo III. Sus muros estaban cubiertos de pinturas que representaban escenas de las Escrituras, incluyendo el Éxodo y la llegada a Canaán, lo que, en sí mismo era muy inusual, porque normalmente los judíos de ese periodo se mostraban reacios a representar la forma humana en el arte. El estilo es muy similar a la pintura de Terencio y evoca el gusto local.<sup>16</sup>

En torno a la misma época en la que se construyó la sinagoga en Dura, algunas habitaciones de una casa particular fueron convertidas en baptisterio por la comunidad cristiana del lugar. También en esta ocasión los muros fueron pintados en el estilo local, esta vez con escenas de Adán y Eva, Jesús como el Buen Pastor y Pedro caminando sobre las aguas. En contraste con la tradición posterior, Jesucristo aparece sin barba. Otra escena, mal conservada, parece representar a las mujeres dirigiéndose hacia la tumba vacía después de la resurrección. Desde muchos puntos de vista, este descubrimiento resultó aún más sorprendente que el de la sinagoga, ya que el cristianismo es prácticamente invisible desde el punto de vista arqueológico hasta el siglo IV. No se erigieron monumentos ni se construyeron iglesias con formas características en su nombre, ya que los grupos solían reunirse en casas particulares o al aire libre. Sin esas pinturas murales, los arqueólogos habrían

estado mucho menos seguros a la hora de identificarla habitación como un baptisterio.<sup>17</sup>

Los cristianos no hacían sacrificios, lo que los diferenciaba del grueso de la población del Imperio. También negaban la existencia de ningún otro dios aparte del suyo, una actitud que era considerada rayana en el ateísmo. Los judíos tenían una visión parecida y eran considerados perversos por muchos, pero al menos eran un grupo claramente definido, con una religión tradicional. Durante mucho tiempo, los cristianos fueron vistos como otra secta judía, y no fue probablemente hasta el final del siglo I, cuando la generalidad de los ciudadanos comprendió que el culto no formaba parte del judaísmo. El cristianismo era nuevo y los cristianos provenían de todas las naciones y de todas las clases sociales, lo que despertó una especial suspicacia en muchos romanos, ya que resultaba difícil calcular cuántos cristianos había. Las voces críticas afirmaban que los conversos solían ser los individuos más vulnerables, los pobres y los ignorantes, con frecuencia esclavos o mujeres (grupos a quienes los hombres cultos juzgaban ilógicos por naturaleza). También circulaban rumores sobre terribles rituales secretos. El sacramento de la comunión, en el que se hablaba de comer carne y beber sangre, alimentó historias de canibalismo.<sup>18</sup>

Jesús fue crucificado, en algún momento cerca del año 30, durante el reinado de Tiberio.

Aunque la acusación principal fue la de oponerse al poder romano -se dijo que era el rey de los judíos-, no hubo ningún intento por parte de las autoridades romanas de eliminar a sus seguidores. Sin embargo, en el año 64, después de que un incendio hubiera arrasado el corazón de Roma, la opinión pública se volvió contra Nerón y le acusó de explotar la destrucción para su propio beneficio y quizá hasta de haberla organizado personalmente. El emperador reaccionó culpando a los cristianos de iniciar el fuego, confiando en que ese impopular grupo le sirviera como chivo expiatorio. Muchos cristianos fueron arrestados y ejecutados, y algunos llegaron incluso a ser quemados vivos como castigo. Se decía que tanto San Pedro como San Pablo fueron asesinados durante esa purga, el primero crucificado, el segundo decapitado porque tenía la ciudadanía romana.<sup>19</sup>

Parece que la persecución instigada por Nerón se centró en los cristianos de Roma, pero se desconoce cuánto tiempo duró. Se estableció el principio de que ser cristiano era un delito contra el Estado, aunque, más tarde, las autoridades mostraron escaso interés en eliminar de forma activa esa Iglesia. A principios del siglo II, Plinio el Joven era gobernador de Bitinia y Ponto y se trasladaba de ciudad en ciudad dentro de la provincia para ocuparse de las peticiones e impartir justicia. En una localidad, trajeron ante él a varias personas acusadas de ser cristianas. Tras realizar una investigación, Plinio llegó a la conclusión de que no había ni un ápice de verdad en las descabelladas historias de crímenes y comportamientos anormales que se contaban, sino que se trataba simplemente de un caso de «superstición excesiva». Aquellos que negaron ser cristianos -aun cuando admitieran que lo habían sido en el pasado- fueron puestos en libertad. Todo lo que tenían que hacer era llevar a cabo un sacrificio y vilipendiar el nombre de Cristo. Plinio le dio a cada sospechoso tres oportunidades de librarse del castigo de ese modo. Si se negaban, los mandaba ejecutar, y su opinión era que merecían la muerte tanto por «ese fanatismo y esa intransigente obstinación» como por cualquier otra razón.<sup>20</sup>

El emperador Trajano aprobó las acciones de Plinio, considerando que ése era el procedimiento correcto que se debía aplicar. El delito consistía sencillamente en ser cristiano en el momento en que las autoridades lo preguntaban. Al Imperio no le importaban las creencias pasadas e incluso futuras, sobre todo si se mantenían en privado. A finales del siglo II, el autor cristiano Tertuliano, abogado, afirmó que ningún otro delito era tratado de forma tan ilógica. También hizo hincapié en el hecho de que los cristianos eran ciudadanos modelo, que se encontraban en casi todas las profesiones y condiciones sociales. Su negativa a realizar un sacrificio era sólo una prueba de su integridad, de que no podían celebrar un ritual que sabían que estaba mal. A pesar de todo, eran subditos leales que obedecerían todas las demás leyes, pagarían sus impuestos y rezarían por el emperador y el bien del Imperio.<sup>21</sup>

Una vez desaparecido Nerón, las persecuciones de los cristianos se tornaron esporádicas y locales. Solían tener lugar en épocas de agitación o después de que se produjera alguna catástrofe natural, cuando el pueblo necesitaba tener a algún grupo al que echar las culpas. Según Tertuliano, prácticamente cualquier infortunio provocaba el grito de «¡cristianos al león!». (Nótese el uso de león en singular, de modo similar a cuando en la Primera Guerra Mundial se llamaba a los alemanes «¡el huno!»). El consejo que Trajano le dio a Plinio fue muy revelador, porque subrayó que un gobernador no debía perseguir a los cristianos, sino únicamente juzgar a aquellos que fueran arrestados por las autoridades locales. A los emperadores no les preocupaba el cristianismo, sino mantener contentas a las distintas comunidades. Bajo el gobierno de Marco Aurelio hubo una persecución a gran escala de cristianos en Lugdunum (la actual Lyon), en la Galia, en torno al año 177. Es muy posible que los continuos brotes de peste tuvieran algo que ver con el nerviosismo de la población, para el que los cristianos sirvieron como válvula de escape. Desde una perspectiva más inmediata, significaba que había escasez de delincuentes apropiados para servir de víctimas en la arena del circo.<sup>22</sup>

Aun así, hay pocos indicios de que se produjera una caza sistemática de sospechosos. Durante el juicio, el abogado que se presentó para defender a los arrestados fue acusado a su vez de ser cristiano. Tras confesar, se unió a los acusados y murió en la arena. Más tarde, cuando se sospechó que un conocido médico estaba dando ánimos a los cristianos cuando se dirigían hacia la muerte, éste fue asimismo arrestado y condenado a la ejecución. En ocasiones, el arresto y la ejecución eran desencadenados por motivos enteramente personales. En otro relato, hallamos la historia de una esposa que se convirtió y, posteriormente, se divorció de su esposo. El, por su parte, la acusó públicamente a ella y al sacerdote, a quien culpó de su conversión. En otra ocasión, un centurión

recién ascendido fue denunciado ante las autoridades por un colega que había confiado en obtener ese mismo puesto. Al parecer, había muchas personas de las que se sabía que eran cristianas sin que eso se tuviera en cuenta hasta el momento en que se planteaba una disputa de este tipo.<sup>23</sup>

A menudo, las descripciones cristianas de los martirios enfatizan los esfuerzos realizados para persuadir a los sospechosos para que renunciaran a su fe como vía para obtener la libertad. Se representa a los gobernadores dedicando un tiempo considerable a tratar de convencerlos y utilizando tanto las amenazas como la razón. En otro caso leemos la historia de un padre que suplica a su hija cristiana: «Ten piedad de mi canosa cabeza, ten piedad de mí, tu padre [...], piensa en tu hijo, que no podrá vivir cuando tú te hayas ido. ¡Abandona tu orgullo!». Ella se negó a hacerle caso y fue asesinada en la arena. No todos tenían un carácter tan determinado. En otra ocasión leemos el relato de un hombre «que se había entregado y había obligado a otros a entregarse voluntariamente; con él el gobernador empleó muchos argumentos y le persuadió de que jurara por los dioses y realizara un sacrificio». Los mártires eran reverenciados en la Iglesia, pero con frecuencia los que se presentaban voluntarios para ser castigados despertaban sospechas. Parece que algunos miembros de la Iglesia local sobrevivieron a todas las persecuciones y en los relatos se les permite visitar y dar apoyo a aquellos que aguardaban el juicio y el castigo. La impresión transmitida es que, por lo general, el objetivo era arrestar a unos cuantos cristianos prominentes y, de esa forma, disuadir a los demás de seguir profesando su fe. Los gobernadores e incluso los magistrados locales parecen más preocupados por las demostraciones públicas que por la creencia privada.

Algunos de los relatos incluyen escenas de un humor muy macabro, como el siguiente diálogo entre un gobernador en Hispania y un cristiano del lugar.<sup>24</sup>

Gobernador: ¿Eres un obispo? (*Episcopus es?*)

Obispo: Lo soy. (*Sum*).

Gobernador: Lo fuiste. (*Fuisti*).

A continuación, el obispo es quemado vivo. Puesto que se esperaba que actuaran como elemento disuasorio, las ejecuciones públicas por todo tipo de delito aplicaban métodos especialmente desagradables. Con frecuencia también formaban parte del programa de los entretenimientos públicos. No todos los cristianos eran asesinados: algunos hombres podían ser enviados a las minas imperiales a trabajar en condiciones espantosas, mientras que las mujeres a veces eran obligadas a trabajar en burdeles. En otras ocasiones se empleaban las multas o la prisión, también en este caso con la intención de persuadir al acusado de que debía abjurar de su religión. Cuando se dictaminaba la pena de muerte, a menudo se infligía con métodos extremadamente despiadados, incluso para los estándares romanos. Normalmente, la multitud se deleitaba presenciando aquellas carnicerías y eran contadas las ocasiones en las que mostraban algún signo de compasión. En África, en torno al año 203, dos jóvenes habían sido condenadas a morir frente a una vaquilla enfurecida: «Así que las desnudaron, las envolvieron en redes y así las llevaron a la arena. Incluso la multitud quedó horrorizada cuando vieron que una de ellas era una delicada chiquilla y la otra una mujer que acababa de dar a luz, con la leche todavía goteando de sus pechos. Por tanto, las llevaron de vuelta al interior y las vistieron con unas túnicas sin cinturón». Por lo visto, el gentío no tenía nada en contra de ver a mujeres vestidas siendo pisoteadas y corneadas hasta la muerte.<sup>25</sup>

Las persecuciones eran espectaculares, y terribles para aquellos que eran capturados, pero también

fueron poco habituales hasta mediados del siglo III. La mayor parte del tiempo, a casi todos los habitantes del mundo romano les parecía bien que los demás obedecieran a su propia conciencia en cuestiones de religión. Muchos que no eran cristianos reverenciaban a Jesús como un hombre santo: Julia Mamea había invitado al famoso pensador cristiano Origen a visitarla en Antioquía para poder escuchar sus ideas, y se cree que su hijo, Alejandro Severo, tenía incluso una estatua de Jesús junto con las de otros dioses y grandes hombres ante las que rezaba en sus estancias privadas. No debemos olvidar que la mentalidad politeísta facilitaba la aceptación de nuevas deidades, a pesar de que los propios cristianos insistieran que la adoración de Cristo debía ir acompañada del rechazo de los demás dioses. Se cuenta que Filipo se mostró comprensivo con los cristianos y una fuente posterior llega a afirmar que él mismo era cristiano.<sup>26</sup>

Las persecuciones eran locales y ocasionales y no parecen haber entorpecido la expansión del cristianismo. Como suele suceder en lo tocante a las estadísticas, no sabemos realmente cuántos cristianos había en cada periodo específico. Parece que se trataba de una religión fundamentalmente urbana, pero en realidad siempre disponemos de más información sobre la vida en las ciudades que en el campo, por lo que esta suposición puede ser errónea. Desde el principio, los cristianos produjeron profusas cantidades de textos, lo que indica que un buen número de ellos habían aprendido a leer y a escribir y que algunos habían recibido una buena educación. Seguramente entre ellos había muchos individuos pertenecientes a «clases medias» prósperas e importantes en su localidad. Lo más probable es que los cristianos fueran poco habituales entre la clase senatorial, pero tampoco podemos probarlo.

El cristianismo siguió siendo ilegal, pero muy raramente se aplicaba la ley, y la mayor parte del tiempo los cristianos podían llevar vidas normales e incluso practicar su religión de una forma semipública. El edicto de Decio puso en peligro esa situación, y los cristianos reaccionaron ante él de diversos modos: algunos sobornaron a los funcionarios locales para adquirir el recibo sin haber llevado a cabo el sacrificio; otros acataron la ley e hicieron la ofrenda (en ocasiones un miembro de la familia lo hacía para proteger a los demás); es posible que unos pocos abandonaran su fe al emitirse esta orden gubernamental. Muchos más se resistieron a acatarla, pero el trato que recibieron dependió de la actitud de los magistrados locales y de los gobernadores provinciales. Algunos cristianos fueron ejecutados, más aún fueron arrestados y castigados con métodos diversos, pero las fuentes son insuficientes para poder saber cuántos exactamente. El importante teólogo alejandrino Origen, que dos décadas antes había sido convocado por Julia Mamea, fue una de las víctimas, y murió como resultado de su encarcelamiento. El edicto de Decio cambió la idea que se tenía acerca de la influencia del Estado sobre las creencias personales y también subrayó la ambigüedad de la actitud oficial hacia los cristianos. Fue el acto de un gobernante advenedizo y nervioso al que le preocupaban las invasiones extranjeras y la probabilidad de que aparecieran usurpadores que pudieran cuestionar su posición, así como el continuado impacto de los brotes de peste.<sup>27</sup>

## DERROTA Y HUMILLACIÓN

El reinado de Decio duró menos de tres años. Es probable que ya hubiera comenzado a suavizar el decreto sobre los sacrificios cuando murió en 251 luchando contra los bárbaros en la frontera del Danubio. El ejército escogió a Galo, el gobernador senatorial de Moesia, como su sucesor. Sabemos de al menos un intento de usurpación en Siria, antes de que el hombre que Galo había elegido para reemplazarle en Moesia se rebelara en 253. Cuando los ejércitos rivales se encontraron, no entablaron batalla, sino que, tras celebrar una conferencia, simplemente asesinaron a Galo y a su hijo. El

vencedor, Emiliano, sufrió la misma suerte en el plazo de unos cuantos meses. Valeriano (su nombre completo era Publio Licinio Valeriano) también era un distinguido senador y de inmediato adoptó a su hijo como Augusto. Al poco tiempo, el padre se dirigió a las fronteras orientales, donde se había desencadenado una crisis, y dejó a su hijo, Galieno, a cargo de los problemas del oeste.<sup>28</sup>

Sapor había aprovechado la debilidad de Roma para intervenir en Armenia. En un momento dado, parece que había organizado el magnicidio del rey armenio. En el año 251 lanzó una invasión total y expulsó a su sucesor, que buscó refugio entre los romanos. Sapor decidió tomárselo como una violación de la promesa de Filippo de permitirle actuar con libertad en Armenia. Lo que es igualmente importante, sabía que los romanos estaban ocupados enfrentándose entre sí, así que en 252 subió con su ejército por el curso del Eufrates y atacó Siria. Un ejército romano fue derrotado y la propia Antioquía fue conquistada, junto con muchas ciudades de menor tamaño. La intención de los persas nunca fue quedarse allí: saquearon las ciudades y tomaron prisioneros y luego regresaron a casa. Los prisioneros eran un objetivo importante para el rey persa, que los enviaba a comunidades remotas del interior de su territorio y les ponía a trabajar en proyectos de irrigación y construcción a gran escala. Cuando los persas se retiraban, las tropas romanas y las milicias locales obtuvieron algunas victorias menores, pero en realidad lo único que lograron fue que la retirada se acelerara.

Cuando Valeriano llegó a Antioquía en 255, los persas se habían calmado de nuevo. Pronto se tuvo que enfrentar a otros problemas provocados por las crecientes incursiones de flotas de piratas germánicos. Cuando los efectivos fueron redirigidos hacia aquel punto para hacer frente a la situación, la frontera con Persia quedó nuevamente debilitada. Sapor lanzó una serie de pequeños ataques, cuyo objetivo era sobre todo hacerse con los pueblos fronterizos. Después, en 260, el rey persa encabezó otra gran invasión y dirigió su primera ofensiva contra Mesopotamia. Carras y Edesa fueron atacadas. Valeriano se precipitó hacia allí con un enorme ejército para enfrentarse al enemigo. Concentrar tantas tropas era peligroso, ya que debilitaba las defensas de los demás puntos del Imperio y, lo que era aún peor, se habían producido algunos brotes de peste recientemente. Tampoco en esta ocasión sabemos con certeza qué sucedió. Es posible que hubiera una batalla o tal vez sólo se tratara de unas maniobras. Lo que es seguro es que Valeriano y sus oficiales fueron apresados por los persas, al parecer en medio de una negociación. En varios monumentos que conmemoran la victoria, podemos ver a Sapor cogiendo al emperador por la muñeca. En sus relatos, los romanos derrotados ascendieron a setenta mil, pero deberíamos mostrarnos escépticos frente a los datos aportados por los persas respecto a sus enemigos, del mismo modo que respecto a los datos de los romanos. Los persas realizaron numerosas incursiones por toda Capadocia, Siria e incluso Cilicia. Es probable que Antioquía cayera por segunda vez.<sup>29</sup>

Cuando Valeriano fue capturado, Dura Europos ya había sido abandonada. Al parecer, fue ocupada por un breve periodo de tiempo por los persas en 252 y 253 antes de ser reconquistada por los romanos, que pronto emprendieron la tarea de reforzar las fortificaciones: crearon un gran terraplén de tierra detrás del muro principal, para lo que tuvieron que demoler varias casas vecinas. Unos años más tarde, los persas volvieron a atacar. Con el Éufrates al este y profundos uadis al norte y al sur, necesariamente el mayor esfuerzo bélico fue dirigido contra el muro occidental. El asalto inicial contra la puerta principal fracasó después de un duro encontronazo que dejó numerosas cabezas de flecha incrustadas en el aparejo. A continuación, los persas recurrieron a la ingeniería. Primero construyeron una rampa que permitiera aproximar al muro una torre de asedio o un ariete, y a continuación excavaron túneles para socavar sus defensas. Como respuesta, los romanos elevaron la altura del muro que se levantaba frente a la rampa y también comenzaron a trabajar en sus propios túneles. Los asedios eran batallas en las que el ingenio y la habilidad en las labores de ingeniería eran

tan importantes como la fuerza bruta.

Los persas tuvieron cierto éxito cuando una de sus minas provocó el desplome de una torre romana que estaba en buena posición para disparar contra los hombres que trabajaban en la rampa. No obstante, poco después de esa pequeña victoria, los romanos contraatacaron cuando sus túneles socavaron la rampa de asalto y la debilitaron tanto que no pudo soportar el peso de una máquina de asedio. En el muro, algo más abajo, los persas ya estaban haciendo otro túnel con el que ahora pretendían derribar una torre y el muro adyacente, para así abrir una brecha en las defensas. Los romanos adivinaron sus intenciones y excavaron una contramina que acabó llegando al túnel de sus rivales. Podemos imaginar que se produjo una violenta pelea en los claustrofóbicos y oscuros túneles. Desde luego, allí murieron casi veinte soldados romanos, junto con un persa, cuyos restos han sido hallados durante las excavaciones arqueológicas. Recientemente se ha planteado otra intrigante reconstrucción de los hechos que sugiere que los persas sabían que los romanos iban a presentarse y les prepararon una sorpresa atroz: calentaron sulfuro y brea para que desprendieran gases tóxicos. La disposición de los túneles garantizaba que la corriente de aire transportara los gases con rapidez hacia el túnel romano, asfixiando a los soldados. Al parecer, más tarde, los cadáveres fueron apilados formando una barricada improvisada para protegerse contra otros ataques mientras los persas se preparaban para quemar los puntales y derribar toda la mina. Aunque ellos no lo sabían, los defensores, tan temerosos como ellos, se afanaban en tapiar el otro extremo por si acaso los persas trataban de seguirlo y penetrar en la ciudad a través de él. Más adelante, los persas hicieron caer su mina principal, pero no obtuvieron el efecto deseado: una torre y partes de la muralla se hundieron varios metros, pero no llegaron a caer. No sabemos cómo los persas consiguieron finalmente entrar en Dura Europos. Puede que los defensores se rindieran, bien por haber perdido la esperanza de poder resistir otra arremetida, dada la escasez de alimentos, bien porque no tenían esperanzas de ser liberados. Los persas se quedaron un tiempo más, pero luego abandonaron la ciudad y dejaron que fuera desapareciendo devorada por las arenas del desierto. Probablemente consideraron que estaba demasiado lejos de sus tierras para poder conservarla a largo plazo.<sup>30</sup>

## LOS BÁRBAROS

*Las guerras las decide el valor más que el número. Nuestra fuerza no es miserable. En total nos liemos reunido dos mil aquí, y hemos establecido en este lugar desierto nuestra base de operaciones, desde la que nos lanzaremos contra el enemigo atacándole en pequeños grupos y tendiéndole emboscadas... Que nuestro lema en la batalla sean nuestros hijos y todo lo que nos es más querido, y para preservarlo, luchemos juntos en el combate, invocando a los dioses para que nos protejan y nos ayuden.*

Versión del historiador Dexipo del discurso político que pronunció ante los atenienses tras la caída de su ciudad a manos de asaltantes en 267-268.<sup>1</sup>

En junio de 251, el emperador Decio atacó a un grupo de bárbaros que habían cruzado el Danubio para saquear las provincias romanas. Estaban liderados por un caudillo llamado Cniva, y el emperador llevaba más de un año persiguiéndolos a ellos y a otras bandas similares. A principios de su reinado, Decio adoptó el nombre de Trajano, en conmemoración del conquistador de Dacia. Sin duda, su intención era transmitir la promesa de que alcanzaría nuevas victorias en el Danubio, pero hasta el

momento había conseguido más bien pocas. Trajano había sido un comandante de gran experiencia, con un ejército poderoso y disciplinado que contaba con soldados procedentes de todos los rincones del Imperio. Por otro lado, durante toda una generación, ni el ejército ni el Imperio se habían visto obligados a combatir en una guerra civil.

Decio tuvo menos suerte, demostró tener bastante menos talento y dirigió tropas bastante más débiles que su tocayo. Cniva ya le había vencido el verano anterior. Más tarde, cuando Filipópolis, en Tracia, fue sitiada, Decio no fue capaz o bien no quiso marchar sobre la ciudad para liberarla.

Abandonado a su destino, el comandante de las tropas de la ciudad la entregó al enemigo y, al instante, se declaró a sí mismo emperador. En aquella época aparecieron otros usurpadores en el Rin y en la propia Roma. Todos ellos fueron asesinados con diligencia por oficiales leales, pero Decio sabía que su prestigio estaba de capa caída. Necesitaba una gran victoria.

Cniva estaba regresando a su patria con el botín de su saqueo cuando el emperador apareció ante él cerca de Abrittus, un asentamiento de escasa importancia que hoy se encuentra cerca de la frontera entre Rumania y Bulgaria. La mayoría de los detalles de lo sucedido entonces se han perdido: puede que se librara una batalla o una serie de escaramuzas. El éxito inicial se transformó en desastre cuando los romanos cayeron en una emboscada en terreno cenagoso. Decio fue asesinado, al igual que su hijo y coemperador. Una de nuestras fuentes afirma que sus caballos quedaron atascados en el fango y que allí fueron acribillados por los proyectiles enemigos.

No sabemos cuántos soldados cayeron con Decio y su hijo, aunque los relatos de la campaña no sugieren que ninguno de los dos ejércitos fuera excepcionalmente grande, probablemente más cerca de la cifra de los miles que de las decenas de miles. Los ejércitos romanos ya habían sido derrotados por tribus bárbaras en el pasado. Es famosa la ocasión en la que Augusto perdió tres legiones y a sus tropas auxiliares -tal vez una fuerza de entre quince y veinte mil hombres- en una emboscada en el bosque de Teutoburgo en el año 9. Seguramente las pérdidas en Abrittus fueron menores, pero era la primera vez que un emperador moría a manos de un enemigo extranjero, lo que empeoró el hecho de que su cadáver nunca fuera encontrado y no pudiera ser debidamente enterrado. Resulta irónico que el desastre tuviera lugar relativamente cerca de Tropaeum Traiani, donde Trajano había erigido un monumento con forma de tambor para conmemorar su victoria sobre Dacia, así como otro para honrar a los caídos en la guerra.

La incursión de Cniva había sido una más de las muchas que se produjeron en las provincias del Imperio durante las décadas intermedias del siglo III. Regiones que se habían mantenido en paz durante generaciones -Galia, Italia, Hispania, Grecia, Asia Menor y norte de Africa- fueron presa de bandas de asaltantes que provenían del otro lado de las fronteras. La mayoría de los saqueadores hablaban una lengua germánica, pero los germanos estaban divididos en muchas tribus distintas y en algunas agrupaciones más amplias. Cniva pertenecía a una tribu de godos, un pueblo que había entrado en estrecho contacto con los romanos en tiempos bastante recientes. A finales del siglo III, los godos, junto con otros pueblos aparentemente nuevos y poderosos como los francos y los alamanes, se convirtieron en una grave amenaza para las fronteras del Rin y el Danubio. El equilibrio de poder parecía haber sufrido una profunda alteración.<sup>2</sup>

# LOS GERMANOS



Julio César afirmó que el Rin marcaba la frontera entre los germanos y los galos, proporcionándole una barrera «natural» donde sus conquistas se detenían. Los germanos, inquietos, agresivos y muy numerosos, trataban continuamente de avanzar hacia el oeste para penetrar en las ricas tierras de la Galia o incluso más allá. En las descripciones que hizo César sobre las tribus germánicas los presentó como pueblos medio nómadas y afirmaba que constituían una amenaza para los aliados de Roma e incluso para la propia Italia. Se enfrentó a esa «amenaza» de manera implacable, pero su propio relato de los hechos revela que la situación era bastante más complicada. Algunas tribus germánicas ya estaban bien establecidas al oeste del Rin y fueron incorporadas a las nuevas provincias romanas sin dificultad. César también reclutó a muchos mercenarios germanos del este del Rin para luchar en sus legiones. Desde el principio, los germanos fueron una valiosa fuente de mano de obra para el ejército, además de una amenaza.

Augusto trató de anexionarse las tierras que se extendían desde el Rin hasta el Elba, pero su plan de crear una gran provincia germánica se extinguió cuando sus legionarios fueron masacrados en el bosque de Teutoburgo. Aunque los ejércitos romanos marcharon hasta aquella zona para castigar a las tribus por esa derrota, el proyecto nunca fue recuperado y la frontera se estableció en el Rin. Ni el Rin ni el Danubio constituían un límite estricto del territorio romano, porque en las orillas opuestas se mantenía una fuerte presencia militar. Hacia el final del siglo I, se construyó una línea fortificada en el terreno que separaba ambos ríos, lo que situó una zona sustancial de territorio, conocida como Agri Decumates, bajo control romano directo. Un poco más tarde Trajano conquistó Dacia, pero fue el último cambio de importancia en la frontera europea durante un siglo y medio. A lo largo de la frontera estaba estacionada más de la mitad de todo el ejército romano, casi dos tercios si se contaba la guarnición de Britania.<sup>3</sup>

Al este había tribus, pero no todas ellas eran germánicas. En el Danubio habitaban los carpios, parientes de los dacios que habían escapado a la conquista de ese reino, y los sármatas, originalmente nómadas de las estepas que se habían trasladado a la llanura húngara. Había otra tribu, los bastarnos, de los que no se sabe a ciencia cierta si eran o no germanos. Y, sin embargo, para los observadores romanos la gran mayoría de pueblos que vivían cerca de la frontera eran germanos. Es poco probable que ellos mismos se consideraran a sí mismos tal cosa: algunas tribus tenían relaciones de parentesco y compartían cultos con sus vecinos, pero no parece que existiera ningún tipo de sentimiento de «germanidad». Aunque sus lenguas tenían raíces similares, es muy posible que los miembros de una tribu tuvieran problemas para comunicarse con un individuo de una tribu lejana. Los vínculos importantes se establecían con la propia tribu y quizá aún más con los grupos más pequeños del clan y la familia.<sup>4</sup>

César describe a los germanos como un pueblo eminentemente dedicado al pastoreo, que no labraba la tierra. Incluso en su época, se trata de una enorme exageración. Al parecer, en algunas zonas era habitual que las aldeas fueran muy simples y de corta vida, debido a que los pueblos se desplazaban año tras año en busca de un sitio nuevo cuando habían explotado y agotado los campos más próximos. Pero la imagen general del periodo romano es de continuidad y estabilidad, y es posible que la creación de la estática línea fronteriza fomentara esa situación. Varias aldeas que se han descubierto gracias a diversas excavaciones estuvieron ocupadas durante tres o cuatro siglos. La mayoría de ellas eran pequeñas, pero algunas contaban con una docena o más -treinta en uno de los casos de casas de madera rectangulares, de construcción muy sólida. Lo más probable es que la población de una comunidad así ascendiera a unas cuantas centenas de personas. No había pueblos comparables a los

que se habían establecido en la Galia y en algunas partes de Germania a finales de la Edad del Hierro, sino que el paisaje estaba compuesto más bien por numerosas aldeas y granjas aisladas.<sup>5</sup>

Algunas tribus tenían reyes, pero se ha observado que en el siglo I los líderes bélicos eran elegidos entre un grupo más amplio de aristócratas. El poder de un caudillo se medía por el número de guerreros que mantenía en su séquito personal (su *comitatus*, para usar la palabra latina). Estos hombres se comprometían a luchar a su lado en la batalla y, a cambio, él los agasajaba y recompensaba su valentía con armas y oro. Siglos más tarde, actitudes semejantes serían celebradas en poemas como *Beowulf*. Un poderoso rey del siglo IV poseía un séquito de doscientos guerreros y las espectaculares colecciones de armas que se han encontrado en Escandinavia sugieren cifras similares. Las armas eran el botín que habían arrebatado a sus enemigos derrotados, y a continuación los vencedores las entregaban como una ofrenda a los dioses, lanzándolas a un lago sagrado. En Illerup,

Dinamarca, se ha hallado un arsenal -cabezas de lanzas y jabalinas, tachones de escudos y algunas espadas- suficiente para armar a entre trescientos y trescientos cincuenta hombres, que fue dedicado a los dioses en torno al año 200. Un siglo después, un armamento correspondiente a unos doscientos guerreros se encontró en otro lago danés cerca de Ejsbøl.

Hallazgos de esa índole confirman la impresión transmitida por nuestras fuentes literarias sobre el equipo bélico usado por los guerreros germánicos: sólo una minoría tenía montura y las armaduras eran raras. La mayoría de los guerreros empleaban una lanza, una jabalina y llevaban un escudo como protección. Una sustancial minoría poseía también espadas, que en el siglo III eran casi todas de fabricación romana. En la actualidad se han encontrado más espadas romanas fuera del Imperio que dentro de sus confines, y resulta sorprendente cuántas han aparecido en manos de ejércitos tribales en Escandinavia, tan lejos de la frontera. Algunas habían sido obtenidas en operaciones de rapiña, pero es probable que fueran más las que se adquirieran a través del comercio -muy a menudo ilícito- y quizá gracias a regalos a caudillos leales.<sup>6</sup>

Los guerreros medio profesionales que componían las bandas de los caudillos no eran especialmente numerosos. En ocasiones, podían formarse ejércitos más grandes cuando se les unían todos los miembros libres de la tribu que fueran capaces de conseguir armas, pero esas fuerzas no podían permanecer en el campo de batalla demasiado tiempo. La mayor parte de las guerras intertribales eran a pequeña escala y consistían fundamentalmente en incursiones menores, aunque, de vez en cuando, los intereses en juego eran más elevados. A finales del siglo I, Tácito relató con regocijo cómo las tribus bárbaras se eliminaban entre sí sin ningún tipo de participación romana. Con sólo un par de cientos de guerreros, un caudillo carismático y de éxito podía llegar a dominar a su tribu y, en ocasiones, a sus vecinos, pero su poder siempre era precario. Arminio, el hombre que había destruido las legiones en el bosque de Teutoburgo y resistió los ataques romanos en los años siguientes, llegó a liderar una confederación en la que estaban incluidos sus propios queruscos, junto con otras tribus diversas. Cuando la amenaza romana se desvaneció, fue asesinado por sus propios caudillos, porque temían que aspirara a hacerse con el dominio de forma permanente. De manera periódica, un caudillo obtenía un enorme poder entre las tribus, pero el estatus seguía siendo personal y tendía a morir con él. Nadie consiguió establecer una autoridad más permanente, que pudiera pasar a manos de un heredero.<sup>7</sup>

Para los romanos era mucho más fácil tratar con unos cuantos reyes o caudillos que con

muchos bárbaros con ambiciones individualistas. Desde el principio, cuando se percibía que un líder mostraba una actitud amistosa hacia Roma, se le respaldaba con subsidios e incluso, ocasionalmente, con ayuda militar directa. Es muy probable que gran parte de los recipientes ornamentados de oro y plata encontrados más allá de las fronteras sean apreciados regalos que fueron entregados a algunos de esos hombres. No fueron los únicos que se beneficiaron de la llegada de los romanos. Las nuevas fronteras estaban densamente pobladas: había bases militares abarrotadas, a las que se sumaban los asentamientos que indefectiblemente se establecían a su alrededor, así como otros pueblos más grandes y ciudades. Los miembros de las tribus que trabajaban la tierra al otro lado de la frontera encontraban en ellas un útil mercado para cualquier excedente de producción.<sup>8</sup>

El comercio floreció. El grano y los animales procedentes del este de los dos ríos ayudaban a alimentar al ejército y a los civiles que vivían en las fronteras. A cambio, las tribus disponían de un fácil acceso a muchos bienes de lujo que sólo estaban disponibles en grandes cantidades en el Imperio. Suponía una grave restricción que las autoridades romanas prohibieran a un grupo que se acercara a comerciar en las comunidades situadas a lo largo de la frontera, y un gran privilegio ser admitido de inmediato. La influencia también alcanzó a las comunidades bárbaras más alejadas del

Imperio: en nuestras fuentes se afirma que los mercaderes romanos iban al Báltico a comprar ámbar, que era apreciado como joya. Es probable que también se comerciara con otras mercancías -por ejemplo pieles finas-, pero es más difícil de probar. Una aldea descubierta en una de las islas danesas muestra cómo una comunidad se enriqueció mediante el comercio, sirviendo como escala para mercados más distantes en Escandinavia. También había tráfico de esclavos, porque cuando los romanos dejaron de emprender guerras expansionistas con regularidad, había menos cautivos para vender. Las armas fueron haciéndose más y más comunes como ajuares funerarios para los pueblos de Europa Oriental y Centroeuropa en torno a la misma época en la que se estableció la frontera romana. Probablemente eso supuso una mayor frecuencia de batallas predatorias, porque los caudillos atacaban a sus vecinos y los capturaban como esclavos para venderlos a los comerciantes romanos a cambio de bienes de lujo.<sup>9</sup>

Los que más se beneficiaban del tráfico de esclavos eran los caudillos. Es probable que lo mismo sucediera con la agricultura, sencillamente porque eran capaces de amasar mayores cantidades de excedente de grano que un simple granjero. Los líderes establecidos también tenían muchas más posibilidades de conseguir subsidios de los romanos. Por tanto, aunque fueron muchos los que prosperaron gracias a la presencia a largo plazo de la zona fronteriza, el impacto de Roma incrementó asimismo las divisiones sociales. En las aldeas en las que se han realizado excavaciones, todas las casas suelen tener el mismo tamaño al principio del periodo romano. Más tarde, lo habitual era que una de ellas fuera sustancialmente mayor y quizá también que estuviera separada de las otras por una cerca. Las comunidades prosperaban satisfaciendo las necesidades de la populosa frontera romana, pero es evidente que algunos individuos se beneficiaron mucho más que otros.<sup>10</sup>

El comercio pacífico era la forma más común de contacto entre los romanos -tanto civiles como soldados- que vivían en la frontera y los pueblos que vivían al otro lado. Los encuentros violentos eran más raros, pero eso no significa que fueran menos importantes. Las incursiones de saqueo eran endémicas en la mayoría de las sociedades de la Europa de la Edad de Hierro. Se consideraba una actividad absolutamente natural siempre que se presentaba la oportunidad y un vecino parecía vulnerable. A los caudillos, el éxito en este tipo de asaltos les proporcionaba gloria y un botín con el que recompensar a los guerreros. César observó que las tribus germánicas se enorgullecían de

mantener una amplia franja de tierra deshabitada en torno a su territorio, ya que era una prueba de que eran un pueblo guerrero y servía como advertencia a potenciales atacantes.<sup>11</sup>

Es muy posible que la llegada del Imperio romano aumentara la frecuencia y tal vez la escala de las guerras al otro lado de sus fronteras. Desde luego, desde mediados del siglo I a.C., las armas figuran con mucha más frecuencia como ajuares funerarios en los enterramientos germánicos. Las nuevas condiciones económicas suponían que artículos que anteriormente eran muy raros, como espadas, estuvieran ahora disponibles en cantidades superiores. El comercio de esclavos fomentaba las razias. Y, lo que es aún más importante, los subsidios romanos permitían a los caudillos elegidos mantener bandas más grandes de guerreros. A menudo, sus rivales dentro de la tribu se resistían a aceptar este aumento de estatus y poder, de manera que la competencia por el poder entre los líderes cobró una nueva tensión e intensidad. La riqueza no bastaba para garantizar el éxito a largo plazo. Algunos de los gobernantes a los que Roma había brindado su apoyo fueron asesinados por sus rivales, y otros huyeron a través de la frontera para vivir confortablemente en el exilio.<sup>12</sup>

Muchos guerreros elegían unirse al ejército romano, seguramente porque lo consideraban algo similar a unirse a la banda de un caudillo de otra tribu. Algunos caudillos también sirvieron a Roma, llevando con ellos a los guerreros de su séquito. Las incursiones de saqueo en las provincias romanas eran también una opción muy tentadora. Aunque era más peligroso que atacar a otra tribu, existía la posibilidad de obtener mucho más botín y gloria. Lo más probable es que la mayoría de las razias fueran de pequeña escala, pero si los resultados eran buenos, eran seguidas de ataques de más envergadura. Una inscripción del reinado de Cómodo registra la construcción de fortines en los puestos de avanzada situados a lo largo del Danubio para impedir «que los bandidos cruzaran el río a escondidas».<sup>13</sup> Lo mismo había ocurrido en muchas fronteras romanas desde los tiempos de la República. Cuando se consideraba que las provincias eran vulnerables, se solían atacar. El tamaño y los signos de que la guarnición fronteriza se mantenía en estado de alerta actuaban como elemento de disuasión, pero si se veía la fuerza romana como una mera ilusión, entonces ésta tenía que batallar duramente para restaurar su posición.<sup>14</sup>

Era difícil capturar a todas esas veloces bandas de asaltantes -aunque resultaba más fácil cuando se retiraban cargadas con el botín- y, con frecuencia, la respuesta romana era una expedición punitiva contra los que eran considerados responsables. Los pueblos eran incendiados, las cosechas arrasadas, los rebaños ahuyentados y los pobladores, o bien masacrados o bien convertidos en esclavos. Era un objetivo a corto plazo: buscaban infundir miedo, pero la crueldad desplegada también sembraba las semillas del odio del futuro. La diplomacia aspiraba a mantener la paz de forma más permanente. Los líderes tribales eran amenazados o sobornados para que cesaran las hostilidades. Las comunidades más próximas a las fronteras solían mostrarse más pacíficas, ya que para ellos los romanos representaban un valioso mercado. Igualmente importante era el hecho de que, al encontrarse cerca, los romanos podían llegar hasta allí fácilmente para tomar represalias. Los líderes y los pueblos más lejanos eran más difíciles de controlar. Mantener el dominio romano en las fronteras era una tarea constante, en la que influían los cambios políticos de las tribus, así como los hechos acaecidos en otras partes del Imperio.

## FRONTERAS EN CRISIS

En las décadas intermedias del siglo III quedó claro que las defensas de las fronteras del Pan y el

Danubio eran completamente insuficientes, cuando sucesivas bandas de saqueadores abrieron una brecha en ellas y atacaron las desprotegidas provincias situadas al otro lado. Casi todos los expertos lo consideran un signo de que la amenaza exterior se había incrementado. La mayoría relaciona este hecho con la aparición de nuevas confederaciones de tribus, consideradas mucho más peligrosas que los pueblos germánicos que habían vivido junto a la frontera en el siglo I. La opinión se ha dividido entre aquellos que decían que las confederaciones estaban formadas por grupos recién llegados y los que creían que habían evolucionado a partir de los grupos tribales que ya se encontraban allí. En la actualidad los arqueólogos están mucho menos inclinados a recurrir a las migraciones para explicar los cambios culturales, de manera que la mayoría acepta esta última opinión. Aun así, las pruebas halladas sugieren que los godos llegaron desde la costa báltica hasta la región del mar Negro y el sur del Danubio entre el siglo I y el principio del siglo III. No se trataba de un único pueblo unido, sino de un agrupamiento poco cohesionado de tribus bien diferenciadas que hablaban lenguas afines y que compartían muchos rasgos culturales. Lo mismo ocurría con los francos, que aparecieron en Renania, y los alamanes, que emergieron al sur de los primeros. Sin duda, tanto los francos como los alamanes eran grupos importantes a finales del siglo III, pero es mucho más difícil afirmar con certeza cuándo aparecieron por primera vez.<sup>15</sup>

Las duras guerras en las que Marco Aurelio luchó contra los marcomanos y los cuados suelen describirse como los primeros signos de advertencia de esta transformación de la sociedad germana.

La amenaza de los bárbaros era ahora mayor y revelaba debilidades fundamentales en las defensas de las fronteras romanas. El ejército estaba desperdigado en torno al perímetro del Imperio, de modo que una vez que un enemigo penetraba no había reserva central para hacerle frente. Por otro lado, las dificultades que les plantearon a los romanos los ataques bárbaros en el Danubio poco después de la invasión de Partia son consideradas indicativas de que a los ejércitos imperiales les resultaba enormemente complicado rendir en batalla cuando dos guerras importantes se sucedían con rapidez.

Nada de esto es seguro. Los marcomanos habían sido considerados una importante amenaza por Augusto cuando se unieron a las tribus vecinas bajo un rey fuerte. Bien puede ser que un líder u otros líderes igualmente carismáticos hubieran aparecido de nuevo entre ellos. Un patrón similar se observa entre los dacios, que eran percibidos como una grave amenaza en la época de Julio César, pero a continuación desaparecen hasta finales del siglo I, cuando surgió otro rey fuerte. Es cierto que durante las guerras contra los marcomanos una de las tropas de saqueo llegó hasta Italia, pero eso nunca se repitió. Un factor bastante más importante en la debilidad de las defensas romanas en aquella época fue no ya el lento regreso de las tropas de la guerra oriental, sino la peste que trajeron con ellas. El impacto de la enfermedad en el ejército no se limitó al número de hombres que mató, aunque nuestras fuentes sugieren que hubo muchas víctimas en los atestados barracones. Igualmente importantes fueron las complicaciones causadas por los que cayeron enfermos y la extrema dificultad de continuar con el entrenamiento normal en medio de una epidemia. Algunos ataques lograron atravesar las fronteras y, como era habitual, su éxito alentó a otros caudillos a imitarlos. El ejército romano se encontraba en un estado deplorable y tuvo que hacer grandes esfuerzos para superar el problema. Sin embargo, con el tiempo lo logró, aunque a costa de considerables recursos. No se perdió ningún territorio, e incluso se barajó la posibilidad de crear nuevas provincias.<sup>16</sup>

No hay constancia de que se produjera ningún enfrentamiento importante en esa frontera durante bastante más de una generación después de que finalizaran esas guerras. Caracalla pasó algún tiempo junto al Rin, y Alejandro se encontraba allí cuando fue asesinado. Maximino permaneció en esa

frontera y en la del Danubio durante gran parte de su mandato, pero también reclutó a numerosos guerreros germánicos para fortalecer su ejército cuando marchó sobre Italia en 238. Poco después, los godos y los carpios cruzaron el Danubio para saquear la zona. Durante un tiempo, para mantener la paz, los romanos sobornaron a los godos, pero este pago cesó, o con Gordiano o con

Filipo. Como era de prever, la consecuencia fue una nueva oleada de razias desde el año 243 en adelante. Filippo tuvo que ir en persona a la región para restaurar la situación. En 248 los cuados y los sármatas yacigos -nombres ya familiares gracias a las campañas de Marco Aurelio- atacaron Panonia, y su éxito alentó una nueva arremetida de los godos. Decio fue enviado a solucionar el problema, pero lo que hizo fue erigirse en emperador. Pronto tuvo que regresar al Danubio, para liderar las campañas que más tarde le llevarían a la muerte en Abrittus.<sup>17</sup>

El nuevo emperador, Galo, compró a los godos prometiéndoles un subsidio anual y permitiéndoles retirarse con el botín y los prisioneros que habían hecho. Le preocupaban bastante más sus rivales internos, así que se apresuró a presentarse en Italia: al parecer, en 253, el hombre que había dejado en el cargo de gobernador de Moesia, Emiliano, había sido atacado por un grupo de godos y obtenido una victoria sobre ellos. El éxito le impulsó a ponerse al frente de una parte importante del ejército fronterizo en una tentativa de hacerse con el trono. Tanto Galo como Emiliano murieron en cuestión de meses, pero la debilidad de las defensas de la frontera provocó una nueva ola de razias. La banda de godos de Cniva participó en estas incursiones una vez más y es posible que fuera uno de los grupos que penetró hasta Macedonia.<sup>18</sup>

Aproximadamente en la misma época surgió una nueva amenaza proveniente del mar Negro. Varios grupos, entre los que se encontraban un pueblo llamado los boranos y varias tribus godas, empezaron a lanzar expediciones de saqueo por mar. Al principio los objetivos fueron locales, sobre todo las comunidades grecorromanas que quedaban en la costa norte del mar Negro. En el año 255 algunos asaltantes hostigaron incluso la costa norte de Asia Menor. Al año siguiente regresaron con fuerzas mucho más numerosas. La situación era tan grave que Valeriano tuvo que presentarse en la zona, dando ocasión a los persas de Sapor de atacar la frontera debilitada.<sup>19</sup>

Entretanto se habían producido más ataques en las fronteras europeas, en el Danubio y en el sur del Rin. En 254 algunos marcomanos llegaron a Rávena y, en 260, miembros de otra tribu entraron de nuevo en Italia. Fueron frenados por Galieno cerca de Milán, y algunos de ellos fueron derrotados cuando regresaban a casa. Recientemente, se ha hallado una inscripción en la ciudad de Augusta Vindelicum (la actual Augsburgo) en la provincia de Raetia, que agradecía este éxito a la diosa Victoria. Habla de «los pueblos bárbaros de los semnones o los yutungos que fueron aplastados o huyeron en desbandada el 24 y 25 de abril frente a las tropas de la provincia de Raetia y de Germania y también de la milicia local», así como «del rescate de muchos miles de prisioneros italianos». Esta partida de asaltantes -es interesante constatar que incluso los vencedores romanos parecen dudar sobre a qué tribu pertenecían- se había aproximado al Pan antes de ser derrotada. Un espectacular hallazgo de varios carromatos cargados de oro y objetos de valor que habían sido arrojados al propio río en el siglo III representa, con casi total certeza, parte del botín abandonado.<sup>20</sup>

Algunas partidas de saqueadores fueron derrotadas y capturadas, aunque sólo cuando ya estaban volviendo a sus hogares, pero otras tantas lograron su propósito. Las provincias romanas parecían vulnerables, por lo que, inevitablemente, sufrieron nuevos ataques. Un poco más tarde, algunos grupos germánicos -en fuentes posteriores se dice que eran francos, pero es posible que se trate de un

anacronismo- penetraron en la Galia e Hispania y saquearon la ciudad de Tarraco (la actual Tarragona). Más de un siglo después, un historiador local afirmó que las marcas dejadas por ese ataque aún eran visibles, aunque no se han encontrado huellas arqueológicas significativas en la zona.<sup>21</sup>

En 267 tuvo lugar una nueva oleada de ataques por mar procedentes del mar Negro que propagó la devastación por las costas de Grecia y Asia Menor. Una fuente afirma que los guerreros, entre los que había godos además de otras tribus, como los hérulos, ascendían a no menos de trescientos veinte mil hombres y navegaban en unas seis mil naves. Las cifras están muy infladas, pero nos dan una idea del pánico que provocaron estos rápidos atacantes que podían golpear objetivos muy distantes entre sí en un breve periodo de tiempo. En una época posterior, los vikingos despertarían un terror similar. Un grupo atacó Éfeso e incendió el gran templo de Artemisa, una de las siete maravillas del mundo. Atenas fue saqueada por una banda de hérulos, que cuando se retiraron fueron hostigados por los atenienses, a los que lideraba un aristócrata local, P. Herenio Dexipo. Desgraciadamente, de la historia que éste escribió sobre esas 22 guerras sólo se conservan fragmentos.

Es difícil calcular el daño causado durante estas razias a partir de la evidencia arqueológica. Algunos yacimientos, en especial los que se encuentran a lo largo de la frontera del Rin, han revelado varias capas de restos de incendios y destrucción. Sin embargo, no siempre queda claro si son el resultado de una batalla o de un accidente. La datación puede ser igualmente problemática y, con frecuencia, en el pasado se ha asumido con excesiva prontitud que los vestigios procedían de una de las incursiones registradas. También han surgido problemas a la hora de comprender el enorme aumento del número de tesoros monetarios enterrados durante la segunda mitad del siglo III. Sin duda, algunos fueron escondidos por personas que temían el ataque de los bárbaros y que fueron asesinadas, apresadas o que, por alguna otra razón, no pudieron recuperar su fortuna. No obstante, puede haber otros motivos para ocultar dinero en una época en la que la calidad de la acuñación de monedas variaba enormemente, ya que las monedas de plata en particular contenían proporciones cada vez mayores de metales de baja ley. Es posible que algunos tesoros fueran de tan escaso valor que no mereciera la pena recuperarlos.<sup>23</sup>

Es evidente que el impacto de una razia era terrible para aquellas comunidades y personas que se convertían en blanco de los saqueos bárbaros. Prácticamente ninguna ciudad dentro del Imperio poseía fortificaciones modernas. Atenas hizo un cierto esfuerzo para reparar sus antiguas murallas tras las primeras incursiones en Macedonia, pero es obvio que eso no bastaba para detener a los hérulos. La mayoría de las ciudades carecía de murallas y casi ninguna contaba con una guarnición que se hiciera cargo de las defensas que tuvieran, fueran las que fueran. Eran vulnerables, y las noticias de los ataques sufridos por otras comunidades sin duda aumentarían su nerviosismo. Inevitablemente, las provincias que estaban más próximas a las fronteras del Rin y del Danubio fueron las más afectadas, sobre todo las ciudades y pueblos situados a lo largo de las principales rutas de comunicación, cuyas posibilidades de ser atacadas eran mayores. El norte de la Galia fue una de las zonas que se llevaron la peor parte. Muchas granjas y pequeños asentamientos parecen desaparecer en la segunda mitad del siglo III, aunque, como siempre, hay que recordar que incluso en el caso de los yacimientos conocidos barajamos datos correspondientes a una pequeña muestra.

A finales del siglo III, toda ciudad de tamaño considerable dentro del Imperio había construido una muralla. No había un patrón estándar, pero casi todas eran muy gruesas y estaban reforzadas por torres que sobresalían de los muros para permitir a los defensores arrojar proyectiles contra los flancos de

los potenciales atacantes. En las ciudades más grandes estas torres solían estar diseñadas para albergar «artillería». En ocasiones, las defensas parecían más poderosas de lo que realmente eran, pero es evidente que el objetivo era disuadir a sus enemigos de aventurarse a un ataque. El área que rodeaban casi todas estas nuevas murallas era menor que el que ocupaba la totalidad de la ciudad en siglos anteriores. El tamaño de muchas ciudades de la Galia se redujo drásticamente y se cree que sus poblaciones mermaron también. Al parecer, Amiens fue atacada repetidas veces y en la segunda mitad del siglo III sus dimensiones se redujeron mucho. Tras sufrir el saqueo de los hérulos, los atenienses construyeron una nueva muralla que atravesaba por el antiguo mercado y dejaba fuera varios monumentos magníficos. Gran parte de la piedra utilizada fue obtenida de edificios antiguos que posiblemente estaban en ruinas o que fueron demolidos expresamente para ese fin. Esta utilización de los antiguos monumentos como material para construir nuevas defensas era habitual en muchas ciudades.<sup>24</sup>

No se fortificaron sólo las comunidades urbanas, porque la misma tendencia es visible en las áreas rurales. A menudo, las villas más grandiosas habían sido construidas con torres, pero éstas tenían una función básicamente ornamental, aumentando la presencia visible de una gran casa, además de conferirle un aspecto impresionante. Durante el siglo II, en algunas partes del norte de África varias villas habían adoptado una forma más defensiva como respuesta a la amenaza de bandidos y asaltantes. Ahora, ese tipo de construcción se hizo más habitual en otras zonas cercanas a las fronteras expuestas. En la Galia, antes de la llegada de los romanos, era común que los asentamientos se situaran en la cima de las colinas. La paz romana ocasionó un descenso a las llanuras debido a que el tamaño de las comunidades iba aumentando y habían dejado de temer el ataque enemigo. A finales del siglo III la tendencia se invirtió y aparecieron más y más aldeas amuralladas que se construían en terreno elevado como respuesta a la necesidad de contar con lugares de refugio durante los ataques.

## **EL IMPERIO GALO**

La doctrina romana había sido siempre que el mejor modo de enfrentarse a un ataque era derrotar al enemigo en una guerra abierta. Idealmente, presentaban una fachada de fuerza abrumadora para disuadir a los enemigos potenciales de una posible agresión. Cada derrota debilitaba esa impresión, así como la frecuente retirada de tropas de las fronteras para enfrentarse entre sí en guerras civiles. La captura de Valeriano por los persas fue otra humillación en un momento en el que ya se habían abierto muchas grietas en la fachada. Más tarde, su hijo Galieno fue censurado en la mayoría de nuestras fuentes, que le acusan de ser indolente y demasiado aficionado a los lujos de la vida de Roma. Esas críticas eran bastante injustas, ya que pasó mucho tiempo combatiendo en las fronteras europeas: por ejemplo, en 268 estaba en Grecia persiguiendo a las bandas que habían saqueado Atenas y muchas de las otras ciudades famosas del pasado clásico. Se dice que salió victorioso de la empresa, pero las condiciones impuestas a los derrotados godos fueron muy generosas: su rey fue aceptado entre los romanos y se le otorgó rango senatorial. Las habladurías también afirmaban que el emperador se encaprichó de una princesa goda a la que tomó como amante.<sup>25</sup>

Poco después de la derrota de su padre, Galieno perdió el control real sobre muchas de las provincias occidentales a medida que empezaron a surgir en ellas distintos pretendientes a la púrpura imperial. En el año 260, el gobernador de Germania Inferior, Postumo (de nombre completo Marco Casiano Latino Postumo) se proclamó a sí mismo emperador. Ya había organizado el asesinato del hijo de



Galieno, que era sólo un niño, y de su tutor, que había quedado al mando en el Rin. Ambas provincias germánicas y toda la Galia se unieron enseguida a Postumo, que posiblemente era descendiente de aristócratas galos. Con el tiempo, también se le unieron Britania y gran parte de Hispania. Al contrario que la gran mayoría de los usurpadores que se mantuvieron un tiempo en el trono, Postumo no se esforzó por marchar sobre Italia y derrotar a Galieno, sino que se contentó con permanecer a la defensiva, luchando contra los rivales romanos cuando le atacaban. Los ejércitos de Galieno fueron rechazados en dos ocasiones. En 269 apareció otro rival en Maguncia. En unos cuantos meses, Postumo le había derrotado, pero, cuando se negó a permitir que sus tropas saquearan la ciudad, fue asesinado. El hombre elegido por el ejército duró en su puesto doce semanas, hasta que él también fue asesinado. Su sucesor, Victorino, permaneció en el poder durante casi dos años, y se supone que su asesinato se debió a que intentó seducir a la esposa de uno de sus oficiales.

Tradicionalmente, los historiadores se refieren a este régimen como el Imperio galo (en latín Imperium Galliarum). Ese nombre no tiene ninguna base histórica, aunque un historiador del siglo IV habla de que Postumo «asumió el poder de las provincias galas». Para él y sus sucesores, ellos eran los legítimos emperadores de todo el Imperio. Todos los años se nombraban los dos cónsules, haciendo caso omiso del hecho de que Galieno continuara nombrándolos en Roma también. No se sabe si se constituyó un segundo Senado. Muchos de los puestos en el servicio imperial fueron ocupados por aristócratas de la Galia, pero eso tiene más que ver con la dificultad de traer hombres de zonas más lejanas y de las provincias que no reconocían a esos emperadores. Desde el punto de vista cultural, no había nada especialmente galo u «occidental» en el nuevo régimen. Los títulos y la iconografía -y asimismo las leyes- empleados por estos emperadores eran completamente convencionales. Lo único inusual era su renuencia a tratar de controlar el resto de provincias del Imperio.<sup>26</sup>

Durante gran parte de su reinado, el gobierno de Galieno abarcó sólo a Egipto, norte de África, las partes más meridionales de Hispania, Italia y las provincias situadas detrás del Danubio. Se le considera el emperador legítimo porque obtuvo el poder antes que sus diversos rivales y, en última instancia, fueron los hombres que le sucedieron quienes reunificaron el Imperio. Sobre sus logros se ha hablado en términos de más alcance, pero esas opiniones se basan en una visión retrospectiva y tienden a ignorar las peculiares condiciones de su reinado. Un tema clave es la estrategia: se supone que las derrotas sufridas en todas las fronteras demuestran la necesidad de contar con una reserva estratégica central que pudiera trasladarse para enfrentarse a cualquier enemigo que abriera una brecha en el perímetro exterior. Galieno mantuvo una importante parte de su ejército en Milán o cerca de allí. Las monedas atestiguan la presencia de destacamentos procedentes de al menos trece legiones distintas, de las cuales varias pertenecían a unidades estacionadas en provincias que ya no eran leales a Galieno. Destaca especialmente la caballería, que parece haberse agrupado bajo su propio comandante independiente. Septimio Severo había aumentado las tropas de las que podía disponer de inmediato incrementando los efectivos de la II Parthica, así como de la guardia. Ahora Galieno llevó al extremo esa idea, convirtiendo su reserva en un ejército completo y poniendo un nuevo acento en la importancia de las tropas de caballería.

Nada de eso tiene mucho sentido. No conocemos realmente las cifras de efectivos que componían las tropas o la proporción de caballería para tener una idea de lo revolucionaria que pudo ser esta fuerza. La caballería es más veloz que la infantería en las distancias cortas, pero en las marchas más largas, la ventaja disminuye con claridad. También es mucho más difícil alimentar y mantener en buen estado a los caballos que a los hombres. La idea de utilizar una fuerza de caballería como reserva móvil sólo tiene sentido práctico si las tropas implicadas son relativamente reducidas. Asimismo, a primera vista,

el norte de Italia puede parecer el centro del Imperio, pero, para Galieno, Milán, en realidad, estaba sólo a un paso de su frontera con el «Imperio galo». Las circunstancias eran excepcionales, pero el despliegue de esas tropas y, por lo que podemos saber, el verdadero uso que se hizo de ellas en campaña fue totalmente convencional.<sup>27</sup>

El reinado de Galieno fue largo si juzgamos por los estándares del periodo, pero su destino final recuerda a muchos otros usurpadores cuyo poder fue más breve. En 268 el comandante de sus tropas de caballería -no sabemos el título preciso y bien puede ser que se tratara de un cargo de rango superior que comandase tanto a jinetes como a soldados de infantería- se rebeló contra él. Galieno regresó de Grecia para hacerle frente y, tras una victoria en campo abierto, inició un asedio contra el usurpador en la propia Milán. No obstante, resultó evidente que había perdido el apoyo de sus otros oficiales y éstos conspiraron para asesinarle: hicieron sonar una falsa alarma y, cuando el emperador salió precipitadamente de su tienda para enfrentarse al supuesto ataque enemigo, fue apuñalado hasta la muerte.<sup>28</sup>

Galieno tenía unos cincuenta años cuando fue asesinado. Su sucesor, Claudio II (nombre completo Marco Aurelio Claudio), tenía unos cuantos años más y era miembro de la orden ecuestre en una de las provincias balcánicas. Resulta difícil saber hasta qué punto estaba implicado en la conspiración, pero es obvio que varios oficiales de esa misma región formaron un poderoso grupo en ese periodo. Tras deshacerse del usurpador de Milán con presteza, Claudio pasó los siguientes dos años luchando contra los asaltantes bárbaros, primero en Italia y después en los Balcanes. En 269 obtuvo una victoria sobre los godos y adoptó los nombres de Gótico y Máximo para celebrarlo. A principios del año siguiente fue una de las víctimas de un brote de peste, distinguiéndose así como el primer emperador desde Septimio Severo que moría por causas naturales. Su hermano Quintilo fue proclamado emperador, pero a los pocos meses tuvo que enfrentarse al intento de hacerse con el poder de uno de los generales en jefe, Aureliano (de nombre completo Lucio Domicio Aureliano). Cuando los ejércitos rivales avanzaron para entablar batalla, los hombres de Quintilo rápidamente decidieron cambiar de bando. Se cree que fue asesinado, o bien que se suicidó al darse cuenta de lo que estaba sucediendo.<sup>29</sup>

Aureliano era otro équite de Iliria y había tenido un papel decisivo en el complot organizado contra Galieno. Era un comandante duro y experimentado que en el plazo de cinco años logró reunificar el Imperio. Tras ocuparse primero de las fronteras y, a continuación, de los desórdenes surgidos en las provincias orientales, en el año 274 Aureliano atacó el «Imperio galo». El sucesor de Victorino, Tétrico, parece haber mostrado escaso entusiasmo bélico y tuvo graves problemas para mantener la lealtad de sus propias tropas. Se dice incluso que los traicionó, enviándoles a luchar en una posición desesperada contra Aureliano. El propio Tétrico se rindió. El vencedor, en un gesto muy poco habitual, le perdonó la vida e incluso le otorgó un puesto administrativo en Italia. Del mismo modo, muchos hombres que habían ocupado un cargo importante en el ejército y la administración dentro del «Imperio galo» continuaron posteriormente sus carreras en el servicio imperial. Ninguno de los emperadores galos vio su nombre condenado oficialmente ni borrado de los archivos.<sup>30</sup>

## LAS HORDAS BÁRBARAS

Es posible que en el siglo III en algunos tramos de las fronteras del Imperio la amenaza que representaban los pueblos del exterior se incrementara. La propia existencia del Imperio, así como su diplomacia, fomentaron el auge de líderes poderosos dentro de las tribus. Puede que haya habido otros

factores. Las pruebas arqueológicas sugieren que, en aquella época, tal vez se estuviera produciendo un aumento demográfico entre las tribus que habitaban más allá del Rin y del Danubio. Es posible que también tuvieran que hacer frente a los problemas provocados por el cambio climático y el agotamiento de los suelos debido al uso agrícola, aunque hasta el momento no se han recopilado suficientes pruebas para comprender en detalle lo sucedido. Ciertamente parece que los niveles del agua en la costa del mar del Norte habían subido, de modo que algunas zonas costeras habían quedado inundadas, mientras que en otras áreas el suelo contenía ahora una proporción excesiva de sal para ser cultivable.<sup>31</sup>

La escala de la amenaza en las fronteras siempre había fluctuado, pero la principal diferencia entre ese periodo y los anteriores era que las guerras civiles estallaban ahora con mayor frecuencia dentro del Imperio: las tropas eran retiradas de las fronteras una y otra vez para apoyar las ambiciones de sus comandantes. Con tantos cambios en las filas de más alta graduación del ejército -que, presumiblemente, a menudo eran seguidos de alteraciones considerables en los niveles inferiores-, tiene que haber sido difícil que el ejército se entrenara debidamente. Las fronteras quedaron debilitadas, a las tribus les resultaba cada vez más sencillo organizar una razia y tener éxito, y cada éxito no hacía más que alentar nuevos ataques. Es de destacar que tanto los emperadores como los usurpadores invariablemente consideraban a los enemigos extranjeros menos peligrosos que los rivales internos. Una y otra vez cerraban acuerdos con los atacantes extranjeros -incluidos los persas- o les concedían unas condiciones de paz muy generosas para poder enfrentarse a los usurpadores romanos.

Las guerras civiles tenían otra dimensión: cuando un ejército romano se enfrentaba a otro en batalla no podía contar con ningún tipo de superioridad en materia de disciplina, táctica o equipamiento, lo que convertía la cuestión de los efectivos en algo crucial. Sin embargo, era difícil reclutar y entrenar a nuevos soldados con rapidez. La alta frecuencia de las guerras mermaba asimismo las filas de las tropas regulares, e interrumpía el curso normal de las tareas de reclutamiento y entrenamiento. Contratar los servicios de un caudillo bárbaro y sus seguidores era una opción atractiva elegida por muchos líderes romanos. Es posible que esos guerreros carecieran de la disciplina de las tropas profesionales romanas, pero sin duda eran más eficaces que los que eran obligados a alistarse o los voluntarios reclutados con precipitación. No obstante, cuando su patrón romano era agredido o asesinado, ese tipo de contingentes no podía confiar en ser bienvenidos y contratados por el siguiente emperador. Es más que probable que algunos de los grupos que recorrían y saqueaban las provincias, originalmente, hubieran entrado en el Imperio invitados por un líder romano. El deseo de los líderes romanos de reclutar guerreros de esa manera era otro factor que favorecía la aparición de caudillos poderosos. Esos hombres dependían aún más de la continuidad de las guerras que, por lo general, los líderes de las tribus. Si ya no eran capaces de encontrar a ningún romano que pagara por sus servicios, entonces las únicas dos opciones que les quedaban eran luchar contra otras tribus o atacar el Imperio. Es posible que las guerras civiles provocaran trastornos tan graves en el comercio que incluso para algunas comunidades agrícolas en las que normalmente reinaba la paz las razias pasaran a ser una alternativa atractiva. Sin duda, otras sufrieron el ataque de emperadores a los que les gustaba la gloria rápida y limpia que se obtenía al derrotar a enemigos extranjeros en vez de a rivales romanos.

Es poco probable que a las víctimas de una banda de saqueadores les preocuparan demasiado las razones que habían impulsado a los guerreros a tomar el camino de la guerra. El impacto de una razia en la zona atacada podía ser atroz, sobre todo si se producían otras incursiones similares en los años subsiguientes. Seguramente verse atrapado en medio de una guerra civil no era mucho peor, ya que ni

siquiera las fortificaciones bastaban siempre para detener a un ejército romano. Tanto la guerra civil como las invasiones bárbaras aplastaban las comunidades y les privaban de sus medios de vida, incrementando las filas de los desesperados. Se dice que los bárbaros que asolaron la zona del mar Negro aprendieron a fabricar barcos y, después, a tripularlos, gracias a los supervivientes de las ciudades que habían arrasado. Es evidente que muchos desertores del ejército y esclavos huidos se unieron a estas bandas de asaltantes, mientras que otros se establecieron como bandidos independientes. Tras las guerras marcomanas tuvo lugar una «guerra de desertores» en la Galia, y en el siglo III se produjeron brotes de violencia similares.<sup>32</sup>

Algunas regiones -parte del norte de África, el sur de Italia, Sicilia y la mayor parte de

Hispania- salieron indemnes de estas agitadas décadas, mientras que otras sufrieron sólo leves daños. La Galia belga (Gallia Belgica), la región más próxima al Rin, quedó muy destruida a pesar de todos los esfuerzos de los emperadores galos. La mayoría de los puestos de avanzada romanos situados en la orilla opuesta del río fueron abandonados de forma definitiva, así como el Agri Decumates, la franja de terreno que se extendía entre el Rin y el Danubio. Varios fuertes que se elevaban a lo largo de la frontera de esta zona muestran signos de haber sido blanco de violentos ataques. En el fuerte auxiliar de Pfünz, en Raetia, se hallaron tres mandíbulas humanas dentro de la torre suroriental. El arqueólogo del siglo XIX que investigó el hallazgo supuso que se trataba de los restos mortales de los centinelas. Todo apuntaba a que los soldados habían sido tomados por sorpresa, porque no llevaban consigo los escudos (se encontraron restos de las ataduras en el exterior). Los hallazgos realizados en el fuerte de Niederbieder en la Germania Superior fueron, si cabe, aún más dramáticos. En los cuarteles se encontró el esqueleto de un soldado que aún llevaba puestas sus botas militares con tachuelas.

Hallazgos como éstos indican la dificultad que presenta la interpretación de algunas pruebas arqueológicas de este periodo, en especial cuando se han obtenido en excavaciones antiguas utilizando técnicas poco sofisticadas. Es obvio que estas bases militares fueron destruidas por la acción del enemigo, pero identificar a ese enemigo resulta más complicado. Los excavadores originales dieron por supuesto que los atacantes eran miembros de una tribu germánica. En épocas más recientes se ha sugerido que se trataba de otros soldados romanos, de ahí el alcance de la sorpresa de los centinelas de Pfünz. En Niederbieder se halló una placa aplastada decorada con la cabeza de un joven emperador entre las ruinas del cuartel general. La efigie del joven César fue identificada como el hijo de Galieno, que fue asesinado en los inicios de la rebelión de Postumo. Es decir, que la guarnición pudo haber sido atacada debido al hecho de mantenerse leal al antiguo régimen. Estas interpretaciones son atractivas, pero no dejan de ser meras conjeturas. En última instancia no sabemos quién irrumpió en aquellas plazas. Podrían haber sido tanto soldados romanos como guerreros bárbaros y, si fueron estos últimos, igualmente podrían haber estado actuando por propia iniciativa o como mercenarios y aliados contratados por una de las facciones de una guerra civil romana.

Los vestigios arqueológicos no sugieren que los romanos fueran expulsados por una invasión bárbara proveniente de esas regiones fronterizas. Con el tiempo, las tribus se asentaron en el área, pero parece que el proceso fue lento y cauteloso. Tras las luchas iniciales, el Agri Decumates quedó efectivamente en la región fronteriza entre el territorio controlado por Galieno y las regiones leales a los emperadores galos. Es posible que para ambos bandos tuviera sentido replegarse a la línea del Rin y la del Danubio respectivamente en caso de que el enemigo atacara. Y, sin embargo, fuera cual fuese la causa por la que se abandonó la línea avanzada de la frontera y el territorio situado detrás de ella, es evidente que los romanos, o bien eran incapaces o bien no deseaban ocupar de nuevo esa región

después de que los emperadores galos fueran derrotados y la estabilidad retornara en parte al Imperio.<sup>33</sup>

En el Danubio la situación era semejante y se produjo una pérdida aún mayor. Dacia era una de las incorporaciones más recientes del Imperio, pero era rica en recursos minerales y, durante un siglo y medio, había sido extremadamente próspera. Aunque se extendía al otro lado del Danubio, la barrera natural de los Cárpatos protegía buena parte de la provincia de posibles ataques. A lo largo de las guerras de Marco Aurelio había sido víctima de una serie de razias sármatas, pero sus principales ciudades habían sido provistas de murallas desde el principio y el daño quedó limitado a las estructuras exteriores. El grueso de las incursiones del siglo III pasó sin detenerse por la provincia, pero hay indicios de problemas graves. Los registros arqueológicos apuntan a que, desde mediados de siglo, se produjo una drástica reducción de la circulación de moneda. La casa de la moneda provincial cerró y parece que no fue introducida casi ninguna moneda nueva del exterior. Quizá este hecho sea indicativo de que una parte importante de su guarnición de infantería fue acantonada en otras regiones. No hay constancia de que las unidades auxiliares fueran enviadas a ninguna otra ubicación, sino que sencillamente parecen evaporarse del registro. Da la impresión de que el control gubernamental cesó sin más, tal vez debido a falta de fondos. Aureliano abandonó oficialmente la provincia, aunque al oeste del Danubio se formó una nueva provincia dacia. Es posible que parte de la población de la Dacia real se trasladara allí o a alguna otra zona dentro del Imperio. Otros se quedaron atrás. No se produjo ninguna veloz avalancha de bárbaros y, por un tiempo, el estilo de vida romano parece haberse mantenido en parte, quizá durante algunos años. En la antigua capital de la provincia, Sarmizegetusa, alguien consiguió convertir el anfiteatro en un baluarte defensivo en algún momento del siglo IV.<sup>34</sup>

## LA REINA Y EL EMPERADOR «NECESARIO»

*Zenobia, que en opinión de muchos era más fuerte que su marido, no tenía costumbres diferentes, a pesar de ser la más noble de todas las mujeres de Oriente y... la más hermosa. Éste fue el fin de Aureliano, príncipe útil, más que bueno.*

Autor anónimo de la *Historia Augusta*, siglo IV.<sup>1</sup>

En los monumentos que conmemoran su victoria, el rey Sapor agarra a Valeriano por la muñeca. Se enviaron mensajeros para parlamentar con el subalterno de más rango del emperador, Macriano, pero éste se negó incluso a discutir la posibilidad de pagar un rescate por el cautivo. El hijo de Valeriano y corregente, Galieno, estaba lejos y nunca tuvo la habilidad -y quizá ni siquiera el deseo- necesaria para «comprar» o rescatar a su padre. Valeriano vivió el resto de su vida en cautividad. Se supone que Sapor lo utilizó como montadero, pisando sobre el romano agachado para subirse al caballo. Una fuente del siglo IV cuenta que, cuando el emperador falleció, los persas lo desollaron, pintaron su piel de rojo y a continuación la colgaron en un templo como trofeo. El autor era cristiano y su libro registraba los truculentos destinos de todos los responsables de las persecuciones a la Iglesia -que Valeriano había renovado-, por lo que es posible que dejara volar su imaginación. No obstante, afirma que el trofeo fue visto por unos embajadores romanos años más tarde.<sup>2</sup>

Sapor había obtenido una gran victoria. Una tras otra, las ciudades fueron cayendo y siendo saqueadas. Con el tiempo, el ejército persa se dividió en grupos más pequeños y algunos soldados comenzaron a

dirigirse hacia casa con sus botines y sus cautivos. Al mismo tiempo, los romanos empezaron a recuperarse y contraatacaron, ganando unas cuantas escaramuzas. Macriano aprovechó estos éxitos menores para declarar a sus dos hijos coemperadores (era cojo y sentía que eso le inhabilitaba para un papel tan público). Llevando consigo a su hijo mayor y a gran parte del ejército, se adentró en Europa y marchó sobre Italia. Fueron aplastados por fuerzas leales a Galieno en el año 261.<sup>3</sup>

El otro cabecilla importante de la recuperación romana en Oriente fue Septimio Odenato, y él permaneció leal a Galieno. Era un noble de Palmira -probablemente la tercera generación de su familia que poseía la ciudadanía romana- que había llegado a hacerse con el dominio de su ciudad natal. También siguió una carrera en el servicio imperial, al parecer alcanzó el rango senatorial, y muy bien podría haber sido gobernador de una de las provincias sirias. Quizá seguía ocupando ese cargo cuando dirigió las tropas contra los persas, aunque es igualmente posible que las atacara sin poder oficial y actuara simplemente en calidad de hombre prominente del lugar. Puede que sus lealtades no estuvieran siempre claras y una fuente afirma que buscó entablar amistad con Sapor. Tras ser rechazado con desdén, Odenato obtuvo una serie de victorias sobre los persas, acelerando su retirada. Cuando se marcharon los invasores, lo siguiente que hizo fue suprimir al hijo pequeño de Macriano.<sup>4</sup>

Odenato no se contentó únicamente con expulsar a los persas de las provincias romanas, y en 262 lideró una importante ofensiva que llegó hasta Ctesifonte. Esta expedición y una segunda - probablemente en 266- no fueron más que razias a gran escala, pero contribuyeron a restaurar el prestigio romano. Sapor se mantuvo a la defensiva durante el resto de su reinado (en cualquier caso ya había acumulado suficientes victorias como para garantizar su control del trono). Galieno otorgó a Odenato diversos honores y los títulos de *dux* (un título de alto rango, origen del duque medieval) y «comandante de todo Oriente» (*Corrector Totius Orientis*), que probablemente le dio autoridad sobre los gobernadores provinciales. Odenato ya se hacía llamar «señor» de su ciudad natal, Palmira; ahora imitó al monarca persa y fue nombrado «rey de reyes».<sup>5</sup>

A pesar de la grandeza de ese tipo de títulos, Odenato nunca aspiró al estatus imperial. Protegió la frontera con Persia y sofocó cualquier ataque contra Galieno, pero, de modo similar a los líderes del «imperio galo», no hizo ningún intento de expandir el territorio bajo su mando. Durante seis años tuvo el control efectivo de buena parte de la zona oriental del Imperio. Por lo que sabemos, parece que gobernó competentemente, de hecho, casi todas nuestras fuentes le son favorables. Aun así, él y su hijo mayor, Herodes, fueron asesinados en 267 por uno de sus primos. Se dijo que la disputa comenzó con una riña sobre prioridad durante una cacería (Odenato, como muchos otros aristócratas, era muy aficionado a la caza). Quizá no fuera más que el arrebató de ira de un familiar debido a una humillación pública, pero en aquel momento y más tarde algunas personas han sospechado que se trataba de una conspiración más profunda y política.

Sea cual sea la verdad, su consecuencia no está en duda: el poder pasó ahora nominalmente al hijo menor de Odenato, Vabalato, pero, puesto que era sólo un niño, el control efectivo recayó en su madre, Zenobia. Era la segunda esposa de Odenato, y el hecho de que el hijo asesinado, Herodes, fuera fruto de un matrimonio anterior, acrecentó los rumores sobre una conspiración palaciega. Vabalato fue nombrado «rey de reyes» y «comandante de todo Oriente». Eran tiempos excepcionales y Odenato se había labrado una carrera excepcional al dominar una zona tan amplia durante un largo periodo de tiempo. Sus contactos locales habían aumentado su prestigio, pero, en última instancia, había sido un oficial romano que ocupaba un cargo otorgado por el emperador (aunque, en realidad, puede que Galieno tuviera escasa elección en el asunto). Se trataba de un nombramiento y no existía ningún

precedente dentro del sistema romano de que un puesto así fuera heredado ni tampoco de que hubiera sido ocupado por un niño. Por el momento esa irregularidad fue tolerada -Galieno tenía otras prioridades más inmediatas, como su sucesor Claudio II-, por lo que en los siguientes años fue una mujer la que controló la mayor parte del Imperio de Oriente.<sup>6</sup>

## LA REINA DE PALMIRA

Palmira -Tadmor en la lengua aramea de su propio pueblo- se enriqueció a través del comercio, pero en un primer momento su origen está relacionado con el agua: fuentes y pozos como los suyos eran escasos en el desierto sirio y su nombre latino probablemente significaba el «lugar de las palmeras». A principios del siglo I cayó bajo control romano, pero los vínculos comerciales con

Partia se mantuvieron fuertes. El Imperio romano demandaba artículos de lujo de Oriente en cantidades cada vez mayores y Palmira se convirtió en una escala vital para las grandes caravanas que cruzaban los desiertos. Los camellos son figuras destacadas en el arte de Palmira, lo que refleja su importancia a la hora de cruzar el desierto. Prácticamente todo el comercio venía por el Eufrates. Algunas caravanas se detenían en Dura Europos, a unos doscientos kilómetros de distancia, donde el río estaba más cerca, pero en última instancia la mayoría seguía descendiendo por el curso del Eufrates hasta llegar a los puertos comerciales que estaban más abajo, o incluso hasta el propio golfo. Algunas inscripciones hablan de mercantes de Palmira que partieron en barco desde allí hasta la India. En otras encontramos más detalles sobre cómo se organizaban y protegían las caravanas, ya que el elevado valor de las especias y otros artículos de lujo que transportaban representaba una tentación para los saqueadores.<sup>7</sup>

En la época de Odenato, Palmira era una ciudad grande y magnífica (de hecho, sus románticas ruinas en el desierto causaron sensación entre los europeos cuando las descubrieron a mediados del siglo XVIII). Su principal monumento era el templo de Bel, del siglo I, cuyo diseño exhibía una mezcla de estilos romano, griego y locales. Con el tiempo, adquirió la mayoría de los grandiosos edificios de una ciudad grecorromana, con la excepción de los sempiternos: casa de baños y anfiteatro romanos, o el igualmente griego *gymnasium*, que, evidentemente, no resultaban demasiado atrayentes para los lugareños. A diario se utilizaba un abanico de lenguas distintas y una alta proporción de inscripciones en monumentos eran bilingües, sobre todo en griego además de en palmireno. Por lo visto, el latín había sido siempre bastante poco habitual, aun después de que obtuviera el estatus de ciudad romana bajo el mandato de Adriano. Como comerciantes, los habitantes de Palmira se expandieron por todas partes. Había muchos en Roma (recordemos a

Barates, que dejó un monumento dedicado a su esposa británica en el muro de Adriano). Otros eran, como mínimo, residentes semipermanentes en las comunidades del valle del Eufrates, y algunos de ellos incluso llegaron a ser nombrados funcionarios de los líderes locales.<sup>8</sup>

La de Odenato era una más de una serie de familias que acumularon una inmensa riqueza gracias a las rutas de las caravanas, pero es difícil afirmar si la aristocracia de Palmira fue creada de ese modo o si simplemente adquirió mayor poder a través del comercio. Desde luego, no hay ninguna prueba de que Odenato procediera de una familia real de larga tradición. Los magistrados en jefe de la ciudad eran denominados «generales» (*strategoí*) y aunque este antiguo título griego era habitual en muchas ciudades para los funcionarios, en Palmira tenían todavía funciones militares. Se mantenían en la

ciudad contingentes importantes de tropas para proteger las rutas de las caravanas, además de los palmirenos que servían en el ejército regular romano, como la cohorte de Dura Europos. Palmira era famosa por sus arqueros y su caballería pesada, los catafractos, pero es de suponer que también contarán con otros jinetes más ligeros y probablemente con jinetes de camellos, más apropiados para actuar como escoltas. Cuando luchó contra los persas y eliminó al usurpador, Odenato combinó estas tropas con regimientos procedentes del ejército romano.<sup>9</sup>

Es probable que Zenobia estuviera cerca de la treintena o acabara de cumplir los treinta años cuando su marido fue asesinado. Como él, parece que provenía de la aristocracia de Palmira y era ciudadana romana. Aunque educó a sus hijos en latín, se dice que sus conocimientos de esta lengua eran limitados, pero hablaba con fluidez griego y egipcio, así como arameo. Como reina, afirmaba ser descendiente de las casas reales ptolemaicas y seléucidas de los reinos helenísticos establecidos por los generales de Alejandro Magno. En concreto, parece que fomentó las comparaciones entre ella y Cleopatra. Varias fuentes destacan su belleza, además de su inteligencia, su valor, capacidad de resistencia y afición por deportes masculinos como la caza. En sus textos, los autores no la describen como sexualmente voraz, algo excepcional cuando hablaban de una mujer -en especial de una mujer oriental-, sino que hacen hincapié en su castidad, en ocasiones en grado sumo.<sup>10</sup>

Durante varios años después del asesinato de Odenato, ningún emperador romano estaba en posición de tratar de obtener el control directo sobre las provincias orientales. Vabalato fue proclamado con los mismos títulos y autoridad que su padre, pero tendrían que pasar varios años hasta que esos títulos estuvieran acompañados de la dignidad imperial completa. Una inscripción del año 271 describe al muchacho como el «restaurador de todo Oriente». Hasta el ascenso de Aureliano, las monedas acuñadas en las zonas controladas por Zenobia y su hijo siguieron unos patrones estándar. Unos meses más tarde, empezaron a producir monedas con dos «caras»: un Aureliano con barba y corona aparecía a un lado con todos sus títulos imperiales; al otro lado se veía al imberbe Vabalato, llamado el «hombre más distinguido (es decir, un senador)», «rey» de Palmira, «general victorioso» (*imperator*) y «líder de los romanos» (*dux romanorum*). Es difícil afirmar si este hecho presentaba realmente al chico como el coemperador *junior* de Aureliano.<sup>11</sup>

A medida que crecía la prominencia de Vabalato, lo hacían también las regiones bajo su control. Las fuerzas que le eran leales ya habían emprendido campañas hacia el sur, atacando Arabia. Una inscripción de los archivos de Bostra documenta la restauración de un templo dedicado a Júpiter Hammon «que había sido destruido por enemigos palmirenos». En el año 270, un ejército invadió

Egipto, derrotando a un contingente liderado por el gobernador provincial. En aquel momento el grueso de las tropas de Zenobia se retiró, pero regresó más tarde para sofocar una rebelión. Por extraño que resulte, parece que el incidente no fue visto como una ruptura decisiva con el emperador en Roma. Como las tropas de Odenato, por lo visto el ejército de Zenobia estaba compuesto por una mezcla de soldados romanos regulares y soldados palmirenos. Sin embargo, sus comandantes en jefe, Septimio Zabda y Septimio Zabdai, eran ambos palmirenos, y también ciudadanos romanos, lo que induce a pensar que Zenobia prefería confiar en hombres de su propia ciudad natal, que bien podían haber sido familiares suyos.<sup>12</sup>

Ahora la reina controlaba Siria, Egipto, gran parte de Asia Menor -aunque unos contingentes locales habían rechazado a sus hombres en Bitinia- y parte de Arabia. Sin duda, la cultura de su corte poseía un fuerte sabor palmireno, pero no exclusivamente: uno de sus principales consejeros era el respetado



filósofo Casio Longino, de Emesa, que había enseñado retórica en Atenas. No hay constancia de que se intentara propagar la cultura palmirena o ningún otro tipo de cultura distintivamente «oriental» por las regiones que dominaba Zenobia. El gobierno mantuvo su esencia romana y los títulos romanos se situaban siempre junto a los cargos específicamente palmirenos.<sup>13</sup>

Finalmente, en 271, Vabalato fue proclamado emperador. El rostro de Aureliano desapareció de las monedas acuñadas por las casas de la moneda de Antioquía y Alejandría y, a partir de entonces, todas exhibían la imagen del muchacho, a veces junto con la de su madre. Le fue otorgado el título de augusto, mientras que Zenobia fue nombrada Augusta. Fue una abierta declaración de rebeldía contra Aureliano, no contra Roma y, sencillamente, Vabalato fue presentado como el emperador legítimo. Elagábalo y Severo Alejandro servían de precedentes de emperadores niño, al igual que de emperadores procedentes de Siria y del gobierno entre bastidores de las mujeres. La situación era muy similar a la de los emperadores galos y, como ellos, Zenobia no hizo ningún esfuerzo por expandir su territorio y conquistar el resto del Imperio. Eso no significa que no reclamaran las otras provincias, sino que eligieron no tomarlas por la fuerza en aquel momento. Tal vez Zenobia confiara en poder negociar el reconocimiento de su hijo como corregente con Aureliano, que no había tenido descendencia y que, por lo tanto, carecía de un heredero obvio. Si ése era en efecto el caso, entonces sus esperanzas se vieron defraudadas.<sup>14</sup>

## EL RESTAURADOR DEL MUNDO

En el año 272 Aureliano marchó sobre Asia Menor al frente de su ejército, y al principio no se topó con prácticamente ninguna oposición. Cuando Tiana cerró sus puertas ante él, juró airadamente que «no dejaría ni un perro en esta ciudad» cuando conquistara la plaza. Resultó que la ciudad fue traicionada al poco tiempo por un hombre que dejó entrar a los soldados de Aureliano. El emperador ejecutó al traidor, pensando que alguien que era capaz de traicionar su propio hogar nunca podía ser digno de confianza, pero no permitió a sus hombres saquear la ciudad, sino que les ordenó que mataran a todos los perros. Habiendo recuperado Asia Menor, el ejército descendió hacia Siria. El primer encontronazo de envergadura tuvo lugar cerca de Antioquía, probablemente en Immae, donde Macrino había sido derrotado por Elagábalo más de cincuenta años antes. Preocupado por el poderoso contingente de caballería de catafractos de su rival, Aureliano ordenó a sus propios jinetes, más livianos, que se adelantaran hasta encontrarse con ellos, con instrucciones de ceder tan pronto como el enemigo avanzara. Los soldados romanos hicieron lo que les había ordenado, induciendo así a sus pesados oponentes a emprender una desordenada persecución. El calor del sol y el peso de sus armaduras los agotó enseguida, y frieron aplastados cuando los romanos se reagruparon y, dando la vuelta, se lanzaron contra ellos. El ejército de Zenobia se retiró a Emesa y se cuenta que un prisionero que se parecía físicamente a Aureliano se disfrazó de emperador y desfiló a través de Antioquía para impedir que la población cambiara de bando antes de que pudieran escapar.<sup>15</sup>

Aureliano siguió adelante. Un pueblo situado en lo alto de una colina fue tomado al asalto: los soldados superaron sus murallas en la famosa formación de testudo o formación en tortuga, con los escudos montados unos encima de otros sobre sus cabezas para protegerse de los proyectiles. Poco después el emperador alcanzó al ejército enemigo y entabló otra batalla en Emesa. También en esta ocasión la caballería romana recibió órdenes de fingir que huía y atraer a los catafractos hacia una trampa. No obstante, o bien los comandantes palmirenos habían aprendido de errores anteriores o bien la maniobra no se llevó a cabo con el suficiente cuidado, porque esta vez alcanzaron a los romanos que

se batían en retirada. La batalla fue ganada por la infantería romana, que brindó un apoyo resuelto. El ejército de Aureliano incluía un amplio abanico de tropas que había llevado consigo desde Europa junto con hombres procedentes de las provincias vecinas. Es sabido que poseía un contingente de Palestina -muy probablemente unidades regulares estacionadas en la región-, que llevaban garrotes y mazas además de su equipo habitual y que resultaban especialmente efectivos contra el enemigo provisto de armadura. Es más que probable que todavía hubiera unidades regulares entre las tropas controladas por Zenobia, pero es evidente que a Aureliano le interesaba resaltar el hecho de que sus enemigos eran extranjeros. Augusto había hecho prácticamente lo mismo cuando se enfrentó a Antonio y Cleopatra.<sup>16</sup>

Tras su victoria, Aureliano inició el asedio de la propia Palmira. En torno a la misma época, un ejército liderado por uno de sus comandantes reconquistó Egipto. En Palmira, Zenobia perdió las esperanzas, se escabulló de la ciudad con un reducido séquito y emprendió la travesía del desierto a lomos de camello. Se dijo que confiaba en poder escapar a Persia, pero se topó con una patrulla romana mientras estaba cruzando el Eufrates y fue capturada. Abandonadas por su reina, las tropas de la ciudad pronto se rindieron y se ahorraron así los horrores del saqueo. Aureliano se mostró piadoso con Zenobia, del mismo modo que, a continuación, sería generoso con Tétrico, y en vez de sobre ella, la culpa recayó fundamentalmente sobre sus consejeros. Casio Longino fue uno de los asesores ejecutados y se dice que se enfrentó a su destino con gran dignidad. No se sabe qué le

sucedió a Vabalato, lo que es un indicio de que carecía de importancia real.<sup>17</sup>

La rebelión no había concluido del todo. Cuando Aureliano retiró el grueso de sus fuerzas, los palmirenos proclamaron un nuevo emperador en 273. El ejército romano regresó y asaltó la ciudad y esta vez sus habitantes pagaron un alto precio. Fue el final de la edad de oro de Palmira. Su tamaño se redujo, pasando a ser poco más que un pueblo con guarnición, que por fin obtuvo su casa de baños para satisfacer las necesidades de los soldados. Las rutas comerciales se desviaron -seguramente la ruina de Dura Europos unos años antes aceleró el proceso- y la fuente de la prosperidad de Palmira desapareció. Se sofocó otra rebelión en Alejandría, pero es menos claro si su líder buscaba o no alcanzar el mando imperial o tenía objetivos más modestos.<sup>18</sup>

Aureliano volvió a Roma en 274 y celebró el triunfo más grandioso que se había visto en muchos años. Tétrico marchó como prisionero en el desfile, como también Zenobia, tan cargada de joyas y cadenas de oro que le costaba caminar. A continuación, el antiguo emperador de los galos ocupó su puesto administrativo, convirtiéndose en *corrector* de Italia. Los relatos difieren en cuanto a la suerte que corrió Zenobia, pero el más convincente -además del más atractivo- es que se casó con un senador y vivió el resto de su vida en una cómoda paz. Aproximadamente un siglo más tarde, sus descendientes eran miembros establecidos de la élite senatorial y estaban orgullosos de su famosa antepasada.<sup>19</sup>

El trato dado a Tétrico y Zenobia subraya que no eran considerados líderes nacionalistas que deseaban independizarse del Imperio. Los emperadores «galos» y Vabalato y su madre eran usurpadores, pero habían mostrado bastante moderación y no habían centrado sus esfuerzos en la destrucción de sus rivales romanos, sino en obtener el control de partes del Imperio que la autoridad central del emperador «legítimo» en Roma tenía dificultades para gobernar y proteger. Durante más de una década, se mantuvo allí un grado de normalidad y aplicación de la ley y la administración romanas superior al que podría haber garantizado el debilitado gobierno central. Todos estos líderes eran

ambiciosos y, sin duda, confiaban en alcanzar con el tiempo el poder sobre todo el Imperio mediante la negociación o el combate. Si alguno de ellos lo hubiera hecho, no cabe duda de que habríamos hablado de un hombre -o una mujer- fuerte cuya ambición había sido necesaria para restaurar el Imperio.

Aureliano fue elogiado por ese motivo, incluso en aquellas fuentes que hacen hincapié en su crueldad y falta de piedad. Derrotar a Zenobia y a Tétrico y reunir de nuevo las provincias que gobernaban bajo el control del gobierno central fueron los grandes logros de su reinado. Durante un breve periodo de tiempo, el Imperio estuvo reunificado bajo un solo emperador. No fueron las únicas guerras que se libraron durante su mandato, y pasó sus dos primeros años en el poder haciendo frente a diversas incursiones bárbaras. En 270 o 271, los asaltantes volvieron a llegar a Italia y el emperador se apresuró a regresar desde el Danubio para luchar contra ellos. La columna de Aureliano cayó en una emboscada y fue aplastada cerca de Placentia (la actual Piacenza), junto al Po. Esta derrota fue excepcional y pronto se recuperó y aplastó al enemigo en las dos batallas siguientes.<sup>20</sup>

Aureliano pasó la mayor parte de su reinado lejos de Roma. Estuvo allí en el año 271, sofocando unos disturbios encabezados por trabajadores de la casa imperial de la moneda, que casi llegó a convertirse en una rebelión abierta. Había sido provocada por la prohibición de que continuara la corrupción de larga tradición y altamente rentable que existía dentro del sistema. Es posible que murieran miles de personas en la lucha antes de que el problema fuera solucionado. Aureliano fue implacable a la hora de aplastar esa oposición, pero parece que notó que la disminución de la seguridad de Roma era perceptible, por lo que inició las obras de construcción de un enorme muro circular de más de diecinueve kilómetros de longitud y algo más de seis metros de altura. A diferencia de otras muchas ciudades cuyo tamaño se redujo cuando fueron fortificadas, las nuevas defensas de Roma rodeaban prácticamente toda la urbe. Aparte de brindar esa protección, el emperador también reformó el sistema de suministro de pan gratuito a los ciudadanos residentes en la ciudad. Reglamentó el peso de las hogazas, hizo hereditario ese derecho, pero también lo extendió a toda la población libre de la ciudad. Septimio Severo había introducido asimismo la distribución gratuita de aceite de oliva, gran parte del cual provenía de Hispania. Aureliano lo confirmó y convirtió la sal y el cerdo en una parte regular de la distribución. El Estado también proporcionaba el vino, aunque éste no era gratis, sino que simplemente se vendía a un precio fijo y bajo.<sup>21</sup>

El emperador presumía de tener una relación especial con el «Sol Invicto» (*Sol Invictus*), y en el año 274 le dedicó un gran templo en Roma. Ese tipo de afirmaciones no eran nuevas en esencia, y el culto no tenía aspectos difíciles de digerir como el de Elagábalo. Puede que las creencias de Aureliano fueran genuinas y sin duda no perjudicaba políticamente que los subditos del emperador pudieran ser persuadidos de que su gobierno contaba con el apoyo divino. No se suprimieron los demás cultos. Algunas fuentes cristianas posteriores afirmaron que en los últimos meses de su vida Aureliano estaba planeando una nueva persecución de la Iglesia. El último ataque contra los cristianos lanzado en el Imperio había tenido lugar bajo el gobierno de Valeriano. A diferencia de Decio, su objetivo había sido específicamente acabar con los cristianos, o más bien con sus líderes, que debían ser arrestados y ejecutados si no renunciaban públicamente a su fe. Aquellos que eran senadores, équitos u ocupaban un cargo oficial eran despojados de su título. Al parecer, el Senado escribió a Valeriano para averiguar qué se suponía que debían hacer después con esos hombres. Es posible que los lugares de reunión de los cristianos también fueran tomados por los soldados del emperador.

Tal vez Valeriano no estuviera interesado en las creencias de los cristianos más pobres o tal vez

confiara en que acabar con sus líderes reduciría drásticamente las cifras generales de fieles. El grueso de las pruebas con las que contamos se refiere al impacto de la persecución en el norte de Africa, donde el obispo Cipriano, importante teólogo y escritor, fue una de sus víctimas. Galieno, o bien estaba menos comprometido con la purga o no quería perder el apoyo de ningún grupo después de que su padre fuera apresado por los persas. Emitió una nueva proclama poniendo fin a la persecución y concediendo a los cristianos la libertad de culto. En las provincias orientales,

Odenato y en especial Zenobia parecen haber mostrado una actitud benévola y un cierto interés por los cristianos, los judíos y la nueva fe de los maniqueos. Los cristianos practicaban su religión abiertamente, contaban con lugares conocidos y públicos para el culto y sus líderes eran con frecuencia figuras prominentes a nivel local.<sup>22</sup>

Tras la reconquista de Antioquía, Aureliano recibió un llamamiento de los cristianos que habitaban allí, que habían entablado una disputa con su propio obispo, Pablo de Samosata. Este, durante algún tiempo, había predicado doctrinas consideradas heréticas, entre las cuales la más destacada era el postulado que negaba la divinidad de Jesús. Después de un primer consejo eclesiástico había renunciado públicamente a esa opinión, pero más tarde volvió a adoptar su posición original. Fue expulsado de su sede y rehabilitado en el cargo por Zenobia, tras haber apelado a ella como la más próxima representante de la autoridad imperial. Ahora se negaba a abandonar el edificio utilizado como lugar de congregación de la Iglesia, y fue asimismo acusado de vivir en un esplendor fastuoso, atendido por un séquito como si se tratara de un funcionario del gobierno. Era normal que los representantes de un culto, e incluso de otras comunidades o grupos, apelaran al juicio del emperador cuando eran incapaces de resolver las disputas de forma que les satisficiera. Aun así, resulta sorprendente ver cómo los cristianos, que hacía tan poco tiempo

sufrían persecución por parte del Estado, recurrían al emperador. Aureliano falló contra Pablo y ordenó que fuera expulsado del edificio de reunión de la Iglesia. El incidente no permite intuir nada sobre un futuro perseguidor.<sup>23</sup>

## ASESINATO Y GUERRA CIVIL

Aureliano fue un emperador de éxito, pero la mayoría de los oficiales y del personal que tenía una relación más estrecha con él le temían y algunos le odiaban. En 275 se encontraba en Tracia, tal vez de camino hacia el este, para organizar una expedición contra los persas, cuando fue asesinado. Ninguno de los conspiradores parece haber tenido demasiada graduación, y corrió el rumor de que uno de los secretarios del emperador les había engañado para que temieran por sus vidas. No tenían a ningún candidato al trono y, de todos modos, no habría tenido peso alguno frente al ejército en general, porque la tropa seguía estando muy unida a Aureliano. Se produjo una extraña pausa mientras los oficiales de más rango elegían a un sucesor. Más tarde, la tradición magnificó ese periodo convirtiéndolo en el interregno de seis meses en los que el Senado y el ejército se invitan mutuamente con educación a proponer el nombre de un nuevo emperador. Lo más probable es que, como máximo, fuera cuestión de semanas que Tácito (de nombre completo Marco Claudio Tácito), un hombre de edad avanzada, fuera designado emperador. Una fuente afirma que tenía setenta y cinco años, pero es muy posible que se trate de una exageración. Era otro de los prósperos oficiales de la orden ecuestre que habían llegado de las provincias del Danubio, había obtenido el rango senatorial y, a continuación, se había retirado del servicio activo para vivir en una finca en Campania.<sup>24</sup>

Tras asumir el poder en Roma a finales del año 275, Tácito emprendió una campaña a principios del año siguiente, dirigiéndose hacia Asia Menor, que volvía a sufrir en ese momento los repetidos ataques de asaltantes llegados por mar, muchos de ellos godos. Algunos de los bárbaros afirmaron que, originalmente, se habían reunido para responder a la petición de Aureliano de servir como tropas auxiliares en su expedición persa. Puede que esa explicación fuera sólo un pretexto, pero igualmente puede ser que se tratara de un auténtico malentendido. La mayoría de los guerreros recurrieron al pillaje y Tácito les atacó, obteniendo la victoria (algo muy valioso para un nuevo emperador). Menos fortuna tuvo en la elección de su familiar Maximino como gobernador de Siria, que resultó ser tan brutal y corrupto que enseguida fue asesinado. Temiendo ser castigados, los mismos oficiales del ejército responsables de su muerte mataron a Tácito a continuación.<sup>25</sup>

El prefecto del pretorio Floriano (de nombre completo Marco Anio Floriano) fue entonces nombrado emperador. No todo el mundo estaba de acuerdo con su nombramiento, y un comandante provincial, Probo (de nombre completo Marco Aurelio Probo), logró reunir un nutrido contingente de tropas de Egipto y Siria para respaldar su propia reivindicación del trono. Floriano había sido nombrado emperador en junio, y a finales de verano ya estaba muerto, asesinado por sus propios hombres cuando vieron al ejército enemigo aproximándose hacia ellos cerca de Tarso. Probo, que era otro oficial de los équites procedente del Danubio, pasaría sus seis años de mandato en campaña, luchando en el Rin y en el Danubio, así como en Asia Menor y Egipto. No todos los enemigos eran extranjeros. Hubo breves usurpaciones en Siria y otras más serias en el Rin y en Britania, cuya supresión exigió un esfuerzo importante.<sup>26</sup>

La Galia estaba plagada de grandes bandas de ladrones. También se produjo una revuelta en Isauria, en Asia Menor, liderada por el jefe de unos bandidos llamado Lidio, pero es poco probable que se tratara de una tentativa de hacerse con el poder imperial. Los habitantes de esa región montañosa tenían la reputación de ser semibárbaros, pero las excavaciones de la ciudad de Cremna sugieren que esa afirmación era una gran exageración. Aun así, el bandolerismo era habitual en la zona y, al parecer, aprovecharon la oportunidad que brindaba la agitación de los tiempos para saquear las comunidades vecinas. Probo envió al gobernador de Licia y Pamfilia, un tal Terencio Marciano, que pertenecía a la orden ecuestre, a luchar contra los rebeldes, que fueron rechazados y retornaron al refugio que ofrecían las murallas de Cremna.

Lo que sucedió a continuación demostró que el ejército romano seguía manteniendo buena parte de su destreza en la guerra de asedio. La única aproximación viable a la ciudad se hallaba en el lado occidental, y los atacantes empezaron construyendo dos muros alargados, de manipostería sin mortero, para defenderse de las incursiones e impedir que los defensores escaparan. Se situaron pesadas catapultas junto al muro interior y empezaron a bombardear las fortificaciones de la ciudad. A continuación, las tropas romanas comenzaron a crear un enorme montículo a casi veinte metros de las murallas para utilizarlo como plataforma para artillería más pesada, pero que podía convertirse fácilmente en una rampa de asalto en una fase posterior. Los hombres de Lidio respondieron a la amenaza construyendo a su vez un montículo mucho más pequeño detrás de la muralla, porque la ventaja de contar con una plataforma más alta era muy importante. No obstante, no lograron estar a la altura de la habilidad en materia de ingeniería o de mano de obra del ejército regular y, aunque la ciudad estaba situada en una zona más elevada de la pendiente que el montículo romano, éste pronto igualó la altura de su propia plataforma. Entre las ruinas de la muralla más próximas al montículo se han hallado varias piedras pesadas -aproximadamente 42-46 centímetros de diámetro y un peso entre 102 y 135 kilos- pertenecientes a la artillería romana. Una torre fue derribada, otra cayó en parte y

tuvo que ser reparada a toda prisa. Lidio fue alcanzado por la saeta de un ballestero disparada por el hombre que había estado al cargo de su propia artillería, pero que había desertado después de ser azotado. O bien su muerte o bien la alarmante altura del montículo romano impulsaron a la ciudad a rendirse.<sup>27</sup>

El ejército romano seguía siendo muy efectivo cuando las tropas estaban bien entrenadas, eran puntualmente aprovisionadas, contaban con líderes decentes y con un número razonable de efectivos. Bajo el gobierno de Probo, los romanos obtuvieron muchas victorias y sufrieron muy pocas derrotas. De acuerdo con los estándares del periodo, su reinado fue largo y próspero, pero es posible que la mayoría de sus éxitos los lograran sus subordinados. Por lo visto, no era popular entre sus soldados, o al menos en su cuerpo de oficiales, en parte porque empleaba las tropas como mano de obra en proyectos de ingeniería civil y agricultura. Había una larga tradición de este tipo de empresas en el ejército romano, pero es probable que en las generaciones más recientes se hubiera convertido en algo mucho menos común. En 282, Probo fue asesinado por un grupo de oficiales y sustituido por su prefecto del pretorio, Caro (de nombre completo Marco Aurelio Numerio Caro), que gobernó conjuntamente con sus hijos Numerio y Carino. Caro era otro oficial ecuestre, aunque su familia procedía de la Galia y no de una de las provincias del Danubio, como era habitual en el periodo.<sup>28</sup>

Es probable que Probo hubiera estado preparando una expedición contra Persia antes de su muerte, y en 283 Caro y Numerio marcharon sobre Mesopotamia, que había permanecido más o menos bajo control persa desde 260. La ofensiva tuvo éxito y parece que los romanos obtuvieron una importante victoria. Una vez más el ejército romano llegó a Ctesifonte, y en esta ocasión la ciudad fue tomada. Caro siguió adelante, pero en algún momento cerca del final del verano, repentinamente, murió. Las fuentes afirman que murió a consecuencia de un rayo que cayó sobre su tienda, pero muchos historiadores sospechan que se trata simplemente de una tapadera. Quizá falleciera de enfermedad o, lo que es más probable, fuera asesinado. Numerio le sucedió y gobernó durante la mayor parte del año siguiente. La guerra contra Persia fue abandonada, pero mientras el ejército se retiraba el joven emperador cayó enfermo, afectado por una infección ocular. El prefecto del pretorio, Apro, aprovechó esa ocasión para asesinarlo, y logró ocultar su acto fingiendo que el emperador, sencillamente, se sentía mal y estaba forzado a permanecer en una litera cubierta. Más tarde, el hedor del cadáver reveló el engaño y los oficiales del ejército se negaron a ponerse a las órdenes de Apro y eligieron como emperador a uno de los suyos, Diocleciano (de nombre completo Cayo Valerio Diocleciano), otro oficial ecuestre más, que procedía de los Balcanes. Es posible que estuviera ligado a Apro por algún vínculo secreto, pero su primer acto público tras su proclamación el 20 de noviembre de 284 fue apuñalar personalmente al prefecto hasta la muerte, asegurándose así su silencio.<sup>29</sup>

Mientras tanto, el otro hijo de Caro, Carino, se enfrentaba a un aspirante al trono en Europa: Sabino Juliano se había rebelado en Panonia. En el año 285 Carino aplastó al enemigo en una batalla cerca de Verona, pero esta vez las tropas de Diocleciano también estaban avanzando desde el este. Unos cuantos meses más tarde, los rivales se enfrentaron cerca del lugar donde el río Margo se une al Danubio. La batalla fue reñida y puede que incluso Carino estuviera ganando, cuando uno de sus propios oficiales decidió cambiar de bando y lo asesinó. Uno de los motivos apuntados para el asesinato ha sido la costumbre del emperador de seducir a las esposas de otros hombres. Por el momento, Diocleciano era el único emperador. Sería el gobernante de más éxito del Imperio desde Septimio Severo, otro hombre que alcanzó el poder mediante la guerra civil.<sup>30</sup>

La invasión de Caro había golpeado a una Persia que a su vez estaba dividida por las luchas entre

aspirantes rivales al trono. Sapor I había fallecido en el año 272. Entre los dos, su padre y él, habían gobernado durante casi medio siglo desde la derrota de los partos en 224. Ambos eran líderes fuertes y hábiles comandantes y juntos establecieron firmemente su dinastía, pero pasarían muchos años antes de que otros reyes persas volvieran a tener una vida tan larga y llena de éxitos. El hijo de Sapor murió sólo un año después de convertirse en rey y su nieto duró sólo tres. Cuando el hijo de este hombre, Vahran II, le sucedió, la familia real se dividió, porque otra rama apoyó a un candidato diferente y se rebeló. El hecho de que no surgiera ningún aspirante al trono de fuera de la familia sasánida es un signo del éxito de Ardashir y Sapor. Sin embargo, la naturaleza feudal del reino y su marcada dependencia de los miembros de la familia para ocupar el puesto de reyes locales de cada región dejó siempre abierta la posibilidad de que en el seno de la casa real se entablara la competición por el poder supremo.<sup>31</sup>

Los historiadores modernos se inclinan a considerar la Persia sasánida un oponente bastante más formidable y agresivo que el antiguo Imperio parto al que reemplazó. Algunos la presentan alegremente como una nueva superpotencia que suponía una amenaza tal para los romanos que se vieron obligados a incrementar drásticamente su gasto militar. Según ellos, esos costes representaron una enorme presión para la economía del Imperio y fomentaron profundos cambios políticos y sociales, por lo que los radicales cambios que se produjeron en el Estado -muchos de los cuales se harían efectivos o finalizarían bajo el gobierno de Diocleciano- fueron una respuesta necesaria, aunque traumática, ante una nueva situación.<sup>32</sup>

Esta explicación es conveniente, pero resulta muy difícil justificarla. En gran parte se basa en las victorias obtenidas por Sapor I, que sin duda fueron espectaculares, pero es necesario situarlas en el contexto de la situación y de sus propias aspiraciones. A pesar de las fanfarronadas de sus embajadores, no hay ni una sola prueba de que los persas estuvieran tratando de forma activa de reconquistar el antiguo Imperio aqueménida. Es cierto que querían restringir el poder romano en las zonas que limitaban con sus tierras. Roma nunca había sido un vecino cómodo, y con el tiempo había ido expandiendo su territorio. Los sasánidas también necesitaban erradicar a los monarcas arsácidas en Armenia y cualquier otro grupo que pudiera poner en peligro su control sobre el reino. Ardashir y Sapor se aprovecharon de la debilidad de Roma para dominar las regiones fronterizas y también para atacar al propio Imperio romano.

Nunca buscaron una conquista permanente. A los persas les faltaba la fuerza para conseguirlo y probablemente no consideraron siquiera establecer una ocupación a largo plazo. Sus ejércitos invasores podían saquear y saquearon amplias áreas de las provincias romanas. Grandes ciudades como Antioquía cayeron y sus riquezas fueron robadas y sus casas desvalijadas, pero los persas nunca pretendieron conservar el dominio de esas ciudades. Otro importante objetivo era hacer muchos prisioneros, y Sapor apresó a muchos miles de hombres, que fueron conducidos a las zonas del interior de su reino y recolocados muy lejos de las fronteras de modo que la huida resultara muy complicada. Allí eran forzados a trabajar como mano de obra en proyectos de ingeniería para el rey, construyendo ciudades, así como presas y sistemas de irrigación. Los resultados incrementaron la productividad agrícola en las tierras reales, lo que aumentó aún más la riqueza y el poder del rey.<sup>33</sup>

El ejército persa era efectivo en las circunstancias adecuadas, aunque es difícil decir si difería en gran medida de las fuerzas partas, porque apenas tenemos datos sobre ellas. Se han hallado más pruebas que evidencian una habilidad en el arte del asedio mayor de la que jamás poseyeron los partos, pero este hecho no debería exagerarse. Ardashir y Sapor habían estado al frente de un ejército excelente que

les había llevado al poder. La mayoría de los reyes posteriores no contarían con tantos soldados experimentados y seguros de sí mismos bajo su mando. No se trataba de un ejército permanente y se basaba en efectivos de estilo feudal reclutados a tiempo parcial que no eran apropiados para guarnecer ciudades tomadas. Tras un éxito importante, muchos de los contingentes empezaban a dispersarse y volvían a casa con el botín, dejando al ejército en una situación vulnerable.

Por lo que sabemos, después de 260 Sapor no volvió a emprender ninguna acción bélica contra los romanos. Por su parte, las incursiones de Odenato llegaron hasta Ctesifonte, y no parece haber sufrido ninguna derrota grave. El rey persa no lanzó ningún otro ataque importante, a pesar de que el Imperio romano continuaba dividido. En parte, su pasividad se debía a que Odenato y, más adelante, Zenobia, contaban con un fuerte ejército, aunque es dudoso que fuera tan poderoso como las tropas regulares de las provincias orientales en tiempos más pacíficos. Es posible que Sapor tuviera problemas en otras regiones de su ancho reino, ya que no deberíamos olvidar que tenía otras fronteras aparte de la que le separaba de Roma. Lo que era aún más importante, ya había logrado todo lo que necesitaba de sus batallas con los romanos: tres emperadores vencidos y humillados, sus ejércitos aplastados, largas listas de ciudades tomadas y abundantes cautivos y botín.

Los romanos eran un vecino poderoso y, con frecuencia, agresivo. Suponían una amenaza contra la cual Ardashir y Sapor podían unir a los súbditos de su recién adquirido reino. Ambos hombres necesitaban victorias para mantener su control del poder, y una Roma debilitada y dividida ofrecía un objetivo ideal. Sus éxitos alentaron nuevas guerras, dado que, como era su costumbre, los romanos buscaron venganza invadiendo Persia. El monarca persa acumuló todavía más gloria al conseguir rechazar esos ataques -o al menos sobrevivir a ellos-, además de darle la razón y la

oportunidad de emprender nuevas expediciones contra las provincias romanas.

Persia y el Imperio romano no eran iguales, y ver a Roma y a Persia como superpotencias rivales es sumamente engañoso. Después de Roma, Persia era sin duda el estado más poderoso del mundo conocido, mucho mayor que ninguna tribu bárbara o incluso que ninguna confederación de tribus, pero aun así no poseía ni riquezas, ni recursos ni un ejército profesional comparables a los del Imperio romano. Ardashir y Sapor lucharon para obtener y conservar el poder. La aparición de reyes tan formidables y su necesidad de nuevas victorias coincidió con un momento de debilidad en Roma provocado por la división interna y la guerra civil. Cuando Sapor se sintió más afianzado en el trono, su agresividad disminuyó con claridad. Los reyes posteriores no tenían tanto talento como comandantes o estaban demasiado ocupados enfrentándose a rivales internos como para atacar a Roma. También tuvieron que enfrentarse a una oposición más poderosa y unida cuando la frecuencia de las guerras civiles en Roma descendió. Los persas fueron incapaces de repetir los éxitos de Sapor durante muchas generaciones.

## VII CRISIS

*Nunca ha habido tantos movimientos sísmicos y pestes ni, finalmente, vidas de tiranos y emperadores tan increíbles, que antes eran raras o ni siquiera se recordaban. De éstos unos mantuvieron su autoridad durante bastante tiempo mientras que para otros el poder fue pasajero; algunos yendo sólo en pos del título y de la gloria efímera rápidamente fueron derrocados. Durante un periodo de sesenta años, el Imperio romano estuvo en manos de más señores de los que el tiempo exigía.*



Herodiano, a mediados del siglo III.<sup>1</sup>

E

n el medio siglo transcurrido entre el asesinato de Alejandro Severo y la victoria de

Diocleciano sobre Carino, más de sesenta hombres trataron de hacerse con el poder imperial. Es imposible dar una cifra precisa, ya que en algunos casos no está claro si un líder rebelde aspiraba efectivamente al trono o si llegó siquiera a existir. En 2004, en el condado de Oxford se encontró una moneda que exhibía la imagen y el nombre del efímero usurpador Domiciano. En nuestras fuentes literarias, que hacen de él una breve mención, se dice que se rebeló contra Aureliano en 270 o 271. Anteriormente sólo se había hallado otra moneda con su nombre y, en general, había sido descartada por los expertos por considerarla una falsificación. Ahora se sabe que aspiró a la púrpura imperial, probablemente en algún lugar de las provincias occidentales, y que perduró en el puesto el tiempo suficiente como para hacer que acuñaran monedas con su nombre.<sup>2</sup>

Domiciano fue uno de los muchos aspirantes a emperador que sólo sobrevivió unas semanas. Galieno fue el que más tiempo ocupó el cargo, si los siete años de gobierno conjunto con su padre se añaden a sus ocho años de poder en solitario. Por lo demás, los nueve años de Postumo representan el reinado más largo de un emperador gobernando sin un colega, aunque sólo lo luciera sobre parte del Imperio. Tanto Galieno como Postumo fueron asesinados en conspiraciones en las que participaron sus propios oficiales superiores y su Estado Mayor. Con diferencia, ése era el

destino más habitual tanto de los emperadores más duraderos como de los fugaces usurpadores.

El periodo comprendido entre 235 y 285 suele describirse como una época de anarquía y esos años en conjunto fueron denominados la crisis del siglo III. Sin duda la rápida rotación de emperadores contrastaba marcadamente con la situación de los siglos I y II: pensemos que entre el año 31 a.C. y 180 d.C. hubo sólo dieciséis emperadores (diecisiete si se incluye a Lucio Vero como colega de Marco Aurelio). Por otro lado, este ritmo a su vez difiere de los cincuenta y cinco años que siguieron a la muerte de Marco Aurelio. Entre 180 y 235 hubo diez emperadores (once si contamos a Geta) y, de hecho, la cifra podría ampliarse si se incluye en la lista a los fugaces usurpadores que se alzaron contra los últimos Severos. Es obvio que la situación era mucho peor a mediados del siglo III, pero se trata fundamentalmente de una cuestión de grado. Del mismo modo, aunque Diocleciano gobernara con colegas durante dos décadas, en esos años surgieron varios usurpadores y durante un tiempo Britania y algunas partes de la Galia se escindieron en una repetición del primer «Imperio galo». La guerra civil seguía siendo un hecho común, si bien nunca volvió a ser tan frecuente.

Tradicionalmente, la crisis del siglo III ha sido descrita como un periodo nefasto. Fue una época en la que los romanos sufrieron derrota tras derrota a manos de enemigos extranjeros, nuevos y más poderosos. Los ejércitos persas tomaron Antioquía, las flotas de piratas godos saquearon Grecia y Asia Menor y otras tribus bárbaras atravesaron las fronteras irrumpiendo en la Galia, Italia e Hispania. Durante muchos años, gran parte de Oriente estuvo controlado por los monarcas de Palmira, y las provincias occidentales se separaron y colocaron en el gobierno a una sucesión de sus propios emperadores. También hubo brotes de peste en amplias zonas del Imperio, que muy posiblemente rivalizaron con la peste antonina en su virulencia y el número de víctimas causadas. Al mismo tiempo, la economía entró en crisis debido a la enorme devaluación de la moneda que llevaron a cabo los sucesivos emperadores para poder hacer frente al pago de sus guerras. También cambió la sociedad y

algunos de los ciudadanos más pobres de las zonas rurales se vieron reducidos a poco más que siervos. Todo esto vino acompañado de una crisis de fe, a medida que en todo el Imperio la población fue abandonando las antiguas creencias por nuevas religiones y descabelladas supersticiones.

Las modas académicas cambian, y en la actualidad pocos aceptarían un panorama tan desolador, ya que las pruebas con las que se cuenta pueden interpretarse de un modo distinto. Algunos estudiosos argumentarían que es un error emplear la palabra crisis, dado que es evidente que la supervivencia en sí del Imperio, independientemente de la forma adoptada, nunca estuvo en peligro. Y, sin embargo, nadie pone en duda que se trata de un periodo de profundos cambios. El Imperio de Diocleciano funcionaba de forma muy distinta al que conoció Marco Aurelio. Antes de pasar a analizar el sistema que éste creó, es prudente detenerse a considerar algunos de los cambios más amplios que parecen haber tenido lugar.<sup>3</sup>

## DARLE AL CÉSAR LO QUE ES DEL CÉSAR: EL DINERO Y LA ECONOMÍA

De los emperadores se esperaba que gastaran con generosidad. Uno de los primeros actos de cualquier nuevo gobernante era prometer un regalo monetario (o donativo) al ejército. Eso hicieron tanto Marco Aurelio como todo usurpador que buscó el poder en años posteriores. Aun en circunstancias normales, mantener el ejército era el mayor gasto del presupuesto imperial. La elevada frecuencia de las guerras -muy en especial las campañas que se emprendían dentro del Imperio y que, por tanto, producían muy poco botín- incrementaba en gran medida los costes generales. Lo habitual era que las tropas se mantuvieran leales a cualquier familia imperial establecida, siempre que su gobierno les pareciera razonablemente efectivo y no sufrieran demasiadas derrotas importantes. A los nuevos emperadores les resultaba mucho más difícil obtener ese nivel de lealtad, lo que aumentaba aún más su necesidad urgente de ser espléndidos con los soldados. Severo elevó la paga del ejército por primera vez en más de un siglo y Caracalla la volvió a subir sólo unos cuantos años más tarde. Macrino tuvo serias dificultades para hacer frente a ese coste y su torpe gestión de la situación dio lugar a su rápida caída.

El emperador era el principal terrateniente del mundo: las fincas imperiales incluían vastas áreas de terreno agrícola, así como minas repartidas a lo largo y ancho de las provincias. Fuera cual fuera el origen de la propiedad, ésta dejaba al instante de ser una posesión personal y empezaba a pasar de emperador a emperador, independientemente de si existía algún tipo de relación familiar entre ellos. Las propiedades confiscadas a oponentes que habían sido ejecutados se añadían con frecuencia al patrimonio imperial, pero, evidentemente, los gobernantes debían cuidarse de acabar con demasiados hombres ricos e influyentes porque podía resultar peligroso. Podían introducirse nuevos impuestos - Dión opinaba que la concesión de ciudadanía universal de Caracalla fue fundamentalmente una operación destinada a recaudar dinero- o reinterpretar los antiguos de modo que favorecieran al Estado. También era una práctica arriesgada: la revuelta de los gordianos contra Maximino fue motivada por el resentimiento que habían despertado en ellos las exacciones del funcionario encargado de la recaudación de impuestos en África. En conjunto, el nivel de cargas fiscales de las distintas provincias se mantuvo marcadamente estático.<sup>4</sup>

La mayoría de los métodos empleados para obtener ingresos adicionales pronto se convirtió en un peligro para todos los emperadores, y especialmente para aquellos que acababan de llegar al poder. No obstante, la necesidad de gastar siempre existía, y no sólo en el ejército. Incluso mantener la administración a pequeña escala del Imperio costaba dinero, y el número de burócratas imperiales

creció de forma constante durante ese periodo. Había muchas otras cosas que se esperaba que pagara el emperador: en la propia Roma, la distribución de alimento gratuito y subvencionado, los entretenimientos públicos, así como el mantenimiento de los edificios públicos y la construcción de los nuevos. Se esperaba que los emperadores fueran generosos con las comunidades y con los individuos. Si eran percibidos como hombres tacaños y codiciosos, estaban invitando a que surgieran aspirantes al trono que estuvieran dispuestos a ser más generosos. Por si fuera poco, un buen número de emperadores del siglo III no podía siquiera utilizar los recursos de todo el Imperio, ya que a menudo parte de éste se encontraba en manos de sus rivales. Una de las razones de la prolongada supervivencia de Galieno fue que mantuvo el control de las prósperas provincias del norte de África, con sus ricas fincas imperiales. De modo similar, Zenobia no conquistó Egipto, cuyo grano continuaba satisfaciendo gran parte de las necesidades de Roma, hasta la muerte del emperador romano.

Los problemas económicos aparecen una y otra vez en los documentos del siglo III. Los emperadores controlaban la acuñación de monedas de oro y plata, por lo que estaban sometidos a la constante tentación de acrecentar sus recursos devaluando la moneda. El cambio más impactante se produjo en las monedas de plata. En tiempos de Trajano, un denario de plata contenía un poco más del 90 por ciento de plata (el denario era el penique de la Versión Autorizada de la Biblia en inglés, de ahí que la abreviatura de los peniques antes de decimales sea d). Bajo el gobierno de Marco Aurelio, el porcentaje de plata frente al de los metales de baja ley cayó por debajo del 75 por ciento en un momento en que la guerra y la enfermedad hacían estragos en el Imperio. Septimio Severo aumentó la paga del ejército e hizo disminuir el contenido de plata de sus monedas al 50 por ciento. Caracalla introdujo una nueva moneda de plata, conocida como el antoniniano, que probablemente equivalía a dos denarios aunque su peso era equivalente a sólo una y media de esas monedas. El antoniniano fue abandonado bajo el gobierno de Elagábalo, pero reapareció en el reinado conjunto de Balbino, Pupieno y Gordiano III. Para entonces el contenido en plata había caído a casi un 40 por ciento. Aproximadamente a mediados de siglo, la disminución se aceleró con rapidez, hasta que el contenido de plata quedó reducido a sólo un 3,5-4 por ciento cuando Aureliano llegó al poder.<sup>5</sup>

Es muy difícil juzgar el impacto de esta masiva devaluación, ya que, como suele suceder con la economía romana, carecemos de estadísticas útiles. Es obvio que a finales del siglo III los precios eran muchísimo más altos que a finales del siglo II, en algunos casos hasta varios cientos por ciento. Nunca hasta aquel momento había habido una inflación a tal escala en la historia de Roma. No obstante, la mayoría de nuestras pruebas sobre los aumentos diarios de los costes proceden de Egipto, que tuvo su propio sistema monetario hasta el reinado de Aureliano, cuando fue equiparado al del resto del Imperio.

Los precios subieron, tal vez, de forma repentina. Es posible que los granjeros, tanto los que tenían explotaciones a grande como a pequeña escala, estuvieran protegidos contra las consecuencias de esas subidas, ya que todavía tenían productos que podían vender o con los que comerciar.

Aquéllos a los que les gusta considerar el trueque como una parte esencial de la economía rural tienden a afirmar que grandes áreas del Imperio no llegaron a verse afectadas por los cambios en la moneda. Del mismo modo, las personas que se dedicaban a la manufactura tenían productos para vender, suponiendo que, como los granjeros, aún encontrarán un mercado. Es probable que el cambio se produjera de forma lenta, ya que el aumento del número de monedas habría empezado a circular gradualmente y quizá la población tuvo tiempo para adaptarse a la nueva situación. Sin embargo, ése no era el único factor. Las guerras eran caras, quizá en especial las guerras civiles, que exigían el

desplazamiento de los ejércitos a través de zonas que solían estar en paz en una época en la que la disciplina militar tendía a relajarse. Muchos sufrieron y unos pocos probablemente se beneficiaron. Es posible que la población estuviera mermando: desde luego, debe de haberse producido una reducción sustancial en las cifras demográficas locales como resultado de los brotes de peste, a pesar de que los cambios globales fueron pequeños a largo plazo.<sup>6</sup>

En última instancia, simplemente no sabemos qué sucedió. Es importante recordar que si tuviéramos para el siglo XX la misma cantidad de datos que tenemos del siglo III, no tendríamos una idea fidedigna de la magnitud de la Gran Depresión, o del impacto de las dos guerras mundiales.

Por ejemplo, la creciente prosperidad de Japón y Alemania sin duda sería considerada como un proceso inexorable e ininterrumpido a lo largo del siglo. Cualquier mención hallada en los fragmentos literarios que abordan la devastación provocada por la guerra seguramente sería descalificada por considerarla una exageración. Es evidente que había muchas personas muy ricas en el mundo romano a principios del siglo IV, lo que no tiene por qué ser demasiado significativo, pues al fin y al cabo también hubo personas que siguieron siendo ricas y prósperas durante la Gran Depresión. No hay cifras que nos informen de si el número de individuos acaudalados era inferior en el siglo IV a la cifra de ricos del siglo II. En ambos periodos habría gente muy pobre y otros que ocuparan las distintas franjas económicas intermedias, pero, una vez más, no sabemos nada de cifras o de proporciones en la población general.

Existen varios indicios que sugieren que había menos ingresos disponibles en circulación: el número de inscripciones conservadas que pertenecen a mediados del siglo III experimenta una caída en picado. Puesto que con frecuencia conmemoran obras de beneficencia realizadas por los magistrados de la ciudad u otras destacadas figuras locales, ese dato apunta a que también ese tipo de obras eran cada vez menos comunes. Aunque puede que, sencillamente, la actividad que cesara fuera la de erigir monumentos con inscripciones, el registro arqueológico confirma la impresión de que cada vez se construían menos edificios públicos con la grandiosidad de antaño. Es conveniente recordar que la mayoría de las ciudades ya tenía casas de baños, teatros, anfiteatros, basílicas y templos y, por tanto, tal vez no se necesitaran más monumentos nuevos. Sin embargo, la ideología de las aristocracias locales en periodos anteriores habría considerado ese hecho un desafío para construir estructuras aún más grandiosas, aunque eso significara arriesgarse a la quiebra, como sucedió en las ciudades que describió Plinio en la época en que fue gobernador en Bitinia a principios del siglo II. Lo que toda ciudad de cierta importancia había adquirido para el año 300 era una muralla sólida. El hecho de que muchas de las murallas fueran levantadas con material tomado de edificios demolidos no parece sugerir una prosperidad generalizada.<sup>7</sup>

También se han encontrado indicios de que el comercio a larga distancia había experimentado un declive. Los arqueólogos marítimos han descubierto muchos más naufragios romanos que datan del periodo comprendido entre el siglo I a.C. y el siglo II d.C. que de ningún otro periodo posterior. Debemos tratar esta conclusión con una cierta prudencia: la mayor parte de los hallazgos provienen del Mediterráneo occidental, debido a que es la zona donde han trabajado más equipos.

No obstante, es evidente que el auge del comercio en el área se alcanzó durante los inicios del Principado. Tal vez, con el tiempo, a medida que se emprendan nuevas investigaciones a lo largo de otras zonas costeras, llegue a emerger un nuevo patrón, aunque las excavaciones en tierra sugieren asimismo que a partir del siglo III se produjo una sustancial disminución en el número de objetos en

circulación que habían sido fabricados fuera de la provincia. En parte, eso era un síntoma de un fuerte desarrollo regional: en la Galia, Britania, Hispania y el resto del Imperio había ahora nuevos lugareños que poseían la destreza necesaria para fabricar cerámica y cristalería fina o hacer un suelo de mosaico. Otros lujos más exóticos, como sedas y especias, continuaron siendo transportados a lo largo de grandes distancias, pero tampoco en esta ocasión hay modo de saber si las cantidades transportadas de estos bienes habían cambiado. Sin embargo, parece que el comercio con India y otras zonas más lejanas disminuyó de forma drástica en el siglo III, para resurgir sólo en el siglo IV.<sup>8</sup>

En varias regiones, el tamaño y la población de las ciudades se redujo, mientras que algunas aldeas y granjas fueron abandonadas. La fortuna de las distintas comunidades siempre había sido fluctuante y, por diversas razones, las más pequeñas habían desaparecido en el pasado, pero en zonas como la Galia noroccidental ese tipo de fracasos y decadencia sin duda se convirtió en algo mucho más común en la segunda mitad del siglo III. También sufrieron otras áreas más directamente expuestas a los estragos de guerras frecuentes. Dura Europos fue abandonada y la prosperidad de Palmira fue menguando, junto con su independencia. Es posible que algunas regiones ya hubieran empezado a decaer antes de los trastornos que se produjeron en el siglo III. En los inicios del Principado, la productividad de la agricultura italiana alcanzó sus niveles máximos, pero el paulatino desarrollo de las provincias acarreó la pérdida de varios lucrativos mercados. Los galos, que hacían su propio vino, ya no querían tantas cantidades del fruto de las viñas italianas. Cuando el comercio estaba en pleno auge, incluso la tierra menos fértil solía cultivarse para obtener provecho, pero en el siglo II ya no merecía la pena hacer el esfuerzo de cultivar ese tipo de campos y se empieza a oír hablar de tierras desiertas. Hispania floreció más tarde que Italia y su auge se debió en parte a que llegó a suministrar aceite de oliva a Roma y también por la amplia popularidad de la acre salsa de pescado llamada *garum* que producía. Con el paso del tiempo, sus granjeros tuvieron que enfrentarse a la competencia de otras regiones, sobre todo del norte de África.

No hay duda de que las provincias africanas fueron uno de los principales ejemplos de éxito en el siglo III, aunque había considerables variaciones de una región a otra. En general, rara vez se vieron perturbadas por guerras a gran escala (aparte de la rebelión de los gordianos, la región apenas sufrió los estragos de la guerra civil y sólo algunas áreas se vieron expuestas a las razias bárbaras) y su economía floreció. Los sistemas de irrigación mantenían la fertilidad de amplias zonas, hasta un punto que rara vez se había visto antes o se vería después, produciendo vastos excedentes para la venta, en especial para los mercados de Italia y Roma. Sus ciudades presentan todos los signos de la prosperidad, evidenciada por la continuada construcción de grandiosos edificios públicos. Parece que también Palestina y otras zonas de las provincias sirias habían prosperado y hay indicios de que la población era muy numerosa, sobre todo en las zonas rurales. Britania era otra de las regiones que, al parecer, disfrutó de bastante prosperidad y probablemente no es ninguna coincidencia el hecho de que, por lo general, también se mantuvo en paz. A diferencia de lo que sucedía en África, varias de sus ciudades muestran signos de decadencia, pero es muy posible que el declive se debiera más al hecho de que, en el fondo, la aristocracia local seguía siendo más rural que urbana. Muchas villas de Britania experimentaron su momento de esplendor a principios del siglo IV.

La suerte varió de región a región, y también había marcadas diferencias dentro de las mismas provincias. A medida que se vayan acumulando nuevas pruebas arqueológicas, casi con toda seguridad, el panorama se complicará aún más. No hay duda de que a algunas zonas les fue muy mal en esos años y experimentaron una importante decadencia, mientras que a otras les fue mucho mejor. Unos cuantos individuos y comunidades, incluso en las regiones que se llevaron la peor parte, tuvieron

un desarrollo muy positivo, algo que casi siempre ocurre, incluso en las condiciones aparentemente más terribles. También es probable que se produjeran numerosas tragedias, ya que los que fueron incapaces de hacer frente a los cambios en el clima económico -o fueron víctimas de alguna de las muchas desgracias a corto plazo- fracasaron y lo perdieron todo. En toda empresa comercial, ese tipo de riesgos siempre habían estado ahí, pero se hicieron más comunes en aquellas épocas agitadas. Aquéllos con estrechos márgenes de éxito y fracaso eran, inevitablemente, los que tenían más posibilidades de sucumbir, como de hecho ocurre en todas las épocas. En Africa había multitud de ricos locales que deseaban asumir un cargo público y financiar festivales y edificaciones. Es posible que en otras regiones hubiera muchos menos de esos hombres que pudieran o quisieran mantener las ciudades en marcha.<sup>9</sup>

La moneda romana había experimentado una enorme devaluación -el denario fue abandonado y sustituido por nuevas monedas de plata, mientras que las de bronce desaparecieron por completo durante un tiempo-, pero, de todos modos, desde muchos puntos de vista, llevaba ya mucho tiempo siendo una moneda simbólica. Todas las monedas exhibían todavía la cabeza de un emperador y en todo el Imperio tenían un valor acordado dependiendo de su denominación y no del auténtico contenido de metal precioso (fuera de las fronteras de Roma las cosas eran distintas, y hay constancia de que se preferían las monedas más antiguas y puras). En ocasiones parece que se había planteado una cierta preocupación ante la posibilidad de que las monedas que llevaban la imagen de los emperadores derrotados fueran rechazadas, pero en general las autoridades subrayaban con insistencia que todas las monedas debidamente acuñadas eran aceptables.<sup>10</sup>

Sin duda, en el año 300 la economía del Imperio romano era más sofisticada y sólida que cualquiera de los sistemas que surgirían en las mismas regiones durante bastante más de mil años. Sin datos estadísticos, no podemos comparar esas condiciones económicas con las del siglo II, pero es poco probable que fueran más robustas y lo más seguro es que decayeran, tal vez en un amplio margen. La evidencia de huellas de contaminación en los casquetes polares procedentes del periodo romano sugieren que se produjo un inmenso auge en los siglos I y II d.C., para caer en picado en el siglo III. En la mayoría de los casos, por ejemplo en los del plomo y el cobre, no volverían a alcanzarse los mismos niveles hasta el siglo XIX. Varias minas de Hispania y Britania fueron abandonadas a finales del siglo II o a principios del siglo III, aunque seguían conteniendo importantes depósitos de mineral. Si unimos eso a la pérdida de las minas de Dacia, parece que el Imperio estaba obteniendo y refinando cantidades significativamente menores de minerales. Por debajo de los problemas de las monedas subyacía una auténtica escasez de plata y bronce.<sup>11</sup>

Parte de la decadencia del siglo III resultó temporal y unas cuantas regiones disfrutaron de mayor prosperidad que en cualquier otro periodo, pero en las demás zonas el panorama era mucho menos halagüeño. Al final, la realidad básica del Imperio romano era que tenía un tamaño y una riqueza inmensos. Las variaciones entre las distintas regiones y a lo largo del tiempo eran inevitables. En general, es probable que la economía entrara en decadencia y muy posiblemente la población disminuyó. A pesar de todo, el Imperio seguía siendo muchísimo más rico y más populoso que cualquier otro estado o pueblo del mundo conocido.<sup>12</sup>

## SENADORES Y CABALLEROS

Los senadores siguieron siendo extremadamente ricos -algunos de ellos poseían fortunas fabulosas- y

mantuvieron su influencia, pero su papel político cambió radicalmente durante el siglo III. Se dice que Galieno prohibió a los senadores que ocuparan mandos militares. Es posible que se trate de una exageración y es poco probable que emitiera un decreto específico, aunque puede que contribuyera a reforzar una tendencia establecida. Los jóvenes de las familias senatoriales dejaron de servir como tribunos de rango superior de una legión. A los senadores dejaron de ofrecerles el mando de una legión a través del puesto de legados. Continuaron gobernando provincias, y en algunos casos comandaron varias guarniciones de tropas, pero con el tiempo dejaron de estar al frente de los ejércitos más importantes. La tradición de los senadores como principales agentes del Estado que combinaban puestos civiles y militares se remontaba al menos a los inicios de la República, ocho siglos atrás. Ahora había llegado a su fin.<sup>13</sup>

Por el contrario, en aquel momento la tendencia era a la profesionalización o la especialización. Los hombres emprendían una carrera en el ejército o en la administración y el sistema legal. Todos los puestos de alto rango del ejército -y de hecho la mayoría de los que había en la administración- pasaron a los équites. Para nuestra mentalidad moderna, los profesionales deberían ser mucho más competentes que los *amateur*. Por tanto, en general, los équites, que pasaban la mayor parte de su carrera en el ejército, deberían ser mejores comandantes que los senadores, que intercalaban unos cuantos años de experiencia militar en una carrera mucho menos especializada. Si eso es así, entonces el hecho de que los oficiales ecuestres pasaran a tener el control exclusivo de los rangos superiores del ejército puede considerarse necesario con vistas a la eficacia militar. Esa decisión se relaciona a menudo con la aparición de nuevas amenazas, supuestamente mayores, provenientes de la Persia sasánida y de las tribus germánicas, que se unían formando confederaciones ante la presión de grupos recién llegados, como los godos. Los comandantes *amateur* del Senado, sencillamente, no estaban preparados para enfrentarse a oponentes tan duros, por lo que, con una visión pragmática, los emperadores recurrieron a los experimentados oficiales de la orden ecuestre.<sup>14</sup>

Como muchas otras teorías, ésta hace hincapié en el papel de las presiones externas a la hora de provocar un cambio profundo en el Bajo Imperio. Sin embargo, ya hemos visto que la importancia de la amenaza que representaban los persas y los germanos en el siglo III se ha exagerado mucho. Sus éxitos tenían bastante más que ver con la debilidad romana debida a los desórdenes internos que con fallos inherentes al ejército y los sistemas fronterizos. También resulta difícil hallar diferencias notables en el nivel de competencia mostrado por los comandantes de la orden senatorial y los de la orden ecuestre. Las pruebas no dicen demasiado sobre los estándares del generalato en el siglo III, pero los comandantes del ejército «profesional» del siglo IV, de los que se poseen más datos, no parecen mucho más capaces que los senadores *amateur* del Principado. Ambos grupos dirigían sus tropas de un modo bastante similar.<sup>15</sup>

Es fácil dejarse llevar por el impulso de imponer nuestras ideas modernas sobre la especialización en el mundo romano. Los oficiales ecuestres eran profesionales en el sentido de que su carrera consistía en una sucesión de puestos exclusivamente militares, pero no recibían ninguna formación especializada. Algunos alcanzaban grados superiores tras haber servido como oficiales de rango inferior, sobre todo como centuriones, pero muchos de ellos eran nombrados directamente para comandar un contingente de quinientos hombres o más (lo más habitual es que se tratara de una cohorte de infantería auxiliar). Poseían la experiencia de haber servido durante muchos años, con el tiempo iban ocupando puestos cada vez de más rango, y es evidente que se asumía que aprendían a medida que iban escalando posiciones. La misma suposición se aplicaba a los oficiales senatoriales, sólo que disponían de menos tiempo para adquirir dotes de mando. No hay ningún dato que demuestre

que la competencia fuera el principal criterio para seleccionar a los oficiales ecuestres para un ascenso. De hecho, resultaría muy sorprendente que el clientelismo no desempeñara el papel decisivo en el proceso. También se tenía en cuenta la lealtad mostrada hacia el emperador.

Durante el Principado, los équitos comandaban la guardia pretoriana y también gobernaban Egipto y dirigían las legiones que estaban estacionadas allí. Ningún emperador deseaba que la única fuerza militar de Roma, o el control de la provincia que suministraba el grueso del grano del Imperio, cayeran en manos de un senador que pudiera transformarse fácilmente en un rival. Podían confiar en los équitos porque carecían del estatus social y de los contactos políticos necesarios para aspirar a hacerse con el trono. Al menos no podían hacerlo sin antes convertirse en senadores. Septimio Severo alcanzó el poder tras el asesinato de dos emperadores y cuatro años de guerra civil, durante los cuales se deshizo de tres rivales. No sorprende constatar que incrementó enormemente el número de tropas que estaban a su inmediata disposición aumentando las unidades de guardias y estacionando la II Parthica cerca de Roma. Tanto ésta como las otras dos legiones que creó estaban mandadas por équitos, al igual que su nueva provincia, Mesopotamia. Al mismo tiempo, muchas provincias fueron divididas en dos. Las controlaban legados senatoriales, pero ninguno de ellos comandaba más de dos legiones. Los senadores que estaban al frente de poderosos contingentes militares eran amenazas potenciales, sobre todo para aquellos emperadores que acababan de hacerse con el poder mediante la fuerza de las armas. En tales circunstancias, los équitos representaban un peligro menor. Con el tiempo eso dejó de ser verdad.<sup>16</sup>

A Caracalla no le gustaba la compañía de los senadores y prefería rodearse de oficiales del ejército. De ahí que, tras su muerte, el équite Macrino pudiera convencer a los oficiales presentes de que le aceptaran como emperador. El Senado reconoció enseguida su reivindicación: tenía un ejército y ellos no, y el recuerdo de las purgas realizadas por Severo entre los de su clase era reciente. Después de eso, el hecho de que un nuevo emperador procediera del Senado se convirtió en la excepción en vez de en la norma. Varios de los emperadores fueron infantes, pero la gran mayoría fueron oficiales ecuestres. A medida que los senadores fueron dejando de comandar ejércitos, fueron perdiendo la posibilidad de llegar a ser elevados al rango imperial.

Muy pocos emperadores del siglo III fallecieron de muerte natural: Septimio Severo y Claudio II son los dos únicos de los que tenemos certeza de que fue así. La mayoría murió a manos de sus propios subordinados. El magnicidio y la rebelión por parte de un usurpador que contara con un ejército eran hechos frecuentes. Obviamente, los hombres que se hacían con el poder en esos años eran ambiciosos (o bien, en el caso de los emperadores adolescentes, tenían personas ambiciosas detrás de ellos). También eran inevitablemente temerosos e inseguros. Ninguno de ellos perduró el tiempo suficiente para llegar a sentirse totalmente a salvo, y todavía menos para fundar una dinastía estable.

Las personas asustadas tienden a confiar sólo en aquellos que conocen bien. Así, los familiares eran los primeros elegidos y, por lo general, resultaban dignos de confianza, con la importante excepción de la frágil relación entre Elagábalo y Alejandro. De otro modo, la elección recaía en antiguos colegas y subordinados. Por tanto, los équitos cuyas carreras habían transcurrido íntegramente en el ejército tendían a elegir a otros oficiales para comandar sus ejércitos, gobernar las provincias y ocupar puestos de rango superior en la administración. No conocían a muchos senadores íntimamente y, en cualquier caso, recelaban de aquellos que podían alardear de contar con magistraturas importantes, amplios contactos y enormes riquezas. No se produjo una súbita exclusión de los senadores del gobierno, sino que, simplemente, con el paso del tiempo, todos los puestos de rango superior, y en especial los



mandos militares, acabaron siendo ocupados por hombres que no pertenecían a la orden senatorial. Si algún emperador hubiera permanecido varias décadas en el poder, entonces es posible que se hubiera sentido lo suficientemente seguro como para empezar a confiar a más senadores esos cargos tan importantes. Pero eso nunca llegó a suceder, a pesar de que nuestras fuentes afirman que algunos gobernantes, como por ejemplo Alejandro y Tácito, mostraron públicamente una inmensa fe en el Senado.<sup>17</sup>

Lo más irónico es que, a largo plazo, la exclusión de los senadores de los mandos superiores hizo que los emperadores fueran más vulnerables ante las violentas aspiraciones al poder de sus rivales, en vez de serlo menos. En los siglos I y II sólo los senadores eran considerados apropiados para ocupar el trono si no existía ningún candidato aceptable en la familia imperial. Aún más, sólo los miembros más distinguidos de la orden tenían posibilidades de éxito, como mucho unas cuantas docenas de hombres en un consejo de seiscientos. El éxito de los emperadores se basaba en el establecimiento de una relación de trabajo con el Senado que fuera tolerable para ambos lados. Septimio Severo llegó a conseguirlo, a pesar de que sus métodos, en ocasiones, eran brutales.

Era mucho más fácil controlar al Senado que a la orden ecuestre, más nutrida y dispar. Los senadores regresaban a Roma a lo largo de su carrera, se mezclaban socialmente con otros senadores y se emparentaban entre sí. Era poco probable que un oficial de la orden ecuestre conociera a otros hombres de rango similar que sirvieran en el ejército en provincias distantes. Ahora era mucho más sencillo llegar a ser emperador, ya que un hombre sólo necesitaba obtener el respaldo de las tropas *in situ*. Persuadir al resto del Imperio de que su gobierno era mejor que el resto de alternativas resultaba mucho más difícil. Mucho tiempo después de haber perdido su auténtica independencia política, el Senado siguió siendo una fuerza importante para la cohesión política. Sin embargo, su valor en esa función dependía de que los emperadores trataran a la institución con respeto y de que emplearan senadores en la gran mayoría de los puestos de rango superior. Así era como Augusto había calmado los ánimos de la élite romana, ayudándoles a aceptar el paso a la República. Para los emperadores, se trataba de una convención voluntaria, pero, por lo general, había funcionado bien durante más de doscientos años.

La sustitución de los senadores por los équitos a la cabeza de los ejércitos romanos no tenía ninguna relación con las necesidades militares y menos aún había sido provocada por la demanda concertada por parte de una clase cada vez más próspera y numerosa de ocupar un papel mayor en la vida pública, ya que la orden ecuestre carecía de sentimiento de identidad corporativa. En el pasado, los individuos de más éxito siempre habían tenido la posibilidad de ingresar en el Senado.

De hecho, la llegada de los équitos a los puestos al frente del mando supremo provocó marcadas divisiones en el seno de la orden entre los miembros de estatus más alto y los de estatus inferior. El dominio de los oficiales ecuestres era consecuencia del deseo de una serie de emperadores recién llegados, y normalmente pertenecientes a la orden ecuestre, de rodearse de hombres en quienes sintieran que podían confiar. Esa sensación, en buena medida, era una ilusión, como muestra el elevado número de emperadores asesinados por esos subordinados tan «de confianza».

A medida que el Senado iba perdiendo su papel central en la vida pública, la importancia de la propia Roma disminuía. Ambos seguían siendo símbolos poderosos de la grandeza del Imperio. El Senado continuó reuniéndose, debatiendo y aprobando mociones, normalmente para alabar al emperador con gran formalidad. Los senadores seguían ejerciendo influencia y también ocupaban puestos

administrativos en Italia y gobernaban provincias menores. La población de Roma continuaba siendo mimada con comida y bebida gratuita, y subvencionada, disfrutando de entretenimientos espectaculares en sedes inmensas como el Coliseo y el Circo Máximo, así como de los placeres que brindaban las enormes casas de baños públicas. Rara vez veían a los emperadores, e incluso cuando uno de ellos residía en la ciudad, era muy improbable que entrara en la Casa del

Senado. Roma continuaba siendo la ciudad más grande del Imperio, pero ella y su Senado se habían desplazado a los márgenes de la vida política. El poder residía en el emperador y su corte, que no se acercaban a la ciudad sino en contadas ocasiones.

## SOBREVIVIR A LA CRISIS

Los emperadores pasaban poco tiempo en Italia y menos todavía en la propia Roma. Iban a la guerra frecuentemente y algunos de ellos combatieron en campaña todos los años de su mandato. Pasó a ser infrecuente que un solo emperador estuviera al frente del gobierno. En algunos casos se trataba de algo involuntario, por ejemplo, cuando surgían emperadores rivales demasiado poderosos para ser derrotados en el momento, pero más a menudo se trataba de una cuestión de elección. Los emperadores con hijos solían nombrarlos corregentes casi en el mismo instante en que se hacían con el poder. Si todavía eran unos niños, marcaban de ese modo una clara sucesión y creaban así la promesa de una estabilidad a largo plazo. Los hijos adultos podían ser enviados a solucionar problemas surgidos en una región mientras el padre se ocupaba de algún asunto en otra zona.

En opinión de muchos estudiosos, esta evolución demuestra que un solo emperador ya no podía gobernar todo el Imperio. La mayoría afirman asimismo que, como mínimo desde la época de Marco Aurelio, se esperaba que los emperadores presidieran en persona las guerras más importantes. También se esperaba que resultaran vencedores. Si había más de una guerra al mismo tiempo, entonces tenía que haber más de un emperador. Por tanto, se desarrolló la tendencia a dividir el poder imperial y, en última instancia, esa división llevó a la partición entre el Imperio de Oriente y el de Occidente a finales del siglo IV. Ese tipo de análisis no sólo se basa en datos conocidos a posteriori, sino que da por supuesto que ese drástico cambio fue una reacción razonable, quizá incluso inevitable, a los nuevos problemas. Una vez más, esa opinión está vinculada con la creencia de que en el siglo III las amenazas procedentes del exterior a las que se enfrentó el Imperio eran mucho más graves que nunca.<sup>18</sup>

El cambio era inexorable y recibió el impulso de la presión externa. Con frecuencia se ha empleado un razonamiento similar para afirmar que la caída de la República y la creación del Principado por parte de Augusto fueron igualmente inevitables. Si no lo hubiera hecho, entonces alguien muy semejante a él habría creado una monarquía esencialmente igual a la suya. Este tipo de análisis despoja a los individuos cuyas decisiones y actos dieron forma al proceso de cualquier independencia de acción, tal vez incluso de responsabilidad. Y lo que es más importante, un examen más detenido del curso de los acontecimientos revela un panorama muy distinto. Muchos de los supuestos subyacentes resultan ser muy cuestionables y toda sensación de inevitabilidad desaparece.

En el siglo II, Trajano pasó varios años de su reinado en campaña y Adriano emprendió amplios viajes por las provincias. Ambos pasaron asimismo buena parte de su tiempo en Italia, y Antonino Pío nunca se marchó de allí. El reinado conjunto de Marco Aurelio y Lucio Vero no tuvo nada que ver con que

percibieran la necesidad de que hubiera dos emperadores. Cuando Vero falleció, no fue reemplazado hasta siete años más tarde, cuando se consideró que Cómodo tenía suficiente edad para gobernar. Durante mucho tiempo había sido habitual señalar un sucesor compartiendo el poder con él. Cómodo gobernó solo, como también Septimio Severo hasta que quiso dejar claro que sus hijos serían sus sucesores. Caracalla y Geta heredaron el cargo de forma conjunta porque no era seguro depositar el poder en un solo hijo adulto.

Marco Aurelio se tomó muy en serio su papel de emperador y pasó gran parte de la segunda mitad de su reinado en campaña, más por su sentido del deber que porque tuviera obligación de hacerlo. Cómodo veía las cosas de forma distinta y, después de regresar a Roma del Danubio, abandonó por completo las campañas militares. Severo libró frecuentes batallas. Al principio, sus oponentes fueron romanos, y después lideró importantes operaciones en Oriente y en Britania (las regiones que habían apoyado a sus rivales). Es posible que hubiera buenas razones detrás de esas guerras, pero a Severo también le interesaba crear un vínculo con las tropas de las distintas zonas y obtener gloria (Augusto había sido igualmente agresivo en los primeros años del Principado). Caracalla deseaba ardientemente crearse la imagen de duro soldado y prefería la vida en campaña a la vida pública en Roma. Las grandes victorias siempre poseían un preciado valor propagandístico, de ahí que se adoptaran nombres triunfales, como Germánico, Samártico o Pártico, y la prominencia de los símbolos de la victoria en las monedas.<sup>19</sup>

Las victorias militares eran especialmente atractivas para los emperadores inseguros. El éxito en la guerra demostraba su competencia y, con sus implicaciones de favor divino, sugería que su gobierno era legítimo. Los emperadores bien establecidos podían llevarse los laureles de las guerras ganadas por sus gobernadores, tal como había hecho Antonino Pío. Los más inseguros necesitaban presidir en persona ese éxito. También se resistían a permitir que otros se hicieran con una gloria que pudiese rivalizar o sobrepasar la suya. En cualquier caso, la división de las provincias en unidades más pequeñas aseguraba que los gobernadores tuvieran ejércitos más reducidos a su disposición, que no siempre bastaban para enfrentarse a un problema de envergadura. El siglo III asistió al nacimiento y auge de comandantes extraordinarios, por ejemplo el hermano de Filipo, Prisco, en gran parte de la frontera oriental, y con el mismo rango, más tarde, Odenato. Esa práctica era necesaria porque los gobernadores provinciales ahora operaban en una escala demasiado pequeña para salir victoriosos en ciertas circunstancias. No obstante, había un peligro inherente en esos nombramientos: una y otra vez, el éxito local de un gobernador o de otro comandante le movía a proclamarse emperador.<sup>20</sup>

Tal fue la raíz de la necesidad de compartir el poder imperial, mucho más que el hecho de que las amenazas exteriores se hubieran acentuado. Compartir el gobierno con un colega significaba que había otra persona a la que -esperaban- podía confiársele el mando de un contingente importante de tropas en otra zona del Imperio. El hecho de que alguien fuera digno de confianza no garantizaba que fuese competente. Ni tampoco impedía que el colega fuera asesinado y un usurpador se hiciera con el mando de sus tropas. Ningún emperador estaba totalmente seguro en el siglo III. Mucho tiempo atrás, el emperador Tiberio había descrito el gobierno del Imperio como equivalente a «sujetar a un lobo por las orejas». Él tuvo la ventaja de suceder por adopción a un padre que había gobernado durante cuarenta y cinco años, y él mismo reinó más de dos décadas. Ningún gobernante duró tanto tiempo entre Severo y Diocleciano.<sup>21</sup>

Con frecuencia, el ejército romano ha cargado con buena parte de la culpa por su papel en los trastornos y disturbios que se produjeron en el siglo III. Es evidente que ninguno de ellos podría haber

tenido lugar si los soldados romanos no hubieran estado dispuestos a combatir y a matarse entre sí. Sin embargo, el ejército mostraba una clara preferencia por las dinastías establecidas, tal como habían hecho a lo largo del Principado. Bastantes militares se mostraron dispuestos a respaldar a Elagábalo -a pesar de que su reivindicación era extremadamente dudosa- porque era considerado un Severo. Igualmente, hicieron falta importantes fracasos por parte de Severo Alejandro antes de que prosperara un golpe de Estado contra él. Ninguno de los demás emperadores podía exigir una lealtad profunda, sobre todo porque muchos de ellos, para empezar, habían estado implicados en el asesinato de su predecesor. El ejército quería periodos de estabilidad, cuando podían estar seguros de que les pagarían y los más ambiciosos podrían conseguir ascensos. Si eso faltaba, por lo general los soldados querían estar en el bando de los vencedores, de ahí el número de

emperadores asesinados cuando un rival más fuerte se acercaba con sus tropas a su ejército.

Sin duda, los soldados de todos los rangos sacaron provecho del caos de la guerra civil, que inevitablemente relajaba la disciplina. Había muchas oportunidades para el saqueo y la extorsión. También era posible ascender muy deprisa a un rango superior. Los líderes de Elagábalo prometieron ascender a todos los hombres de Macrino al rango que dejara vacante el oficial que debían asesinar si se negaba a pasarse a su bando. Las mejores perspectivas estaban abiertas para los oficiales más próximos al emperador. Si se unían a una conspiración para organizar su asesinato, entonces podían esperar recompensas de su sucesor. Había oportunidades, pero también había grandes riesgos. Apoyar al bando equivocado podía resultar fatal, y sin duda existía el riesgo de perjudicar su carrera, de modo que era necesario juzgar cuidadosamente si convenía permanecer leal o asociarse a un usurpador. La mayoría de los emperadores murieron a manos de hombres que habían estado muy ligados a ellos. La confianza era un bien precario para el gobernante y sus subordinados. El miedo a ser ejecutado provocó varios asesinatos desde Cómodo y Caracalla en adelante.<sup>22</sup>

Era un círculo vicioso, ya que cada nuevo asesinato o rebelión por parte de un usurpador - independientemente de cuánto tardara en caer- aumentaba las probabilidades de que se reanudara la guerra civil. Una derrota humillante en una guerra extranjera podía muy bien provocar la rápida caída de un emperador. Otros fueron asesinados por haber perseguido presuntamente a las esposas de sus oficiales. Algunos murieron sólo porque sus ambiciosos seguidores pensaron que ellos o un asociado suyo podían hacerse con el poder imperial. A los emperadores siempre les preocupaban más los rivales romanos que los enemigos extranjeros. Ni siquiera los persas tenían verdaderas posibilidades de hacerse con grandes zonas del territorio romano. Los guerreros germánicos podían hacer incursiones de saqueo en Italia, Hispania o Asia Menor, pero no podían permanecer allí.

En el siglo III el Imperio romano desperdició gran parte de su fuerza luchando contra sí mismo. Su sistema militar sufrió una grave dislocación y era cada vez menos capaz de hacer frente a las amenazas extranjeras. Augusto había creado un sistema que disimulaba el poder del emperador y, al no tratarse de una posición clara, constitucional, no había ningún patrón de actuación oficial para la sucesión. Esa indefinición era un punto débil, pero la estabilidad general de los siglos I y II hace difícil considerar que ese fallo pudiera ser responsable de los problemas del siglo III. El azar desempeñaba un papel más importante del que los historiadores están dispuestos a reconocer. Fue una cuestión de azar que a Marco Aurelio le sobreviviera un hijo joven que, sencillamente, no estaba a la altura del trabajo de emperador. No era necesario que Pertinax equivocara la jugada y fuera asesinado, y Septimio Severo podría haber vivido más tiempo y quizá enseñar a sus hijos a trabajar juntos y a gobernar bien. Si Cómodo, Caracalla, Elagábalo o Alejandro hubieran sido mayores al llegar al poder,

entonces tal vez habrían hecho gala de mayor capacidad en el cargo.

Las decisiones adoptadas por los sucesivos emperadores empeoraron la situación. La exclusión gradual de los senadores de los mandos militares y su sustitución por parte de los équitos pretendía aumentar la seguridad de los emperadores. A largo plazo, el efecto fue el contrario, y los emperadores empezaron a proceder cada vez más del grupo de los oficiales ecuestres de mayor graduación. Del mismo modo, la reducción del tamaño de las guarniciones de las provincias debilitó la capacidad de los gobernadores para hacer frente a operaciones de envergadura. Los emperadores tenían que ir a la guerra personalmente o bien otorgar suficiente poder extraordinario a un subordinado para permitir que dispusiera de los recursos requeridos para hacer frente a la situación, confiando en que eso no implicara a su vez darle la posibilidad de rebelarse. Hasta Diocleciano no volvió a reafirmarse, hasta cierto punto, el control del emperador. Muchos menos emperadores fueron asesinados después del año 285. Las guerras civiles dejaron de ser tan comunes, aunque tendían a ser mucho más importantes y costosas cuando estallaban. La situación no era tan mala como en el medio siglo previo a su llegada al poder, pero no deberíamos exagerar el alcance del cambio. La estabilidad de los siglos I y II nunca se volvería a repetir.

## PARTE II

### ¿RECUPERACIÓN? EL SIGLO IV

#### LOS CUATRO: DIOCLECIANO Y LA TETRARQUÍA

*Después de ellos, los dioses nos otorgaron a Diocleciano y Maximiano, y, junto a tan ilustres personalidades, a Galerio y Constancio, de los que el uno nació para borrar la ignominia que supuso el cautiverio de Valeriano y el otro para someter de nuevo a las Galias a las leyes de Roma. Ciertamente, estos cuatro caudillos del mundo fueron aguerridos, sabios, benignos y muy generosos.*

Autor anónimo de la *Historia Augusta*, siglo IV.<sup>1</sup>

*El Zeus Capitolino se apiadó por fin de la raza humana y le dio el dominio de toda la tierra y el mar al divino rey Diocleciano. Él extinguió el recuerdo de los antiguos sufrimientos en todos aquellos que aún padecían con penosas cadenas en lugares sin luz.* Extracto de un discurso pronunciado en Oxyrhynchus,

en Egipto, probablemente en 285.<sup>2</sup>

El violento ascenso de Diocleciano al poder era típico del siglo III, pero sus secuelas fueron muy diferentes. Después de décadas en las que los emperadores iban y venían en rápida sucesión, él gobernó durante veinte años. Nadie había conseguido nada parecido desde la «edad dorada» de los Antoninos en el siglo II. Además, cuando su gobierno todavía era fuerte, renunció de forma voluntaria al trono y se retiró de la vida pública (aunque en un magnífico palacio y rodeado de cortesanos y guardias). Ningún emperador antes de él había renunciado al poder. Diocleciano era diferente, y también lo fue, en una serie de aspectos muy profundos, el Imperio que gobernó y la forma en que lo hizo.

Un imponente símbolo de su régimen es un grupo escultórico situado en la plaza de San

Marcos de Venecia que, muy probablemente, fue trasladado allí en el siglo XIII tras el saqueo de Constantinopla durante la Cuarta Cruzada. Tallada en pórfido -con el tiempo, el matiz púrpura que dio a esta piedra su nombre fue haciéndose más y más popular en la estatuaria imperial por considerarse muy apropiado para ese fin-, muestra a Diocleciano y sus tres colegas imperiales. Diocleciano gobernó solo durante unos cuantos meses antes de designar a un colega de rango inferior. Más tarde, ese hombre recibió idéntico poder y, más tarde aún, se procedió al nombramiento de otros dos emperadores de rango inferior, de manera que el gobierno imperial fue compartido entre cuatro hombres, conocidos como los tetrarcas («los cuatro gobernantes»).

La escultura, diseñada con el fin de ser instalada en una esquina, presenta a los cuatro emperadores en parejas, con la mano derecha apoyada en el hombro de su colega y la mano izquierda sujetando la empuñadura de su propia espada. Aureliano había sido apodado «la mano en la espada» por su pronta disposición a luchar contra cualquier oponente. La amenaza de la fuerza es flagrante en este caso en la forma en que los tetrarcas miran hacia delante, buscando a cualquier posible usurpador, ya sea romano o bárbaro. Su vestimenta es militar: gorro de campaña, túnica de manga larga, petos, pantalones y botas muy similares a los que llevaban los hombres de Terencio en

Dura Europos. En la vida real se habrían parecido menos a soldados u oficiales: sus capas tenían un corte militar, pero estaban teñidas de un rico púrpura reservado solamente para los emperadores. Todo había sido confeccionado con los materiales más finos, y los tocados, las túnicas e incluso los zapatos estaban incrustados de gemas.<sup>3</sup>

No sólo el estilo artístico era distinto: más basto, una talla más tosca había sustituido la suavidad y las figuras idealizadas del arte de principios del Imperio. También había cambiado el mensaje. Augusto había ocultado la dictadura militar que creó bajo el velo de la fachada de la tradición, situándose a sí mismo únicamente como el siervo más grande del Estado, pero sin dejar de pertenecer a la orden senatorial. El velo se había ido gastando a lo largo de los años, pero no se desgarró por completo hasta la llegada de Diocleciano. Desde luego, los tetrarcas no eran «primeros entre iguales», sino que existían a un nivel superior, habían sido tocados por lo divino y su importancia era mucho mayor que la de su subordinado de más rango. En el arte se manifestó una tendencia creciente a representar a los emperadores físicamente más grandes que las figuras enanas de los cortesanos y soldados que los rodeaban. Cuando alguien se dirigía a Diocleciano lo llamaba «señor» o «amo» (*dominus*), a veces incluso «señor y dios» (*dominus et deus*). Estaba envuelto en una rígida ceremonia cortesana y sólo a unos pocos se les permitía acercarse a él. Cuando lo hacían tenían que postrarse ante él en señal de homenaje. Unos pocos afortunados tenían permiso para arrodillarse y besar el dobladillo de la túnica del emperador.<sup>4</sup>

Los tetrarcas estaban muy por encima de aquéllos a quienes gobernaban. Además, siempre eran comandantes, por lo que tenían a su mando los vastos ejércitos que mandarían a luchar contra cualquier amenaza. Su propaganda hablaba de la restauración del Imperio y el mundo (para los romanos, ambos eran sinónimos de *facto*). En una ocasión, la eliminación de un usurpador fue descrita como «la restauración de la luz» en una provincia. Esos alardes no eran nuevos, Aureliano había hecho afirmaciones similares. Sin duda le otorgaban al Imperio mayor estabilidad de la que había disfrutado durante generaciones. Para muchos estudiosos modernos, la centralización del poder, el aumento masivo de la burocracia y la clara imagen monárquica de los tetrarcas fueron necesarios para

solucionar los problemas más graves a los que se enfrentaba el Imperio. Un emperador filósofo como Marco Aurelio, sencillamente, no habría podido con ellos. La época del amateurismo senatorial había quedado muy atrás y ahora lo que se necesitaba eran gobernantes más duros que, simplemente, no tenían tiempo para representar una charada republicana. Dejando a un lado el hecho de que ese tipo de argumentos se haya utilizado para justificar las dictaduras a lo largo de todos los tiempos, se trata en buena medida de un análisis basado en una visión retrospectiva. El éxito de Diocleciano no era inevitable, ni tampoco lo fue la forma del Imperio del siglo IV, que él tanto contribuyó a definir. La causa esencial de los problemas seguía siendo la inestabilidad interna que, con tanta frecuencia, daba lugar a guerras civiles. La tetrarquía resultó ser sólo una interrupción temporal y parcial de ese ciclo.<sup>5</sup>

## LA CREACIÓN DE LA TETRARQUÍA

Diocleciano tenía algo más de cuarenta años cuando fue proclamado emperador. Era otro oficial de la orden ecuestre de una de las provincias del Danubio. Había rumores de que había nacido esclavo, algo extremadamente improbable, o de que era hijo de un liberto, igual que Pertinax, lo cual era posible. Se sabe muy poco sobre él o su carrera hasta ese punto (incluso las imaginativas biografías de la *Historia Augusta* finalizan con Numeriano). Diocleciano estaba casado y tenía una hija, pero ningún hijo. La mayoría de los emperadores del siglo III designaban un sucesor enseguida, por lo general nombrando César a su hijo o a otro familiar de sexo masculino. Muchos de esos sucesores potenciales eran niños, incapaces de ayudar en la tarea de gobernar el Imperio, pero que representaban la promesa de que el nuevo régimen tenía un futuro.

A falta de un familiar adecuado, Diocleciano seleccionó a un oficial de su ejército llamado Maximiano (de nombre completo Aurelio Maximiano) y lo nombró César a los pocos meses de derrotar a Carino en mayo de 285. A principios del año siguiente, Maximiano fue ascendido a Augusto, lo que le convertía en un igual -o prácticamente igual- a Diocleciano. Maximiano tenía un hijo pequeño, pero Diocleciano buscaba un colega que le ayudara en el presente y en el futuro inmediato, y todavía no le preocupaba la cuestión de la sucesión a largo plazo. Necesitaba a un hombre en quien pudiera confiar, alguien que fuera capaz de enfrentarse a problemas graves en una región mientras él se ocupaba de diversos asuntos en otra parte. No existía ninguna división oficial del Imperio en dos mitades, pero Diocleciano se dirigió a Oriente mientras que Maximiano fue enviado a la Galia. El primero adoptó el epíteto de Iovius (similar a Júpiter) y Maximiano el de Herculius (similar a Hércules): Diocleciano-Júpiter era el mayor, la figura paterna -no se sabe si llegó a adoptar realmente a Maximiano- que se encargaba de la planificación y se preocupaba por lograr el bien del Imperio; Maximiano-Hércules era el hijo heroico que viajaba por el mundo superando a cuantos enemigos y obstáculos se interpusieran en su camino.<sup>6</sup>

En la Galia su primera tarea fue suprimir a los *bagaudae* o bagaudas, un grupo de rebeldes cuya principal fuerza parece haber residido en las zonas rurales. Los detalles y la causa de esta rebelión son inciertos, pero varios grupos del mismo nombre aparecerían en la región durante varias generaciones. Puede que, simplemente, fueran un reflejo de las décadas de desórdenes que se produjeron en la zona tras años y años de guerra civil e incursiones bárbaras. Tal vez hubiera también problemas sociales y económicos más generales, pero deberíamos ser precavidos a la hora de aceptar la propaganda oficial y considerarlos unos meros bandidos. Las monedas acuñadas por sus líderes reivindicaban títulos imperiales completos.<sup>7</sup>

Parece que Maximiano derrotó a los bagaudas con rapidez. Entretanto, envió a un oficial llamado Carausio a proteger las costas del Canal de la Mancha de la Galia y Britania de los ataques por mar lanzados por tribus como los frisios y los sajones. Una vez más, los romanos lograron un éxito inmediato, demostrando que si contaban con un líder y una organización apropiados, su flota, como el ejército, podía resultar altamente eficaz. Sin embargo, se pusieron en duda los métodos y los motivos de Carausio. Se afirmó que había cerrado acuerdos con los saqueadores, o que aguardaba a que estuvieran de regreso a su territorio para atacarles, y así apropiarse de su botín y guardárselo. Puede que las críticas no estuvieran justificadas. Combinar la fuerza con la diplomacia era una práctica romana muy habitual, y siempre era más fácil capturar a los saqueadores cuando iban de camino a casa que cuando estaban entrando en territorio romano.

Ya sea porque lo tuviera planeado desde el principio, o porque se dio cuenta de que sospechaban de él, Carausio se declaró emperador en el norte de la Galia, probablemente a finales del año 286. La casa de la moneda de Ruán pronto empezó a acuñar monedas con su nombre, y al poco Britania se declaró a favor del usurpador. Carausio se cuidó de reconocer la legitimidad de Diocleciano y Maximiano y, al parecer, confiaba en que le aceptaran como un colega adicional. Todas esas tentativas de acercamiento fueron rechazadas. Maximiano pasó los dos años siguientes luchando contra las tribus que habitaban al otro lado del Rin. En el año 289, se habían iniciado grandes preparativos para emprender una expedición hacia Britania y un discurso panegírico anticipaba con fruición el inevitable triunfo de Maximiano. En discursos semejantes de años posteriores encontramos un sospechoso silencio al respecto, que parece indicar que la campaña fue un absoluto fracaso. Puede que gran parte de la flota se perdiera en una tormenta, o quizá Carausio resultó ser un oponente demasiado hábil. Aun así, la propaganda continuó tildándolo de simple pirata.<sup>8</sup>

Carausio siguió presentándose como colega de Diocleciano y Maximiano, y no parece que emprendiera ninguna acción bélica contra ellos. Si todavía albergaba esperanzas de ser reconocido, éstas se vieron truncadas en la primavera de 293, cuando se creó la tetrarquía con el nombramiento de dos césares. Diocleciano designó a Galerio Maximiano como su subalterno, mientras que Maximiano era asistido por Flavio Constancio. Ambos eran oficiales del ejército que probablemente habían servido a su lado durante algún tiempo. Aunque resulta algo extraño, quizá para mantener el equilibrio o debido a su edad y su historial, Galerio fue llamado Herculius mientras que Constancio pasó a ser Iovius. Tampoco ahora existía una división formal del territorio, pero en la práctica Maximiano y Constancio gobernaban las provincias occidentales y Diocleciano y Galerio las orientales. El hecho de contar con cuatro colegas implicaba que había cuatro emperadores encargándose de solucionar problemas distintos, e incluso era muy poco habitual que el augusto y su César trabajaran juntos. También era la manera más clara posible de proclamar que sólo Diocleciano y Maximiano tenían el derecho y el poder de conceder estatus imperial. Nadie podía exigir o negociar esa capacidad y confiar en tener éxito.

Constancio atacó a Carausio casi de inmediato. El territorio leal al usurpador de la Galia fue el primero que recuperó. Boulogne, que durante muchos años había sido la principal base naval de la flota del Canal de la Mancha (la *classis Britannica*), cayó tras un prolongado asedio. Los ingenieros de Constancio construyeron un dique para cerrar el acceso al puerto. Unos días más tarde, la estructura fue derribada por la fuerza del oleaje, pero se había sostenido el tiempo suficiente para aislar a la guarnición y persuadirlos de que se rindieran. Aproximadamente en la misma época, Carausio fue asesinado por uno de sus propios oficiales, un hombre llamado Alecto. A menudo, los historiadores han relacionado esta conspiración con el golpe que sufrió su prestigio cuando se perdió Boulogne,



pero se trata de meras conjeturas. Alecto duró tres años en su puesto, hasta que Constancio invadió Britania y le dio muerte en combate. Es posible que la lucha en sí fuera llevada a cabo por uno de sus oficiales, pero las monedas representaban la entrada triunfal de Constancio en Londinium (Londres). Entre los dos, los usurpadores «británicos» habían gobernado durante una década.<sup>9</sup>

En 297 surgió en Egipto un nuevo desafío para los tetrarcas, que fue más breve, aunque no por eso desdeñable: un hombre llamado Lucio Domicio Domiciano se proclamó emperador. Diocleciano sofocó esa rebelión supervisando en persona el asedio de Alejandría. Cuando sus hombres irrumpieron en el lugar, se dice que les ordenó no dejar de matar hasta que la sangre de las calles le llegara a su caballo a las rodillas. Por suerte para los alejandrinos, el caballo tropezó y cayó al entrar en la ciudad. La matanza se detuvo y, más tarde, la población agradecida erigió una estatua del caballo. Esta romántica historia no debería ocultar la brutalidad con la que se respondía ante cualquier amenaza que se cernía sobre la tetrarquía.<sup>10</sup>

El vínculo entre los cuatro emperadores se vio reforzado por lazos matrimoniales: Constancio y Galerio se casaron con las hijas de Maximiano y Diocleciano, respectivamente. Además, cada uno de los augustos adoptó a su César. Se hacía hincapié en la unidad siempre que era posible. Los edictos se emitían en nombre de los cuatro emperadores, fuera cual fuese la fuente real. En la mayoría de los casos, sólo Diocleciano emitió resoluciones o decretos cuya aplicación se extendía a todo el Imperio. Era él el que había nombrado a sus colegas y siempre fue la personalidad dominante. Cuando Galerio sufrió un revés contra los persas, se supone que Diocleciano obligó a su César a correr junto a su carro, aún vestido con los ropajes propios de su cargo.<sup>11</sup>

## EL CRECIMIENTO DEL GOBIERNO

El hecho de que existieran cuatro emperadores significaba que había cuatro hombres con autoridad suprema para comandar ejércitos y dispensar justicia en cuatro regiones diferentes de forma simultánea. Idealmente, así impedirían que las regiones tuvieran la sensación de que estaban desatendidas y, en consecuencia, se sintieran inclinadas a apoyar a los usurpadores que les prometieran abordar los problemas locales y promocionar a miembros de su propia comunidad. Todo posible usurpador tendría que derrotar a más de un emperador establecido al frente de un ejército. Su negativa a negociar con Carausio demostraba que no se le permitiría a nadie hacerse con el poder a la fuerza y conservarlo a largo plazo. La tetrarquía funcionó mientras los colegas imperiales se mantuvieron firmes en su alianza mutua y ninguno de ellos sufrió una derrota catastrófica. En realidad su pervivencia no fue consecuencia del sistema en sí, sino que tuvo mucho más que ver con la competencia de los tetrarcas. Aún más importante fue la contundente personalidad del propio Diocleciano, que impuso la solidaridad a sus colegas.

Es posible que el propio Diocleciano sólo visitara Roma una vez durante su reinado, cuando decidió celebrar el vigésimo aniversario de su proclamación en la ciudad. Roma seguía siendo un poderoso símbolo, y su población continuaba siendo mimada con festivales, juegos y dádivas. Diocleciano ordenó la construcción de un inmenso complejo de baños, mayor que ninguna casa de baños pública que se hubiera construido antes. También se llevaron a cabo importantes reformas en el Foro, que fue reparado y remodelado después de que un enorme incendio arrasara esa parte de Roma durante el reinado de Carino. La *curia* o Casa del Senado que tantos turistas visitan hoy es esencialmente un edificio de la tetrarquía, que fue restaurado en el siglo XX, unos mil trescientos años después de que

hubiera pasado a ser la iglesia de San Adriano. Política y estratégicamente, el Senado y Roma tenían una importancia nada más que marginal para el Imperio y sus gobernantes.<sup>12</sup>

Cuando alguno de los tetrarcas estaba en Italia, era mucho más probable que se encontrara en el norte, en Milán, en una posición más conveniente para dirigirse hacia el este, a Iliria, o al noroeste, a la Galia. Las ciudades elegidas con más frecuencia como residencias imperiales nos dan un indicio de las prioridades de los tetrarcas: Tréveris sobre el Rin, Sirmium cerca del Danubio, Antioquía en Siria y Nicomedia en Bitinia. En todas ellas se erigieron palacios, que normalmente tenían un circo adyacente y otros magníficos edificios. La prosperidad de Tréveris contrastaba con las penurias a las que se enfrentaban otras comunidades de la zona. Sería un error hablar de alguno de esos lugares como capital permanente. Todos los tetrarcas se desplazaban a menudo. Todos fueron a la guerra en distintos momentos e incluso cuando no estaban en campaña tendían a moverse de ciudad en ciudad. Los numerosos decretos y fallos legales de Diocleciano que se conservan en recopilaciones posteriores de Derecho Romano fueron emitidos desde un amplio abanico de localizaciones distintas. La corte y, en un sentido real, la capital, se hallaban dondequiera que estuviera el emperador en un momento dado.<sup>13</sup>

Los emperadores no viajaban ni vivían solos. Todos los tetrarcas estaban protegidos por miles de soldados pertenecientes a las unidades de la guardia. En las últimas décadas su número había crecido, de modo que los pretorianos fueron relegados a un papel comparativamente menor, convirtiéndose en poco más que la guarnición de Roma. Diocleciano era el comandante de uno de esos nuevos regimientos de guardias cuando fue proclamado emperador. Si se preveía el inicio de una guerra -con frecuencia una posibilidad muy real cuando el emperador se encontraba en zonas fronterizas-, los guardias recibían refuerzos de tropas. La tendencia de los emperadores de mantener poderosos contingentes militares a su inmediata disposición había crecido desde que Septimio Severo incrementara el número de soldados estacionados en Roma y sus alrededores. Una fuente hostil afirmaba que, bajo el gobierno de Diocleciano, el tamaño del ejército se cuadruplicó debido a que cada uno de los tetrarcas deseaba tener tantos soldados como sus colegas. Sin duda se trata de una enorme exageración. Había muchas más unidades en el ejército, pero, probablemente, cada una de ellas era menor de lo que lo habían sido en periodos anteriores. Se produjera o no un incremento generalizado, es evidente que los tetrarcas controlaban un alto número de tropas. La fuerza militar superior era la garantía definitiva del poder imperial.<sup>14</sup>

Los soldados protegían al emperador, pero él no podía gobernar a través de ellos. Fuera cual fuese el tamaño del ejército bajo el mando de Diocleciano, tenemos absoluta certeza de que se había producido un espectacular aumento en la cifra de funcionarios. Durante dos siglos, Augusto y sus sucesores habían gobernado el Imperio con una burocracia mínima. Sus orígenes y su naturaleza básica son fruto de la evolución del personal de la casa de un senador republicano: los esclavos, los libertos y en ocasiones también los amigos que le ayudaban a dirigir su negocio privado y le asistían cuando ocupaba una magistratura pública. La comitiva que atendía a los gobernadores provinciales era similar, pero más reducida, y en las provincias militares podía verse incrementada por soldados trasladados temporalmente. Este sistema no cambió de modo fundamental durante los siglos I y II. Las dimensiones del personal de la casa imperial crecieron un poco y su organización pasó a ser algo más oficial. La impopularidad que inspiraban en algunos miembros de la élite los poderosos libertos imperiales provocó que, en algunos casos, se confiara en hombres de clase social superior - normalmente équites- para ocupar los papeles públicos de más rango. Una gran cantidad de tareas administrativas cotidianas fue transferida a las comunidades locales, en especial a las ciudades, pero

también a aldeas o tribus en las que ese trabajo antes no existía. Dependiendo de a quién incluyamos, los «burócratas» del gobierno imperial ascendían a cientos o, como máximo, a poco más de mil.

A principios del siglo IV, ese total había ascendido a una cifra de entre treinta mil y treinta y cinco mil hombres: un orador describió una vez las hordas de oficiales menores como «más numerosos que las moscas de las ovejas en primavera». El crecimiento de la burocracia fue gradual, pero bajo el mando de Diocleciano experimentó una fuerte aceleración que, en parte, fue sólo el resultado natural de multiplicar el número de emperadores. Cada uno de ellos tenía su propia corte y departamentos administrativos, por ejemplo para impartir justicia, para ocuparse de los impuestos y otras formas de ingresos públicos, para hacerse cargo de la correspondencia tanto en latín como en griego, para controlar a los gobernadores provinciales y para mantener al ejército.<sup>15</sup> Muchos cargos fueron simplemente duplicados. Tanto Diocleciano como Maximiano contaban con un prefecto del pretorio, un puesto que había perdido prácticamente todas sus responsabilidades militares y ahora era, de hecho, un cargo administrativo. Los césares Constancio y Galerio no tenían prefecto del pretorio, pero disponían de sus propios oficiales y jefes para todos los demás departamentos.<sup>16</sup>

Los Severos habían dividido las grandes provincias militares para impedir que algún gobernador pudiera adquirir demasiado poder y se convirtiera en una amenaza potencial. La tendencia a dividir las provincias en regiones más pequeñas continuó de forma intermitente a lo largo del siglo III. Cuando Diocleciano se convirtió en emperador había unas cincuenta provincias, aproximadamente un tercio más que en la época de Marco Aurelio. Entonces, según nos cuenta una fuente especialmente crítica, Diocleciano subdividió «las provincias... hasta el infinito», doblando su número. El principal motivo no fue protegerse de los usurpadores, ya que las grandes provincias militares con guarniciones de treinta o cuarenta mil hombres hacía mucho que habían desaparecido. Su decisión tuvo mucho más que ver con el control y los impuestos.<sup>17</sup>

Ahora había muchos más gobernadores y cada uno de ellos estaba a cargo de una zona mucho más reducida de lo que había sido habitual en los siglos I y II. Italia y algunas provincias más, sin importancia militar, eran gobernadas por senadores conocidos como *correctores*, pero en el resto del Imperio los gobernadores eran équitos. A finales del reinado, incluso ellos habían perdido casi toda su autoridad sobre las tropas: en una ruptura radical de una antiquísima tradición romana, sólo los emperadores seguían combinando el poder civil y el militar. Aparte de la administración general, los gobernadores tenían un papel especialmente importante en la supervisión de la justicia y las finanzas en sus provincias.<sup>18</sup>

Había más provincias y más gobernadores. Es muy posible que cada uno de ellos contara con más personal de lo que era habitual en siglos anteriores. El resultado fue un fuerte incremento en el número de representantes imperiales de cada región (aunque si los comparáramos con las burocracias de los estados modernos, seguirían pareciendo pocos). En un cierto sentido, ese aumento dificultó la tarea del emperador de vigilar estrechamente las acciones de sus agentes, por lo que las provincias se agruparon en unidades mayores llamadas diócesis. Con el tiempo llegó a haber doce: Italia, Hispania, la Galia, Vienense, Britania, África, Panonia, Mesia, Tracia, Asiana, Ponto y Oriente. Extraoficialmente, Italia estaba de hecho dividida en dos. Al mando de cada una de ambas diócesis había un subordinado del prefecto del pretorio. Estos hombres eran llamados *vicarii* (de donde procede la palabra vicario) porque actuaban en nombre del prefecto. No era una jerarquía rígida. Con frecuencia, los emperadores elegían tratar directamente con un gobernador sin pasar por el *vicarius* de esa diócesis. Del mismo modo, podían tratar con un *vicarius* sin consultar a su prefecto del pretorio.

De vez en cuando, los subordinados también podían pasar por encima de sus superiores y apelar al emperador o al prefecto directamente.<sup>19</sup>

La estructura de mando del ejército era del todo independiente. Las regiones fronterizas y otras que requerían una fuerte presencia militar estaban divididas en distritos. Todas las tropas estacionadas en uno de estos distritos estaban a las órdenes de un oficial conocido como *dux* (duque, plural *duces*). Esas zonas militares no se correspondían con las fronteras provinciales y, por lo general, incluían territorio de dos o más provincias. Otras tropas no confinadas a ninguna guarnición fija estaban a las órdenes de distintos oficiales con el rango de *comes* (conde, plural *comites*). En el pasado, el mismo término se había aplicado a los acompañantes -normalmente senadores- que viajaban con el emperador en una expedición. A principios del siglo IV surgió una distinción entre las tropas que más posibilidades tenían de servir bajo el mando de un emperador, a las que se les dio el nombre de *comitatenses*, y las tropas de los *duces*, que fueron llamadas *limitanei*.<sup>20</sup>

Tanto los soldados como los administradores eran servidores de los emperadores. Los burócratas poseían rangos y uniformes claramente derivados del ejército. Llevaban gorros militares, túnicas y un cinturón con una gran hebilla circular, de la que los soldados podían suspender la vaina de su espada. El periodo transcurrido en cualquier puesto gubernamental era descrito como *militia* o servicio militar, y llegó a ser común que los miembros de un departamento aparecieran nominalmente alistados a una legión o a otra unidad militar que había dejado de existir mucho tiempo antes. Sin embargo, a pesar de esa fachada militar, el ejército y la administración se mantenían claramente diferenciados. Los hombres hacían carrera en uno o en otro, pero no alternaban entre los dos. Con el tiempo se fue creando un elevado número de escalafones distintos en los departamentos civiles, lo que dio lugar a una jerarquía todavía más complicada que la estructura de rangos del ejército. En vez de reclutar a hombres de grupos sociales específicos, el estatus tendía a quedar asociado al rango, de modo que los puestos de más jerarquía traían consigo la promoción al estatus senatorial. Los équitos disfrutaban del monopolio casi exclusivo de las graduaciones superiores en el ejército y la administración, pero esa situación impulsó la creación de varios grados diferentes dentro de la orden. También en este caso, con el paso del tiempo, los rangos comenzaron a adquirirse por el hecho de ocupar un cargo y dejaron de ser un requisito para obtenerlo.<sup>21</sup>

## ASPIRACIONES Y REALIDAD

El gobierno había crecido mucho. Sin duda era más visible, y era más probable que los ciudadanos ordinarios entraran más a menudo en contacto con él durante sus vidas. Al menos en teoría, el desarrollo de una maquinaria burocrática mucho mayor podría haber permitido a los emperadores gobernar el Imperio con más eficacia. A resultas de la concesión universal de ciudadanía de Caracalla, la mayor parte de la población del Imperio estaba sujeta a la ley romana, pero en muchas regiones el cambio no se comprendía adecuadamente y, por tanto, fue adoptado sólo de forma gradual. A largo plazo, el edicto de Caracalla acrecentó indefectiblemente la presión sobre los gobernadores provinciales y su reducido número de subordinados con poder y capacidad para actuar como jueces. En parte, el aumento del número de gobernadores y del personal a su cargo pretendía hacer frente a este incremento de actividad.

No obstante, la primera preocupación de todos los emperadores eran los ingresos. Todos sabían que no podrían conservar el poder a menos que fueran capaces de mantener al ejército y hacer frente al coste,

más pequeño pero aun así muy grande respecto al del pasado, de la actual burocracia. Los emperadores poseían considerables fondos privados, puesto que eran los mayores terratenientes del mundo romano. Las fincas imperiales habían nacido simplemente como propiedad privada de Augusto y sus sucesores y posteriormente habían sido incrementadas gracias a las conquistas y a la confiscación de las propiedades de los condenados. Dado que, por lo general, el final de una dinastía implicaba que no había herederos, las fincas imperiales continuaron creciendo a medida que los linajes se iban extinguiendo y nuevos emperadores llegaban al poder. Había una sección independiente en el departamento de ingresos para administrar las rentas provenientes de esas tierras.

Por sí solas, las fincas imperiales proporcionaban sólo una fracción de los ingresos que necesitaban los emperadores. El grueso de las rentas había provenido siempre de los impuestos, que se recaudaban sobre todo en efectivo, pero siempre incluían alguna parte pagada en especie, normalmente productos agrícolas. Fuera cual fuese el impacto de la inflación en el siglo III sobre la población en general, había reducido drásticamente el valor real de los impuestos. Muchos de ellos se recaudaban a tarifas fijas que habían permanecido congeladas durante siglos. De igual forma, los salarios que cobraban los que trabajaban al servicio del Imperio -tanto soldados como civiles- no habían experimentado subidas importantes después de que comenzara el siglo III, por lo que el poder adquisitivo de éstos había disminuido.<sup>22</sup>

Diocleciano se embarcó en una reorganización fundamental del sistema de impuestos y gravámenes. Las comunidades se tasaban en términos de dos unidades básicas, que medían tanto la tierra como la mano de obra. La tierra era dividida en *iugera*, cuyo tamaño dependía del tipo de explotación agrícola que era posible en la zona y sus previsiones de productividad. La segunda unidad era el recuento de personas que formaban la población adulta disponible para trabajar la tierra. A partir de esas dos unidades, se determinaba la obligación tributaria de la región con el gobierno. Es posible que el establecimiento del sistema llevara aproximadamente una década, ya que los grupos de asesores debían desplazarse de una provincia a otra. Había muchas variaciones locales, como por ejemplo la edad de los que entraban en el recuento, y si se incluía a las mujeres además de a los hombres, además de la inevitable subjetividad de los juicios sobre la calidad de la tierra. Aun así, se impuso en todo el Imperio un sistema fiscal uniforme.<sup>23</sup>

En la mayoría de los casos, los impuestos se empezaron a recaudar en forma de productos, protegiendo el sistema de la inflación. Buena parte se utilizaba para aprovisionar directamente al ejército, y todo lo que no se necesitara podía venderse a las tarifas corrientes del mercado. Además, la paga para los soldados y los funcionarios empezó a consistir en gran medida en raciones de comida, forraje y otros bienes (no así los donativos entregados regularmente para conmemorar las fechas en las que los emperadores subieron al trono, que continuaron siendo pagados en oro). Aquello que no se necesitaba era vendido o intercambiado por otros productos que sí se necesitaran. En un momento posterior del siglo IV, algunas partes del sistema se tornaron en cierto modo viciadas cuando muchas de las raciones fueron sustituidas por dinero en efectivo. No hay pruebas de que eso sucediera así al principio, pero tampoco se conocen con certeza todos los detalles sobre el funcionamiento del sistema. Por ejemplo, ¿cómo podría deshacerse un secretario de uno de los departamentos civiles del forraje o grano no deseado, considerando que normalmente habría muchos otros miembros de la corte tratando de vender sus excedentes en el mismo momento y en el mismo lugar? Quizá había agentes que actuaban en nombre de un grupo de empleados imperiales y dividían los productos, pero puede ser que el gobierno realmente no llevara a cabo la laboriosa tarea de entregar cada ración a cada perceptor, sino que les pagara un equivalente basado en un cálculo de la tarifa habitual.

Diocleciano emprendió asimismo una reforma integral del sistema monetario. Se crearon unidades de oro y plata acuñadas con una calidad razonablemente alta. También había una moneda de cobre con un delgado baño de plata conocida como *nummus*, que estaba pensada para buena parte de los intercambios del día a día. Como parte del incremento del sistema gubernamental se crearon más casas de la moneda, que producían monedas para uso inmediato del ejército y la administración de cada zona en cuestión. Puede que la inflación se ralentizara, pero no se detuvo. En el año 301 Diocleciano emitió un edicto que pretendía regular el precio de venta de los productos. Se han hallado inscripciones con partes del texto del edicto en yacimientos de varias provincias orientales, pero no parece haber circulado o haberse aplicado en las provincias occidentales bajo el mando de Maximiano.<sup>24</sup>

El edicto incluía un gran abanico de artículos. Una medida (la unidad romana conocida como *modius* = 8,75 litros aproximadamente) de trigo costaba 100 *denarii*, una de cebada o centeno, 60 *denarii*, mientras que la misma cantidad de avena valía solo 30 *denarii*. El vino variaba desde el de alta calidad -por ejemplo el vino de Falerno alabado por el poeta Horacio tres siglos antes- a 30 *denarii*, o denarios, hasta el más barato a 8 denarios. Una libra de cerdo costaba 12 denarios, mientras que el mismo peso de carne de ganso de alta calidad no costaba menos de 200 denarios. Aparte de comestibles, muchos otros bienes, desde las especias a la ropa, se incluían en la lista. También se establecía lo que se consideraba un salario adecuado para muchas profesiones distintas. Los profesores cobraban por alumno, los sastres por cada trabajo específico que realizaban y los jornaleros por día. Todos los valores se medían en denarios y aunque había pasado mucho tiempo desde que alguien había acuñado el primero de ellos, seguía siendo la unidad monetaria básica. Algunos meses antes, una ley había establecido el valor de una moneda de plata en 100 denarios y la de cobre bañado, el *nummus*, en 25 y 4 denarios, dependiendo de su tamaño.<sup>25</sup>

La única fuente literaria que menciona el Edicto del Precio se burla de él por considerarlo un absoluto fracaso, del que hicieron caso omiso los comerciantes que sabían que podían cobrar más por sus mercancías. Hay papiros egipcios que confirman que los precios pronto superaron los supuestos máximos establecidos por el emperador. Por lo que sabemos, se abandonó con bastante rapidez, pero al menos una copia se mantuvo lo suficiente como para promover la alteración de algunos precios. En su larga introducción al edicto, Diocleciano recordó a su audiencia la estabilidad y el éxito que había traído su gobierno y afirmó estar especialmente preocupado por el hecho de que les estuvieran cobrando en exceso a sus valientes soldados. Es posible que también existiera el deseo de establecer unas tarifas a las que el Estado pudiera pagar por bienes y servicios independientemente del precio del mercado.<sup>26</sup>

El gobierno de Diocleciano carecía de la maquinaria necesaria para hacer que se aplicara un sistema de precios tan rígido en el día a día. Tal vez lo más chocante del edicto sea lo ambicioso que era, a pesar de su ingenuidad desde el punto de vista económico. Junto al objetivo de lograr un cambio profundo encontramos una retórica muy moralista. Se habla de la «paz que se ha establecido en el mundo» ahora que se han controlado con gran esfuerzo «los enormes estragos de los pueblos bárbaros», para a continuación denunciar en tono escandalizado el nuevo mal que está atacando a los soldados: «Está ardiendo una codicia virulenta, que se precipita en su propio crecimiento y se multiplica sin respeto por la raza humana». Un poco más adelante, el emperador comparaba esa codicia con una religión. El tono es típico de la otra actividad legislativa de los tetrarcas y de los rescriptos (respuestas del emperador a las consultas sobre cuestiones legales y a las apelaciones que se le enviaban). La indignación iba acompañada de castigos salvajes y a menudo de una cruel

Nacido en torno a 240, Diocleciano tuvo mucho más éxito que ninguno de los emperadores que fueron sus coetáneos y, de hecho, también de los que reinaron en la generación anterior. Tras haber vivido décadas de desorden y caos, había gran parte de verdad en la afirmación de los tetrarcas de que habían traído la paz y la restauración. Puede que Diocleciano creyera realmente su propia propaganda; sin duda creía que la mejor manera de encarar los problemas del Imperio era imponer un fuerte control central. Esa idea no era nueva. La burocracia había crecido a lo largo de las últimas décadas. La rotación de emperadores era tan rápida que los oficiales, especialmente los de media graduación, con menos probabilidades de ser víctimas de una purga cuando cambiara el régimen, constituían el elemento más estable del gobierno. Diocleciano se mantuvo en el poder más tiempo que sus recientes predecesores y su fuerza se fue incrementando con cada año que pasaba. Gracias a ello, logró llevar mucho más lejos la tendencia ya existente hacia la centralización del gobierno.

Con todo, fue un proceso gradual. Puede que tuviera planes a largo plazo desde el principio de su reinado, aunque esas ideas fueran desarrolladas o reemplazadas por otras a lo largo de los años. La creación de nuevas provincias y el crecimiento de los departamentos estatales no fueron instantáneos. Es probable que las reformas fiscales no estuvieran en pleno funcionamiento hasta prácticamente el final de su mandato. Las nuevas instituciones del gobierno ayudaron a reforzar su posición, pero no fueron la causa de su éxito y longevidad. Su eficacia también dependía en gran medida de su propio impulso, habilidad política y clara conciencia de su propósito. Supervisada de cerca y dirigida por prefectos del pretorio y gobernadores cuidadosamente elegidos y leales, la nueva burocracia permitía al emperador tener mucho más impacto en la vida de las provincias. El alcance y el tono de sus decretos sugieren que Diocleciano creía que podía y debía regular todos los asuntos que le fueran presentados.<sup>28</sup>

Los emperadores eran supremos y gobernaban a través de un gran número de funcionarios que tenían poder y estatus sólo por el hecho de ser representantes imperiales. Los propios tetrarcas estaban muy por encima de ellos en dignidad y autoridad. Eran figuras distantes, estrechamente protegidos en todas las ocasiones. Los esclavos que les atendían -ahora, cada vez más a menudo, eunucos- se convirtieron en personajes poderosos. Los servidores de más rango, como el gran chambelán (*praepositus sacri cubiculi*), el superintendente del dormitorio sagrado (*primicerius sacri cubiculi*), y el camarero jefe (*castrensis sacri palatini*), con el tiempo llegaron a poseer un rango superior a la gran mayoría de la nobleza. Cuando los emperadores residían en ciudades, lo hacían con gran esplendor. Cuando viajaban lo hacían rodeados de miles de soldados, burócratas y asistentes, además de cientos o incluso miles de personas que habían llegado a la corte con la esperanza de presentar una petición. A partir de Diocleciano, se hizo cada vez más difícil acceder a los emperadores, lo que, como mínimo, significaba que era también mucho más difícil asesinarlos.

Algunas fuentes e historiadores han considerado que este nuevo ceremonial de la corte estaba inspirado en el gobierno autoritario de los reyes de Persia. Es una afirmación muy cuestionable y deberíamos recordar que había una antiquísima retórica que se remonta hasta Heródoto que presentaba a los reyes y muy especialmente a los monarcas orientales, del mismo modo que a los persas, como el epítome de la tiranía. Es mucho más probable que a Diocleciano le gustara el ceremonial y sintiera que incrementaba la majestad de su gobierno. Todo aquello que tuviera posibilidades de inculcar obediencia en sus subditos y disuadirles de iniciar una rebelión era bienvenido.<sup>29</sup>





El éxito de Diocleciano y sus colegas imperiales puso de manifiesto que el poder del Imperio romano seguía siendo inmenso. Al disfrutar de un periodo de relativa paz y estabilidad y, sobre todo, de una época de continuidad casi completa en el gobierno, los romanos restablecieron un cierto grado de dominio sobre las fronteras. Diocleciano logró recaudar más impuestos de lo que había sido posible durante más de una generación, lo que sirvió para financiar la actividad militar. Se construyeron nuevos fuertes y se repararon los antiguos. En general, las nuevas plazas eran más pequeñas, pero poseían muros más altos y más gruesos que los anteriores fuertes y fortalezas. Se obtuvieron victorias sobre las tribus bárbaras, se negociaron tratados desde una posición de fuerza y, a medida que avanzó el reinado, el temor al poder romano creció una vez más. Los potenciales saqueadores se hicieron más precavidos. Seguía habiendo ataques, pero eran menos numerosos y los romanos conseguían detenerlos y salir airoso con más frecuencia. La situación había mejorado, pero habría sido necesario mucho más tiempo para que el daño sufrido en anteriores derrotas se hubiera reparado.<sup>30</sup>

La agresividad de la Persia sasánida se reavivó poco tiempo después de que comenzara el reinado de Diocleciano: tras un nuevo periodo de guerra civil -su predecesor se mantuvo sólo unos pocos meses en el poder-, en 293 o 294, Narsés subió al trono. Había resultado victorioso en una guerra civil y era un líder fuerte, pero a la vez profundamente inseguro. Una guerra contra Roma brindaba la oportunidad de obtener gloria y de unir a sus subditos contra un enemigo extranjero. Los persas atacaron: se calcula que cruzaron las fronteras y saquearon las provincias romanas en el año 296. Galerio fue enviado contra ellos y es muy posible que sufriera un revés (éste es el contexto de la historia en la que Diocleciano hace que su César le siga corriendo junto a su carro). Con mayores recursos, incluyendo tropas transferidas de otras regiones, Galerio reanudó la guerra y, en esta ocasión, obtuvo una victoria espectacular. El campamento de Narsés fue tomado y, con él, su harén y gran parte de su séquito. Ctesifonte volvió a ser conquistada por un ejército romano, probablemente en 297 o 298. A principios del año siguiente se impuso un tratado de paz sobre el rey persa, que cedió parte del territorio y reconoció la supremacía romana sobre una serie de reinos fronterizos independientes, entre los que se contaba Armenia. La frontera entre las dos potencias se marcó en el Tigris, y la ciudad de Nisibis -ahora de nuevo en manos romanas- quedó establecida como el único lugar legal de paso entre ambos imperios para los comerciantes, lo que facilitó a ambos lados el control de la mayor parte de los contactos, así como el cobro de tributos sobre el comercio que se establecía entre los dos imperios. La paz, especialmente ventajosa para Roma, duró cuarenta años.<sup>31</sup>

Diocleciano fue uno de los emperadores más importantes de la historia romana. Al igual que Augusto, llegó al poder tras un largo periodo de guerra civil y agitación, y ambos cambiaron profundamente el Estado a través de sus reformas. Ninguno de ellos actuó en el vacío, sino que desarrollaron tendencias ya existentes en la vida pública, casi tanto como instauraron innovaciones. Quizá más que ningún otro, fue Diocleciano quien determinó la forma del Imperio del siglo IV y, al hacerlo, eliminó la mayoría de las últimas huellas del régimen de Augusto. La dictadura militar ya no se disimulaba, sino que era ostensible. La tetrarquía resultó efectiva debido a la fuerza y a la solidaridad de sus miembros. En última instancia, su prueba de fuego era la cuestión de la sucesión. En ese punto, la tetrarquía fracasó.

*Constantino fue el primero de los dos -primero también en honor y dignidad imperiales- que mostró moderación con los oprimidos por los tiranos en Roma. Después de invocar como aliado en sus oraciones al Dios del cielo y a su Verbo, y aun al mismo Salvador de todos, Jesucristo, avanzó con todo su ejército, buscando alcanzar para los romanos su libertad ancestral.*

Eusebio, c. 325.<sup>1</sup>

*De resultas de ello quedó todo el poder en las solas manos de Constancio; el cual, incapaz de sobrellevar con medida su ventura, se llenó de jactancia.*

## **ZÓSIMO, finales del siglo V.<sup>2</sup>**

El 1 de mayo de 305 los tetrarcas organizaron de forma simultánea dos grandes desfiles en lugares opuestos del Imperio. Diocleciano y Galerio estaban en las afueras de Nicomedia, y Maximiano y Constancio en Milán. Las ciudades eran la residencia más habitual de los dos emperadores de más rango, pero, en el caso de Diocleciano, el lugar tenía un significado especial, porque fue allí, unos veinte años antes, donde el ejército le había proclamado emperador. Ahora, con unos sesenta años de edad y problemas de salud, renunciaba oficialmente a su cargo. Maximiano hizo lo mismo al mismo tiempo en Milán, aunque los hechos subsecuentes dejarían claro que lo hacía a regañadientes. Galerio estaba situado al lado de Diocleciano y Constancio junto a Maximiano, y ambos cesares fueron ascendidos al estatus de augustos. Para ayudarles en su tarea fueron designados dos nuevos césares. Diocleciano se desabrochó la púrpura capa imperial y la colocó sobre los hombros del sobrino de Galerio, Maximino Daza. Con idéntico gesto, Maximiano elevó al general Severo al colegio imperial.

Ningún oficial o funcionario de alto rango pudo haberse sorprendido por este cambio de poder

cuidadosamente orquestado, porque los preparativos debían de haberse iniciado tiempo atrás. El ascenso de Constancio y Galerio era algo que se preveía, pero algunas fuentes afirman que la elección de los césares sorprendió al menos a los rangos inferiores del ejército. Tanto Constancio como Maximiano tenían hijos adultos que parecían candidatos más obvios. Severo era un estrecho colaborador de Galerio y es evidente que este último esperaba dominar la nueva tetrarquía del mismo modo que Diocleciano había controlado a sus colegas imperiales.<sup>3</sup>

Es imposible saber cuándo y por qué Diocleciano decidió dimitir de su cargo. Algunos estudiosos creen que se trataba de un plan concebido mucho tiempo atrás, fundamental para su concepto de la tetrarquía, pero sin duda es una explicación demasiado esquemática. Es más natural considerar que su régimen se fue desarrollando gradualmente y no que era parte de ningún plan general. Acababa de recuperarse de una grave enfermedad y es posible que, simplemente, le faltaran las fuerzas o el entusiasmo para acometer la tarea de gobernar el Imperio. El escritor cristiano Lactancio, que hasta sólo unos años antes había enseñado retórica en la propia Nicomedia, afirmó que Galerio presionó al emperador enfermo para que renunciara al cargo y, a continuación, seleccionó personalmente a los nuevos césares. Es necesario ser precavidos con esta historia, porque a

Lactancio no le gustaba ninguno de los dos hombres debido a que habían perseguido a la Iglesia, y su libro describe el truculento destino de todos los que lo habían hecho. Sin embargo, es innegable que el nuevo régimen se construyó en torno a Galerio, que en los últimos años fue el tetrarca que ocupaba una situación más propicia para influenciar a Diocleciano. Aun así, este último siempre había demostrado tener muy claro lo que quería y puede que creyera realmente que Galerio era la mejor elección.<sup>4</sup>

Aunque fuera por voluntad propia, Diocleciano renunció y, por el momento, como de costumbre, Maximiano fue incapaz de resistirse a su colega, más enérgico. El Imperio tenía cuatro gobernantes nuevos, uno de los cuales esperaba imponer su voluntad sobre los otros tres y obligarles a mantener la solidaridad. Fracásó. Es dudoso que Galerio fuera tan buen político como Diocleciano, pero la

principal diferencia era la existencia de rivales potenciales con un vínculo de sangre con la púrpura imperial lo bastante sólido como para poder conseguir respaldo en su aspiración al poder. Como había sucedido en el pasado, una usurpación fomentó otras. La primera se produjo en Britania sólo un año más tarde.

## CONSTANTINO

El hijo de Constancio, Constantino, tenía poco más de treinta años cuando presenció la aclamación de Galerio y Maximino Daza en Nicomedia. Ya había demostrado que era un oficial capaz luchando en el Danubio y contra los persas. Durante un tiempo se quedó junto a Galerio y poco a poco empezaron a circular varias historias sobre tentativas de este último de urdir su muerte, ordenándole dirigir una carga y después reteniendo a las reservas, e incluso obligándole a enfrentarse a un león con una sola mano. Por fin, cuando su padre le pidió que se uniera a él en Britania, se supone que Constantino se escabulló con sigilo. Utilizando el correo imperial con su sistema de estaciones de relevo y monturas frescas, escapó como alma que lleva el diablo, matando a los caballos que no necesitaba para impedir que le persiguieran. Cuando llegó a la cabecera de su padre moribundo, en York, a Constancio sólo le quedaba aliento suficiente para nombrarle su sucesor. Probablemente, la mayor parte de esta historia es una ficción romántica. De hecho, sabemos que

Constantino pasó varios meses en Britania con su padre. Esa estancia fue importante, porque le permitió crear vínculos con sus funcionarios y oficiales superiores. Lo más probable es que toda la historia no sea más que una invención romántica.<sup>5</sup>

Constancio murió en York el 25 de julio de 306, y Constantino fue inmediatamente

proclamado su sucesor por los oficiales superiores del ejército, respaldados por sus tropas. Por el

momento, reclamó sólo el puesto de César y mandó a Galerio unos emisarios con una imagen de sí mismo en ropajes imperiales, buscando su reconocimiento. Este se lo concedió debidamente, en marcado contraste con el rechazo de Diocleciano de las reivindicaciones de Carausio. Galerio también ascendió a Severo al rango de Augusto, completando de nuevo la tetrarquía. Pero la apariencia de estabilidad no duró demasiado.

Maximiano se había retirado a una villa en Italia y, en octubre, su hijo Majencio se encontraba en Roma. A principios de año, Galerio había emitido un decreto que ampliaba el sistema fiscal de Diocleciano a toda Italia, así como a las provincias, terminando con más de cuatro siglos de exención de la región de la tributación directa. Majencio sacó provecho de la impopularidad de esa medida y fue proclamado emperador en Roma por un grupo de diversos partidarios, entre los que se encontraban los guardias pretorianos (ésta sería la última vez que proclamarían un emperador). Maximiano salió de su retiro para respaldar a su hijo, haciéndose llamar Augusto de nuevo. En esta ocasión, Galerio y Severo se mostraron categóricos en su rechazo a aceptar más miembros en el colegio imperial.

Severo reunió un ejército en Milán y marchó sobre Roma en 307, pero casi todos sus oficiales y soldados habían estado al mando de Maximiano antes de que se retirara. No mostraron ningún entusiasmo por enfrentarse a su antiguo comandante y pronto empezaron a desertar. Severo huyó, pero fue capturado, hecho prisionero y obligado a renunciar al cargo de Augusto. En otoño, el propio

Galerio invadió Italia, pero no logró obligar al enemigo a arriesgarse a entablar una batalla abierta y no estaba preparado para una empresa de tanta envergadura como un asedio de Roma en un momento tan avanzado del año. Se dice que quedó impresionado ante el inmenso tamaño de una ciudad que nunca antes había visto, lo que resulta una reacción sorprendente en el gobernante del mundo romano, pero también es un signo de la importancia marginal que la ciudad tenía en aquel momento. Galerio se retiró y no repitió el intento. La respuesta de Majencio fue mandar asesinar a Severo, haciendo poco probable la reconciliación total.<sup>6</sup>

Durante ese periodo, Constantino estuvo luchando en la frontera del Rin, obteniendo las victorias que se esperaban de un emperador. No rompió formalmente con Galerio, pero aun así trató con Maximiano, casándose con su hija Fausta en Tréveris en 307. (Al parecer, la hija mayor de Maximiano, Teodora, había muerto unos años antes que su marido, Constancio. No era la madre de Constantino, porque él era fruto de una relación anterior, sobre la que se duda de que se tratara de un matrimonio legal, y puede que la madre de Constantino fuera la amante de Constancio, más que su esposa). Maximiano proclamó augusto a Constantino. Ya había reñido con su propio hijo, por lo que permaneció en la corte de Constantino. Ahora el mundo romano tenía cinco emperadores.<sup>7</sup>

En 308 Diocleciano abandonó su retiro para apoyar a Galerio. Se reunieron con Maximiano en Carnuntum, junto al Danubio, y nombró augusto a un oficial llamado Licinio, que era otro estrecho colaborador de Galerio. Maximino Daza y Constantino fueron confirmados como cesares, pero se les permitió llamarse a sí mismos «hijos de los augustos». Majencio fue ignorado, pero, en cualquier caso, estaba ocupado con la rebelión de un usurpador llamado Domicio Alejandro, que había sido proclamado emperador en África y no fue eliminado hasta finales de año. Tras la conferencia, Diocleciano volvió a su palacio de Sirmium a cultivar coles -se supone que presumía de su buen sabor- y Maximiano también regresó a su retiro.<sup>8</sup>

La intervención de Diocleciano estableció una tregua incómoda, pero también mostró hasta qué punto la estabilidad de la tetrarquía dependía de que el colegio imperial estuviera dominado por un solo hombre. En el año 310 Maximiano decidió una vez más recuperar el poder y se rebeló contra Constantino. Fue rápidamente eliminado y ejecutado. Pronto, tanto Constantino como Maximino Daza -del que se dice que se mostró muy resentido cuando primero Severo y luego Licinio fueron ascendidos por encima de él- recuperaron el título de augusto. Galerio murió al año siguiente de cáncer de pene (Lactancio contó que sus últimos días fueron especialmente desagradables) y Licinio y Maximino Daza se precipitaron a repartirse su territorio, acordando finalmente una división en el Bósforo. Es posible que Diocleciano falleciera en torno a la misma época, pero la tradición ha creado diversas historias sobre su muerte: algunas afirman que se trató de una enfermedad y otras dicen que fue un suicidio.<sup>9</sup>

En el año 312 Constantino atacó a Majencio. Su ejército era leal, se había curtido en las campañas en las fronteras y él mismo era un general muy capaz. Marchando a toda velocidad, derrotó a los subordinados de Majencio en el norte de Italia y, a continuación, se dirigió contra

Roma. Las murallas de la ciudad brindaban protección contra asaltos repentinos, pero una muralla tan

larga era difícil de defender contra un atacante bien organizado. El prestigio de Majencio también habría quedado dañado si se hubiera escondido detrás de sus defensas ante un rival a cuyo ejército, al parecer, superaba sustancialmente en número. Majencio salió de Roma al frente de sus tropas y cruzó el Tíber por el puente Milvio (el puente de piedra había sido demolido, por lo que se había construido un pontón a su lado). A pesar de contar con elevados contingentes, ni el general ni el ejército estaban a la altura de sus oponentes y Constantino obtuvo una victoria abrumadora. Majencio fue asesinado y muchos de sus soldados, presa del pánico, se ahogaron cuando atravesaron en tropel el pontón y éste se derrumbó bajo su peso.<sup>10</sup>

Quedaban tres emperadores, y Constantino y Licinio se convirtieron en aliados. En 313, Licinio se casó con la hermanastra de Constantino, Constancia (hija de Teodora), antes de llevar a su ejército hacia el este contra Maximino Daza, que había penetrado en Europa y había avanzado a lo largo de la ruta principal a través de los Balcanes. Se encontraron cerca de la ciudad de Adrianópolis el 30 de abril y entablaron una batalla en la que el ejército de Daza fue aplastado. El escapó, pero le dieron caza y en julio se quitó la vida. Los dos emperadores supervivientes acordaron repartirse las provincias entre ellos: Constantino se quedó con las provincias occidentales y

Licinio con las orientales.

En el año 316 Constantino, en un gesto provocador, penetró en territorio de Licinio durante el curso de una campaña contra las tribus sármatas. Si su intención era desencadenar una guerra y no sólo reafirmar su mayor rango sobre el otro, es posible que se llevara un buen chasco al comprobar que su enemigo era más fuerte de lo que esperaba. Se libraron dos batallas, la segunda de las cuales, una vez más, tuvo lugar cerca de Adrianópolis, pero aunque Constantino ganó en ambas, su victoria no fue aplastante. En un acuerdo negociado, Licinio cedió casi todas sus provincias europeas. En 324 la lucha se reanudó. De nuevo la red de vías de comunicación fue determinante en la campaña y Constantino obtuvo su primera victoria cerca de Adrianópolis. Licinio se retiró a Bizancio, pero perdió una batalla naval y, a continuación, huyó a Asia Menor. Constantino fue tras él y obtuvo la victoria final en Crisópolis. Licinio se rindió y se le permitió retirarse y vivir en un cómodo cautiverio. No obstante, algún tiempo más tarde fue acusado de conspiración y ejecutado junto con su hijo pequeño. A Constancia le perdonaron la vida y continuó siendo un respetado miembro de la corte imperial.<sup>11</sup>

Por primera vez en casi cuarenta años, el Imperio estaba unido bajo un solo emperador. Es cierto que, durante su reinado, Constantino nombró césares a varios de sus hijos, pero nunca hubo ninguna duda sobre el hecho de que él representaba el poder supremo. Yendo más allá que Septimio Severo, que simplemente había «encontrado un padre», hacía mucho que Constantino se había inventado un antecesor, declarándose a sí mismo descendiente de Claudio II, de breve pero honorable mandato. No intentó en ningún momento restablecer la tetrarquía y su éxito más bien desautoriza las reivindicaciones modernas de que en aquel momento era esencial tener más de un emperador. Como Diocleciano, era un «hombre fuerte» que derrotaba a todos sus oponentes e intimidaba a cualquier rival potencial, pero, a diferencia de él, decidió no lograr ese objetivo designando y dominando a otros colegas imperiales, sino que prefirió gobernar solo. El éxito de ambos tiene mucho más que ver con su personalidad, su habilidad política y una implacable determinación que con ninguna de las instituciones en las que se apoyaron. En conjunto, Constantino fue emperador durante treinta y dos años, aunque sólo controló la totalidad del Imperio durante trece.<sup>12</sup>

## LA IGLESIA

Constantino es famoso por ser el emperador que cristianizó el Imperio. La verdad es mucho más complicada y en la narrativa precedente he omitido de forma deliberada cualquier mención de su religión, no porque no fuera una cuestión significativa, sino porque en primer lugar es necesario que sea visto como uno de los muchos usurpadores -aunque hay que reconocer que uno de los de más éxito- que compitió por el poder imperial en los siglos III y IV. Ése fue el contexto de su conversión, así como de sus actitudes y política religiosa. Trasladar lo novedoso de su fe al análisis de su carrera política induciría a error. Quizá más que en ningún otro momento, existe un enorme peligro de convertir la historia del reinado de Constantino, básicamente, en una historia del cristianismo -y en especial del cristianismo católico ortodoxo- durante esos años, sencillamente porque tal era el tema en el que se centraba el interés de la mayoría de nuestras fuentes.

Durante una generación después de que Galieno suspendiera la persecución de la Iglesia iniciada por su padre, las comunidades cristianas de todo el Imperio se habían visto libres del acoso sistemático, lo que reforzó la ya pronunciada tendencia del cristianismo a aumentar su visibilidad. Los obispos, como había demostrado la controvertida carrera de Pablo de Samosata en Antioquía, con frecuencia llegaban a ser dignatarios locales muy reconocidos. En muchos pueblos y ciudades las iglesias eran construidas a plena luz del día (por ejemplo, se levantó una en las proximidades del palacio de Diocleciano en Nicomedia). Había cristianos con muy distintas profesiones y condiciones sociales, incluyendo el ejército y la administración imperial, y sólo ocasionalmente algunos de ellos descubrieron que sus creencias eran incompatibles con sus deberes oficiales. De un modo tácito, parecía que el cristianismo había sido finalmente aceptado y había dejado de ser considerado una amenaza para el Imperio. Hacía mucho tiempo que los fabulosos rumores de canibalismo e incesto habían desaparecido, y un gran número de romanos tenía ahora una idea mucho más clara de cuáles eran las creencias de los cristianos. El filósofo neoplatónico Porfirio basó sus ataques contra la Iglesia en un conocimiento muy detallado de las Escrituras judías y cristianas.<sup>13</sup>

Hubo un último brote de persecuciones durante la tetrarquía. Al parecer, Diocleciano empezó a preocuparse cuando unos sacerdotes que no habían obtenido el resultado deseado de un augurio le echaron la culpa al hecho de que los cristianos que había entre la multitud habían hecho el signo de la cruz. Así pues, en el año 297 se exigió a todos los funcionarios y soldados imperiales que demostraran su lealtad realizando un sacrificio. La reacción de algunos cristianos fue presentar su dimisión, un número probablemente superior de ellos hicieron sólo lo estrictamente necesario para cumplir y unos cuantos se negaron abiertamente y fueron ejecutados. En 303 se organizó una acción más concertada contra la Iglesia, impulsada en parte por un incendio en el palacio de Nicomedia, del que se culpó a unos incendiarios cristianos. El foco de atención de la nueva ronda de persecuciones nos da una clara idea de lo bien establecido y lo público que se había tornado el movimiento cristiano: sus objetivos fueron las iglesias -la que se alzaba cerca del palacio de Nicomedia fue la primera en demolerse- y sus bienes fueron confiscados. Todas las Escrituras cristianas debían entregarse a las autoridades, que las echarían a las llamas. Más que tratar de encontrar a todos los cristianos, fueron arrestados fundamentalmente sus líderes, y se empleó la tortura para obligarles a abjurar de su religión. Los que se negaban eran hechos prisioneros, de nuevo se les aplicaban salvajes métodos de coacción y, a su debido tiempo, si continuaban resistiéndose, con frecuencia eran ejecutados.

Como en el pasado, el principal objetivo de Diocleciano era imponer la conformidad y unidad exterior

a lo largo y ancho del Imperio. También en esta ocasión, al igual que en anteriores persecuciones de la Iglesia, el éxito de las medidas dependía en buena medida del entusiasmo que mostraran los gobernadores y otros funcionarios locales a la hora de aplicarlas. En algunas regiones, se pusieron en práctica con vehemencia y extrema brutalidad y probablemente la persecución resultó aún más terrible para una comunidad cristiana que se había visto libre de ese tipo de ataques durante décadas. Diocleciano fue un perseguidor entusiasta, Maximiano y Galerio estaban algo menos comprometidos con la causa y Constancio realmente mostró escaso interés. Este último hizo demoler iglesias, pero, al parecer, no ejecutó a nadie.<sup>14</sup>

Los cristianos no fueron el único grupo que sufrió en aquellos años. En 302 Diocleciano había ordenado asimismo la persecución de los seguidores del profeta Mani. Nacido en Persia en 216, Maní había viajado por todo el mundo, incluyendo una visita a la India, y la religión que creó dejaba traslucir la influencia del judaísmo, el cristianismo, el zoroastrismo y el budismo, entre otras ideas. Por lo visto, Diocleciano había considerado que los maniqueos eran potencialmente subversivos debido a su supuesta proximidad con los persas. En su decreto afirmó que «habían brotado recientemente como monstruosidades novedosas e inesperadas de la raza de los persas -una nación hostil a nosotros- y se han abierto camino en nuestro Imperio, donde están cometiendo numerosas atrocidades, perturbando la tranquilidad del pueblo e incluso infligiendo graves daños a las comunidades civiles». Temía que, con el tiempo, «infectaran la modesta y tranquila raza romana [...] y todo nuestro Imperio». No parece probable que sus sospechas respecto a su relación con Persia fueran fundadas, porque aunque Ardashir y Sapor I habían tratado a Mani con respeto, sus sucesores habían perseguido el culto y ejecutado al propio profeta en 276.<sup>15</sup>

La persecución de la Iglesia no era en absoluto la principal prioridad de Diocleciano en los últimos años de su reinado, aunque, desde luego, es el tema dominante de los textos de nuestras fuentes cristianas. Después de que Diocleciano renunciara al trono, Galerio, y en especial Maximino Daza, se convirtieron en entusiastas perseguidores de los cristianos, aunque también ellos tenían a menudo otras preocupaciones más importantes. Hay muy pocas pruebas de que, para entonces, la población pagana en general tuviera demasiado interés en perseguir a los cristianos. En sus últimos días, Galerio emitió un decreto admitiendo que la persecución no había logrado erradicar el cristianismo, por lo que a partir de aquel momento a los cristianos se les permitía tener libertad de culto y reconstruir sus iglesias (aunque no se les devolvieron las propiedades que les habían confiscado). En consecuencia, «deberán rezar a su Dios por nuestra salud, por la del Estado y por la suya propia, a fin de que el Estado permanezca incólume en todo su territorio y ellos puedan vivir seguros en sus hogares». En menos de un año, Maximino reanudó las persecuciones, negándose a aplicar la decisión de Galerio. En una respuesta a un peticionario, echó la culpa de todos los males del mundo, como la guerra, las plagas y los terremotos, al abandono por los cristianos de los antiguos cultos.<sup>16</sup>

Tanto Constantino como Majencio adoptaron una actitud benevolente hacia los cristianos cuando llegaron al poder, no queriendo perder el apoyo de ningún seguidor potencial. El entusiasmo de Majencio parece haberse enfriado en cuanto se sintió seguro. El padre de Constantino, Constancio, no sólo se había mostrado muy moderado durante los años de persecución, sino que, por lo visto, tenía a varios cristianos entre su servidumbre. En cuanto a él, siguió siendo devoto del culto de Sol Invictus (el Sol Invicto), el popular dios supremo cuya protección había solicitado Aureliano. A lo largo del siglo III, entre numerosos paganos surgió la tendencia a profesar una forma de monoteísmo que implicaba reverenciar a una deidad por encima de las demás, y quizá consideraban a los diversos dioses y diosas como meras manifestaciones de un solo ser divino. Varias de las principales escuelas

filosóficas habían enseñado ideas semejantes durante siglos. Fuera cual fuese la naturaleza específica de las creencias de Constancio, no cabe ninguna duda de que no sentía demasiada hostilidad hacia los cristianos y es posible que despertaran su simpatía, aunque la teoría de que era un cristiano «en el armario», que se ha oído en los últimos años, resulta poco convincente. Constantino parece haber iniciado su reinado con una actitud similar. Como muchas personas en el mundo antiguo, creía profundamente en el poder de los dioses para comunicarse a través de los sueños. En el año 310 un poeta en un panegírico afirmó con orgullo que el dios Sol Apolo le había enviado a Constantino una visión, que quedó reflejada en sus monedas.<sup>17</sup>

Antes de que comenzara la batalla del Puente Milvio, Constantino ordenó a sus hombres que pintaran en sus escudos un símbolo cristiano, probablemente el crismón, aunque tal vez fuera una cruz con el extremo superior transformado en P. Fue un gesto circunstancial, que seguramente no se repitió en ninguna de sus campañas posteriores. A pesar de que, al parecer, los escoltas más próximos al emperador continuaron llevando los escudos con el crismón, el resto del ejército mantuvo sus insignias tradicionales, parte de ellas paganas. A finales de siglo las enseñas continuaban allí y lo más probable es que tuvieran más que ver con el orgullo de la unidad y con la tradición que con una creencia en particular. En 312 habían pasado a ser un detalle excepcional con el que se buscaba inspirar a los soldados recordándoles que contaban con ayuda divina. A nivel práctico, también ayudaban a identificar a los soldados, algo que siempre era un problema en una guerra civil que enfrentaba a ejércitos con uniformes y equipos idénticos.<sup>18</sup>

Hay varias teorías para explicar qué inspiró la orden de Constantino y es probable que la historia fuera exagerándose a medida que se iba difundiendo. La primera versión, de Lactancio, cuenta que el emperador tuvo un sueño la noche anterior a la batalla en el que el Dios cristiano le había dado instrucciones sobre lo que debía hacer. Más tarde, tras la muerte de Constantino, su biógrafo Eusebio afirmó que el propio emperador había mencionado un augurio anterior, cuando su ejército y él alzaron la vista hacia el sol de mediodía y vieron el símbolo de la cruz sobre él, con las palabras en latín *hoc signo victor eris*, es decir «con este signo vencerás» (aunque la cita del texto es en griego, más conciso). Esa noche Jesús se apareció ante él en un sueño y le explicó que si utilizaba ese signo, conseguiría la victoria. Al final, los detalles no son verdaderamente importantes. Constantino creyó que el Dios cristiano le había prometido la victoria y se la había otorgado. No fue el primer líder romano que creía que su carrera estaba guiada por la ayuda divina, simplemente eligió a una deidad distinta.<sup>19</sup>

El Dios cristiano había demostrado su poder, y ésa fue la base de la conversión de Constantino al cristianismo. A partir de entonces, su ejército marchó bajo una bandera especial llamada el *labarum*, cuya parte superior estaba adornada con un crismón. Aliándose con Licinio, ambos confirmaron la libertad que otorgara a los cristianos el moribundo Galerio para practicar su religión, pero fueron más allá y les devolvieron las propiedades confiscadas, incluyendo los solares donde se habían levantado en el pasado las iglesias demolidas. Con el fin de no perder el apoyo de ningún ciudadano, los dos emperadores afirmaron que los actuales propietarios serían compensados (tradicionalmente, este acuerdo se conoce como el Edicto de Milán, aunque -como han señalado numerosos estudiosos-, ni era un edicto técnicamente, ni fue emitido en Milán). El enfrentamiento que tuvo lugar posteriormente entre Licinio y Maximino Daza fue descrito como un conflicto religioso: empezó a circular el rumor de que un ángel había visitado a Licinio la noche que precedió a la batalla decisiva y le había enseñado una oración especial que debían pronunciar sus soldados. Las palabras en sí eran más monoteístas que específicamente cristianas, pero su aplastante victoria pareció demostrar su eficacia. Más tarde,



cuando estalló la guerra entre Constantino y Licinio, hubo algunas voces que se esforzaron por presentarla como una cruzada, pero no hay ninguna prueba convincente de que Licinio mostrara en ningún momento una hostilidad seria hacia la Iglesia. Quizá creyera que muchos cristianos prominentes se sentían unidos a su rival y por eso desconfiaba de ellos, pero es poco probable que su rechazo fuera más allá. Aun así, marchando detrás del lábaro, las tropas de Constantino obtuvieron la victoria.<sup>20</sup>

Había cristianos luchando en el ejército de Constantino, pero también muchos paganos, así como sin duda un número superior de soldados sin ninguna creencia formal especialmente firme. No ganó porque hubiera utilizado un enorme contingente humano que hasta entonces hubiera permanecido ignorado o marginado por el Estado; todas las pruebas sugieren que al principio del siglo IV los cristianos eran una minoría entre la población general. También se suele afirmar con regularidad que eran una minoría pequeña, pero eso de ningún modo está claro. Como siempre, no contamos con estadísticas fidedignas y, por supuesto, ni siquiera sabemos cuántos individuos componían la población del Imperio. Un estudio reciente ha sugerido que los cristianos representaban el 10 por ciento del total, pero este dato sigue siendo una conjetura.<sup>21</sup>

Es muy poco probable que el porcentaje que representaban los cristianos fuera inferior, y también es posible que fueran dos o tres veces más. La mayoría de los datos con los que contamos se refieren a las iglesias de las provincias orientales, incluyendo Egipto, poseemos bastantes sobre las iglesias del norte de África y tenemos cierta información sobre la iglesia de Roma, pero apenas sabemos nada sobre la actividad de los cristianos de las provincias occidentales. En algunas zonas del este, es posible que los cristianos fueran mayoría en algunas poblaciones. Armenia fue el primer país del mundo que adoptó formalmente el cristianismo cuando su rey se convirtió a principios del siglo IV, lo que aumentó aún más su proximidad con Roma cuando Constantino se hizo con el control de todo el Imperio. Los cristianos que vivían bajo el mandato de los reyes persas no tardaron mucho en encontrarse bajo sospecha de simpatizar con el enemigo romano.<sup>22</sup>

Es importante no considerar los grupos religiosos desde una perspectiva excesivamente simplista. La línea divisoria entre cristianos y paganos era fundamental para los primeros, pero a menudo era mucho menos evidente para los segundos. No cabe ninguna duda de que los paganos no eran un grupo homogéneo y seguramente muchos de ellos no sentían una especial afinidad hacia otros individuos que los cristianos veían como paganos. El cristianismo estaba mucho más organizado que cualquier secta pagana importante: tenía sus propias Escrituras, complementadas desde el principio por una bibliografía en continua expansión que analizaba la doctrina, conmemoraba a sus mártires y justificaba sus creencias ante los que no pertenecían a su Iglesia. Los cristianos buscaban convertir a los demás a sus creencias de una forma que, de nuevo, era muy poco habitual en otras religiones establecidas. En la mayoría de las comunidades cristianas había un nutrido grupo de personas que tenían relación con los creyentes y mostraban interés y simpatía hacia su fe, pero que todavía no se habían comprometido con ella firmemente. Con el tiempo, algunos de ellos se comprometerían más, otros se alejarían y algunos, simplemente, se quedarían en los márgenes de la religión. Al calcular las cifras de cristianos es necesario ser consciente tanto de su diversidad como de todo el abanico de niveles y periodos de permanencia que presentaba el compromiso con la fe.<sup>23</sup>

También sería un error hablar con demasiada rigidez de una única Iglesia: había muchas comunidades cristianas, cada una de ellas tenía orígenes distintos y, en ocasiones, también eran diferentes sus prácticas o bien su doctrina. Podríamos asimismo establecer una diferenciación basada en el idioma:

en las provincias orientales había una amplia comunidad cristiana de lengua siria que parece haber tenido diferencias profundas respecto a la cristiandad griega. Ni siquiera aquellas iglesias que pronto se reunirían para formar la Iglesia católica ortodoxa eran tan uniformes como llegarían a serlo en el futuro. No deberíamos permitir que la visión retrospectiva nos induzca a asumir que sus instituciones se crearon en un instante en vez de ir desarrollándose a lo largo de un periodo prolongado.

## EL EMPERADOR CRISTIANO

Constantino obtuvo el control del Imperio a través de la fuerza militar. El respaldo de los cristianos era una baza, pero representaba sólo un elemento menor de su éxito. Sin embargo, no hay ninguna razón de peso para dudar de que el emperador creyera realmente que había sido Dios quien le había concedido la victoria. Prácticamente todos los expertos aceptan esta teoría, aunque durante mucho tiempo se mantuvo un infructuoso debate al respecto, ya que algunos preferían verle como un pragmático de un cinismo absoluto. Aparte de simplificar en exceso el carácter humano, esa visión pasa por alto tres puntos fundamentales. El primero es que los individuos reaccionan de modos distintos a la conversión religiosa, y el cambio de sus comportamientos y actitudes puede ser veloz o gradual. Deberíamos recordar que es poco probable que Constantino conociera con detalle la doctrina cristiana antes de convertirse, aunque se dice que, más tarde, dedicó largas horas a estudiar las Escrituras. En segundo lugar, a menudo su fe se compara con un ideal especialmente riguroso y rígido, de manera que parece que no sólo debiera ser un entusiasta partidario del cristianismo, sino también implacablemente hostil hacia cualquier otro sistema de creencias. Constantino no era fanático, pero casi ningún cristiano de este periodo parece haber pretendido obligar a los paganos a convertirse. Por último, Constantino no era otro oficial del ejército o ciudadano particular más, sino que era el emperador. La mitad de su reinado transcurrió en un estado de rivalidad constante con sus competidores y, a menudo, en una guerra abierta por el poder. Como Diocleciano antes que él, su absoluta prioridad era sobrevivir, y las reformas llegaron más tarde y de forma gradual. Sólo mantenerse en el poder y gobernar el Imperio eran tareas que ocupaban la mayor parte de su tiempo y esfuerzo.<sup>24</sup>

Demasiado a menudo, este último punto es pasado por alto en los textos que describen el reinado de Constantino, que se centran casi exclusivamente en la Iglesia. Es indudable que las comunidades cristianas se beneficiaron mucho bajo su mandato. Su religión no sólo obtuvo la aceptación oficial por parte del Estado, sino que Constantino se mostró generoso y financió la construcción de templos grandiosos, algunos de los primeros en Roma. Los pretorianos y otras unidades de guardia estacionadas en Roma habían apoyado a Majencio, por lo que, tras su derrota, fueron licenciados. Lo que hoy se conoce como iglesia de San Juan de Letrán es un templo que fue erigido sobre los cimientos de los cuarteles demolidos de la caballería de la guardia. La basílica de San Pedro fue construida en la Colina Vaticana, donde, según la tradición, fue enterrado el apóstol tras sufrir martirio durante la persecución ordenada por Nerón. Puesto que el lugar está asociado con el gran circo de Nerón, es muy probable que ése fuera el lugar correcto. Estas y otras iglesias construidas por Constantino no siguieron el modelo de los templos paganos, aunque a lo largo de los siguientes siglos muchos de ellos serían reconvertidos en iglesias. Su diseño se inspiró más en la basílica, el tradicional lugar romano de reunión para tratar los asuntos públicos: tenían techos altos, con frecuencia abovedados, y su gran tamaño permitía que se congregara en su interior una gran multitud de personas.<sup>25</sup>

Constantino construyó un considerable número de iglesias, aunque su actividad a este respecto ha sido exagerada por autores cristianos como Eusebio. Hay escasos indicios de nuevas iglesias en Asia Menor, aunque es posible que se deba a que las comunidades cristianas locales no las consideraban necesarias. Sin embargo, al igual que los tetrarcas, Constantino fue un prolífico constructor de otros monumentos y creó un nuevo complejo de baños para Roma. Varias de las construcciones que financió en la ciudad eran proyectos iniciados por Majencio que él finalizó, entre los que destaca la enorme basílica cuyas altas ruinas todavía descuellan sobre las demás en el Foro. Esta basílica albergaba una monumental estatua del propio Constantino.<sup>26</sup>

El Arco de Constantino fue asimismo resultado de la remodelación de un monumento cuya construcción fue iniciada por su derrotado predecesor. Las esculturas para el arco fueron robadas de obras de arte de épocas anteriores y los rostros de emperadores como Trajano, Adriano y Marco Aurelio fueron retocados para representar al propio Constantino, de caza y haciendo un sacrificio. El texto de la inscripción es monoteísta, pero resulta bastante impreciso y habla de cómo Constantino derrotó a su rival «mediante la grandeza de su mente» y «con la inspiración de la divinidad». Otros lemas eran muy tradicionales y le llamaban el «liberador de la ciudad» y «fundador de la paz». Por el contrario, los relieves que reproducen escenas de su campaña italiana, incluyendo la batalla del Puente Milvio, no tenían precedentes, porque nadie hasta entonces había descrito la derrota de otros romanos en un monumento permanente. El Arco de Severo sólo mostraba escenas de su campaña parta y pasaba por alto sus victorias en las guerras civiles. Es posible que las actitudes hubieran cambiado, porque no hay constancia de que nadie criticara esa decisión.<sup>27</sup>

El mayor proyecto de Constantino fue la conversión de la ciudad de Bizancio en la gran metrópoli de Constantinopla. También en este caso es importante no presuponer que el emperador siempre había tenido la intención de que la ciudad llegara a ser lo que acabaría siendo con el tiempo: la capital del Imperio de Oriente y la nueva Roma. Es mejor ver esa conversión dentro del contexto de la práctica de los tetrarcas de promover el desarrollo de ciertas ciudades, como sucedió con Nicomedia y Tréveris, aunque es probable que el proyecto de Constantino fuera más grandioso, ya que se había erigido como emperador único y deseaba celebrar su victoria. De todas partes del Imperio se trajeron obras de arte para adornar Constantinopla. La pretensión cristiana de que no había rastro de cultos paganos en la ciudad es exagerada: una enorme estatua de Constantino, desnudo, representado como dios Sol se alzaba sobre lo que hoy se conoce como la columna quemada y también había unos cuantos templos, en su mayoría levantados sobre cimientos ya existentes. No obstante, en honor a la verdad hay que reconocer que se trataba de una ciudad abierta y abrumadoramente cristiana. Desde un punto de vista estratégico, Constantinopla estaba bien situada para un emperador que deseara avanzar hacia el este o emprender operaciones en la frontera del Danubio, lo que en parte explica por qué, con el tiempo, aventajaría al resto de las

capitales de la tetrarquía.<sup>28</sup>

Es cierto que Constantino despojó a muchos templos paganos de sus estatuas y objetos de oro para utilizarlos en sus nuevos proyectos, y algunos templos -sobre todo aquellos que estaban asociados a costumbres especialmente extremas como la prostitución ritual- fueron cerrados. Por el contrario, otras comunidades solicitaron y recibieron la aprobación imperial para construir nuevos templos. Algunos estaban asociados al nuevo culto imperial, algo que siempre había tenido más que ver con una muestra de lealtad que de devoción. Durante gran parte de su reinado, en las monedas se siguió empleando imaginería pagana muy arraigada en la población, y el propio emperador siguió siendo el

*pontifex maximus*, el sacerdote de más rango de Roma.<sup>29</sup>

En ocasiones, la legislación sí reflejaba las creencias cristianas del emperador. Una ley prohibía a los amos que tatuaran el rostro de sus esclavos debido a que todos los hombres habían sido hechos a imagen de Dios y esa imagen no debía ser desfigurada. Hubo algunas restricciones a los sacrificios de animales, pero no conocemos con certeza los detalles ni sabemos con cuánto rigor se impusieron en aquella época. Se prohibió la crucifixión, pero la pena de muerte continuó estando vigente y a menudo era aplicada con métodos tremendamente despiadados: las esclavas que dejaban que les arrebataran a las niñas que tenían a su cargo eran condenadas a muerte y la pena se aplicaba vertiéndoles plomo fundido por la garganta. Constantino mostró especial interés en castigar el adulterio y otros delitos sexuales. Sin embargo, aunque no cabe duda de que esa actitud concordaba con sus nuevas creencias, había una larga tradición de leyes similares que se remonta a la época de Augusto. Su única ruptura con ese antiguo conjunto de leyes fue la eliminación de las multas impuestas a las parejas que no tenían niños. La pequeñísima minoría de cristianos que se decidían por una vida célibe ya no debían pagar por ello.<sup>30</sup>

Los obispos cristianos y algunos otros sacerdotes quedaron exentos de ocupar magistraturas, así como de otros costosos servicios para sus comunidades locales. Más adelante, el mismo privilegio fue extendido a los rabinos judíos y a los mandatarios de las sinagogas. Algunas declaraciones de Constantino fueron abiertamente hostiles hacia los judíos, por considerarlos los asesinos de Jesús, pero sus acciones no fueron mucho más antisemitas que las de numerosos emperadores paganos anteriores. Una vez más, se prohibió a los judíos tratar de convertir a personas de otros credos o atacar a aquéllos de los suyos que decidían convertirse al cristianismo.<sup>31</sup>

Constantino deseaba ardientemente promover la unidad de los cristianos y se implicó en dos disputas importantes dentro de la Iglesia. La primera no trataba una cuestión de doctrina, sino que era consecuencia de la persecución tetrárquica en el norte de África. Durante ésta, algunos sacerdotes habían huido y otros casi habían colaborado con las autoridades, entregándoles libros que ellos afirmaban que eran Sagradas Escrituras. Otros habían sufrido tortura e incluso la muerte, mientras que varios de ellos habían tenido la buena fortuna de no ser arrestados. Cuando todo terminó, un grupo denominado los donatistas -cuyo líder se llamaba Donato- se negó a readmitir en la orden a aquellos que habían huido o colaborado, y no digamos a dejarles volver a practicar el sacerdocio. La disputa alcanzó su punto culminante cuando los donatistas se negaron a aceptar el nombramiento de un tal Ceciliano como obispo de Cartago porque lo consideraban demasiado indulgente. Es muy posible que también hubiera incompatibilidad de caracteres por ambos lados. Los donatistas apelaron a Constantino, del mismo modo que la congregación de Antioquía había solicitado la presencia de Aurelio, pero con la diferencia de que el emperador era ahora cristiano. Constantino decidió que la cuestión debía ser dirimida por el obispo de Roma, que optó por emplear el formato tradicional de la justicia romana, pero los representantes de los donatistas, o bien no estaban informados al respecto o bien no estaban bien preparados, y su alegación fue rápidamente desestimada. Sin embargo, se negaron a aceptar el fallo y el resultado fue

un cisma en la Iglesia del norte de África que persistió durante generaciones.<sup>32</sup>

La otra disputa de envergadura duró también bastante, pero en esta ocasión el problema era de doctrina. Se entabló un acalorado debate sobre la precisa naturaleza de la Trinidad: Dios Padre, Dios Hijo y Espíritu Santo. Desde muchos puntos de vista, los argumentos presentados revelan la honda

influencia de los modos de pensar que promovían las principales escuelas filosóficas, con su obsesión por categorizar las cosas de modo específico. Es un indicio de cuántos cristianos habían recibido una educación tradicional, lo que debilita en parte la reiterada afirmación de que todos ellos eran ignorantes y provenían invariablemente de un estatus humilde. Un grupo conocido como los arrianos - seguían las ideas de un presbítero de Antioquía llamado Arrio- alegó que, necesariamente, el Padre tenía una existencia anterior y superior. Por tanto, como Hijo, Jesús, aunque fuera de forma marginal, no era el igual del Padre. En el año 324 se convocó un concilio que se reunió en Nicea bajo el auspicio del emperador. Constantino estaba presente, pero, al parecer, actuó como un lego interesado y realmente no participó en el debate en sí. Más adelante, el concilio dio lugar a un credo en el que la Trinidad fue descrita como «de la misma sustancia» (*homoousios* en griego). Se atribuye al propio Constantino haber respaldado y quizá inventado el término. Arrio y otros que se negaron a aceptarlo fueron obligados a exiliarse, aunque más tarde se les permitió regresar.<sup>33</sup>

Constantino afirmó de manera reiterada que su gobierno estaba sancionado por el favor divino. A medida que su reinado avanzó, ese favor pasó a ser llamado explícitamente el apoyo del Dios supremo, el Dios cristiano, que había sido elegido para gobernar el Imperio exactamente igual que los obispos eran elegidos para guiar a sus congregaciones. No obstante, resulta sorprendente lo preocupado que estaba Constantino desde el principio por demostrar que los obispos eran independientes y por respetar las decisiones de los líderes eclesiásticos, que obtuvieron el derecho a impartir justicia en disputas religiosas. También se animó a los cristianos a ingresar en el servicio imperial, y sin duda algunas personas «se convirtieron» con la esperanza de ganarse el favor del emperador. Numerosos paganos continuaron disfrutando de carreras muy distinguidas bajo el reinado de Constantino, del mismo modo que los arrianos y otros miembros de los subgrupos cristianos. Mucho más importantes que la cuestión de las creencias religiosas eran la competencia, los contactos y, sobre todo, la lealtad.<sup>34</sup>

Al centrarse en la religión de Constantino, es fácil olvidarse de lo tradicional que era buena parte de su comportamiento. En esencia, su forma de gobernar era similar a la de los últimos emperadores, en especial a la de Diocleciano, hasta el punto de que, a menudo, al analizar una reforma, es difícil decir cuál de los dos la inició. La división del ejército en los *limitanei*, situados en las fronteras, y los *comitatenses*, que en teoría se mantenían a disposición más inmediata del emperador, pasó a ser una distinción más oficial. El enorme incremento de la burocracia también prosiguió y los diversos departamentos gubernamentales fueron adoptando una forma más firme. A finales del reinado de Constantino había cinco prefectos del pretorio y su papel era completamente civil. Hubo cambios en los pormenores de la organización provincial y alteraciones bastante más relevantes del sistema fiscal y monetario. Con todo, en general, la continuidad con el reinado de Diocleciano resulta mucho más llamativa que los cambios introducidos.<sup>35</sup>

La diferencia fundamental entre ambos regentes fue la decisión de Constantino de no renovar la propia tetrarquía e incluso de no gobernar con ningún colega. A diferencia de Diocleciano, él tenía hijos, así como varios hermanastros. En 317, nombró césares a Crispo, el hijo de su primer matrimonio, y a Constantino II, el mayor de los hijos que tuvo en el segundo. Al mismo tiempo, Licinio elevó a su propio hijo y tocayo al mismo rango. Crispo era el mayor de los jóvenes césares, pero ninguno de los muchachos era suficientemente mayor para desempeñar un papel efectivo en el gobierno. En el año 324, Crispo tuvo la oportunidad de luchar y obtener ciertos honores en la guerra civil, pero dos años más tarde fue ejecutado por su padre. Unos cuantos meses más tarde, Constantino asesinó a su segunda mujer, Fausta, la hija de Maximiano, encerrándola en unos baños hasta que se asfixió con el

vapor hirviente.

Pronto empezaron a circular algunas historias descabelladas que contaban que Fausta había desarrollado una irresistible pasión por su hijastro; al parecer, cuando él rechazó sus proposiciones, ella le acusó de intentar violarla, y su rígido padre -que había introducido una legislación muy dura contra ese tipo de delitos- impuso la pena de muerte a su hijo. Se supone que, más tarde, averiguó la verdad e hizo ejecutar a su esposa. Lo más probable es que la historia no sea más que puro cotilleo. Igualmente falsa es la maliciosa afirmación de algunos autores paganos, incluyendo al emperador Juliano, de que Constantino se convirtió al cristianismo porque sólo su Dios perdonaría a un hombre culpable de asesinar a su propia familia. Ya llevaba siendo cristiano más de una década antes de que tuvieran lugar esos salvajes hechos. Fueran los que fueran los detalles precisos, la causa que parece más probable es el deseo de Fausta de que sus propios hijos heredaran en vez de su hermanastro de más edad.<sup>36</sup>

Las conspiraciones de palacio no eran nada nuevo y la familia de Constantino era especialmente amplia y sus relaciones complejas. No confiaba del todo en sus propios hermanastros, a los que mantuvo alejados del poder durante la mayor parte de su reinado. La madre de éstos llevaba muerta mucho tiempo, pero la suya, Helena, fue una figura prominente durante el reinado, y desde los círculos oficiales se hacía hincapié en el hecho de que había sido esposa de Constancio, independientemente de cuál fuera la verdadera esencia de su relación. Tanto ella como Fausta fueron nombradas augustas. Helena era una seguidora muy destacada de la fe católica y en sus últimos años realizó un peregrinaje a Judea. En 327 se encontraba en Jerusalén y participó en la construcción de la iglesia del Santo Sepulcro, elevada sobre lo que se creía que era la tumba vacía de Jesucristo. En años posteriores, se multiplicaron las leyendas que afirmaban que Helena había descubierto numerosas reliquias, entre ellas algunos fragmentos de la cruz en la que fue crucificado Jesús. Aunque murió poco después, Helena siguió siendo una figura de importancia a lo largo de la Edad Media.<sup>37</sup>

Constancio II, el segundo hijo de Fausta, fue nombrado César en 324, y su hermano menor Constante fue elevado al mismo rango en 333. Dos años después, Constantino ascendió asimismo a su hermanastro Dalmacio, de modo que había un total de cuatro Césares. El Imperio tenía cinco emperadores -de ahí que hubiera cinco prefectos del pretorio-, pero sólo el propio Constantino era Augusto y nunca hubo ninguna duda de que su poder era superior. No se trataba de un colegio de iguales. Desde muchos puntos de vista, el sistema tenía más en común con el nombramiento de familiares como cogobernantes por parte de emperadores como Gordiano, Decio y Filippo. Demostraba al mundo que el régimen podía continuar aunque el propio emperador falleciera. Tampoco era una restauración deliberada del principio hereditario y el rechazo de la selección deliberada de los sucesores. De forma muy similar a los emperadores del siglo II antes de Marco Aurelio, Diocleciano, simplemente, no había contado con ningún heredero apropiado en su familia y, por tanto, no había tenido más elección que buscar en otra parte. No era posible pasar por alto sin más a los familiares cercanos de sexo masculino. En general, mientras Constantino estuviera vivo, podía mantenerlos controlados, aunque sólo fuera por medio del miedo, ya que el destino de Crispo había demostrado que el Augusto no vacilaría en matar incluso a los más próximos a él. Era evidente que Constantino confiaba -como Septimio Severo- en que sus familiares podían ser persuadidos de vivir en armonía. Como Diocleciano, estaba dispuesto a imponer ésta si era necesario, asesinando a sus propios familiares cuando lo creyera conveniente. En muchos aspectos, Diocleciano y Constantino se parecían, ambos estaban igualmente convencidos de que un hombre debía ejercer el poder supremo. Todas sus decisiones, incluyendo la política religiosa, buscaban reforzar esa supremacía personal.

Aunque obtuvo sus mayores victorias en las guerras civiles, Constantino también luchó frecuentemente contra enemigos extranjeros, sobre todo a lo largo del Rin y del Danubio. Poco después de haber sido aclamado emperador, consiguió una victoria sobre una banda de asaltantes francos. Sus líderes, apresados, fueron echados a las fieras en la arena de Tréveris. Años después combatió contra otros pueblos, entre ellos los sármatas y los godos. Ninguna de nuestras fuentes menciona alguna derrota significativa y es probable que la mayoría de las victorias de las que se vanagloria la propaganda imperial fueran auténticas y notables. Cerca del final de su reinado, Constantino inició los preparativos para lanzar un ataque importante sobre Persia. El rey sasánida Sapor II, que había ascendido al trono cuando era un niño -según cuenta la leyenda, en realidad había sido proclamado rey unos meses antes de nacer-, ya era adulto. Se produjo un incremento de la tensión en torno a los territorios fronterizos cedidos a Roma tras la victoria de Galerio. Los persas se sentían molestos por la pérdida de esas regiones y, comprensiblemente, siempre estaban inquietos temiendo una futura agresión romana.<sup>38</sup>

Con frecuencia, el impulso por seguir los pasos de Alejandro Magno estaba en la mente de los generales y emperadores romanos que luchaban en Oriente. Y aún más importante, una victoria sobre Persia brindaba la posibilidad de obtener mucha más gloria que derrotar a un oponente menor. En ese sentido, el plan de Constantino era profundamente tradicional, pero él añadió un elemento nuevo, porque algunos años antes le había escrito a Sapor hablándole del poder de su Dios, que había «derrocado de forma absoluta» a sus enemigos. Se regocijó ante la noticia de que había muchos cristianos viviendo en Persia y le pidió al rey que los protegiera y apreciara «pues, mediando la fe, puedes rendir indescriptible favor a ti y a nosotros». Más tarde, cuando la guerra era inminente, al menos un autor cristiano se mostró deseoso de que la victoria de Constantino uniera a todos los cristianos bajo un solo cetro.<sup>39</sup>

Sin embargo, eso nunca llegó a suceder. Constantino murió el 22 de mayo de 337, cuando tenía unos sesenta años de edad. Hacía muy poco tiempo que había sido bautizado. En esa época, no era inusual retrasar este ritual hasta una edad muy avanzada, ya que parecía inapropiado pecar después de haber sido bautizado. Se cree que el obispo que celebró la ceremonia tenía inclinaciones arrianas, pero es improbable que eso preocupara al emperador, ya que Constantino tenía por costumbre contratar a sus empleados basándose en su fiabilidad y competencia.<sup>40</sup>

Constantino no era un hombre agradable, pero, por otra parte, muy pocos emperadores lo eran, sobre todo en los siglos III y IV. Había alcanzado un gran éxito en un momento en el que la guerra civil seguía siendo una amenaza presente. En comparación con la agitación de épocas anteriores, proporcionó al Imperio un periodo de estabilidad, pero, del mismo modo que con Diocleciano, no deberíamos exagerar el alcance de la recuperación. Los autores cristianos ensalzaron a Constantino, mientras que los paganos le condenaron por muchos de los males que más tarde afectarían al Imperio. Con excesiva frecuencia, en siglos recientes, los historiadores modernos han expresado opiniones sobre él que son casi tan extremas como las de la Antigüedad. No hay ninguna duda de que su conversión al cristianismo fue un momento muy significativo en la historia del mundo. Sin embargo, también deberíamos recordar que su religión ya había sobrevivido a repetidos intentos de erradicación. Deberíamos ser muy críticos a la hora de evaluar declaraciones radicales sobre la cuestión de si habría sobrevivido y se habría propagado o se habría extinguido si Constantino no se hubiera convertido.





*Tras los daños que con todas estas disposiciones infligió al Estado, murió Constantino de enfermedad. Recibieron el Imperio sus tres hijos [...], quienes se ocuparon del gobierno atendiendo más a las inclinaciones de la juventud que al bien público. Pues, en primer lugar, se repartieron las provincias.*

Zósimo, a finales del siglo V.<sup>1</sup>

*Y a nosotros, que éramos sus parientes tan cercanos, ese clementísimo emperador (Constancio II), ¡qué cosas nos ha hecho! A seis primos míos, que también lo eran suyos, a mi padre, que era su tío, y además a otro tío común por parte de padre y a mi hermano mayor los hizo matar sin juicio.*

El emperador Juliano, 361.<sup>2</sup>

El cristianismo apenas marcó diferencias importantes en la ideología del Imperio romano. Otros emperadores anteriores a Constantino habían alardeado de mantener relaciones especiales con algunos dioses en particular y, tras su muerte, habían sido declarados divinos. Más recientemente, Diocleciano se había puesto a sí mismo el apelativo de Jovius (semejante a Júpiter) y durante su vida fue llamado «señor y dios». Lo que hizo Constantino fue presentar su gobierno como si estuviera sancionado por el supremo Dios cristiano, que le había proporcionado victoria tras victoria en el campo de batalla. Tres siglos de tradición seguían siendo una influencia suficientemente fuerte en el momento de su muerte y fue declarado divino por el Senado: sería la última vez que se hacía algo así. El gobierno de Roma, y en especial sus emperadores, habían sido decretados por Dios. A Constantino le preocupaba mucho más que todos sus súbditos reconocieran eso que sus verdaderas creencias religiosas. Ese hecho reafirmaba el poder imperial, pero no alteraba realmente la forma en que funcionaban el ejército, la administración y otros órganos del Estado. Tampoco cambió la agresiva actitud de los romanos hacia otros pueblos ni redujo la ferocidad de las rivalidades internas.

Toda la familia de Constantino fue educada en el cristianismo. Los tres hijos que sobrevivieron, Constantino II, Constancio II y Constante, habían sido nombrados césares, como su sobrino Dalmacio. A cada uno de los cuatro se les otorgó el gobierno de un grupo de provincias y cada uno contaba con su propio prefecto del pretorio. Constante tenía sólo catorce años, así que probablemente en su caso el trabajo del día a día fue realizado por sus funcionarios. En 336, el hermano de Dalmacio, Anibaliano, obtuvo el título extraordinario de «rey de reyes de Bitinia y Ponto», lo que, obviamente, era un desafío al dominio regional del monarca persa, lo que aumentó la presión que sufrió éste mientras se preparaba la invasión de Constantino. Por tanto, cinco de los familiares del augusto compartían el poder y se produjeron numerosos matrimonios entre primos, tanto para promover la unidad familiar como para impedir que personas ajenas pudieran reivindicar la púrpura imperial.

Constantino falleció en mayo, pero durante cuatro meses no se eligió ningún nuevo augusto, por lo que continuó reinando nominalmente. Puesto que este peculiar interregno prosiguió a lo largo del verano, se emitieron nuevas leyes en su nombre. Entretanto se produjo una purga extremadamente sangrienta de los miembros masculinos de la familia. Tanto Dalmacio como

Anibaliano fueron asesinados, como también otros siete descendientes de la segunda esposa de Constancio, Teodora (una venganza postuma por haber desplazado a la madre de Constantino, Helena). En septiembre, los tres hijos de Constantino se habían deshecho de todos sus rivales. De sus

primos masculinos, sólo seguían vivos dos niños pequeños. Se decía que el ejército sólo aceptaría el gobierno de los hijos de Constantino, aunque no hay ninguna duda de que los hermanos habían ayudado a los oficiales de rango superior a alcanzar su decisión. Los tres adoptaron el título de agosto.<sup>3</sup>

Constancio II desempeñó el papel principal en la purga. Fue el primer César que llegó a Nicomedia después de la muerte de su padre y, a su debido tiempo, presidió el funeral celebrado en Constantinopla. Constantino había preparado un mausoleo para que su propio cuerpo descansara rodeado de monumentos de los doce apóstoles (a los que se añadieron después algunas reliquias suyas oportunamente descubiertas). El funeral fue cristiano y la pública decisión de no ser enterrado en Roma algo novedoso, aunque en muchos otros aspectos los rituales fueron muy tradicionales. Constantino II y Constante permanecieron en Europa tanto durante las ceremonias como mientras tenían lugar los asesinatos, pero es probable que fueran cómplices en la purga y desde luego no mostraron ningún interés en obstaculizar las muertes. Los tres hermanos se reunieron en septiembre cerca del Danubio y se repartieron las provincias. Constancio se quedó con las orientales, así como con Tracia, Constante recibió el resto de las regiones balcánicas, junto con Italia y el norte de África, y Constantino continuó controlando la Galia, Hispania y Britania.

Los tres eran augustos y el Imperio no estaba oficialmente dividido, pero entre ellos reinaba muy poca armonía. Constantino II era el mayor y, al parecer, pensaba que tenía derecho a desempeñar un papel dominante, lo que produjo cierta tirantez, en especial con su vecino más próximo, Constante, y en 340 esas desavenencias se convirtieron en una guerra civil declarada. El hermano de más edad contaba con mayor poderío militar, además de con más experiencia, pero resultó muerto en un encuentro preliminar en las afueras de Aquilea. Como en todas las guerras civiles romanas, no existía ningún componente ideológico y el conflicto terminó sin más cuando murió uno de los rivales. La popularidad de la casa de Constantino seguía siendo tan grande que nadie que no perteneciera a la familia tenía demasiadas oportunidades de reunir apoyo contra Constante, de diecisiete años, que ahora estaba al mando de casi dos tercios de todo el Imperio. Constancio había permanecido al margen de la disputa fraternal. Los persas, inquietos como es lógico ante los planes de invasión de su padre, lanzaron varios ataques contra la frontera romana durante esos años, lo que dio a Constancio una buena razón -y tal vez un pretexto- para quedarse en su propio territorio y dejar que la disputa se resolviera por sí sola.<sup>4</sup>

A continuación transcurrió una década sin guerras civiles (algo lo bastante raro como para que merezca la pena señalarlo). Sin embargo, en enero de 350 un oficial del ejército llamado Magnencio fue proclamado emperador en Autun, en la Galia. No se sabe exactamente cómo perdió Constante el apoyo de tantos de sus oficiales y funcionarios de rango superior, pero ahora estaban dispuestos a respaldar a un emperador que no pertenecía a la familia imperial. Puede que a medida que el joven agosto -Constante todavía tenía sólo veintisiete años- había ido creciendo, se hubiera mostrado menos abierto a aceptar la guía de los asesores que había conformado la política en años anteriores. Se cree que muchos de ellos también se habían molestado por su descarada homosexualidad y la libertad con la que iba acumulando amantes, guapos jóvenes que a menudo seleccionaba entre los prisioneros de guerra. Por otro lado, es posible que esas historias sean sólo propaganda difundida por el vencedor para mancillar su nombre.

El golpe de Estado estaba bien organizado y Constante no logró reunir ningún respaldo. Cuando una de las patrullas de Magnencio lo encontró, el hijo de Constantino tenía a su lado a un único oficial de

rango inferior. Constante fue ejecutado, lo que provocó una segunda usurpación cuando el ejército de Illyricum proclamó emperador a su comandante Vetranio. Sus motivos no están demasiado claros, ya que en cuestión de meses inició negociaciones con Constancio. Ambos se reunieron y, en una ceremonia pública, Vetranio renunció a su puesto y vivió el resto de su vida en un cómodo retiro. Es posible que estuviera trabajando para Constancio desde el principio, pero juzgara que la mejor manera de controlar las tropas era permitir que le proclamaran emperador, ya que así habría menos probabilidades de que desertaran y se unieran a Magnencio. Igualmente, puede que el juego de Vetranio no fuera tan sutil y sencillamente aguardara a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.<sup>5</sup>

Si Magnencio confiaba en ser reconocido como gobernador de Occidente, entonces sus esperanzas se vieron frustradas, porque Constancio había aceptado que uno de sus hermanos matara al otro, pero no estaba dispuesto a tolerar que un extraño se entrometiera. La guerra civil que estalló a continuación duró tres años y se libró a gran escala y con un considerable número de víctimas mortales. Magnencio se enfrentó también a otra amenaza cuando Nepotiano, hijo de una de las hermanastras de Constantino, fue proclamado emperador de Roma. Al cabo de un mes, él había sido decapitado y su madre ejecutada. Más grave para Magnencio fue la desertión de uno de sus oficiales de rango superior. Ese hombre, Silvano, se unió a Constancio y es muy posible que se llevara a muchos de sus soldados con él, lo que ayudó a Constancio a ganar la sangrienta batalla que se entabló en las afueras de Mursa, junto al Danubio, en 351. Al año siguiente, sus tropas invadieron Italia y en 353 empezó a reclamar la propia Galia. Cuando las derrotas empezaron a sucederse, Magnencio finalmente perdió la esperanza y se suicidó, junto con su hermano, al que había educado para que se convirtiera en César.<sup>6</sup>

Ahora Constancio era el amo de todo el Imperio y gobernaba con un único colega de rango inferior, Galo, el mayor de los dos sobrinos de Constantino que sobrevivieron a la sangría del año 337. El y su hermanastro Juliano fueron educados prácticamente en cautividad y no se les había otorgado ningún papel o responsabilidad pública para prepararlos para ocupar un alto cargo. Galo, de veintiséis años de edad, fue nombrado César en 351, y se le encargó controlar las provincias orientales mientras Constancio se dirigía a la Galia a enfrentarse a Magnencio. Al principio, parece que llevó a cabo la tarea de un modo razonablemente eficaz, pero es probable que la desconfianza entre el César y el Augusto que había asesinado a su padre y familiares resultara inevitable. No fue ninguna coincidencia que las desavenencias llegaran al culmen en el mismo momento que

Constancio estaba finalizando el proceso de sofocar la rebelión de la Galia. Es posible que Galo hubiera empezado a comportarse con menos comedimiento y, ciertamente, sus relaciones con muchos de los funcionarios superiores elegidos por el Augusto se habían vuelto tirantes. También se había convertido en un personaje impopular entre las familias acomodadas de Antioquía, a las que culpó de crear de forma deliberada una escasez de grano en la ciudad para forzar la subida de los precios. Varios hombres prominentes fueron arrestados, torturados y asesinados con cargos falsos. Un gobernador pereció hecho pedazos cuando Galo lo entregó a una turba airada.

Constancio se movió con precaución, temiendo que su César obtuviera suficiente apoyo local para levantarse contra él. Poco a poco, Galo fue despojado de las tropas que tenía a su inmediata disposición. A continuación, en 354, fue convocado para reunirse con el Augusto en el norte de Italia, con el pretexto de una celebración. Por el camino, fue arrestado y ejecutado. Después, un oficial cabalgó hasta Milán todo lo deprisa que los puestos de caballos de relevo del servicio postal imperial

le permitieron. Allí arrojó la joya que el César llevaba incrustada en los zapatos imperiales ante los pies de un complacido Constancio, «como si fueran los despojos del cadáver de un rey de los partos».<sup>7</sup>

## EL USURPADOR RENUENTE

Nuestras fuentes de las primeras décadas del siglo IV son insuficientes, en especial aquellas que describen los años que trascurrieron tras la muerte de Constantino. Esta situación cambia radicalmente en 353, cuando comienza la narración histórica que se conserva de Amiano Marcelino, que nos proporciona un relato detallado de los siguientes veinticinco años. Amiano fue el último gran historiador latino, lo que no deja de resultar irónico, considerando que procedía del Mediterráneo oriental -probablemente de la propia Antioquía-, por lo que su lengua materna era el griego. Después de servir como oficial del Estado Mayor en el ejército, se retiró a Roma y, tiempo después, redactó un texto histórico que cubría el periodo desde el año 96 al 378. Sólo se conservan los últimos dieciocho de los treinta y un libros originales, pero es evidente que cubrió los acontecimientos que presenció durante su vida con más detalle que los periodos precedentes, lo que nos brinda una descripción pormenorizada que no sólo es contemporánea, sino que en ocasiones también es el relato de un testigo presencial. Sin embargo, como cualquier otra fuente, debemos hacer uso de la historia de Amiano con un cierto grado de prudencia. No era completamente imparcial y a veces su interés por determinados hechos distorsiona su lugar en el panorama general. Aun así, gracias a los detalles de sus relatos disponemos de un vivido retrato del Imperio del siglo IV.<sup>8</sup>

La narrativa de Amiano que ha llegado a nuestros días comienza con la ruptura final de las relaciones entre Constancio y Galo. Este último es retratado como un tirano sin control, incitado por su esposa, aún más feroz que él, una hija de Constantino que anteriormente había estado casada con Anibaliano, luego asesinado. El relato de Amiano nos permite ver el proceso mediante el cual Galo fue gradualmente despojado de su poder, aislado y asesinado. Lo que es aún más importante, nos describe las purgas que tuvieron lugar tras la caída del César y la derrota de Magnencio. De pronto, cualquiera que tuviera algún tipo de relación con ellos, y especialmente los oficiales del ejército y los funcionarios, estaba bajo sospecha. Hombres de edad avanzada fueron torturados con el fin de arrancarles una confesión y pruebas contra otros sospechosos. A continuación, muchos fueron ejecutados y a unos pocos sólo los obligaron a exiliarse.<sup>9</sup>

En ese clima de desconfianza casi paranoica, uno de los modos más fáciles que tenía un individuo de probar su lealtad era delatar a otro. A menudo, esa demostración de fidelidad traía consigo un ascenso u otros favores por parte del agradecido emperador. Pero había incentivos adicionales: ese tipo de informadores solían ser recompensados con un porcentaje de la propiedad del condenado. En consecuencia, muchos hombres absolutamente inocentes fueron atacados de esa forma y la gran mayoría fueron ejecutados, porque era extremadamente difícil rebatir las alegaciones, mientras que las pruebas se falsificaban con facilidad. Amiano opinaba que Constancio tenía demasiada tendencia a recelar de los demás, pero aún le desagradaba más la buena disposición de los oficiales y funcionarios a atacar a sus colegas, o a cualquiera que intuyeran que era vulnerable a una acusación. Cuenta la historia de un informador habitual que fue apodado «el conde de los sueños» por su habilidad para distorsionar inocentes sueños contados durante una cena y transformarlos en aspiraciones a hacerse con el poder imperial. Otro era conocido como «Paulo cadenas» porque las pruebas que fabricaba envolvían a los hombres inocentes de una manera que les resultaba imposible escapar. Trabajar en la burocracia imperial se había convertido en una actividad muy peligrosa, lo que, obviamente, no

fomentaba la eficiencia.<sup>10</sup>

Amiano menciona por su nombre a muchas de las víctimas de esas purgas. En el año 353, fue adscrito al personal del comandante de las fuerzas de campo de Oriente, el *magister militum* Ursicino. El general estaba bajo sospecha desde la caída de Galo, en parte debido a la actuación de sus hijos, y se le encargó ocuparse de los tribunales que procesaban a los implicados en los recientes disturbios. Era una labor desacostumbrada para un soldado de su rango, y era evidente que su comportamiento estaba siendo supervisado para evaluar su propia lealtad hacia Constancio. Ese tipo de tribunales condenó a numerosas personas anónimas y de importancia menor: familiares de los más poderosos, así como oficiales y funcionarios cuyas carreras habían avanzado a través del clientelismo. Las investigaciones y arrestos se realizaron por toda Britania, Galia e Hispania en el periodo que siguió a la revuelta de Magnencio. Sólo gracias al relato de Amiano cobramos conciencia del efecto dominó que se produjo cuando los castigos alcanzaron no sólo a los líderes de las guerras civiles y las usurpaciones, sino a muchos más individuos. Normalmente, en muchas otras luchas internas, ese proceso resulta invisible debido a la pobreza de las fuentes conservadas, pero siempre es necesario tenerlo en cuenta.<sup>11</sup>

Hasta los más breves ataques contra el poder imperial provocaban una agitación considerable, creando un clima de nerviosismo que se iba filtrando en dirección descendente por las jerarquías del ejército y la administración. Los hombres tenían que elegir bando, tratando de adivinar quién se alzaría con la victoria. Aunque se mantuvieran leales al hombre que más tarde resultara vencedor, no podían estar seguros de que su inocencia les protegiera. Los oficiales ambiciosos incrementaban su poder acusando a otros, en ocasiones impulsados por una enemistad personal, pero también simplemente porque sentían que podían hacerlo sin tener que pagar las consecuencias. Desde la cumbre, el emperador sospechaba que sus subordinados más poderosos deseaban suplantarle, ya que la usurpación y la guerra civil seguían siendo hechos cotidianos. Por otro lado, el incremento de la burocracia y de los grandes ceremoniales de la vida cortesana hacía que le resultara más difícil averiguar lo que estaba sucediendo.

El destino de Silvano, el oficial que desertó del ejército de Magnencio durante la guerra civil, ilustra bien el clima de los tiempos. Cuando finalizó el conflicto, Constancio le recompensó con el puesto de comandante del ejército acantonado en la Galia. Silvano, cuyo padre había luchado con honor por Constantino, era franco, uno de los numerosos oficiales con ascendencia germánica que formaban parte del ejército en aquella época. Un caudillo de la tribu de los alamanes había tenido un papel destacado en la proclamación de Constantino como emperador en York en 306. Muchos de esos hombres adoptaron nombres romanos, a todos ellos se les había otorgado la ciudadanía y un estatus social acorde con su rango y eran romanos en todos los aspectos culturales de importancia. Silvano era cristiano -algo que seguía siendo raro entre los francos que vivían fuera del Imperio- y era decididamente leal al Imperio, si bien su inicial deserción dejaba menos claro a qué emperador en concreto debía lealtad.<sup>12</sup>

Cuando todavía llevaba poco tiempo en el cargo, Silvano escribió unas cartas de recomendación para un funcionario imperial que estaba destinado en la zona. Era completamente normal que se solicitaran ese tipo de cosas de aquellos que tenían poder en una región, pero el individuo en cuestión tenía un motivo más siniestro. Con cuidado, borró la tinta del cuerpo principal de las cartas, dejando sólo la firma del general Silvano en cada página. A continuación, redactó sus propias cartas, dirigidas a diversos oficiales de alto grado, administradores y otros hombres prominentes, dando a entender que se estaba planeando una rebelión contra Constancio. Las cartas fueron enviadas a otros conspiradores,

entre ellos al prefecto del pretorio Lampadio y a otros funcionarios de alto rango. El prefecto, cuyo papel le daba acceso al emperador más allá de las restricciones de la

ceremonia de la corte, le entregó en privado las cartas a Constancio.

De inmediato, el emperador ordenó el arresto de los hombres cuyo nombre figuraba en las cartas. No obstante, algunos oficiales -muchos de ellos también de ascendencia franca, entre los que se contaba Malarico, el comandante de uno de los regimientos de la guardia- protestaron y defendieron incondicionalmente la inocencia de Silvano. Constancio cedió un poco, pero no aceptó su propuesta de enviar a uno de los suyos para hacer venir a Silvano a la corte de Milán y así darle la oportunidad de explicarse, sino que escuchó al predecesor de Silvano en el mando de la Galia, a quien no le había gustado ser reemplazado, y seleccionó otro emisario. Este hombre fue a la Galia, pero no hizo ningún esfuerzo por conocer o ponerse en contacto con Silvano. Lo que hizo fue unirse a un funcionario local y empezar a tratar a cualquiera que estuviera ligeramente asociado con el general como si ya fueran rebeldes convictos. Entretanto, los conspiradores mandaron otra carta falsificada que incriminaba tanto a Silvano como a Malarico; había sido redactada de tal forma que el receptor -el hombre que estaba al frente de la fábrica de armas de Cremona, en el norte de Italia- quedó desconcertado y mandó a su vez una misiva para pedir una explicación.

Malarico se la llevó al emperador y proclamó a voz en grito que había una conspiración en marcha. Constancio ordenó una investigación que descubrió la huella del texto original, poniendo al descubierto que las cartas habían sido falsificadas. Lampadio fue arrestado, pero todavía tenía suficientes amigos influyentes como para conseguir que le pusieran en libertad. Uno de sus cómplices fue sometido a interrogatorio bajo tortura, pero, más tarde, él también fue liberado y ninguno de los demás conspiradores recibió ningún tipo de castigo. El hombre que había realizado las falsificaciones fue ascendido poco después al cargo de *corrector*, como gobernador de una de las regiones de Italia.

Aunque Silvano había sido absuelto de todas las acusaciones, debido al lento ritmo de las comunicaciones, él todavía no lo sabía. Sus amigos de la corte le habían informado de las acusaciones y las cartas falsificadas, mientras que el comportamiento del mensajero del emperador sugería que ya había sido condenado sin ninguna oportunidad de defenderse. En un momento dado, consideró huir al otro lado de la frontera para buscar refugio entre los francos. Sin embargo, otro oficial franco que servía en el ejército le disuadió, diciéndole que las tribus o bien le matarían o bien aceptarían gustosas una recompensa por entregárselo a los romanos. Los francos no eran una nación, sino muchas tribus y clanes con escasas conexiones entre sí.

Silvano nunca había planeado reclamar el trono. En el verano de 355 pagó a sus tropas en nombre de Constancio y pronunció un discurso panegírico sobre el emperador en el que los instaba a mantener inquebrantable su lealtad. Como señala Amiano, «si hubiera intentado usurpar las insignias de ese destino superior, habría entregado esa cantidad tan grande de dinero en su propio nombre». No obstante, al haber sido declarado culpable sin siquiera disfrutar de una audiencia, se sentía atrapado. En vista de que se enfrentaba a lo que parecía una ejecución inevitable, Silvano decidió que su única esperanza de supervivencia era tratar de arrebatarse el trono a Constancio. Tal vez podría sustituirlo en el mando supremo o al menos negociar desde una posición de fuerza para ser aceptado como cogobernante. Cuatro días después del desfile de la paga -la fecha fue probablemente el 11 de agosto-, fue aclamado como emperador por su ejército en Colonia. Fue una ceremonia organizada a toda prisa, improvisada, en la que el nuevo emperador vestía una púrpura imperial confeccionada con pequeñas

banderas tomadas de varios estandartes militares y cosidas juntas.<sup>13</sup>

Constancio se quedó estupefacto cuando las noticias de la usurpación llegaron a Milán. En la corte estaba Ursicino, que hasta cierto punto seguía estando bajo sospecha, y se decidió que sería él quien fuera a parlamentar con Silvano. No le acompañó el ejército, sino sólo unos cuantos oficiales y diez miembros de su comitiva personal, entre los que se encontraba el propio Amiano. Sus instrucciones eran tratar de forma encubierta con el usurpador, pero más tarde el historiador escribió que sintieron que «tendríamos que enfrentarnos a fieras terribles como si fuésemos gladiadores». Partieron con premura hacia Colonia llevando una amistosa carta de Constancio en la que fingía no saber nada sobre la proclamación de Silvano. Debía entregar el mando a Ursicino y regresar con todos los honores a Milán.<sup>14</sup>

Cuando la partida alcanzó Colonia, ante el importante contingente de tropas y notando que el usurpador contaba con completo apoyo local, Ursicino decidió presentarse como un simpatizante y se postró ante Silvano como correspondía. Le dieron la bienvenida y lo recibieron como a un valioso aliado, dado que el hecho de que él también hubiera sido objeto de las sospechas injustificadas de Constancio hacía que su actuación resultara bastante plausible. Mientras Silvano se resistía a atender los llamamientos de sus hombres de marchar sobre Italia -puesto que sólo habían pasado unas cuantas semanas desde su proclamación como emperador, es posible que todavía no estuviera preparado, pero también puede que no deseara agravar el conflicto-, los recién llegados empezaron a trabajar en secreto. Tras descubrir que un par de unidades del ejército no mostraban un respaldo tan decidido al usurpador, les pagaron sustanciales sobornos para persuadirles de que se volvieran contra Silvano. Al amanecer, un grupo de estos soldados irrumpió en el palacio, acabando con la vida de todos los centinelas que encontraron en su camino. Entonces:

Sacaron a Silvano de una capilla en la que se había refugiado presa del pánico cuando se disponía a celebrar un rito cristiano, y le mataron clavándole repetidamente sus espadas. Y así murió este general de méritos nada escasos que, por temor a las calumnias de sus enemigos, en las que se vio envuelto durante su ausencia, buscó todo tipo de recursos en su intento de salvar la vida.<sup>15</sup>

A continuación se produjo la habitual purga de los familiares y asociados del fallecido. «Paulo cadenas» desempeñó un papel destacado a la hora de «descubrir» información que desencadenó un alto número de ejecuciones. Amiano menciona el nombre de cinco víctimas, así como a «muchos otros». Durante un tiempo, el mismo Ursicino estuvo bajo sospecha de haber malversado fondos.<sup>16</sup>

El reinado de Silvano había durado sólo veintiocho días. Su asesinato evitó una guerra civil, que habría supuesto un coste muy superior en vidas al número de ejecuciones que tuvieron lugar. Sin embargo, es importante no medir los costes de las usurpaciones sólo en términos de víctimas y perjuicios físicos. Cada una de ellas subrayaba lo precaria que era una carrera en el servicio imperial. Uno de los descubrimientos más impactantes de este episodio es los pocos escrúpulos que mostraban los funcionarios romanos de alto rango para orquestar la deshonor y asesinato de sus colegas para su propio provecho. Otro es lo difícil que le resultaba a Constancio saber qué estaba sucediendo en su Imperio. Contra lo que pudiera parecer, el enorme aumento de la burocracia había traído como consecuencia que el emperador estuviera peor informado de lo que lo habían estado en los siglos I y II. Nada de esto contribuía a la marcha eficiente del Imperio.<sup>17</sup>

Con todo, el buen gobierno no era la prioridad absoluta de los emperadores, sino la supervivencia. A

lo largo de su carrera, Constancio siempre había estado dispuesto a ejecutar, asesinar o iniciar una guerra civil contra cualquiera que cuestionara su control del poder imperial. Con frecuencia, los emperadores del Principado se habían mostrado igualmente implacables. Amiano comparó la peliaguda situación de Ursicino en 354 con la de Corbulón, un distinguido general a quien Nerón dio instrucciones de suicidarse. En el siglo I, tanto Augusto como

Vespasiano, dos hombres que nuestras fuentes suelen situar entre los mejores emperadores, obtuvieron el poder mediante una guerra civil. Aun así, la diferencia era considerable. Las usurpaciones no eran tan comunes en el siglo IV como en el III, pero seguían siendo frecuentes. Costaba más asesinar a los emperadores porque en la corte había un nivel de seguridad más elevado, pero el peligro de que alguien se ganara a una amplia parte del ejército seguía siendo muy real.

Ningún emperador estaba nunca totalmente seguro. La compleja burocracia y la jerarquía dividida, con una estricta separación entre el poder militar y el poder civil, y las complejas relaciones dentro de cada uno de ellos, garantizaban una cierta protección. Era más difícil que en otros tiempos organizar un ataque de éxito. Sin embargo, no era imposible, y si se conseguía reunir un amplio apoyo en distintas ramas del ejército y la administración, entonces era probable que el ataque fuese peligroso. Los emperadores tenían una actitud temerosa y desconfiada, como era comprensible, que se filtraba inevitablemente a las jerarquías inferiores. Sus subordinados sabían muy bien que en cualquier momento podían caer bajo sospecha. Una carrera podía terminar de forma abrupta en la tortura y la muerte, o podía florecer, muy posiblemente mediante el asesinato de otros. La competencia violenta impregnaba todos los niveles del gobierno y en especial de los rangos superiores. Existía asimismo un cierto grado de ambivalencia. Para la mayoría de los soldados de carrera y los funcionarios, en realidad no importaba quién era el emperador. Todo lo que importaba era obtener su favor y evitar su desconfianza. Fuera quien fuera el emperador, siempre necesitaría a sus subordinados. El ejército y la burocracia sobrevivían a todas las usurpaciones, aunque muchos de los individuos que conformaban esas instituciones resultarían víctimas de tales hechos.

No obstante, pese a todas las sospechas y la paranoia que implicaba ejercer el gobierno del Imperio, los emperadores del siglo IV llevaban vidas de esplendor. Rodeados de ceremonia, se suponía que todo a su alrededor tenía que ser ostensiblemente lujoso y espectacular. Los emperadores eran especiales, elegidos de Dios, y se encontraban por encima del resto de la humanidad. Este aspecto siempre se enfatizaba, incluso en hombres que acababan de autoproclamarse gobernantes. Cuando se postró delante de Silvano, Ursicino sólo se comportaba como se esperaba que lo hiciera. El mero hecho de poseer suficiente tela púrpura como para confeccionar una capa imperial llevó a varios hombres a ser ejecutados.

En realidad los emperadores siempre se sentían inseguros, pero en público eran presentados como seres de una completa superioridad y absolutamente convencidos de su poder. Esa dicotomía queda muy bien expresada en el relato de Amiano de la llegada de Constancio a Roma en 357. Aunque no estaba celebrando un triunfo formal, la grandiosa procesión de tropas lo sugería. Constancio apareció rodeado de estandartes y filas y filas de soldados, entre los que marchaban también los catafractos, con sus relucientes armaduras, que incluían una máscara plateada sobre el rostro que les hacía parecer «bruñidas estatuas en vez de hombres». El emperador:

[...] marchaba sentado sobre un carruaje de oro, que brillaba con el fulgor de piedras distintas [...] le rodeaban dragones tejidos con color púrpura, atados a la parte superior de las lanzas con oro y piedras preciosas, unos dragones que abrían una boca enorme al viento, de manera que emitían un sonido que



daba a entender que estaban furiosos mientras sus colas se agitaban llevadas por el viento.

[...]

Y así Constancio, al ser aclamado como augusto por voces favorables, no sentía pánico ante el estruendo que se extendía por montes y riberas, sino que mostraba la misma tranquilidad con la que aparecía en sus provincias. Para ello, aunque era muy bajo, doblaba su cuerpo al atravesar puertas muy altas y, además, como si no pudiera mover el cuello por llevar armadura, miraba en línea recta sin torcer su rostro ni a la derecha ni a la izquierda, semejante a una estatua. Y no bajaba jamás la cabeza por los movimientos de las ruedas, ni se le vio nunca escupir, ni secarse, ni frotarse la boca o la nariz, ni agitar una mano.<sup>18</sup>

## XI

### ENEMIGOS

*¿Voy ahora yo a empezar por recordar que gracias a tu valor las Galias han sido recuperadas y toda la barbarie sometida como si se tratase de cosas nuevas y nunca oídas? Estas hazañas de grandísima fama en esta parte del Imperio romano han sido celebradas con la alabanza del buen nombre, en tal grado que merecieron la envidia del emperador, tu primo.*

Discurso de agradecimiento de Claudio Mamertino al emperador Juliano, pronunciado el 1 de enero de 362.<sup>1</sup>

Pese al magnífico ceremonial de la corte imperial, ningún emperador estuvo nunca libre del miedo a la usurpación. Era una amenaza personal e inmediata, porque, obviamente, los usurpadores no querían destruir el Imperio, sino solamente poseerlo. Morir a manos de un rival seguía siendo la causa más frecuente de muerte para los emperadores. Los usurpadores que tenían éxito necesitaban el respaldo de una parte sustancial del ejército. Los emperadores podían tratar de controlar a los funcionarios de alto rango otorgando mandos importantes sólo a los más leales. También continuaron obligando a los soldados a prestar un juramento de alianza personal y recordándoles su lealtad con desfiles y donativos en festivales imperiales significativos a lo largo del año. Sin embargo, inevitablemente, siguieron siendo figuras distantes para la inmensa mayoría de sus tropas y la mayor parte de sus oficiales.

El riesgo de que su ejército se volviera contra ellos era algo con lo que todos los emperadores tenían que vivir. No podían prescindir de sus tropas, ni siquiera reducir su tamaño de forma sustancial con la esperanza de limitar así su poder. En primer lugar, cualquier disminución notable habría dejado sin empleo a un gran número de oficiales y numerosas tropas habrían sido desmovilizadas. Como poco, eso probablemente incrementaría el bandolerismo en las provincias (cuando Septimio Severo despidió a los pretorianos hubo un rápido aumento en los niveles de robo a mano armada en Italia). Lo más seguro es que se hubiera creado de inmediato una base de poder para cualquier usurpador que les

prometiera volver a contratarlos.<sup>2</sup>

No obstante, la principal razón de que el ejército no pudiera reducirse era sencillamente que resultaba necesario. Ninguno de los enemigos extranjeros de Roma amenazaba su existencia. Las tribus estaban desunidas. La mayoría de ellas emprendían meras incursiones de asalto y lo peor que hacían era atacar y ocupar pequeñas franjas de tierra en las zonas fronterizas. Los persas estaban más unidos y eran más sofisticados militarmente, pero ni siquiera ellos podían confiar en hacer más que recuperar parte del territorio que les habían arrebatado los romanos. Las guerras con extranjeros no eran luchas a vida o muerte, al menos por lo que se refería a los romanos; pero eran frecuentes. Roma tenía muchos enemigos viviendo a lo largo de sus largas fronteras.

Que ninguna de esas potencias por sí sola supusiera una amenaza de muerte para el Imperio no significa que no lo fueran de todas formas. Los crímenes violentos no amenazan la existencia de las democracias modernas, pero eso no significa que puedan pasarse por alto sin más, aunque los gobiernos y los votantes parezcan resignarse a su elevada frecuencia en algunas zonas. Para los romanos, era necesario mantener las incursiones que atravesaban las fronteras a un nivel aceptable para el gobierno. La guerra también desempeñaba un papel central en la ideología del Imperio: obtener victorias sobre oponentes extranjeros era la prueba definitiva de la capacidad de gobierno de un emperador, y cualquier éxito de este tipo recibía un lugar destacado en su propaganda. Sin duda, el deseo de gloria inspiró a sucesivos emperadores a lanzar campañas en las zonas fronterizas.

## UN EJÉRCITO CON UN «NUEVO MODELO»

Como hemos visto, además de emprender la reforma de la administración, Diocleciano y Constantino presidieron una reestructuración importante del ejército. Las tropas habían sido divididas en dos grandes tipos de unidades distintas, los *comitatenses* y los *limitanei*. Estos últimos recibían menos paga y se les exigían menos requisitos físicos, pero seguían siendo soldados profesionales a tiempo completo. El origen del nombre es la palabra que designaba los caminos de uso militar (*limes*), aunque su significado preciso es objeto de debate. En ocasiones, los *limitanei* también eran llamados *riparienses*, palabra que venía de *ripa*, las orillas de un río. Estaban estacionados en las provincias, normalmente en zonas fronterizas, y eran comandados por *duces*. Su papel era patrullar y vigilar el área que rodeaba sus guarniciones, así como sofocar ataques de escala relativamente pequeña, como incursiones de saqueo de bandas cuyos efectivos ascendían a unas cuantas docenas o, como mucho, a un par de cientos de guerreros. Un estudio ha señalado que no hay noticia de bandas de menos de cuatrocientos hombres, y sugiere que los grupos más pequeños eran detenidos de manera rutinaria por los *limitanei*.<sup>3</sup>

Los *comitatenses* contaban con una estructura de mando completamente independiente y se trasladaban con mucha más frecuencia de una región a otra. El nombre derivaba de *comitatus*, el personal de la casa imperial, y la idea original era claramente que debían estar a disposición del emperador. Es posible que bajo el reinado de Constantino estuvieran organizados como un solo ejército, listos para seguirle en campaña allá donde fuera. Cuando sus tres hijos dividieron el Imperio en el año 337, los *comitatenses* fueron divididos en tres ejércitos separados. Con el tiempo se crearían más ejércitos independientes estacionados en regiones específicas. En la práctica, los *comitatenses* solían ser mandados por generales con el título de «jefe del ejército» (*magister militum*), como Silvano y Ursicino. Entre las variantes del título se encontraban el «jefe de caballería» (*magister*

*equitum*) y el «jefe de infantería» (*magister peditum*), ninguno de los cuales mandaba exclusivamente infantería o caballería, sino una combinación de ambos tipos de fuerzas. Como subordinados, los *magister militum* tenían a su cargo a oficiales con el rango de *comes* o condes (plural *comites*). Recordemos que la palabra procede de la comitiva que solía acompañar tradicionalmente a los emperadores en un viaje o en campaña. En algunos casos, los condes recibían mandos independientes a pequeña escala.<sup>4</sup>

Los *magister militum* mandaban con regularidad contingentes importantes de tropas, aunque probablemente no más que los gobernadores senatoriales de una amplia provincia militar en el siglo I o II. Sólo había tres -la cifra se duplicaría a finales de siglo, pero nunca superaría esa cantidad-, lo que hacía más fácil para el emperador poder mantenerlos bajo estrecha vigilancia. No obstante, el episodio de Silvano demostró que esa vigilancia podía no ser suficiente. Más importante a la hora de garantizar la seguridad del emperador eran los complejos repartos de responsabilidad y poder a lo largo y ancho de las provincias. El ejército estaba dividido en dos y, seguramente, más de la mitad de sus unidades eran *limitanei*. Con todo, parece que la cooperación entre *limitanei* y *comitatenses* era habitual y, en la práctica, en ocasiones los oficiales de alto rango tenían bajo su mando tropas de ambas clases durante una campaña. Se mantenía una división mucho mayor entre

la jerarquía militar y la administración.

El ejército dependía de las burocracias civiles para recibir la paga, el alimento y la ropa. Incluso las armas y otras piezas del equipamiento que en los inicios del Imperio se fabricaban en los enormes talleres que poseían las legiones procedían ahora de fábricas dirigidas por el Estado bajo la supervisión de los prefectos del pretorio. Un *magister militum* que planeara enfrentarse al emperador tenía que asegurarse de obtener no sólo el respaldo de los soldados, sino la cooperación o la sustitución de numerosos burócratas. Ahora era mucho más difícil conocer y ganarse el favor de todos aquellos que eran importantes. Al mismo tiempo había muchas personas sirviendo en jerarquías independientes con capacidad para enviar informes reales o fabricados sobre cualquier comportamiento desleal que presenciaran o del que tuvieran noticia. El sistema ofrecía cierta protección al emperador, pero a cambio resultaba mucho más difícil conseguir que las cosas se hicieran. Las campañas podían retrasarse o verse obstaculizadas por una falta de aprovisionamiento sobre la que los comandantes no tenían control.<sup>5</sup>

El ejército romano del siglo IV era grande, y sus efectivos seguían haciendo parecer pequeños los de la inflada burocracia. La gran mayoría de los hombres pagados y controlados por los emperadores eran soldados. Sin embargo, no conocemos el verdadero tamaño del ejército. La mayoría de los estudiosos asumen que era más grande que el del siglo II, quizá un 50 por ciento o incluso un cien por cien mayor, pero no disponemos de suficientes pruebas al respecto e, inevitablemente, los cálculos son, en gran parte, conjeturas. Sabemos que el ejército del siglo IV contaba con más unidades y tenemos una lista completa de las que existían a finales del siglo IV y principios del siglo V. Algunas unidades habían desaparecido en la época de Constancio y otras nuevas se habían creado, pero esta lista nos da una idea bastante exacta de la composición general del ejército durante su reinado. Por desgracia, no poseemos ninguna evidencia clara de las dimensiones de cada unidad, por lo que no podemos calcular el tamaño teórico total del ejército a partir de esos datos.<sup>6</sup>

A su vez, los *limitanei* incluían un amplio abanico de tipos de unidades. Algunos habían sobrevivido desde la época de Marco Aurelio e incluso desde periodos anteriores. Había legiones, así como

cohortes auxiliares y *alae* de caballería. Otras unidades eran de nueva creación. En general existía una proporción más elevada de caballería en los *limitanei* que en los *comitatenses*, sin duda porque eran útiles para patrullar. No había ninguna unidad que incluyera a la vez infantería y caballería, como las cohortes mixtas del Alto Imperio. En ocasiones, las legiones estaban estacionadas en distintos puestos de avanzada. Algunas estaban divididas en cinco guarniciones y, a principios del siglo V, la Legio XIII Gemina contaba con cinco guarniciones en el Danubio, otra en Egipto y también con una unidad entre los *comitatenses*. Aun así, eran mucho más reducidas que las legiones de cinco mil hombres del Alto Imperio. También es más que posible que la mayoría de las unidades fueran menos numerosas que las cohortes y las *alae* de los auxiliares, de aproximadamente quinientos hombres, que existían en el siglo II. Muchos de los fuertes ocupados por los *limitanei* eran diminutos, en su mayoría no eran más que una fracción del tamaño de fuertes auxiliares más antiguos. Un papiro egipcio que data de principios del año 300 también sugiere que las unidades eran muy pequeñas. Menciona un *ala* de caballería con ciento dieciséis legionarios -poco más de un año después la cifra había ascendido a ciento dieciocho-, una *vexillatio* de caballería de setenta y siete hombres y una unidad de arqueros montados con ciento veintiún soldados. Varias unidades de infantería rondaban los quinientos hombres, mientras que, al parecer, una tropa de camellos tenía tan sólo un par de docenas de hombres.<sup>7</sup>

La situación respecto a los *comitatenses* no es más clara, aunque había menos variedad de tipos de unidades. La infantería estaba compuesta por legiones y un nuevo tipo de unidad conocida como *auxilia*. Todos los últimos y parte de los primeros eran llamados *palatina*, un título que tenía mucho prestigio y algunas ventajas tangibles en cuanto a la paga y otras bonificaciones, pero que no implicaba ninguna diferencia de función. Todas las unidades de caballería se llamaban *vexillationes* y eran más pequeñas que los regimientos de infantería: se suele conjeturar que las unidades de caballería contaban con seiscientos hombres, mientras que las de infantería rondaban los mil o mil doscientos. Sin embargo, las escasas menciones de las cifras de soldados de los regimientos de nuestras fuentes sugieren contingentes menores, una cifra de en torno a trescientos cincuenta o cuatrocientos para la caballería y ochocientos para la infantería. Lo que no sabemos es si esas cifras tan bajas representan contingentes verdaderos de campaña, reducidos por la enfermedad y el número de bajas, o se trata de dimensiones teóricas. Un par de fuentes mencionan a comandantes que mantenían a hombres inexistentes en la lista de efectivos de su unidad para poder obtener su paga y sus raciones. Las unidades de infantería de *comitatenses* estaban organizadas en parejas que, por lo visto, siempre operaban juntas, lo que evidentemente complica aún más los cálculos, ya que no podemos estar seguros de si las cifras mencionadas en nuestras fuentes se refieren a un solo regimiento o a dos, que el autor, de forma natural, presupone que estarían juntos.<sup>8</sup>

En general, podemos afirmar que las unidades del ejército del siglo IV eran más pequeñas que sus predecesoras de los siglos I y II. En cuanto pretendemos ir más lejos en nuestras averiguaciones, entramos en la pura conjetura. Ni siquiera podemos saber a ciencia cierta si todas las unidades de un tipo concreto tenían el mismo tamaño teórico. Probablemente, los regimientos de infantería de todo tipo en el ejército de campo oscilaban entre los quinientos y los mil hombres y las unidades de caballería contaban con cerca de la mitad de hombres que las de infantería. Es posible que muchas unidades de *limitanei* fueran mucho más reducidas y quizá debamos pensar en unos contingentes de entre cincuenta y doscientos hombres, lo que las convertirían en algo más similar a una compañía que a un batallón según criterios modernos. Puede que, sobre el papel, el número total de efectivos del ejército fuera superior al que existía en tiempos de Marco Aurelio, pero no podemos estar seguros. El número real de hombres con el que funcionaba el ejército en el día a día es aún más difícil de calcular.<sup>9</sup>

Los datos son igualmente insuficientes respecto al reclutamiento. Algunos hombres eran voluntarios y otros habían sido obligados a alistarse, pero desconocemos cuál era la proporción que existía entre ambos. Los hijos de soldados estaban obligados por ley a unirse al ejército. Los *terraceni* debían proporcionar un número fijo de reclutas como parte del sistema fiscal, pero a menudo podían conmutar esta obligación por un pago en dinero o bien librarse sin más. También había un suministro regular de reclutas para el ejército proveniente de los grupos de bárbaros asentados dentro del Imperio por virtud de un tratado mediante el que estaban obligados a proporcionar soldados al ejército. Las tribus que habitaban fuera del Imperio también se unían al ejército por iniciativa individual o en grupo. La antigua idea de que esa afluencia de germanos «barbarizaba» el ejército romano y con el tiempo reducía su eficacia, ha quedado desacreditada. Al parecer, no había ninguna diferencia real en la fiabilidad y el rendimiento de los reclutas de dentro y de fuera del Imperio. Como hemos visto en el último capítulo, en los rangos superiores había muchos hombres de ascendencia bárbara que se comportaban exactamente igual que sus colegas con un linaje romano más tradicional.

El ejército reclutaba hombres allí donde podía y hay claros signos de que muchas personas hacían todo cuanto estaba en su mano para evitar el servicio. En términos reales, la paga del ejército tenía menos valor que en los siglos I y II, mientras que la disciplina y los castigos seguían siendo brutales. Varias leyes castigaban la práctica de la automutilación para evitar ser reclutado (algunos reclutas potenciales se cortaban el pulgar para no poder sostener una espada o un escudo apropiadamente). Hubo un caso famoso de un *équite* que les había hecho eso a sus hijos durante el reinado de Augusto, de manera que la práctica no era nueva, pero parece que ahora era más común. La frecuencia con la que se redactaba legislación destinada a tratar de atajar ese problema sugiere que las leyes no eran efectivas. Un clérigo, en una carta al comandante de una guarnición en Egipto, le pedía que eximiera al hijo de una viuda del servicio militar o, si eso no era posible, que al menos lo inscribiera en los *limitanei* locales para que pudiera permanecer cerca de su hogar, en vez de enviarle lejos a unirse a los *comitatenses*. El ejército del siglo IV no contaba con enormes contingentes humanos, y ese factor desempeñó un papel importante en la configuración de sus operaciones.<sup>10</sup>

Fuera cual fuese el auténtico tamaño del ejército del siglo IV, sin duda, el hecho de que hubiera más unidades implicaba que habría más oficiales para mandarlas. Los comandantes de regimientos solían ser llamados tribunos, aunque se utilizaron asimismo otros títulos, como *praepositus*. Ese puesto proporcionaba considerable estatus a un hombre, a pesar de que, una vez más, su paga y su importancia social eran, en cierto modo, menores que los de un oficial ecuestre del siglo II. En comparación con los primeros tiempos del Principado, el ejército del Bajo Imperio romano tenía una estructura de mando con un exceso de altos cargos. Es más que probable que el deseo de recompensar a los hombres leales con un rango importante -y en algunos casos con sus propios mandos independientes- tuviera tanto que ver con la multiplicación de las unidades como con las preocupaciones prácticas. En nuestras fuentes se habla de tribunos sin mando específico de tropas que a veces servían como miembros del Estado Mayor, y es más que probable que hubiera muchos más hombres con cargos de oficiales que unidades que pudieran mandar. Es muy posible que algunos tribunos fueran ascendidos tras servir en la tropa. Un camino mucho más común era la obtención del puesto tras haber servido en las unidades especiales de la corte imperial. Los *caliditas* actuaban como guardia personal del emperador durante las ceremonias de la corte. Los *protectores domestici* servían como oficiales de rango inferior del Estado Mayor, ya fuera con el emperador o con un *magister militum*. Amiano fue uno de ellos. Oficialmente, el ascenso era una prerrogativa del emperador, pero en la práctica tenía que confiar en las recomendaciones de los oficiales, funcionarios y cortesanos superiores. No existía ningún sistema oficial para entrenar a esos oficiales o para seleccionarlos

basándose en el talento. Como siempre sucedía en la sociedad romana, el clientelismo desempeñaba un papel importante a la hora de determinar la carrera de un hombre.<sup>11</sup>

Los especialistas modernos, convencionalmente, se refieren a los *comitatenses* como unidades móviles de campaña, y con frecuencia van más allá y los denominan tropas de élite. Son vistos como una respuesta necesaria al incremento de las amenazas externas a las que se enfrentaba el Imperio. En el pasado, las guerras que exigían la retirada de tropas de una zona fronteriza habían debilitado las defensas de la región, que quedaba vulnerable ante un ataque. En el siglo IV, los *limitanei* permanecían en todo momento en su puesto. No eran tan numerosos como las fuerzas situadas en las fronteras del Alto Imperio y no podían esperar salir victoriosos ante incursiones de envergadura. No obstante, sus campamentos base contaban con abundantes fortificaciones, al igual que los pueblos y las ciudades, y en caso de ataque se esperaba que resistieran todo cuanto pudieran y además hostigarán al enemigo. En caso necesario, un ejército de un tamaño considerable de *comitatenses* podía ser enviado a continuación a la región para enfrentarse al invasor. En esencia, los *limitanei* conformaban las reservas móviles de las que se dice que carecían las anteriores configuraciones de las tropas.<sup>12</sup>

Buena parte de ese análisis ha sido cuestionado, en especial hasta qué punto actuaban como reservas. En nuestras fuentes antiguas no se hace ninguna referencia al respecto. Ningún ejército podía moverse a más velocidad que un soldado de infantería marchando y, en general, ésta se veía reducida a la del lento buey que arrastraba el bagaje y transportaba el suministro de alimentos. Considerando el tamaño del Imperio, tenía poco sentido hablar de reservas, ya que, a menos que estuvieran bastante cerca del teatro de operaciones, tardarían mucho en llegar. A pesar de las críticas, el nombre de unidad móvil de campaña se ha popularizado, por lo que merece la pena comentar unos cuantos puntos sobre el verdadero despliegue y uso de los *comitatenses*.

A diferencia de los *limitanei*, los *comitatenses* no ocupaban guarniciones permanentes. Cuando no estaban en campaña permanecían estacionados dentro de las provincias y no en las fronteras. Sin embargo, no eran mantenidos concentrados en forma de grandes contingentes militares listos para salir al campo de batalla con rapidez, ya que eso hubiera dificultado su aprovisionamiento. Los campamentos temporales, con los hombres viviendo en tiendas o en cabañas de construcción tosca, eran insalubres en invierno y en cualquier caso era políticamente peligroso mantener los ejércitos concentrados durante los inactivos meses de invierno, por si se rebelaban. El ejército no construía grandes bases de operaciones en este periodo, e incluso muchas de las fortalezas de legionarios concebidas para alojar a cinco mil hombres en el siglo II estaban ahora abandonadas o muy deterioradas. A principios del siglo VI el historiador Zósimo afirmó que Diocleciano había mantenido el Imperio seguro estacionando todo el ejército a lo largo de las fronteras en posiciones con poderosas fortificaciones. «Constantino suprimió esta seguridad eliminando la mayor parte de la soldadesca de las fronteras y trasladándola a ciudades que no necesitaban fuerzas auxiliares». Una vez allí, según el autor, los soldados se convertían en una carga para las comunidades y se ablandaban por culpa de los placeres de la vida urbana.<sup>13</sup>

Cuando no estaban en campaña -y, aun en los periodos más intensos de operaciones, las campañas rara vez tenían lugar durante el invierno-, los *comitatenses* eran repartidos por los distintos pueblos y ciudades dentro de las provincias. Es dudoso que, en general, más de un par de unidades estuvieran acantonadas en un solo lugar, lo que repartía el esfuerzo necesario para alimentarlos y hacía más difícil que las unidades se unieran para respaldar a un usurpador. Además, garantizaba que hubiera soldados entrenados para hacerse cargo de las murallas de la ciudad en caso de que surgiera de forma

inesperada la amenaza de un enemigo extranjero o de un rival que aspirara al poder imperial. No había nada especialmente nuevo en el hecho de estacionar tropas en las ciudades o sus proximidades, se trataba de una práctica común en las provincias orientales en los siglos I y II, aunque existía asimismo un tópico muy arraigado que defendía que tenía un efecto debilitante sobre ellos.<sup>14</sup>

No obstante, en los siglos anteriores las unidades del ejército solían vivir en sus propios cuarteles situados dentro o cerca de las ciudades, mientras que, al parecer, los *comitatenses* (aunque hay que reconocer que las pruebas arqueológicas sobre el trazado de la mayoría de las ciudades del siglo IV son muy escasas) eran alojados en viviendas civiles, y algunos documentos legales hablan de que los oficiales escribían con pintura en la jamba de las puertas el número de hombres de cada casa y la unidad de la que procedían. A lo largo de la historia la cuestión del alojamiento había provocado conflictos entre soldados y civiles. Desde el punto de vista militar, la dispersión de las unidades en pequeños grupos en muchas viviendas separadas no propiciaba la disciplina. En los cuarteles contruidos específicamente para las unidades de los siglos I y II, el ejército había estado concentrado en un lugar bajo la atenta vigilancia de sus oficiales. Allí disfrutaban de buenas condiciones de salubridad, ejercicio e instalaciones para el baño, así como hospitales para su uso exclusivo, y tenían terrenos para desfilar y zonas de entrenamiento al alcance de la mano. Las instalaciones en los pueblos y ciudades eran mucho más limitadas y no estaban destinadas exclusivamente a los militares. Incluso la ciudad más grande podía tener dificultades para encontrar cuadras adecuadas para los entre quinientos y mil caballos que poseían un par de regimientos de caballería.

Distribuir a los *comitatenses* en ciudades era la solución más fácil para el gobierno, pero desde luego no era la mejor manera de mantenerlos en buena forma. El entrenamiento militar no era y no es algo sencillo, que nunca se olvida una vez aprendido, sino una actividad que debe ser repetida de forma constante. Igualmente importante era la buena forma física, esencial para las marchas que los soldados debían soportar durante las campañas y no digamos para el combate en sí. Tanto el entrenamiento como la forma física eran más difíciles de mantener cuando el ejército estaba dividido y alojado en asentamientos civiles. También existía un inevitable retraso a la hora de concentrar a las unidades antes de que una campaña pudiera comenzar. Es posible que el ejército tuviera consigo algunos animales de carga y de tiro en todo momento -y en ese caso representarían una carga extra para las comunidades que se sumaba a la de las monturas propiamente de combate de la caballería-, pero seguían necesitando requisar o comprar muchos más para transportar sus víveres y otras provisiones cuando salían a luchar. Todo esto llevaba tiempo e implicaba una complicación adicional: gran parte de estas actividades eran controladas por burocracias completamente

independientes y con prioridades diferentes de las del ejército.

Llamar a los *comitatenses* ejércitos de campaña es bastante razonable: eran unidades más móviles y, por lo general, más efectivas en la lucha que los *limitanei*, al menos para operaciones a gran escala. Sin embargo, no había nada especialmente innovador en ellos, y sin duda nada que justificara considerarlos una élite. Las exigencias físicas eran las mismas que se requerían en los ejércitos de épocas anteriores, e incluso, cuando avanzó el siglo, éstas fueron reducidas. Con el paso del tiempo, algunas unidades de *limitaría* fueron adscritas de forma permanente a las fuerzas de campaña y recibieron el estatus intermedio de *pseudo-comitatenses*, lo que sugiere que no existía ninguna distinción marcada en el potencial militar de los dos rangos de tropas. Al final, las tropas eran tan efectivas como lo permitían su entrenamiento, sus jefes, sus tácticas y su equipo. Sólo las tácticas de los persas estaban casi a la altura de las de los romanos, y las de los ejércitos bárbaros eran muy

inferiores. El equipamiento producido en las fábricas del siglo IV tiene un aspecto más funcional que la armadura y las armas del Alto Imperio. Tanto el *pilum* (una pesada jabalina) como el *gladius* (espada corta) habían caído en desuso, y en su lugar las armas oficiales eran una espada de hoja larga, la *spatha* -que anteriormente utilizaban sólo los jinetes-, y lanzas más simples que servían tanto para dar estocadas como para lanzar. Como individuo, el soldado romano seguía siendo un combatiente bien equipado. Es probable que las tácticas de infantería fueran algo menos agresivas, pero seguían siendo eficaces. El ejército del siglo IV ganó la gran mayoría de las batallas que libró.<sup>15</sup>

Inevitablemente, el estándar de entrenamiento y la calidad del liderazgo del ejército romano del siglo IV variaban, como también lo habían hecho en épocas anteriores. Como término medio, puede que fueran ligeramente inferiores, pero seguían siendo el único ejército profesional del mundo conocido. La desaparición de la legión de cinco mil hombres eliminó un nivel de mando que había sido útil para operar y controlar ejércitos de gran tamaño en el campo de batalla, e hizo asimismo más difícil contar con grandes números de especialistas -ingenieros, arquitectos, especialistas en asedios, artilleros, etc.- dentro del ejército y lograr que su experiencia pasara a sucesivas generaciones. Los *comitatenses* no poseían campamentos base permanentes que pudieran servir de almacenes y mantuvieran los registros del personal, sus destinos, equipamiento y monturas. Los registros se seguían llevando, pero tenían que ser continuamente trasladados para que fueran de utilidad para la unidad. Lo mismo sucedía con los soldados: los nuevos reclutas, los convalecientes o los hombres destacados en una posición temporal que tuvieran que regresar a sus funciones normales tenían que viajar para reincorporarse al regimiento principal allá donde se encontrara. La frecuencia con la que las unidades combatían las fue debilitando poco a poco. Algunos hombres fallecerían en acciones contra el enemigo, pero muchos más estarían de baja por enfermedad o serían trasladados, lo que suponía que posiblemente habría muchos hombres que fueran pagados legítimamente por el Estado, pero en realidad no estarían con su unidad cuando ésta emprendiera una campaña. La probabilidad de que los efectivos de la mayoría de las unidades estuvieran seriamente mermados buena parte del tiempo dificulta todavía más el cálculo de su dotación teórica completa.<sup>16</sup>

No deberíamos exagerar la eficiencia del ejército romano del siglo IV, pero tampoco olvidar hasta qué punto era único en su tiempo. A pesar de lo complejo que resultaba organizar los suministros, los romanos poseían un sistema apropiado para gestionar estas cuestiones a gran escala. El ejército del siglo IV distaba mucho de ser perfecto, pero seguía contando con claras ventajas respecto a todos sus oponentes. Es necesario recordar que había sido modelado por un siglo de guerras libradas contra sí mismo. Diocleciano y Constantino no crearon un ejército siguiendo un diseño frío y lógico ni cambiaron el sistema militar del siglo II porque estuviera obsoleto, sino que formaron una fuerza unificada uniendo los dispersos retazos que habían dejado varias generaciones de guerras civiles. Su primera prioridad siempre fue protegerse de los potenciales usurpadores, y cualquier otra consideración era secundaria. La amenaza inmediata de la guerra civil nunca desapareció por completo y continuaba dominando el pensamiento de sus sucesores. En ese contexto, el ejército del siglo IV era muy eficaz, y ahora lo apropiado es analizar cómo se comportaba en el campo de batalla.

## UN NUEVO CÉSAR EN LA GALIA

Como era comprensible, a Constancio le preocupaba que de la Galia hubiera salido un segundo usurpador tan poco tiempo después de la eliminación de Magnencio. Al final, decidió que una conexión familiar era la base más fuerte para fomentar la confianza mutua y convocó al hermanastro



de Galo, Juliano, en Milán. El 6 de noviembre, el joven, de veinticuatro años, fue proclamado César ante un masivo desfile de tropas. Amiano señala que los soldados mostraban su aprobación golpeando sus escudos contra las rodillas. Si no estaban de acuerdo con un nombramiento, levantaban los escudos en el aire y los golpeaban con los astiles de sus lanzas. Del mismo modo que su hermano antes que él, Juliano no había recibido ninguna preparación para ocupar un alto cargo, pero, a diferencia de aquél, no sólo dejó tras de sí un considerable corpus de escritos que han sobrevivido hasta nuestros días, sino que en general recibe un tratamiento mucho más favorable en nuestras fuentes, al menos en ese periodo de su vida.<sup>17</sup>

El ejército de la Galia había demostrado que estaba dispuesto a rebelarse contra el emperador, pero era necesario mantener un poderoso contingente allí para proteger las provincias de los ataques de las tribus que habitaban al otro lado de las fronteras. A lo largo de los tramos norteños del Rin se encontraban los francos, y al sur, en las tierras que se extendían entre el Rin y el Danubio, los alamanes. Eran los dos grupos principales, pero otros pueblos lanzaban ataques periódicos contra los romanos. Ni los francos ni los alamanes eran naciones unificadas, sino un sinnúmero de agrupamientos independientes de tribus y clanes dirigidos por caudillos cuyo poder iba aumentando o disminuyendo a lo largo del tiempo. En ocasiones, algunos de estos grupos más reducidos aceptaban un liderazgo común, pero nunca se trataba de algo universal. Sus ataques contra el Imperio eran, casi sin excepción, incursiones cuyo objetivo era el pillaje y no la ocupación. No había hordas de bárbaros abalanzándose una y otra vez contra los muros de la civilización. Probablemente, la densidad de la población de la zona ocupada por los alamanes era menor que en las áreas más próximas de las provincias romanas. Por sí solas, estas incursiones no destruían el Imperio, pero sí hacían la vida extremadamente desagradable para aquellos que las sufrían. Nos han llegado noticias de cautivos que eran arrastrados a vidas de esclavitud al otro lado de la frontera. Los asentamientos aislados fueron destruidos e incluso algunas ciudades importantes fueron invadidas y saqueadas. Contar con un circuito de murallas no siempre representaba una gran protección si no se cuidaba su mantenimiento o si no había gente suficientemente organizada para defenderlas. Más tarde, Juliano afirmó que hasta cuarenta y cinco ciudades importantes habían sido invadidas antes de que él llegara a la Galia.<sup>18</sup>

La guerra civil alentaba a los bárbaros a atacar, tal como hemos visto que ocurría en el siglo III. Las luchas intestinas alejaban a las tropas romanas de sus posiciones y dejaban vulnerables las fronteras. También tendían a trastornar el comercio con las tribus que vivían fuera del Imperio, lo que hacía tan desesperada la situación de algunas comunidades que se veían obligadas a recurrir a la guerra en vez de comerciar. Al parecer, los alamanes proveían a los romanos de madera y piedra para la construcción en tiempos de paz. Por último, los líderes romanos siempre estaban dispuestos a conseguir aliados bárbaros para luchar contra sus rivales. Magnencio reclutó a un gran número de guerreros procedentes de regiones que no pertenecían al Imperio. Sin duda, Constancio hizo lo mismo y también animó al rey alemán Vodomario a que invadiera el territorio del usurpador, otorgándole el derecho a asentarse en la orilla occidental del Rin, con lo que Vodomario se quedaba con parte de la provincia romana. Ese tipo de tratos pragmáticos eran atractivos durante la guerra civil, pero después se convertían en algo en cierto modo embarazoso. Como de costumbre, los vencedores de las guerras civiles estaban deseosos de obtener algo de gloria limpia derrotando a enemigos extranjeros de Roma. A los jefes de las tribus no siempre les resultaba fácil saber responder a los drásticos cambios de actitud de sus aliados romanos. Las guerras civiles y las razias también creaban desechos humanos - los desertores, los desposeídos, los esclavos huidos y los fugitivos-, y ese tipo de desesperados se unían a bandas de saqueadores o se convertían en bandoleros. A menudo debió de ser muy difícil conocer la identidad de los saqueadores.<sup>19</sup>

Juliano leyó los *Comentarios a la guerra de las Galias* de Julio César mientras viajaba hacia el norte para asumir su nuevo mando. El mundo había cambiado mucho en los últimos cuatrocientos años, pero el nuevo César demostró pronto que podía rivalizar en ambición con el famoso general. Adoptó la vida militar con entusiasmo. La tradición que le es favorable afirma que los oficiales de rango superior y los subordinados enviados por Constancio para vigilarle estrechamente obstaculizaron su carrera. Se trata, claramente, de una exageración, y es probable que necesitara bastante asesoría y orientación cuando emprendió su labor. Inicialmente, Ursicino permaneció en su posición de *magister militum* para ejercer ese papel de guía. No obstante, Juliano, que era un hombre inteligente que había pasado la mayor parte de su vida solo con sus propios pensamientos, se mostró reacio a aceptar opiniones de otros.<sup>20</sup>

En 356 el propio Constancio dirigió una operación de envergadura contra parte de los alamanes que respaldaron Juliano y sus tropas (si leemos a Amiano sin prestar demasiada atención, tendremos la impresión de que las cosas sucedieron al contrario, y que el César desempeñó el papel dominante). Juliano mandó la columna norte, mientras que el Augusto encabezó un ejército mayor en el sur. Fue básicamente una exhibición de fuerza que pretendía demostrar a las tribus que los romanos volvían a estar unidos y listos para lanzar un ataque masivo sobre cualquiera que les contrariara. El objetivo era negociar nuevos tratados con los líderes de las tribus desde una posición de abrumador dominio romano. Auténtico combate hubo más bien poco, aunque Juliano ganó unas cuantas escaramuzas. Los encuentros iniciales se produjeron antes de que él se uniera al contingente principal -un indicio del tiempo que se tardaba en reunir un ejército de campaña-, cuando le acompañaba sólo una unidad de catafractos y otra de *ballistarii* (que literalmente significa «artilleros», pero en este caso probablemente estaban equipados como infantería, y tal vez con una especie de ballesta). Incluso contando con su guardia personal, es posible que no tuviera bajo su mando mucho más de mil hombres, pero seguramente fueron suficientes para ir apartando de su camino a las partidas de saqueo que se fue encontrando.<sup>21</sup>

El principal contingente se estaba concentrando en Reims, y de camino hacia allá liberó Autun, Auxerre y Troyes. No había enemigos en ninguna de estas ciudades: Autun había sido atacada recientemente, pero los asaltantes habían sido rechazados, no por las tropas de la guarnición, sino por una fuerza improvisada formada por soldados retirados que se habían agrupado para actuar. En Troyes las puertas de la ciudad permanecieron cerradas ante él durante un tiempo, hasta que fue capaz de convencer a sus líderes de que era realmente un César y el representante legítimo del poder romano. Este ejemplo parece sugerir que en ocasiones era difícil distinguir entre ciertas unidades del ejército romano y una banda de saqueadores. Tras unirse al resto de su ejército, Juliano siguió atravesando más y más ciudades, marchando a lo largo del Rin hasta que llegó a Colonia, que algún tiempo atrás había sido tomada por los francos, aunque, al parecer, se habían marchado de allí poco después. También en este caso, la campaña era esencialmente una demostración de fuerza que exhibía el poder del gobierno ante algunas comunidades que posiblemente se hubieran sentido abandonadas en los últimos años.<sup>22</sup>

Juliano pasó el invierno en Senon -tal vez la actual Sens, pero más probablemente cerca de Verdún- y sufrió un bloqueo organizado por una banda de alamanes. No tenía a su lado demasiadas tropas -como de costumbre, debido a cuestiones logísticas, el ejército se había dispersado para retirarse a los cuarteles de invierno-, por lo que no logró rechazarlos. Al final, cuando se vieron incapaces de hacer que los romanos se rindieran, los guerreros alamanes simplemente se marcharon. Juliano culpó al sucesor de Ursicino, Marcelo, por no haber acudido en su auxilio. Constancio lo hizo llamar, negándose a aceptar su justificada explicación de que en ningún momento había existido ningún grave

peligro para el César.<sup>23</sup>

En 357 se planificó una campaña similar, pero Constancio no participó y dejó la fuerza principal al mando del nuevo *magister militum*, Barbado. Éste tenía veinticinco mil hombres y Juliano contaba con trece mil, pero ninguno quiso cooperar. Puede haber diversas razones para ello, incluyendo la mutua desconfianza, pero el hecho de que, al parecer, Barbado tuviera como mucho un talento modesto no ayudó demasiado. Sufrió un grave revés y se retiró, perdiendo su bagaje y dejando solo a Juliano, que lanzó varios ataques contra asentamientos tribales. En las afueras de Argentorate (Estrasburgo), se topó con un poderoso contingente de alamanes, liderado por siete reyes. Dos de ellos -Chnodomar y su sobrino Serapio- estaban al mando. Con el ejército iban asimismo diez reyes de menor importancia y muchos nobles, cada uno de ellos con su séquito, así como algunos mercenarios. Amiano afirma que el ejército ascendía a unos treinta y cinco mil hombres, pero es más que probable que se trate de una exageración. Quizá los alamanes superaran en número a los romanos. Desde luego, se sentían seguros de sí mismos: algunos años antes, Chnodomar había derrotado al hermano de Magnencio. Los líderes estaban dispuestos a combatir, pero es posible que confiaran en que una exhibición de fuerza impulsaría a los romanos a negociar la paz.

Juliano no respondió a sus embajadores. Su ejército había avanzado una cierta distancia y su plan inicial era construir defensas para el campamento, hacer que descansaran sus soldados y luchar al día siguiente. Sus oficiales superiores, incluyendo a su prefecto del pretorio, le persuadieron de que debía atacar. Lo consideraron una gran oportunidad para derrotar a tantos líderes en un solo lugar y afirmaron que los soldados se sentirían muy molestos si no les dejaban luchar. Julio César hizo hincapié en el hecho de que nunca había cedido ante la presión de sus hombres y había entablado batalla únicamente en los momentos y lugares que él mismo había elegido, pero en el siglo IV las condiciones eran diferentes. Juliano se dejó convencer, los romanos avanzaron y la batalla se convirtió en un largo y arduo enfrentamiento. La caballería de Juliano se dispersó y huyó, y de hecho una unidad fue obligada más tarde a desfilar en ropa de mujer como castigo. Les hizo volver a formar y cuando un grupo de guerreros mandados por los caudillos atravesó la primera línea de la infantería romana, las reservas los frenaron. Al final, la disciplina romana y la clara estructura de mando prevalecieron y los alamanes fueron aplastados. Las pérdidas romanas ascendieron a doscientos cuarenta y tres soldados y cuatro tribunos. Los alamanes sufrieron muchas más pérdidas, como casi siempre sucedía en los ejércitos derrotados en el mundo antiguo, aunque es probable que la cifra que

proporciona Amiano de seis mil víctimas sea nuevamente una exageración.<sup>24</sup>

Estrasburgo fue una victoria significativa, pero también fue la única batalla campal que Juliano libró en cinco años de duro combate en la Galia. Más común fue lo que sucedió a continuación: los romanos lanzaron una serie de salvajes incursiones contra las tribus. El ejército romano ganó la mayoría de las batallas que libró durante el siglo IV, pero las batallas siempre implicaban un riesgo. Era probable que una derrota representara un importante número de víctimas, que sería difícil reemplazar. Los ataques sorpresa permitían aterrorizar al enemigo hasta obligarlo a someterse arriesgando pocas vidas romanas. Aunque los bárbaros descubrieran una incursión antes de que los soldados cayeran sobre ellos, rara vez eran capaces de reunir a suficientes guerreros para hacerles frente a tiempo. Lo peor que solía suceder era que los asaltantes no lograran capturar a nadie. Para apoyar las incursiones, varios fuertes romanos abandonados fueron ocupados de nuevo, lo que le dio a las tribus la impresión de que estaban sometidas a constante vigilancia y despertó en ellas una gran irritación.<sup>25</sup>

Un episodio ocurrido en el invierno de 357-358 ilustra muy bien la escala de las operaciones: Juliano pasó un par de meses asediando a una banda de francos que se habían refugiado en dos fuertes abandonados. Había sólo seiscientos guerreros y es probable que el propio Juliano no contara con más de un par de miles de soldados para organizar el bloqueo, pero más hombres habrían sido innecesarios y habría resultado muy difícil alimentarlos en el invierno. Cuando los francos se rindieron por fin, fueron enviados a Constancio como reclutas para el ejército. El episodio es sorprendente porque los romanos se mostraban reacios a asaltar a una fuerza tan reducida de bárbaros. No querían provocar víctimas en ninguno de los bandos, ya que el propio enemigo era una útil fuente de mano de obra. Aún más notable es el simple hecho de que el César estuviera dispuesto a dedicar numerosas semanas a supervisar una operación a tan pequeña escala.<sup>26</sup>

Durante el periodo que pasó en la Galia, Juliano afirmó su dominio de la frontera con agresividad. En algunos casos parece que atacó a algunas comunidades que hacía poco tiempo que habían sido aliadas de Roma. Juliano codiciaba la gloria militar y sin duda logró obtenerla. Necesitaba ser popular entre el ejército y los habitantes de las provincias si deseaba evitar el destino de su hermano mayor. Redujo de forma considerable la carga fiscal en las comunidades de la Galia a pesar de la enconada oposición de su prefecto del pretorio. La diferencia de la reducción mostraba el nivel de corrupción que existía entre los funcionarios que recaudaban los impuestos, pero fue un gesto peligrosamente populista. Constancio había asesinado al padre de Juliano y a muchos de sus familiares, y en una época más reciente había ejecutado a su hermano. Era muy difícil que ambos hombres pudieran confiar completamente el uno en el otro.<sup>27</sup>

En 360 Constancio ordenó a Juliano que mandara cuatro regimientos de *auxilia palatina* y trescientos hombres de sus otras unidades (no se sabe con certeza si se trataba de regimientos individuales o pares) para reforzar el ejército oriental. Los persas habían lanzado una gran ofensiva el año anterior, de manera que la necesidad de efectivos era auténtica. Por otro lado, había iniciado el proceso de eliminación de Galo despojándole de sus fuerzas. La propuesta tampoco gustaba a los soldados de la Galia, muchos de los cuales eran de la zona o del otro lado de las fronteras. Por lo visto, a algunos de ellos se les había prometido que nunca servirían al sur de los Alpes, y no digamos más lejos aún. En febrero de 361 Juliano fue proclamado augusto por las tropas que estaban con él en Lutecia (la actual París). Fingió reticencia, como era tradicional, pero pronto accedió: «Entonces, colocado sobre el escudo de un soldado de a pie, y elevado, sin que nadie pudiera mantenerse en silencio, fue nombrado augusto y se vio forzado a ponerse la diadema. Pero, cuando afirmó que nunca había tenido una, pidieron a su mujer una joya que pudiera ponerse en el cuello o en la cabeza». Juliano pensó que hacerlo sería un mal presagio, y tampoco le gustaba la idea de utilizar una pieza del arnés decorativo de un caballo, pero por fin accedió a ponerse un torques de cuello donado por uno de los portaestandartes.<sup>28</sup>

La afirmación de Amiano de que la renuencia de Juliano era auténtica y que fue presionado por un arrebató espontáneo de los soldados resulta poco convincente. Es más probable que la cuestión de los destinos en Oriente fuera una oportunidad conveniente para poner en marcha unos planes largamente calculados. Un *comes* conocido por su lealtad a Constancio había sido despachado recientemente a Britania. A la vuelta, fue arrestado de inmediato antes de que pudiera averiguar que Juliano había sido proclamado augusto. El nuevo augusto escribió a Constancio repitiendo la historia de su reticencia y esperando poder reconciliarse con él, pero se negó a aceptar la exigencia de que volviera a adoptar el rango de César. En verano, Juliano tomó a su ejército -que presumiblemente incluía a los hombres que se habían resistido anteriormente a dirigirse hacia Oriente- y avanzó para enfrentarse a Constancio. El

equilibrio de fuerzas favorecía a este último, pero durante el otoño, mientras cruzaba Asia Menor en su camino de vuelta para encontrarse con el usurpador, enfermó: Constancio murió el 3 de noviembre de 361 a la edad de cuarenta y cuatro años. Su único hijo era un niño y no le quedaba ningún otro familiar de sexo masculino aparte de Juliano. Por tanto, no hubo nadie que se opusiera a que el rebelde se convirtiera en emperador único.<sup>29</sup>

\* \* \*

Juliano se mostró especialmente agresivo durante el tiempo que pasó en la Galia. Necesitaba gloria y, tras la rebelión de Magnencio, en la frontera había muchos más disturbios de lo acostumbrado. Ya fuera mediante ataques sorpresa que masacraban o hacían cautiva a toda la población de algunas aldeas o mediante demostraciones de fuerza más amplias y reocupaciones de fuertes abandonados, la idea era convencer a los pueblos vecinos del abrumador poder de Roma. A menudo, los métodos romanos eran absolutamente despiadados. Siempre se prefería una matanza unilateral a arriesgarse a librar una batalla campal. En el año 370 una banda de saqueadores sajones quedó sobrecogida ante la visión de las poderosas fuerzas romanas y prefirieron la negociación a la lucha. A cambio de rehenes, los asaltantes obtuvieron el derecho a regresar a su tierra natal. Sin embargo, los romanos en ningún momento tuvieron la intención de cumplir el acuerdo, sino que prepararon una emboscada. El plan casi fracasa cuando algunos hombres salieron de sus escondites antes de tiempo y fueron eliminados por los sajones. Al final, los bárbaros se vieron arrollados por la clara superioridad numérica de sus rivales y todos ellos fueron asesinados. Amiano anotó que, aunque este tipo de acciones podría parecer «pérfido e indigno», una reflexión madura demostraba que los romanos estaban en su derecho de destruirlos y no era tan indigno el que «se haya podido finalmente encontrar una ocasión para acabar con esa banda de ladrones». La mayoría de estas operaciones fronterizas se hacía a una escala muy pequeña. Juliano nunca hacía avanzar a su ejército más allá de cincuenta kilómetros al este del Rin. La intención era mantener el dominio en el ámbito local. También estaba destinado a ser un dominio temporal, ya que la ferocidad de las acciones romanas y lo impredecible de su política interior sin duda infundían un nerviosismo y un odio que acabaría estallando en el futuro.<sup>30</sup>

La amenaza y el uso de la fuerza militar iban acompañados de una activa labor diplomática. Algunos aristócratas de las tribus empezaron a servir en el ejército romano y fueron ascendidos a altos rangos, mientras que muchos más se convirtieron en aliados del Imperio y se les concedieron ayudas financieras. Con frecuencia, sus hijos eran criados como rehenes dentro del Imperio, donde recibían una educación apropiadamente romana. Uno de los dos principales líderes alamanes de Estrasburgo había sido bautizado con el nombre de Serapio porque su padre había empezado a venerar al dios Serapis durante el tiempo que vivió en el Imperio. Con regularidad, los caudillos se reunían a cenar con los comandantes romanos de graduación superior que estaban al mando de las guarniciones de los puestos fronterizos, lo que permitía a ambos bandos estudiarse mutuamente y hacer conjeturas sobre acontecimientos futuros. En varias ocasiones, los romanos aprovecharon esa tradición para encarcelar o asesinar a un invitado importante.

Las tribus representaban una amenaza menor, pero frecuente, para el Imperio. A veces los romanos eran capaces de alcanzar una posición de dominio tan clara en una región fronteriza que durante una generación no se producía ninguna operación de importancia. Los godos que vivían al sur del Danubio parecen haber estado bastante tranquilos durante décadas después de las campañas de Constantino en la región. Era habitual que hubiera conflictos en algún punto a lo largo de las fronteras con algunos de los pueblos que vivían fuera del Imperio. Casi siempre se trataba de combates a pequeña escala. Las incursiones serias sobre Britania fueron sofocadas con éxito enviando a un *comes* con sólo dos pares

de regimientos *palatina* auxiliares del ejército de campaña de la Galia. La principal actividad marcial de las tribus bárbaras era realizar continuas operaciones de rapiña. Los romanos reaccionaban tratando de capturar a los asaltantes, normalmente cuando estaban de regreso, ralentizados por la carga del botín. Para los romanos la capacidad para marchar deprisa y los ataques sorpresa eran una pieza clave de su estrategia militar tanto como lo eran para sus enemigos. Muchas de las campañas descritas por Amiano se hacían a escala muy reducida y los detalles que proporciona son mucho más personales que el tipo de cosas mencionadas en las descripciones de hechos bélicos de periodos anteriores. Narra, por ejemplo, la historia de una banda de asalto arrollada cuando los romanos los sorprendieron mientras se bañaban y se teñían el pelo de rojo en un río. En otra parte nos cuenta que un grupo fue masacrado cuando los romanos rompieron deliberadamente la tregua durante las negociaciones. Señala Amiano en un momento dado durante las campañas de Juliano que

[...] además de lo narrado, se produjeron otros muchos combates de menor importancia en las distintas zonas de la Galia, pero no merece la pena mencionarlos ahora, porque su resultado no tuvo una gran influencia y no conviene alargar el relato con hechos insignificantes.

Esta declaración resulta especialmente sorprendente teniendo en cuenta la poca importancia de la mayoría de las escaramuzas que menciona. Lo que realmente marca la diferencia con periodos anteriores es el número de veces que describe escenas en que los emperadores se hacían cargo en persona de operaciones realmente pequeñas. En el siglo I o II esas cuestiones le habrían correspondido a un gobernador senatorial, o con frecuencia a uno de sus subordinados. En el siglo IV era mucho más difícil lograr que se hicieran las cosas.<sup>31</sup>

## XII

### EL PAGANO

*Pongo por testigos a Zeus y a todos los dioses protectores de las ciudades y nuestra familia, de mis intenciones y de mi lealtad a Constancio, de que me porté con él como a mí me hubiera gustado que mi hijo se comportase conmigo.*

[...]

*¿Acaso no me insulta y se burla de mi locura por haberme puesto así al servicio del asesino de mi padre, de mis hermanos, de mis primos y, por así decirlo, del verdugo de toda nuestra casa y familia común?*

El emperador Juliano, 361.<sup>1</sup>

Juliano tenía sólo treinta años cuando se convirtió en gobernante único del Imperio. Con prontitud se hizo saber a la población que Constancio, agonizante, le había nombrado su sucesor, algo que es muy posible que fuera cierto. En sólo dos generaciones, la línea masculina de la gran familia de Constantino prácticamente había desaparecido. No había surgido ningún nuevo usurpador y los generales y oficiales de Constancio rápidamente prometieron lealtad a Juliano, lo que no evitó que se produjera una purga cuando el nuevo augusto llegó a Constantinopla a finales de año. Como es habitual, sólo se conserva el nombre de las víctimas más prominentes. Al menos cuatro burócratas de

alto rango fueron ejecutados -dos fueron quemados vivos públicamente- y media docena fueron enviados al exilio. Es probable que no fuera la peor oleada de represalias que se producía tras una guerra civil, pero fue terrible para las víctimas y sus familias. Incluso Amiano, que en general se mostraba favorable a Juliano, opinó que al menos uno de los hombres ejecutados no había hecho nada que mereciera castigo. Nadie lloró la muerte de otra de las víctimas, el famoso

«Paulocadenas».<sup>2</sup>

El éxito de Juliano fue asombroso, pero a él no le llegó por sorpresa, porque sabía muy bien que era una persona especial. Como toda la familia de Constantino, había sido educado como cristiano. Sus primeros años transcurrieron en el hogar de un obispo e incluso fue ordenado miembro de rango inferior del clero, por lo que participaba con regularidad en las misas y en las lecturas públicas de las Escrituras. Creció prácticamente en cautividad y siendo consciente de que, en el reino de un hombre que había asesinado a tantos de sus familiares, siempre estaría bajo sospecha. Todos los signos externos parecían sugerir que, al crecer, Juliano se había convertido en una persona pía y sin ambición, pero en secreto rechazaba tanto a Constancio como a su Dios cristiano.

Fueron, por el contrario, la religión y la literatura de la antigua Grecia las que interesaron a Juliano hasta la obsesión, algo que se volvió mucho más pronunciado cuando, en su juventud, se le permitió estudiar en Atenas. Juliano abrazó las enseñanzas del neoplatonismo, la filosofía dominante a mediados del siglo III, que contenía un fuerte elemento místico y empleaba la revelación tanto como la lógica en la búsqueda de comprensión. Juliano se vio atraído por una forma especialmente extrema de la escuela, que representaba Máximo de Éfeso, mago y hombre del espectáculo, además de filósofo, a quien la mayoría consideraba un charlatán. Máximo organizaba exhibiciones en las que hacía que unas antorchas se encendieran espontáneamente y que una estatua sonriera. Juliano quedó encantado ante ese tipo de «pruebas» de que los antiguos dioses existían y seguían ejerciendo un poder directo sobre el mundo.<sup>3</sup>

Al igual que la filosofía convencional y las actitudes más generalizadas, creía en una deidad suprema que reinaba sobre todos los demás dioses y -de nuevo igual que muchos otros, entre los que se contaban Aureliano y el padre de Constantino- identificaba a ese dios supremo con el Sol. Juliano lo describió diciendo que «desde niño me penetró un terrible amor por los rayos del dios». Era un «seguidor del rey Helios» (uno de los muchos nombres de la deidad), cuya «indisoluble providencia» mantenía unido «este universo divino y bellísimo que se extiende desde la cumbre de la bóveda celeste hasta la extremidad de la tierra». Para Juliano era una fe muy personal y emocional. Armonizaba con su fuerte inclinación ascética, y -puesto que en gran parte la había creado él- satisfacía su intelecto. Y lo que era aún más importante, no era la religión de su tío.<sup>4</sup>

Tal vez la conversión de Juliano al paganismo -conocida como apostasía, de manera que, convencionalmente, se le conoce como Juliano el Apóstata- no habría llegado a ser más que un típico ejemplo de rebelión juvenil si no hubiera sido proclamado César. A lo largo de la época que pasó en la Galia ocultó sus creencias privadas y continuó asistiendo a los servicios cristianos simulando entusiasmo. Al estallar la guerra civil, fue despojándose poco a poco de esa fachada, y cuando escribió a Atenas y a otras ciudades para intentar conseguir su respaldo, invocó a los antiguos dioses. No obstante, no rechazó abiertamente el cristianismo y empezó a realizar públicamente sacrificios animales y otros rituales hasta que Constancio murió. Hasta ese punto, había tenido cuidado de no perder el favor de cualquier potencial partidario cristiano. La victoria le demostró a Juliano el gran

poder del rey Helios, que le había hecho pasar de ser prácticamente un prisionero a convertirse en emperador único en unos cuantos años (del mismo modo que los continuados éxitos de Constantino le habían convencido de convertirse al cristianismo).

Sabemos mucho acerca de Juliano. Amiano ofrece una detallada narración sobre su reinado y los propios escritos de Juliano se han conservado en una cantidad sin parangón entre los textos de cualquier otro emperador. Fue el último emperador pagano (o al menos el último legítimo, aunque un usurpador de breve reinado compartió su rechazo del cristianismo en un periodo posterior del siglo IV), y a menudo los lectores modernos encuentran en él muchas cosas con las que pueden identificarse: su inteligencia, su entusiasmo y sus años de estudiante, cuestiones todas ellas de especial atractivo para los académicos. A algunos de ellos, su hostilidad hacia el cristianismo también les toca la fibra sensible, aunque por lo general sólo si ignoran su pasión por sus propias creencias y su adicción al sacrificio de animales.

Si consideramos con más detenimiento la carrera y los escritos de Juliano, esas aparentes conexiones y cualquier retrato simple que lo presente como un universitario bienintencionado se hacen añicos al instante. Era despiadado y decidido: ningún emperador podía permitirse no serlo. Por otro lado, hay muy poco en él que pueda parecer especialmente moderno. Como todos, era un producto de los tiempos y, además de que aquella era una época de agitación, su propia vida fue especialmente traumática. Haber nacido dentro de una familia imperial hacía diferente a cualquiera. Haber sobrevivido a la masacre de sus familiares y soportar una juventud de cautiverio y sospechas no era ni mucho menos normal, ni siquiera en aquel periodo. Juliano era un hombre inteligente, pero había pasado aislado sus años de formación, algo que siempre puede promover en una persona una absoluta certidumbre en las propias creencias, haciendo que le sea difícil considerar ideas alternativas. Al parecer, nunca tuvo ningún amigo íntimo (a alguien de la familia imperial le costaba relacionarse con otros en calidad de iguales). A eso se añadía su apostasía secreta y el desarrollo de su propia religión. Sin duda el hecho de que fuera capaz de esconder esa información ante los demás durante muchos años reforzó su convencimiento sobre su propia inteligencia. Es posible que también fomentara en él una afición por el teatro.

Juliano no tenía una figura muy impresionante. Era menudo, algo desgarbado y tendía a menear la cabeza y a farfullar. En la Galia, sus soldados le apodaron «el pequeño griego», «griego pedante», «el asiático», «lunar parlante» y «topo locuaz». En claro contraste con los estilos imperiales vigentes desde la tetrarquía, se dejó crecer una barba descuidada (otro de sus apodos era «la cabra»). Muy probablemente al principio fue una barba rala, pero las monedas acuñadas después de que fuera proclamado augusto le muestran con un vello facial abundante y agreste. Ese estilo tal vez fuera apropiado para un filósofo, pero le daba una apariencia bastante menos atildada que las bien cuidadas barbas de los Antoninos. Juliano idolatraba a Marco Aurelio como el emperador filósofo ideal. En su obra satírica *Los césares* imaginó un banquete sobre el Monte Olimpo donde los emperadores del pasado competían por la aprobación de los dioses. Como era de esperar, Marco Aurelio era el ganador definitivo. Juliano se encontraba muy a gusto con el teatro y la ceremonia que rodeaban a los emperadores en el siglo IV (su aclamación en París estuvo especialmente bien organizada). En otras ocasiones rompía las reglas, como cuando abandonó apresuradamente una reunión del Senado en Constantinopla para saludar a Máximo de Éfeso, que acababa de llegar. Se suponía que los emperadores no se comportaban de manera tan informal, e incluso un gran número de sus seguidores lo desaprobaban. Había dudas sobre su drástica reducción del personal de la casa imperial heredado de Constancio. Ciertamente, muchos departamentos habían crecido de manera desmesurada bajo el



reinado de este último, pero, aun así, Juliano llevó demasiado lejos su deseo de ser visto como un sencillo filósofo que no necesitaba lujos o numerosos asistentes. La gente tuvo la impresión de que había disminuido la grandeza que rodeaba el gobierno del Imperio.<sup>5</sup>

El cambio de estilo fue breve. Las peculiaridades de Juliano y sobre todo su política y sus ideas religiosas tienden a captar gran parte de la atención, pero es importante recordar que no tuvieron ningún impacto a largo plazo. Su reinado duró poco más de dos años y terminó en el desastre y la humillación cuando fue asesinado en Persia. La guerra contra los sasánidas y las concesiones que hicieron los romanos para comprar la paz fueron los más importantes legados de Juliano al Imperio.

## GUERRA EN ORIENTE

Juliano heredó el enfrentamiento con Persia. Constantino había muerto antes de poder lanzar su gran ofensiva, pero los preparativos que había iniciado no habían hecho más que acrecentar las tensiones en la región y Constancio había tenido que hacer frente a la guerra en la frontera oriental durante buena parte de su reinado. Sapor II era un monarca fuerte que llegó al trono en el año 309, cuando sólo era un niño, y gobernó Persia durante setenta años. La pérdida de territorio ante Roma tras la victoria de Galerio a finales del siglo III había supuesto una honda humillación para los persas, y el principal objetivo del rey fue siempre recuperar esas tierras. Ambos bandos lanzaron frecuentes incursiones al territorio del otro, en ocasiones a gran escala. Además de sus propias fuerzas, cada uno de ellos utilizaba habitualmente a sus respectivos aliados, y grupos como los sarracenos empiezan a figurar cada vez más a menudo en nuestras fuentes.<sup>6</sup>

El control de una región dependía de la capacidad para mantener las principales ciudades y otras posiciones fortificadas. En este periodo se construyeron innumerables murallas defensivas, siempre reforzadas con torres salientes que, a menudo, estaban equipadas de abundante «artillería» pesada y ligera. Todas esas ciudades poseían su propio suministro de agua, y, de hecho, tal era la razón última de su existencia, ya que normalmente estaban situadas en terreno elevado, en zonas donde las precipitaciones anuales eran suficientes para mantener una agricultura básica. Esos baluartes constituían bases de operaciones a partir de las que se lanzaban incursiones de saqueo o se enviaban partidas para interceptar ataques enemigos. Cualquier contingente de ataque de tamaño considerable tenía que tomar una ciudad o destacar tropas para organizar un bloqueo si no deseaba que sus líneas de abastecimiento se enfrentaran a una seria amenaza. La frontera romana contaba con defensas más poderosas y numerosas de las que tenía un siglo antes, lo que hacía más difícil para los persas emular las invasiones de Sapor I, que se adentraban hasta el corazón de las provincias.

Las ciudades y pueblos fortificados eran vitales, lo que inevitablemente significaba que eran el foco principal de cualquier ataque que fuera más importante que una razia. Durante el reinado de Constancio, los persas atacaron la ciudad de Nisibis tres veces, pero nunca consiguieron conquistarla. La intensidad de los combates varió. Tanto Constancio como Sapor II tenían otras preocupaciones y en varias ocasiones trasladaron el grueso de sus fuerzas a otro lugar para librar algún combate. En 357 Sapor II estaba luchando en el territorio que hoy es Afganistán, y Constancio estaba ocupado en las fronteras europeas. Juzgando que la paz sería bien recibida por ambos bandos, el prefecto del pretorio a cargo de las provincias orientales mandó emisarios a los persas sugiriendo que iniciaran las

negociaciones. Resultó que para entonces Sapor ya había derrotado a sus oponentes, a los que convirtió en sus aliados subordinados. Libre para ir a cualquier parte -y también deseoso de dar a sus flamantes aliados la oportunidad de demostrar su lealtad proporcionando efectivos a su ejército- interpretó la actitud de los romanos como un claro signo de debilidad. Repitió las antiguas reivindicaciones orientadas a obtener el dominio del territorio que se extendía hasta el Mediterráneo y, cuando estas demandas, como era de esperar, fueron rechazadas, emprendió una serie de importantes ofensivas.<sup>7</sup>

En 359 sorprendió a los romanos al no seguir la ruta de invasión normal para entrar en Mesopotamia. Atacó más al norte, evitando Nisibis y dirigiéndose hacia la ciudad de Amida. Amiano Marcelino escapó por los pelos a las patrullas persas y logró encontrar refugio en la ciudad, dejando un vívido relato del asedio que se organizó a continuación. Es posible que Sapor, originalmente, no pretendiera detenerse y sitiar la ciudad y que, en realidad, quisiera seguir avanzando y penetrar hasta zonas más lejanas de las provincias romanas, saqueando y haciendo prisioneros. Fue un oficial romano renegado que había desertado al verse asfixiado por las deudas quien le aconsejó esa acción, asegurando que así crearía más confusión. El mismo hombre había brindado la información que persuadió a los persas de que tomaran la ruta norte. Sin embargo, cuando el ejército persa formó ante las puertas de la ciudad para hacer ostentación de su fuerza -la remota esperanza era que la guarnición quedara impresionada y se rindiera-, el hijo de un rey cliente fue asesinado por el proyectil de un ballestero romano. El sentido del honor exigía ahora que Sapor tomara la ciudad para satisfacer el deseo de venganza del desconsolado padre.<sup>8</sup>

En un sitio que duró setenta y tres días, los persas trataron de abrir una brecha en las defensas con una mezcla de asaltos directos con escalas y torres de asedio móviles, intentando infiltrarse en la ciudad con una partida de arqueros que entró a través de un túnel del alcantarillado con el objetivo de conquistar una torre y, por último, utilizando la ingeniería para lanzar proyectiles de catapulta y arietes contra las defensas. Sus pérdidas humanas fueron elevadas, sobre todo en los reiterados asaltos directos. Los defensores romanos desplegaron su abundante munición de catapultas con gran habilidad y rechazaron todos y cada uno de los ataques. Cuando los persas llevaron una enorme torre de lanzamiento de piedras para eliminar a los defensores de la muralla, los romanos se apresuraron a construir un alto montículo detrás para recuperar la ventaja de la altura para sus propias catapultas. Por desgracia para ellos, el montículo se desmoronó contra la propia muralla, proporcionando de pronto a los persas una rampa perfecta para entrar en la ciudad. Amida fue tomada al asalto y saqueada. Aquellos habitantes y soldados que sobrevivieron a la masacre que se desencadenó en la ciudad fueron obligados a regresar con los asaltantes a Persia, donde les esperaba una vida de cautiverio. Amiano fue uno de los pocos que permaneció escondido y, a continuación, escapó al abrigo de la oscuridad.

Sapor había ganado una victoria importante, aunque costosa: Amida fue la primera ciudad importante que cayó ante los persas en el reinado de Constancio. No obstante, tras el prolongado asedio, la estación de campañas había terminado, y los persas se retiraron con sus prisioneros. El desmoronamiento del montículo romano habría hecho muy difícil reparar las defensas, por lo que no se dejó ninguna guarnición en la ciudad en ruinas. En 360, Sapor atacó de nuevo, y esta vez siguió la ruta más directa hacia Mesopotamia, pero también en esta ocasión evitó Nisibis. Irrumpió por la fuerza en la ciudad de Singara, incendiándola y llevándose a sus pobladores como cautivos. En otra ocasión, Amiano mencionó haber visto un grupo de débiles y ancianos, quienes, por su incapacidad para mantener el paso de una columna de prisioneros, habían sido abandonados tras cortarles el

ligamento de la corva. Después de ese éxito, Sapor atacó el fuerte de Bezabde, situado en una posición muy sólida, y lo tomó. Sus murallas sufrieron daños menores y, tras librarse de la población, instaló allí una guarnición persa. El verano estaba a punto de acabar, y el rey dirigió a su principal ejército de regreso a casa.<sup>9</sup>

Para entonces, había llegado a la zona el propio Constancio. A pesar de las noticias de la aclamación de Juliano en la Galia, decidió ponerse al frente del ejército y dirigir una tentativa de reconquista de Bezabde. Los romanos llevaban consigo un ariete que había abandonado Sapor I tras una de sus invasiones del siglo anterior y que, tras ser reparado, estaba listo para ser usado. Pese a esta y a otras piezas de asedio modernas, la guarnición persa rechazó con valentía todos los asaltos romanos. El invierno se estaba acercando rápidamente y, poco convencido, Constancio abandonó el asedio. En 361 los persas no lanzaron ninguna nueva invasión, supuestamente porque sus sacerdotes consideraron que los augurios habían sido negativos. Y lo que era igualmente importante, la presencia en la región de contingentes más fuertes bajo el mando del propio Constancio y quizá también las múltiples víctimas mortales de los recientes sitios, disuadieron a Sapor de emprender más acciones bélicas por el momento. Constancio aguardó cerca de la frontera oriental durante algún tiempo antes de dar media vuelta para enfrentarse a Juliano, pero entonces cayó enfermo y murió.<sup>10</sup>

Probablemente, Juliano había decidido lanzar una invasión de envergadura sobre Persia en cuanto fue proclamado emperador único. Aunque Sapor sólo había ocupado de forma permanente un bastión en Mesopotamia, había destruido otros dos. El equilibrio de poder no había cambiado mucho, pero el prestigio romano estaba severamente mermado y necesitaba ser reafirmado. Juliano había obtenido varias victorias personales en el Rin y la popularidad de que gozaba entre los soldados del ejército de la Galia quedó de manifiesto cuando le proclamaron augusto. Buena parte del ejército oriental y muchos de sus oficiales de rango superior seguían sin conocerlo, por lo que liderarlos en una campaña victoriosa ayudaría a confirmar su lealtad. Como cualquier vencedor de una guerra civil, Juliano también estaba deseoso de labrarse una gloria sin ambigüedades contra un enemigo extranjero. Derrotar a Persia le reportaría mayor prestigio: muchos emperadores habían soñado con conquistas orientales, pero es probable que hubiera algo más. Juliano había tenido éxito en todo lo que había intentado en los últimos años. La victoria contra pronóstico que obtuvo en la guerra civil -una victoria milagrosa gracias a la conveniente muerte de Constancio- sólo confirmó su sensación de que su destino era especial y que contaba con la asistencia divina. No fue una coincidencia que en *Los cesares* Juliano añadiera a Alejandro Magno al concurso y le otorgara un lugar distinguido junto a Trajano, otro hombre que había invadido Partia. Alejandro seguía siendo el gran héroe de la tradición griega que Juliano tanto amaba. Repetir sus hazañas sería un paso espectacular que haría que el mundo empezara a retornar hacia el pasado clásico que vivía en la propia imaginación de Juliano.<sup>11</sup>

Los preparativos fueron exhaustivos. Se procedió al almacenamiento de suministros (algo más tarde varios mozos de cuadra perdieron la vida aplastados bajo una altísima pila de forraje que cayó sobre ellos en el campamento militar situado junto al Eufrates). Juliano se desplazó a Antioquía y siguió presidiendo extravagantes sacrificios animales gracias a los cuales las tropas que le acompañaban pudieron atiborrarse en continuos banquetes preparados con la carne de las víctimas. En poco tiempo el emperador había logrado contrariar a la mayoría de la población de la gran ciudad y, en respuesta a sus mofas, compuso una sátira que llamó «el enemigo de la barba» (*misopogon*). En la primavera de 363 las tropas de invasión estaban listas. Amiano, que participó en la expedición, no nos informa del tamaño que tenían, aunque sí dice que había unos veinte mil hombres encargados de tripular las barcas que navegarían por el río transportando el grueso de los suministros del ejército. También

señala que había una fuerza concebida para distraer la atención del enemigo que ascendía a unos treinta mil soldados y, más adelante, sugiere que el ejército principal era sólo un poco mayor. Una fuente posterior asegura que sólo el ejército principal de Juliano tenía sesenta y cinco mil hombres. Es posible que las cifras sean correctas y, desde luego, es una cifra inferior a las cantidades, obviamente infladísimas, que este mismo autor afirma que tenían otros ejércitos de este periodo. Con todo, es necesario ser prudentes, ya que puede que siga siendo una exageración, o tal vez en esa cifra se incluyan los efectivos de la fuerza de distracción. Lo que parece que podemos afirmar sin temor a equivocarnos es que éste fue el ejército romano más numeroso enviado a combatir contra un oponente extranjero en el siglo IV. Juliano no tenía absolutamente ninguna experiencia controlando un ejército que tuviera un tamaño que ni siquiera fuese la mitad del que llevaba en esa expedición. Ni tampoco, en realidad, ninguno de sus oficiales.<sup>12</sup>

El plan era sorprender a Sapor, del mismo modo que en 359 el rey persa había llevado a cabo una acción inesperada. Había un ejército de distracción que actuaba bajo el mando conjunto de un familiar de la rama de la madre de Juliano llamado Procopio y otro oficial. Asistido por sus aliados armenios, ese ejército debía simular un avance por las rutas habituales de Mesopotamia. Sapor cayó en la trampa y dirigió hacia allí su ejército principal para defenderse del ataque. Entonces, Juliano descendió junto al curso del Eufrates encontrando al principio una oposición mínima. Los romanos pasaron junto a las ruinas de Dura Europos y el monumento al emperador Gordiano con escasos problemas. El suministro de agua de la región estaba garantizado por un eficaz sistema de canales de irrigación que la hacían muy fértil. Sin embargo, los persas rompieron las presas para anegar los campos y, donde no era posible, incendiaron o se llevaron las cosechas para evitar que las aprovechara el enemigo. Ese tipo de tácticas en las que se arrasaban las tierras sin escrúpulos eran comunes en los conflictos entre Roma y Persia. Los defensores romanos habían actuado del mismo modo en el año 359, devastando la región por la que esperaban -erróneamente, como descubrieron más tarde- que avanzara Sapor. Los hombres de Juliano lograron recoger pocos alimentos y forraje de los campos que atravesaron, pero por el momento sus necesidades eran saciadas con los suministros que eran transportados río abajo en cientos de barcas.

Por supuesto, eso significaba que la columna debía avanzar a escasa distancia de la orilla del Éufrates, por lo que en realidad no tenían más alternativa que asaltar los fuertes y las ciudades amuralladas que se encontraban en su ruta. Los ataques se producían con rapidez, aunque murieron algunos soldados. Juliano se permitió disfrutar de su afición por el drama en uno de los asedios aproximándose a las murallas enemigas con sólo unos pocos hombres. Su fuente de inspiración era un incidente que tuvo lugar en el sitio de Cartago en 146 a.C. En aquella ocasión, el famoso general romano Escipión Emiliano, acompañado del historiador griego Polibio, había avanzado al frente de una partida de hombres que había encontrado una brecha en una puerta enemiga. Juliano y sus hombres fueron rechazados. Quizá el hecho de ver a su comandante correr ese riesgo sirviera de inspiración a los soldados, aunque es probable que muchos de ellos jamás hubieran oído hablar de Escipión. Sin embargo, puede que un buen número de oficiales sí estuvieran familiarizados con ejemplos históricos de ese tipo y que el emperador pensara que era suficiente con impresionarlos a ellos. No obstante, en general, parece que Juliano buscaba antes que nada estar a la altura de su propia imagen ideal del gran general y vincularse directamente con las glorias del pasado. Era un comportamiento peligroso para cualquier emperador y sobre todo para uno que no tenía un heredero evidente. Con frecuencia, resulta difícil trazar la línea que separa la valentía de la insensatez, pero cuesta imaginar una ventaja práctica que pudiera justificar un riesgo así. Sin duda, el sentimiento que tenía Juliano de que su destino estaba escrito le convenció de que sobreviviría a cualquier peligro.<sup>13</sup>

En otro de los bastiones del curso del río, se puso a la cabeza de una pequeña partida de oficiales en una expedición de reconocimiento personal de las defensas y cayó en una emboscada. Varios persas identificaron al emperador gracias a su llamativo uniforme. Logró acabar con algunos de ellos y sus escoltas consiguieron librarse con rapidez y eficiencia de los demás, pero fue un momento cargado de peligro. Cuando tomó aquella plaza, Juliano se deleitó imitando a Alejandro y al gran general romano Escipión el Africano (abuelo por adopción de Emiliano), tratando con enorme respeto a algunas prisioneras de la aristocracia local. Para demostrar que no quería ni siquiera sentirse tentado por su belleza, Juliano se negó a mirarlas ni una sola vez. En su caso, a diferencia de en el de sus famosos modelos, su sacrificio fue pequeño, porque parece que el sexo desempeñaba un papel menor en la vida de Juliano. Cuando su esposa falleció -su único hijo también había muerto- no hizo ningún esfuerzo para desposarse de nuevo, a pesar de las ventajas que suponía establecer una dinastía.<sup>14</sup>

Poco más de un mes después, el ejército llegó a la capital persa de Ctesifonte. Para ser un ejército tan numeroso, había avanzado bastante deprisa, pero, aun así, quizá no hubiera sido lo suficientemente rápido. No podemos afirmar con seguridad cuál era el objetivo original de la invasión y es posible que ni el propio Juliano lo supiera del todo. Ctesifonte era una ciudad excepcionalmente grande y poseía amplias y fuertes defensas. Los romanos carecían de medios suficientes para conquistarla mediante un asedio total. En cualquier caso, éste habría exigido bastante tiempo, lo que habría creado problemas graves para mantener al ejército abastecido, ya que no habían acumulado reservas importantes de alimento capturadas al enemigo. Para agravar la situación, en aquel momento Sapor ya se había dado cuenta de que había sido víctima de un engaño -tal vez las fuerzas de distracción no atacaban con la suficiente agresividad- y se estaba aproximando con gran parte del principal ejército persa. Un asedio sería una empresa difícil y peligrosa y Juliano decidió enseguida que no merecía la pena intentarlo.

Tal vez la conquista de Ctesifonte nunca había formado parte del plan, a menos que hubiera sido posible tomarla con sigilo o presionando a la población para que se rindiera. Por otra parte, es posible que los romanos sencillamente hubieran subestimado la enjundia de la tarea, aunque eso habría significado un grave fallo, ya que, en principio, debían conocer bien su poderío, aunque sólo fuera por anteriores campañas. Recordemos que la principal experiencia de combate de Juliano procedía de sus operaciones en la frontera del Rin. Allí, una y otra vez, los romanos se adentraron con rapidez en territorio enemigo, quemando aldeas y cosechas, confiscando sus rebaños y, si podían atacar por sorpresa, asesinando o capturando a la población. Al enfrentarse a una matanza tan espantosa, los reyes de las tribus solían negociar para firmar la paz. Si no lo hacían, entonces la práctica se repetía. En la guerra civil, un ataque rápido contra el corazón del territorio de Constancio le había proporcionado el triunfo, si bien el éxito se debió sobre todo a que el emperador había fallecido de manera muy oportuna. Es difícil no pensar que Juliano veía su expedición persa de una forma muy similar: un ataque sorpresa en lo más profundo del territorio enemigo, conquistando ciudades, arrasando las tierras y derrotando a cualquier fuerza con la que se topara. Tras mostrar a los persas que su rey no podía proteger su propio reino, Sapor se vería obligado a hacer un llamamiento a la paz y aceptar un tratado cuyas condiciones establecería Roma. Es posible incluso que Juliano esperase que el impacto fuera tan fuerte como para destronar al rey y permitir que fuera reemplazado por un miembro de la misma familia real que había vivido largo tiempo con los romanos como exiliada.

Si se trataba de ese plan, entonces estaba seriamente desorientado. El alcance de ese ataque era muchísimo mayor que el de las expediciones punitivas en el Rin, en cuanto al número de soldados implicados y sobre todo en cuanto a las distancias. Tampoco había ningún motivo para creer que los persas seguirían el guión y se hundirían bajo la presión del ataque romano. Sapor era un rey fuerte,

muy establecido y con considerables recursos para entablar una guerra, no un líder tribal de tres al cuarto. Habría hecho falta mucho más para quebrar su voluntad o lograr que sus súbditos se volvieran contra él.

Juliano se sintió incapaz de tomar Ctesifonte. No podía avanzar más sin riesgo de que su ejército quedara completamente aislado y no había ninguna ventaja en quedarse donde estaban. Por tanto, decidió retirarse. En vez de regresar por el camino por el que habían llegado a través de tierras devastadas, decidió seguir el curso del Tigris. Empezaron a circular algunas historias que decían que fue engañado por unos persas que fingían haber desertado. Dio órdenes de incendiar las barcasas de suministros y casi todas fueron destruidas antes de que el emperador cambiara de idea. Habría sido difícil subirlas por el Tigris contra corriente, pero aun así fue un gesto desalentador para unos soldados romanos que se habían adentrado tanto en un país enemigo. Hacerse con víveres en la nueva nata no resultó fácil. Una gran parte del principal contingente de Sapor había regresado y empezó a hostigar a la columna romana. Los hombres de Juliano lograron derrotar a la escolta de avanzada persa, pero no consiguieron que la fuerza principal entablara una batalla decisiva. La situación era cada vez más desesperada.<sup>10</sup>

Durante otro ataque contra la vanguardia del ejército, el 26 de junio de 363, Juliano se precipitó lleno de ímpetu hacia el campo de batalla sin preocuparse de ponerse la armadura. En la confusión y el polvo se adelantó a su escolta y fue herido por una lanza, cortándose la mano al tratar de extraerse la hoja. La historia más plausible es que su atacante fuera un sarraceno que luchara como aliado de los persas, pero eso no impidió que empezaran a circular rumores que afirmaban que aquél era un romano: o bien alguien furioso por el aprieto en el que les había metido o bien un cristiano que odiara su paganismo. Juliano fue llevado a su tienda y murió unas cuantas horas más tarde. Se supone que el emperador se mantuvo lúcido y calmado, conversando con los filósofos sobre cuestiones trascendentales hasta el momento final. Ninguna fuente cuenta que se preocupara demasiado de aconsejar a sus generales qué debían hacer a continuación. Puede que se trate de una historia inventada -ése era el modo apropiado en que debía morir un filósofo-, pero suena verosímil. Pensemos lo que pensemos en otros aspectos sobre Juliano, no hay duda de que estaba completamente centrado en sí mismo.<sup>16</sup>

Algunos autores han afirmado que Juliano había designado a Procopio como heredero. No obstante, puesto que intentó sin éxito hacerse con el poder dos años después, es posible que se trate de una invención. No estaba en el lugar de los hechos y los oficiales y funcionarios de alto rango que acompañaban al ejército sabían que necesitaban elegir a alguien de la columna. Sería mucho mejor contar con un emperador que pudiera negociar directamente con los persas, que se mostrarían reacios a confiar en cualquier acuerdo que pudiera ser rechazado al poco por un nuevo gobernante que estuviera a salvo en la corte del Imperio. El primer hombre elegido se negó a aceptar el cargo por razones de edad. A continuación, varios oficiales de rango relativamente bajo proclamaron emperador a uno de los suyos. Su elegido se llamaba Joviano y la similitud de su nombre con el de Juliano (en latín Jovianus y Julianus) al principio desencadenó el rumor de que este último se había recuperado. Pronto consiguió suficiente aprobación como para ser aceptado por todo el ejército. Dado que era mucho más alto que el diminuto Juliano, no fueron capaces de encontrar una capa imperial púrpura lo bastante larga para que le cubriera las piernas adecuadamente. No era de extrañar, puesto que la posesión de tela que, aunque fuera remotamente, se pareciera a los ropajes imperiales, a menudo bastaba para provocar el arresto y la muerte del

inculpado.<sup>17</sup>

Joviano y el ejército se encontraban en una situación complicada. Cualquier emperador, y más uno que no tenía ninguna relación con la casa imperial establecida, necesitaba regresar al corazón del Imperio con rapidez para evitar que surgieran aspirantes rivales al trono. Por suerte, Sapor estaba dispuesto a parlamentar. Destruir al ejército romano habría tomado tiempo y podría haber causado un elevado número de víctimas entre sus mejores soldados. Era mucho mejor negociar desde una posición de fuerza como la que ocupaba en aquel momento. Logró arrancar a los romanos enormes concesiones: parte de los territorios que Sapor había perdido ante Galerio fueron devueltos a Persia; a ellos se unieron las ciudades de Singara y Nisibis, que los persas habían tratado de tomar tres veces en vano; se permitiría a la población que se marchara, pero debían entregarles todo lo que había de valor. Por último, Joviano aceptó no intervenir en Armenia o respaldar a su monarca contra los persas. Oficiales como Amiano opinaron que las condiciones de la paz habían sido humillantes: lo que más odioso le pareció fue ver el estandarte persa elevándose sobre Nisibis. Sin embargo, desde el punto de vista de Joviano, es posible que las concesiones fueran necesarias: la situación que había heredado de Juliano era desastrosa, y al menos así había conseguido salvar al ejército y salvarse a sí mismo. La mayoría de los emperadores antepusieron su propia supervivencia a cualquier otra consideración.<sup>18</sup>

## FE Y GOBIERNO

La cesión de territorio a Persia fue el legado más duradero de Juliano. Al principio de su reinado, había declarado la libertad religiosa en todo el Imperio, pero era evidente que sólo algunas religiones serían alentadas. Las restricciones que Constantino y sus hijos habían impuesto sobre los sacrificios y otros rituales paganos fueron eliminadas, como también los privilegios que habían otorgado a los sacerdotes cristianos, entre los que destacaba la exención de onerosos deberes públicos como el servicio como magistrado de una ciudad. A los obispos tampoco se les permitía ya utilizar el servicio de correos imperial cuando viajaban. A los hombres que habían sido enviados al exilio por herejía se les permitió retornar, aunque en el caso de los obispos y otros miembros prominentes del clero no se explicitó con claridad si también se les restituían sus antiguos cargos. Juliano fomentó de forma deliberada el entusiasmo de muchos cristianos por embarcarse en enconadas disputas internas. Dado que en los Evangelios Jesús había predicho la destrucción del gran Templo de Jerusalén, que efectivamente tuvo lugar en el año 70, Juliano dio orden de que fuera reconstruido. La comunidad judía mostraba una actitud comprensiblemente precavida frente al gobernante de un imperio que, con tanta frecuencia, los había perseguido en el pasado, pero algunos líderes recibieron con alegría la decisión. El proyecto se abandonó enseguida: incluso el pagano Amiano relató la historia de las misteriosas bolas de fuego que habían aparecido en el cielo y habían ahuyentado a los obreros.<sup>19</sup>

Juliano trató de crear una Iglesia pagana organizada (Iglesia es la palabra correcta, ya que su visión estaba muy influida por el cristianismo). Se designaron sacerdotes para cada región cuyo papel y comportamiento debían ser muy similares a los de los obispos cristianos. Juliano creía que el fervor cristiano por la caridad había dejado en muy mal lugar a los paganos y decidió asegurarse de que sus sacerdotes se ocuparan de cuidar a los pobres. Parte de la estructura destinada a ese fin llegó a organizarse. Se efectuaron algunos nombramientos, y las ciudades que incorporaron el nuevo sistema recibieron el elogio imperial, pero, por lo que dejan traslucir las escasas huellas que se conservan, la particular forma de paganismo de Juliano no despertó demasiado entusiasmo entre la población. Sus

creencias fueron siempre esencialmente personales: era la religión de un hombre inteligente, en la que el aprendizaje, la sabiduría y un carácter disciplinado permitían obtener el favor de los dioses. Una de las cosas que a Juliano más le molestaban del cristianismo era la promesa de salvación universal. En *Los césares*, Constantino es rechazado por todos los dioses hasta que echa a correr hacia Jesús, que proclama:

Cualquier corruptor, cualquier criminal, cualquier maldito e infame venga con confianza; le bañaré con esta agua y al instante lo purificaré y, si de nuevo vuelve a caer en los mismos crímenes, le concederé la purificación con tal de que se golpee el pecho y la cabeza.<sup>20</sup>

En gran parte, sin duda, todo ese rechazo tenía que ver con el resentimiento de un hombre cuya familia había sido asesinada por su tío cristiano, que tan pío se declaraba. En su opinión, los dioses deberían recompensar sólo a los verdaderamente virtuosos y no a los malhechores, simplemente porque se hubieran arrepentido. No era un mensaje con demasiado gancho para las masas.

Juliano no persiguió de manera oficial a los cristianos (o galileos, como él los llamaba): algunos cristianos fueron asesinados en los disturbios que se desencadenaron a raíz de la promulgación de sus decretos, tanto a manos de turbas paganas como de otros cristianos en disputas entre facciones rivales. La persecución directa no había surtido efecto en el pasado y nada indicaba que fuera a funcionar ahora que la Iglesia estaba claramente establecida. El ataque de Juliano era más sutil. Una medida que provocó críticas especialmente duras incluso de parte de paganos simpatizantes como Amiano fue la prohibición de que los cristianos enseñaran retórica y literatura clásica en las instituciones públicas. Las razones esgrimidas eran que nadie podía enseñar adecuadamente a Homero o a cualquiera de los otros grandes autores a menos que realmente creyera en los dioses del Olimpo, cuyas proezas eran descritas en esos textos, una visión que, exceptuando a los neoplatonistas, no era compartida por los demás filósofos. La impresión general fue que era una injusticia obligar a los profesores cristianos que habían enseñado durante muchos años a elegir entre abjurar de su religión o renunciar a sus puestos. Dado que la educación clásica tradicional era esencial para cualquier carrera pública, el objetivo era obligar a los padres cristianos ambiciosos a educar a sus hijos como paganos.<sup>21</sup>

Cuando Juliano murió, su recién diseñada religión estatal fue rápidamente abandonada. La prohibición de que los cristianos enseñaran fue revocada y los clérigos recuperaron la mayor parte

de sus antiguos privilegios. Las disputas doctrinales que habían dividido a la Iglesia desde los tiempos de Constantino no terminaron con tanta celeridad: en Africa, los donatistas seguían negándose a aceptar a la Iglesia católica ortodoxa; la lucha había asumido un cariz social y habían empezado a producirse enfrentamientos violentos de forma periódica. En general, había muchos cristianos que rechazaban el credo niceno, que proclama explícitamente la igualdad de la Trinidad. Constancio adoptó un punto de vista mucho más arriano y ascendió a obispos que apoyaban esa visión a lo ancho y largo de las provincias que estaban bajo su mando. Había también quien aceptaba un credo alternativo, en el que Dios, Jesús y el Espíritu Santo eran sustancias similares, pero no idénticas. Sólo a la hora de interpretar esa afirmación existían multitud de variantes y surgió todo un abanico de sectas cuyas opiniones divergían en ese y otros tantos puntos.

Algunos cristianos rechazaban el mundo formalmente y elegían llevar vidas de celibato y frugalidad. Las primeras comunidades monásticas aparecieron en Egipto, pero la idea se difundió con rapidez. Algunos ascetas se labraron una enorme fama por la excepcional sencillez de su estilo de vida. Eran



personas muy reverenciadas y con frecuencia se escribía sobre ellos, pero nunca dejaron de ser una fracción minúscula de la comunidad cristiana en general. La gran mayoría de los cristianos se casaban, formaban una familia y, cuando la oportunidad y el estatus social lo permitían, establecían actividades comerciales o entraban en la vida pública. La opinión más extendida entre los historiadores es que el cristianismo era un culto esencialmente urbano y que la población del campo siguió profesando durante generaciones sus antiguas creencias. La palabra pagano proviene del latín *paganus*, aquel que vivía en el campo (*pagus*). Desafortunadamente, sabemos tan poco sobre la vida religiosa en las zonas rurales que esta opinión sigue siendo una conjetura. Por lo general, la palabra *paganus* era despectiva -palurdo o paleta transmitirían la misma idea- y puede que sólo reflejara la creencia común de los habitantes de las ciudades de que los campesinos eran torpes y estaban atrasados.<sup>22</sup>

Joviano era cristiano y abandonó enseguida la política religiosa de Juliano. Ese tipo de cuestiones no estaba a la cabeza de sus prioridades, que ocupaba el deseo de asegurar su posición y minimizar el daño que su prestigio pudiera sufrir por la cesión de territorios a los persas. Las proclamas imperiales anunciaron el tratado de paz como una gran victoria para Roma. Hubo algunos problemas cuando las noticias del nombramiento de Joviano llegaron a la Galia, aunque los disturbios no se convirtieron en un movimiento organizado contra su gobierno. Tras pasar algún tiempo en Antioquía, Joviano se marchó a Constantinopla, pero nunca llegó a su destino. Un día de principios del año 364, fue encontrado muerto en su habitación. Se culpó a los gases emanados de un brasero y a la mala ventilación, pero, a pesar de que el veredicto de muerte accidental por asfixia fue anunciado y aceptado públicamente, al menos Amiano sospechaba que Joviano había sido asesinado. El hijo del emperador era un bebé -había berreado incesantemente durante un desfile formal en Ancira algunas semanas antes- y no había ningún otro heredero. Sin la presión de una guerra en curso, los funcionarios de la corte y los oficiales del ejército disponían de más tiempo para seleccionar a un nuevo gobernante. Al final eligieron a un oficial del ejército llamado Valentiniano, que fue debidamente proclamado augusto el 26 de febrero de 364.<sup>23</sup>

Cuando los soldados dispuestos en formación aclamaron al nuevo emperador, también demandaron que designara a un corregente, ya que la muerte de dos gobernantes en el mismo año había hecho nacer el deseo de mayor estabilidad. A pesar de que un *magister militum* se permitió darle un rotundo consejo en público («Si amas a los tuyos, óptimo emperador, tienes un hermano. Si amas a Roma, piensa a quién investir como colega»), Valentiniano eligió a su hermano menor Valente y lo nombró augusto como él mismo. La pareja se repartió el Imperio: el hermano de más edad se quedó con la mayor parte -geográficamente unos dos tercios del total- y el hermano menor quedó a cargo de Oriente. Procedentes de una familia de importancia local de Iliria, los hermanos continuaban la tradición de los emperadores del siglo III y IV que provenían de los Balcanes. Valente no parece haber tenido una carrera pública especialmente larga o distinguida antes de su proclamación. Ambos hermanos eran cristianos: Valentiniano apoyaba a la Iglesia en su parte del Imperio, pero no parece haberse interesado demasiado por temas de doctrina. Era tolerante con los paganos, y sólo legisló contra un reducido número de prácticas y condenó a algunas sectas cristianas. Por el contrario, Valente era entusiásticamente arriano y continuó las prácticas de Constancio. El arrianismo era más común en las provincias orientales, aunque sin duda no era profesado por toda la población. Ahora bien, por una cuestión de pragmatismo político, Valente, como cualquier emperador, empleó a muchos funcionarios y oficiales del ejército que eran paganos o cristianos no arrianos.<sup>24</sup>

Los dos nuevos emperadores entablaron frecuentes guerras. En parte los enfrentamientos estaban motivados por su deseo de obtener la gloria necesaria para reafirmar su gobierno. Dividieron a los

*comitatenses*, y numerosas unidades individuales fueron convertidas en dos nuevos regimientos, llamados *seniores* y *juniores* respectivamente (al parecer, estos términos ya estaban en uso antes, pero la mayoría de estudiosos creen que el grueso de las unidades con esos nombres fueron creadas en ese momento). Durante un tiempo, hasta que sus filas pudieron ser completadas con nuevos reclutas, ese tipo de regimientos, como mínimo, dispondrían sólo de parte de sus efectivos. El aumento del número de regimientos también creó instantáneamente más puestos de mando para oficiales, lo que proporcionó una buena manera de recompensar a los seguidores leales. Valentiniano operaba en las fronteras del Rin y del Danubio, y envió a algunos de sus subordinados a luchar en Britania y el norte de África. De modo intermitente a lo largo de su reinado, Valente tuvo que ocuparse de los conflictos surgidos en las fronteras con Persia. A pesar de que el tratado de 363 nunca fue oficialmente abandonado, cada uno de los bandos rivales lo interpretó a su manera. Los romanos siguieron entrometiéndose en los asuntos de Armenia, mientras que los persas se esforzaron en dominar el reino y siguieron confiando en poder recuperar el resto de territorios perdidos ante Galerio. Se produjeron numerosas incursiones y algunas batallas de más envergadura, aunque la escala de la guerra nunca llegó a igualar las operaciones del reinado de Constancio y Juliano. Valente estaba en Siria en el año 365 cuando recibió la noticia de que había estallado una rebelión importante. Un familiar de Juliano, Procopio, había sido proclamado emperador en las afueras de Constantinopla. En el plazo de unos meses, varias provincias reconocieron al usurpador.<sup>25</sup>

El único argumento a su favor que podía esgrimir Procopio era su conexión con Juliano, que a su vez era familiar de Constantino. Tras haber desaparecido en las semanas que siguieron a la muerte de Juliano, Procopio surgió de su escondite y logró ganarse a dos unidades del ejército que pasaban por Constantinopla de camino a la frontera del Danubio. Se había dejado crecer la barba y así fue representado en sus monedas, pero, aunque alardeaba de su semejanza con Juliano, por lo visto Procopio había seguido siendo cristiano. Evidentemente, no había ninguna oleada de resentimiento pagano esperando ser explotado por hombres que persiguieran hacerse con el poder imperial. La usurpación comenzó de una forma algo irregular: las vestiduras imperiales de Procopio eran un arreglo provisional, un apaño casi cómico. No obstante, la suerte estaba de su lado y consiguió que más unidades militares se unieran bajo su causa. Cuando a Valentiniano le llegaron las noticias del alzamiento no sabía si su hermano estaba vivo o muerto. Estaba ocupado batallando junto al Rin y decidió no intervenir, proclamando que «Procopio era tan sólo enemigo suyo y de su hermano, pero que los alemanes lo eran de todo el Imperio romano». Después de ocho meses, Valente logró derrotar por fin al rebelde. Procopio huyó, pero fue entregado por sus propios oficiales y murió decapitado.<sup>26</sup>

Procopio había empezado a luchar con muy pocos seguidores y, de forma gradual, fue componiendo un ejército a partir de unidades que reclutaba cuando estaban desplazándose, todas ellas pertenecientes a las tropas de Valente. Parece muy improbable que el ejército que logró reunir alcanzara o sobrepasara la cifra de diez mil hombres. Al final, casi todas sus unidades desertaron y retornaron con Valente. Aun con recursos tan modestos, Procopio estuvo a punto de suplantar a Valente en el puesto de emperador. Fue una demostración más de la inseguridad del poder imperial: con frecuencia, los rivales conseguían persuadir a los soldados y oficiales de que se pasaran a su bando. Se produjo un efecto bola de nieve: los éxitos iniciales de Procopio persuadieron a más tropas de que debían unirse a él. Si un usurpador obtenía el dominio local, para los oficiales y soldados de la zona era peligroso no estar de su lado. Por supuesto, siempre era mejor estar del lado de los vencedores, y en caso de conflictos intestinos, era necesario tratar de averiguar quién tenía más posibilidades de ganar y actuar en consecuencia. Como en otras usurpaciones, tras la revuelta de Procopio se produjo una ronda de destituciones y ejecuciones, así como de ascensos para aquellos que se habían ganado el favor del

emperador, a menudo desertando del bando del rebelde en el momento oportuno.<sup>27</sup>

Los emperadores vestían ropajes ornamentados y espectaculares que se parecían a un uniforme militar. Sus oficiales llevaban versiones modestas que, no obstante, reflejaban su poder delegado y su asociación con el gobernador del Imperio. Las pequeñas distinciones de color y los motivos ornamentales -tanto en la túnica, como en el tocado, la capa e incluso en los zapatos- eran de gran importancia a la hora de reflejarla jerarquía del puesto. El incremento de la burocracia significaba que había más puestos con los que recompensar a los seguidores. También significaba que había muchos individuos que representaban el poder imperial dondequiera que se encontraran. La legislación destinada a restringir las demandas de los burócratas y los soldados sobre las comunidades sugiere que, con frecuencia, tomaban más de lo que era necesario para el bien del Estado. Posiblemente, en épocas agitadas ese tipo de abusos empeoraba.<sup>28</sup>

Durante el reinado de Valente, algunos bandoleros se disfrazaron de tesoreros del Estado y de sus escoltas en Siria. Con este disfraz entraron en una ciudad cerca de la caída del día y, sin ningún disimulo, confiscaron la casa de un destacado aristócrata, anunciando que había sido condenado por el emperador. La vivienda fue saqueada y todos los sirvientes que se resistieron fueron asesinados antes de que el grupo se marchara de la ciudad al amanecer. El éxito de esta descarada incursión revela el respeto y el miedo generalizado que inspiraban los representantes imperiales. Esta banda en concreto prosperó durante algún tiempo y vivió rodeada de considerable lujo. Al final, las tropas imperiales los encontraron y los masacraron, asesinando incluso a sus hijos, por si se daba el caso de que al crecer se convertían en bandidos.<sup>29</sup>

Estas usurpaciones de los símbolos de la autoridad imperial eran, no obstante, muy excepcionales, aunque resultaban espectaculares. Mantener un cierto grado de control sobre los funcionarios legítimos era una tarea interminable y extremadamente difícil. Los puestos conllevaban diversos privilegios: los cargos superiores otorgaban al titular rango social. Casi todos proporcionaban exenciones en las onerosas obligaciones debidas a las comunidades locales. Los salarios no eran especialmente altos, al menos para los cargos de menor rango, pero la cifra era aumentada con regularidad con los sobornos que se pagaban a cambio de favores u honorarios por servicios (la expresión en argot era «vender humo»). El clientelismo y el intercambio de favores estaban muy arraigados en la cultura grecorromana, y ese tipo de acuerdos no se consideraba corrupción a menos que llegaran demasiado lejos, distorsionando las decisiones gubernamentales o llevando al nombramiento de candidatos ostensiblemente inapropiados para el trabajo. En algunos casos los honorarios eran reconocidos de forma oficial por las autoridades. Una inscripción que se remonta al reinado de Juliano, que podemos observar en el muro exterior del ayuntamiento de Timgad, en el norte de África, detalla lo que les costaría a ambas partes presentar un caso legal ante la corte del gobernador. Nada sucedía sin el pago específico a cada uno de los oficiales implicados en todas las fases del proceso. Todos los costes se medían en cantidades de grano, aunque no queda claro si se pagaban de esa forma o convertidos en dinero. Los costes aumentaban si los funcionarios tenían que viajar a cierta distancia, por ejemplo para notificar una orden. Entablar un litigio no era barato... aunque es evidente que eso es aplicable a numerosas épocas, a pesar de que la naturaleza concreta de los costes haya cambiado.<sup>30</sup>

Ningún emperador podía saberlo todo sobre sus funcionarios, y aún menos mantenerlos bajo estricta vigilancia para estar al tanto de todas sus actividades. Los funcionarios se apartaban un poco de las normas o incluso las violaban abiertamente sin que esa circunstancia se pusiera en conocimiento del

emperador. Por ese motivo, se creó un nuevo grupo cuya principal tarea era vigilar e informar sobre las actividades de sus colegas. Entre ellos, los jefes eran los agentes (*agentes in rebus*), mientras que los secretarios de rango superior (*notarii*) se solían ocupar de una tarea similar. Ninguno de los dos grupos era popular ni entre los demás funcionarios ni entre el público en general, sobre todo entre los ricos y prominentes, que tenían más posibilidades de ser investigados. A la mayoría de los emperadores les gustaban porque parecían ofrecerles más control sobre su propia administración. Constancio incrementó mucho el número de sus miembros, sobre todo los cargos de agentes. Juliano despidió públicamente a muchos de ellos, pero la cifra volvió a crecer con celeridad tras su muerte. Ese tipo de representantes podían investigar problemas específicos e informar directamente al emperador. En el mejor de los casos, así obtenían información precisa sobre problemas distantes, lo que les permitía tomar una decisión informada sobre ellos. Esta práctica presuponía que los informes que los agentes presentaban eran correctos, pero, inevitablemente, existía la posibilidad de que se produjera un error humano, así como un engaño deliberado.<sup>31</sup>

En el año 360 las tierras que rodeaban la ciudad natal de Septimio Severo, Lepcis, se vieron sometidas a repetidas razias por parte de tribus nómadas del otro lado de la frontera. Las incursiones habían comenzado después de que las autoridades de la ciudad ejecutaran a varios nobles de una de las tribus acusándolos de bandolerismo. Los consejeros de la ciudad solicitaron ayuda del comandante militar local, el *comes* Romano, que reunió algunas unidades de *comitatenses* y, a continuación, exigió a los líderes de la ciudad que le entregaran cuatro mil camellos y provisiones. Era normal que las comunidades proporcionaran a los ejércitos animales de carga y víveres, pero las cantidades eran totalmente excesivas. Con tan poco tiempo, es poco probable que la población hubiera podido reunir tantas bestias, o que las fuerzas de Romano las necesitaran realmente. Presumiblemente, pretendía sacar provecho de la situación, ya fuera vendiendo la mayor parte de los camellos o aceptando un soborno para compensar el hecho de que la ciudad no pudiera facilitarle todo lo que pedía. Los líderes de Lepcis se negaron al instante, así que Romano aguardó un mes y luego retiró al ejército, dejando la ciudad a su suerte. Las razias continuaron. Como de costumbre, eran de escala reducida, y los cultivos que rodeaban la ciudad, más que ser destruidos, experimentaron algunos trastornos a consecuencia de los asaltos. Con todo, fue muy mortificante para los ciudadanos de Lepcis ver que el ejército no estaba dispuesto a protegerlos. Un grupo de notables personajes locales fue enviado en una embajada a Valentiniano, y finalmente obtuvieron una audiencia con el emperador en Milán. Romano hizo llegar su propia versión de los acontecimientos, que fue presentada de forma persuasiva por un familiar suyo, uno de los funcionarios superiores de la corte imperial.

Al principio no se hizo nada, pero a medida que fueron llegando informes de nuevas y más graves incursiones, Valentiniano decidió investigar la cuestión y encargó esa tarea al secretario Paladio,

que de todas formas iba a Africa a entregar la paga a las tropas. Esa misión era urgente y tenía precedencia sobre la investigación. Paladio llegó a varios acuerdos privados con los comandantes de los regimientos de Africa, desviando parte de la paga de los soldados -quizá aceptando informes inflados sobre el número de hombres de cada unidad- y compartiendo los beneficios. Cuando por fin se dignó investigar el problema de las razias, el secretario estableció enseguida la culpabilidad de Romano. No obstante, este último se había informado de las actividades financieras de Paladio y le chantajeó para que falsificara su informe. Juntos persuadieron a algunos lugareños de que

contradijeran a los emisarios y negaran que se hubiera producido ninguna razia de importancia. Así, a continuación Valentiniano fue informado de que no había ninguna verdad en las acusaciones que se habían elevado contra su comandante en África y, enfadado, la emprendió con los enviados de Lepcis por hacer «falsas» acusaciones contra un funcionario imperial. Algunos fueron ejecutados, como el gobernador civil de la provincia, que había respaldado su historia, mientras que a otros emisarios les arrancaron la lengua.

Sólo años más tarde, tras una rebelión tribal en el norte de África que con el tiempo se convirtió en un intento de usurpación, emergió la verdad. Romano fue desacreditado por provocar ese episodio y puesto bajo arresto. Entre sus documentos se encontró una carta de Paladio que revelaba su acuerdo secreto. El antiguo secretario ya había sido dado de baja del servicio. Fue arrestado, pero, mientras lo retenían de noche en una iglesia durante un festival, eludió la vigilancia de sus guardias y se ahorcó. Unos cuantos emisarios habían permanecido escondidos y así habían evitado el salvaje castigo que se había decretado. Ahora sirvieron de testigos cuando aquellos que habían apoyado la historia de Romano y Paladio fueron localizados y castigados.<sup>32</sup>

Todo ese sórdido episodio duró algo más de una década. Reveló con claridad la dependencia del emperador de sus funcionarios y la dificultad de establecer lo que realmente estaba sucediendo en las provincias. La visión imperial era limitada y el aumento de la burocracia había empeorado la situación, ya que toda la información era filtrada y refinada por otros antes de llegar al propio emperador. La violencia y crueldad de la respuesta imperial -contra los emisarios y sus seguidores y, más tarde, contra los conspiradores cuando se descubrió la verdadera historia- era típica del siglo IV y demostraba que era un mundo muy distinto al de los inicios del Imperio. En los siglos I y II, las comunidades de las provincias podían llevar a juicio a los gobernadores impopulares cuando terminaba su mandato. Podían ganar o perder el caso -varios predecesores de Plinio en Bitinia habían sido hallados culpables- y el resultado podía ser justo o injusto, pero lo peor que podía reportarles el fracaso era el desperdicio del dinero y el esfuerzo. Nadie era ejecutado o mutilado si la acción judicial fallaba en su contra.<sup>33</sup>

El escándalo de Romano fue excepcional. No toda la administración del Imperio estaba afectada por una corrupción a una escala tan masiva y, de todos modos, al final la justicia siguió su curso y los conspiradores que aún vivían tuvieron que pagar. Sin embargo, algunos estudiosos modernos le quitan importancia al episodio, siempre deseosos de dar una visión positiva del Imperio del siglo IV. El episodio sirvió para revelar qué era posible hacer. Aunque es importante señalar que algunos comportamientos que parecerían corruptos a los ojos actuales habrían sido perfectamente aceptables para los romanos, Romano y Paladio fueron mucho más allá. Sobre todo, el incidente demostró hasta qué punto podía fallar el funcionamiento del gobierno. No sólo no se hizo nada para solucionar el auténtico problema de las bandas de saqueo, sino que el emperador fue incapaz siquiera de averiguar la verdad sobre lo que había sucedido.<sup>34</sup>

El sistema gubernamental hacía casi todo lo que los emperadores necesitaban de él: les permitía controlar recursos suficientes para respaldar al ejército y su compleja estructura, y la división de responsabilidades ayudaba, asimismo, a protegerles de los usurpadores. La burocracia había ido adquiriendo poco a poco una vida propia. Es posible que los departamentos pugnarán entre sí por obtener más poder, pero su tamaño rara vez disminuía durante mucho tiempo. Los funcionarios se labraban una carrera con el fin de obtener riqueza, prestigio, honores y privilegios. El funcionamiento eficiente del Imperio era una ambición demasiado distante para los individuos y departamentos que

constituían la burocracia. Siendo como es la naturaleza humana, un objetivo así estaba demasiado alejado de sus más inmediatas ambiciones. En realidad, en la mayoría de los casos el gobierno imperial cumplía con sus obligaciones en el funcionamiento cotidiano del Imperio. En los últimos años del reinado de Valente se iba a mostrar mucho menos capaz de afrontar una crisis.

### XIII LOS GODOS

*El sol estaba ya más alto [...] haciendo que los romanos [...] se sintieran exhaustos por el hambre, la sed y el duro peso de las armas. Finalmente, nuestras líneas cedieron ante el empuje de los bárbaros [...]. Algunos cayeron sin saber quién les golpeaba, otros se vieron sepultados por los perseguidores, y algunos perecieron por una herida causada por los suyos [...], el emperador, cuando se encontraba entre los soldados rasos, cayó herido de muerte por una flecha, después de lo cual lanzó un último suspiro y murió, si bien su cuerpo no fue hallado en parte alguna.*

Relato de Amiano del desastre de Adrianópolis.<sup>1</sup>

E17 de noviembre de 375, el emperador Valentiniano se encontraba en el alto Danubio recibiendo a una delegación de caudillos de los cuados, los antiguos adversarios de Marco Aurelio, cuyas razias habían penetrado recientemente en las provincias romanas de Panonia. Las campañas de Valentiniano se basaban siempre en la diplomacia, tanto, si no más, como en el auténtico uso de la fuerza. Era famoso por ser una persona de genio muy vivo, que superaba con mucho el arraigado estereotipo del irascible e ineducado ilirio del siglo IV. Cuando los caudillos alegaron que las razias habían sido organizadas por una banda de extranjeros que actuaban sin su consentimiento y que, de todos modos, las últimas fortificaciones que había construido Roma habían sido una provocación contra ellos, el emperador montó en cólera ante tanta insolencia. En medio de su violenta arenga, Valentiniano sufrió un derrame cerebral y murió. Tenía cincuenta y cuatro años.<sup>2</sup>

Unos años antes, Valentiniano había nombrado augusto a su hijo mayor Graciano. El muchacho tenía dieciséis años en aquel momento y su padre lo había dejado en Tréveris. Su hermano menor, Valentiniano II, tenía sólo cuatro años, pero también fue inmediatamente proclamado augusto por las tropas y los burócratas en el Danubio. Ni Valente ni Graciano habían sancionado ese nombramiento, pero tampoco se sintieron capaces de rechazar la concesión del título al niño. Valentiniano y, a través de él, Valente habían sido elegidos emperadores por un influyente grupo de burócratas y oficiales de alto rango del ejército. Durante todo su reinado, los hermanos tuvieron que ser muy cuidadosos para mantener felices y por lo tanto quietos a esos hombres. Es de notar que varios de los funcionarios más destacados permanecieron en el cargo durante muchos años, mucho más de lo que había sido habitual en el pasado. El reinado de Juliano en concreto se había caracterizado por una rápida sucesión de hombres en los puestos de más alta jerarquía. Varias camarillas bien diferenciadas de funcionarios de alto rango dominaban la administración de los territorios controlados por cada emperador. Esos funcionarios no sentían ningún deseo de reunificar la administración en un solo cuerpo bajo un único emperador a menos que pudieran estar seguros de que sólo ellos monopolizarían las posiciones de más rango. Valentiniano y Valente sabían que su dinastía era demasiado reciente para ser totalmente segura, y que debían respetar las opiniones de sus oficiales superiores. En 375 Valente y Graciano se encontraron ante un grupo tan nutrido de prohombres que reclamaban una corte y una administración independientes bajo el control nominal de Valentiniano II que se vieron obligados a aceptar su

propuesta.<sup>3</sup>

El Imperio volvía a estar dividido en tres partes. Valente siguió controlando las provincias orientales, mientras que a Valentiniano II le entregaron Italia y el norte de Africa. Illyricum también era técnicamente parte de su territorio, pero en la práctica esa zona y el resto de Occidente era controlada por Graciano. A pesar de su edad, éste se ocupó personalmente de las zonas fronterizas desde el principio de su reinado, continuando la labor de su padre con expediciones punitivas y una enérgica diplomacia. Por el momento, los grupos de funcionarios que dominaban las cortes imperiales se daban por satisfechos con poder mantener el gobierno de un emperador joven y de otro que era sólo un infante.<sup>4</sup>

## EMIGRANTES

En 376 un nutrido grupo de godos se congregó al otro lado del Danubio. No se trataba de una partida de saqueo, sino del desplazamiento de un pueblo entero, con sus mujeres y niños montados en carros. Los romanos los llamaban los tervingos, aunque ese grupo no constituía la totalidad del pueblo que se hacía llamar por ese nombre. Había otro grupo importante de tervingos y, en conjunto, conocemos al menos media docena de grupos distintos de godos por nuestras fuentes (puede que hubiera más, pero simplemente no han sido registrados). Los godos, exactamente igual que los alamanes, los francos y otras tribus, seguían siendo un pueblo en el que existían marcadas divisiones, estaban compuestos por diferentes tribus y grupos y eran leales a muchos reyes, caudillos y magistrados diferentes. En el siglo V los ostrogodos y los visigodos establecieron varios reinos en territorio romano. No hay pruebas de que esos grupos ya existieran en la época de Valente, con esos u otros nombres. Aunque aparecen en textos anteriores al año 370, los visigodos y los ostrogodos no se formarían hasta la siguiente generación.<sup>5</sup>

Los tervingos enviaron una avanzadilla de emisarios para pedir permiso a Valente para cruzar la frontera y entrar en el Imperio. Solicitaron que se les permitiera asentarse en algún territorio, preferiblemente en Tracia, y a cambio prometieron proporcionar soldados para el ejército romano. En aquel momento, el emperador se hallaba en Antioquía, porque existía una continuada tirantez con los persas en torno al control de Armenia, por lo que, inevitablemente, hubo un retraso de un mes o más antes de que llegara su respuesta. Sus pasadas relaciones con las tribus godas no siempre habían sido positivas; desde el principio de su reinado había habido cierta tensión entre ellos y el

Imperio. En 365 un contingente de tres mil guerreros godos había respondido a la convocatoria de Procopio. Llegaron demasiado tarde para poder marcar la diferencia, pero excusaron su acción ante Valente diciendo que se sentían obligados a honrar su antiguo tratado con Constantino apoyando a cualquier miembro de su casa, por muy lejano que fuera. Era difícil distinguir si se trataba de una afirmación genuina. Con frecuencia, las guerras civiles romanas deben de haber sido episodios confusos para los líderes bélicos de fuera del Imperio, así como excelentes oportunidades para beneficiarse, y es posible que los godos que se unieron a Procopio simplemente pensaran que era más probable que un usurpador se mostrara generoso si le ayudaban a obtener la victoria.<sup>6</sup>

A Valente esas excusas le parecieron poco convincentes y dedicó los siguientes tres veranos a luchar en el Danubio. Hubo escasos combates, ya que los godos evitaron la batalla y se refugiaron en las montañas. Aun así, la exhibición de fuerza de los romanos bastó para persuadirlos de solicitar la negociación. Valente celebró una reunión con el rey tervingo Atanarico en una barcaza amarrada a medio camino entre ambas orillas del río Danubio, para cumplir la solemne promesa del rey de no poner jamás el pie en suelo romano. Ambos bandos habían desplegado sus tropas en las orillas opuestas. En una ocasión, Valentiniano había mantenido igualmente una serie de conversaciones en un barco en el río, pero, en ambos casos, el hecho de que los emperadores accedieran a celebrar una reunión en esas circunstancias otorgaba un estatus de cierta igualdad a los líderes bárbaros implicados. Tradicionalmente, los representantes de Roma se cuidaban de que en las negociaciones que entablaran quedara de manifiesto la abrumadora superioridad del Imperio, haciendo que el enemigo se desplazara hasta ellos y se inclinara ante un tribunal y ante las apretadas filas de las legiones. A finales del siglo IV, a menudo era más importante obtener la paz con rapidez que insistir en ese tipo de



demostraciones.<sup>7</sup>

Valente necesitaba que los godos se abstuvieran de guerrear para poder hacer frente a la creciente tensión que había surgido entre el Imperio y Persia. Acordaron que se mantendría la paz y que los godos dejarían de recibir subvenciones. A primera vista esa medida parece un claro castigo para los caudillos godos, pero bien puede ser que en una sociedad en la que los regalos eran importantes, recibir algo de una potencia exterior fuera una clara marca de dependencia. Es posible que consideraran esa medida como una ganancia notable. Del mismo modo, la restricción de cualquier tipo de comercio a través de la frontera excepto en dos lugares específicamente elegidos probablemente reforzó el poder de los líderes godos mejor simados para controlar el acceso a esos puntos. Es probable que Atanarico se sintiera satisfecho por el tratado de 369. Como Valente, los godos y él mismo se estaban enfrentando a otros problemas.<sup>8</sup>

El origen de los hunos está envuelto en el misterio, y es mejor dejar ese tema para más tarde, cuando abordemos su ataque directo contra el Imperio. En 376 los romanos apenas eran conscientes de su presencia. En el Imperio circulaban fabulosas historias sobre su salvajismo y su comportamiento casi más animal que humano. Se decía que eran feos y contrahechos, con las cabezas afeitadas y los rostros desprovistos de barba, que eran jinetes excelentes, pero prácticamente incapaces de caminar sobre sus dos pies. No cultivaban la tierra, sino que vivían de leche y de carne cruda, que calentaban situándola bajo las sudaderas de sus caballos.

En efecto, andan todos errantes, sin rumbo fijo, sin hogar, sin ley ni sustento establecido. Son, pues, semejantes a fugitivos que llevan siempre consigo las carretas en las que habitan [...]. Semejantes a animales irracionales, no distinguen en absoluto entre lo honesto y lo deshonesto. Sus palabras son ambiguas y enrevesadas, y jamás han respetado una creencia o religión.

Todos los antiguos estereotipos sobre los bárbaros renacieron y se repitieron, pero la propagación de ese tipo de historias nos da cierta idea del temor que inspiraban esos nómadas de las estepas. Una vez más, no deberíamos pensar en los hunos como un pueblo único, unido. Estaban divididos en muchos subgrupos y obedecían a diferentes líderes. Es posible que el poder de unos cuantos reyes estuviera creciendo en esa época, pero los ataques de los hunos en la segunda mitad del siglo IV no debieran considerarse una invasión concertada y organizada, sino que se trataba de un incremento de la escala y frecuencia de las razias lanzadas contra sus vecinos.<sup>9</sup>

La llegada de los hunos añadió un nuevo factor a las luchas por el poder dentro y entre las tribus de la región: su presencia brindaba nuevas oportunidades, pero también suponía una amenaza. Los caudillos locales se enfrentaban a la elección de oponerse a las partidas de saqueo de los hunos o tratar de aliarse a sus líderes para obtener el respaldo de sus bandas. Varios caudillos godos lograron de esa manera derrotar a sus rivales y ampliar su propio poder. Otros sufrieron sus ataques, y fueron asesinados, expulsados de sus hogares o bien se vieron obligados a aceptar la subordinación frente a sus enemigos. Con la aparición de los hunos en las tierras en torno al mar Negro, la guerra en la región se tornó más decisiva. Los alanos, otro pueblo nómada originario de las estepas, fueron los primeros que sufrieron sus ataques y, con el tiempo, todos sus líderes huyeron o aceptaron la supremacía de los reyes hunos. Los godos fueron los siguientes y se repitió el mismo patrón de resistencia inicial y posterior alianza. En ocasiones, cuando se enfrentaban dos grupos distintos de godos, los hunos eran contratados por ambos bandos. No se trataba simplemente de un ejemplo de heroica y vana resistencia por parte de los reyes godos contra los despiadados jinetes de las estepas: algunos godos se pusieron

enseguida de acuerdo con sus nuevos y agresivos vecinos y lucharon con ellos contra otros godos.<sup>10</sup>

Atanarico luchó contra los hunos, pero fue derrotado y tuvo que batirse en retirada hacia las montañas, tal y como había hecho para escapar de Valente. Al menos por el momento seguía resuelto a no romper su juramento y a no refugiarse en el Imperio. Fue otro grupo de tervingos el que se aproximó al Danubio y solicitó ser admitido en territorio romano. Nuestras fuentes mencionan dos caudillos, Alavivo y Fritigerno, pero es evidente que su poder no era absoluto, sino que, simplemente, eran los dos líderes más fuertes e influyentes de las bandas de guerreros que estaban entre los emigrantes. También es un error imaginar una única caravana inmensa avanzando con sus carros hacia el Imperio. Entre otras cosas, por razones prácticas de abastecimiento, había muchas partidas diferenciadas viajando en la misma dirección que sólo se reunificaban cuando llegaban al punto donde debían cruzar el Danubio. Eran un grupo muy variado y poco cohesionado, algunos eran fugitivos de los hunos o habían escapado de enemigos dentro de su propio pueblo y otros muy probablemente sólo estaban deseosos de disfrutar de una vida más cómoda dentro del Imperio. Para muchos guerreros, servir en el ejército romano era una perspectiva atractiva y, en particular los caudillos, podían aspirar a labrarse carreras llenas de éxitos al servicio del Imperio.<sup>11</sup>

No sabemos cuántos individuos componían el grupo en total. Una fuente tardía y poco fiable afirma que había doscientos mil, pero probablemente sea una cifra muy inflada. Amiano dice únicamente que había demasiadas personas para que las tropas romanas de la frontera fueran capaces de contarlas. Un cálculo moderno sugiere unos diez mil guerreros, junto con cuatro o cinco veces ese número de mujeres, niños y ancianos. Es bastante verosímil, pero no deja de ser una conjetura. Sigue siendo perfectamente posible que el grupo fuera más reducido o más grande. Del mismo modo, resulta muy complicado calcular el porcentaje de hombres adultos respecto al resto. Es obvio que una comunidad entera que huía de la agresión contendría una proporción mayor de no combatientes que las bandas de guerreros que iban en busca de ser aceptados en el ejército. Poco después de que los tervingos se acercaran a la frontera, los romanos notaron que había otra nutrida partida de godos que se dirigían hacia territorio del Imperio con un propósito similar. Se trataba de los greutungos, aunque también en este caso eran sólo una parte del pueblo que atendía a ese nombre.<sup>12</sup>

Después de un viaje de ida y vuelta de bastante más de mil quinientos kilómetros, los embajadores tervingos regresaron de Antioquía y de su audiencia con Valente con la buena nueva de que se les había concedido lo que pedían. Amiano nos cuenta que los consejeros del emperador le habían convencido con facilidad de que los emigrantes podían serle de gran utilidad, ya que, al proporcionar al ejército un suministro seguro de reclutas, la leva obligatoria que se exigía de otras provincias podía ser conmutada por un pago en oro. De ese modo, el Imperio tendría tanto soldados como dinero. Nada respalda en las fuentes antiguas la sugerencia moderna de que la continuada tensión entre Roma y Persia impedía a Valente rechazar la entrada de los tervingos aun cuando hubiera sido su deseo. Al poco tiempo, rechazó una petición similar de los greutungos. Se desconoce cuál fue el motivo de que los dos grupos fueran tratados de forma diferente. Entre las posibles razones, se ha sugerido desde la incapacidad de las autoridades para ocuparse de tantas personas hasta que se trataba de una demostración de fuerza para destacar ante los tervingos que los romanos no se habían visto obligados a admitirlos. Igualmente probable es la posibilidad de que las relaciones que en el pasado hubieran establecido sus líderes con Roma hubieran sido diferentes.<sup>13</sup>

El hecho de que una tribu procedente del exterior del Imperio se estableciera en las provincias no era ninguna novedad. Diocleciano y Constantino, como muchos otros emperadores, habían elegido aceptar

ese tipo de asentamientos. Pueblos que hasta entonces habían sido hostiles hacia el Imperio eran trasladados a unas tierras más productivas y de ese modo no sólo dejaban de ser una amenaza, sino que, con el tiempo, se convertían en contribuyentes fiscales y/o soldados para el ejército. Los precedentes de comportamientos semejantes por parte de las autoridades romanas se remontaban a épocas muy antiguas, al momento de la creación de las fronteras en tierras remotas durante la República. En el siglo I d.C., un gobernador senatorial había escrito con orgullo que trajo «a más de cien mil miembros del pueblo que vive al otro lado del Danubio para que paguen tributo a Roma, junto con sus esposas y familias». Como siempre, es posible que la cifra haya sido exagerada, pero no hay duda de que era un grupo sustancial de personas y que fue considerado uno

de sus mayores logros.<sup>14</sup>

No obstante, no todos los emigrantes eran admitidos. Julio César comenzó sus campañas galas negándose a permitir que una tribu, los helvecios, atravesaran su provincia de camino hacia su destino en la Galia. No sólo los rechazó cuando trataron de entrar a la fuerza, sino que -alegando que estaban saqueando a aliados de Roma- salió tras ellos y los derrotó en batalla, para enviarles después de vuelta a sus hogares. Fue una reacción especialmente contundente de un general ambicioso que necesitaba obtener gloria con varias victorias importantes. Sin embargo, no se trataba de una actitud poco habitual, y hay muchos otros casos en los que se negó la entrada a grupos migratorios o bien fueron expulsados por la fuerza. Supuestamente, la elección siempre dependía de las autoridades romanas, que reaccionarían sin piedad ante cualquier negativa a aceptar su decisión. En la mayoría de los casos, los pueblos implicados ya habían sufrido una clara derrota a manos del ejército romano. En otras ocasiones, la sumisión era más simbólica y los romanos hacían una exhibición de poder que iba acompañada de gestos de total sometimiento por parte de los líderes bárbaros. En esencia, los emigrantes debían rendirse ante Roma antes de entrar en sus tierras. Después, se les ofrecía un lugar donde asentarse, lo que hacían normalmente en pequeños grupos repartidos por una amplia zona que hubiera dejado de cultivarse o formara parte de una propiedad imperial. El exacto estatus legal de los colonos bárbaros variaba y, por ejemplo, los descendientes de aquellos que habían sido derrotados fueron uno de los pocos contingentes excluidos de la concesión de ciudadanía de Caracalla. La mayoría de los asentamientos se convirtieron en pueblos muy prósperos.<sup>15</sup>

Los tervingos no habían sido derrotados, pero, puesto que llegaban en calidad de peticionarios, la decisión de Valente de concederles lo que querían no era un acto sin precedentes ni poco razonable. Ignoramos cuáles fueron los detalles del tratado, así como las condiciones precisas en las que debía tener lugar el asentamiento de los emigrantes. Al parecer, una de las condiciones era que los godos se convirtieran al cristianismo. Estos no dudaron en hacerlo y adoptaron la forma arriana que prefería el propio Valente. Una fuente posterior afirma asimismo que los hombres de la tribu debían entregar sus armas, aunque en los relatos de Amiano, contemporáneo de los hechos, no se hace ninguna mención al respecto. Es posible que el desarme fuera parte del acuerdo, pero, incluso si lo fuera, el gesto de entregar unas cuantas armas bien puede haber sido fundamentalmente simbólico. De hecho, los tervingos conservaron un buen número de armas. El proceso de llevar a todos los godos al otro lado del Danubio llevó un tiempo considerable, en parte debido a que, por lo general, no se necesitaban tantas barcazas de ese tipo. El escuadrón naval que patrullaba el río les ayudó, pero sus embarcaciones no eran especialmente numerosas y desde luego no estaban diseñadas para transportar grandes cantidades de personas o pesados carromatos. Muchos de los godos atravesaron en balsas construidas específicamente para ese fin, pero se dice que unos cuantos intentaron cruzar a nado y se ahogaron.<sup>16</sup>

## CAMINO AL DESASTRE

Había mecanismos establecidos para asimilar grupos de bárbaros en el seno del Imperio y permitir que se asentaran en las provincias. Sin embargo, desde el principio las cosas no funcionaron demasiado bien para los tervingos. Posiblemente hubo negligencia por parte de los funcionarios romanos acerca de la cuestión de desarmar a la tribu. Sin duda hubo descuido, incompetencia y corrupción en casi todos los demás aspectos del asunto. Amiano culpó a los dos oficiales del ejército que estaban al mando en el lugar de los hechos: Lupicino, el *comes* a cargo de los *comitatenses* en Tracia, y el *dux* Máximo, que controlaba a los *limitanei*. El problema más básico fue el de la alimentación. Es muy posible que los tervingos hubieran utilizado gran parte de sus propios víveres mientras aguardaban la respuesta de Valente y, después, durante el largo proceso de cruzar el río.

Se suponía que los romanos se ocuparían de proporcionarles alimento, pero las cantidades que los godos recibieron apenas fueron suficientes. Puede que, simplemente, no hubiera provisiones disponibles. Los tervingos equivalían en número a un ejército expedicionario romano muy grande y normalmente se tardaba un par de años en acumular el grano y el resto de víveres necesarios para alimentar a un contingente así. Los funcionarios del Danubio no habían tenido más que unos pocos meses para hacer los preparativos. Aun así, el Estado recibía una importante cantidad de impuestos en forma de productos agrícolas y se suponía que los excedentes se almacenaban en graneros dentro de distintas ciudades amuralladas y bases militares, listos para ser consumidos por las tropas, la corte o los funcionarios. Si no había recursos suficientes para satisfacer las necesidades de los tervingos, la decisión de admitirlos habría sido muy poco prudente. Tal vez sí contaban con bastantes víveres, pero no habían sido trasladados al lugar adecuado. Resulta difícil creer la teoría de que el emperador ordenara a sus funcionarios que restringieran las cantidades entregadas a los godos con el fin de mantenerlos en un estado de dependencia, porque ésa habría sido, claramente, una estrategia muy arriesgada. Es posible que los funcionarios que se encontraban al mando de la zona decidieran por sí mismos adoptar un comportamiento tan peligroso. Desde luego, no dudaron en sacar provecho de la situación. Amiano nos cuenta que una vez que Lupicino se hubo hecho con buena parte de la riqueza de los bárbaros a cambio de comida vendida a través del mercado negro, inició un comercio aún más siniestro: los godos estaban suficientemente desesperados como para vender a sus hijos por míseras cantidades de carne de perro. La tarifa vigente era un niño por un perro. Al parecer, los hombres de Lupicino estaban lo bastante organizados como para haber capturado perros vagabundos en un radio muy amplio.<sup>17</sup>

Poco a poco, los tervingos fueron trasladados a la ciudad de Marcianópolis, donde parece que Lupicino tenía su cuartel general. Los miembros de la tribu no podían entrar en la ciudad o en su mercado, sino que se les obligó a acampar en el exterior, a cierta distancia de ella. Para supervisar la marcha, la mayor parte de las tropas romanas fueron retiradas de la frontera, con lo que las defensas quedaron seriamente mermadas. En un momento dado, dándose cuenta de que anchos tramos del Danubio habían quedado sin vigilancia debido a la concentración de barcas patrulleras romanas que se habían desplazado para asistir a los tervingos, los greutungos a los que se les había negado la entrada decidieron penetrar en el Imperio de todos modos. Las autoridades romanas empezaron a perder el control de la situación a toda velocidad: o bien las tropas eran insuficientes o fueron desplegadas de forma inadecuada. La situación era ya muy tensa en Marcianópolis cuando Lupicino invitó a los líderes tervingos a un banquete. Ese tipo de reuniones eran parte integrante de la diplomacia de fronteras romana... además de constituir, como ya hemos visto, claras oportunidades para la traición.

No sabemos si Lupicino tenía planeado o no encarcelar o asesinar a los caudillos. Dado el tiempo que tardó en actuar, es poco probable que estuviera obedeciendo órdenes explícitas del emperador.

El problema se inició en el exterior de la ciudad, cuando una discusión entre soldados, gente del pueblo y algunos godos acabó convirtiéndose en una pequeña batalla. Una partida de tropas resultó arrollada. En ese momento, Lupicino -Amiano apunta que era bastante tarde y que ya estaba bastante borracho- ordenó la ejecución de los miembros del séquito de los caudillos presentes en el banquete, mientras que los propios caudillos godos fueron arrestados. Cuando las noticias de su acción llegaron a las afueras de la ciudad, a los campamentos godos, se produjo un tumulto y más y más guerreros se unieron a los que estaban participando en la lucha. Fritigerno logró que le soltaran tras convencer a Lupicino de que solo él podía calmar a sus airados compatriotas. Fue liberado. De Alavivo nunca más se ha vuelto a saber nada.<sup>18</sup>

Lupicino reunió a todas las tropas que pudo y decidió marchar contra el campamento de los tervingos, situado a unos quince kilómetros de la ciudad. Los godos estaban esperándoles y aplastaron su columna. Lupicino escapó, al parecer porque fue uno de los primeros que puso su montura al galope para ponerse a salvo. Acababa de iniciarse una guerra y los enfrentamientos empezaron a propagarse con rapidez. Un grupo de godos que habían sido admitidos hacía un tiempo en el Imperio estaban aguardando en Adrianópolis para avanzar hacia el este, presumiblemente con el fin de incorporarse al ejército. Ya habían surgido algunas desavenencias entre ellos y un magistrado local, que ahora reunió una tropa compuesta por habitantes de la ciudad, incluyendo a los trabajadores de una fábrica de armas estatal. Los godos hicieron pedazos a esa milicia improvisada y les arrebataron sus armas recién fabricadas antes de unirse a Fritigerno. Ese ejército conjunto trató de conquistar Adrianópolis por medio de un asedio, pero fracasó estrepitosamente. Mientras se retiraban, Fritigerno les recordó con hosquedad que él «mantenía la paz con las murallas».<sup>19</sup> Allí sólo podrían conseguir una paz con paredes.

A los godos les faltaba destreza en el arte del asedio, pero lo realmente decisivo fue que no tenían capacidad para permanecer en un lugar durante el tiempo suficiente como para tomar una ciudad defendida y fortificada. Ahora eran libres para saquear el campo romano, incendiar sus pueblos y villas o reunir animales para obtener carne y tanto grano como pudieran encontrar. Sin embargo, las mayores reservas de alimento se encontraban siempre en las ciudades amuralladas, y los godos no podían tomar esos lugares. Tantas bocas hambrientas consumían con rapidez las provisiones que pudiera haber en el área en la que se encontraran, lo que les obligaba a seguir moviéndose. Las cifras de godos habían ido aumentando considerablemente a medida que los greutungos y grupos como el proveniente de Adrianópolis se habían ido uniendo a la banda de Fritigerno. Otros guerreros llegaban solos: algunos eran godos que acababan de ser vendidos como esclavos a cambio de provisiones y otros eran hombres que habían sido apresados años antes por traficantes de esclavos o en campañas imperiales. A medida que se fue difundiendo la noticia del rico botín que podía obtenerse en Tracia, otras bandas de guerreros cruzaron el Danubio para unirse a ellos. Fueran cuales fuesen las tropas que los romanos seguían teniendo estacionadas en la frontera, fueron claramente incapaces de evitarlo. En 377 Fritigerno contrató incluso a varias bandas de hunos y alanos con la

promesa de entregarles un generoso porcentaje del botín.<sup>20</sup>

Los godos crecieron rápidamente en número y poderío, especialmente porque los recién llegados eran sobre todo guerreros llenos de entusiasmo, no emigrantes que viajaban con sus familias. Muchos de

ellos estaban ahora equipados con armamento romano de buena calidad, y lo más probable es que hubiera más hombres que llevaran malla u otro tipo de armadura corporal y cascos de lo que era lo normal para un ejército tribal. La presión de la situación de tener que sobrevivir en territorio enemigo mes tras mes consolidó la autoridad de sus líderes y su habilidad para trabajar juntos. Nada de eso alteró el hecho básico de que estaban librando una guerra que no podían ganar. Los principales grupos de tervingos y greutungos eran emigrantes sin hogar. A diferencia de los asaltantes que se habían unido a ellos, no podían retirarse y regresar al otro lado del Danubio. Por mucho que aumentaran sus efectivos, su poder y recursos militares quedaban empequeñecidos ante los del Imperio. El mejor resultado que podían esperar era que las autoridades romanas les otorgaran tierras, mientras que si las cosas salían mal podían ser aniquilados, condenados a la esclavitud o verse obligados a firmar la paz con Roma y sufrir sus abusos de nuevo. Es posible que Fritigerno y los demás líderes lo supieran y se dieran cuenta de que su máxima esperanza era negociar desde una posición de fuerza. No tenían ningún objetivo militar claro y eso, unido al eterno problema del suministro, llevó a los godos a deambular aparentemente sin rumbo durante los siguientes años. No permanecieron juntos como un ejército concentrado, sino que se separaron en muchas partidas pequeñas para buscar víveres y saquear. Cuando las fuerzas romanas los amenazaban, los diferentes grupos intentaban reunificarse tan rápido como podían.

A la larga, los romanos no podían perder esa guerra, pero eso no significaba que les resultara fácil ganarla. Lupicino había sufrido considerables bajas en su precipitado e improvisado ataque en las afueras de Marcianópolis. Otras tropas fueron divididas para formar guarniciones que se repartieron por las distintas ciudades amuralladas de la región para defenderlas del enemigo. Al principio, todo lo que podían hacer las fuerzas locales era conservar los vitales pasos de montaña que contenían a los godos en una sola zona de la llanura tracia. En 377 se formó un ejército de campaña con una mezcla de unidades enviadas por Graciano desde Occidente y un contingente de tropas de Oriente, y ese ejército combinado obtuvo varias victorias atacando a algunos grupos aislados de godos a los que aniquilaron o hicieron prisioneros. El rápido desplazamiento y los ataques sorpresa volvieron a ser las tácticas romanas más efectivas. No obstante, en ocasiones los godos consiguieron hacer lo mismo y varias unidades romanas fueron aplastadas en el exterior de la ciudad de Dibaltum, realmente Deultum (la actual Debelt, en Bulgaria).<sup>21</sup>

Buena parte de las veces los romanos operaban en pequeños destacamentos que hostigaban a sus dispersos rivales. Sólo en una ocasión se concentraron para atacar a un número sustancial de godos -no estamos seguros de qué grupo concreto se trataba- que habían situado sus carros formando un gran círculo cerca de la ciudad de Ad Salices. Mientras los romanos formaban, los bárbaros también tuvieron tiempo para convocar a muchas de las bandas de saqueadores que estaban desperdigadas por el territorio. Cuando los romanos finalmente atacaron, se produjo una dura lucha alrededor de la línea de carrozcos. Una carga goda abrió una brecha en el ala izquierda de los romanos y la situación sólo se estabilizó gracias a la intervención de las unidades de reserva. La batalla finalizó en tablas, con elevadas pérdidas humanas, pero fueron los romanos quienes se retiraron unos días más tarde. Después de esa experiencia, regresaron a su estrategia de hostigamiento.

Valente firmó la paz con los persas en 377 y retornó a Constantinopla al año siguiente para abordar el problema de los godos. Había formado una fuerza de campaña, y su plan era combinarla con un ejército que Graciano llevaría a Oriente antes de enfrentarse al principal contingente del enemigo. Por desgracia, el ejército occidental se retrasó: un soldado alemán de la guardia de Graciano se tomó un permiso y por casualidad mencionó a los miembros de su tribu que planeaban avanzar hacia Oriente.

Éstos decidieron aprovechar la ausencia del grueso de las fuerzas romanas para saquear las provincias. Graciano organizó una breve campaña para castigar a la tribu en cuestión, y sólo después de finalizar esa lucha pudo iniciar la marcha para unirse a su tío.<sup>22</sup>

## ADRIANÓPOLIS Y SUS CONSECUENCIAS

Estaba finalizando el verano y Valente ya había decidido avanzar por su cuenta. A principios de agosto se encontraba en Adrianópolis, enfrentándose a un grupo bastante nutrido de godos encabezados por Fritigerno. Sus patrullas informaron de que los efectivos del enemigo ascendían a unos diez mil, lo que resultó ser un grave error de cálculo, porque el número era muy superior, aunque Amiano no nos dice cuál era el auténtico tamaño del ejército godo. Al mismo tiempo, llegaron unos mensajeros diciéndole que Graciano estaba a sólo unos pocos días de marcha de allí.

Algunos de sus oficiales de más rango le aconsejaron prudencia, alegando que era mejor esperar a Graciano y asegurarse así de obtener la victoria. Otros sugirieron que tenía la oportunidad de conseguir una victoria rápida sobre esa sección del enemigo. Se dice que Valente deseaba obtener gloria por sí mismo para no quedar eclipsado por los recientes logros de su sobrino y las victorias menores de su propio ejército.

La confianza de Valente creció cuando se presentó ante él un sacerdote cristiano en calidad de emisario de Fritigerno. Solicitó públicamente que entregaran Tracia a los godos y les permitieran asentarse allí, pero también transmitió al emperador un mensaje privado en el que Fritigerno le garantizaba su buena voluntad. Le pedía a Valente que organizara una impresionante exhibición de fuerza con el fin de que le fuera más fácil calmar a los miembros de su tribu y persuadirles de que aceptaran la paz. El mensajero partió sin ninguna respuesta, pero aquella parecía una clara señal de la preocupación de los godos. El 9 de agosto de 378, Valente salió con su ejército de Adrianópolis y se dirigió hacia el campamento de los godos, que de nuevo había adoptado la forma de un gran círculo de carros. El ejército romano no empezó a llegar hasta el principio de la tarde, y los hombres estaban cansados tras la larga marcha bajo un sol ardiente. La columna comenzó a desplegarse girando hacia la derecha, de manera que las unidades que la encabezaban formaran la parte derecha de la línea de batalla. Delante de ellos había algunas bandas de godos vociferando sus gritos de guerra, con el *laager* de carrozcos a la espalda. Otros habían empezado a prender fuego a los arbustos circundantes y el viento transportaba el calor y el humo hacia las líneas romanas. Además de aumentar su incomodidad, el incendio disminuía la visibilidad, un detalle esencial, porque Fritigerno estaba esperando que se le uniera un gran grupo de greutungos que incluía un elevado número de jinetes.<sup>23</sup>

Es posible que el líder godo estuviera tratando de ganar tiempo para permitir que llegaran esas fuerzas adicionales cuando volvió a solicitar que parlamentaran. O bien, puede que realmente hubiera comprendido que era mucho lo que arriesgaba y nada lo que podía esperar ganar entablado batalla contra el emperador. Valente se negó a hablar al primer grupo de enviados porque no tenían suficiente rango, pero, cuando se acercaron por segunda vez, los romanos respondieron pidiéndoles que enviaran a un oficial de alto rango como rehén. Puede que también Valente quisiera simplemente ganar tiempo para que pudiera llegar el resto de su ejército y se formara la línea de batalla, pero, por otro lado, sin duda se habría dado por satisfecho con una victoria incruenta, en la que el enemigo se sometiera ante una mera demostración de fuerza por parte de los romanos. Fuera cuales fuesen las auténticas intenciones de ambos jefes, al final los godos no se rindieron sin luchar.

El combate empezó cuando las dos unidades de caballería romana situadas en el flanco derecho atacaron sin esperar órdenes. Siempre existía el peligro de que sucediera algo así cuando dos ejércitos rivales se mantenían durante horas uno enfrente del otro a una distancia tan corta. Los jinetes fueron rechazados con rapidez, pero, al parecer, desencadenaron un ataque general en toda la línea romana. En el flanco izquierdo, las unidades acababan de llegar a su puesto y no habían formado aún adecuadamente cuando se unieron al ataque. Las unidades de caballería que deberían haber protegido el flanco de la infantería no estaban en posición, por lo que el flanco quedó muy expuesto. No estaban en absoluto preparados para hacer frente al repentino ataque de los greutungos, junto a los que luchaban la caballería goda y una banda de alanos. El ataque romano perdió ímpetu, pero antes de que terminara la batalla hubo un prolongado periodo de salvaje combate. Parte de la infantería quedó rodeada por el enemigo, los soldados estaban demasiado confusos y las filas demasiado apretadas para formar una línea de combate apropiada, pero continuaron resistiendo durante algún tiempo. El año anterior, los romanos habían logrado superar el derrumbamiento de uno de sus flancos enviando a las reservas hacia ellos. En esta ocasión, el ejército no había formado como debía ni tampoco estaba bajo control. Fue imposible encontrar al regimiento que debería haber estado estacionado en reserva cuando lo necesitaron, muy probablemente porque ya había sido arrastrado hacia el ataque.

Tácticamente, el ejército romano se encontraba en una situación desesperada y, al final, sus fuerzas se dispersaron y huyeron. Los godos los persiguieron con entusiasmo y, como era habitual en las batallas de ese periodo, el bando perdedor sufrió graves pérdidas humanas. Aproximadamente dos tercios de los soldados fueron abatidos, junto con no menos de treinta y cinco tribunos -algunos estaban al mando de un regimiento y otros, sin mando de tropas, pertenecían al Estado Mayor imperial- y otros dos oficiales de alto rango. Valente también pasó a engrosar la lista de los fallecidos y -exactamente igual que Decio más de un siglo antes- su cadáver nunca fue encontrado. Empezó a circular la historia de que él y los miembros de su comitiva se habían escondido en una granja y que, cuando los godos trataron en vano de entrar en ella, le prendieron fuego al edificio, matando a todos excepto a uno de sus asistentes, que les dijo lo cerca que habían

estado de hacer prisionero a un emperador.<sup>24</sup>

No sabemos cuál era el tamaño del ejército de Valente en Adrianópolis, por lo que no podemos calcular las pérdidas totales. La mayoría de los cálculos modernos sitúan a los ejércitos romano y godo en torno a la cifra de los quince mil, de modo que se cree que murieron unos diez mil soldados romanos. Una vez más, las cifras son plausibles, pero están enteramente basadas en conjeturas. No sabemos cuántos de los tribunos que murieron estaban al mando de una unidad, pero, puesto que desconocemos las dimensiones de esos regimientos, y no digamos si estaban presentes íntegramente o sólo como destacamentos, eso tampoco nos diría nada definitivo. Tampoco sabemos cuántos tribunos de los que estaban al mando de una unidad sobrevivieron a la batalla. Es evidente que Valente tenía plena confianza en que su ejército podía hacer frente a un contingente de diez mil godos, que presumiblemente eran todos guerreros, aunque Amiano no lo especifica. De nuevo, sólo nos queda tratar de adivinar si eso significaba que estaban en igualdad de condiciones o que poseían una ventaja numérica. Se cree que Juliano había derrotado a un ejército de alamanes casi tres veces mayor que su propia fuerza en Estrasburgo.<sup>25</sup>

Adrianópolis supuso un desastre terrible. Fuera cual fuese la cifra exacta, el punto crítico fue que la mayor parte de los soldados que el emperador de la zona oriental tenía a su inmediata disposición para las operaciones de guerra habían sido asesinados. Amiano comparó la derrota con la de Cannas en 216



a.C., en la que Aníbal había acabado con unos cincuenta mil soldados romanos y capturado a veinte mil más. La cifra de Adrianópolis era mucho más pequeña, pero fue la peor derrota a manos de un enemigo extranjero desde el siglo III. La suerte desempeñó un papel considerable, pero Valente había pecado de exceso de confianza al enfrentarse al enemigo, a continuación se había mostrado indeciso, considerando la negociación en el último momento y, por último, había fracasado estrepitosamente a la hora de controlar el ataque en sí.

Los godos obtuvieron una gran victoria, pero a largo plazo no dio lugar a ninguna mejora en su situación, porque lo que necesitaban realmente era negociar con un emperador, no matarlo. A continuación, atacaron Adrianópolis, con la esperanza de hacerse con las provisiones, así como con el tesoro imperial. Valente había dejado atrás suficientes tropas como para repeler cualquier ataque y los soldados también frustraron un intento de traicionar la ciudad protagonizado por algunos renegados del ejército. Tras esos vanos intentos, Fritigerno y sus guerreros siguieron avanzando para atacar la propia Constantinopla. Se le habían unido más bandas de guerreros, incluyendo grupos de alanos y hunos. Aun así, su ejército se sintió intimidado ante el tamaño de la ciudad, que ya era más grande que ningún otro lugar excepto Roma, Antioquía y Alejandría. Igualmente terroríficas eran las agresivas arremetidas de las unidades de caballería sarracena. Amiano dice que uno de esos jinetes se adentró en la batalla cabalgando medio desnudo y, tras degollar a un godo, pareció beberse su sangre. Comprensiblemente impresionados, Fritigerno y sus hombres regresaron a su práctica de mantener la paz con las murallas. Los godos habían cooperado para participar en la batalla -aunque es más que probable que varias bandas estuvieran ausentes- pero mantuvieron su división en muchos grupos con diferentes jefes. Debido a esa división y a los típicos problemas de suministro, pronto se separaron en numerosas partidas que rondaban a través de la región en busca de alimentos y botín.<sup>26</sup>

El miedo se propagó a toda velocidad cuando la noticia del desastre de Adrianópolis llegó a las demás provincias. En una serie de masacres especialmente despiadadas, los godos de varias bandas, a lo largo y ancho del Imperio, fueron desarmados y asesinados por las autoridades para evitar que también pudieran rebelarse. Durante un tiempo, Graciano fue el emperador efectivo del mundo entero, ya que su hermano menor seguía siendo demasiado joven para hacer valer su propio poder. Unos cuantos meses después -probablemente a principios de 379-, reconoció como augusto de las provincias orientales a un *magister militum* recién nombrado que se llamaba Teodosio. El padre de

Teodosio, que tenía su mismo nombre, procedía de Hispania y había tenido una distinguida carrera militar bajo Valentiniano, con victorias en Britania y Africa. Fue el hombre que denunció las fechorías de Romano. Sin embargo, en el año 375 Teodosio padre había sido condenado por el emperador y había sido ejecutado. Puede que se tratara de una venganza postuma por parte de algunos asociados del desacreditado Romano o simplemente el resultado de las habituales murmuraciones de la corte y de la paranoia del emperador. El hijo fue expulsado del servicio, pero bien puede ser que, cuando tuvo lugar la batalla de Adrianópolis, ya hubiera sido llamado nuevamente para reincorporarse. Poco después, se le concedió el mando de unas tropas y obtuvo una victoria menor en el Danubio. Probablemente, contaba con el respaldo de figuras importantes en la corte oriental. Fuera o no una elección de Graciano, ambos hombres demostraron que eran capaces de trabajar juntos.<sup>27</sup>

La primera tarea era reconstruir el ejército. Teodosio no tenía el talento de su padre como soldado, pero sin duda era un excelente organizador. Se reclutaron hombres por los métodos más diversos y se aprobó una serie de estrictas leyes contra los prófugos, la automutilación para evitar el servicio y la desertión. El tamaño del ejército creció, pero muchos de los nuevos reclutas no estaban todavía

adecuadamente entrenados y la confianza del resto estaba de capa caída. Los romanos prosiguieron su estrategia previa de hostigar a los grupos individuales de godos, bloqueando sus movimientos y privándoles de alimento. Hubo un ataque más directo que terminó en fracaso cuando una columna liderada por Teodosio fue duramente vapuleada.<sup>28</sup>

A lo largo de los siguientes años, los romanos fueron desgastando poco a poco la resistencia de los godos mediante emboscadas y ataques sorpresa. Se rindieron varios grupos y Graciano permitió a algunos que se asentaran en Italia. No conocemos los detalles de estas campañas, ya que, lamentablemente, el relato de Amiano se detiene unos cuantos meses después de Adrianópolis y no hay ninguna narración histórica comparable a la suya hasta el siglo VI. Al final, todos los godos que permanecieron en el Imperio capitularon en 382. Fritigerno no es mencionado, y bien puede ser que ya hubiera fallecido, de muerte natural, o bien asesinado como parte del acuerdo. Los godos consiguieron mucho de lo que originalmente habían solicitado: se les permitió asentarse en tierras tracias o en las zonas fronterizas adyacentes que se extendían a lo largo del Danubio. Los precisos detalles del tratado son objeto de un acalorado debate que no concierne a este texto. Se puede afirmar que su feroz resistencia consiguió que las condiciones de que disfrutaron para asentarse fueran mucho más generosas de lo habitual. Sus propios caudillos parecen haber conservado considerable autoridad y puede que, en la práctica si no en teoría, disfrutaran de un cierto grado de autonomía local.<sup>29</sup>

No hay nada sorprendente en la derrota de los godos, porque, sencillamente, no podían competir contra los recursos y la organización del Imperio. Lo que asombra es que los romanos tardaran seis años en obligarles a rendirse, y que incluso entonces la victoria romana no fuera tan completa como habrían esperado. Ése es un grave problema para aquellos que hacen hincapié en la fortaleza y eficiencia del Imperio a finales del siglo IV. Parece que el ejército, cuyo tamaño y eficiencia supuestamente había aumentado, en la práctica tuvo grandes dificultades para reunir un número suficiente de hombres para enfrentarse a las tribus emigrantes. No obstante, ni mucho menos era un problema nuevo ni tampoco un problema de escala masiva. En las batallas principales de esas campañas, los romanos sufrieron tres claras derrotas -la de Adrianópolis fue catastrófica, pero también las derrotas bajo el mando de Lucipino y Teodosio, aunque de menor escala, fueron bastante desastrosas- y como mucho se puede decir que consiguieron unas tablas muy reñidas en Ad Salices. Desde luego, no es un récord muy impresionante y confirma nuevamente la sensación de que en ese periodo el ejército funcionaba mejor en operaciones de menor escala, cuando utilizaban la sorpresa, la velocidad y la emboscada en vez de la fuerza directa. El Imperio seguía disponiendo de enormes recursos, pero, al parecer, resultaba realmente difícil aplicarlos para solucionar los problemas. Es evidente que existía una escasez de personal militar inmediatamente disponible y con espíritu bélico (los tervingos fueron admitidos específicamente para ayudar a satisfacer esa necesidad). En esos seis años de guerra, el Imperio romano ganó, no porque fuera eficiente, sino, sencillamente, porque era grande. En 386 otro grupo de godos que intentaba cruzar el Danubio fue bloqueado con eficacia por un ejército romano. Es más que probable que el mejor curso de acción en el año 376 hubiera sido negarles la entrada, ya que las autoridades demostraron ser incapaces de ocuparse de los emigrantes. A pesar de que algunos godos habrían penetrado en territorio romano por la fuerza, es poco probable que hubieran causado tantos daños y agitación.<sup>30</sup>

\* \* \*

Sólo un año después de que se firmara el tratado con los godos, volvió a plantearse un problema familiar. El comandante local Magno Máximo fue proclamado emperador por las tropas de Britania. Era otro hispano, alguien a quien Teodosio probablemente conocía, o quizá incluso un familiar suyo.

Graciano se negó a reconocer al usurpador y, cuando Máximo cruzó el Canal y entró en la Galia, reunió un ejército para enfrentarse a él. Hubo algunas escaramuzas cerca de París, pero, tras varios días de refriegas, el ejército de Graciano desertó en masa y se unió a su oponente. Graciano huyó, pero fue atrapado en Lugdunum (la actual Lyon, en Francia) y ejecutado. Era obvio que se trataba de un golpe de Estado bien orquestado y Máximo se había asegurado de contar con el respaldo de muchos oficiales y funcionarios de alto rango de la corte. Algunos miembros importantes de la corte fueron ejecutados, pero la mayoría cambió de bando. Queda menos claro por qué Graciano había perdido su apoyo. Su expediente militar era bastante bueno, pero fue acusado de otorgar excesivo favor a un regimiento específico de la caballería alana, y de haber empezado a permitirse demasiados placeres en vez de dedicarse a trabajar.<sup>31</sup>

Máximo controlaba las provincias europeas al norte de los Alpes y es evidente que confiaba en ser reconocido como colega por Teodosio. Invitó a Valentiniano II, que entonces tenía sólo doce años, a dejar Milán y a unirse a él en la corte de Tréveris, para que pudieran gobernar «como padre e hijo». Varios retrasos en las negociaciones, que habían sido provocados con gran habilidad, dieron tiempo a las tropas leales al joven emperador a asegurar los puertos alpinos. Máximo seguía esperando que se produjera una reconciliación y en aquel momento no hizo ningún intento de utilizar la fuerza. De momento, Teodosio reconoció al usurpador y su nombre apareció en los documentos oficiales. También elevó a su hijo Arcadio -que no tenía más de cinco o seis años- al rango de augusto. Sin embargo, unos cuantos años más tarde, Máximo lanzó un ataque repentino sobre Italia y para 388 ya había llegado a Milán y tenía bajo control los territorios de Valentiniano II, que, junto con la mayor parte de su corte, logró escapar y reunirse con Teodosio.<sup>32</sup>

La extensión de las ambiciones de Máximo marcó una ruptura permanente con el emperador oriental. La madre de Valentiniano, Justina, era una mujer formidable y era obvio que ejercía considerable influencia en las decisiones de su hijo. Se dice que en aquel momento explotó la belleza de la hermana del muchacho para fascinar a Teodosio. Ambos se casaron poco después y, supuestamente, el precio de la novia fue la promesa de recuperar el territorio perdido ante Máximo. Con independencia de las razones precisas, en el verano de 388 una veloz fuerza expedicionaria capturó al usurpador occidental en Aquilea. Máximo fue despojado de los ropajes imperiales y decapitado. Se produjeron algunos enfrentamientos contra fuerzas que permanecieron leales a su familia antes de que toda la zona occidental fuera recuperada.<sup>33</sup>

Oficialmente, el Imperio contaba ahora con tres augustos -Teodosio, Valentiniano II y Arcadio- aunque resultaba obvio que el poder real residía en el propio Teodosio, mientras que Valentiniano seguía siendo poco más que un cero a la izquierda. Después de que su madre muriera, el poder real quedó en manos de algunos oficiales de alto rango elegidos por Teodosio, entre los que destacaba Arbogasto. Como muchos oficiales superiores del ejército, era de ascendencia bárbara, en su caso, franca. Con el paso del tiempo, empezó a despreciar más y más al augusto al que se suponía que debía servir, llegando a asumir el cargo de *magister militum* sin molestarse en consultar a Valentiniano. Cuando el emperador lo expulsó de su puesto, Arbogasto le dijo a la cara, con calma, que no tenía autoridad para hacerlo. Valentiniano II, con sus veintiún años, era una figura patética, y el 15 de mayo de 392 fue encontrado muerto en su dormitorio. Es posible que se tratara de un suicidio.

Es evidente que Arbogasto creía que su ascendencia le impediría convertirse en emperador, por lo que nombró augusto a un tal Flavio Eugenio. Éste había sido profesor de gramática y retórica y su apreciada educación literaria le había servido para obtener un puesto en la corte de Valentiniano.

Desde el principio quedó claro que no era más que una figura decorativa. Eugenio, que, al menos nominalmente, era cristiano -a diferencia de Arbogasto, que era abiertamente pagano-, empezó a cultivar el apoyo de los paganos y seguramente incrementó sus actividades conciliatorias cuando Teodosio nombró a su hijo menor, Honorio, a principios de 393, dejando claro que no aceptaría al usurpador. La guerra civil que se desató a continuación fue nuevamente decidida cerca de Aquilea. En septiembre de 394 los dos ejércitos se encontraron junto al río Frígido. Después de dos días de duro combate, en el que se produjeron numerosas víctimas, el ejército de Teodosio se hizo con el triunfo. Eugenio fue capturado cuando las tropas de Teodosio irrumpieron en su campamento y, de inmediato, fue ejecutado. Arbogasto se suicidó antes de que pudieran apresararlo.<sup>34</sup>

Un importante contingente del ejército de Teodosio estaba formado por guerreros godos procedentes de los pueblos que se habían asentado en territorio romano en 382. El primer día de la lucha, fueron ellos quienes se llevaron la peor parte en la batalla y los que sufrieron más bajas, lo que haría a algunos romanos proclamar que su triunfo era así una doble victoria para el Imperio. En Adrianópolis los godos habían asesinado a Valente, aunque probablemente más por accidente que de forma deliberada. Nunca habían tenido verdaderas posibilidades de infligir una derrota permanente al Imperio y Teodosio había conseguido ir debilitándolos a lo largo de los siguientes años. Sin embargo, en última instancia representaban una valiosa fuente de reclutas para el ejército. Por esa razón, principalmente, los habían admitido en su territorio y por eso probablemente los romanos habrían preferido no destruirlos, aunque hubieran podido hacerlo. Sólo una década más tarde, sus guerreros supusieron un importante refuerzo para el ejército de Teodosio e incluso es posible que su presencia marcara la ventaja decisiva sobre Eugenio. Las incursiones de los bárbaros eran dañinas, pero eran siempre los enemigos internos los que amenazaban el reinado de un emperador y su propia vida.<sup>35</sup>

## XIV

### EL ESTE Y EL OESTE

*Cesaron entonces los ritos sacri ficales y, asimismo, quedaron descuidadas cuantas otras cosas concernían a las tradiciones patrias, con lo que el Imperio romano, progresivamente disminuido, llegó a convertirse en morada de bárbaros e incluso, al fin, tras perder sus habitantes se vio reducido a tal estado que ni los lugares en que estuvieron las ciudades podrían reconocerse.*

Zósimo, siglo V.<sup>1</sup>

Teodosio cayó enfermo y murió en enero del año 395, sólo unos pocos meses después de la victoria obtenida por su ejército junto al río Frígido. Las derrotas de Eugenio y Máximo fueron los dos principales logros militares de su reinado. Como Constancio antes de él, Teodosio era mejor combatiendo contra otros romanos que contra enemigos extranjeros. Tras sus primeras campañas contra los godos, que se resolvieron con al menos una derrota importante, pasó poco tiempo con el ejército y prefirió permanecer en una de sus capitales, tal vez porque reconocía su limitado talento como soldado y quizá también para que no le asociaran tan directamente con los fallos que pudieran cometerse bajo su mando. En 395 sus hijos todavía eran pequeños -Arcadio tenía unos dieciocho años

y Honorio sólo diez-, pero tampoco cuando fueron haciéndose mayores mostraron ninguna inclinación a dirigir sus ejércitos en persona. Tal sería el modelo que se establecería en el futuro. A diferencia de lo sucedido en los siglos III y IV, en el siglo V sería muy raro que un emperador participara personalmente en las campañas bélicas.

Éste no fue el único cambio. Por lo general, los estudiosos consideran que Teodosio fue el último hombre que gobernó todo el Imperio. Es cierto que tuvo varios colegas -Graciano, Valentiniano II y, más tarde, sus propios hijos- y que, durante sustanciales periodos, diversos usurpadores controlaron las provincias occidentales, pero durante buena parte de su reinado él dominaba con claridad, aunque no fuera soberano único. Y lo que es más importante, después de 395, las mitades occidental y oriental del Imperio nunca volvieron a reunificarse bajo el mismo mando. A un ritmo lento y seguro, la división entre ambas se fue convirtiendo en un hecho permanente. Los individuos no eran transferidos del ejército o la administración de una de las dos mitades a la otra. Seguía existiendo un vínculo, pero era un vínculo flexible que tenía que ver más que nada con la historia, la ideología y la cultura compartidas. Ambas mitades del Imperio poseían las mismas leyes y el mismo sistema legal, aunque con el tiempo empezaron a surgir diferencias. La cooperación entre los emperadores era relativamente rara y no siempre efectiva. Por otro lado, sólo se producía un conflicto directo cuando uno de ellos respaldaba la reivindicación de un emperador «legítimo» frente a un usurpador. Nunca hubo ninguna tentativa de reconquistar todo el Imperio por la fuerza. Ni tampoco las dos mitades del Imperio competían entre sí de ningún modo equivalente a como lo hacen los actuales estados independientes. En ocasiones eran rivales, pero su rivalidad se limitaba a objetivos parciales, pugnaban por la influencia más que por el control.<sup>2</sup>

Las raíces de la división se remontaban al siglo III (realmente lo peor que podría haber sucedido en la «gran crisis» de esa época era que el Imperio se hubiera fragmentado en dos o tres imperios «romanos» antes de cuando finalmente ocurrió). Nunca se puso en duda la persistencia del Imperio con una forma u otra. Bajo la tetrarquía, los cuatro emperadores se repartieron las provincias entre ellos, pero por lo general cooperaron bajo la enérgica guía de Diocleciano. Sólo Constantino fue capaz de repetir este tipo de dominio en los últimos años de su reinado cuando gobernó con sus hijos. Durante el resto del siglo IV, normalmente había dos o más emperadores controlando grupos bien diferenciados de provincias. En ocasiones colaboraban y se apoyaban mutuamente. Con más frecuencia, su comportamiento demostraba que la suerte de sus colegas imperiales les era indiferente, como cuando Constancio observaba cómo se enfrentaban sus hermanos o Valentiniano decidió no ayudar a Valente frente a Procopio. El conflicto directo no era raro.

La división permanente del Imperio en 395 no surgió a resultas de una decisión consciente. En aquel momento, seguramente nadie pensara que existía alguna diferencia entre esa separación y los anteriores acuerdos adoptados para repartirse las provincias entre los colegas imperiales. La división era, de hecho, la misma que se estableció entre Valentiniano y su hermano Valente. Sólo los acontecimientos que tuvieron lugar a continuación -en particular una sucesión de emperadores débiles y generalmente jóvenes dominados por poderosos cortesanos- hicieron que esa separación se mantuviera. No apareció ningún emperador del temple de Aureliano, Diocleciano o Constantino, con la capacidad y el deseo de poner en tela de juicio esa situación. En poco más de ochenta años -una vida humana muy larga, pero que quizá sea mejor contemplar como dos o tres generaciones- la línea continua que habían trazado los emperadores occidentales se cortó definitivamente.

Ya desde la segunda mitad del siglo III podría haberse producido una división permanente en el

Imperio. El momento y la manera exactos fueron los que fueron, más bien por una cuestión de azar. El omnipresente temor al magnicidio y a la guerra civil habían cambiado profundamente la forma de gobernar de los emperadores. Nadie se sentía lo bastante a salvo como para delegar en sus subordinados tanto poder como el que habían disfrutado los legados senatoriales en los siglos I y II. Las provincias eran más pequeñas, pero mucho más numerosas. Los representantes del emperador también se habían multiplicado de forma espectacular, aunque individualmente tendían a tener mucho menos poder y formaban parte de una inmensa, compleja y a menudo contradictoria burocracia. Los emperadores tenían más ocupaciones que atender en persona, y evidentemente no podían estar en dos sitios al mismo tiempo. Necesitaban como mínimo un colega, y, a largo plazo, siempre resultaba difícil que dos o más emperadores convivieran en armonía, aun cuando fueran familia. Y más importante, el lento ritmo al que discurrían los viajes y las comunicaciones implicaba que era poco práctico que los emperadores se consultaran entre sí a menos que estuvieran físicamente próximos los unos de los otros, lo que mermaba bastante la utilidad de tener más de un emperador. Inevitablemente, existía la tendencia a que cada emperador trabajara por su cuenta, centrándose en los problemas inmediatos más que en los que afectaban a las partes más distantes del Imperio. El instinto de conservación reforzaba esa tendencia. Descuidar los problemas locales era una buena forma de fomentar la usurpación.

La misión del aparato burocrático creado en los siglos III y IV había sido hacer que los emperadores estuvieran más seguros y otorgarles un control mayor. Se ocupaba de supervisar el complejo sistema fiscal, que se suponía que canalizaría los recursos del Imperio hacia los proyectos imperiales y, lo más importante, financiaba, alimentaba, equipaba y proporcionaba la mano de obra que conformaba el ejército. Sin un ejército efectivo, los emperadores no podían obtener victorias contra enemigos extranjeros, como se esperaba de ellos, y no digamos defenderse contra los usurpadores. La burocracia también creaba puestos con los que recompensar a sus seguidores. Los hombres que se incorporaban a la administración pública ganaban un salario -modesto en muchos puestos de baja jerarquía, pero que era complementado con sobornos y chanchullos semioficiales-, al que se unían los privilegios legales y las exenciones del pago de impuestos o del servicio militar. Además, pasaban a formar parte de un sistema en el que su carrera, en última instancia, dependía del favor imperial. Eran hombres del emperador tanto como los soldados que se habían alistado en el ejército.

Los funcionarios poseían poder delegado. Los departamentos y los cargos y puestos específicos también eran permanentes, aun cuando los individuos que los ocupaban no lo fuesen. Los funcionarios que trabajaban en los niveles superiores tenían un contacto regular con el emperador y, en consecuencia, bastantes posibilidades de llegar a tener influencia sobre sus decisiones. En todos los niveles, constituían el canal principal, y a veces el único, a través del cual podía pasar la información para los emperadores. Desde el comienzo del Principado, cualquiera que tuviera acceso al emperador -en especial una interacción cotidiana, personal- se encontraba en una posición privilegiada. Más de un emperador significaba más de una corte. La corte imperial, como el sistema burocrático en general, también había ido adoptando poco a poco una forma permanente, institucional. Juntos, las cortes y la administración pública, con sus respectivos empleados, proporcionaban un fuerte grado de continuidad, con independencia de quiénes fueran los emperadores que reinaran en cada momento. También se mostraban extremadamente reacios a renunciar a su poder e influencia.

Tras la muerte de Constantino, el Imperio sólo se mantuvo unido bajo el mando de un solo hombre por poco tiempo: durante cortos periodos bajo Constancio, unos cuantos años bajo Juliano y Joviano, y por fin, en los últimos años del reinado de Teodosio. Normalmente había dos emperadores en activo y, por

tanto, dos cortes y administraciones imperiales. La mayor parte del tiempo las provincias occidentales y las orientales eran regidas por gobiernos distintos. Las dos burocracias se habían separado y habían desarrollado hasta cierto punto sus propias órdenes del día. Su principal prioridad era sobrevivir y conservar o incluso aumentar su propio poder. Individualmente, los funcionarios aspiraban a ascender a los puestos más importantes y acumular tanta riqueza e influencia sobre los demás como les fuera posible. Los oficiales superiores del ejército de cada región tenían ambiciones similares. Para existir y tener poder, necesitaban a su propio emperador. Habría sido necesario un emperador muy fuerte, de larga vida y absolutamente seguro de sí mismo, para invertir esta tendencia hacia la separación. Pocos hombres así consiguieron tener el poder en los siglos III o IV y ninguno de ellos lo conseguiría en el siglo V, sino que durante buena parte del tiempo se trató de emperadores niños, absolutamente dominados por figuras de poder en la corte o -especialmente en Occidente- por su general de más graduación.

Durante algún tiempo los emperadores se convirtieron en figuras decorativas. Eran menos activos y dejaron de viajar. Desde la tetrarquía, los emperadores habían utilizado varias capitales, elegidas con el fin de estar cerca del escenario que consideraran prioritario en el momento en cuestión. Ahora, la corte se volvió estática y permaneció en una única capital casi todo el tiempo. En Oriente la capital era Constantinopla. En Occidente primero Milán y más tarde Rávena. En todos los casos, la corte imperial se situaba en una localización que se considerara segura: en el siglo V los emperadores no iban a la guerra.

## EL IMPERIO DIVIDIDO: EL MUNDO A FINALES DEL SIGLO IV

La división del Imperio en 395 reflejaba en buena medida la división entre las provincias occidentales, que hablaban latín, y las orientales, que hablaban griego. Había numerosas diferencias regionales de lengua y cultura entre ambas regiones, lo que sin duda dio cohesión a los dos imperios que surgieron. En el este, el latín siguió siendo el idioma de la ley y algunas áreas gubernamentales hasta bien entrado el siglo VI, y se esperaba que los miembros de la administración que se unían a los departamentos relevantes lo dominaran. Con el tiempo, esa habilidad fue siendo cada vez menos común y llegó un momento en que dejó de exigirse ese requisito. Muchos términos latinos legales o militares sobrevivieron transliterados al griego.<sup>3</sup>

Unido, el Imperio era muchísimo más grande, más populoso y más rico que ninguno de sus vecinos. Al estar dividido en dos, la diferencia era menos marcada en comparación con Persia, pero seguía siendo enorme en relación con todos los demás. El resto del mundo seguía siendo una serie de infinidad de tribus y de pueblos distintos, que solían ser hostiles entre sí y, con frecuencia, estaban divididos a su vez por disputas internas entre líderes rivales. A lo largo de la mayor parte de sus fronteras, los romanos no se enfrentaban a amenazas concertadas, organizadas y a gran escala, sino a los familiares problemas que causaban las razias. Durante el siglo IV, amplias secciones de las fronteras del Pan y del Danubio habían sido percibidas como débiles, lo que alentó ataques más grandes y más frecuentes por parte de bandas de saqueadores. En ocasiones, la ferocidad y el poder de la respuesta romana lograron intimidar a las tribus en un área durante un breve periodo de tiempo. Nunca se trataba de algo permanente, porque el ejército era incapaz de mantener una presencia suficientemente poderosa y eficaz en todas partes en todo momento. Demasiado a menudo las tropas eran retiradas para luchar en otra parte, ya fuera contra enemigos extranjeros o romanos. Tampoco era inusual que uno de los emperadores urgiera a las tribus derrotadas a atacar de nuevo las provincias

para ayudarlo en su guerra contra otro emperador.

Persia siempre había sido diferente. Era más grande, más rica y más sofisticada, y además estaba más unida políticamente y disponía de ejércitos más numerosos y eficaces. El tratado de Joviano había cedido zonas fronterizas de importancia estratégica a Sapor II, además de declarar treinta años de paz, pues los tratados que estipulaban un número concreto de años de paz tenían una larga tradición en el mundo griego. Por el contrario, los tratados con plazos concretos nunca habían sido demasiado habituales en la historia romana, sobre todo por la tendencia romana a seguir luchando hasta obtener una victoria total. En este caso, el tratado fue quebrantado muy pronto. Quizá desde el principio ambos bandos interpretaron las cláusulas de forma distinta, o tal vez las actitudes cambiaran después (sobre todo las de Valente y Teodosio, que no estaban en una posición tan precaria como lo estaba Joviano cuando se negoció la paz). La disputa se centró sobre todo en Armenia y en regiones vecinas, como Iberia. Sapor creía que se le había otorgado el derecho exclusivo para intervenir en los asuntos armenios. Los romanos se oponían a esa exclusividad y, aunque ninguno de los dos bandos lanzó una invasión a gran escala del territorio del otro, se entablaron algunos combates de envergadura.

Sapor obligó al rey Arsaces de Armenia a abandonar el trono y lo sustituyó por su propio elegido. Como respuesta, los romanos expulsaron a ese rey y colocaron en su lugar a Pap, el hijo de Arsaces. Sapor asoló Armenia con su ejército y luego inició tentativas de conciliación diplomática para persuadir a Pap de que se uniera a él. Cuando lo supo, el comandante romano invitó a Pap a cenar -el clásico entorno para la diplomacia y la traición del Imperio romano- y lo asesinó. La intensidad del enfrentamiento disminuyó en parte cuando el anciano rey Sapor II murió en 379, después de haber reinado durante unos setenta años. Persia tuvo hasta tres reyes en la siguiente década, debido a que los miembros rivales de las familias pugnaban entre sí por hacerse con el poder. También los romanos tenían sus propios problemas, lo que llevó a ambas potencias a acordar repartirse Armenia en 387 (o quizá 384, porque hay ciertas dudas sobre la fecha). Persia se quedó con la mayor parte y Roma con aproximadamente un quinto del territorio. En todos los casos, las regiones continuaron estando gobernadas por los sátrapas locales y conservaron considerable autonomía local.<sup>4</sup>

En 421 se produjo un breve conflicto entre el Imperio de Oriente y los persas, cuando los romanos intentaron en vano recuperar Nisibis, la gran ciudad fronteriza cedida en el tratado de Joviano. Aparte de ese enfrentamiento, no hubo ninguna guerra importante a lo largo del siglo V. La paz no era del todo perfecta: ambos bandos mantuvieron sus fortalezas dotadas de suficiente personal y provisiones, unas enfrente de las otras, a lo largo de la frontera. Las tribus aliadas de las grandes potencias lanzaron asimismo alguna razia esporádica que, en ocasiones, contó con su tácito respaldo. A pesar de que pasó bastante tiempo hasta que las declaraciones y la propaganda imperiales lo reflejaran, la actitud romana hacia Persia había cambiado de modo significativo. Por lo visto, los antiguos sueños de imitar a Alejandro para conquistar a los persas y asimilarlos al Imperio habían desaparecido con Juliano. Por el contrario, y al principio de mala gana, los romanos empezaron a hablar y a pensar en Persia como algo cercano a un igual.

Era un juicio realista. Las fronteras entre las dos potencias estaban ahora fuertemente defendidas y fortificadas, lo que dificultaba las invasiones de envergadura. El poder romano también era más débil que en el pasado y, después de 395, la mitad oriental del Imperio por sí sola distaba mucho de poder someter y tomar Ctesifonte a la manera de los anteriores ejércitos romanos. Por su parte, a los persas les costaría mucho más emprender incursiones que se adentraran tanto en las provincias romanas como las del siglo III. Lo que es igualmente importante, sus reyes no tenían la necesidad política de



asegurar su permanencia en el trono mediante esas espectaculares expediciones. Desde las campañas de Galerio, las ambiciones persas se habían centrado casi exclusivamente en recuperar las tierras que habían perdido, y en restablecer una frontera que, en su opinión, era más fuerte a la vez que más correcta. En los tratados con Joviano y Teodosio, de hecho, alcanzaron su objetivo.

Durante generaciones, ambos bandos se sintieron satisfechos con el equilibrio de poder y fueron lo bastante realistas como para comprender que no podían cambiarlo. Además, las dos potencias solían tener suficientes problemas que solucionar en otros frentes.<sup>5</sup>

En otras fronteras proseguía la perpetua pugna por el dominio. Los romanos confiaban en su habitual mezcla de fuerza y diplomacia, que incluía el pago de subvenciones (o sobornos, o tributos, dependiendo de la perspectiva que se prefiera adoptar) a los líderes de las tribus para mantener la paz. En aquel momento existían patrones bien establecidos de cómo educar a los hijos de los reyes y caudillos bárbaros para, a continuación, ayudarles a instalarse en el poder dentro de sus tribus con la esperanza de que resultaran aliados leales. No siempre funcionaba. Algunos se negaban a ser controlados, mientras que otros eran expulsados por sus rivales. Con frecuencia, ese tipo de líderes - que posiblemente llevaban consigo a los guerreros de su propio séquito- eran incorporados al ejército romano como oficiales de rango superior. El rey Vadomario de los alamanes luchó contra Constancio, pero con el tiempo firmó la paz con los romanos y más tarde fue empleado por el emperador para atacar a Juliano en la guerra civil. Juliano lo apresó -de nuevo, el método fue atraparlo en un banquete organizado por un oficial romano- y posteriormente fue uno de los comandantes de rango superior de Valente durante el enfrentamiento con los persas. Su hijo también fue nombrado rey entre las tribus, pero fue asesinado por orden de Graciano después de que su lealtad quedara bajo sospecha.<sup>6</sup>

La vida era peligrosa para las tribus que vivían cerca de cualquiera de los dos imperios romanos. Sin embargo, nunca fueron simples víctimas pasivas de un vecino más poderoso: las razias continuaron siendo un problema cada vez que las defensas fronterizas eran consideradas vulnerables, aunque, en general, se realizaban en distancias bastante cortas, y los efectos se restringían a ciertas regiones vulnerables. Además de las razias, en ocasiones las tribus trataban de emigrar y asentarse dentro del Imperio. Parece que tales intentos se hicieron más frecuentes al final del siglo IV, sobre todo como consecuencia directa o indirecta del creciente y agresivo poder de los hunos. Las razias y la emigración eran una seria preocupación para las autoridades romanas, aunque lo más habitual era que la interacción fuera pacífica: el comercio en ambas direcciones a través de las fronteras continuó, en especial en periodos de relativa paz y estabilidad. Muchos de los bárbaros que penetraron en el Imperio lo hicieron para alistarse como voluntarios en el ejército romano, que estaba deseoso de contratar sus servicios.

Cualquier reflexión sobre la escala del comercio y la economía en general a finales del siglo IV está sometida a la habitual ausencia de estadísticas significativas. Es indudable que algunos bienes siguieron transportándose a lo largo de distancias considerables. El comercio con Extremo Oriente se restableció hasta cierto punto a final del siglo IV y en el siglo V. En India, la actividad se desplazó en buena medida a los puertos de lo que actualmente es Sri Lanka. Sin embargo, hay indicios de que la competencia por parte de mercaderes persas y de otras procedencias se incrementó, aunque gran parte de los productos acabó llegando al Imperio. Al parecer, a partir de principios del siglo IV, el puerto de Aila (la actual Aqaba) se convirtió en un bullicioso centro comercial cuando un destacamento de la legión X Fretensis fue trasladado allí desde su antigua base, localizada en Jerusalén. Importantes cantidades de incienso eran transportadas por esa ruta. A pesar de que a finales del siglo IV es posible

que se produjera un breve descenso en la demanda de incienso a resultas de la prohibición de celebrar rituales paganos, poco tiempo después los cristianos empezaron a adoptarlo para sus propias ceremonias. En 408 o 409 las autoridades romanas y persas actuaron de forma conjunta para regular el comercio transfronterizo, tratando de garantizar que ambos estados lo controlaran y que no se realizaran intercambios comerciales fuera de los lugares designados para ese fin, lo que sugiere que había numerosos mercaderes que deseaban operar de modo independiente y que el comercio entre los romanos y los persas era habitual.<sup>7</sup>

No sólo se transportaban costosos artículos de lujo a través de grandes distancias, sino también productos como grano y vino. La población de la ciudad de Roma había disminuido -tal vez hasta situarse entre tres cuartos y medio millón de personas-, pero seguía requiriendo inmensos cargamentos de África a Sicilia para abastecerse de alimento. En este caso seguía siendo deber de los emperadores asegurarse de que esos envíos se realizaban -fue necesaria una provisión similar para Constantinopla-, es decir, que no confiaban sin más en el funcionamiento autónomo del mercado. No obstante, la cantidad de vestigios de la manufacturación de productos y de la existencia de cultivos agrícolas basta para demostrar que hubo un considerable intercambio comercial. También se introdujeron diversas innovaciones. Un poema de finales del siglo IV menciona unas sierras propulsadas por agua para cortar el mármol que se empleaban en Renania. También en este caso conviene siempre recordar lo distinto que era el Imperio o imperios romanos de los territorios no incluidos en su dominio. La cantidad y variedad de objetos disponibles y en amplia circulación entre muchos niveles de población seguían siendo muy superiores a las existentes en todas las demás tierras no romanas, incluyendo incluso a Persia, aunque la diferencia con ella era menor. La división del Imperio en dos apenas restringió el comercio dentro del área que había pertenecido al antiguo Imperio unido. Los dos imperios romanos juntos seguían representando una enorme unidad comercial y un gran mercado que funcionaba bajo las mismas leyes y con la misma moneda y que, hasta cierto punto, se había estabilizado durante el siglo IV.<sup>8</sup>

Como sucede con la economía, no contamos con estadísticas fiables sobre la población del Imperio ni antes ni después de que se dividiera en dos. Parece que algunas zonas experimentaron un gran auge. Se han descubierto diversos vestigios que indican que la población rural se multiplicó en varias regiones a lo largo de los siguientes siglos, muy especialmente en torno a la gran ciudad de Antioquía, pero también en partes del norte de África y Grecia, y que los habitantes no sólo eran más numerosos sino también más prósperos que en periodos anteriores. No obstante, tenemos que ser muy cautelosos a la hora de extrapolar esa información e inferir condiciones similares en todas las provincias orientales, y no digamos en el resto del mundo romano. Sencillamente, no contamos con suficientes evidencias arqueológicas para permitirnos generalizar sin temor a equivocarnos y siempre corremos el peligro de ver en esos restos aquello que esperamos ver. Sabemos bastante sobre algunos lugares concretos y hemos constatado que la evolución de sus comunidades fue muy diversa: fueron fundadas o abandonadas, y crecieron, menguaron o bien siguieron siendo esencialmente iguales. Tal variedad no es en absoluto exclusiva de este periodo, pero debería convencernos de lo impropio de las generalizaciones. La capacidad del gobierno central para proporcionar tierras a grupos de emigrantes bárbaros sugiere que algunas zonas estaban muy poco pobladas. Sin embargo, en épocas anteriores se habían producido asentamientos similares, de modo que esta necesidad no es en sí misma un síntoma de que existiera un problema nuevo y preocupante.<sup>9</sup>

Es probable que existiera considerable variación entre las distintas regiones. Es obvio que las zonas que fueron escenario de prolongados combates tuvieron que pagar un precio que se tradujo en muertes,

destrucción de granjas y aldeas y la pérdida de cosechas y animales. Con el tiempo y una vez establecida la paz, se recuperarían, pero a corto plazo el impacto del conflicto podía ser verdaderamente terrible. Fuera cual fuese el tamaño de la población total, hay suficientes pruebas que ponen de manifiesto que a las autoridades les resultaba difícil garantizar que hubiera suficientes personas en los lugares adecuados y haciendo lo que debían. La frecuencia con que se redactaban leyes que obligaban a los hijos a dedicarse a la profesión de sus padres sugiere que a menudo se hacía caso omiso de esa ley, que desde luego no lograba cumplir su objetivo de que hubiera bastantes artesanos y otros especialistas. La mano de obra rural era considerada insuficiente y, digámoslo una vez más, era común promulgar legislación para restringir los movimientos de los campesinos y los jornaleros. De igual modo se creía que el número de reclutas que se alistaban en el ejército era, como mucho, el mínimo necesario, hasta el punto de que el deseo de asegurarse más reclutas pudo influir en la política imperial y animar a Valente a admitir a los godos en el Imperio. La escasez de mano de obra era considerada un grave problema. El hecho de que ni la producción agrícola ni el ejército sufrieran un colapso completo demuestra que ninguno de ellos había alcanzado una fase crítica, pero no significa que la inquietud del gobierno no fuera real.

La suerte de las distintas ciudades variaba, asimismo, de región a región, dependiendo de la situación local. Constantinopla creció a ritmo firme y constante y su población llegó a alcanzar los varios miles de habitantes a mediados del siglo IV. Crecería aún más cuando se convirtiera en la residencia permanente de los emperadores orientales en vez de ser sólo una de varias capitales. De Constantino en adelante, la ciudad adquirió un número creciente de grandes y magníficas iglesias, financiadas por los sucesivos emperadores. Se construyeron iglesias en ciudades a todo lo largo y ancho del Imperio, en ocasiones con mecenazgo imperial, pero más a menudo gracias a la generosidad de los aristócratas locales. Erigir una iglesia era uno de los regalos más comunes que se hacían a una comunidad y vino a sustituir la antigua preferencia por la construcción de baños y teatros. La cifra y, en algunos casos, el importante tamaño de las iglesias construidas por todo el Imperio a finales del siglo IV deja claro que al menos parte de los ciudadanos más acaudalados seguían siendo capaces y estaban dispuestos a hacer ostentosos donativos a las ciudades. Con todo, hay constancia de que en algunas comunidades no había suficientes aristócratas locales que fueran lo bastante ricos o estuvieran interesados en servir como magistrados locales. Algunos se unían al clero, ya que los sacerdotes de alto rango y los obispos estaban exentos de los deberes cívicos. Otros obtuvieron exenciones semejantes al incorporarse a la burocracia imperial. En ambos casos había una parte de ellos que sólo quería obtener algún puesto fácil, una sinecura, simbólica, para evitarse cualquier responsabilidad respecto a su comunidad. Las leyes sucesivas trataron de eliminar a ese tipo de hombres y de forzarles a cumplir con sus obligaciones, pero es dudoso que el problema realmente llegara a resolverse alguna vez.<sup>10</sup>

El Imperio del siglo IV poseía considerables recursos. La clave de la importancia del Imperio romano seguía siendo su enorme tamaño en comparación con todos sus competidores. Ningún rival tenía la capacidad de destruirlo pero, pese a la burocracia centralizada de esta era, los romanos tenían claros problemas a la hora de reunir y dirigir sus recursos de dinero, mano de obra y material. Con la inmensa superioridad del Imperio en materia de hombres y riqueza, los romanos no deberían haber tardado seis años en vencer a los godos en Tracia. La división del Imperio en 395 no ayudó en absoluto a mejorar la situación. Hacía mucho tiempo que el ejército y la administración de una zona manifestaban escaso interés por las dificultades que surgían en partes distantes del Imperio. Los problemas locales siempre eran su principal preocupación. Después de 395, esa tendencia no hizo sino acentuarse y, con el tiempo, se convirtió en un hecho reconocido de manera oficial. La división del Imperio implicaba inevitablemente la división de los recursos: sólo en contadas ocasiones los

hombres, el dinero o los materiales de una mitad eran utilizados para asistir a la otra. Desde el principio, es probable que el Imperio de Oriente fuera más rico que el occidental; se enfrentaba a la gran amenaza potencial de Persia, pero al final transcurrieron varias generaciones de convivencia pacífica. El Imperio de Occidente se enfrentaba a los enemigos de las tribus a lo largo de una frontera mucho más extensa y, aunque ninguno de esos enemigos era ni remotamente tan poderoso como Persia, eran numerosos y siempre había bastantes posibilidades de que estallara un conflicto en alguna parte. Desde el principio, las exigencias de esa situación fueron mayores que las del Imperio de Oriente y tuvieron que emplear al máximo sus recursos para hacer frente a su particular problema militar.

## EL IMPERIO CRISTIANO

A finales del siglo IV no había ninguna duda de que el Imperio romano -o los imperios romanos, como pasaron a ser de modo efectivo a partir del año 395- era cristiano. Eugenio fue el último aspirante al poder imperial que apeló explícitamente al respaldo de los paganos. El obispo San Ambrosio de Milán fue informado de que el usurpador se jactaba de que, cuando regresara victorioso, convertiría su catedral en un establo. Es necesario que seamos prudentes a la hora de juzgar los hechos, dado que casi todas nuestras fuentes son cristianas y tienden a celebrar la victoria de Teodosio como el triunfo de la verdadera fe sobre la antigua superstición. Sabemos que el ejército de Teodosio -como el de todos los sucesores de Constantino, aparte de Juliano- había marchado bajo el estandarte del *labarum*, mientras que resulta más difícil decir si las tropas de Eugenio llevaban símbolos de Júpiter. Muy poco después de que finalizara la batalla, empezaron a circular historias que afirmaban que la victoria había sido milagrosa. Se había levantado un viento extremadamente poderoso -un fenómeno bastante común en la región- que soplabla en contra de las tropas del usurpador, despojando de fuerza sus proyectiles y a la vez haciendo más veloces los de su enemigo.<sup>11</sup>

A finales del siglo IV, todavía había un número elevado de paganos, aunque es posible que los cristianos constituyeran ya la clara mayoría de la población. No obstante, los propios cristianos siguieron estando divididos en muchos grupos diferentes. En el norte de Africa, los donatistas seguían siendo fuertes y mantenían toda una organización eclesiástica con obispos y otros líderes análogos a los de la Iglesia católica, apoyada por el Estado. Teodosio se aseguró de que la Iglesia oficial respaldara únicamente el credo y la doctrina aprobados en el concilio de Constantino en Nicea. En el año 380 declaró:

Deseamos que todos los pueblos gobernados por la guía de nuestra clemencia estén versados en esa religión que es evidente que es la que el divino [divino en el sentido de santo. La misma expresión se utilizaba para los propios emperadores] apóstol Pedro entregó a los romanos, y que [...] profesa [...] el papa Dámaso y Pedro, obispo de Alejandría. Ordenamos que las personas que sigan esta norma lleven el nombre de cristianos católicos. El resto, sin embargo, a quienes consideramos dementes y locos, continuarán soportando la infamia de los dogmas heréticos...<sup>12</sup>

Tanto Constancio como Valente se habían mostrado inclinados hacia el arrianismo, rechazando el credo niceno a favor de uno en el que Jesús no era absolutamente idéntico a Dios Padre. Creencias de este tipo eran siempre más populares en la mitad este, de habla griega. Teodosio era un hispano procedente del occidente latino que había sido educado para aceptar la visión nicena de la Trinidad: el

Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son «de la misma sustancia». También era un hombre con gran determinación, que creía que imponer esa visión era lo correcto. En 381 los obispos que defendían las creencias arrianas fueron expulsados de sus puestos en todo el Imperio. Ya no serían considerados obispos y los lugares de reunión de los grupos que no pertenecieran a la ortodoxia católica no serían considerados como iglesias. Se elaboraron listas de aquellos obispos que eran reconocidos como católicos en todas las diócesis del Imperio y, a su vez, éstos se encargaron de otorgar legitimidad a los sacerdotes de inferior jerarquía. Además, varios grupos heréticos fueron declarados ilegales.<sup>13</sup>

La estructura de la Iglesia reflejaba la del Estado. Había obispos en todas las ciudades. Había también obispos rurales, pero desde los primeros tiempos fueron considerados subordinados de sus homólogos urbanos. La diócesis de un obispo estaba definida por las divisiones administrativas del Estado. El obispo de la localidad principal de una diócesis administrativa -el grupo de provincias a cargo de un vicario que, a su vez, estaba al mando de un prefecto del pretorio- era reconocido como superior a los obispos de ciudades menores. Al principio, la importancia del obispo de Roma -que en algunas ocasiones ya era denominado Papa- fue consecuencia de la importancia real y simbólica de esa ciudad. Igualmente, desde el principio los obispos de Alejandría y Antioquía y, con el tiempo, de Cartago ejercían una enorme influencia, porque eran la cabeza de la Iglesia en estas inmensas y prestigiosas comunidades. A medida que fue avanzando el siglo IV, el obispo de Constantinopla se mostró más y más deseoso de unirse a ese grupo de comunidades e incluso de superarlas, lo que provocó que el obispo de Roma recalcara de manera mucho más pública que era el sucesor de Pedro. El Papa seguía siendo una figura importante, aun cuando los emperadores rara vez visitaban su ciudad, pero de momento sólo era uno más en un grupo de obispos de alta jerarquía.<sup>14</sup>

El respaldo imperial de la Iglesia proporcionaba a sus líderes un acceso privilegiado al emperador, algo que siempre había conllevado un aumento de la influencia. Con frecuencia, las ciudades y las provincias recurrían a los obispos para exponer y defender su caso en la corte imperial. Los obispos eran hombres importantes a nivel local. Muchos de ellos venían de las filas de las aristocracias regionales, por lo que tenían bastante en común con los magistrados locales y los hombres de más jerarquía pertenecientes al servicio imperial. También disfrutaban de autoridad para actuar como magistrados en determinados casos. El grado de influencia que un obispo podía llegar a ejercer en la corte, o hasta qué punto llegaba a dominar su ciudad y el área circundante, dependía mucho de su personalidad y sus contactos familiares.

Desde luego, el obispo San Ambrosio de Milán poseía una personalidad formidable. Cuando Justina, la madre de Valentiniano II, quiso proporcionar un lugar de reunión a los arrianos que formaban parte de la guardia personal del emperador -es posible que muchos de ellos fueran godos- en Milán, San Ambrosio protestó tan enérgicamente que logró que Justina se echara atrás. En 388, una sinagoga de Callinicum, junto al Eufrates, así como varios santuarios paganos fueron destruidos por una turba de cristianos. Se culpó a un obispo y a sus monjes, y Teodosio ordenó que debía ser dicho prelado quien pagara la reconstrucción de la sinagoga. A pesar de la ocasional retórica, las comunidades judías se enfrentaban a escasa hostilidad oficial: las sinagogas eran respetadas -muchas se encontraban en lugares prominentes en los centros urbanos- y los rabinos disfrutaban de privilegios legales semejantes a los sacerdotes cristianos. Ante la decisión del emperador, San Ambrosio escribió de inmediato una carta de protesta a Teodosio y continuó condenando al emperador aun después de que modificara su decisión para que toda la comunidad se hiciera cargo de los costes. Al final, Teodosio se retractó por completo.<sup>15</sup>

Más espectacular fue su segunda confrontación. En el año 390 un oficial del ejército fue linchado en Tesalónica por una muchedumbre indignada después de que el militar arrestara a un famoso auriga. Como castigo, Teodosio ordenó a la guarnición que atacara a la multitud congregada en el circo en un día en concreto. No era una manera sutil de gestionar el problema y sugería más bien que las autoridades no lo tenían todo bajo control. Fuera lo que fuese lo que el emperador pretendiera en realidad, el resultado fue una masacre indiscriminada. Se supone que murieron unas siete mil personas, aunque lo más probable es que se trate de una enorme exageración. San Ambrosio escribió a Teodosio diciéndole que boicotearía la ceremonia oficial que tendría lugar cuando el emperador entrara en Milán poco después. Exigió que el emperador hiciera penitencia antes de permitirle recibir el sacramento. Parece que Teodosio ya se había arrepentido de su airada orden y quizá quería desvincularse de sus terribles consecuencias. Por tanto, obedeció a la demanda de San Ambrosio y durante algún tiempo apareció con regularidad sin sus ropajes imperiales, llorando y postrándose en penitencia en la catedral de Milán.<sup>16</sup>

El emperador no tenía control absoluto sobre la Iglesia, pero sería equivocado pensar que ésta le controlaba a él. Con frecuencia, los emperadores del siglo IV eran representados como personajes a quienes sus consejeros persuadían para adoptar acciones especialmente severas. San Ambrosio de Milán era un político astuto y es muy posible que percibiera que el emperador deseaba ser convencido. O bien puede que simplemente comprendiera el carácter emocional de Teodosio lo suficiente como para juzgar sus estados de ánimo. Y lo más importante: deberíamos recordar que se trataba de un acontecimiento excepcional. Los obispos no podían decir a los emperadores lo que tenían que hacer. Tenían influencia de acuerdo con su propia reputación, personalidad e importancia, pero nada más.<sup>17</sup>

Por el momento, tampoco había ningún líder único que pudiera hablar con autoridad de parte de toda la Iglesia. Por supuesto, realmente no existía una sola iglesia, ya que los cristianos continuaron estando fragmentados en muchos grupos diferentes. El arrianismo no se extinguió inmediatamente sólo porque Teodosio apoyara activamente el credo niceno. Incluso resultó complicado erradicar los grupos a los que había ordenado procesar acusados de herejía. Siguieron produciéndose nuevas disputas que dieron lugar a nuevos cismas. Un obispo afirmó que en Constantinopla:

Si le pides cambio a alguien, empezará a debatir sobre si el Hijo fue engendrado o no fue engendrado. Si preguntas por la calidad del pan, recibirás la respuesta de que «el Padre es más grande, el Hijo, menos». Si sugieres que necesitas un baño, te dirán que «no había nada antes de que el Hijo fuera creado».<sup>18</sup>

Ese párrafo formaba parte de un sermón publicado que defendía una visión concreta, por lo que no debe tomarse como prueba de que la mayoría de la población estuviera auténticamente preocupada por las disputas doctrinales. Había suficientes personas profundamente comprometidas con algunas visiones particulares -y sin duda también con líderes y tradiciones locales populares- como para dar lugar a las divisiones que seguían produciéndose en el seno de la Iglesia. Aun así, no deberíamos pasar por alto el hecho de que ese tipo de cosas figuran de manera desproporcionadamente destacada en las fuentes que se conservan. A veces, el ulterior éxito del catolicismo ortodoxo también hace difícil entender con exactitud la posición de sus oponentes.<sup>19</sup>

El deseo del emperador no podía convertir a todos sus súbditos en ortodoxos, como tampoco pudo ser responsable, para empezar, de que todo el mundo se convirtiera al cristianismo. A principios de su reinado, Teodosio había declarado ilegal el maniqueísmo, pero, aparte de eso, se ocupó más de acabar

con las herejías cristianas. Su actitud fue endureciéndose a medida que avanzaba su reinado y se promulgó más de una ley para ampliar la prohibición a los sacrificios. El rigor con el que se aplicaba esa norma dependía sobre todo de las autoridades locales, y siguieron matándose animales para ser servidos en los banquetes organizados para celebrar las festividades tradicionales de numerosas comunidades, algo difícil de distinguir de los sacrificios oficiales. Sin embargo, en general, las expresiones públicas de rituales claramente paganos fueron haciéndose más y más raras. Apenas hubo resistencia concertada u organizada contra la política imperial. Se desencadenaron algunos altercados entre turbas rivales, normalmente cuando los grupos cristianos -casi siempre, al parecer, monjes al servicio de un obispo local- intentaban destruir un santuario pagano. Hubo ejemplos espectaculares de ese tipo de violencia: el gran templo de Serapis en Alejandría fue destruido por una muchedumbre enardecida en 391, como también parte de la gran Biblioteca de esa ciudad, un hecho especialmente desalentador para los estudiosos modernos, aunque es imposible saber cuántos textos de los que se perdieron entonces habrían sobrevivido al paso de los siglos.

Conflictos así resultaban espectaculares, pero eran poco habituales. En general, las diversas religiones y asimismo las distintas ramas del cristianismo consiguieron convivir en paz, aunque no necesariamente en armonía. Seguía habiendo muchos paganos y, por supuesto, cristianos arrianos en puestos de alta jerarquía al servicio imperial. Por lo visto, el Senado de Roma continuaba conteniendo un grupo marcadamente pagano, o tal vez más bien marcadamente tradicional. Constancio había ordenado que se retirara el altar dedicado a la diosa Victoria de la Casa del Senado. Durante muchos siglos, los senadores habían hecho ofrendas de incienso sobre él (o al menos sobre una copia, ya que la estructura original había sido destruida por diversos incendios a lo largo de los años) antes de comenzar sus debates. Juliano permitió que el altar volviera a ser instalado. Valentiniano se lo llevó de nuevo y tanto Graciano como él se opusieron a varias peticiones formales del Senado para que lo devolvieran a su sitial. Eugenio canceló esa decisión y lo colocó otra vez en el Senado, pero, tras su derrota, Teodosio ordenó de nuevo que se lo llevaran y rechazó todas las peticiones en las que se solicitaba su retorno.<sup>20</sup>

Los cristianos pregonaron a los cuatro vientos la incapacidad de las deidades paganas para proteger sus propios templos y estatuas de la destrucción. La muerte de Valente en Adrianópolis y, sobre todo, la historia de que tal vez hubiera sido quemado vivo, también fue contemplada como un castigo por su fomento de la doctrina arriana. Es común leer en muchas obras de la época que los sacerdotes y hombres santos cristianos tenían más poder que los seguidores de dioses falsos o de filósofos. Desde la época de Constantino, el éxito del Imperio se debía asimismo a su veneración del Dios cristiano. En muy poco tiempo, los persas llegaron a ver el cristianismo como un signo de probable simpatía por Roma.<sup>21</sup>

Otros eran de la misma opinión. Se conservan expresivos relatos de cristianos que vivían entre los godos antes de que éstos entraran en el Imperio. Eran prisioneros que habían sido apresados en las grandes razias del siglo III y que mantenían un claro sentimiento de su propia identidad diferenciada, así como su fe. Al igual que su famoso primer obispo Ulfilas (literalmente «Pequeño

Lobo», un nombre godo, aunque su familia y él seguían recordando su auténtico origen), la mayoría eran arrianos. Ulfilas fue enviado como embajador a Constancio, seguramente porque pensaban que era más probable que los romanos prestaran atención a alguien que fuera cristiano como ellos. Mientras estaba en Constantinopla, fue ordenado obispo de todos los cristianos que vivían entre las tribus. Es obvio que, más tarde, los caudillos godos decidieron que Ulfilas y su grey mantenían unos

vínculos peligrosamente estrechos con los romanos, y fueron perseguidos, viéndose obligados a buscar refugio en el Imperio. Ulfilas pasó gran parte del resto de su vida traduciendo la Biblia al godo, algo que requirió la creación de un alfabeto, puesto que el godo no era un lenguaje escrito.

También había otros cristianos en las tribus que, al parecer, habían sido convertidos por misioneros, ya que eran ciertamente más ortodoxos en sus creencias. Lo que resulta llamativo es el hecho de que, durante los periodos de tensión con sus vecinos romanos, los reyes godos iniciaron varias persecuciones. Contamos con una descripción detallada de uno de los martirios que se produjeron, el de San Saba, que por lo visto estaba muy decidido a conseguir que lo mataran. Es interesante constatar que en varias ocasiones los habitantes de su aldea trataron de protegerle, aunque todas las veces él desbarató esas tentativas enfrentándose públicamente a las autoridades. En general, la historia sugiere que la persecución era esencialmente política. Cuando los godos se asentaron dentro del Imperio, se convirtieron de forma voluntaria al arrianismo. Sus descendientes siguieron esa doctrina durante generaciones después de que hubiera sido declarada herética por Teodosio y sus sucesores.<sup>22</sup>

\* \* \*

El Imperio unificado de los últimos años del siglo IV era grande y poderoso, aunque es poco probable que lo fuera tanto como lo había sido en el año 300. No cabe duda de que era más débil de lo que lo había sido en los siglos I y II. Ahora estaba dividido en dos y cada una de las mitades separadas era menos fuerte que cuando estaban unidas. Tampoco las dos mitades tenían el mismo poder, y los problemas a los que se enfrentarían en el futuro serían muy distintos. La inestabilidad interna había continuado sacudiendo el Imperio a lo largo del siglo IV. Aparte de las ocasiones de conflicto directo, o de la usurpación y la guerra civil, la inestabilidad sin duda había desgastado la burocracia y el ejército, además de reforzar de forma constante una cultura en la que la auto preservación y el éxito personal eran los objetivos principales, casi los únicos. Tanto los propios emperadores como sus administraciones pensaban menos en el bien general del Imperio que en su propia supervivencia. No era una buena fórmula para lograr eficiencia. Lo que estaba por ver era si la división del Imperio aumentaría la estabilidad política.

Otra consecuencia de la división del Imperio romano es que cada vez resulta más difícil seguir nuestro relato. A pesar de que parece que lo más sencillo sería tratar los imperios oriental y occidental por separado, hacerlo induciría a error. Los dos imperios eran vecinos, estaban aún muy vinculados políticamente y, muy a menudo, los problemas y decisiones de uno de ellos afectaban al destino del otro. Por tanto, es mejor que, dentro de lo posible, mantengamos un enfoque cronológico, aunque en ocasiones eso complique la historia.

### **PARTE III**

#### **¿LA CAÍDA? SIGLOS V Y VI**

#### **LOS BÁRBAROS Y LOS ROMANOS: GENERALES Y REBELDES**

*Cayendo inesperadamente sobre los bárbaros [Estilicón] exterminó, en generalizada masacre, a la totalidad del ejército enemigo, de suerte que no quedó ninguno de ellos salvo unos pocos incorporados por él mismo a los aliados de Roma.*



Zósimo, siglo V.<sup>1</sup> *Toda la Galia se llenó del humo de una única pira funeraria.*

Oriente, describiendo el impacto de la invasión de los bárbaros en 406.<sup>2</sup>

Un documento excepcional de la burocracia imperial de finales del siglo IV ha llegado hasta nuestros días. Su nombre oficial es *La lista de todas las oficinas civiles y militares* -en latín: *Notitia Dignitatum omnium, tam civilium quam militarium*, aunque los estudiosos suelen referirse a ella sólo como la *Notitia Dignitatum*- y, originalmente, fue redactada para el notario o secretario en jefe (*primicerius notariorum*) del emperador Honorio en 395. La reciente división del Imperio en mitad oriental y occidental resulta clara a lo largo del texto y ambas se describen en todo momento como completamente distintas. Es un documento muy detallado, habla de todos los puestos, mencionando sus responsabilidades, y en el caso de los comandantes militares, enumerando los regimientos a su cargo. Lo que la hace aún más fascinante es que está ilustrada con gran colorido. Incluye las insignias correspondientes a cada rango, junto con los símbolos de su trabajo, por ejemplo las armas en el caso de aquellos que están a cargo de las fábricas de equipos para el

ejército, o bien hogazas de pan en el caso de los responsables de recopilar las cuotas de alimentos. Se muestran las provincias como personificaciones o como imágenes estilizadas, con ciudades amuralladas en miniatura con rótulos que señalan las principales comunidades de la zona. Los regimientos con ejércitos de campaña cuentan con imágenes circulares de los emblemas que se cree que estaban pintados en sus escudos.<sup>3</sup>

Por supuesto, no tenemos el documento original escrito e ilustrado por el personal del notario jefe en el año 395. Muchas obras, tanto literarias como legales o administrativas, han sobrevivido sólo gracias a las copias que se realizaron de ellas a lo largo de los siglos, y los textos más antiguos que se conservan suelen ser medievales. En el caso de la *Notitia Dignitatum*, contamos con varias copias del siglo XVI de una versión efectuada para un rey carolingio a principios de la Edad Media. Las ilustraciones presentan una extraña mezcla de estilos romano y medieval. Todo lo que el artista reconocía tendía a ser pintado con el aspecto que tenía en su mundo, de ahí que los pueblecitos amurallados tengan un marcado aire medieval. Aquellas cosas que no comprendía tenían más posibilidades de ser copiadas con exactitud.

Parece que, incluso en el periodo romano, la *Notitia Dignitatum* fue modificada varias veces. Es evidente que fue utilizada por alguna sección del gobierno imperial en el Imperio de Occidente, ya que las secciones del Imperio de Oriente no parecen haber experimentado ningún cambio después de 395. Las secciones occidentales, en especial algunas de las que se ocupaban de la organización militar, fueron alteradas en el siglo V, quizá en el año 420. Las actualizaciones son irregulares y no siempre se han aplicado de forma sistemática en todas las secciones relevantes. También hay claros errores en las páginas que muestran los dibujos de los escudos de las unidades del ejército. Unas cuantas aparecen sin dibujo y otras parecen variaciones inventadas sobre un tema. Por otra parte, son representadas como si fueran perfectamente circulares, cuando de hecho el ejército utilizaba escudos ovalados. A juzgar por los intrincados motivos de los escudos pintados de Dura Europos, es posible que las versiones en miniatura también estén muy simplificadas.<sup>4</sup>

A pesar de todos sus errores y confusiones, la *Notitia Dignitatum* es el único documento que nos brinda un informe oficial de la burocracia y el ejército imperial. Contiene una vasta cantidad de información sobre la estructura del Imperio tras la división, incluyendo muchos detalles que no están

registrados en ninguna otra parte. Sin embargo, el propio hecho de que sea único resulta muy frustrante, ya que si dispusiéramos de uno o dos documentos comparables de décadas anteriores o posteriores podríamos seguir el desarrollo de los cambios y avances de la estructura imperial con mucha más claridad. En el texto que se ha conservado hay indicios de cambios, mientras que otras fuentes confirman la existencia de gran parte de la estructura administrativa y militar descrita en otros periodos. Amiano, por ejemplo, menciona muchos de los rangos y puestos enumerados en la *Notitia*, así como algunos de los regimientos, y parece confirmar otros aspectos de la organización. Es probable que buena parte de la estructura a nivel provincial, además de la distribución de los *limitanei*, permaneciera igual a pesar de la división del Imperio en 395. <sup>5</sup>

Todo esto nos hace abrigar grandes esperanzas sobre la utilidad general de la *Notitia Dignitatum*, pero los especialistas la han empleado a veces con bastante temeridad. Los expertos dedicados al estudio del ejército se han mostrado especialmente inclinados a extender las listas de unidades que presenta tanto para adelante como para atrás durante más de un siglo. Es una práctica convencional asumir que un regimiento que llevaba el nombre de un emperador también había sido formado por él, pasando por alto la posibilidad, muy real, de que las unidades ya existentes fueran rebautizadas como recompensa o para fomentar su lealtad. Los ejércitos no eran siempre las más lógicas de las estructuras, sobre todo en lo que respecta a los nombres y a los títulos, de modo que, por ejemplo, en el moderno ejército británico el rango de un soldado en distintos regimientos de infantería adopta diversos nombres: *rifleman*, *fusilier*, *kingsman* o *guardsman* en vez del más prosaico *private*. También es desaconsejable calcular las pérdidas humanas de Adrianópolis o de otros desastres bélicos a partir de la deducción de las unidades que no figuran en las listas de la *Notitia Dignitatum*. Como ya se ha comentado, ese método ignora la probabilidad de que algunas unidades se perdieran en otras campañas, mientras que puede que otras simplemente hubieran sido rebautizadas, o se hubieran fusionado con otra o se hubieran dispersado por distintas razones. Las unidades de ejércitos de campaña, en el cálculo más generoso, eran sólo una fracción del tamaño de las antiguas legiones, por lo que eran más vulnerables a las pérdidas y a las decisiones a corto plazo de alterar la estructura del ejército. Debido a la elevada frecuencia de la guerra civil, lo más probable era que la lista del ejército fuera confusa más que clara y lógica.

Es igualmente importante recordar que los objetivos de los hombres que redactaron la *Notitia Dignitatum* eran limitados. La principal preocupación de los notarios era emitir los nombramientos para los diversos puestos militares y civiles enumerados (un escritorio y un fajo de nombramientos acompañan la insignia del *primicerius notariorum*). Lo que importaba realmente eran los nombramientos en sí, junto con su jerarquía: no se trataba de una obra cuya intención primordial fuera explicar el funcionamiento del ejército y la administración. Los cargos imperiales concedían poder a sus titulares mientras duraba su mandato, y, de forma más permanente, un rango, una paga y unos privilegios. Siempre había muchos hombres tratando de obtener todos y cada uno de los puestos, y los oficiales de mayor jerarquía con poder para otorgar o influir en los nombramientos esperaban futuros favores o sobornos inmediatos para garantizar el éxito de esa empresa, lo que, inevitablemente, alentaba la proliferación de cargos que, en algunos casos, eran meras sinecuras, ya que el individuo en cuestión nunca había tenido la intención de desempeñar activamente sus supuestos deberes. Como de costumbre, la alta frecuencia con la que se aprobaba una nueva legislación imperial destinada a frenar esos abusos sugiere que hasta el momento su éxito había sido limitado. Un archivo de cartas que un oficial al mando de una unidad de *limitanei* dejó en Egipto en el siglo IV describe cómo a su llegada a la guarnición descubrió que varios hombres habían sido designados para el mismo cargo que él. Sólo con considerables dificultades y después de apelar a la autoridad superior consiguió que su

reivindicación fuera escuchada.<sup>6</sup>

La *Notitia Dignitatum* enumeraba los puestos oficialmente reconocidos -habría un comandante por cada unidad, aunque no fuera nombrado específicamente- tal como su propio título anuncia. No hay ninguna mención de las numerosas fuerzas de aliados que conformaban una parte fundamental de los ejércitos de ese periodo, o de los oficiales que los comandaban. Presumiblemente ese tipo de puestos no incumbían a los notarios. De modo similar, aquellos que adaptaron el texto más tarde parecen haberse interesado sólo en determinadas secciones. Los cambios realizados en los puestos civiles rara vez se anotaban e incluso en la esfera militar parece que se daba prioridad a ciertas unidades, seguramente aquellas que concernían al oficial cuyo personal se ocupaba de elaborar la lista.<sup>7</sup>

La lista sigue transmitiendo la impresión general de un imperio vasto, muy organizado y poderoso, que recientemente había sido dividido en dos jerarquías diferenciadas en Oriente y Occidente, pero que en espíritu seguían formando parte de una sola entidad. Sin duda la *Notitia Dignitatum* ha reforzado las opiniones de aquellos estudiosos que describen los imperios del siglo IV y, en menor medida, del siglo V, como inherentemente fuertes y generalmente eficientes. Su lista de unidades militares es la base principal de las alegaciones de que el ejército era inmenso, quizá con efectivos de más de seiscientos mil hombres y, por tanto, con casi el doble de las fuerzas de las que disponían emperadores como Marco Aurelio. La mayoría tal vez observe que ese tipo de cifras representaban «efectivos sobre el papel» y que es probable que la cifra real fuera inferior, pero no parecen asimilar todas las implicaciones de esa matización. La imagen sigue siendo la de un ejército colosal.<sup>8</sup>

No obstante, es muy difícil reconciliar esa idea con el curso que tomaron los acontecimientos en los siglos IV y V. El ejército -y hasta cierto punto el propio Estado- en ocasiones parece invisible, mientras que algunas regiones que supuestamente contaban con fuertes guarniciones parecen carecer de defensas. Una y otra vez se plantea la pregunta de dónde estaba realmente ese ejército tan inmenso, lo que a su vez nos hace plantearnos la cuestión fundamental de hasta qué punto la *Notitia Dignitatum* reflejaba la realidad del día a día, sobre todo en lo que respecta al ejército. Es obvio que la inclusión en la lista de un regimiento junto con el emblema de su escudo significaba que éste existía de verdad, al menos desde una perspectiva burocrática. En algunos casos es posible que eso significara realmente que la unidad contaba con una parte sustancial de su dotación de soldados, entrenados, equipados y listos para el servicio. O bien puede que el número total de soldados de la unidad estuviera muy mermado, aunque todavía pudiera salir al campo de batalla. Otra opción sería un pequeño cuadro militar, que conservara parte del personal clave y la documentación, aguardando para convertirse en una unidad propiamente dicha si en algún momento se le asignaban suficientes reclutas y otros recursos. Por último, puede que el regimiento sólo existiera sobre el papel, y que su existencia reflejara el estatus del general al mando y quizá de qué fuerzas dispondría en un mundo ideal. Esto en sí mismo no implica necesariamente que no hubiera alguien disfrutando del salario y los privilegios de ser su comandante.

Todas estas opciones son posibles y es más que probable que hubiera ejemplos de todas ellas en distintos momentos entre los regimientos enumerados en la *Notitia*. Ya hemos visto en el conflicto con los godos de 376-382 que al ejército romano le resultó muy difícil enfrentarse a un número de enemigos comparativamente reducido. A veces, al leer las descripciones de algunos historiadores modernos sobre el arte de la guerra de este periodo, cuesta evitar evocar la imagen del Hitler de los

últimos días, ocupado en planificar grandiosas ofensivas en un mapa con divisiones que hacía mucho que habían dejado de existir. La situación no era tan desesperada en los años que siguieron a 395, ni el enemigo era tan poderoso o estaba tan organizado, pero los reinados de Honorio y Arcadio se le acercaron bastante.

## ESTILICÓN

Incluso en periodos en los que los emperadores eran fuertes, sus oficiales y comandantes de alto rango seguían pugnando de forma rutinaria y despiadada por obtener poder, un ascenso e influencia. Cuando los emperadores eran débiles o jóvenes, la pugna en esa eterna competición por el dominio era aún menos contenida. En 395 los dos hijos de Teodosio eran jóvenes, y los acontecimientos que se produjeron más tarde pondrían de manifiesto la extrema debilidad de sus caracteres. Incapaces de contener a sus subordinados, cuando tuvieron la edad suficiente, se acostumbraron sencillamente a hacer que se pelearan entre sí. Cualquiera que fuese capaz de dominar al emperador se hacía de hecho con el poder supremo. En Oriente, el primero que lo logró fue el prefecto del pretorio de Arcadio, Rufino, al que seguirían una sucesión de cortesanos que, en la práctica, fueron los gobernantes del Imperio de Oriente. Dichos hombres ocupaban diversos puestos oficiales, lo que, desde casi todos los puntos de vista, era mucho menos importante que el control que consiguieron ejercer sobre el joven emperador. Ese control nunca estaba asegurado y, antes o después, todos perdieron el poder y sufrieron muertes violentas.

En el Imperio de Occidente, el poder real tendía a residir en aquel que controlaba el grueso del ejército, más que en los funcionarios civiles. Durante los primeros trece años del reinado de Honorio, ese hombre fue Estilicón, cuyo rango -por lo visto, creado por él y para él- era el de «conde y jefe de todo el ejército», lo que le convertía en el supremo oficial militar de los ejércitos occidentales. En Oriente no había equivalente a ese puesto, sino que allí los diversos *magister militum* tenían el mismo poder. En el año 395 Estilicón disponía de la ventaja añadida de que numerosas unidades de ejércitos de campaña de Oriente habían permanecido en Italia tras la derrota de Eugenio el año anterior. Estas unidades, sumadas a los regimientos occidentales, incluyendo muchos de los que previamente habían luchado a favor del usurpador, le facilitaron a Estilicón un contingente militar que ninguno de sus rivales potenciales podía igualar.<sup>9</sup>

El padre de Estilicón era un vándalo que había mandado un regimiento de caballería bajo el reinado de Valente, y sus detractores le echaron en cara esa ascendencia «bárbara». Sin embargo, no hay razón para no considerarlo totalmente romano. Estilicón había iniciado su servicio entre los *protectores* y había ascendido rápidamente tras ganarse el favor de Teodosio. Se casó con Serena, que era hija del hermano del emperador y había sido criada en la familia imperial después de que su padre falleciera. Alegando que, cuando estaba a punto de morir, Teodosio le había confiado el cuidado y protección de sus hijos, en poco tiempo Estilicón logró tener bajo control a Honorio, de diez años, y gobernar de facto el Imperio de Occidente como regente. Parece que en ningún momento buscó hacerse con el estatus imperial, pero a su debido tiempo acordó el matrimonio de su hija con Honorio.

Casi de inmediato, los nuevos emperadores -o tal vez sea mejor decir los hombres que los controlaban- se enfrentaron con problemas. En 395 varias bandas de hunos emprendieron razias predatorias tanto contra la Persia sasánida como contra las provincias orientales del Imperio romano,

saqueando amplias zonas de Armenia, Mesopotamia, Siria e incluso Asia Menor. Es posible que el hecho de que muchas unidades del ejército oriental se encontraran junto a Estilicón redujera la capacidad de los comandantes locales para hacer frente a este ataque. Como es habitual en ese tipo de incursiones, sólo una pequeña minoría de comunidades resultaron directamente afectadas, pero el miedo se propagó mucho más allá. Lejos de las fronteras con Persia, la mayor parte de esta región había permanecido en paz durante más de un siglo y aquél fue sin duda un episodio traumático, en especial cuando los hunos regresaron dos o tres años más tarde.<sup>10</sup>

Otra amenaza más cercana irrumpió asimismo en 395, cuando algunos de los godos a los que Teodosio había permitido asentarse en el interior del Imperio se rebelaron. Los dirigía Alarico, un oficial que mandaba tropas aliadas que servían en el ejército romano. Probablemente procedía de una familia aristocrática de una de las tribus, y en su momento llegaría a ser rey, pero la fuente de su autoridad no está clara. Puede que algunos de sus hombres estuvieran ligados a él por vínculos de parentesco, mientras que otros simplemente servían a sus órdenes en el ejército. Sin duda, era un hombre de considerable personalidad, cuyos seguidores se mantuvieron leales a él durante quince años. Al igual que el origen exacto de su poder, tampoco sus objetivos a largo plazo están claros. Se había creado cierto resentimiento y había habido algunos brotes menores de rebelión entre las comunidades godas cuando Teodosio les instó a contribuir con tropas a su lucha contra Máximo y Eugenio. No obstante, Alarico y sus hombres no habían participado en esas revueltas y habían servido con cierta distinción junto al río Frígido. Tal vez la creencia de que los godos habían sido sacrificados cínicamente en esa batalla alimentara su rencor. Pero es más probable que, sencillamente,

la sucesión de dos nuevos emperadores brindara una oportunidad de la que sacar provecho.

Al parecer, bastantes godos se sintieron ofendidos por las condiciones del asentamiento que se les impuso en 382, a pesar de que eran muy favorables según los criterios romanos. No sabemos cuántos hombres mandaba Alarico o si el grupo estaba compuesto fundamentalmente por guerreros que no se habían asentado en sus nuevas tierras o si también incluía comunidades enteras. Desde luego, eran lo bastante poderosos para ser considerados una fuerza peligrosa. Desde el principio, Alarico buscó que los romanos le adjudicaran un cargo militar de jerarquía elevada. Un nombramiento así habría conllevado el derecho al suministro de alimentos para sus hombres por parte del Estado. También es posible que todo lo que él y sus seguidores esperaran fuese una mejora de sus estatus y condiciones de vida en el seno del sistema romano.<sup>11</sup>

Los godos empezaron saqueando las provincias de Tracia y Macedonia. Una vez más, la ausencia de numerosos regimientos, que seguían en Italia, impidió que Arcadio y Rufino pudieran detenerlos. Sin embargo, como de costumbre, la amenaza que más les preocupaba era la que representaban los rivales romanos. Estilicón proclamó que Teodosio le había confiado la tutela de sus dos hijos y dirigió su ejército hacia el este con el pretexto de acabar con el insurrecto Alarico, pero Arcadio

rechazó su ayuda y le ordenó que devolviera a Constantinopla sus regimientos pertenecientes al ejército oriental. Parece que se había producido una cierta tensión entre las tropas occidentales y las orientales y es muy posible que Estilicón no pudiera controlar a todos sus hombres. En cualquier caso, obedeció la orden de Arcadio: se retiró con todos los regimientos del ejército occidental y no entabló batalla con Alarico.<sup>12</sup>

Los regimientos orientales eran mandados por un oficial llamado Gainas, de extracción goda,

precisamente. Cuando llegaron a las afueras de Constantinopla, asesinaron a Rufino, que había salido a caballo a encontrarse con ellos. La influencia de este último sobre el emperador fue asumida por su chambelán, el eunuco Eutropio, a quien en aquel momento lo que más le interesaba era consolidar su propio poder en la corte. Durante dos años nadie impidió que Alarico saqueara las provincias. En 397 Estilicón regresó con un ejército reforzado con amplios contingentes de aliados bárbaros. Tampoco en esta ocasión Eutropio y Arcadio se mostraron más deseosos de aceptar su ayuda y reconocer así su derecho a intervenir en Oriente. Alarico fue bloqueado y obligado a retroceder hasta Epirus, pero entonces el propio Estilicón se retiró sin haber obtenido una victoria permanente. Actuando a instancias de su favorito, Arcadio había declarado a Estilicón enemigo público del Imperio de Oriente. Más o menos en la misma época, el gobierno de Oriente empezó a parlamentar con Alarico y, algún tiempo después, accedieron a designarle *magister militum* en Illyricum. El antiguo oficial del ejército que se había convertido en un rebelde era ahora un general romano. Es obvio que Eugenio y Arcadio consideraron preferible otorgarle ese cargo que aceptar el dominio de Estilicón.<sup>13</sup>

A finales de 397, Gildo, el hombre que había quedado al mando de las provincias del norte de África desde el reinado de Teodosio, decidió cambiar de bando con su provincia e incorporarla al Imperio de Oriente. Se desencadenó una crisis inmediata, ya que Italia y Roma dependían fuertemente del grano y de otros alimentos procedentes de esa región. Estilicón envió al hermano de Gildo, y su acérrimo enemigo, Mascezel, al mando de una pequeña tropa expedicionaria que zarpó hacia África desde Italia. Obtuvo un triunfo casi instantáneo. Estilicón se mostró generoso en sus alabanzas, pero no derramó ninguna lágrima cuando Mascezel cayó al río y se ahogó poco después de su vuelta. Se empezaron a oír rumores de que había sido arrojado al agua por la guardia personal de Estilicón.<sup>14</sup>

En Oriente, parece que Eutropio asumió personalmente el mando en una exitosa campaña contra los hunos, y ese triunfo le impulsó a organizar su proclamación como cónsul en 399. En aquella época era habitual que el emperador oriental y el occidental nombraran cada uno a uno de los dos cónsules que se incorporaban a su cargo el 1 de enero y daban su nombre al año que comenzaba. El puesto en sí era más un cargo de prestigio que un puesto que conllevara auténtico poder, pero era antiguo -los cónsules habían existido desde hacía novecientos años- y los aristócratas se sintieron escandalizados ante la idea de que ese sagrado cargo fuera ocupado por un eunuco. A medida que su impopularidad se fue incrementando, más y más hombres importantes empezaron a considerarle vulnerable. El mismo año, algunas tropas godas que estaban combatiendo contra varios grupos de bandoleros en Asia Menor decidieron poner en marcha una rebelión. Su comandante tenía una cuenta pendiente con Eutropio. Gainas se puso al frente de un contingente y se dirigió contra ellos, pero a continuación se alió con las tropas rebeldes e instó al emperador a concederles su petición de despedir a su favorito. Eudoxia, la esposa de Arcadio, se unió al coro condenatorio del chambelán y, finalmente, el emperador cedió. En un primer momento, Eutropio buscó refugio en una iglesia, pero se entregó cuando le prometieron que le perdonarían la vida. Se exilió a Chipre, sólo para ser ejecutado poco después con el falso pretexto de que estaba conspirando contra el emperador.

Por el momento, la emperatriz y sus favoritos dominaban la corte, pero Gainas marchó sobre Constantinopla y la implícita amenaza de ese contingente le facilitó una fugaz supremacía. Fue nombrado cónsul en el año 400, pero sus soldados godos estacionados en Constantinopla no eran populares entre la población y finalmente decidió enviarlos a Tracia. Sin embargo, mientras las columnas estaban formando para marcharse, las partes situadas más en la retaguardia fueron atacadas por una turba: un gran número de soldados perdieron la vida, y con ellos también perecieron muchas de sus esposas e hijos. Un nutrido grupo buscó protección en una iglesia, pero fallecieron cuando la

muchedumbre le prendió fuego al edificio con ellos dentro. Poco después, Gainas fue derrotado por un ejército mandado por un general llamado Fravitta, que también era godo. En su huida a través del Danubio, Gainas acabó muriendo a manos de un rey huno. El propio Fravitta fue ejecutado por las autoridades romanas unos meses después de su victoria, acusado de deslealtad. Los generales que obtenían demasiado éxito o popularidad eran considerados peligrosos por las figuras de poder de la corte. Eudoxia y sus aliados habían recuperado el control de la corte y, con él, el del Imperio de Oriente.<sup>15</sup>

En 401 Alarico dejó los lugares que había frecuentado en los últimos años y se dirigió a Italia.

La situación en Oriente había cambiado, y era poco probable que el nuevo régimen tuviera una disposición positiva hacia él, cuando había llegado al poder criticando la prominencia de los generales «bárbaros» y, específicamente, godos, como Gainas. Libre, como estaba, de disputas internas, era muy posible que el gobierno imperial decidiera retirar su nombramiento y utilizar la fuerza contra él. Por el momento, Alarico consideró que podía esperar mejores condiciones de Estilicón. Ignoramos cuántos hombres le siguieron hacia el oeste. Por supuesto, los godos que permanecieron en los territorios que les concedieron en 382 dedicándose con satisfacción a la agricultura no son mencionados en nuestras fuentes. Probablemente sea un error imaginar que a esas alturas todo el pueblo se puso de nuevo en marcha, reanudando la migración que había llevado a los godos al Imperio romano desde la otra orilla del Danubio en 376. En general, podemos suponer que sus seguidores serían los jóvenes y los inquietos. Quizá hubieran fracasado como granjeros o fueran los hijos nacidos dentro del Imperio para los que ya no había suficiente tierra. También existía una larga tradición en las sociedades tribales de jóvenes que, buscando conseguir fama y riqueza, se hacían guerreros o soldados, una costumbre de la que dependía hacía mucho el ejército romano para conseguir nuevos reclutas. Es imposible que hubiera muchos de los que lucharon en Adrianópolis más de veinte años antes. Sin duda, a algunos de los guerreros les acompañaban sus esposas y familias, del mismo modo que a menudo detrás de las unidades romanas marchaba un grupo de acompañamiento. Ahora bien, el comportamiento de Alarico y sus hombres en años posteriores no fue el de un pueblo de emigrantes, sino más bien el de un ejército.

La esperanza que abrigaba Alarico era conseguir negociar algunas concesiones del Imperio de Occidente, entre las que, probablemente, estaban la obtención de un rango militar de alta jerarquía y el uso de los recursos estatales para alimentar y aprovisionar a sus seguidores. Su propuesta fue rechazada. Así pues, mientras Estilicón estaba al norte de los Alpes ocupándose de las incursiones bárbaras en Raetia (una región que equivale más o menos a la actual Austria), Alarico invadió Italia en 402, arrollando a una reducida fuerza romana para asediar Milán. Con frecuencia, la ciudad era residencia imperial, pero durante esos agitados años la corte pasó más tiempo en Rávena, donde, con el tiempo, acabó asentándose. Rávena estaba rodeada de marismas y era muy difícil de atacar, aunque también estaba más aislada. Estilicón regresó a Italia y luchó dos (quizá tres) batallas contra el ejército godo. Capturó a la esposa y a los hijos de Alarico junto con otros prisioneros distinguidos, pero él también sufrió bajas y su ejército no logró obtener la victoria decisiva. Se firmó una tregua, pero después el combate se reanudó y se libró otra batalla fuera de Verona que, una vez más, no tuvo un claro ganador. En un momento dado, Alarico se retiró, seguramente por falta de provisiones, y volvió a los Balcanes, donde permaneció unos cuantos años. Allí, en la frontera entre los imperios oriental y occidental, donde ninguno de los bandos podía ejercer demasiado control, aguardó, saqueando o extorsionando para hacerse con los suministros que necesitaba de Illyricum. En torno a 405, Estilicón se mostró dispuesto a negociar y otorgó al líder godo el rango de *magister militum*. La

corte de Constantinopla se negó a reconocerlo, sobre todo porque, una vez más, implicaba concederle a Estilicón el derecho de dar órdenes tanto a Oriente como a Occidente.<sup>16</sup>

Estilicón pronto tuvo que afrontar problemas más inmediatos. Cerca de finales de año, un nutrido contingente de godos encabezados por el rey Radagaiso emprendió una razia que se adentró mucho en el territorio del Imperio, alcanzando de nuevo el norte de Italia. Esos guerreros pertenecían a las tribus situadas al otro lado del Danubio y no tenían conexión con los hombres de Alarico, excepto por el hecho de que todos eran godos y hablaban versiones del mismo idioma. Zósimo afirma que había cuatrocientos mil guerreros, pero es obvio que una cifra así es claramente absurda para cualquier ejército tribal, no digamos para una banda de saqueadores. Nos cuenta, asimismo, que Estilicón concentró treinta unidades, además de varios contingentes aliados, para crear una fuerza con la que se enfrentó e infligió una derrota total a los asaltantes. La *Notitia Dignitatum* enumera ciento ochenta y un regimientos en los ejércitos de campaña del Imperio de Occidente, cuarenta y seis en Italia y cuarenta y ocho en la Galia. Por lo visto, Estilicón había hecho venir a numerosas tropas de las fronteras del norte para formar este ejército. Es muy posible que las cifras y la distribución exacta fueran diferentes en 405, pero aun así ese hecho sugiere que era casi imposible concentrar más de una pequeña minoría del ejército de campaña (supuestamente móvil) en un lugar, incluso asumiendo que todas las unidades de Estilicón en esta ocasión fueran *comitatenses*. También en este caso, la ignorancia de las dimensiones de las unidades hace imposible calcular el tamaño del ejército, pero, en cualquier caso, quedó demostrado que contaba con los efectivos suficientes para hacerse con una victoria clara (se supone que el precio de los esclavos cayó de forma drástica cuando el mercado se vio inundado de prisioneros godos).<sup>17</sup>

Durante esa campaña, el primero de una serie de usurpadores fue proclamado emperador por el ejército de Britania. Fue asesinado por los soldados en cuestión de semanas y su sucesor sufrió el mismo destino después de sólo unos meses. El tercero en la línea de sucesión era Constantino, elegido supuestamente debido a su famoso e imperial nombre, y demostró ser mucho más capaz como político. A menudo, la distante Britania parece haberse sentido descuidada por el gobierno imperial y, por tanto, inclinada a tener a su propio gobernador, pero esos hombres rara vez se daban por satisfechos sólo con el gobierno de la isla. Como otros antes que él, Constantino cruzó el Canal, probablemente en 407, y pronto controló la mayor parte de la Galia, así como amplias zonas de Hispania. Estilicón envió a un oficial godo llamado Saro, un enconado enemigo personal de Alarico, para luchar contra el usurpador. Obtuvo cierto éxito, pero pasado un tiempo fue obligado a batirse en retirada.<sup>18</sup>

La noche de Fin de Año (según la tradición, del año 406, pero se han presentado fundados argumentos a favor de 405), varias bandas de saqueo de dos grupos vándalos independientes, los silingos y los asdingos, así como los suevos y los alanos, atravesaron el Rin cerca de Maguncia. También en esta ocasión parece que se trataba sobre todo de grupos de guerreros y no de tribus enteras que estuvieran emigrando en busca de nuevos hogares. No existe una prueba directa de la tan repetida historia de que el río se había helado, aunque desde luego esa circunstancia es posible. Igualmente, la teoría de que, en última instancia, ese desplazamiento fue provocado por la presión por parte de los hunos no tiene base y, en general, es poco probable. Lo es mucho más que la aparente debilidad de la frontera romana pareciera brindar una oportunidad. Si la fecha anterior es correcta, entonces la retirada de las tropas del Rin para enfrentarse a Radagaiso podría muy bien haber creado esa impresión. En ese caso, puede que las usurpaciones en Britania y su rápida ocupación de la Galia hubieran sido alentadas por la incapacidad de los representantes de Honorio para detener a los invasores. Si el ataque no tuvo lugar



hasta finales de 406, es posible que las propias bandas de guerreros estuvieran aprovechando la inevitable confusión que seguía al estallido de una guerra civil dentro del Imperio. No se nombra a ningún líder en este ataque, pero la cooperación entre varios grupos diferenciados sugiere que había alguien al frente de las tropas, o quizá unos cuantos caudillos con considerable carisma. De inmediato, las bandas de guerreros invadieron y saquearon las comunidades próximas al Rin antes de seguir avanzando hacia el interior de las provincias. Constantino logró algunas victorias menores sobre ellas, lo que reforzó enormemente su respaldo en la Galia, y parece que logró frenarlas en las regiones norteñas de la Galia. Sin embargo, no pudo forzarlas a rendirse y, durante los siguientes años, esas bandas recorrieron la región de forma individual o juntas, saqueando o extorsionando a voluntad.<sup>19</sup>

En 407 Alarico decidió sacar provecho de la situación y dirigió su ejército de vuelta a Italia

con la esperanza de obligar a Estilicón, aprovechando la apurada situación en la que se encontraba, a concederle un acuerdo mejor. Al año siguiente, exigió cuatro mil libras de oro como precio por no lanzar una nueva invasión. Estilicón, actuando de un modo muy habitual entre los líderes romanos, decidió que Constantino era la mayor amenaza y que podían contratar a Alarico para luchar contra él. Accedió a entregarles el oro y a continuación se dirigió al Senado, ya que era muy difícil conseguir una cantidad tan grande en tan poco tiempo y los acaudalados senadores eran una de las fuentes más lógicas a las que acudir. Además de recurrir a ellos, los templos y obras de arte de Roma fueron despojados del oro que los adornaba para obtener la suma necesaria. Los senadores consideraron que esa manera de sobornar a un enemigo era terriblemente ofensiva y uno de ellos describió el acuerdo diciendo «ésta no es paz, sino pacto de servidumbre».<sup>20</sup>

Las prioridades de los proceres romanos cambiaron bruscamente cuando llegaron noticias de que Arcadio había fallecido el 1 de mayo de 408 con sólo treinta y un años de edad. Le sucedió su hijo de siete años, Teodosio II (el infante había sido nombrado augusto cuando apenas tenía un año de edad). Tanto Estilicón como Honorio anunciaron su intención de acudir en persona y supervisar la ascensión al trono del nuevo emperador y desde luego, de paso, dejar clara la primacía de la corte occidental. Algunos rivales que ambicionaban suplantarlo llevaban mucho tiempo convenciendo a Honorio -que sólo tenía veintitrés años- de que debía desconfiar de él. Afirmaban que el general planeaba convertir a su propio hijo en emperador, quizá en vez de Teodosio. No hay duda de que estaba resuelto a mantener el estrecho vínculo con la familia imperial. Cuando la esposa de Honorio e hija de Estilicón murió, éste rápidamente la sustituyó por su hermana como consorte imperial. El joven emperador se sintió ofendido por haber sido relegado a un papel marginal en el gobierno del Imperio, del mismo modo que Valentiniano II antes que él.

No está claro quién organizó exactamente la confrontación final. El pago a Alarico había convertido a Estilicón en un personaje muy impopular y sus enemigos intuyeron al instante que se les había presentado una oportunidad para atacarlo. Las tropas concentradas en Ticino, que estaban listas para ser enviadas a la Galia, se amotinaron. Varios oficiales y funcionarios de rango superior - probablemente todos ellos nombrados por Estilicón y leales a él- fueron asesinados. Honorio estaba allí, pero sobrevivió al derramamiento de sangre. Estilicón estaba a cierta distancia, asistido sólo por algunas tropas bárbaras de lealtad incondicional. Para cuando llegó a Rávena, el emperador había ordenado su arresto. Se negó a luchar, a pesar de que los soldados que le acompañaban estaban dispuestos a secundarle. Buscó refugio en una iglesia, pero se entregó cuando le prometieron que le perdonarían la vida. Sin embargo, le ejecutaron de inmediato, después de que él hubiera dado orden a sus hombres de que no le protegieran. Su final fue digno, sobre todo porque era inusual que un

comandante romano de alto rango aceptara la muerte en vez de buscar la oportunidad de librar una guerra civil. Quizá se hubiera dado cuenta de que sus oponentes habían sido más hábiles que él y que su posición en aquel momento era demasiado débil para tener ninguna posibilidad de resultar vencedor en una lucha contra Honorio. Con todo, es difícil no desear creer que antepuso el bien del Imperio a su propia suerte. Puede que incluso fuera cierto.<sup>21</sup>

## LA HERMANA Y LA CIUDAD ETERNA

*En una ciudad, pereció el mundo entero.*

El obispo San Jerónimo, ante el saqueo de Roma en 410.<sup>1</sup>

*[...] en un primer momento había deseado ardientemente que todo el Imperio romano, borrado incluso el nombre de romano, fuese de hecho y de nombre sólo de los godos, y que, por hablar en lengua corriente, lo que antes fue Romania ahora fuese Gotia...*

Orosio, siglo V d.C.<sup>2</sup>

El hombre

que más se benefició de la caída de Estilicón fue Olimpio, que era un burócrata de alta jerarquía más que un soldado y, como *magister officiorum*, se encontraba al frente de uno de los principales departamentos gubernamentales. Como de costumbre se produjo una sangrienta purga de hombres asociados con el difunto líder, y también las esposas y familias de los soldados bárbaros que se habían mantenido leales a él fueron masacradas. La mayoría de los hombres que sobrevivieron desertaron de inmediato y se unieron a Alarico. El hijo de Estilicón fue perseguido y asesinado, aunque la tortura de los sospechosos no logró obtener ninguna prueba de la alegación de que su padre había conspirado para proclamarle emperador. Puesto que el acuerdo con Alarico había contribuido tanto a desacreditar a Estilicón, Olimpio y Honorio se negaron a cumplirlo y rechazaron las tentativas de reiniciar la negociación. No obstante, tampoco se prepararon para la guerra, y no pudieron evitar que Alarico recibiera los refuerzos de otro grupo liderado por su cuñado, Ataúlfo. Se hizo mucha propaganda de la victoria sobre éste, que logró una partida de

trescientos hunos enviados por Olimpio, pero eso no impidió que los dos ejércitos godos se unieran.<sup>3</sup>

Alarico volvió a invadir Italia y consiguió avanzar sin hallar apenas oposición hasta Roma, donde estableció un bloqueo en el invierno de 408-409. El ejército godo conquistó Portus, la gran ciudad portuaria que abastecía Roma, cortando así el grueso de sus suministros de alimento. Serena, la viuda de Estilicón, fue ejecutada bajo cargos falsos de colusión con el enemigo. Se dice incluso que el Senado, inquieto, quiso restablecer el sacrificio público y otros rituales paganos en un esfuerzo por conjurar el mal de la ciudad. Zósimo declaró que el obispo de Roma -conocido cada vez con más frecuencia como el Papa- había accedido a regañadientes siempre que los ritos tuvieran lugar en secreto, pero en vista de que eso los hubiera invalidado no se llegó a hacer nada. Es probable que se trate de una invención, pero nos da una idea del temor que reinaba en Roma en aquel momento. Desde Rávena, Honorio y sus ministros no hicieron nada para ayudar. Gran número de esclavos -de los cuales seguramente la mayoría eran godos que habían sido capturados recientemente, muchos en la guerra contra Radagaiso- desertaron para unirse a los hombres de Alarico. El Senado decidió negociar, pagando a los godos para que pusieran fin al bloqueo y enviando una delegación a Rávena para iniciar

las conversaciones entre el emperador y Alarico. Este último seguía aspirando a que le concedieran estatus oficial en el sistema imperial, y retiró su ejército hacia el norte, hasta Ariminum (la actual Rímini), donde se celebraría la conferencia.<sup>4</sup>

Las conversaciones fracasaron en cuestión de meses. Olimpio se negó a otorgarle a Alarico un nuevo mando, pero las concesiones que le ofreció bastaron para desprestigiarle y, poco después, huyó al exilio antes que enfrentarse a la ejecución. La nueva figura de poder en la corte imperial era Jovio, un antiguo asociado de Estilicón que en ese momento era el prefecto del pretorio de Italia y el principal negociador con los godos. Ahora que no estaba Olimpio, Jovio fue tornándose más y más intransigente en las negociaciones, y culpó a Alarico cuando éstas finalmente se interrumpieron. El gobierno imperial rechazó asimismo su petición de que le entregaran Noricum o una provincia similar, aunque fuera sin un mando oficial. Sin duda el emperador y sus consejeros se sintieron satisfechos al interpretar la reducción de las demandas de los godos como un signo de debilidad. Los godos marcharon hacia el sur y volvieron a bloquear Roma. Esta vez Alarico se decidió por una nueva táctica y persuadió a un distinguido senador y prefecto de la ciudad, Prisco Atalo, de que aceptara ser proclamado emperador a finales del año 409. Aunque era pagano, fue bautizado de inmediato, porque era poco probable que un emperador que no fuera al menos nominalmente cristiano consiguiera reunir demasiado apoyo. Alarico fue nombrado *magister militum*, mientras que a Ataúlfo se le concedió un puesto menor, como a diversos hombres que eran más obviamente romanos (varios senadores de alto rango fueron designados para puestos prominentes).<sup>5</sup>

África, tan vital para mantener el suministro de alimentos de Roma e Italia, seguía siendo leal a Honorio. Atalo demostró que era más que una marioneta al negarse a permitir que Alarico enviara a algunos de sus guerreros godos -una fuente afirma que eran sólo quinientos- a hacerse con el control de la provincia y mandar en su lugar a un comandante romano con tropas regulares. Sufrieron una importante derrota, de modo que el nuevo emperador y su comandante godo dirigieron su ejército principal de regreso a Rímini para amenazar a Honorio de forma más directa. Éste estaba lo bastante asustado como para considerar la posibilidad de aceptar a Atalo como colega imperial. Por su parte, el nuevo emperador estaba decidido a deponer a Honorio y enviarlo al exilio posiblemente después de hacer que fuera mutilado (volviéndolo así impropio para el elaborado ceremonial que tan esencial era en el papel imperial). La llegada a Rávena de unos cuatro mil soldados del ejército oriental fortaleció la determinación de Honorio, que se sintió seguro de poder defender la ciudad frente a un ataque. Las conversaciones habían fracasado.<sup>6</sup>

Sólo unos meses más tarde, Alarico destituyó al emperador que él mismo había creado, aunque al parecer Atalo permaneció a su lado y fue tratado con cierto honor. Amenazó a Rávena de forma más directa, pero toda oportunidad de reanudar las negociaciones quedó frustrada cuando Saro, el oficial godo que servía con Honorio, lanzó un ataque sorpresa contra los hombres de Alarico. Probablemente no se trataba más que de una escaramuza, motivada tanto por un deseo de *vendetta* personal como por razones militares, pero bastó para echar por tierra todo indicio de confianza mutua. Alarico se retiró y, por tercera vez, marchó contra la propia Roma. La lealtad de sus seguidores había sido escasamente recompensada en los últimos años: lo más probable es que el suministro de grano proveniente de África siguiera interrumpido, mientras que las tierras de labranza que circundaban Roma habían sido saqueadas dos veces por su propio ejército en las anteriores ocasiones en que Alarico había atacado la ciudad. Esta vez decidió recompensar a sus hombres entregándoles la propia Roma.<sup>7</sup>

La ciudad no contaba con ninguna guarnición eficaz, ni existía una auténtica organización para

defender sus altas, pero también largas, murallas circulares. Nadie quería pasar por otro largo bloqueo, ni tampoco Alarico deseaba que sus tropas permanecieran en un lugar durante los meses necesarios para mantenerlo. La noche del 23 al 24 de agosto del año 410 los godos entraron en Roma a través de la Puerta Salaria. Posiblemente les dejaron entrar, porque, por lo visto, no se trató de un asalto formal. Durante tres días se dedicaron al pillaje con total libertad. Algunas casas y monumentos fueron incendiados, pero Alarico había dado orden estricta de respetar las iglesias y al clero. Esta restricción por parte de los godos arrianos fue muy elogiada por los autores cristianos, que no tuvieron problemas para pasar por alto su herética doctrina en esa ocasión. Las iglesias no fueron saqueadas, en general los sacerdotes no fueron asesinados y las monjas no fueron violadas. Otros no tuvieron tanta suerte: el saqueo de Roma fue ordenado, pero siguió siendo un saqueo, si bien los habitantes no sufrieron más que los de cualquier ciudad tomada al asalto por un ejército romano en el largo ciclo de guerras civiles. El tamaño y la población de Roma habían disminuido desde el Alto Imperio, pero seguían siendo enormes. Debido a esas grandes dimensiones, no todo el mundo fue víctima de los robos o del maltrato, pero eso difícilmente podía consolar a aquellos que sí los sufrieron.

Alarico había recompensado a sus soldados con un botín inmenso, pero el saqueo de Roma había aniquilado su poder negociador en el futuro inmediato. En ese sentido fue un signo de fracaso. Es posible que Honorio no levantara un dedo para salvar la ciudad: empezó a circular una historia que contaba que, cuando la noticia llegó hasta él, la entendió mal y pensó, acongojado, que su gallo favorito, llamado *Roma*, había muerto. De acuerdo con el historiador del siglo VI Procopio, el emperador «[...] a voz en grito, exclamó: "¡Y, sin embargo, hace un momento que ha comido de mi mano!". El eunuco, comprendiendo el significado de sus palabras, le aclaró que era la ciudad de Roma la que había perecido a manos de Alarico, y el emperador, sintiéndose aliviado, le atajó diciendo: "Pero yo, amigo mío, había pensado que era mi gallo *Roma* el que había muerto". A tal grado de estupidez, según dicen, había llegado este emperador».<sup>8</sup>

Loco o no loco, Honorio no podía ser visto negociando con el «bárbaro» que había saqueado Roma, especialmente porque seguía habiendo un usurpador muy afianzado en Occidente, listo para sacar provecho si él perdía popularidad. Alarico se dirigió hacia el sur con intención de reunir naves y llevar a sus hombres hasta África. Ese territorio le habría reportado una base de operaciones muy rica y que casi no había sido objeto de saqueo, con abundante alimento para sus seguidores y la posibilidad de controlar el suministro que tan vital era para Italia, pero una serie de tormentas frustró sus planes al destrozarse los barcos que había conseguido. Alarico falleció poco después. Cuenta la leyenda que se desvió un río para enterrar al líder y sus vastos tesoros, y luego hicieron que volviera a su cauce para que los cubriera. Para preservar el secreto, todos los esclavos que habían realizado el trabajo fueron asesinados. Buenas historias como ésta merecen que las repitamos, pero eso no significa que tengamos que creérnoslas.<sup>9</sup>

## GALA PLACIDIA

Ataúlfo quedó al mando del ejército godo. Sus seguidores y él seguían siendo muy ricos gracias al saqueo de Roma. También tenían con ellos a la hermana de Honorio como prisionera, Gala Placidia. Contaba con poco más de veinte años y había sido educada en el hogar de Estilicón y Serena, pero esa convivencia no parece haber creado ningún vínculo afectivo: su primera aparición en la escena política fue cuando ayudó al Senado a condenar a Serena a muerte. No estaba casada, muy

posiblemente porque Estilicón había albergado la esperanza de arreglar el matrimonio con su hijo. Se convirtió en un rehén valorado, tratado con considerable respeto por los godos.<sup>10</sup>

En 409, Honorio, tras haberse visto incapaz de derrotar a Constantino, le había reconocido como colega imperial. Para entonces, este último había invadido toda Hispania y sofocado una rebelión promovida por algunos de los familiares de Honorio, que habían sido ejecutados en su totalidad. Sin embargo, aun antes de que la noticia llegara a Rávena, las relaciones entre los dos emperadores eran tensas y, cuando Constantino llevó tropas a Italia para luchar contra Alarico, se rompieron por completo. La sospecha de que se estaba urdiendo una conspiración impulsó a Honorio a ejecutar a uno de sus *magister militum*, y no se produjo ningún esfuerzo significativo de cooperación con el otro ejército. Constantino se retiró, y la nueva de las ejecuciones en Hispania aumentó el distanciamiento. En torno a la misma época, los vándalos, los alanos y los suevos abandonaron el norte de la Galia y atravesaron los pasos de los Pirineos, supuestamente protegidos, entrando en Hispania. A continuación, se extendieron geográficamente y cada uno de ellos se dirigió a una zona distinta para que le fuera más fácil la supervivencia por medio del pillaje y la extorsión. El ejército romano -la *Notitia Dignitatum* enumera dieciséis regimientos de campaña en Hispania- no se lo impidió.

Constantino se enfrentaba a una amenaza de otra índole en Hispania, liderada por el comandante al que él mismo había enviado allí. Este hombre, un britano llamado Geroncio, había oído que iba a ser sustituido y se había rebelado, declarando emperador a su hijo Máximo. Es muy posible que obtuviera aliados en las bandas de guerreros que estaban recorriendo la Península en la época. En el año 411 derrotó al hijo de Constantino, Constante, y a continuación organizó un asedio contra el propio emperador en Arelate (la actual Arles). Honorio también se había decidido a actuar contra el usurpador occidental y envió un ejército a la Galia. La mayor parte de los hombres de Geroncio desertaron para unirse a ese contingente, obligándole a huir. El asedio continuó hasta que Constantino se vio obligado a capitular; fue hecho prisionero, pero, de camino a Rávena, fue decapitado. Casi todo el mérito de la victoria recayó en un oficial que se llamaba Constancio; al principio había sido partidario de Estilicón, pero había logrado sobrevivir a su caída. Pronto alcanzaría el mismo tipo de prominencia que una vez disfrutara su superior.<sup>11</sup>

Ataúlfo se marchó de Italia en 411, llegando a la Galia poco después de que un aristócrata local se proclamara a sí mismo emperador en pleno desmoronamiento del régimen de Constantino. Los godos le respaldaron, y en el curso de una batalla tuvo la satisfacción de matar a Saro. No obstante, a continuación los godos cambiaron de bando: Ataúlfo declaró que estaba luchando en nombre de Honorio contra el usurpador. Este fue derrotado rápidamente y compartió la misma suerte que Constantino, siendo asesinado durante el trayecto hacia Rávena. Poco después de su derrota se desencadenó otra rebelión en África, cuyo comandante militar encabezó una invasión sobre Italia. Ataúlfo se había asentado en Aquitania con la aprobación imperial, pero en vista de que las autoridades no les proporcionaban el suministro de grano, los godos se negaron a liberar a Gala Placidia. De hecho, ya no se encontraban bajo el control de Honorio. Ataúlfo y sus hombres emprendieron amplias razias, tomaron las ciudades de Narbo y Tolosa (las actuales Narbonne y Toulouse respectivamente), e incluso atacaron Massilia (la actual Marsella). Constancio estableció un bloqueo de la zona costera.

En respuesta, Ataúlfo dio un paso realmente sorprendente: se casó con Gala Placidia. Nunca antes la

hermana de un emperador se había convertido en la esposa de un líder bárbaro, y no digamos uno que estaba luchando contra fuerzas leales a su hermano. La ceremonia tuvo lugar el 1 de enero de 414 en Narbo, con el novio vestido como un general romano y Atalo Prisco entonando la canción de bodas. El antiguo emperador fue nombrado augusto una vez más. El matrimonio tuvo un hijo, que recibió el nombre, descaradamente imperial, de Teodosio, que además resultaba especialmente significativo porque Honorio no tenía hijos. De todos modos, la presión sobre los godos se estaba incrementando como consecuencia del bloqueo y volvieron a trasladarse, entrando en Hispania y ocupando Barcelona y el área circundante. El infante Teodosio murió en aquel periodo y más tarde, en 415, Ataúlfo fue apuñalado mientras inspeccionaba el estado de sus caballos en un establo y murió a causa de las heridas. El hombre que fue proclamado rey era el hermano de Saro, y humilló públicamente a Gala Placidia, obligándola a caminar delante de su caballo. Sin embargo, él mismo fue asesinado una semana después y surgió un nuevo líder, llamado Valia.<sup>12</sup>

Poco después, Valia y Constancio llegaron a un acuerdo. La viuda Gala Placidia fue enviada de regreso a Rávena (es probable que Constancio ya estuviera pensando en casarse con ella, a pesar de que la mujer le odiaba). Junto con ella, también les entregaron a Atalo, que fue conducido en triunfo por las calles cuando Honorio visitó Roma. Le cortaron dos dedos de la mano para simbolizar las dos ocasiones en las que había usurpado el estatus imperial, pero no fue ejecutado, sino enviado al exilio a la isla de Lípári. Sin el respaldo de los godos, simplemente no era lo suficientemente importante para ser peligroso. Valia y sus hombres fueron reclutados para pelear contra los demás bárbaros que seguían en Hispania. El Estado les proporcionó alimento y ellos atacaron y aplastaron el poder de los vándalos silingos y los alanos. Es posible que esas batallas fueran una demostración de fuerza suficientemente imponente como para mover a los otros grupos a aceptar la paz en condiciones más favorables a las autoridades imperiales. En 418 Constancio hizo que los godos que estaban en Hispania retornaran a la Galia y les adjudicó la provincia de Aquitania Secunda. Los detalles son poco claros, pero es más probable que les entregaran un territorio que únicamente un porcentaje de los ingresos fiscales. Valia murió ese año, pero su sucesor Teodorico I continuó gobernando como rey, dirigiendo los asuntos internos de los godos, pero con la obligación de ayudar al Imperio de Occidente en calidad de aliado.<sup>13</sup>

Constancio se casó con Gala Placidia en 417 y ella le dio un hijo en 419, que fue bautizado con el nombre de Valentiniano. No había en la relación ninguna muestra del auténtico afecto que ella parece haber sentido por Ataúlfo, y seguía siendo atendida por su séquito godo. Constancio era un hombre desgarbado, de cuello largo, ojos protuberantes y enorme cabeza, que en público tenía tendencia a sentarse en la silla de montar con la gallardía de un saco de patatas, mientras lanzaba miradas furtivas en todas direcciones. En privado era mucho más efusivo, y en los banquetes estaba a la altura de los cómicos y los payasos profesionales. Fuera cual fuese su carácter, había logrado eliminar a los usurpadores y a los grupos insurrectos del Imperio y había traído un cierto grado de control a las fronteras. Ya ocupaba el antiguo rango de Estilicón de *magister militum*, tenía el título de patricio y fue elegido cónsul tres veces.

Constancio era el gobernante de facto del Imperio de Occidente y en 421 Honorio le nombró oficialmente augusto y colega suyo. Gala Placidia fue nombrada Augusta, pero su marido falleció por causas naturales antes de que finalizara el año. La corte de Constantinopla no reconoció en absoluto ninguno de los nuevos títulos imperiales. De inmediato, estalló una pugna por convertirse en el sustituto de Constancio, con algunas luchas abiertas. Gala Placidia huyó con su hijo a Constantinopla. Su hermano, sin haber llegado a tener descendencia, murió en 423. Al poco, un usurpador fue

proclamado emperador con el respaldo de algunos miembros de alto rango de la corte de Rávena. Fue necesaria una reñida campaña por parte de importantes elementos del ejército y la armada orientales, así como una buena dosis de traición, para derrotar a ese hombre. Por fin, en octubre de 425, Valentiniano III, que entonces contaba seis años de edad, fue proclamado augusto en Roma.<sup>14</sup>

Teodosio II sólo tenía un año más que Valentiniano cuando su padre murió y le sucedió como monarca único del Imperio de Oriente en 408. A pesar de su juventud, ambos emperadores llegarían a tener reinados inusualmente largos. Técnicamente, Teodosio, que fue nombrado augusto cuando era un niño, gobernó durante más tiempo que ningún otro emperador. Su poder sólo podía ser nominal hasta que hubiera alcanzado como mínimo los dieciocho o diecinueve años y ninguno de los dos estaría nunca realmente libre del control ejercido por otros. Gala Placidia acompañó a su hijo a Roma. Oficialmente era la augusta, y aunque el título legal de regente no existía, ése era en la práctica su papel. Se hizo un esfuerzo consciente por reforzar los vínculos entre las dos mitades del Imperio y su hijo se prometió a la hija de Teodosio II, que era, a su vez, sólo una niña de tres años. El apoyo del Imperio de Oriente tenía un precio e Illyricum fue cedido al gobierno en Constantinopla a cambio de respaldar a Valentiniano en la guerra civil.

Las mujeres imperiales desempeñaban un papel prominente y en ocasiones muy público en la política del siglo V, y no simplemente como un conveniente medio para cimentar alianzas a través del matrimonio. En 414 la hermana mayor de Teodosio II, Pulqueria, tenía sólo unos quince o dieciséis años y, sin embargo, de repente se manifestó como una influencia importante en la corte y fue nombrada augusta. Era una mujer profundamente religiosa, por lo que se entregó a una vida de castidad y convenció a sus hermanas de que hicieran lo mismo. La devoción -ya fuera en los tradicionales rituales paganos o, a partir de Constantino, con una forma característicamente cristiana- siempre había sido una cualidad admirada en los emperadores y sus familiares. Políticamente, la negativa de las hermanas a casarse impedía que los rivales potenciales de Teodosio obtuvieran una conexión con la casa imperial. Pulqueria se ocupó personalmente de la educación de su hermano, despidiendo a su tutor. Durante esos años, las descripciones de la vida de la corte la pintaban más como la existencia enclaustrada de una comunidad monástica que como el bullicio del corazón de un imperio. Teodosio fue educado para que estudiara las Escrituras, y para rezar y ayunar. No obstante, a pesar de la supuesta simplicidad de la vida de la corte, la pompa y las elaboradas ceremonias que rodeaban la persona del emperador, así como de sus funcionarios de más jerarquía, se mantuvieron intactas.

Ni Gala Placidia ni Pulqueria disfrutaron de un poder incontestado: los funcionarios y los oficiales del ejército continuaban compitiendo por acumular poder e influencia. Ambas mujeres trataron de obtener y mantener el respaldo entre esos hombres, pero era imposible mantenerlos a todos contentos simultáneamente con ascensos y otras recompensas. Algunos hombres leales resultaron ineptos y quedaron desacreditados. Inevitablemente, también hubo algunos hombres decepcionados que sólo pudieron avanzar gracias al fracaso de otros. Es posible que nuestras fuentes tiendan a exagerar el papel de esas mujeres. La Roma tradicional seguía sintiéndose muy incómoda con la idea de que las mujeres ejercieran auténtico poder político. No eran las únicas influencias tras los actos de los jóvenes emperadores, pero sin duda se encontraban entre las más importantes. En la corte oriental apareció otra mujer como competidora de Pulqueria. Se trataba de Eudoxia, la mujer que Teodosio había desposado en 421, a quien también se le concedió el título de Augusta dos años más tarde. Era hija de un célebre -y pagano- filósofo y se había convertido al cristianismo, probablemente antes de su matrimonio. Aunque seguía interesándose por la literatura y la erudición tradicionales, nunca hubo

ningún indicio de que su conversión no fuera sincera.<sup>15</sup>

Gala Placidia, Pulqueria y Eudoxia eran personas inteligentes y capaces desde muchos puntos de vista, pero, en última instancia, su poder dependía enteramente de su influencia sobre los dos emperadores. Lo mismo era cierto de todos los cortesanos, los miembros de la casa imperial y los oficiales del ejército que obtuvieron prominencia en aquellos años. Fueran cuales fueran los méritos de las decisiones que persuadieron al emperador que debía tomar, o que tomaron en su nombre, su posición siempre fue incierta. En cualquier momento otra persona podía suplantarles. En ambas mitades del Imperio el poder seguía concentrado en manos del emperador. Ni siquiera al alcanzar la edad adulta fueron capaces Valentiniano III y Teodosio II de hacerse con las riendas del control permanente, sino que continuaron siendo indecisos y muy susceptibles a la influencia de los demás. La debilidad y la inestabilidad que existían en el propio seno del gobierno hacían más difícil que los imperios mantuvieran una política coherente, y no digamos que dirigieran sus esfuerzos y recursos de manera efectiva.

## BANDAS DE GUERREROS Y EJÉRCITOS

Treinta años después de la muerte de Teodosio, sus nietos reinaron como emperadores de los imperios oriental y occidental. Durante esas décadas, la guerra civil había estallado con frecuencia, sobre todo en Occidente, de donde siempre habían salido más usurpadores que de Oriente. Aún más sorprendente fue la escalada de la ahora endémica rivalidad entre oficiales del ejército y burócratas, que acabó desembocando en brotes de violencia. La juventud y debilidad de los emperadores creaban un vacío de poder en la cumbre de la jerarquía imperial que otros pugnaban por llenar. El ascenso de Constancio de oficial a comandante del ejército, de ahí a cuñado del emperador y, por último, al gobierno imperial, demostraba cuánto era posible lograr. Otros no llegaban tan alto, pero una sucesión de hombres, tanto en la corte oriental como en la occidental, consiguieron hacerse con el poder de facto del Imperio a lo largo de esos años. Constancio supuso casi un caso único, al morir por causas naturales, pues prácticamente todos los demás fueron ejecutados. En la mayoría de los casos, su caída vino acompañada por la muerte de muchos de sus partidarios.

Esta constante competición dentro de la jerarquía imperial, junto con el clima de sospecha, el miedo a la violencia y la implacable ambición personal que creaba es el telón de fondo de la historia de ese periodo. Alarico se rebeló con la esperanza de sacar provecho de una época de debilidad imperial para lograr posición y estatus. Ataúlfo y él sobrevivieron porque los gobiernos imperiales nunca fueron lo suficientemente poderosos como para acabar con ellos. La propaganda de Estilicón afirmaba que tuvo a los godos a su merced en tres ocasiones, pero que en los tres casos fue obligado a retroceder. Es una teoría poco convincente. Sin embargo, probablemente sea cierto que el ejército godo era demasiado útil como para que lo destruyeran aunque hubieran podido hacerlo. Desde luego, Alarico fue nombrado *magister militum* primero por el emperador oriental y después por el occidental, aunque ambos rangos le fueron más tarde retirados. Durante su carrera alternó entre el papel de rebelde y el de general romano. Constancio prefirió enviar a los godos contra los vándalos y los alanos en Hispania a tratar de completar su derrota sobre ellos. En las guerras civiles, los emperadores contrataban de forma rutinaria a los mismos bárbaros que habían estado poco tiempo atrás saqueando las provincias para luchar contra sus oponentes romanos. Casi siempre, los rivales romanos eran considerados los enemigos más peligrosos.



No sabemos qué tamaño tenía el ejército godo en ningún momento de su historia. Se dice que llegó a reunir a cuarenta mil hombres a las afueras de Roma. Esta cifra no es imposible, sobre todo si incluía a los seguidores del campamento además de a los combatientes, pero ignoramos si esa cantidad es o no exacta. La petición de siete mil prendas de seda como parte del precio por levantar el primer sitio de Roma ha sido empleada para deducir que había ese número de guerreros adecuadamente equipados, auténticos. De nuevo hay que decir que eso es perfectamente posible. Los godos nunca intentaron organizar un asedio o un asalto formal sobre Roma. Fuera cual fuera el tamaño de su ejército, los habitantes de la ciudad los superaban en número con creces, pero no estaban organizados ni equipados. Los godos sólo necesitaban ser lo bastante numerosos para impedir que suministros sustanciales de alimentos llegaran a la ciudad. En esas circunstancias incluso unos pocos miles de guerreros mandados por una mano firme podían complicar extremadamente la vida en Roma. De igual modo, parece poco probable que los diversos grupos bárbaros que atravesaron el Rin fueran especialmente numerosos (hay más posibilidades de que se tratara de bandas de unos cuantos miles de guerreros de cada grupo que de ejércitos de decenas de miles o más). El comportamiento de esos grupos de bárbaros, de manera similar a la habilidad de los godos para deambular de aquí para allá, calzando pasos de montaña cuando era necesario, sobreviviendo durante años en las provincias mediante el pillaje y la búsqueda de alimentos en los alrededores, no sugiere que hubiese grandes contingentes. Sin duda el impacto en los lugares concretos donde golpeaban esos grupos era terrible, pero, debido a la escasez de efectivos de las bandas, en cada una de las ocasiones sólo se vería afectada una zona reducida. Es probable que los godos fueran la fuerza más nutrida, abastecida a veces por los recursos imperiales y, en aquel periodo, bien equipada con las armas salidas de las fábricas estatales. Seguramente su apariencia no era muy diferente de la de las tropas regulares romanas.<sup>16</sup>

Tampoco parece que hubiera ejércitos especialmente grandes e inequívocamente romanos en esos años. Es posible que las treinta unidades de Estilicón, con los contingentes aliados, fueran uno de los mayores ejércitos que salieron al campo de batalla. Asimismo, merece la pena mencionar que los cuarenta mil soldados enviados desde Oriente a Rávena cambiaron profundamente el equilibrio de fuerzas de la campaña. En 409 se dijo que se habían enviado seis mil soldados a defender la propia Roma, aunque cayeron en una emboscada y sólo algunos consiguieron abrirse paso hasta allí. Si la cifra es correcta, entonces es evidente que un número así era considerado adecuado para proteger la ciudad. La *Notitia Dignitatum* revela la existencia de bajas y una desesperada improvisación en la composición de los ejércitos de campaña occidentales. Muchas unidades fueron de nueva creación -o al menos se les dio un nuevo nombre después de 395, y hay una significativa proporción de unidades de *pseudocomitatenses*, regimientos transferidos permanentemente al ejército de campaña de los *limitanei*. Es dudoso que ese tipo de unidades fueran reemplazadas entre las tropas fronterizas, pero al considerar los efectivos del ejército volvemos al problema básico de que no conocemos las dimensiones que los regimientos tenían en la práctica, ni tampoco cuántos había en realidad, y no sobre el papel. La facilidad con la que esos grupos mixtos de saqueadores cruzaban el

Rin, después sobrevivían en la Galia y, por último, se marchaban a Hispania plantea inevitablemente la pregunta de dónde estaba el ejército romano. Ese problema no hace más que incrementarse si, como parece probable, el número de bárbaros era relativamente pequeño. Es muy posible que Estilicón se hubiera llevado a numerosas unidades romanas a Italia, o que, a lo largo del tiempo, se vieran implicadas en las guerras civiles. No obstante, al final es difícil evitar concluir que muchas de ellas sencillamente no existían.<sup>17</sup>

Lo que es seguro es que ninguno de los que dirigieron las operaciones de aquellas décadas estaba

dispuesto a arriesgarse a sufrir graves pérdidas humanas. Eso era tan cierto de hombres como Alarico (así como de quienquiera que estuviese al frente de las bandas tribales de vándalos, alanos y demás grupos) como de los romanos. Las batallas de envergadura eran muy poco comunes y ninguna de ellas fue decisiva. Al parecer, tanto Estilicón como Constancio preferían organizar un asedio para forzar al enemigo a rendirse antes que entablar una confrontación directa. En el caso de Estilicón, puede que su experiencia y talento militar fueran modestos, y quizá él mismo fuera consciente de esa limitación. Es posible que Constancio tuviera más talento, pero ambos hombres eran fundamentalmente soldados políticos. No era fácil asumir un número elevado de víctimas, ni reponer las bajas, y tales pérdidas humanas podían conllevar un desprestigio que podía precipitar una rápida deposición y una rápida ejecución.

De modo similar, para conservar su posición prominente, Alarico dependía de poseer una fuerza formidable de guerreros a su mando. Lo mismo era aplicable a los demás jefes bárbaros. Las bandas de guerreros o los ejércitos aislados en lo profundo de las provincias no contaban con ninguna fuente disponible de refuerzos sustanciales. Es más que probable que los grupos que obtuvieran más triunfos atrajeran a nuevos reclutas entre los guerreros que habían entrado en el Imperio solos o en pequeñas bandas. Las defensas de las fronteras del Imperio no estaban en posición de impedirselo. También había desertores del ejército y esclavos huidos. Ahora bien, esos hombres sólo se unían a aquel líder que creyeran que iba a tener éxito, hasta el punto de que incluso algunas derrotas menores, en especial cuando se producían varias seguidas, les persuadían de que no les convenía incorporarse a uno u otro grupo, además de impulsar quizá a la desertión a algunos de los guerreros que ya pertenecían a él. Librar batallas de envergadura era simplemente demasiado arriesgado a menos que uno de los caudillos tuviera una ventaja abrumadora, en cuyo caso, para empezar, era poco probable que el enemigo se decidiera a luchar contra él. Por tanto, las campañas solían ser tentativas y con ellas ambos bandos buscaban obtener una ventaja que pudieran usar en las negociaciones. Por otro lado, muy a menudo, para los gobiernos imperiales el enemigo representaba la perspectiva de conseguir soldados efectivos para sus propios fines. Se libraban guerras basadas en escaramuzas o razias y el ejército romano mantenía su arraigada afición por las emboscadas y los ataques sorpresa. Las campañas se decidían en muchas acciones pequeñas, más que en batallas grandes y bien planificadas. Para los hombres que participaban en ellas sin duda esa diferencia era académica y una pequeña refriega podía ser tan violenta y peligrosa como una batalla famosa.

Alarico y sus sucesores aspiraban a obtener rango, posición y tanta seguridad como les fuera posible dentro del sistema romano. No podían derrocar el Imperio porque, simplemente, no contaban con efectivos suficientes. En la época empezaron a circular historias que contaban que los godos habían jurado derrocar el Imperio aun antes de atravesar el Danubio, y se supone que Ataúlfo había hablado de sus planes de reemplazar el Imperio romano por un imperio godo. Cambió de opinión cuando decidió que las leyes romanas eran necesarias para gobernar un estado en paz. No obstante, el mero hecho de que aprovecharan momentos de inestabilidad en los dos imperios también hacía que su objetivo fuera más difícil de alcanzar. El rápido auge y caída de las sucesivas figuras de poder que surgían tras los emperadores provocaba cambios radicales en la política romana. En varias ocasiones eso les quitó a ambos jefes godos la oportunidad de negociar con éxito con los romanos.<sup>18</sup>

Muy pocos años después del saqueo de Roma, el emperador Honorio celebró un triunfo en la ciudad, y, además, fue un triunfo sobre un rival romano, algo que habría sido inimaginable en los siglos I y II. La vida en Roma continuaba su curso: el Senado se reunía y, cuando no les interrumpía la guerra civil, la población seguía disfrutando de los entretenimientos y de los subsidios estatales de alimento.

Políticamente, los bloqueos godos y el pillaje sufrido por Roma no habían tenido ningún impacto en la vida del Imperio, cuyo centro había sido trasladado mucho tiempo atrás allí donde estuviera la corte imperial en cada momento. Psicológicamente, las noticias del saqueo habían supuesto una fuerte impresión para el mundo romano, incluyendo a las provincias orientales, que ya poseían su propio emperador y su propia capital, Constantinopla. Los paganos culparon del desastre al abandono de los viejos dioses. Los cristianos se esforzaron por refutar esas afirmaciones con ideas que trataremos más adelante. Hoy en día, los especialistas tienden a minimizar su importancia a largo plazo. En términos prácticos, es muy posible que tengan razón, ya que el Imperio de Occidente, básicamente, siguió funcionando después de 410 igual que había funcionado antes. No obstante, con esa actitud dejamos a un lado la cuestión fundamental de que el gobierno imperial había sido incapaz de impedir que se produjera el saqueo de la antigua capital del Imperio.

Al final, es la impotencia del gobierno imperial lo que más destaca durante ese periodo. Dividido por luchas intestinas, dirigido nominalmente por emperadores débiles y, en la práctica, por favoritos o funcionarios dominantes cuya posición era siempre precaria, el gobierno demostró ser menos capaz incluso de abordar sus problemas que los regímenes del siglo IV. Los desafíos militares a los que se enfrentaba no eran mucho mayores que los afrontados en periodos anteriores. En cierto modo, los godos eran diferentes porque eran un enemigo que procedía de las propias provincias, en gran parte como consecuencia de no haber conseguido derrotarlos por completo en 382. Con todo, no parece que fueran extremadamente numerosos. Y, sin embargo, nunca hubo tropas suficientes para derrotarlos ni, de hecho, a ninguno de los otros enemigos que surgieron, con la excepción de la partida de saqueo de Radagaiso. No hay duda de que la debilidad del Imperio propició más ataques, como era habitual, pero, una vez más, no había nada nuevo en esa situación. Nadie consiguió nunca reunir los recursos aún considerables que poseían el Imperio de Oriente o el occidental con la suficiente eficacia como para superar esas dificultades. Al final, el Imperio de Occidente se contentó con aceptar el asentamiento en las provincias de grupos tribales aliados, cuyo estatus era, eso sí, como mínimo, semiindependiente. Entretanto, el poder del emperador de Rávena iba desvaneciéndose poco a poco.

## XVII LOS HUNOS

*La ilación bárbara de los hunos [...] creció tanto que más de cien ciudades fueron tomadas y Constantinopla estuvo a punto de peligrar [...] y había tantos asesinatos y tanto derramamiento de sangre que era imposible contar los muertos. Incluso tomaron las iglesias y los monasterios y mataron a grandes números de monjes y monjas.*

Calinico, describiendo la invasión de los hunos en la década de 440.<sup>1</sup>

Aún en nuestros días. Atila el Huno sigue siendo sinónimo de ferocidad y destrucción. Es uno de los pocos nombres de la Antigüedad que continúa siendo reconocido de inmediato, lo que le coloca al lado de personajes como Alejandro, César, Cleopatra y Nerón. Entre ellos, sólo Nerón posee una reputación enteramente negativa, ya que Atila se ha convertido en el bárbaro por antonomasia del mundo antiguo. Muy a menudo, su vida se mezcla con la de un conquistador posterior -que tuvo mucho más éxito que él-, Gengis Khan. En las imágenes que ese nombre nos hace evocar aparecen miles de hombres de ojos rasgados montados en ponis, saliendo de las estepas bajo estandartes adornados con la cola de un lobo para destruir, masacrar y provocar la ruina, incendiando pueblos y dejando a sus espaldas altas pilas

de calaveras. A finales del siglo XIX, primero los franceses y después, con más frecuencia, los británicos, llamaron hunos a los germanos. No eligieron llamarlos godos o vándalos ni ninguno de los otros nombres de pueblos que, plausiblemente, podrían ser considerados antepasados de los modernos germanos. En 1914 fueron los «hunos» los que «saquearon» la neutral Bélgica. Ayudó el hecho de que el nombre fuera corto y pegadizo,<sup>2</sup>

algo muy conveniente para escritores de eslóganes, así como para poetas como Kipling. Lo que es aún más importante, transmitía la imagen de un enemigo que se oponía radicalmente a todo lo que era civilizado y bueno.<sup>3</sup>

En ese estereotipo se percibe, al menos, la sombra del auténtico terror que inspiraron los hunos a finales del siglo IV y en el siglo V. El temor se debía en parte a su raza: los hunos tenían un aspecto distinto, distinto incluso al de otros bárbaros que ya habían estado en contacto con Roma. Eran bajos y fornidos, con ojos pequeños y rostros que a los observadores romanos les parecían casi carentes de rasgos. Muchas descripciones hacen hincapié en su fealdad, aunque curiosamente ninguno menciona los cráneos alargados que exhibían una minoría de hombres y mujeres hunos, una deformidad que conseguían atando con fuerza la cabeza de los niños hasta cambiarle la forma. Nadie sabe por qué lo hacían, aunque prácticas semejantes han sido bastante comunes en otras culturas. Por una vez es probable que acertemos al suponer que se trataba de un motivo ritual, de algo que no comprendemos.<sup>4</sup>

Los hunos les resultaban extraños tanto a los romanos como a los godos. También les parecían guerreros terroríficamente feroces y mortíferos. Sin embargo, no eran invencibles. El imperio de

Atila era grande, aunque no tan amplio como él y sus alardes -y algunos historiadores- nos querían hacer creer. Sus ejércitos se adentraron en las provincias romanas sembrando la destrucción, pero no consiguieron quedarse allí. El Imperio romano le cedió algunas regiones fronterizas y otras quedaron arrasadas, pero en general sus ganancias territoriales romanas fueron modestas. Por otro lado, la pervivencia del imperio de Atila fue muy breve, ya que se fragmentó en los años que siguieron a su muerte, cuando sus hijos se pelearon por el poder y los pueblos sometidos se rebelaron. Es poco probable que los hunos fueran alguna vez especialmente numerosos y, al parecer, los grandes ejércitos de Atila siempre habían incluido una mayoría de guerreros aliados, entre los que había godos, alanos y otros pueblos. Y además, los hunos tampoco fueron siempre enemigos de Roma. Tanto el Imperio de Oriente como el occidental alistaban con frecuencia bandas de hunos que lucharon con gran eficacia en su nombre.

Atila el hombre es mucho más interesante que su mito. No era igual a Gengis Khan, ni tampoco los hunos eran idénticos en todo a los mongoles de la Edad Media. No todos los pueblos nómadas conforman una única cultura invariable. Los hunos han cargado con la culpa de provocar las invasiones bárbaras que acabaron derrotando al Imperio de Occidente. También se les ha atribuido el mérito de preservar el Imperio durante varias décadas, retrasando su caída al mantener bajo control a las tribus germánicas. Hay parte de verdad en ambas declaraciones, pero ninguna de ellas cuenta toda la historia. No obstante, es justo decir que, durante una generación, los hunos y sus reyes fueron la fuerza más poderosa a la que se enfrentaron los romanos en Europa.<sup>5</sup>

DE LAS ESTEPAS AL DANUBIO

Para los romanos, los hunos simplemente habían aparecido en el siglo IV y, a pesar de diversos intentos de vincularlos a los grupos «conocidos» por la tradición clásica, no tenían auténtica información sobre su origen. No conservamos ningún vestigio de la cultura oral de los propios hunos que nos pueda orientar sobre sus opiniones sobre el tema. En el siglo XVIII se sugirió que los hunos eran el mismo pueblo que los hsuing-nu -xiong-nu es la ortografía moderna-, que conocemos a partir de fuentes chinas. Esta poderosa confederación de tribus nómadas había supuesto una grave amenaza para las fronteras de China desde el final del siglo III a.C. hasta que se separaron a finales del siglo I d.C. Expulsados por el renaciente imperio chino, se supone que los supervivientes se alejaron más y más hacia el oeste hasta llegar a los límites del mundo romano varios siglos más tarde. Aunque esa versión es posible, los argumentos a favor de esta teoría no son demasiado sólidos. Ciertamente parece que los hunos procedían de algún lugar de la gran estepa, pero esa área de pastos era tan vasta y contenía tantos grupos nómadas distintos que esa información por sí sola no nos dice demasiado.<sup>6</sup>

Sencillamente, no sabemos por qué los hunos se desplazaron hacia el oeste. Las fuentes clásicas repiten el mito de que su primer contacto con los godos fue accidental: persiguiendo a un animal extraviado, una partida de hunos llegó más lejos de lo que nunca se habían aventurado y se topó con un pueblo que nunca antes habían visto. Ese tipo de historias son habituales en la literatura de la Antigüedad, pero rara vez son creíbles. En los grupos nómadas como los hunos había artesanos de gran destreza, entre ellos trabajadores del metal y, más en concreto, los fabricantes de los carros en los que viajaban y los arcos con los que cazaban y luchaban. Sin embargo, tendían a poseer escasos artículos de lujo y dependían de las comunidades sedentarias para ese tipo de cosas. Al final, es probable que fuera la riqueza de Roma, y desde luego la de Persia, así como la de los pueblos que vivían en las fronteras con ambas potencias, lo que impulsó a los hunos a dirigirse hacia ellos. En la segunda mitad del siglo IV llegaron al mar Negro. Cuando el siglo estaba a punto de finalizar, en su desplazamiento hacia el oeste algunos de ellos habían llegado hasta lo que ahora se conoce como la llanura de Hungría.<sup>7</sup>

Como sucede con los godos, los alamanes u otros pueblos, es un error considerarlos una única nación unificada. En las estepas, a menudo los grupos nómadas pasaban buena parte del año en pequeñas partidas que consistían en unas cuantas familias, desplazándose de un sitio a otro para encontrar pastos estacionales para las ovejas y las cabras que suplían tantas de sus necesidades vitales. Es muy posible que ya hubiera reyes y caudillos entre ellos (aunque su poder no fuera oficial), así como algo que se parecía vagamente a clanes o tribus. El contacto y los conflictos con otros pueblos como los godos y los alanos, y más adelante con los romanos, intensificaron la importancia de ese tipo de grupos, y el poder de esos líderes individuales creció. Las razias a gran escala requerían líderes que controlaran a las bandas de guerreros y dirigieran sus ataques. Las incursiones que tenían éxito les reportaban botín y gloria, lo que aumentaba el prestigio y el poder del hombre que estaba al mando. La guerra que provocó que grupos tan amplios de godos buscaran refugio al otro lado del

Danubio en 376 sin duda fomentó el incremento de poder de los líderes hunos que resultaron vencedores. Algunos grupos huyeron de la invasión de los hunos, pero muchos más se quedaron y acabaron uniéndose a ellos como aliados más o menos subordinados. Los líderes hunos llegaron a tener caudillos y reyes de otras razas que fueron leales a ellos en calidad de aliados claramente subordinados. A lo largo del siguiente medio siglo, la tendencia fue que un número cada vez más reducido de caudillos fuera adquiriendo más y más poder. Esa tendencia culminaría en Atila, aunque, al parecer, aun entonces algunos grupos de hunos se negaron a reconocer su hegemonía. Después de su muerte, los hunos se fragmentaron en numerosas bandas independientes.

El éxito militar de los hunos frente a las tribus con las que se tropezaron en su desplazamiento hacia el oeste requiere una explicación, aunque quizá no tanto como se suele creer. No sabemos lo suficiente sobre esos conflictos iniciales para juzgar el papel que desempeñaron las cifras, el liderazgo y la situación estratégica o táctica. En la guerra el éxito puede llamar al éxito, al hacer que los triunfadores se sientan cada vez más seguros de sí, a la vez que sus enemigos se van desmoralizando hasta que ya sólo esperan perder. Ese efecto del éxito es especialmente intenso cuando los vencedores parecen y actúan de un modo tan diferente a sus oponentes, lo que hace más fácil creer que esos extraños enemigos son invencibles. En los primeros encuentros, los hunos tenían la ventaja de que, mientras que ellos podían atacar las granjas y aldeas de sus rivales, para sus oponentes era difícil responder y atacar un objetivo que fuera vital para los nómadas. Los hunos poseían una alta movilidad. Los carros, con sus necesarios recursos de familias y alimento, podían retirarse a lugares que estuvieran fuera del alcance de la mayoría de los ataques enemigos. Lo que es igualmente importante, los hunos, todos los cuales poseían una montura y solían atravesar grandes distancias a caballo, podían recorrer muchos kilómetros y moverse con rapidez en sus incursiones. Aun cuando eran derrotados, con frecuencia lograban escapar con pérdidas humanas mínimas.

Los hunos eran jinetes arqueros. Sus caballos eran más pequeños que las monturas romanas, pero fuertes y de enorme resistencia, lo que les permitía sobrevivir a los crudos inviernos en las estepas. Un manual romano del siglo VI recomendaba atacar a los hunos al final del invierno, cuando sus caballos se encontraban más débiles. La mayoría de los guerreros solía poseer más de una montura. De campaña, y especialmente durante una razia, los hombres cambiaban con regularidad de caballo, posibilitando que la banda mantuviera un ritmo rápido. No deberíamos exagerar esa afirmación. No hay absolutamente ninguna prueba que respalde la teoría de que cada huno necesitaba una cuadra de diez caballos. Puede que algunos de los hombres más acaudalados tuvieran ese número de animales, aunque no se los llevarían necesariamente todos al campo de batalla. Es posible que la mayoría de los guerreros normales aspirara a poseer dos o más monturas, pero incluso un par necesitaban considerables cantidades de forraje. Los hunos empleaban una silla de madera de diseño distinto al tipo de «cuatro cuernos» utilizado por los romanos, pero más adecuada para el tiro con arco a caballo. No usaban estribos, que todavía no se conocían en Europa.<sup>8</sup>

El arco de los hunos era una compleja pieza de artesanía. Era un arco compuesto, que combinaba la madera con tendones animales, cuerno y hueso. Los tendones poseen una gran resistencia a la tensión, mientras que el cuerno resiste la compresión. Juntos, ambos elementos incrementan enormemente la potencia de un arco en relación con su tamaño. Cuando se tensa, ese tipo de arco se curva hacia atrás con elegancia desde la empuñadura. Su longitud se amplía con las extensiones de hueso o cuerno, que son flexibles, y su efecto es el alargamiento de la cuerda, lo que de nuevo incrementa la potencia. Cuando el arco no está armado, se dobla hacia atrás en dirección opuesta, de ahí que se suelen llamar arcos recurvados. Los arcos compuestos estaban muy extendidos en la Antigüedad. Los persas los empleaban, así como algunos pueblos nómadas o seminómadas, como los sármatas y los alanos. También habían sido el estándar en el ejército romano durante siglos, y las extensiones son hallazgos relativamente comunes en yacimientos militares. Los arcos hunos eran excepcionalmente grandes - sobre todo para ser disparados desde lomos de un caballo-, lo que los hacía más potentes, y su potencia era acentuada por las extensiones. También eran asimétricos, de manera que el brazo del arco situado por encima de la empuñadura era más largo que el extremo inferior, lo que no afectaba a la potencia pero hacía que al arquero montado le resultara más fácil sujetarlo. Los arcos hunos eran de altísima calidad. Es probable que se tardara varios años en fabricar un arco y su elaboración requería un importante conocimiento especializado que iba pasando de un fabricante a otro. Un buen arco

duraba mucho tiempo y es interesante constatar que los vestigios hallados en enterramientos parecen ser armas rotas. Un arco era un arma demasiado valiosa para enterrarla, a menos que ya estuviera deteriorada.<sup>9</sup>

La tecnología explica parte de la implacable capacidad de destrucción de los guerreros hunos. Todos ellos utilizaban un arco de extrema potencia y sofisticación. También contaban con una silla que les proporcionaba un asiento seguro aun cuando cabalgaran a toda velocidad, controlando el caballo con las rodillas, ya que necesitaban ambos brazos para disparar. Un arco no es como un arma de fuego o una ballesta, en los que la energía para impulsar el proyectil procede de la propia arma. Es mucho más fácil entrenar a alguien para que use ese tipo de armas, mientras que convertirse en un gran arquero exige mucha más práctica y habilidad personal. Un arco toma la mayor parte de su energía de la persona que dispara. El diseño compuesto incrementa esa potencia, pero no la crea, por lo que los arqueros tienen que ser físicamente fuertes, sobre todo en el pecho y los brazos. La habilidad se desarrolla únicamente con el entrenamiento constante, algo que es doblemente cierto de los jinetes arqueros, ya que el guerrero debe ser un jinete experto además de muy competente con el arco. La caza proporcionaba práctica para la guerra, y para sobrevivir en las estepas todos los hunos tenían que ser expertos jinetes y arqueros. Más tarde, cuando los hunos se habían desplazado a tierras más cercanas al Imperio romano y su estilo de vida se había modificado, es evidente que esas habilidades siguieron siendo valoradas y practicadas.<sup>10</sup>

Los encuentros iniciales entre los hunos y los godos suelen ser descritos sencillamente como escenas en las que unos guerreros a pie, la mayoría sin armadura y protegidos sólo por un escudo, se enfrentaban casi impotentes a unos veloces arqueros a lomos de sus caballos. Se tiende a establecer una comparación con la caza, donde un grupo de jinetes dispersa de forma sistemática el rebaño y mata fríamente a individuos y pequeños grupos. Por muy valerosos que fueran los soldados que luchaban a pie, les era imposible capturar a sus móviles oponentes, que sólo se enfrentaban a ellos cuando contaban con una ventaja abrumadora. En ese momento, los hunos recurrirían a sus armas secundarias: las espadas y los lazos. Es posible que se produjeran encuentros así, pero deberíamos recordar que los alanos eran famosos por su propia caballería y sus jinetes arqueros. Sin embargo, ellos también fueron rápidamente vencidos por los hunos. Tras sus éxitos iniciales, los ejércitos hunos solían incluir sustanciales contingentes de aliados que combatían con su propio estilo tradicional. Muchos de ellos eran contingentes de infantería armados con jabalinas, lanzas o espadas, pero sin arcos.<sup>11</sup>

El arco huno era mortífero en manos diestras, pero no era un arma mágica, y los potenciales logros de los ejércitos hunos tenían sus límites. Los jinetes arqueros sólo eran realmente eficaces en campo abierto, por ejemplo en las estepas o en la llanura húngara. Otra desventaja era que el largo entrenamiento y la constante práctica requerida para obtener la máxima competencia tendían a limitar sus efectivos, aun cuando los hábitos de los nómadas se hicieron algo más sedentarios, y puede que su población aumentara. Es posible que nunca hubiera demasiados guerreros hunos y, desde luego, reemplazar un número elevado de víctimas mortales con celeridad era muy difícil. La expansión del poder de los líderes hunos, que empezaron a controlar aliados y a tener súbditos, aumentó mucho el número de hombres disponibles, aunque también provocó que los ejércitos tuvieran una composición más mixta.

Los romanos habían obtenido grandes triunfos en el pasado luchando contra jinetes arqueros y pueblos nómadas, como ejemplifican sus victorias sobre los sármatas y los alanos. En otra época es dudoso

que los hunos hubieran tenido un éxito tan espectacular, pero, como hemos visto, el principio del siglo V se caracterizó por un tipo de guerra muy tentativa. Generales romanos como Estilicón y Constancio -así como caudillos como Alarico- no podían permitirse sufrir graves pérdidas humanas o arriesgarse a la pérdida de prestigio que conllevaba una derrota. No era una época de batallas frecuentes y decisivas. Y el ejército romano tampoco estaba dispuesto a embarcarse en ofensivas estructuradas, al menos en Europa. Siempre había muchísimos otros problemas que solucionar, entre los que destacaba la amenaza que representaban los rivales romanos. En esa era, Atila fue capaz de reunir ejércitos que eran grandes y formidables según los criterios contemporáneos, y mantenerlos en campaña durante periodos bastante prolongados. Sólo en contadas ocasiones tuvieron que hacer frente a una oposición fuerte. En gran medida, el éxito de los hunos fue consecuencia de la debilidad romana.<sup>12</sup>

## UNA NUEVA AMENAZA EN EL DANUBIO

El Imperio de Oriente estaba mucho más expuesto a las razias de los hunos. La situación parece haberse agravado poco a poco desde principios del siglo V, a medida que, como de costumbre, las incursiones victoriosas fueron alentando ataques más grandes y frecuentes. Surgieron algunos líderes hunos muy poderosos, como Rua, el tío de Atila. En 422, el gobierno de Constantinopla accedió a pagarle trescientas cincuenta libras de oro todos los años como precio para mantener la paz. En el año 434 exigió que esa cantidad se incrementara, y cuando los romanos se negaron lanzó un ataque contra las provincias balcánicas. Sin embargo, Rua falleció poco después y fue sucedido por Atila y su hermano Bleda. Parece que ambos se repartieron el reino de su tío en vez de gobernar de forma conjunta. Durante un tiempo, la presión sobre la frontera romana se redujo, pero en 440 los hermanos lograron extorsionar al Imperio de Oriente y sacarle un pago anual de setecientas libras de oro. Los ministros de Teodosio II se enfrentaban a otros problemas militares y puede que esa suma pareciera un pequeño precio por la paz.<sup>13</sup>

Los chantajistas siempre interpretan la docilidad como un signo de debilidad e incrementan sus exigencias. La paz resultó ser una ilusión y, en el plazo de un año, los hunos empezaron a saquear Illyricum y Tracia de nuevo. Uno de los pretextos para la reanudación de la guerra fue la presunta actividad del obispo de la ciudad de Margus, que se supone que había cruzado el Danubio para despojar de oro las tumbas de algunos reyes hunos. La propia Margus fue elegida enseguida como objetivo, y el obispo empezó a preocuparse de que sus ciudadanos prefirieran entregarle al enemigo a perecer todos por defenderle, así que desertó, uniéndose a los hunos, y sin demora traicionó a la ciudad, acordando que algunos de sus asociados abrieran la puerta y dejaran que el enemigo entrara en ella durante la noche.<sup>14</sup>

Otras ciudades amuralladas fueron tomadas mediante el ataque directo. Algunos fragmentos de la historia de la época mencionan que los hunos empleaban arietes, escalas y torres móviles para organizar los asaltos. Puede que hubieran copiado esa tecnología de los romanos o bien que su mejora técnica se debiera a que ahora contaban con numerosos contingentes que en el pasado habían servido con el ejército romano. Tan importante como esas máquinas, simples en comparación con las originales romanas, era la cifra de tropas que desplegaban, la capacidad de mantenerlas en un lugar el tiempo suficiente para organizar un asedio y el hecho de que estaban dispuestos a aceptar las pérdidas humanas del asalto. La habilidad de los hunos para tomar lugares fortificados les diferencia de otros ejércitos tribales. Singidunum (la actual Belgrado) y la gran ciudad de Sirmium fueron algunos de sus objetivos y fueron abandonadas en ruinas. En 443, también arrasaron Naissus, otra ciudad importante



(y lugar de nacimiento de Constantino) que fue pasto de las llamas. Unos cuantos años más tarde, unos viajeros observaron que había algunas personas viviendo con lo mínimo en los pocos edificios que quedaban en pie, pero lo que resultaba verdaderamente siniestro era que tenían que acampar a cielo abierto, lejos del cercano río, porque «todo el terreno adyacente a la orilla estaba plagado de los huesos de los hombres muertos en la guerra». La cifra de personas que fueron arrastradas a vidas de esclavitud era todavía más alta. De ellas, algunas serían intercambiadas por un rescate, mientras que unas pocas afortunadas conseguirían la libertad e incluso obtendrían honores y estatus entre sus antiguos amos. No obstante, para la inmensa mayoría, la esclavitud entre los hunos era tan brutal y desagradable como en cualquier otra sociedad.<sup>15</sup>

Los romanos reforzaron el ejército de la región llevando tropas de otras zonas y, finalmente, fueron capaces de expulsar a los grupos de saqueadores. El pago del subsidio se interrumpió durante algunos años. En 445, Atila mató a su hermano y se convirtió en el único gobernante de un enorme imperio huno. A lo largo de su vida no apareció ningún otro rival. Buena parte de Centroeuropa parece haber estado bajo su control, aunque debemos mostrarnos escépticos respecto a las afirmaciones de que su gobierno se extendió hasta el mar del Norte. Bajo el mando de Atila, algunos hunos disfrutaron de considerable poder, al igual que diversos reyes de otras tribus. Se casó con muchísimas mujeres, tanto por placer como, sin duda, para consolidar alianzas políticas. También sabemos que al menos una de las esposas de Bleda sobrevivió y fue tratada con bastante honor. Los seguidores leales eran recompensados y prosperaron bajo el mando de Atila. Los enterramientos godos dentro del Imperio a menudo presentan espectaculares objetos de oro y, en algunos casos, revelan la emulación de las costumbres hunas, como los cráneos deformados. La deslealtad era castigada sin piedad. Una constante de los tratados que Atila firmó con los romanos era su exigencia de que todo aquel -y puesto que eran mencionados por su nombre, es evidente que se refería a individuos prominentes- que huyera de su lado para marcharse al Imperio debía serle entregado.

Sabemos de dos príncipes que fueron empalados en cuanto los pusieron en manos de los hombres de Atila.<sup>16</sup>

Tras dos años de malas cosechas y de brotes de peste, en 447 una serie de terremotos arrasó amplias zonas a todo lo largo y ancho del Imperio de Oriente. Constantinopla resultó muy castigada y partes sustanciales de sus grandiosas murallas se derrumbaron. Atila intuyó que se le había presentado una oportunidad y lanzó un gran ataque. Un general romano -que, como sucedía tan a menudo en esos años, era de extracción germana- decidió correr el riesgo de combatir y sufrió una aplastante derrota. Una vez más, el invasor conquistó diversas ciudades y las saqueó. En Constantinopla, el prefecto del pretorio Flavio Constantino contrató los servicios de las dos facciones en las que se dividían los entusiastas espectadores del circo. Normalmente, los Azules y los Verdes eran rivales acérrimos, pero bajo su liderazgo acordaron trabajar juntos y en unos sesenta días habían recogido gran parte de los escombros de la ciudad. Sus murallas fueron reparadas mucho antes de que los hunos fueran capaces de aprovecharse de su vulnerabilidad. En otras regiones sembraron la devastación allí por donde fueron. Un grupo llegó incluso hasta las Termopilas en Grecia, el famoso paso donde en 480 a.C. un ejército de griegos dirigidos por espartanos habían resistido sacrificando

sus vidas para retrasar a los invasores persas.<sup>17</sup>

El Imperio de Oriente volvió a verse obligado a comprar la paz a los hunos. Ahora a Atila se le iban a enviar nada menos que dos mil cien libras de oro todos los años, y además recibió un pago inmediato

de seis mil libras más, la cifra que calculó como los atrasos que le debían desde que los romanos dejaron de pagar el anterior subsidio. Por primera vez, le concedieron asimismo unas tierras al sur del Danubio: una franja de terreno de casi quinientos kilómetros de longitud, desde Singidunum a Novae, en Panonia, y de una anchura de cinco días de viaje (lo que puede significar entre treinta y ciento sesenta kilómetros), lo que incluía toda la provincia de Dacia Ripensis -una de las que fue bautizada para ocultar el abandono de la auténtica Dacia en el siglo III- y partes de otras tres provincias. Buena parte de la zona había sido muy castigada por las recientes razias y no queda claro hasta qué punto Atila la ocupó realmente. Puede que simplemente quisiera poseer una franja despoblada de tierra para hacer propaganda de su poder y de su habilidad con el fin de obligar a los romanos a hacer concesiones. Su principal objetivo en la relación con Roma era sacar provecho del saqueo durante las épocas de guerra y de la extorsión en épocas de paz. Ambas prácticas reforzaban su prestigio y le proporcionaban la riqueza que necesitaba para poder mostrarse

generoso con sus partidarios.<sup>18</sup>

Las sumas pagadas a Atila eran considerables, aunque no totalmente desproporcionadas en comparación con las cantidades pagadas a otros líderes extranjeros en el pasado. A largo plazo, el Imperio de Oriente bien podía permitirse el gasto y, a coito, el pago suponía tener que subir los impuestos, incluyendo los tributos para la clase senatorial, una medida que siempre había sido considerada una ofensa por ese grupo. Sin embargo, Atila nunca fue un vecino cómodo y siempre existió el temor de que decidiera renovar sus ataques si en algún momento consideraba que el Imperio de Oriente era vulnerable. Enviaba continuas embajadas a Constantinopla. Una de las motivaciones de su intensa actividad diplomática fue la costumbre romana de abrumar a los embajadores con espléndidos regalos para demostrar la cordialidad de las autoridades romanas y con la esperanza de ganarse la buena voluntad de los emisarios. Atila explotó ese hábito eligiendo de forma rutinaria a hombres diferentes para ir a Constantinopla. De ese modo pudo recompensar a sus nobles a expensas de los romanos. Las frecuentes embajadas y su insistencia en la negociación sobre temas a menudo triviales contribuyó también a mantener descolocados al emperador y a sus consejeros de alto rango, recordándoles que la paz no podía darse por descontada.<sup>19</sup>

Hay un interesante relato de Prisco, un miembro de una delegación romana enviada desde Constantinopla a visitar a Atila en su terreno en 448, que ha sobrevivido hasta nuestros días. Se le encargó la tarea de devolver a Atila a algunos desertores o refugiados en el Imperio, aunque sólo a cinco de los diecisiete individuos solicitados por los hunos. Después de un largo viaje, escoltados durante gran parte del camino por un grupo de hunos que regresaban de una embajada en Constantinopla, finalmente llegaron al campamento de Atila. Era tarde y trataron de montar sus tiendas en una loma, pero algunos jinetes les advirtieron que no lo hicieran: nadie tenía permiso para acampar en un terreno más alto que el rey. Pasó algún tiempo hasta que consiguieron que les concedieran audiencia. Les mandaron varios mensajes diciéndoles que se marcharan, puesto que no habían traído a todos los desertores y no tenían nada nuevo que ofrecer para negociar, y también les hicieron llegar otros mensajes que planteaban la posibilidad de parlamentar. En una escala más privada, era una actitud muy semejante al habitual uso de Atila de la diplomacia en sus relaciones con los romanos, manteniéndolos desconcertados y amenazando con utilizar la violencia con la esperanza de obtener concesiones cuando empezara la negociación en sí. La partida romana se dirigió a una serie de individuos importantes, cargándolos de regalos y halagos para persuadirles de que

utilizaran su influencia para conseguirle una audiencia con el propio Atila.<sup>20</sup>

Se encontraron con diversos personajes interesantes. Uno fue la viuda de Bleda, que seguía siendo claramente una mujer con fortuna y autoridad a nivel local; rescató a los de la partida romana después de que una tormenta derribara su tienda y les proporcionó comida, calor y varias atractivas jóvenes (un gesto de hospitalidad entre los hunos). Los remilgados informes de Prisco relatan que permitieron que las mujeres compartieran su comida, pero no se aprovecharon de la situación. También trataron de acercarse a Onegesio, el representante más importante de Atila y, cuando no pudieron llegar a él, se dirigieron a su hermano Escotas. Otra persona que recibió a los romanos fue una de las mujeres de Atila, que era tratada con considerable honor porque le había dado a su primer hijo. Durante todo ese tiempo, los embajadores fueron a la zaga de Atila mientras recorría sus tierras, con una parada en una aldea para tomar una nueva esposa. En un momento dado llegaron a una de sus residencias más permanentes, donde vivía en una grandiosa mansión de madera rodeada por una impresionante empalizada ornamental. Onegesio poseía un complejo de viviendas de menor tamaño, que incluía una casa de baños de piedra al estilo romano y que había sido construida por prisioneros romanos capturados en los ataques contra las provincias balcánicas. En la llanura húngara no había ninguna cantera, de modo que todos los materiales habían tenido que transportarse a lo largo de cientos de kilómetros hasta aquel lugar. El ingeniero que la diseñó había confiado en obtener la libertad a cambio de hacer un buen trabajo, pero en vez de eso se encontró con que debía quedarse allí permanentemente en calidad de asistente.

No era el único romano: Prisco se sorprendió cuando un «huno» lo saludó en griego. Aquel hombre resultó ser un mercader que había sido hecho prisionero cuando los hunos saquearon una ciudad junto al Danubio. Con el tiempo, se había ganado la confianza de su amo, un noble huno, luchando como uno de sus guerreros tanto contra los romanos como contra otros pueblos. Finalmente había conseguido su libertad y se había casado con una mujer huna. Ese hombre le confió a Prisco que su nueva vida era preferible a la antigua y empezó a quejarse de los elevados impuestos, de la corrupción del gobierno y de que el sistema legal romano era injusto y costoso. Prisco afirma haberle convencido de la superioridad del gobierno del emperador, pero es difícil estar seguro de si lo pensaba en realidad. En cualquier caso, en la literatura clásica existía una larga tradición de contraste entre la primitiva honestidad de los bárbaros y la corrupción de las sociedades civilizadas.

Aparte de esos supervivientes, había asimismo una embajada del Imperio romano de Occidente. Estaba allí para aplacar la cólera de Atila en torno a un problema con un tesoro de oro de Sirmium, en Panonia. El obispo de la ciudad se lo había entregado a uno de los secretarios de Atila, un romano llamado Constancio que le había facilitado el Imperio de Occidente. Ese hombre prometió que pagaría un rescate por el sacerdote si lo capturaban o, si el obispo fallecía, utilizaría el tesoro para pagar la libertad de su grey. Lo que sucedió fue que Constancio se quedó el oro, y más tarde lo empeñó en una visita a Roma en nombre de Atila. Sin embargo, más adelante perdió la confianza real y fue ejecutado, y Atila ahora estaba exigiendo, no sólo el oro, sino también el banquero con el que Constancio había cerrado el acuerdo. Los embajadores romanos confiaban en poder persuadirle de que aceptara sólo la suma equivalente en oro.<sup>21</sup>

Tuvo que pasar un tiempo antes de que Prisco y su partida consiguieran ver a Atila y, al principio, sólo lo hicieron desde la distancia. Observaron las grandiosas procesiones organizadas a su alrededor y presenciaron su cortesía con uno de sus anfitriones, cuando se detuvo en un pueblo, sin bajar del caballo, mientras aceptaba alimento y bebida de ellos. Por fin, fueron invitados a un festín en su casa. Era una ocasión ceremonial, en la que los invitados fueron acomodados de acuerdo con su precedencia. Los romanos fueron situados a su izquierda en vez de a su derecha -más

honorable- e incluso allí se dio preferencia a un importante noble. Hubo una larga sucesión de

brindis, primero por parte de Atila, que saludó por orden a cada uno de sus invitados, desde el de más jerarquía hasta el más humilde, y entonces:

Una lujosa comida, servida en bandeja de plata, había sido preparada para nosotros y los invitados bárbaros, pero Atila no comió más que carne en un plato de madera. También en todo lo demás se mostró moderado; su taza era de madera, mientras que sus invitados recibían copas de oro y plata. Su traje era sencillo también, con aspecto de limpio nada más. Llevaba la espada en el costado, las correas de los zapatos y las bridas de su caballo no estaban adornadas, como las de otros hunos, con oro u otros materiales costosos.<sup>22</sup>

Tal vez la ceremonia no fuera tan elaborada como la de las cortes imperiales, pero estaba mucho más directamente imbuida con el espíritu del propio Atila. Confirmó su favor a sus proceres, demostrando al mismo tiempo su poder al tratar a los representantes romanos con menos honor.

Gran parte del tiempo se mostró indiferente a lo que estaba sucediendo, pero salpicó su silencio con estallidos de rabia y sólo manifestó claro afecto hacia uno de sus hijos. Hizo caso omiso de la actuación del enano bufón Zerco, que había sido uno de los favoritos de Bleda (la presencia de ese hombre, que procedía del norte de África y hablaba una extraña mezcla de latín, godo y huno, es sin duda la fuente del persistente mito de que el propio Atila tenía una estatura diminuta).

Atila obsequió a los romanos con unas cuantas muestras de ira, mientras que los gestos más conciliadores llegaron a través de otras personas. Por lo visto, ése era su método habitual, aunque en este caso tenía más motivos de lo normal para estar molesto. Prisco era el ayudante del jefe de la embajada, un hombre llamado Maximino, que ya había intentado en vano persuadir a Onegesio de que desertara y se uniera a los romanos. Ellos mismos no eran conscientes de que las autoridades de Constantinopla tenían un motivo ulterior para enviarlos a parlamentar. Les acompañaba otro oficial llamado Vigilas (en libros más antiguos, a menudo se le llama Bigilas), que poseía la rara habilidad de hablar el idioma huno. Cuando la embajada huno estuvo en Constantinopla, ese hombre había negociado en secreto con su jefe, Edeco. Vigilas le había convencido de que asesinara a Atila por un precio de cincuenta libras de oro y la promesa de ofrecerle refugio dentro del Imperio. Es difícil saber si Edeco llegó a considerar alguna vez el cumplimiento de su parte del acuerdo, porque cuando regresó a su hogar informó al instante al rey del complot. Con la bendición de Atila, continuó haciéndole el juego a Vigilas. Al final, éste fue pillado con las manos en la masa llevando el oro para pagar al magnicida. Su hijo y él fueron apresados y los hunos exigieron más dinero de las autoridades romanas antes de liberarlos.<sup>23</sup>

Obviamente, las conspiraciones para cometer asesinato no favorecían el éxito de la diplomacia, y Maximino y Prisco, como era de esperar, lograron muy poco. Con todo, la respuesta de Atila fue moderada y utilizó el hecho de haber destapado el complot para contar con una ventaja sobre los romanos en las siguientes negociaciones. Aun cumpliendo sus exigencias máximas, el gobierno de Constantinopla podía pagar con comodidad el subsidio y las demás sumas que le abonaban, pero eso era un síntoma de su impotencia a la hora de tratar con los hunos militarmente. Como mucho, cuando no libraban otra batalla en alguna otra parte, a todo lo que podían aspirar era a contenerlos. No tenían ninguna posibilidad de atacar y derrotar de forma permanente a Atila, de ahí su deseo de perpetrar el magnicidio. Atila inspiraba demasiado miedo en las personas de su círculo más próximo para que esa

opción fuera viable. De momento, el Imperio de Oriente no tenía más opción que vivir con él y continuar pagando los subsidios. Por suerte para ellos, Atila estaba empezando a ampliar sus miras, trasladando su atención hacia el Imperio de Occidente.<sup>24</sup>

## EL ÚLTIMO ROMANO

Flavio Aecio nació en una de esas familias militares de las provincias balcánicas que habían ocupado los rangos más altos del ejército y de donde habían salido un buen número de emperadores en los siglos III y IV. Como muchos de aquellos emperadores, pasó su carrera casi permanentemente en guerra, comandando regularmente tropas en campañas contra oponentes extranjeros y romanos. Durante unos veinte años fue, con mucho, el hombre más poderoso del Imperio de Occidente. Fue elegido cónsul y *magister militum* tres veces, fue nombrado patricio en 435 y, sin embargo, nunca intentó proclamarse emperador. Las guerras civiles en las que participó fueron enfrentamientos que buscaban determinar quién dominaría la corte imperial. Otros aspectos de su vida mostraban lo distintas que eran las condiciones en el siglo V: en dos ocasiones durante su juventud fue enviado como rehén con unos líderes extranjeros, primero con Alarico y, más tarde, con un líder huno. En siglos anteriores, los romanos habían tomado rehenes con frecuencia, a los que se les daba educación romana con la esperanza de despertar simpatía hacia su imperio. Los romanos no entregaban rehenes a otros. En el siglo V el equilibrio de poder había cambiado profundamente.

Aecio recibió una educación romana integral, complementada por la experiencia de vivir entre pueblos extranjeros. Se convirtió en un jinete y arquero muy competente gracias a los años pasados con los hunos. Lo que era todavía más importante, llegó a comprenderlos y estableció relaciones que le serían de gran utilidad durante su vida. Tras la muerte de Honorio, fue uno de los partidarios más destacados del usurpador Juan, y se dirigió a territorio huno para reunir una fuerza de auxiliares -quizá sea más correcto llamarlos mercenarios- con los caudillos que conocía. Aecio y esos guerreros llegaron a Italia demasiado tarde para participar en la campaña y se encontraron con que Juan había sido ejecutado y Valentiniano III había sido proclamado emperador por un ejército oriental. Sus hunos permanecieron leales a él, y a cambio de no reiniciar la guerra y de aceptar apoyar al nuevo emperador, Aecio fue ascendido a *magister militum* de la Galia. Parece que al menos algunos de los hunos se quedaron a su lado y combatieron en sus siguientes campañas contra los

francos, al oeste del Rin, y contra los godos establecidos dentro de la propia Galia.<sup>25</sup>

En aquellos años había otros dos comandantes compitiendo por la supremacía en el Imperio de Occidente. Gala Placidia trató de hacer que surgieran disensiones entre ellos, con la esperanza de impedir que cualquiera de los tres se hiciera con demasiado poder y acabara siendo imposible de controlar. Más adelante, en 427, Félix, el *magister militum* de más rango al mando del ejército imperial en Italia, envió tropas para atacar a su colega Bonifacio, que estaba al mando de África. Esa fuerza fue derrotada y en 430 Aecio había sustituido a Félix en su puesto y urdido su ejecución. Dos años más tarde Bonifacio dirigió a su ejército hacia Italia para luchar por la supremacía. Ganó la batalla, pero recibió una herida mortal durante el combate. Aecio huyó y, en un momento dado, se dirigió hacia los hunos y formó una nueva fuerza con esos guerreros. Regresó en 433 y una vez más asumió el mando militar supremo. El sucesor de Bonifacio había escapado a Constantinopla sin entablar batalla. Las esperanzas de Gala Placidia se vieron frustradas. Hasta su fallecimiento unas dos décadas después, Aecio no tendría que enfrentarse a ningún rival importante.<sup>26</sup>

Como de costumbre, la preocupación romana por las luchas intestinas había comprometido seriamente su capacidad para hacer frente a otros problemas militares. En varias ocasiones, los godos asentados

en Aquitania -cada vez más a menudo identificados como los visigodos o los «godos occidentales», para distinguirlos de los «godos orientales» que seguían viviendo junto al Danubio- lanzaron ataques contra zonas vecinas de las provincias romanas. Al parecer, se trataba en buena medida de operaciones oportunistas, aunque es posible que las fricciones fueran provocadas en parte por las autoridades romanas. Otros grupos tribales, como los francos y los burgundios, expandieron el territorio que controlaban a zonas más cercanas a las fronteras. También las razias provenientes del exterior del Imperio se incrementaron. En Hispania, la agresividad de los suevos se intensificó: tomaron Mérida, la capital de la provincia, y atacaron Sevilla. A partir de 429, fueron el grupo más poderoso de la Península Ibérica, ya que en ese año los vándalos y los alanos que quedaban emigraron al norte de África. Una fuente posterior afirma que su jefe, el rey Genserico, fue seguido por unas ochenta mil personas, entre ellas mujeres, niños y ancianos, además de guerreros. La cifra no es imposible, aunque, como siempre, deberíamos hacer notar que ignoramos por completo si es o no correcta. Es posible que esté inflada. Ahora bien, incluso el traslado de un grupo mucho más reducido habría requerido un alto grado de organización. Probablemente fueron pasando en barcas a través del Estrecho de Gibraltar a lo largo de varias semanas.<sup>27</sup>

Al principio, parece que los vándalos no tuvieron que enfrentarse a ninguna oposición seria.

Había unidades de *comitatenses* en África, así como *limitanei*, pero el área que estaban encargados de proteger era muy extensa. Es más que probable que, como ocurría con la mayoría de los ejércitos romanos en esta época, algunas de las unidades existieran sólo sobre el papel o fueran pálidas sombras de su eficiencia y efectivos teóricos. Si añadimos la preocupación por la pugna entre Bonifacio y los demás comandantes del ejército, resulta menos difícil explicarnos los repetidos éxitos de los vándalos. Puede que los rumores de colusión y las alegaciones de que Bonifacio había invitado a los vándalos a que cruzaran la frontera no fueran más que propaganda para mancillar su reputación. Al fin y al cabo, aunque el uso de grupos bárbaros como aliados era común, los vándalos en realidad nunca llegaron a ayudarle. A lo largo de los siguientes años, Genserico y sus hombres se fueron desplazando poco a poco hacia el este. La gran ciudad de Hippo Regius fue capturada y saqueada en 431 (su famoso obispo San Agustín había fallecido más de un año antes, pero sus últimas cartas reflejan el temor que inspiraban los invasores). Para entonces los vándalos eran cristianos, pero, como los godos, profesaban una característica interpretación arriana de la fe, lo que los convertía en herejes a los ojos de la Iglesia.<sup>28</sup>

Estuviera o no Bonifacio en connivencia con los vándalos, al final se enfrentó a ellos y sufrió

una grave derrota. Se retiró y poco tiempo después decidió llevar a su ejército a través de Italia y probar fortuna allí. En 435 Aecio ya no tenía ningún rival que pudiera hacerle sombra, pero estaba demasiado preocupado por los problemas de la Galia como para emplear la fuerza contra Genserico. En un tratado oficial, a los vándalos se les concedió una parte sustancial de Numidia. Fue una paz muy breve: en 439 Genserico conquistó Cartago, una de las mayores ciudades del mundo. Pronto, las cantidades ingentes de asaltantes vándalos se convirtieron en una amenaza para los comerciantes y las comunidades costeras. En 440 Genserico dirigió un importante ataque contra Sicilia. El norte de África seguía siendo una de las regiones más ricas del Imperio de Occidente: suministraba gran parte del alimento que se consumía en Italia, así como buena parte de los ingresos fiscales y probablemente también personal para el ejército. Seguramente, su pérdida fue el peor revés sufrido por el gobierno de Valentiniano III.

En 441 una amplia tropa expedicionaria de soldados se concentró en Sicilia para preparar la invasión del norte de África. Teodosio II envió abultados contingentes del ejército oriental, así como naves de guerra, para respaldar a su colega occidental. Sin embargo, nunca llegaron a zarpar. Se iniciaron unas negociaciones y, al poco, las fuerzas orientales fueron presionadas para que regresaran con el fin de reforzar la frontera balcánica contra los ataques de los hunos. En 442 un tratado concedió a los vándalos el control de la mayor parte de las regiones más prósperas del norte de África. En torno a esa misma época, la hija de Valentiniano, Eudocia, fue prometida en matrimonio al hijo de Genserico, Hunerico, que ya estaba casado con una hija del rey visigodo. Rápidamente, Genserico puso fin a ese matrimonio acusando a la joven de intentar asesinarle. Fue mutilada -le cortaron las orejas y la nariz- y la enviaron de vuelta con su padre. Los visigodos estaban demasiado lejos para que su enemistad le preocupara, y la perspectiva de una alianza con la familia imperial era mucho más tentadora para el rey vándalo. Eudocia era sólo una niña y, por el momento, permaneció en Italia.<sup>29</sup>

Aecio dominó el Imperio de Occidente durante dos décadas. Partió en campaña casi todos esos años y luchó contra los visigodos, los alamanes, los francos, los burgundios y los suevos, entre otros, además de contra los rebeldes conocidos como bagaudas, que habían aparecido en la zona noroccidental de la Galia. Exactamente igual que Estilicón y Constancio antes que él, contó con poetas cortesanos que celebraron por todo lo alto su valentía, su destreza y sus arrolladoras victorias. Su coraza «no era tanto una armadura protectora como su vestimenta cotidiana». Casi siempre estaba combatiendo y utilizó incluso los poco habituales descansos entre luchas para prepararse para futuras guerras. No obstante, la alta frecuencia de operaciones revela que sus éxitos tenían un alcance limitado y casi nunca eran decisivos. También se cuidó de impedir que cualquier rival potencial se hiciera con el control de tropas y obtuviera victorias. De hecho, había un único ejército y se encontraba bajo el mando directo de Aecio. Si no era él quien se ocupaba de un problema, era poco probable que llegara a ser solucionado por otro.

La pérdida de gran parte de África, así como la continuada ocupación de partes de la Galia por los visigodos y de Hispania por los suevos, produjo un enorme descenso de los ingresos y recursos de que disponía el gobierno de Valentiniano. En consecuencia, Aecio disponía de muchas menos tropas que Estilicón o Constancio. Puede que en parte esa reducción de efectivos respondiera a una acción deliberada por parte del emperador y las figuras más destacadas de la corte, que buscaran imponer un cierto límite a su general restringiendo los recursos a su disposición. Gran parte del éxito de Aecio se debió a sus aliados hunos, y la destrucción del reino de los burgundios en 436-437 se consiguió en buena medida gracias a sus esfuerzos. La terrible derrota de ese pueblo fue la base del relato épico de *Los nibelungos*, que hoy nos es familiar, sobre todo, gracias al ciclo operístico de Wagner, aunque es evidente que ese relato se aleja mucho de los auténticos acontecimientos. Fue la victoria más decisiva de la carrera de Aecio y la obtuvo, fundamentalmente, gracias a sus aliados. Los hunos también lucharon con éxito contra los bagaudas

y los visigodos, hasta que sufrieron una aplastante derrota en las afueras de Arles en 439.<sup>30</sup>

No tenemos datos fidedignos sobre cuánto se conocían Aecio y Atila. Parece que existían frecuentes contactos diplomáticos entre el Imperio de Occidente y los hunos, y sabemos que Aecio suministró hombres a Atila para que le sirvieran como secretarios cuando escribía en latín. Esa información no tiene por qué sugerir nada más que el deseo de apaciguar a un poderoso líder. Parece que ya en 450 Atila estaba considerando atacar el Imperio de Occidente. La expansión territorial no fue nunca su primer objetivo bélico y las provincias balcánicas ya habían sido saqueadas por completo durante los



anteriores ataques de los hunos. En última instancia, el poder de Atila se basaba en su capacidad para recompensar con generosidad a sus seguidores. Para ello tuvo que librar y ganar batallas, tanto para obtener el botín del saqueo como para mantener el terror que garantizaba los pagos del tributo. Sabía cómo encontrar pretextos para iniciar un ataque en pequeñas disputas. Al principio habló de enfrentarse a los visigodos en nombre de Valentiniano y también hubo rumores de que existió algún contacto con Genserico. Al final, la excusa se la proporcionó una fuente realmente inesperada.

Honorio era hermana de Valentiniano III e hija de Gala Placidia. Cuando todavía no se había casado -sin duda para impedir que cualquier rival obtuviera una conexión con la familia imperial-, tuvo una aventura amorosa con el gestor de su propiedad y se quedó embarazada. Su amante fue ejecutado y a Honorio la casaron con un senador cuya lealtad política era de confianza, un hombre probablemente de edad avanzada, y sin duda poco interesante. Resuelta a escapar de esa situación, consiguió de algún modo enviar una carta y su anillo a Atila y le suplicó que la ayudara. El rey huno aceptó encantado esa misiva como una oferta de matrimonio y reclamó la mitad del Imperio de Occidente. Aunque esta historia suena a invención romántica, aparece muy temprano en nuestras fuentes y es muy posible que sea cierta. La madre de Honorio había contraído matrimonio con el godo Ataúlfo, si bien es cierto que en aquel momento era una prisionera y puede que no tuviera demasiada libertad para rechazarle. Posteriormente, Eudocia, la sobrina de Honorio e hija del emperador, se había prometido a un vándalo. El matrimonio con el poderoso rey de los hunos no eran tan inimaginable como lo había sido en el pasado, aunque las mujeres de la familia imperial seguían sin poder decidir quiénes serían sus esposos.<sup>31</sup>

El llamamiento de Honorio proporcionó a Atila un conveniente pretexto y una útil herramienta de negociación, pero no hay indicios claros de que esa guerra fuera planeada en un principio como algo más que una inmensa incursión de saqueo. En 451 dirigió a su ejército a través del Rin hasta las proximidades de la actual Coblenza -después de un viaje bastante largo, si los estudiosos están en lo cierto al suponer que partió de Panonia a principios de ese mismo año- y conquistó rápidamente la mayoría de las ciudades de la zona. Tréveris, tantas veces utilizada como capital imperial a finales de los siglos III y IV, fue una de las ciudades sometidas al pillaje. El ejército huno -en realidad la amplia mayoría de las tropas eran de aliados, incluyendo un fuerte contingente de godos- siguió adelante, pero pareció perder parte de su ímpetu cuando no fue capaz de capturar Orleans. Para entonces, Aecio ya había formado un ejército para hacerles frente, que también estaba compuesto fundamentalmente de tropas aliadas a las órdenes de sus propios caudillos. Había francos, burgundios, alanos y sajones, así como un importante contingente de godos procedentes de Aquitania, que eran mandados por su rey Teodorico. Se entabló una gran batalla -algo poco habitual en este periodo- en algún punto de la región conocida como los Campos Cataláunicos o Campus Mauriacus. Sabemos que Atila fue incapaz de obtener la victoria en este encuentro y puede que sufriera un claro revés. El rey Teodorico fue una de las víctimas mortales y una fuente visigoda posterior afirma que Atila quedó sumido en la desesperación después de la batalla. Supuestamente, preparó una pira funeraria para sí mismo utilizando las sillas de montar de sus hombres y sólo en el último minuto decidió no suicidarse. Sin embargo, el ejército de Aecio se dispersó con celeridad y los contingentes aliados regresaron a sus casas. Es probable que esa decisión se debiera en buena medida a las dificultades para aprovisionar a la fuerza concentrada, pero nuestras fuentes alegan que persuadió deliberadamente a sus aliados de que debían marcharse, porque no quería destruir a los hunos. La amenaza de Atila era el mejor modo de conseguir que los visigodos y los demás grupos se mantuvieran dóciles.<sup>32</sup>

Habían frenado a los hunos, pero el ejército de Atila no había sufrido pérdidas irreparables. En el año

452 volvió a atacar, sorprendiendo a Aecio al no lanzarse sobre la Galia, sino sobre el norte de Italia. Aquilea, la antigua ciudad situada en la frontera con Illyricum, fue sitiada y conquistada. Otras ciudades, entre ellas Milán, fueron saqueadas, aunque la capital imperial de Rávena volvió a ser protegida por las marismas que la circundaban. Durante un tiempo, Atila se dirigió hacia el sur, antes de retirarse y regresar a sus propias tierras. Enseguida empezaron a difundirse leyendas que atribuían su retirada a una reunión con el Papa, pero es mucho más probable que se debiera a la escasez del suministro y a un preocupante brote de peste en su ejército. Atila y sus hombres ya habían acumulado importantes cantidades de botín con sus rapiñas, y seguramente muchos de sus guerreros estaban deseando llevar esas ganancias a su hogar antes del invierno.

Los romanos del Imperio de Occidente no habían derrotado a Atila, pero él tampoco había podido obligarles a ofrecerle un tributo y otras concesiones. Incluso la incapacidad para obtener una victoria rotunda podía dañar el prestigio de un caudillo cuyo poder residía en el éxito continuo. Mientras estuvo fuera, la actitud del Imperio de Oriente se había vuelto más hostil. Teodosio II había muerto en 450 sin dejar heredero y había sido reemplazado por un oficial del ejército de cincuenta y ocho años llamado Marciano. Pulqueria, que no era mucho más joven que él, renunció a su voto de castidad y se casó con el nuevo emperador para convertirle en un miembro legítimo de la familia de Teodosio. Marciano tuvo suerte de que Atila en aquel momento estuviera ocupado con la campaña en el Imperio de Occidente y no pudiera tomar represalias cuando dejó de pagar el tributo a los hunos. También fueron enviadas tropas para ayudar a Aecio en 452. Al mismo tiempo, el ejército oriental había lanzado una ofensiva menor contra el reino de Atila, aprovechando el hecho de que sus principales contingentes y su atención estaban concentrados en otra parte. Fue otro de los motivos por los que los hunos se retiraron de Italia.<sup>33</sup>

No cabe duda de que Atila habría reanudado la guerra al año siguiente. Sin embargo, a principios de 453 se casó una vez más y celebró la ocasión con una sesión prodigiosa de bebida, algo que de todos modos era muy habitual en su corte. A la mañana siguiente fue encontrado muerto, y a su esposa, histérica. Había perdido la consciencia y había fallecido ahogado debido a una hemorragia interna. Mucho más tarde, se inventarían historias románticas en las que su mujer le asesinaba para vengarse de las injusticias que había cometido contra su familia. Atila no había señalado a ningún sucesor y sus numerosos hijos pronto empezaron a pelearse entre sí para hacerse con el poder. Al mismo tiempo, muchos de los pueblos aliados y de los que habían estado sometidos a su dominio se sumaron a la pugna. En pocos años, el imperio de los hunos se había desmoronado.<sup>34</sup>

La madre de Valentiniano III, Gala Placidia, había muerto en 450. Su hermana Honoria no pudo haber sobrevivido a su madre demasiados años y nunca más vuelve a ser nombrada por nuestras fuentes. El emperador acababa de entrar en la treintena, pero jamás llegó a tener una personalidad independiente. En la corte el juego de influencias cambió y surgieron nuevas oportunidades para hombres ambiciosos. Al mismo tiempo, la posición de Aecio se había debilitado. En los últimos años, aun antes del ataque de Atila, cada vez le había costado más reclutar hunos para que lucharan a su lado. Mientras Atila estuvo vivo, era evidente que Valentiniano necesitaba a su general más poderoso para rechazar las invasiones extranjeras, pero ahora que el huno había muerto, Aecio parecía menos necesario. El general comprendió la vulnerabilidad de su nueva situación y creyó que podría asegurar su posición concertando un matrimonio entre su hijo y la hija de Valentiniano, Placidia. Sin embargo, el emperador continuaba sintiéndose molesto por el poder de Aecio, y un artero senador llamado Petronio Máximo le alentó a actuar. En septiembre de 454 el general se presentó en palacio para

acudir a una reunión, en Rávena. Durante el debate, Valentiniano y su chambelán eunuco atacaron de improviso a Aecio con sus espadas y lo despedazaron. Uno de los consejeros del emperador le dijo que se había cortado la mano derecha con la izquierda. No obstante, Petronio, el instigador, al no quedar satisfecho con la escala de la gratitud de su emperador, reclutó dos miembros de la guardia personal de Aecio y orquestó el asesinato de Valentiniano, que se produjo el 16 de marzo de 455. De inmediato, Petronio Máximo se declaró a sí mismo emperador.<sup>35</sup>

## SE PONE EL SOL EN UN EXTREMO DEL IMPERIO

*Los bárbaros transrenanos [...] constriñeron a los habitantes de Britania y a algunos de las provincias celtas a hacer defección del Imperio romano y vivir independientemente, dejando de prestar obediencia a las leyes de aquéllos. Ciñéndose entonces las armas, los de Britania afrontaron el riesgo de su propia defensa y libraron sus ciudades de los bárbaros que las amenazaban.*

Zósimo, a finales del siglo V.<sup>1</sup>

*Los romanos, no obstante, ya no pudieron recuperar Britania, sino que desde entonces siguió siendo gobernada por usurpadores.*

Procopio, mediados-finales del siglo VI.<sup>2</sup>

se dice que, en algún momento después de 446, Aecio recibió un llamamiento de ayuda por parte de los britanos, que habían sido atacados por los pictos, los escotos y otros bárbaros. Se lamentaron de que «los bárbaros nos empujan hacia el mar y el mar nos empuja para que regresemos hacia los bárbaros; entre estos dos tipos de muertes, sólo nos queda elegir entre ahogarnos o ser masacrados». No había habido gobernadores romanos en Britania durante una generación, pero la isla seguía siendo considerada parte del Imperio en un sentido general. Los britanos más destacados opinaban lo mismo, de ahí que hicieran un llamamiento al comandante militar del oeste, pero, de hecho, Aecio tenía otras prioridades y no envió ayuda alguna. Abandonados a sus propios recursos, los «concejales» británicos acordaron con un caudillo o rey lo

cal-literalmente, «un orgulloso tirano»- contratar a mercenarios sajones. Estos rechazaron a los bárbaros norteños, pero luego se volvieron contra sus empleadores y comenzaron a saquear distintas ciudades forzando a muchos de sus habitantes a huir por mar. En un momento dado, un noble llamado Ambrosio Aureliano, descrito como el «último representante de la raza romana», se alzó como líder de los supervivientes. Los britanos obtuvieron algunas victorias, que culminaron en un gran triunfo en la colina de Badon.<sup>3</sup>

La historia es narrada por primera vez por el sacerdote británico Gildas en algún momento del siglo VI. No proporciona ninguna fecha, aunque da la sensación de que su relato cubrió un periodo bastante prolongado, como mínimo de varias décadas. Sí menciona que el llamamiento inicial se hizo a un hombre que había sido elegido cónsul tres veces y eso sólo es aplicable a Aecio de 446 a 454. En realidad Gildas lo llama Agitio, pero una versión posterior de la historia sin duda acertó corrigiéndolo y llamándolo Aecio. No obstante, el error plantea la pregunta de cuánto sabía en realidad Gildas de hechos acaecidos al menos un siglo antes de que él naciera. Además, no estaba escribiendo historia, y ese pasaje procede de la introducción a una dura crítica a los «tiranos» y sacerdotes de su propio

tiempo. Las fuentes literarias de la Britania del siglo V son muy escasas y casi todas fueron escritas mucho después de que se produjeran los acontecimientos que describen. Es posible que algunos hechos fueran exactos, mientras que otros estuvieran equivocados y quizá se hubieran mezclado con el mito, o bien hubieran sido distorsionados deliberadamente por la propaganda posterior. Desde luego no es nada fácil separar la verdad de la ficción y algunos especialistas dirían que es <sup>4</sup> absolutamente imposible.

Sin embargo, no hay nada inherentemente inverosímil en el relato de Gildas. Los sajones -un término que en aquella época se empleaba para abarcar a una serie de grupos distintos entre los que se contaban los anglos, los jutos y los frisios- terminaron dominando gran parte de lo que llegaría a convertirse en Inglaterra a finales del siglo VI. Otras fuentes sugieren que hubo serios conflictos con ellos a mediados del siglo V. El hecho de que algunos sajones fueran contratados para luchar contra «otros bárbaros» y más adelante se enfrentaran con sus empleadores era una historia bastante familiar en el mundo romano de ese periodo. También sabemos que importantes grupos de britanos huyeron hacia el noroeste de la Galia, por lo que en un momento dado Armórica adoptó el nombre de Bretaña.<sup>5</sup>

Las fechas son poco habituales en nuestras fuentes y con frecuencia tanto éstas como otros detalles son poco fiables. Contamos con vestigios arqueológicos de ese periodo, pero, incluso para lo que es corriente, presentan notables problemas de interpretación. Como resultado, siguen surgiendo descripciones radicalmente distintas de la vida y la política del siglo V en Britania. Alrededor de este texto se ha creado un constante flujo de material sobre Arturo -buena parte del cual está concebido para el segmento más popular del mercado y se extiende a la ficción y al cine- que varía entre la historia seria y algunos estudios realmente imaginativos. Gildas nunca menciona a Arturo, y es una fuente posterior la que lo asocia con la victoria de la colina Badon. Es conveniente empezar a tratar de comprender la Britania de esa época antes de intentar siquiera describir a un Arturo «histórico». Recientemente los académicos han hecho mucho hincapié en situar los hechos en Britania dentro del contexto más amplio de la historia del Imperio de Occidente, una estrategia que ha resultado fructífera, aunque en todo caso ha aumentando la diversidad de interpretaciones de los mismos vestigios. En nuestro caso, el énfasis será invertido: analizaremos qué nos dice la experiencia en Britania sobre los últimos años del Imperio de Occidente.<sup>6</sup>

## **BRITANIA**

Britania fue una de las últimas incorporaciones importantes al Imperio romano. Julio César llegó al sureste en 55 a.C. y regresó con un contingente mayor al año siguiente. No se produjo una ocupación permanente: las expediciones resultaron un gran éxito propagandístico, pero obtuvo pocos beneficios prácticos y no tuvo como resultado la creación de una provincia. Sin embargo, el comercio con Britania se incrementó enormemente en las siguientes décadas y se estableció un cierto contacto diplomático. Una serie de refugiados de la realeza que huían de las luchas de poder tanto en el seno como entre las distintas tribus del sureste de Britania llegaron a la corte imperial en busca de respaldo. Augusto decidió no intervenir, intuyendo que el coste de la ocupación sería mayor que cualquier posible beneficio.

En el año 43 el emperador Claudio ansiaba desesperadamente obtener gloria militar para

fortalecer su endeble control del poder. Así pues, ordenó una gigantesca expedición para invadir Britania, a la que incluso se desplazó en persona. Las tribus del sureste fueron rápidamente vencidas o se rindieron, pero en las demás zonas el progreso fue más lento, aunque tampoco sabemos con certeza qué parte de Britania planeaban conquistar los romanos. En el año 60 estuvieron a punto de perder el territorio que ya controlaban: la reina Boudica de los ícenos se rebeló y muchas otras tribus anteriormente pro romanas se unieron a ella. Las tres ciudades más grandes de la provincia - Londinium (Londres), Camulodunum (Colchester) y Verulamium (Saint Albans)- fueron saqueadas. Por fin, una batalla decisiva, seguida por una despiadada acción punitiva, aplastó la rebelión, que ya nunca volvió a repetirse. A lo largo de las siguientes décadas se realizaron nuevas conquistas en el oeste y al norte: lo que pasaría a ser Gales y el norte de Inglaterra fueron ocupados tras una durísima lucha; en 84 un ejército romano obtuvo una victoria en algún lugar de Escocia, mientras que parte de la flota dio la vuelta a Britania y demostró que se trataba de una isla.<sup>7</sup>

Claudio envió cuatro legiones y una fuerte tropa de auxiliares a invadir Britania. Una generación más tarde, la guarnición fue reducida a tres legiones, aunque el número de auxiliares parece haberse incrementado. Un cálculo de los efectivos de la guarnición de Britania de mediados del siglo II los cifra en cincuenta mil hombres, si bien un número tan alto parece asumir que todas las unidades registradas en la provincia estuvieran allí simultáneamente. Aunque la auténtica guarnición hubiera sido más pequeña, sin duda era una parte sustancial de todo el ejército romano, aproximadamente una décima o una octava parte. Algunas tropas estaban estacionadas en el oeste, sobre todo en Gales, pero el grueso de la guarnición provincial estaba desplegado en el norte. Fue también en el norte donde se crearon una serie de defensas fronterizas, antes de que la línea principal se asentara de manera permanente en el muro de Adriano. Todo esto era inmensamente costoso. También era peligroso para un ejército tan grande contar con un único gobernador y no fue ninguna coincidencia que uno de los que intentaron hacerse con el trono en 193 friera el legado de Britania. Es posible que las campañas de Septimio Severo contra los caledonios hubieran permitido una clara reducción de los efectivos de las tropas. Al parecer, el tamaño de todos los barracones construidos en los fuertes del muro de Adriano durante los siguientes años era más o menos la mitad de los de periodos anteriores. Es muy probable que las centurias en esas unidades pasaran de tener ochenta a cuarenta hombres, aunque seguían estando al mando de un centurión. Si eso ocurrió de forma más general, entonces la dimensión del ejército estacionado en Britania puede haberse reducido hasta en un 50 por ciento. El mando provincial también se dividió.<sup>8</sup>

Aun cuando en el siglo III la guarnición fuera mucho más pequeña que en periodos anteriores, seguía siendo grande y costosa. Los recursos minerales de Britania empezaron a ser explotados muy poco después de la conquista. La isla también producía un importante excedente de grano, y buena parte del superávit o bien provenía de las fincas imperiales o bien era recogido por el Estado como tributo, de manera que el trigo británico ayudó a alimentar a las tropas acantonadas en Renania. Con todo, es dudoso que los beneficios de ocupar Britania llegaran a cubrir los gastos de mantener un gobierno y una guarnición allí. Pasó el tiempo y no se establecieron ni treinta ciudades, la mayoría capitales locales y centros administrativos para grupos basados en las antiguas tribus. Algunas de las ciudades, sobre todo Londres, Cirencester, Silchester y Saint Albans (Verulamium) eran grandes y a su debido tiempo obtuvieron basílicas, teatros, anfiteatros y casas de baños. No se conocía ningún circo para carreras de carros en Britania hasta que, en 2004, se descubrió uno en Saint Albans. Es prácticamente seguro que en el siglo IV todas las ciudades de importancia erigieron grandes iglesias (una especie de basílica que bien puede ser una catedral ha sido identificada en Londres). Otras capitales eran más modestas y se puede decir que ninguna adquirió el esplendor de numerosas ciudades de otras

provincias, en especial aquellas que estaban más cerca del

Mediterráneo. En muchas zonas no había grandes urbes, sino sólo lo que los arqueólogos conocen como «ciudades pequeñas». Esas comunidades, que por lo general se encontraban en los principales caminos, actuaban como mercados y albergaban diversas industrias locales.<sup>9</sup>

Muchos aristócratas británicos se pusieron del lado de los romanos desde el principio y obtuvieron grandes beneficios de la conquista. La grandiosa villa o complejo palaciego de Fishbourne fue construida en el siglo I, probablemente como residencia para el rey cliente del Imperio Tiberio Claudio Cogidubno, que fue descrito como un «gran rey». Ganarse el favor de los caudillos de los pueblos conquistados era una práctica romana habitual, y prominentes familias británicas pronto obtuvieron la ciudadanía y una educación en latín. No obstante, parece que la nobleza británica tardó mucho en llegar hasta los niveles superiores del servicio imperial. Muchos de ellos construyeron villas y magníficas casas en las ciudades, pero el espíritu de la vida ciudadana que era tan típica en otras provincias estaba menos desarrollado en Britania y, por lo visto, tampoco era tan común que efectuaran importantes donaciones para sus comunidades. En Britania se realizaron muchas menos inscripciones que en la mayoría de las demás provincias de gran tamaño, y buena parte de las que se conservan son de índole militar. En muchas zonas, el centro de la actividad diaria siguió siendo eminentemente rural. Gran parte de la población continuó viviendo en granjas y pequeñas aldeas. Algunos adoptaron estilos de construcción más romanos, pero otros siguieron viviendo en las tradicionales -y funcionales- casas redondas que ya eran familiares en la Edad de Hierro.<sup>10</sup>

Geográficamente, Britania estaba en los mismos márgenes del Imperio (y del mundo, desde la perspectiva de los griegos y los romanos). Se produjo algún contacto con Irlanda, pero la política oficial romana fue que no merecía la pena conquistar y ocupar el territorio. Britania requería una amplia guarnición y la ocupación nunca se desarrolló tanto o del mismo modo que en algunas de las provincias más próximas al corazón del Imperio. Por tanto, puede resultar tentador considerar su conquista como un fracaso, una costosa carga impuesta al Imperio por la vanidad y la urgente necesidad de gloria de Claudio. Sería un error. No todas las provincias evolucionaron de forma idéntica, y durante los tres siglos y medio que Britania permaneció bajo gobierno romano la vida allí cambió profundamente. Si hubo un descenso significativo en los efectivos de las tropas en el siglo III, es posible que la provincia estuviera más cerca de producir un beneficio para el Imperio. Aunque no era la provincia más rica de éste, una amplia franja de la población seguía disfrutando de considerable prosperidad. La reciente afirmación de que «por cada ganador que hubo bajo el gobierno romano, hubo cien perdedores» es muy difícil de demostrar, y el mismo autor señala que «no se puede concluir que la vida hubiera sido mejor sin Roma». Parece cierto que el abismo que separaba a los ricos y a los pobres se incrementó. Entonces como ahora, el hecho de que parte de la población llegara a ser mucho más rica no significa automáticamente que el estilo del vida del resto entrara en decadencia o que se hicieran más pobres en términos reales. La cantidad de hallazgos realizados en casi todos los yacimientos británicos del periodo romano es muy superior a la de los encontrados en la Edad de Hierro o en épocas posteriores a la ocupación romana, lo que pone de manifiesto que numerosos objetos eran mucho más fáciles de obtener para la población en general.<sup>11</sup>

Ya fuera por propia voluntad o por la fuerza, la población de Britania aceptó el gobierno romano. Hubo cierta resistencia armada, en especial en las comunidades del norte de Britania, pero, fuera de allí, no surgió ninguna iniciativa para unirse contra el gobierno imperial. Britania parece haberse librado de la peor parte de los trastornos del siglo III, aunque sólo fuera porque a un ejército grande le

era físicamente más difícil cruzar el mar para alcanzarla. Aunque las cifras fueran inferiores al máximo alcanzado en el siglo II, seguía habiendo importantes contingentes estacionados en la isla. Esa circunstancia y la tendencia de los emperadores a considerar distantes y rara vez urgentes los problemas de Britania la convirtieron en un fértil terreno para la aparición de usurpadores. Constantino el Grande fue, con diferencia, el más exitoso, pero todos los demás tuvieron ambiciones que iban más allá del control de la propia Britania. Todos ellos atravesaron el Canal con sus tropas, lo que debilitó la guarnición de la provincia, pero también, con la excepción del sofocamiento de la rebelión de Alecto, garantizó que todas las campañas en las consiguientes guerras civiles se libraran fuera de Britania.

## EL FINAL

A finales del siglo IV, Britania formó una diócesis bajo el mando de un *vicarius* que residía en Londres y que respondía ante el prefecto del pretorio. La diócesis estaba subdividida en cuatro o cinco provincias. La existencia de la quinta es incierta: Valentiniano I formó una provincia llamada Valentia, en su honor, pero queda poco claro si eso supuso la creación de una nueva o si se le había dado un nuevo nombre a una provincia ya existente. La *Notitia Dignitatum* enumera tres mandos militares en Britania. El *comes britanniae* comandaba una fuerza de *comitatenses* que consistía en tres unidades de infantería y seis de caballería. La proporción de regimientos de infantería frente a los de caballería es poco habitual, aunque los primeros solían ser mayores que los segundos y hace pensar que esas fuerzas de caballería eran contingentes concebidos para perseguir a reducidas bandas de asaltantes, más que para luchar en batallas de gran envergadura. Se suele considerar que esta pequeña fuerza de campaña es una creación posterior, tal vez de Estilicón, debido a los registros de despachos de unidades de ejércitos de campaña desde la Galia para abordar problemas surgidos en Britania durante el siglo IV. El *dux britanniarum* comandaba unidades de *limitanei*, la mayoría estacionadas en el norte y entre las que se contaban las guarniciones de algunos famosos fuertes del muro de Adriano. Por último, estaba el «conde de la Costa Sajona» (*comes Litoris Saxonici per Britannias*), que controlaba a los *limitanei* situados en las costas del este y el sur, desde Brancaster, cerca de Wash, hasta Portchester no lejos de la actual Portsmouth. Un estudio ha calculado que los efectivos máximos totales de esas tropas eran de veinte mil, pero considera que en realidad eran inferiores, cerca de doce mil. Como de costumbre, es probable que el verdadero número de efectivos en un momento dado haya sido

muy inferior a los del ejército sobre el papel.<sup>12</sup>

De la guarnición de Britania salieron tres usurpadores entre 406 y 407. Evidentemente, seguía habiendo suficientes tropas para que el último de ellos, Constantino III, entrara en la Galia y obtuviera el control de una gran parte del Imperio de Occidente. Seguramente llevó consigo parte -quizá la mayor parte- del ejército británico, y es poco probable que ninguna de esas tropas regresara a Britania, lo que sin duda debilitaría las defensas de la isla, exactamente igual que las anteriores usurpaciones que, en última instancia, acabaron fracasando. La guarnición se había debilitado, pero no hay consenso sobre cuáles eran las amenazas precisas a las que tuvo que enfrentarse. Nadie discute que había enemigos en el norte. Parece que los pictos -muy probablemente, el nombre se derivó de *picti*, u «hombres pintados», porque pensaban que solían llevar tatuajes- aparecieron a raíz de un estrechamiento de la unión entre las antiguas tribus caledonias. Al oeste de los pictos se encontraban

los escotos, que emigraron desde Irlanda y más tarde darían su nombre a Escocia. Ambos pueblos habían lanzado importantes razias contra las provincias británicas durante el siglo IV. Muchos de los ataques llegaron por mar, a lo largo de la costa, y parece que parte de las tribus que seguían viviendo en Irlanda también emprendieron algunas incursiones de saqueo. San

Patricio, muchacho de dieciséis años de edad, fue apresado como esclavo por un grupo de asaltantes como ése, aunque no se sabe a ciencia cierta si su captura tuvo lugar antes o después de que finalizara el gobierno romano directo.<sup>13</sup>

El nombre de Costa Sajona sólo figura en la *Notitia Dignitatum*. Amiano menciona que los sajones lanzaron razias contra Britania en 367 como parte de una invasión simultánea organizada por los pictos, los escotos y también los francos. Aparte de esa referencia hay escasa evidencia explícita de razias sajonas en la costa de Britania, al contrario de lo que sucede con sus ataques en la costa norte de la Galia, que aparecen mencionados con frecuencia. Esa desproporción puede deberse, sencillamente, a que nuestras fuentes sobre la Galia son muy buenas, mientras que las referidas a Britania son extremadamente insuficientes. Una lectura literal de los relatos de las operaciones de Carausio contra los piratas en el Canal de la Mancha nos induciría a pensar que sólo se produjeron ataques sobre la Galia, pero se suele dar por supuesto que también se emprendieron razias contra la costa británica. Si la Costa Sajona fue bautizada con el nombre del enemigo del que supuestamente debía defenderse, sería un ejemplo único en la historia romana. Por otro lado, la sugerencia de que se le dio ese nombre debido al gran número de tropas sajonas aliadas estacionadas o asentadas allí es

menos convincente todavía, y no hay ninguna prueba que la respalde.<sup>14</sup>

Algunas voces han cuestionado la capacidad de los asaltantes de lo que es ahora el norte de Alemania y Dinamarca para llegar a Britania. Se sabe mucho menos de los navios de altura de las tribus de este periodo que de los barcos de la era vikinga. Es posible que los pocos ejemplos arqueológicos que se conservan hubieran sido diseñados únicamente para vías fluviales navegables: ninguno de ellos tiene vela y se ha afirmado que sus quillas eran demasiado pequeñas para haber aguantado un mástil lo suficientemente fuerte para llevarla. Un grupo de guerreros habría podido remar hacia Britania y regresar con el posible botín, pero sin duda habría sido difícil. Es más probable que, sencillamente, aún no hayamos descubierto un ejemplo de velero diseñado para viajes más largos. En Dinamarca se ha hallado una talla de un bote a vela y, por las características inherentes al territorio, es improbable que los pueblos de esa zona jamás adoptaran esa tecnología. Es más difícil dilucidar qué tal funcionaría un bote de quilla corta con una vela, pero es importante recordar que la lucha en el mar era siempre excepcional. La única función a la que se destinaban esos navios era a traer y a llevar grupos de guerreros.<sup>15</sup>

Es dudoso que una nave así fuera especialmente grande, y más tarde (aunque en fuentes en cierto modo cuestionables) se suele mencionar la existencia de entre uno y cuatro barcos en cualquier contingente. Probablemente, un grupo de saqueadores compuesto por cientos de guerreros era excepcionalmente grande y la mayoría de las partidas serían más pequeñas. Por lo general, sólo atacaban objetivos próximos a la costa o a los que se llegaba a través de un río de fácil navegación. Aparte de la diferencia del medio de transporte, estos ataques eran esencialmente iguales a otras razias bárbaras. El escritor militar de finales del siglo IV Vegetio, menciona que el Canal de la Mancha estaba patrullado por pequeños barcos de guerra, cuyas velas, jarcias e incluso los uniformes de los marineros habían sido teñidos para confundirse con el color del mar. A pesar de que es posible que eso



hiciera más difícil que fueran avistados desde la distancia, sólo en contadas ocasiones lograrían interceptar a los asaltantes cuando se dirigían hacia su objetivo y es más probable que los capturaran antes o después de que llegaran a tierra, sobre todo cuando se batían en retirada. De nuevo, el patrón era muy semejante a las razias por tierra, y también en este caso el éxito de las expediciones por mar alentaría nuevos ataques. Por lo visto, las razias marítimas fueron bastante comunes en todo el periodo romano. Es muy posible que ya existieran antes de esta época y desde luego perduraron durante muchos siglos después de que el Imperio de Occidente hubiera desaparecido, alcanzando su apogeo durante la era vikinga.<sup>16</sup>

Los fuertes de la Costa Sajona tenían diversos diseños. Se cree que fueron construidos a lo largo de un periodo muy prolongado y no formaron parte de una estructura defensiva planificada sistemáticamente. Otros fuertes del siglo III, como el que existe junto al río Taff, en Cardiff, que no fueron incluidos en el mandato posterior, parecen compartir numerosas características. Todos contaban con poderosas fortificaciones y estaban situados junto a un río navegable, por lo general en su desembocadura. Poco se sabe de sus características internas. El propósito de los fuertes de la Costa Sajona se ha discutido con tanto acaloramiento como su nombre. Se ha sugerido que su papel era fundamentalmente logístico, versión que asume que el grano recolectado en las fincas imperiales o recogido como tributo era transportado por vía fluvial y almacenado dentro de un fuerte de la Costa Sajona. Desde allí podía ser transportado por la armada romana hasta Renania o cualquier otro lugar donde fuera necesario. No hay ningún tipo de prueba que respalde esa teoría, y en gran parte se basa en la errónea suposición de que los sajones no emprendieron razias significativas.<sup>17</sup>

Es imposible que los fuertes de la Costa Sajona impidieran todos los ataques, pero restringían el acceso a los principales ríos, lo que hacía más difícil para los asaltantes adentrarse en las zonas de campiña del interior. No sabemos si a principios del siglo V los romanos seguían manteniendo escuadrones navales en Britania, como habían hecho en años anteriores. En la *Notitia Dignitatum* no se menciona ninguno. Las patrullas marítimas habrían sido útiles para obligar a los asaltantes a ser más cautelosos y, en ocasiones, puede que les capturaran cuando estuvieran en la orilla o volviendo a casa. Es imposible saber cuándo dejaron de funcionar los barcos camuflados de la patrulla de Vegecio. Por lo general, operar con fuerzas navales era y es más caro que luchar con tropas de tierra, por lo que esos contingentes son especialmente vulnerables a la escasez de fondos. Seguramente, las guarniciones de los fuertes podían patrullar el terreno que circundaba sus bases, pero, como en cualquier otro sitio, no había suficientes tropas para mantener toda la frontera perfectamente segura. Lo máximo a lo que los romanos podían aspirar era a asegurarse de que las actividades de los saqueadores fueran una empresa arriesgada, interceptando suficientes grupos y evitando así que la costa de Britania llegara a ser considerada un blanco fácil. Puede que su presencia contribuyera a que la población se sintiese protegida, aunque fuera en pequeña medida, y es posible que los fuertes más grandes, como Porchester, también sirvieran como lugares de refugio.

En el siglo IV, todas las ciudades britanas estaban fuertemente amuralladas. La opinión está dividida respecto a si en este periodo las murallas se encontraban ya deterioradas. Hay casos de edificios públicos, como basílicas y teatros, que estaban casi en ruinas. Una cantidad importante de mansiones de la ciudad también había sido abandonada. Parece que en el año 400 sólo una minoría de comunidades contaba con una casa de baños en funcionamiento. Sin embargo, no hay duda de que la actividad de las ciudades continuaba: seguía construyéndose algún que otro edificio, aunque más a menudo en madera que en piedra, y varios antiguos edificios públicos fueron convertidos en talleres o fábricas. Más problemático es lo que los arqueólogos llaman «tierra oscura», una gruesa capa de tierra

gris oscuro que a menudo contenía restos de plantas, huesos de animales y carbón vegetal, que se ha encontrado encima de antiguos edificios romanos en muchos yacimientos urbanos. Aunque algunos lo han considerado un vestigio de estructuras de madera de construcción deficiente, es más probable que represente el abandono de esas partes de la ciudad como zona urbanizable. Puede que las utilizaran para cultivar o quizá no fueran más que basureros. Tal vez la población de muchas ciudades y pueblos descendiera en aquella época. Desde luego, había en ellos menos grandiosidad de la que hubo en el pasado, pero ese hecho en sí mismo no significa que los asentamientos dejaran de estar habitados por completo.<sup>18</sup>

En el siglo IV tuvo lugar la construcción de las villas más grandes y lujosas que se habían visto

nunca en la Britania romana. Es posible que en esos años algunas familias aristocráticas decidieran gastar más dinero en sus fincas en el campo que en sus casas de la ciudad, pero del mismo modo puede que ese fenómeno se deba a factores completamente distintos. A finales de siglo se erigieron muy pocas villas nuevas a esa escala y algunas que ya existían fueron abandonadas. Al igual que sucede con la decadencia de los edificios más importantes de las ciudades, eso no implica que esas tierras estuvieran abandonadas. Puede que la finca siguiera funcionando como una unidad de producción que rodeaba una morada más bien humilde, y la verdad es que nuestros conocimientos sobre el estado de la economía rural son escasos. También hay pocos restos arqueológicos que se relacionen directamente con el cristianismo en la Britania romana. Es cierto que los templos paganos continuaron siendo utilizados, sobre todo en las zonas rurales, pero algunas sugerencias de que en el campo se produjo un renacimiento del paganismo resultan poco convincentes. Hay más argumentos que apoyan la teoría de que a principios del siglo V la mayoría de la población urbana y rural era cristiana, como mínimo, nominalmente.<sup>19</sup>

Fueran cuales fuesen los cambios graduales que experimentaron los destinos de las ciudades, pueblos y fincas rurales, el final del gobierno romano oficial en Britania llegó de una manera tan abrupta como inesperada. Constantino III prosperó durante cuatro años antes de acabar siendo derrotado: muchos de los hombres más destacados de Britania habían perdido el entusiasmo que despertó en un principio su gobierno. Por lo que podemos saber, una vez se marchó al continente no había mostrado verdadero interés en Britania o sus problemas, tuvo que estirar sus ajustados recursos y, en realidad, el éxito que disfrutó fue sólo un reflejo de la debilidad del gobierno central. En torno a 407-408 algunos líderes británicos se rebelaron y expulsaron a los funcionarios de Constantino. Zósimo nos cuenta que cerca del año 410 los rebeldes apelaron al emperador Honorio, que respondió desde Rávena «instándolos a valerse por sí mismos». Este pasaje ha sido puesto en duda y algunas voces han sugerido que un error del copista cambió Bruttium, en Italia, por Britania, pero esa teoría no es demasiado convincente y presenta sus propios problemas. Al final, no importa si Honorio realmente habló a los líderes de Britania en esos términos. De lo que no hay duda es que el gobierno romano directo concluyó más o menos en aquel momento. El gobierno de Rávena era incapaz de reafirmar el poder romano en una provincia tan distante. Aun cuando Constantino acabó siendo derrotado, había muchos otros problemas sin solucionar y los recursos eran insuficientes.<sup>20</sup>

## TRAS EL FIN

El gobierno romano en Britania finalizó con una rebelión contra Constantino III. Por lo que sabemos,

no fue una revuelta contra Roma o contra el propio Imperio, ya que, al parecer, al menos durante el siglo siguiente, los habitantes de la isla que habían disfrutado de educación siguieron refiriéndose a sí mismos como romanos o britanos por voluntad propia. En cierto modo, el hecho de que los rebeldes no proclamaran un nuevo emperador fue inusual. Para entonces, el ejército que quedaba en Britania debía de ser muy reducido, tal vez poco más que unas unidades mínimas de *limitanei* desperdigadas por los puestos de avanzada de las fronteras. No eran ni suficientemente numerosos ni estaban suficientemente unificados para imponer a un único gobernante, ya fuera un emperador o un representante del gobierno de Honorio. Nadie contaba con poder o dinero para mantener la diócesis ni tampoco para mantener unidas las distintas provincias. Las nuevas monedas dejaron de llegar a Britania en cantidades significativas después de 402 y ninguna de las comunidades o líderes que aparecieron en el siglo V acuñaron las suyas propias. Esa ausencia de nuevas monedas hace mucho más difícil fechar los yacimientos de ese periodo, pero no significa que la economía dejara de ser monetaria por completo, puede que el dinero todavía se siguiera empleando para algunos intercambios durante considerable tiempo. Es un indicio de que ya no había soldados profesionales cobrando un salario del Estado. El sistema tributario imperial también dejó de funcionar, y el oro o el grano o los demás tributos ya no tenían que ser recogidos y transportados en una escala tan inmensa.<sup>21</sup>

Britania se fragmentó en muchas comunidades independientes. No se produjo una mera regresión al sistema de las antiguas tribus anterior al gobierno romano. Había pasado demasiado tiempo para que la organización tribal tuviera demasiado sentido, y en aquel momento tenía ya más relevancia la delimitación de los estados administrativos creados por los romanos. Aun así, los focos de poder que emergieron no se ciñeron con mucha precisión a esas fronteras, sino que se crearon nuevos estados o reinos. La mayoría, si no todos, eran gobernados por reyes (o tiranos, como tienden a llamarlos Gildas y otras fuentes). Puede que no fueran la única autoridad existente y parece que seguía habiendo algunos líderes municipales, pero ese tipo de caudillos eran indudablemente más fuertes que las demás figuras de poder que surgieron. El poder imperial central había desaparecido y, en su lugar, cualquiera que fuese capaz de controlar suficiente fuerza, influencia y riqueza podía crear un reino.<sup>22</sup>

Una fuente escrita en la Galia a mediados del siglo V habla de que Britania «fue devastada por una invasión sajona» en 410. No hay restos arqueológicos que documenten ese ataque, pero tampoco de la mayoría de las incursiones de los bárbaros en Britania y otras partes del Imperio. Desde luego, parece que los asentamientos de sajones o de otros pueblos germanos del norte en la Britania de principios del siglo V se limitaron a unas cuantas comunidades del sureste. Podría haberse tratado tanto de mercenarios que habían traído consigo algunos líderes britanos -o, antes que ellos, las autoridades imperiales- como de colonos haciéndose por la fuerza con territorios donde asentarse. El ejemplo de los godos de Alarico demuestra que el mismo grupo podía aparecer en ambas formas a lo largo de sólo unos cuantos años. Lo más probable es que los ataques de 410 fueran duras razias en las que ni era necesaria la participación de grandes números de guerreros ni pretendían llevar a cabo una ocupación permanente. Algunos prefieren datar los ataques en una fecha anterior y asociarlos con los que se supone que provocaron la rebelión contra Constantino III. Otra alternativa posible es que los ataques sajones se intensificaran para sacar provecho de la debilidad en la que se encontraba Britania tras la expulsión de las autoridades imperiales.<sup>23</sup>

Las razias sajonas suponían un problema, sobre todo para las comunidades situadas en áreas vulnerables, y lo mismo sucedía con las bandas de saqueadores de pictos, escotos e irlandeses. Es muy posible que fueran de pequeña escala, en especial cuando los asaltantes llegaban por mar. El gobierno romano en Britania no finalizó debido a los ataques exteriores, ni tampoco las figuras de poder

británicas que surgieron fueron derrocadas enseguida por esos enemigos extranjeros. Hay algunos indicios de que los britanos se organizaron para combatirlos, y algunos fuertes, principalmente en el muro de Adriano, fueron recuperados en el siglo V. En ocasiones los vestigios de actividad son mínimos, pero en Birdoswald se construyó un gran edificio de madera sobre los cimientos de un granero romano. Alguien reparó asimismo las defensas de Housesteads, aunque las reparaciones se realizaron con tierra en vez de con piedra. Como mínimo, ese gesto sugiere que los líderes bélicos locales que contaban con bandas de guerreros se concentraron en antiguas bases militares parcialmente restauradas. Un estudioso lo considera incluso como una señal de que había surgido un líder capaz de restablecer en cierta medida el antiguo mando militar del *dux britanniarum*, si bien, sin duda, a una escala más modesta.<sup>24</sup>

Es muy probable que los reyes y caudillos de Britania lucharan entre sí con tanta frecuencia como lo hacían contra enemigos extranjeros -los romanos no tenían el monopolio de la guerra civil- y la fragmentación de las provincias en numerosos reinos pequeños no sugiere una especial armonía. Sería sorprendente que, al igual que los romanos, no emplearan a los bárbaros como aliados o mercenarios para enfrentarse a sus vecinos y rivales. Durante al menos unas cuantas décadas, fueron los líderes británicos los que tuvieron el control de toda la antigua diócesis romana. No se apagó ninguna luz haciendo desaparecer instantáneamente todos los aspectos de la cultura y la vida del periodo romano. La mayoría de ciudades y pueblos siguieron estando habitados, al igual que muchas villas. Se erigieron algunos edificios importantes dentro de las antiguas murallas de algunas ciudades, aunque todos ellos se construyeron invariablemente en madera. Los sistemas de abastecimiento de agua siguieron en funcionamiento durante la mayor parte del siglo V y, al menos en un caso, fueron reparados. También algunos baños continuaron abiertos, pero en general fueron una de las primeras cosas que entraron en decadencia y que fueron abandonadas tanto en las ciudades como en las villas. Muy pronto no quedaba nadie que poseyera la destreza o la riqueza para mantener esas sofisticadas piezas de ingeniería, y no digamos para construir unos baños nuevos. También se produjeron otros cambios más mundanos. Pronto fue inusual utilizar cerámica que no hubiera sido fabricada localmente y, poco tiempo después, los alfareros dejaron de producir cerámica con torno.<sup>25</sup>

Algunos aspectos de la cultura romana sobrevivieron, pero eso no quiere decir que los cambios no fueran grandes y bastante rápidos -desde luego, dentro de una generación-, aunque no instantáneos. La vida en Britania se tornó menos sofisticada, con escasos signos de una prosperidad comparable a la del periodo romano. Hasta cierto punto, los más ricos estaban protegidos y les era más fácil marcharse y asentarse en Bretaña, pero sus comodidades eran menos que antes, tanto allí como en la propia Britania. El oeste de Britania, en especial Gales, Cornualles y Cumbria, fueron algunas de las partes de la provincia romana que menos desarrollo alcanzaron. Paradójicamente, se cree que esa situación cambió cerca de un siglo después del fin del gobierno romano y que esas áreas se hicieron un poco más «romanas» y, casi sin lugar a dudas, más completamente cristianas. No hay vestigios fiables que den fe de la existencia de una importante comunidad pagana en Britania en los siglos V y VI antes de la creación de los reinos sajones.<sup>26</sup>

Britania no quedó aislada de todo contacto con los imperios romanos después de 410. El comercio decayó drásticamente y ya no pertenecía a los sistemas burocrático y fiscal del Imperio, pero, tanto para los romanos como para los britanos, seguía siendo parte del mundo romano. La Iglesia desempeñaba un papel clave a la hora de mantener ese contacto. Posteriormente, el obispo Germano de Auxerre, de la Galia, fue canonizado. Su biógrafo registró dos visitas a Britania, la primera en 429 y la segunda en algún momento a lo largo de los siguientes quince años. Es evidente que los viajes a

Britania seguían siendo posibles y no eran demasiado peligrosos. No obstante, es difícil juzgar cuánto sabía realmente el biógrafo de la vida en la isla. Parece que Germano visitó Saint Albans (Verulamium) y fue al santuario de su famoso mártir. En una ciudad curó a la hija ciega de un dignatario local, al que llama tribuno, pero es cuestionable si ése era el título correcto. También logró el apoyo de los locales para derrotar a una banda de sajones y de pictos -una combinación en sí bastante improbable-, enseñando a sus hombres a levantarse al grito de «¡Aleluya!». Dice la leyenda que eso bastó para hacer que sus enemigos huyeran en desbandada.<sup>27</sup>

Sin embargo, la principal razón de ambas visitas era combatir a los cristianos herejes más que a los saqueadores extranjeros. Germano sostuvo debates con sacerdotes que profesaban una doctrina llamada pelagianismo, que tomaba su nombre del de su fundador. Pelagio era originario de Britania, aunque sus sermones no empezaron a atraer verdadera atención hasta que se trasladó a Italia en 380. Su particular rama de ascetismo era moderado según los estándares de la época, pero su énfasis en la capacidad de los individuos para alcanzar la virtud a través del esfuerzo y convertirse así en aceptables ante Dios era bastante más polémico. Con el tiempo acabó teniendo numerosos detractores prominentes, entre ellos San Agustín, que le acusó de negar de hecho que la salvación dependiera exclusivamente de la gracia. Finalmente, Pelagio fue condenado por hereje en 418. El biógrafo de Germano afirma que el obispo lograba confundir con facilidad a los pelagianos británicos en los debates. También los describe como jactanciosos y aficionados a vestir con ostentación, pero puede que se trate sólo de críticas convencionales; es difícil decir si esa descripción puede utilizarse para afirmar que había un importante número de aristócratas y sacerdotes acaudalados en las ciudades británicas.<sup>28</sup>

## INVASORES

Los libros más antiguos tienden a describir la llegada de los sajones, los anglos, los jutos y las demás tribus como una invasión masiva que exterminó o expulsó a todos los habitantes británicos del sureste. Más adelante, esos pueblos seguirían expandiéndose, creando reinos y, con el tiempo, se mezclarían dando lugar a los anglosajones, hablarían su propia lengua germánica y tendrían sus propias costumbres y leyes sin la influencia de las ideas romanas o británicas. Los descendientes de la población de la Britania romana fueron llamados «galeses», o extranjeros, y se les obligó a retirarse a enclaves en Cornualles, Gales y el noroeste. Fue así como se creó Inglaterra.<sup>29</sup>

En épocas más recientes, las ideas en torno a esos hechos y a migraciones más antiguas han cambiado profundamente. Los estudiosos han puesto en duda la importancia de esos movimientos, sugiriendo que la población indígena superaba ampliamente en número a los invasores. Al mismo tiempo, a menudo se ha restado peso a la violencia con la que entraron en la isla, haciendo especial hincapié en la idea de que muchos de ellos llegaron en calidad de mercenarios. El descubrimiento de cementerios que parecen demostrar que los sajones y los britanos eran enterrados en los mismos lugares ha sido interpretado como una prueba de que ambos grupos fueron capaces de coexistir en paz. Otros eruditos han dejado de considerarla difusión de los estilos sajones -de nuevo, en gran parte, a partir de hallazgos en las tumbas y fundamentalmente de piezas de metalistería como broches y hebillas de cinturones- como un indicativo del avance de dichos pueblos, y se ha sugerido que los britanos imitaron de manera deliberada esos estilos, asociándose por propia voluntad a los pueblos germánicos por motivos políticos.<sup>30</sup>

Como de costumbre en estos casos, el péndulo se ha movido demasiado hacia el otro extremo y es importante volver a analizar la evidencia encontrada. Los hallazgos sajones se hacen mucho más comunes en torno a las décadas intermedias del siglo V. La mayoría se encuentran en el este de Inglaterra y el grupo más grande de vestigios procede de enterramientos. Inicialmente adoptan la forma de cremaciones, pero poco a poco se va imponiendo la inhumación y el cadáver suele aparecer acompañado de objetos funerarios. Más o menos en el mismo periodo, nuestras fuentes literarias hablan de una gran guerra que comenzó cuando los mercenarios sajones se rebelaron contra sus patrones británicos. En una fuente tradicional, el rey responsable del reclutamiento de los servicios sajones es llamado Vortigern. Los nombres de los líderes de los guerreros, los hermanos Hengist y Horsa, significan literalmente «semental» y «caballo», y muy bien podría tratarse de invenciones posteriores.<sup>31</sup>

Es imposible reconstruir hoy en día los detalles y las fechas precisas de este conflicto, pero al parecer se produjo una ampliación de la zona dominada por grupos sajones en aquella época. Los acontecimientos en otras partes del Imperio han demostrado que las bandas de guerreros bárbaros no necesitaban ser especialmente grandes para provocar un cambio fundamental en el equilibrio local de poder. El gobierno imperial rara vez contaba con suficientes soldados para derrotar a esos grupos. Por lo general, sólo podían vencerlos cuando reclutaban otro grupo de bárbaros para que lucharan en su nombre. A la fuerza, los líderes que surgieron en Britania tendrían que ser mucho más débiles y, por tanto, menos capaces de enfrentarse a las bandas de bárbaros. Dado que no existía una autoridad central tan poderosa como el Imperio a principios del siglo V, incluso grupos muy reducidos de guerreros habrían presentado un grave problema. Por otra parte, parece que numerosos asentamientos en el norte de Germania y Dinamarca fueron abandonados en el siglo V. En algunas zonas el nivel del mar se elevó e inundó terrenos fértiles que se convirtieron en marismas. Es perfectamente posible que se produjera una migración importante hacia Britania en busca de mejores tierras.<sup>32</sup>

Los cementerios mixtos que aparentemente contenían enterramientos tanto sajones como británicos no pueden interpretarse de manera simple. En primer lugar es necesario ser bastante precavido antes de asumir que un objeto concreto denota a alguien de una raza en particular. Los broches eran funcionales y valiosos. No se desecharían o reconstruirían sencillamente porque el diseño no fuera tradicional en la cultura del propietario. Al final, los broches y las hebillas para cinturones servían para sostener la ropa más que para expresar identidad. Cualquier artículo de ese tipo podía fácilmente haber sido adquirido tanto por la fuerza como a través del comercio pacífico. No es imposible que los cementerios mixtos sean un indicio de la coexistencia pacífica de dos razas dentro de la misma comunidad, pero eso no significa que ambas vivieran así por propia voluntad. Hay muchos regímenes represivos que no serían desenmascarados necesariamente a partir de los registros de sus enterramientos. El hecho de que, al parecer, los britanos pudieran enterrar a sus muertos de acuerdo con sus propias costumbres y en la misma área general que los sajones no significa necesariamente que no fueran, en mayor o menor medida, una raza sometida.

En la segunda mitad del siglo V había un número significativo de caudillos sajones en el este y el sur de Britania. Eran fuertes y poderosos, lo cual era una realidad que nadie podía permitirse pasar por alto, y mucho menos los jefes y comunidades británicas que estaban más cerca de ellos. Desde luego es muy verosímil que algunos decidieran que su mejor opción era unirse a los recién llegados con la esperanza de beneficiarse de su poder. Muchos nobles británicos habían hecho más o menos lo mismo cuando Claudio invadió la isla en 43. Es posible que algunos britanos intentaran «convertirse» en sajones, exactamente igual que algunos de sus antepasados se apresuraron en «convertirse» en

romanos. En ninguno de ambos casos se trató de una acción espontánea, sino simplemente de una reacción ante la llegada de un nuevo poder al que parecía imprudente o imposible oponerse.

Una gran diferencia respecto a los romanos era que los sajones no estaban más unidos que los britanos. Aparte de que el término abarcara grupos de una serie de pueblos distintos, los propios sajones parecen haber estado tan desunidos como otras agrupaciones tribales. La cuestión no era sólo aliarse o no con los sajones en conjunto, sino hallar una forma de apaciguarlos o de defenderse de cada uno de los caudillos que se encontraran en un radio que hiciera posible un ataque. Es probable que las razias continuaran siendo una parte normal de la vida de los invasores. No hay ningún motivo para creer que la rivalidad y las luchas entre britano y britano y entre sajón y sajón hubieran cesado. También seguía habiendo otros enemigos, como los pictos y los escotos. Parece que algunas partes del oeste de Britania estuvieron permanentemente ocupadas y que siempre hubo asentamientos de caudillos procedentes de Irlanda. Tampoco el conflicto tenía lugar en una sola dirección. San Patricio escribió al rey británico Corotico condenándole por permitir que sus guerreros emprendieran razias de saqueo e hicieran esclavos entre los cristianos conversos de Irlanda. También tenemos noticia de un caudillo británico llamado Riotamo, que en 469 había llevado a su banda de guerreros hasta la Galia y se había convertido en un personaje de gran poder local. No sabemos si había sido obligado a abandonar Britania o si, simplemente, presintió que encontraría mejores oportunidades para beneficiarse y trabajar en el continente.<sup>33</sup>

En vista de la escasez y cuestionable fiabilidad de nuestras fuentes, no podemos hacer un esquema detallado de las guerras que se produjeron en los siglos V y VI. Sin embargo, el patrón general era de gradual expansión por parte de las tribus germánicas. Es evidente que los britanos que emigraron a Bretaña o a las regiones occidentales de la propia Britania salieron huyendo de algo. Sin duda los conflictos cesarían en algunos periodos y habría épocas de paz general, así como treguas locales más largas y duraderas. Tal vez los britanos lograron algunas victorias de importancia, como afirman Gildas y otros autores, pero en el siglo VI el poder sajón se fortaleció y comenzó a dar forma a una Inglaterra anglosajona. No todos los britanos habían huido o muerto, pero los supervivientes fueron absorbidos por sus conquistadores. La lengua celta fue reemplazada por la sajona en una amplia zona de la isla, y el latín, por el momento, fue abandonado casi por completo o íntegramente. Hasta la fundación de la misión de San Agustín de Canterbury en 597, los reinos sajones eran paganos, aunque es imposible saber si quedaba algún reducto de cristiandad en ellos. Para entonces, el Imperio de Occidente era sólo un recuerdo distante, pero la Iglesia católica mantenía parte de sus contactos internacionales.<sup>34</sup>

La Britania romana no había caído ante la presión exterior. Los líderes que derrocaron a los gobernadores de Constantino III empezaron rápidamente a pelearse entre ellos. Eran romanos tanto como britanos y la rebelión fue esencialmente una guerra civil, cuyo resultado fue la aparición de numerosos tiranos o reyes en vez de un solo usurpador imperial. El propio Constantino estaba demasiado ocupado luchando por su propia supervivencia para intentar recuperar el control de Britania, mientras que Honorio y sus sucesores carecían del poder necesario para hacerlo. Había enemigos extranjeros y, poco a poco, algunos de ellos fueron invadiendo gran parte de la isla, pero es importante no olvidar cuánto tiempo tardaron en completar la invasión. Todo, incluyendo el poder, el comercio y la guerra, se hizo mucho más local de lo que lo había sido durante el dominio romano. Algunos aspectos se mantuvieron, en especial en las áreas que estuvieron más tiempo en manos de los propios britanos. El cristianismo fue uno de los más importantes, y al cristianismo se debe, básicamente, que, al menos en parte, hubiera una cierta continuidad del alfabetismo, tanto en latín

como, más tarde, también en las lenguas celtas. El debate sobre hasta qué punto, en su caso, hubo continuidad entre la Britania romana y la Inglaterra anglosajona sigue abierto. Algunas ciudades eran importantes para ambas potencias, aunque es menos fácil afirmar si la ocupación fue ininterrumpida. Las pruebas que favorecen esa teoría no son demasiado sólidas, pero incluso la continuidad que puede rastrearse nunca debería impedirnos ver la gigantesca escala del cambio: tendrían que pasar quinientos años antes de que la mayor parte de la antigua diócesis romana volviera a unirse bajo una única autoridad. Transcurrieron casi siete siglos antes de que las catedrales normandas igualaran en escala a las basílicas de las ciudades romanas o a los edificios de los cuarteles de las fortalezas legionarias.<sup>35</sup>

No existen pruebas firmes de que Arturo realmente existiera, y las menciones que encontramos de él en las fuentes son comparativamente tardías. Por otro lado, no hay motivo para pensar que no haya existido, y es difícil encontrar a una persona -tal vez en especial entre los británicos- que no desee que efectivamente fuera real. Es evidente que los siglos V y VI fueron años de conflictos frecuentes, una época que propició la aparición de numerosos guerreros y caudillos. El hecho de que uno de ellos fuera especialmente exitoso y carismático es bastante verosímil, aunque es igualmente posible que las historias elaboradas con posterioridad sean una amalgama de las proezas de muchos hombres generosamente adornadas con mitos. Aparte de no saber si el personaje de Arturo forma parte de la leyenda o de la realidad, hay muchos otros aspectos de la historia y sociedad de Britania después de que dejara de ser provincia romana que, sencillamente, ignoramos. A largo plazo, probablemente se conservan menos huellas de la presencia romana en Britania que de casi cualquier otra provincia de la mitad occidental. Aun así, en conjunto, su experiencia muy bien podría tener más cosas en común con la experiencia general, al menos en el siglo V. Ha llegado el momento de analizar los últimos años del Imperio de Occidente.<sup>36</sup>

## EMPERADORES, REYES Y CAUDILLOS

*Porque el Estado romano está muerto o, como mínimo, moribundo en esas zonas donde todavía parece estar vivo.*

Salviano, a mediados del siglo V.<sup>1</sup>

La opinión de Salviano era profundamente pesimista y forma parte de una obra que condena la maldad, la avaricia y la corrupción de la sociedad romana. El hecho de que los romanos fueran ahora cristianos no hizo sino acentuar la gravedad de sus pecados, ya que siendo cristianos deberían saber lo que se hacían. Fueron muchos los clérigos que expresaron más o menos la misma idea. Los cristianos siempre habían mantenido muy vivas las expectativas de la Segunda Llegada de Jesús. En opinión de muchos, los desastres que sufrió el Imperio romano del siglo V, sobre todo el occidental, eran signos claros de la llegada del Apocalipsis. Había una larga tradición en la literatura clásica que explicaba los hechos en términos morales, y esa costumbre era todavía más fuerte entre los cristianos. Salviano afirmaba que los invasores bárbaros estaban siendo utilizados por Dios para castigar a los pecadores romanos. Como era de esperar en alguien con ese tipo de creencias, la imagen que pintó de la vida en el Imperio era desoladora. Necesitamos ser muy precavidos a la hora de utilizar ese tipo de fuentes, pero también es importante señalar que la actitud de Salviano estaba influenciada por experiencias reales: en 418, había presenciado el saqueo de Tréveris por parte de los francos y las tres últimas décadas de su vida fue presbítero en Massilia (Marsella), no demasiado lejos del reino godo establecido en Aquitania. Sólo unos cuantos años después de la muerte de Salviano, el último



emperador que gobernó Italia sería depuesto.

A mediados del siglo V la casa de Teodosio I el Grande ya había fracasado en ambos imperios. Teodosio II falleció en 450, y su primo Valentiniano fue asesinado sólo cinco años más tarde.

Ninguno de los dos dejó un hijo que pudiera sucederles ni tampoco hicieron ningún esfuerzo claro por designar un sucesor. De Oriente surgió un cierto vínculo con la familia imperial cuando Marciano se casó con la hermana del emperador, Pulqueria. No obstante, ella era una mujer de mediana edad y a pesar de que renunció al voto de castidad que había mantenido muchos años, y no sólo nominalmente, nunca hubo perspectivas de que la pareja tuviera descendencia. De hecho, pasaría algún tiempo antes de que un emperador fuera sucedido por un hijo propio. La elección de los nuevos emperadores -y en realidad, el hecho de deshacerse del que ocupara en ese momento el trono- solía tener más que ver con las decisiones de poderosos generales y otras figuras de la corte.

El Imperio de Occidente retornó muy pronto al típico modelo de usurpación y guerra civil. Petronio Máximo había promovido el asesinato de Aecio y, a continuación, había organizado el asesinato de Valentiniano III. Había otros personajes que también estaban deseosos de hacerse con el poder imperial, pero él fue el más resuelto y mejor organizado en el periodo inmediatamente posterior al magnicidio y logró proclamarse emperador. Se casó con la hija de Valentiniano, Eudocia, la misma joven que unos años antes había sido prometida al hijo del rey de los vándalos, Genserico. No está claro si ésa fue la provocación que desató el subsiguiente ataque de los vándalos contra

Italia. Algunas fuentes orientales alegaron que la madre de la joven, Eudoxia, realmente apeló a Genserico para conseguir ayuda. Por otra parte, una expedición naval de tan gran escala necesitaba unos preparativos considerables, lo que hace más probable que el rey vándalo ya estuviera contemplando emprender algún tipo de ataque antes de que se celebrara el matrimonio. Con Aecio muerto, los ejércitos del Imperio de Occidente todavía tenían que encontrar otro líder fuerte. Italia era fácilmente accesible para los vándalos y muy vulnerable, al menos en el futuro inmediato.<sup>2</sup>

Los vándalos llegaron a las afueras de la propia Roma en mayo de 455. Petronio Máximo estaba allí, pero o bien los contingentes de tropas no le eran leales o le faltó espíritu para organizar la defensa de la ciudad, así que huyó, junto con muchos otros, y fue asesinado en la confusión. Una historia cuenta que fue derribado de su caballo por una piedra lanzada por uno de sus propios soldados y que luego la turba acabó de rematarlo. Su reinado duró menos de tres meses. Poco después se abrieron las puertas de Roma para el ejército vándalo -nadie hizo ningún esfuerzo para defender sus murallas- y durante dos semanas los guerreros llevaron a cabo un saqueo exhaustivo de la ciudad.

Como los godos de Alarico, los vándalos eran cristianos arrianos y respondieron al llamamiento del Papa de tratar a las iglesias con respeto. Sin embargo, su pillaje de Roma duró mucho más y da toda la impresión de haber sido más sistemático que el saqueo de 410. Genserico y sus hombres tenían considerable experiencia como piratas y saqueadores desde que se establecieron en África e iniciaron sus incursiones de abordaje por mar. Mantener un cierto nivel de orden y control durante el pillaje en vez de dedicarse únicamente a asesinar, destruir y robar según el deseo de cada individuo tenía sentido desde el punto de vista práctico. Había muchas posibilidades de que ese tipo de actividades arruinara gran parte del botín y redujera así los beneficios para todos. Era menos probable que los habitantes de la ciudad se resistieran si podían percibir algo así, con la esperanza de que el enemigo no desatara una brutalidad más aleatoria y organizada. Para ellos era una mera cuestión de sobrevivir lo mejor que pudieran. Entre los tesoros arrebatados estaban los restos del botín tomado por Tito del Templo de

Jerusalén cuando fue destruido en el año 70. Aparte del oro, los vándalos también se llevaron con ellos a la viuda de Valentiniano, Eudoxia, y a sus dos hijas. No eran las únicas cautivas, y la perspectiva de aquellos que fueron capturados sólo como esclavos no era agradable. El obispo de Cartago vendió objetos litúrgicos de la Iglesia para comprar la libertad de muchos de estos prisioneros. Es posible que otros fueran menos afortunados.<sup>3</sup>

Petronio Máximo no había sido reconocido por Constantinopla y, de hecho, su gobierno sólo

estaba empezando a sedo en el Imperio de Occidente cuando fue asesinado. Había enviado representantes a figuras clave a todo lo largo y ancho de las provincias para asegurarse su respaldo. Petronio había elegido un aliado de prestigio llamado Avito para ir al reino godo de Aquitania, que en aquel tiempo era gobernado por Teodorico II. Los godos habían ayudado a Aecio a rechazar a los hunos hacía sólo unos años. Los reyes godos, por lo general, eran aliados leales del Imperio y, aunque había periodos de fricción, sin duda eran mucho menos sistemáticamente hostiles que los vándalos. Con todo, ningún emperador podía dar por descontado que contaría con su buena voluntad y su apoyo. El suyo era el más poderoso de todos los reinos tribales que se establecieron en las provincias y constituía un factor decisivo a la hora de determinar el equilibrio de poder y, de ahí, el éxito o fracaso de un régimen.

Mientras Avito seguía en Toulouse, llegaron las noticias de la muerte de Petronio. El embajador persuadió enseguida a los godos de que le proclamaran emperador. Avito no recibió el respaldo de una fuente menos ambiguamente «romana» hasta más tarde, cuando una reunión de hombres importantes de las provincias galas reconocieron su gobierno en Arlate (la actual Arles) en julio. No obtuvo un apoyo similar entre el ejército y los líderes civiles de Italia. Durante más de una generación, tanto en la Galia como en Italia, los puestos habían tendido a ser ocupados casi exclusivamente por hombres locales. Las aristocracias de las distintas zonas estaban tornándose más regionales y por tanto reacias a aceptar estar sometidas al dominio de unos «extraños». Las tropas estacionadas en Italia - fundamentalmente contingentes mercenarios y aliados, aunque es posible que algunas unidades regulares hubieran sobrevivido, aunque sólo fuera de manera nominal- estaban comandadas por Ricimero y Mayoriano, que se negaron enérgicamente a aceptar al nuevo emperador. Constantinopla también se negó a darle su aprobación a Avito.<sup>4</sup>

En 456 Avito dirigió a su ejército hacia Italia, pero fue derrotado en el valle del Po a las afueras de Placentia (la actual Piacenza). Entonces renunció al poder y se retiró para convertirse en obispo, pero murió en cuestión de meses. Hubo rumores de que se había tratado de un crimen. Después de negociar con la corte oriental, Mayoriano fue nombrado augusto del Imperio de Occidente al final de 457, con todo el respaldo de su colega de Constantinopla. Marciano había fallecido en enero y un oficial del ejército relativamente poco conocido, llamado León, fue proclamado emperador en su lugar. La aclamación de éste fue elaborada, y prolongada incluso para los estándares de la ceremonia imperial, y ello sugiere un esfuerzo consciente para establecer la legitimidad de su gobierno. Por el momento, la corte del Imperio de Oriente seguía estando dominada por el comandante en jefe Aspar y su familia. León era su elección, y pasaría algún tiempo antes de que el nuevo emperador fuera capaz de liberarse de la influencia de su general en jefe. Mientras en Oriente la competición giraba sobre todo en torno a quién controlaría al emperador, en el oeste la pugna por el poder tenía un objetivo menos definido y se recurría a la fuerza con más frecuencia.<sup>5</sup>

## PODER PERDIDO Y ENCONTRADO

El reino godo era la potencia más influyente dentro del Imperio de Occidente, sencillamente porque fue capaz de reunir el ejército más fuerte. Ningún otro grupo por sí solo -incluyendo los restos del ejército romano- era capaz de igualar el poderío militar que poseía el rey godo. Había otros centros de poder, como el reino burgundio que se creó en la Galia oriental con la aquiescencia de Aecio, y los francos, ahora firmemente establecidos al oeste del Rin. En Hispania, los suevos nunca habían estado completamente bajo control romano y hacía mucho que los romanos habían perdido el norte de África frente a los vándalos. Desde varios puntos de vista, esos distintos grupos se mantenían controlados entre sí, y los romanos continuaban empleando a un grupo de bárbaros para luchar contra el otro. Avito envió a los godos, así como a varios contingentes de francos y burgundios, a atacar a los suevos. Mayoriano siguió contratando a los godos para luchar en Hispania, a pesar de un breve conflicto que había tenido con ellos en la Galia. Eran demasiado valiosos como aliados y demasiado peligrosos como enemigos para arriesgarse a mantener una confrontación prolongada. Simplemente, era mucho más atractivo emplear sus tendencias agresivas contra otras amenazas. En relativamente poco tiempo, los suevos quedaron confinados de forma permanente en el extremo noroeste de la Península Ibérica. Su reino perduraría en esa región durante siglos, pero nunca volvería a suponer más que una amenaza limitada a nivel local. Es poco probable que los éxitos de los godos realmente tuvieran como consecuencia que algún territorio volviera a quedar bajo control imperial directo. Eso se verificó con total claridad después de 466, cuando Teodorico II fue asesinado y sustituido por su hermano menor Eurico: el nuevo rey expandió abiertamente su propio reino en la Galia e Hispania.<sup>6</sup>

A diferencia de los suevos, los vándalos eran más difíciles de alcanzar y no era posible hacerles frente simplemente persuadiendo a otro grupo bárbaro de que les atacara. Llegar a África requería una flota suficientemente grande para transportar un ejército numeroso hasta la provincia africana, así como las provisiones necesarias para garantizar su manutención allí. Aun contando con recursos sustanciales, una operación así era necesariamente compleja y arriesgada. En 460 Mayoriano se preparó para emprender una invasión desde las bases de operaciones establecidas de Hispania, pero, antes de que pudiera iniciarla, perdió el grueso de su flota en un ataque repentino lanzado por Genserico. El proyecto tuvo que ser abandonado, ya que no podían disponer de barcos para reemplazar en un futuro próximo los que habían perdido. El prestigio romano en Hispania -si es que existía tal cosa- sufrió un grave revés. Aún peor fue el daño que sufrió la propia reputación de Mayoriano. Cuando regresó a Italia en 461, Ricimero le obligó a abdicar y lo mandó ejecutar. Puede que al general -que como la mayoría de los oficiales en jefe tenía ascendencia bárbara, en su caso, sueva- no le gustara tener un emperador que estaba tan resuelto a actuar por propia iniciativa. El fracaso de la expedición del norte de África brindó una buena oportunidad para deshacerse de él. Unos cuantos meses después, Ricimero hizo que Libio Severo, mucho más débil que Mayoriano, fuera proclamado emperador. En esta ocasión no hubo reconocimiento por parte de Constantinopla.<sup>7</sup>

Durante algún tiempo, el gobierno del nuevo emperador apenas fue reconocido fuera de la propia Italia. En la Galia, el comandante de las tropas de la región se rebeló contra Ricimero, pero estaba demasiado ocupado tratando de controlar a los godos como para organizar una ofensiva seria. Otro general siguió sus pasos en Dalmacia, declarándose leal al emperador oriental, León, pero negándose a aceptar el gobierno de Libio Severo en Rávena. Era una situación extrema, aunque no sin precedentes. El Imperio de Occidente había ido perdiendo más y más territorios y más y más ingresos a lo largo de todo el siglo V. Cada nuevo asentamiento de un grupo bárbaro, ya tuviera lugar bajo la autoridad del

emperador y sus representantes o de manera independiente a través de la fuerza bruta, reducía todavía más los recursos imperiales: cada región ocupada de ese modo dejaba de pagar impuestos a las arcas imperiales.

En 395 el Imperio de Occidente era la menos próspera de las dos mitades en las que se había dividido el Estado de Teodosio. Desde entonces había sufrido reveses sucesivos a medida que Britania, Hispania, el norte de África y gran parte de la Galia dejaban de estar bajo su control directo y de reportar ingresos. Estilicón, Constancio y Aecio habían disfrutado de prolongados periodos de dominio, pero siempre les habían faltado los recursos de dinero, alimento y hombres para hacer mucho más que malabarismos destinados a sortear las diversas amenazas y problemas. Fueron capaces de impedir que esos problemas llegaran a ser fatídicos, pero sin llegar a ganar jamás ninguna victoria más permanente. A menudo, el asentamiento de grupos de bárbaros dentro de las provincias resultaba atractivo a corto plazo. Sin embargo, suponía inevitablemente eliminar otra zona del sistema de impuestos imperial. Los ingresos del Imperio de Occidente continuaron reduciéndose. Esas regiones que no habían sido perdidas de manera permanente no estaban necesariamente del todo bajo control, y muchas zonas habían sufrido razias y guerras civiles. Todos los grupos bárbaros establecidos dentro de las provincias decidieron en varias ocasiones atacar o tratar de conquistar las comunidades vecinas, por lo que las amenazas se incrementaron, y se establecieron en el corazón del Imperio al mismo tiempo que iban disminuyendo los recursos necesarios para hacerles frente.<sup>8</sup>

El peor golpe que sufrió la fortuna del Imperio de Occidente fue la pérdida de África a manos de los vándalos. Italia llevaba mucho tiempo dependiendo del trigo africano para satisfacer sus necesidades y, en un sentido más general, ésa era una de las zonas más productivas de todo el mundo romano en lo tocante a impuestos y recursos. Es decir, que el intento de Mayoriano de recuperar el norte de Africa estaba justificado. En el año 468 hubo otra tentativa, esta vez con la masiva participación del Imperio de Oriente, que envió tropas y una flota de más de mil naves, aunque, sin duda, muchas de ellas eran sólo pequeños barcos de transporte. Sin duda, las relaciones entre las cortes oriental y occidental habían mejorado tras la muerte por causas naturales de Libio Severo en 465. Pasaron casi dos años de negociación antes de que Ricimero acordara aceptar a un nuevo emperador, propuesto por León. Durante esa época no hubo ningún emperador en la mitad occidental, aunque no es probable que ese hecho tuviera excesiva repercusión en la vida del Imperio del oeste. El nuevo emperador se llamaba Antemio, y Ricimero se casó con su hija para sellar su alianza. A pesar de los grandes preparativos y la recopilación de recursos -también participaron numerosos contingentes de tropas suministrados por el gobierno occidental-, la segunda expedición también terminó en desastre. Esta vez la gran flota alcanzó la costa africana, pero entonces su comandante vaciló, detuvo las operaciones y empezó a negociar. Unos cuantos días más tarde, Genserico aprovechó la oportunidad que le brindó un viento favorable para desintegrar la flota de invasión con naves en llamas y, a continuación, atacó al resto de los barcos, dispersos y ya presa del pánico.<sup>9</sup>

Después de la humillación de un segundo fracaso, los vándalos no volvieron a ser atacados hasta el siglo VI. El Imperio de Oriente tardó muchos años en recuperarse del inmenso e inútil coste de la expedición de León de 468. El Imperio de Occidente continuó teniendo que arreglárselas sin los ingresos del norte de África y, a lo largo de los siguientes años, el agresivo ejemplo del rey fue

imitado por otros líderes establecidos dentro de las restantes provincias o en sus proximidades. Los recursos de que disponía el Imperio de Occidente, ya de por sí reducidos, continuaron disminuyendo. En algunas zonas de la Galia surgieron grupos de rebeldes llamados «bagaudas» -el nombre se encuentra en ocasiones escrito «bacaudae»-, que habían aparecido por primera vez en la historia romana a finales del siglo III. Aunque eran considerados por nuestras fuentes poco más que un grupo de bandoleros, es muy probable que la realidad fuera mucho más complicada. En esta y en otras ocasiones hay indicios de que algunos de sus cabecillas eran personas instruidas y, al menos inicialmente, habían sido miembros de la aristocracia local.<sup>10</sup>

En numerosas regiones los poderosos terratenientes mantenían a considerables bandas de seguidores en sus fincas. Algunos de esos hombres eran en realidad mercenarios, y como el grueso de las tropas que luchaban para los emperadores occidentales, solían tener origen bárbaro. Estos días, los estudiosos tienden a referirse a ese tipo de contingente local como «grupos de autoayuda», con lo que se sugiere un papel básicamente benéfico y de defensa. Son vistos como un indicio de que las comunidades locales tenían que recurrir a sus propios métodos para protegerse en un mundo cada vez más peligroso. Puede que en algunos casos fuera así, pero otras interpretaciones son igualmente posibles. Puede que el terrateniente local con su banda de matones contratados estuviera auténticamente dispuesto a utilizar ese contingente para proteger a sus arrendatarios y vecinos de los bandidos y de las razias bárbaras, pero la posesión de una fuerza así igualmente puede haberle permitido dominar las tierras circundantes, utilizando las amenazas o incluso la fuerza para someter a sus vecinos. Como en cualquier otro periodo, las líneas que separan una fuerza informal de guardia, un grupo parapolicial de vigilantes y una banda paramilitar/criminal que controla y «protege» su propia parcela de terreno son delgadas y con frecuencia poco claras.<sup>11</sup>

En el Imperio de Occidente del siglo V el poder tendía a ir tornándose más local. Un ejemplo extremo fue Britania tras el final del gobierno oficial romano. Igualmente, las regiones nórdicas de la Galia parecen haberse fragmentado en muchas unidades separadas en una fase bastante temprana, mientras que, en las postrimerías del reino de Eurico, los godos controlaron un área más amplia que varias provincias romanas, aunque su reino no seguía fielmente las antiguas fronteras administrativas. Los demás líderes bárbaros controlaban menos territorio que los godos en ese momento. Existían, además, otras figuras de poder más pequeñas, mucho más locales, como líderes de una ciudad, grandes terratenientes o caudillos menores, que eran capaces de dominar una pequeña zona y conquistar por la fuerza o extorsionar a la población para obtener lo que necesitaban para sustentar a sus seguidores.

El grado de independencia del que disfrutaban todas esas figuras, desde los reyes, pasando por los terratenientes, hasta los cabecillas de las bandas de bandoleros, variaba. Puede que algunos reconocieran el principio del control imperial, aun cuando a diario hacían caso omiso de los emperadores con impunidad. De ningún modo eran parte de una clara jerarquía de la administración imperial. Ningún emperador podía sustituir sin más, y ni siquiera llevar a juicio, a uno de los reyes tribales. Cuando querían evitar que cometieran incluso una infracción menor no tenían más opción que recurrir a las amenazas y, normalmente, al uso directo de la fuerza. Ahora bien, el poder imperial ya no poseía un dominio claro y decisivo en lo referente al uso de ésta. El auge de numerosos centros y figuras de poder regionales fue el hecho más destacado de la evolución del Imperio de Occidente durante el siglo V. Los más poderosos de ellos eran resultado directo de diversos asentamientos bárbaros. Cada uno de ellos marcaba otra fase en la decadencia del Imperio de Occidente, que al final provocaría la desaparición de los emperadores que gobernaban en Italia. No obstante, desde el principio, fueron consecuencia de la debilidad imperial, pero no su causa fundamental. Los gobiernos

sucesivos, de forma más o menos voluntaria, habían accedido, o al menos aceptado, que se crearan reinos en las provincias. El hecho de que se considerara inevitable, o en todo caso la más atractiva de las opciones disponibles, es ya una prueba de cuán débil era el Imperio.

Hubo otros signos de que el poder se les iba escapando poco a poco de las manos a los emperadores. Ya hemos observado que incluso en el siglo IV con frecuencia era extremadamente difícil que el emperador pudiera controlar a los funcionarios imperiales y a los comandantes del ejército. En el siglo V era más frecuente que los generales poderosos y las figuras de alta jerarquía de la corte dominaran a los emperadores que viceversa. El general Aspar fue excepcionalmente poderoso en el Imperio de Oriente durante décadas, en parte gracias al ascenso de sus familiares a puestos importantes y a la continuada lealtad de las tropas, principalmente godas. El emperador León reclutó a gran parte de sus soldados entre los montañeses isaurios de Asia Menor, con el fin de crear un contingente para luchar contra ese grupo de poder. Esos hombres procedían del Imperio, pero la región poseía un largo historial de bandolerismo y rebelión y, en el fondo, eran considerados como bárbaros y bandidos. Al final, en 471, sintió que estaba en condiciones de ordenar el asesinato de Aspar. Es notable que, al igual que sucedió con Aecio, un emperador prefiriera el asesinato no oficial a la expulsión del cargo o a un juicio. Sin embargo, la rebelión de los seguidores de Aspar demostró rápidamente que las opciones legales no eran seguras. La paz sólo se consiguió después de hacer considerables concesiones.<sup>12</sup>

Otro signo de la decadencia de la autoridad central era la creciente prominencia de los obispos como líderes en los asuntos locales. Hasta cierto punto, su auge fue el resultado de la tendencia de un cierto tipo de hombres, acaudalados, con buena educación y con contactos, a sentirse atraídos por la Iglesia. Probablemente sea un error lamentarse de que esos hombres no trataran de labrarse una carrera política en vez de hacerse eclesiásticos. La administración imperial no era más eficiente antes de que esa tendencia se hiciera tan pronunciada. Además, con frecuencia aquellos que entraban en la Iglesia mostraban tanto interés por las intrigas y la competencia feroz como los que ocupaban puestos en la burocracia imperial. En varias ocasiones, algunos grupos violentos, dispuestos a luchar por su candidato, protestaron ante la elección de un obispo, incluido el Papa. También se producían disputas por la supremacía de las principales sedes metropolitanas: Alejandría, en particular, se mostró contraria a someterse a la autoridad de la jerarquía eclesiástica de Constantinopla, mucho más nueva, a pesar de que la última era la capital imperial y el centro del gobierno secular. La política y la ambición individual a menudo teñían las disputas teológicas que continuaban dividiendo la Iglesia. La naturaleza de la Trinidad ya no era un tema controvertido, sino que las disputas se centraban en la precisa definición de la naturaleza de Cristo durante su encarnación, y sobre si habían existido de forma simultánea una naturaleza humana y una divina claramente separadas.<sup>13</sup>

A principios del siglo V, las posibilidades de que disponía un obispo para abusar de su poder y posición quedaron claramente ilustradas por la carrera de Cirilo, obispo de Alejandría a partir de 412. Es significativo el hecho de que su predecesor fuera su propio tío, lo que demuestra que su familia ya era importante. Cirilo utilizó con frecuencia a bandas de monjes para intimidar, no sólo a otros obispos, sino incluso al gobernador provincial. En sucesivos ataques contra paganos, judíos y cristianos herejes sobrepasó con creces la legislación imperial, haciendo a la vez una clara demostración de fuerza. Al mismo tiempo, tuvo la precaución de enviar con regularidad «regalos» a las figuras más poderosas de la corte. En 415 sus seguidores asesinaron de una forma espectacularmente brutal a la famosa filósofa neoplatónica Hipatia, que constituye una rareza en la historia clásica: una mujer ocupando un cargo en una de las universidades más famosas del mundo.

Aunque era pagana, sabemos que en su círculo de amigos había importantes cristianos, incluyendo a varios sacerdotes y al gobernador Orestes, que ya había entrado en conflicto e incluso había sido atacado por los monjes de Cirilo. El obispo trató incluso de retratar al gobernador como un pagano encubierto. En muchos sentidos, Hipatia fue asesinada simplemente para que los hombres de Cirilo pudieran demostrar lo poderosos que eran. Después de matarla, la banda se dispersó, pero sólo por un breve periodo y, a su debido tiempo, el obispo volvió a solicitar un apoyo semejante para otros proyectos. Cirilo estaba dispuesto a abusar de la intimidación y de la violencia, y además era muy hábil en la política eclesiástica. Estaba dispuesto a apelar al Papa de Roma cuando surgía una disputa con el obispo de Constantinopla. A pesar de la forma en que recurría a la violencia, era muy respetado como teólogo y desempeñó un papel clave en varios concilios eclesiásticos, durante los cuales puso de manifiesto su destreza como político, haciendo concesiones cuando era necesario para mantener su prominencia.<sup>14</sup>

Cirilo no era una figura atractiva, y sería fácil considerar el auge de figuras como él como una consecuencia directa de la humillación de Teodosio ante el obispo San Ambrosio de Milán. Es imposible imaginar que Constantino hubiera permitido una licencia así a un obispo. Sin embargo, no se trataba simplemente de que el poder de la Iglesia, como organización independiente de la jerarquía imperial, fuera creciendo poco a poco a expensas del Estado, sino que aquélla se expandió en un vacío que ya había aparecido por la decadencia de la autoridad central. Controlar a un hombre como Cirilo habría requerido un esfuerzo importante y unificado por parte de las autoridades provinciales e imperiales. Hacía mucho tiempo que la burocracia imperial había dejado de trabajar unida por un propósito, y Cirilo era un político tan astuto como para obtener o comprar el favor de suficientes oficiales influyentes de alto rango para asegurarse su protección. Una y otra vez las autoridades decidieron que no merecía la pena hacer el esfuerzo de controlarle. Los obispos ambiciosos de ese tipo -de forma bastante similar a los reyes bárbaros de las provincias occidentales- sabían que no podían actuar como quisieran sin más. Había límites, pero también comprendían que el poder de las autoridades centrales era más débil que en el pasado. Podían salirse con la suya en multitud de aspectos, sobre todo si aguardaban a que se presentara una oportunidad adecuada, cuando las autoridades estaban preocupadas por otros problemas. El talento de Cirilo para la política, su buena reputación como teólogo y la debilidad de la autoridad imperial en ese momento le permitieron alcanzar un gran éxito. Otros obispos, incluyendo a sus sucesores, no siempre tuvieron tanta suerte, y en ocasiones sufrieron la deposición o el exilio cuando perdieron el favor del emperador.

## UN MUNDO CAMBIANTE

Cuando aparecen descritos como líderes que hacían que la población local se uniera para defenderse de los ataques de que eran víctimas, los obispos son presentados bajo una luz menos negativa. El biógrafo de San Germano dice que encabezó una fuerza improvisada de britanos que derrotó a un ejército de saqueadores. San Sidonio Apolinar, obispo de Clermont, desempeñó un papel menos espectacular y, en última instancia, menos exitoso cuando se opuso a la agresión de los godos de Eurico. San Sidonio, miembro de la aristocracia provincial gala, había entrado en la Iglesia a una edad bastante avanzada en comparación con otros clérigos. Tanto por su educación como por su inclinación, San Sidonio era profundamente tradicional y sus escritos nos explican muchas cosas sobre cómo se adaptaron los líderes provinciales a la nueva realidad de que hubiera reyes bárbaros viviendo a su lado y entre ellos. San Sidonio dejó un retrato muy detallado y, en general, elogioso

del rey godo Teodorico II:

Su figura está bien proporcionada, es más bajo que los muy altos, más alto y más dominante que el hombre medio. La parte superior de su pelo está redondeada y en ella su cabello rizado se retira suavemente de la lisa frente [...]. Su barbilla, garganta y cuello no tienen grasa, sino que están llenos; su piel es blanca como la leche.<sup>15</sup>

Describe la rutina diaria del rey, que incluía un servicio arriano antes del amanecer en el que «reza con gran seriedad, aunque, entre nosotros, se puede ver que su devoción es más rutina que convicción». Después, se dedicaba a la administración, a recibir delegaciones, antes de hacer una pausa para visitar su erario o sus establos.<sup>16</sup>

La descripción está bastante lejos del arraigado estereotipo del bárbaro. Incluso la afirmación de que los peticionarios tenían más posibilidades de éxito si dejaban que Teodorico ganara en los juegos de tablero o de dados se aproxima sólo en parte a ese cliché. Desde muchos puntos de vista, San Sidonio podría igualmente haber estado describiendo la rutina del día a día de un emperador de principios del siglo III. El y otros aristócratas galos se sentían capaces de tratar con un hombre así, sin que eso les hiciera a ellos en absoluto menos romanos.<sup>17</sup>

Llevar esa vida sofisticada, pausada y muy cultivada del aristócrata romano era importante para San Sidonio y sus contemporáneos. Una de sus cartas describe en términos grandiosos y, según la moda de la época, rimbombantes, la casa de baños de la villa de un amigo en la Galia. Otra describe una experiencia de un baño mucho más primitiva, ya que afirma que los anfitriones todavía no habían completado la construcción de las instalaciones y, en su lugar, sus sirvientes excavaron con precipitación una zanja «cerca de un manantial o un río». Una vez la zanja estuvo llena de agua, arrojaron una pila de piedras calentadas y «mientras se templaba el agua, la taparon con una estructura abovedada construida con ramitas de avellano dobladas, a las que se había dado forma semiesférica». Los invitados entraron y «allí pasamos las horas sin que faltaran el ingenio y la conversación humorística». Hombres como San Sidonio estaban resueltos a ser «romanos», independientemente de las limitadas facilidades de que disponían incluso los aristócratas en la Galia del siglo V.<sup>18</sup>

San Sidonio fue uno de los miembros de la aristocracia provincial que sintieron que no podían aceptar la agresión que llegó a ser característica de los godos de la época de Eurico. Otros eran más favorables a su líder o quizá, simplemente, más pragmáticos. Como obispo, San Sidonio defendió su ciudad contra un asedio planificado de los godos. Al parecer, la lucha se desarrolló a muy pequeña escala y leemos que una partida de menos de veinte jinetes consiguió abrirse camino a través del bloqueo enemigo. Sin embargo, recibieron poca ayuda real desde el exterior y, transcurrido un cierto tiempo, el emperador de Rávena decidió entregar Clermont y otros pueblos fronterizos a los godos, como pago a cambio de la paz y para poder quedarse con ciudades más importantes, como Arelate (Arles) y Massilia (Marsella). Eurico se comportó con bastante moderación en su posición de vencedor y San Sidonio estuvo en prisión sólo unos cuantos meses. Durante su cautiverio, pudo estudiar y escribir, pero se quejó de que dos mujeres godas, ancianas y borrachas, que se pasaban toda la noche hablando cerca de su estancia, no le habían dejado conciliar el sueño.<sup>19</sup>

San Sidonio había presenciado la aclamación de Avito, que era su suegro, y estableció contacto con varios emperadores distintos y sus cortes, buscando favores y cargos. Sus escritos nunca dan la impresión de que alguno de los emperadores o sus representantes fueran especialmente poderosos en



la propia Galia. No hay rastro del ejército regular que una vez existiera. El padre de San Sidonio había sido prefecto del pretorio de la diócesis gala a mediados de siglo, pero es difícil decir cuánto control ejercía realmente un oficial de esa categoría en ese periodo. Todos los escritos de San Sidonio demuestran la necesidad de emplear el tacto cuando se habla de los líderes godos y de las demás tribus bárbaras.

La *Vida de San Severino*, un hombre santo -no parece que fuera sacerdote- que vivió en Noricum (la actual Austria), junto al Danubio, en la segunda mitad del siglo V, transmite una impresión todavía menos firme del gobierno central. En el texto sólo aparecen unas cuantas unidades de *limitanei*. Un tribuno -que, curiosamente, más tarde se convirtió en obispo- alegó que era incapaz de enfrentarse a un grupo de saqueadores bárbaros: sus soldados eran muy pocos y apenas tenían armas. Sin embargo, alentados por San Severino, él y sus hombres persiguieron a los saqueadores, les sorprendieron y les infligieron una derrota aplastante. Hicieron unos cuantos prisioneros, pero finalmente les dejaron libres después de que San Severino les advirtiera que no debían regresar.<sup>20</sup>

En términos generales, nos cuenta que:

En la época en la que el Imperio romano todavía existía, los soldados de muchas ciudades eran contratados con dinero público para servir como vigilantes en las murallas. Cuando esta práctica se abandonó, las formaciones militares se disolvieron y, al mismo tiempo, se permitió que la muralla se deteriorara. Las guarniciones de Batavis, sin embargo, se mantuvieron en su lugar. Algunos de los soldados habían ido a Italia a buscar el último pago para sus camaradas, pero de camino habían sido atacados y aplastados por los bárbaros.<sup>21</sup>

Los cadáveres de los muertos acabaron corriente abajo, flotando en el río, y fueron descubiertos. El panorama que se desprende de la historia es que los últimos restos del ejército fronterizo sencillamente desaparecieron cuando la paga, las provisiones y cualquier otro tipo de apoyo dejó de llegar. Al menos una comunidad contrató a un grupo de bárbaros para protegerse, pero la guarnición que introdujeron en esos términos en la ciudad amurallada pronto fue considerada una carga. Aprovechando el caos provocado por un terremoto, los bárbaros fueron expulsados de la ciudad, e incluso algunos de ellos se mataron entre sí en la confusión.<sup>22</sup>

En esos días, la vida en Noricum era peligrosa, pero no existía un único enemigo, sino que había un abanico de tribus diversas, entre las que se cuentan los rugios, los hérulos, los godos y los alamanes, así como distintos caudillos o reyes. Todos estos grupos se dedicaban a saquear la provincia, normalmente mediante incursiones de pequeña escala cuyo objetivo era obtener botín y prisioneros. Ocasionalmente, llegaron a destruir comunidades enteras, por lo general, haciendo caso omiso de las advertencias previas de San Severino. Parece que algunos caudillos, entre los que destaca el rey Feva de los rugios, se habían establecido de forma permanente en las provincias y habían sometido a parte de la población provincial a su dominio. En ocasiones, San Severino logró moderar las acciones de algunos de estos líderes, pero incluso sus éxitos eran siempre temporales. La tendencia general era que se fuera destruyendo o abandonando una comunidad tras otra y que la población se fuera alejando del Danubio. Con el tiempo, una amplia parte de la población superviviente abandonó la provincia por completo llevándose con ellos los restos de San Severino, que había fallecido en 482.<sup>23</sup>

El mundo de la *Vida de San Severino* es más obviamente desolador y peligroso que el que evocan las cartas de Sidonio Apolinar. Noricum aparece como un lugar considerablemente más sombrío que la Galia, y las únicas notas de ánimo proceden de la fe y el poder de San Severino. Ambos conjuntos de escritos revelan cómo era la vida en una época en la que el Imperio de

Occidente era más débil de lo que lo había sido una generación antes. El ejército profesional había desaparecido, como también las fuerzas aliadas y mercenarias con las que Constancio y Aecio habían mantenido la estabilidad durante un tiempo. El gobierno central carecía de capacidad para intervenir en los asuntos locales como norma general. Por otra parte, había varios líderes de origen bárbaro que se habían establecido en las provincias o que tenían suficiente poderío para atacarles y, aunque no eran grupos invariablemente hostiles, ni tampoco eran irreparable e implacablemente salvajes, eran extranjeros. Además, formaban parte de las realidades de la vida: no había fuerza capaz de destruirlos, ya que incluso las derrotas de los grupos más reducidos solían ser limitadas y a corto plazo. Las circunstancias cambiaban de una zona a otra y de individuo a individuo, pero la única opción posible era aceptar la existencia de estas nuevas figuras de poder.

## EL ÚLTIMO EMPERADOR

En el Imperio de Occidente, las relaciones entre Antemio y Ricimero se fueron deteriorando con el tiempo, y en 472 se desencadenó una guerra abierta entre el emperador y su general. Antemio empleó los servicios de un ejército de godos procedentes del Danubio, parte de un grupo más amplio que ahora se conoce como los ostrogodos o «los godos del este», para distinguirlos de los visigodos o «los godos del oeste», establecidos en la Galia (los términos en realidad no aparecieron hasta el siglo VI y a esas alturas los ostrogodos seguían divididos en diversos grupos diferentes). La ayuda de los godos resultó insuficiente y el emperador fue derrotado y ejecutado en julio. Ricimero lo sustituyó por uno de los pocos hombres que quedaban que tuviera alguna relación, aunque fuera vaga, con la casa de Teodosio: se trataba de un aristócrata romano llamado Olibrio, que estaba casado con la hija menor de Valentiniano III, Placidia. La diplomacia había conseguido que la pareja regresara de su cautiverio entre los vándalos unos años antes. El nuevo régimen duraría muy poco: tanto Ricimero como Olibrio murieron de enfermedad con unas semanas de diferencia en el otoño de 472.<sup>24</sup>

El mando del ejército de Italia pasó a manos del sobrino de Ricimero, Gundobado. En 473, éste designó un nuevo emperador, un funcionario de la corte llamado Glicerio, nombramiento que el emperador León se negó a reconocer. Gundobado era príncipe burgundio, además de oficial romano y, en un momento dado, parece que decidió que tenía más posibilidades de obtener poder y éxito entre los miembros de su propio pueblo. Se marchó de Italia buscando satisfacer sus nuevas ambiciones y nunca regresó. En 474 el Imperio de Oriente respaldó una invasión de Italia dirigida por el general Julio Nepote. Glicerio fue depuesto, pero le perdonaron la vida y se retiró para convertirse en obispo. Julio Nepote fue proclamado emperador. Como el de sus inmediatos predecesores, su gobierno apenas obtuvo reconocimiento fuera de Italia, a pesar de que fue aceptado por Constantinopla. Fue decisión suya entregar Clermont a los visigodos, para indignación de San Sidonio Apolinar.

El poder de Nepote fue cuestionado incluso dentro de la propia Italia. Las tropas italianas -al parecer, todas ellas contingentes de las tribus germánicas que incluían importantes números de rugios y hérulos procedentes de la frontera del Danubio- estaban bajo el mando de Orestes. Aún más que Gundobado, el ejemplo de Orestes ilustra las confusas lealtades y modelos de carrera que

caracterizaron el siglo V. Décadas antes había servido a Atila el Huno como secretario y embajador. En 475 se rebeló contra Nepote, que huyó de Italia y volvió a su antigua base de Dalmacia. Constantinopla protestó, pero no hizo nada tangible para ayudarlo. León había fallecido en 474, y le habían sucedido conjuntamente su yerno Zenón y el hijo de éste y nieto de León, un niño de siete años al que llamaron León II; pero el muchacho falleció en el plazo de un año, dejando a su padre como gobernante único. Zenón -su nombre original era Tarasicodissa- era un noble isaurio que había sido ascendido a un puesto de alta jerarquía y que estaba casado con la hija del emperador. Su auge fue una de las consecuencias más espectaculares de la preferencia de León por los isaurios para crear una fuerza militar que le fuera leal, en vez de elegir generales de alto rango como Aspar. En 475 el nuevo emperador se enfrentó a un serio desafío encarnado en la persona del usurpador Basilisco. Zenón salió huyendo de Constantinopla, que hasta finales del siguiente año siguió estando bajo el control de su rival. Al final fue Zenón quien prevaleció, y seguiría sobreviviendo a nuevos ataques contra su mandato, aunque la pugna dentro del Imperio de Oriente garantizó que durante esos años no se planteara siquiera emprender una intervención de envergadura en el oeste.<sup>25</sup>

En el año 475, Orestes nombró emperador a su hijo. El muchacho se llamaba Rómulo, pero enseguida le pusieron el apodo de Augústulo o «pequeño Augusto». Fue el más obvio gobernante marioneta en una sucesión de emperadores débiles creados por los comandantes de las tropas de Italia. La importancia de esos generales dependía de la lealtad que mostraran hacia ellos sus tropas.

En 476 Orestes la perdió a favor de otro oficial llamado Odoacro. Había surgido cierto descontento entre los soldados debido a que el nuevo gobierno había rechazado sus demandas de territorio, o tal vez de los ingresos del impuesto derivado de él. Orestes fue asesinado, mientras que su hijo fue únicamente depuesto y le permitieron vivir el resto de su vida en una cómoda reclusión. Era tan poco importante que no merecía la pena molestarse en matarlo, y Odoacro pensó que tampoco merecía la pena crear un nuevo emperador para sustituirle, así que las insignias imperiales fueron enviadas formalmente a Constantinopla. Oficialmente, el Imperio estaba unido de nuevo bajo el poder de Zenón y sus sucesores, que gobernaban como emperadores únicos desde Constantinopla. En la práctica, las tierras del antiguo Imperio de Occidente tomarían su propio camino y lo mismo sucedería con varios reinos independientes.<sup>26</sup>

Odoacro era un esciro, y es evidente que no consideraba posible o prudente ocupar personalmente el gobierno imperial. Quizá presionado por sus seguidores, se proclamó rey y gobernó Italia con ese cargo en vez de hacerlo como mero jefe del ejército italiano. En la medida de lo posible, conservó las estructuras administrativas regionales y locales: en Roma, el Senado seguía reuniéndose y continuaba habiendo prefectos de la ciudad y otros magistrados, mientras que en 484 se llevaron a cabo unas importantes reparaciones en el Coliseo. Puede que la ausencia de emperador en Occidente no fuera inmediatamente obvia para muchos habitantes de Italia, y no digamos en el resto de las provincias. Hacía mucho tiempo que el poder imperial se había debilitado tanto que los emperadores occidentales habían llegado a ser prácticamente irrelevantes. En retrospectiva, muchos ciudadanos del Imperio de Oriente consideraron significativo el año 476. Nepote siguió viviendo en el exilio en el Imperio de Oriente hasta su muerte en 480, pero no se hizo ningún esfuerzo para reinstaurarle en el poder. Odoacro acuñó monedas con el nombre de Nepote, a pesar de su rechazo a reconocer su mandato.<sup>27</sup>

No obstante, pocos pueden haber ignorado el simple hecho de que el poder supremo residía ahora en un ejército fundamentalmente extranjero, sólo porque poseía un poderío militar superior. Odoacro, a su vez, fue reemplazado por un caudillo más fuerte, el rey Teodorico, líder de los ostrogodos que

invadieron Italia en 489. La pugna entre ambos reyes se prolongó varios años, durante los cuales Odoacro logró mantenerse en Rávena durante un periodo considerable. Al final, los dos dirigentes negociaron un acuerdo de paz por el cual ambos compartirían el poder. Sin embargo, poco después, Teodorico organizó el asesinato de Odoacro y gobernó solo.<sup>28</sup>

Los habitantes de Italia no tenían ni voz ni voto en estos acontecimientos, tanto si se trataba de un senador fabulosamente rico como de un esclavo o un campesino. La continuidad de la cultura y las instituciones no debería ocultar la verdad básica de que la creación de los reinos en la mitad occidental del Imperio fue una consecuencia del obvio poder militar de los cabecillas implicados. El Imperio romano que los líderes tribales derribaron o invadieron ya no era el formidable imperio del pasado. Desde luego, emplearon la fuerza para conseguir sus fines, y el proceso de asentamiento fue en ocasiones un tiempo de extrema violencia y brutalidad, pero su avance sólo fue posible gracias a la decadencia del poder central. Los únicos capaces de derrotar a los principales ejércitos bárbaros -y de hecho a muchas de las bandas de guerreros de menos tamaño- eran los caudillos de otras tribus. La historia del siglo V fue la historia de la explotación de la debilidad del Imperio. Así se hundió el Imperio de Occidente. El establecimiento de cada uno de los nuevos reinos suponía otro duro revés para unos recursos y un poder que ya estaban en decadencia. Fueron fases importantes en un proceso gradual que ya llevaba mucho tiempo en marcha.

## EL OESTE Y EL ESTE

*Teodorico [...] se hizo con la supremacía sobre los godos y los italianos. Y aunque no reclamó el derecho de asumir ni la vestimenta ni el nombre de emperador de los romanos, fue llamado «rex» hasta el final de su vida [...], aun así, en el gobierno de sus propios subditos, se entregó a sí mismo con todas las cualidades que posee uno que ha nacido emperador. Porque era extremadamente cuidadoso en la observación de la justicia...*

Procopio, historiador romano del Imperio de Oriente, c. 551.<sup>1</sup>*Nuestra realeza es una imitación de la vuestra [...], una copia del único Imperio.*

Casiodoro, aristócrata italiano que se labró una carrera al servicio de los reyes ostrogodos, c.

537.<sup>2</sup>

A finales del siglo V, el territorio que una vez controlara el Imperio de Occidente estaba dividido en varios reinos separados. Los visigodos controlaban gran parte de la Galia y casi toda la Península Ibérica, pero en el noroeste los suevos mantenían aún una pequeña parte de lo que fue su reino y, de igual modo, los vascones -de los que los actuales vascos se declaran descendientes- eran independientes de facto en sus tierras, situadas a lo largo de la costa noreste. Los visigodos no eran tampoco el único poder de la Galia: había un importante reino franco en el norte y unos

estados más pequeños de burgundios y alamanes al este. En la zona más al norte, algunas regiones habían sido colonizadas por sajones. Bretaña estaba controlada por una combinación de la antigua población de la provincia y los descendientes de los refugiados que habían llegado allí huyendo de Britania. Al otro lado del Canal, Britania estaba dividida en muchos grupos diferenciados y el este estaba dominado por gobernantes que eran sajones o provenían de otras tribus germánicas norteañas. Los vándalos seguían controlando el norte de Africa, aunque en la zona sur tenían que hacer frente a la presión de los moros. Por último, la propia Italia estaba en manos del rey Teodorico y los ostrogodos.

Dar una impresión de estabilidad o permanencia en este momento induciría a error: los conflictos entre los distintos reinos emergentes, así como en su propio seno, eran frecuentes. Los líderes mataban y mandaban asesinar a rivales que formaban parte de sus propias familias, así como a caudillos de otros linajes. Una rama de la familia de los merovingios había llegado a dominar a los otros grupos francos y continuaría haciéndolo durante varias generaciones, algo que lograron mediante la despiadada erradicación de cualquiera que amenazara su poder. Eran igualmente agresivos en sus relaciones con las demás fuerzas de la Galia. A principios del siglo VI, el rey Clodoveo de los francos merovingios atacó a los visigodos y finalmente les obligó a desplazarse de forma definitiva al sur de los Pirineos. También luchó con gran éxito contra los alamanes y los burgundios. Las fronteras de Europa en la Alta Edad Media no eran inevitables, sino el producto de conflictos prolongados y con frecuencia de gran dureza. Los líderes individuales y sus seguidores competían por hacerse con el poder y, con el tiempo, los vencedores lograron crear unos reinos bastante estables.

Hace mucho tiempo que está de moda entre los académicos hablar de la transformación del mundo romano -o, más a menudo, del mundo de la Antigüedad Tardía- en los reinos de la Alta Edad Media. Sin duda, se produjo un cambio y algunos aspectos evolucionaron de forma gradual, por lo que pueden describirse justificadamente como una transformación a lo largo del tiempo, pero en general esa caracterización es muy engañosa. El término transformación tiende a sugerir un proceso voluntario y más bien suave, y los cambios que tuvieron lugar en el Imperio de Occidente fueran todo menos voluntarios en lo que respecta a la mayoría de la población. Los líderes bárbaros que surgieron a finales del siglo IV y en el V fueron importantes debido al número de guerreros que les obedecían. Los caudillos y reyes empleados por las autoridades imperiales sólo eran útiles porque controlaban una importante fuerza militar. Era el control de contingentes armados lo que hacía significativos a esos líderes y persuadió a sucesivos emperadores de la conveniencia de permitirles asentarse en el Imperio. Por otro lado, el poderío militar les daba posibilidad de hacerse con tierras que no les habían concedido. Fuera cuales fueran los orígenes del asentamiento, ningún grupo quedaba satisfecho con el territorio al que llegaban al principio, y más tarde o más temprano todos trataban de expandirse por la fuerza.<sup>3</sup>

Los nuevos reinos fueron creados y definidos por el poderío militar de sus líderes. A escala menor, había muchos poderes independientes en vez de un gran poder único, pero ese tipo de hombres eran tan imperialistas como los generales que una vez forjaron el Imperio de Roma. Los nuevos reinos se establecían por la fuerza y era la fuerza lo que hacía que siguieran siendo unidades independientes. En

ese aspecto, el periodo era muy diferente de la época romana. El Imperio había sufrido bajo las distintas guerras civiles desde el siglo III: los ejércitos romanos se habían enfrentado entre sí una y otra vez para derrocar a un emperador y situar en su lugar a un aspirante rival al trono. Estas campañas, invariablemente, habían tenido lugar dentro de las provincias, de manera que fueron las ciudades y pueblos romanos los que resultaron saqueados, y fue el producto de los agricultores romanos el que consumieron los ejércitos rivales. A estas constantes luchas intestinas se les sumaba la consiguiente debilidad militar de muchas fronteras. Amplias partes de algunas provincias habían estado expuestas a bandas de saqueo del exterior del Imperio durante generaciones. En ambos aspectos, hacía mucho tiempo que la «paz romana» estaba muy lejos de ser perfecta. Es difícil decir si la vida se hizo más o menos peligrosa cuando el Imperio desapareció y se crearon los reinos, ya que, como siempre, la situación dependía en gran parte de dónde vivía una persona, así como de los caprichos del destino. Sin embargo, en un sentido, el cambio fue profundo y claramente perjudicial: en el pasado, una provincia del Imperio no se armaba para saquear o conquistar una provincia vecina. Las guerras civiles siempre se habían producido a un nivel superior. Ahora, la guerra era más local, y es probable que, en consecuencia, también fuera más frecuente y menos decisiva. Entre los nuevos reinos era habitual que la competencia se tradujera en enfrentamientos bélicos.<sup>4</sup>

Esta afirmación no pretende revivir el viejo estereotipo de los salvajes y violentos bárbaros. La fuerza militar estaba detrás de la creación de los nuevos reinos, pero los líderes bárbaros que más prosperaron se dieron cuenta sin excepción de que, a menudo, las amenazas eran más poderosas que la propia violencia, y que la conciliación brindaba oportunidades aún mayores. Ahora bien, a la hora de acumular poder y de derrotar a enemigos extranjeros y a rivales de su propio linaje, ese tipo de líderes eran absolutamente implacables. La guerra en el mundo antiguo tendía a ser sangrienta y despiadada en todas las circunstancias y, por supuesto, en ocasiones se desencadenaba una brutalidad atroz y se producían masacres y violaciones. No obstante, no debemos imaginar a unos simples matones a quienes sólo les interesaba la destrucción. Todos los caudillos de éxito eran hombres astutos y muy ambiciosos, además de implacables, y su aspiración no era destruir el Imperio, sino hacerse con el control de una parte y disfrutar de las comodidades y la riqueza de la civilización. Su objetivo era crear reinos permanentes, no robar y arrasar sin más. Utilizando la expresión que una vez empleó el emperador Tiberio, el objetivo era «esquilar» a los habitantes de las provincias, «no desollarlos vivos».<sup>5</sup>

No era el pragmatismo lo único que restringía su comportamiento. Como de costumbre, carecemos de estadísticas fiables sobre las cifras poblacionales de ese periodo. Sin embargo, aun el cálculo más generoso de los grupos más nutridos de bárbaros tendería a dar una cifra no superior a cien mil personas, incluyendo hombres, mujeres y niños. Incluso cuando una población de esas dimensiones estuviera razonablemente equilibrada, le costaría mucho reunir un ejército de más de treinta mil guerreros y una cifra cerca de los veinte o veinticinco mil sería más probable. En realidad, lo más seguro es que los grupos bárbaros que se asentaron en el Imperio fueran mucho más reducidos y que sus guerreros se contaran por miles más que por cientos de miles. Nadie afirmaría que la población de cada una de las provincias de Hispania, norte de África, la Galia o Italia era inferior a varios millones. En ningún momento se pretendió erradicar a la población existente y sustituirla con los nuevos pobladores. Quizá una de las escasas excepciones a esa tónica fue el este de Britania en una fase posterior del siglo V, aunque, como hemos visto, las pruebas que respaldan esa teoría pueden interpretarse de más de una forma. Normalmente, los seguidores de los caudillos que creaban los nuevos reinos no tenían más alternativa que vivir junto a la población existente. De igual modo, estos últimos tampoco podían hacer otra cosa que aceptar a los nuevos amos, a pesar de que en algunos

casos rara vez llegaban a ver a un godo o a un franco. Tanto el ejército de ocupación como los habitantes de las provincias ocupadas debían, sencillamente, aceptar la nueva situación y tratar de sacar el máximo provecho de ella.<sup>6</sup>

## LOS NUEVOS REINOS

En el asentamiento de los bárbaros en las provincias occidentales se produjo una combinación de coacción y ocupación. La supervivencia de las instituciones y de buena parte de la cultura existente no debería impedirnos ver esa realidad. En cada uno de los nuevos reinos, una élite formada por los principales guerreros del nuevo régimen se impuso en todas las estructuras imperiales. Muchas familias acaudaladas de la aristocracia romana sobrevivieron y conservaron más o menos intactas sus riquezas y sus tierras. Persuadir a esos hombres de que aceptaran el nuevo régimen ayudaba a impedir que se convirtieran en líderes de una resistencia más amplia. Algunos abrazaron la vida en la corte real con entusiasmo: Sidonio Apolinar bromeaba con un amigo que había llegado a hablar la lengua burgundia con tanta soltura que, según él, los propios burgundios admitían que su conocimiento de su lengua materna superaba al de los nativos. En otra ocasión, Sidonio se burló con malicia de la presunta costumbre de los burgundios de utilizar mantequilla rancia para engrasarse el cabello. El desdén privado no impedía a los romanos mostrar respeto en público hacia los bárbaros, en especial hacia sus jefes. También copiaron algunas costumbres de las tribus, aunque, dado que los propios bárbaros habían imitado diversos estilos romanos en generaciones anteriores y los romanos a su vez habían adoptado hacía mucho tiempo las largas túnicas y pantalones «germánicos», el resultado fue una especie de híbrido. Sabemos de habitantes de las provincias que sirvieron en la corte de los vándalos porque a cualquiera que llevaba la ropa vándala -lo que, evidentemente, incluía a muchos de esos hombres- se le prohibía asistir a las misas en las iglesias católicas, aunque no a las iglesias arrianas.<sup>7</sup>

Sigue existiendo mucha controversia acerca de cómo se asignaron exactamente las tierras a los grupos bárbaros en los nuevos reinos. En opinión de algunos, las propiedades fueron confiscadas a sus legítimos propietarios y transferidas físicamente y de forma individualizada a los distintos bárbaros, que a continuación las gobernaron como si fueran propias. La principal alternativa argumenta que no fue la propia tierra la que se transfirió, sino los ingresos fiscales derivados de ella. De hecho, los dos tercios de dichos impuestos que una vez habían ido a manos de la administración imperial -y que, al menos en teoría, se invertían fundamentalmente en financiar el ejército- acababan ahora en manos de una serie de bárbaros. En Italia, Teodorico y sus sucesores hicieron hincapié en el hecho de que el papel de los romanos y de los godos era complementario. «Mientras el ejército de los godos hace la guerra, los romanos pueden vivir en paz». Por tanto, los impuestos que antes se destinaban a financiar la maquinaria militar romana pasaban ahora a subvencionar directamente a los soldados godos. En general, se considera probable que esta transferencia de ingresos, pero no de la tierra en sí, fuera mucho menos traumática, de ahí la falta de pruebas sustanciales de fricción entre los terratenientes y los godos. Por otro lado, la sugerencia de que, seguramente, los guerreros que percibían los ingresos los recaudaban en persona crea una imagen menos amistosa y sugiere que había considerable margen de maniobra para el abuso y la extorsión.<sup>8</sup>

Al final, las pruebas son insuficientes y no permiten saber con exactitud de qué manera los bárbaros se convirtieron en beneficiarios de las tierras. Probablemente nos equivocamos al esperar que siempre se

hiciera de la misma manera en regiones distintas y también si pensamos que el sistema no evolucionó con el tiempo. Es evidente que, en su momento, los nobles de ascendencia bárbara obtuvieron la posesión directa de importantes propiedades. No tenemos ninguna certeza sobre cómo lo consiguieron, y tanto la compra, el robo o la confiscación, el regalo real y el matrimonio con miembros de la aristocracia local son posibilidades viables. Todos los códigos legales establecidos por los gobernantes de los diversos reinos mantenían una clara distinción entre los habitantes de las provincias en general y los pobladores bárbaros y sus descendientes. Algunos de los primeros disponían de un estatus claramente privilegiado, pero siempre era inferior al de los miembros equivalentes en el grupo bárbaro. Tampoco se trataba sencillamente de la misma distinción que existía en el Derecho Romano entre soldados y civiles. Los godos de Italia y otros grupos en otras zonas no eran simplemente soldados, sino los soldados de una potencia de ocupación.<sup>9</sup>

La asimilación de los recién llegados nunca fue un proceso veloz. En un sentido real, la autoridad continuada del nuevo rey y sus tropas se basaba en el hecho de que estuvieran claramente diferenciados e identificados como los controladores de todo el poderío militar del reino. Hay un acalorado debate sobre hasta qué punto los ostrogodos, los visigodos, los vándalos, los francos o los miembros de cualquier otra tribu eran realmente un grupo étnico homogéneo. Hay pruebas convincentes de que todos ellos, en algún momento, incorporaron a individuos y a grupos enteros de otros pueblos. Sin embargo, fuera cual fuese su composición étnica precisa, cada grupo se mantenía separado de la población que controlaba. Las fusiones que se produjeron entre ambas facciones fueron graduales y eran procesos que necesitaban que se sucedieran varias generaciones. Cuando el África de los vándalos y la Italia de los ostrogodos cayeron, el proceso estaba mucho de haber concluido. En general, en otras regiones, a largo plazo, fueron la cultura y la lengua de la población provincial las que resultaron más perdurables. Con el tiempo, los francos y los visigodos acabarían hablando latín, razón por la cual tanto el francés como el español tienen una clara raíz latina. Britania fue una excepción, los anglosajones continuaron hablando una lengua germánica, aunque por su parte el latín siguió utilizándose para la literatura y los escritos administrativos.

Uno de los principales obstáculos era la religión. En el periodo de asentamiento, prácticamente todos los grupos bárbaros se habían convertido al cristianismo. Los francos fueron uno de los últimos grupos de la Europa continental en hacerlo (parece que los sajones en Britania fueron los únicos que tardaron más tiempo). Los francos se convirtieron al catolicismo, lo que los convierte en una excepción: casi todos los demás grupos germánicos eran cristianos arrianos, lo que servía de constante recordatorio de que eran distintos, claramente diferenciados de la población en general. Los vándalos fueron los más militantes en sus ataques contra el catolicismo y utilizaron las mismas leyes imperiales que se aplicaban a los herejes en el resto del territorio. Las peculiares condiciones del norte de África, donde, desde el cisma donatista, existían dos organizaciones eclesiásticas paralelas conviviendo la una junto a la otra, garantizaron que la hostilidad hacia el catolicismo no implicara automáticamente la pérdida del apoyo de toda la población. Los obispos y sacerdotes católicos tuvieron que exiliarse de sus sedes y sufrieron otras restricciones, mientras que los arrianos y otros grupos fueron favorecidos, aunque en el siglo VI la actitud de los reyes vándalos se moderó y algunos obispos católicos fueron reinstaurados en su puesto.

En las demás provincias, los ataques directos contra la Iglesia católica eran muy raros. Los reyes godos de Italia e Hispania construyeron e hicieron donaciones de fondos a las iglesias arrianas, pero no parece que se hiciera ningún esfuerzo significativo para persuadir a los católicos de que se convirtieran al arrianismo. De hecho, por lo general las instancias públicas mostraban respeto por las



iglesias y los obispos católicos, aunque sólo fuera porque era políticamente beneficioso. El arrianismo era sólo una característica distintiva más del poder de ocupación, junto con su apariencia física y el tipo de ropa que llevaban. Es posible que, en la forma seguida por los gobernantes de los reinos occidentales, tuviera poco en común con las ideas de Arrio y sus seguidores inmediatos. Es difícil discernir cualquier signo de fricciones religiosas notables dentro de esos reinos. Por otro lado, no hay pruebas que sugieran que la conversión al catolicismo del rey franco Clodoveo y sus sucesores incrementara el entusiasmo hacia su reinado. En cualquier caso, a largo plazo, todos los reinos que sobrevivieron acabaron siendo católicos.<sup>10</sup>

Incluso en las fases iniciales de asentamiento, la mayoría de los líderes -y de hecho, probablemente, también muchos de sus seguidores- ya habían estado bastante expuestos a la influencia de la cultura romana. El padre de Clodoveo, Childerico, fue enterrado cerca de Tournai en una tumba que no fue descubierta hasta el siglo XVII. Los objetos funerarios en ella sugieren una fusión de estilos romanos y tradicionales: entre ellos encontramos un anillo con la inscripción latina «del rey Childerico» (*Childerici regis*) que se empleaba como sello. Teodorico, el gobernante de los ostrogodos que le arrebató Italia a Odoacro, ilustra a la perfección las cambiantes alianzas y experiencias de su época. Nació en el seno del imperio de los hunos, seguramente poco después de la muerte de Atila. Más tarde, desde los ocho hasta los dieciocho años de edad, fue un rehén educado en la corte del emperador oriental de Constantinopla. A continuación, regresó con su pueblo y se puso a la cabeza de un grupo de ostrogodos, convirtiéndose en un líder de guerra de gran éxito. Durante esos años luchó contra diversos grupos bárbaros, entre los que destacan otros ostrogodos, como los que eran leales al poderoso Teodorico Estrabón (o Estrábico). Luchó tanto a favor como en contra de los romanos, aunque es posible que, en última instancia, cuando se trasladó a Italia lo hiciera con aprobación imperial. Más tarde empezó a circular una historia que contaba que el propio Teodorico era semianalfabeto. Se decía que poseía una plantilla con la palabra *legi* -«he leído»-, para poder escribir esa frase en cualquier documento como signo de su aprobación. Hay buenas razones para cuestionar este relato. Y lo que es aún más importante, independientemente de su educación personal, el reino que fundó estaba completamente alfabetizado en su administración y gobierno.<sup>11</sup>

Hombres como Teodorico tenían ciertos conocimientos sobre los rituales y el simbolismo que rodeaba a los emperadores romanos. Por eso resulta aún más sorprendente que no los copiaran, sino que se presentaran a sí mismos como poderes inferiores. A pesar de la indudable ceremonia que existía en las cortes de los nuevos reinos, los rituales y honores eran siempre mucho menores que los de la corte imperial. Los reyes se comportaban más como magistrados romanos o gobernadores provinciales que como emperadores. La detallada descripción de Sidonio Apolinar de la rutina del rey visigodo Teodorico menciona que recibía a la corte sentado en una silla, como un magistrado, no en un trono imperial. En los primeros años puede que todos esos gestos ayudaran a mantener la ficción de que cada reino seguía siendo, en un sentido significativo, parte del Imperio. El Derecho Romano se conservó a lo ancho y largo de las provincias de Europa continental. Los reyes no usurparon la prerrogativa imperial emitiendo nueva legislación, sino que modificaron las leyes existentes y, en varios casos, emitieron nuevos códigos que recopilaban la legislación romana y asimismo establecían las bases de las relaciones entre los bárbaros y los romanos. Por ejemplo, los primeros siempre tenían derecho a ser juzgados por sus propios compatriotas. Los principios legales de los nuevos códigos parecen deberle más a las ideas romanas que a ninguna tradición «germánica». El punto esencial era que institucionalizaban el estatus superior de una parte de la comunidad. Los reinos bárbaros respetaron y defendieron el imperio de la ley. Simplemente, lo transformaron en un sistema favorable a la potencia de ocupación.<sup>12</sup>

Hay pocos vestigios de que el nivel de vida de la población de las provincias en los nuevos

reinos sufriera una decadencia inmediata y abrupta. De hecho, en algunas regiones es difícil distinguir ninguna diferencia evidente entre los periodos romanos y los posromanos. Algunos de los monarcas bárbaros continuaron organizando juegos -por lo general, peleas de fieras- y numerosos circos y anfiteatros siguieron en uso durante algún tiempo. Se mantuvo el suministro de agua que abastecía a muchas ciudades. Se erigieron algunas construcciones, normalmente iglesias, aunque, puesto que la mayoría de ellas eran arrianas, ese tipo de actividad rara vez se ha mencionado en nuestras fuentes, esencialmente católicas. En general, esas iglesias eran más pequeñas que las construidas bajo mecenazgo imperial. Se llevaron a cabo más obras para reparar y mantener las estructuras existentes. Los visigodos reconstruyeron las luces intermedias del puente romano, dotado con un gran arco, que todavía sigue en pie en Mérida (Emérita Augusta). No se construyeron apenas monumentos nuevos de tamaño grandioso, pero lo mismo había sucedido en muchas ciudades en el Bajo Imperio tras el apogeo del siglo II. La destreza técnica parece haberse ido perdiendo de forma bastante gradual. Con el tiempo, la ausencia de conocimiento, unida a la escasez de fondos, impidió que se realizaran las piezas más sofisticadas de ingeniería que tan comunes eran en el Imperio romano. Incluso algunas técnicas más básicas fueron dejando de utilizarse de manera regular: en gran parte de Europa la paja sustituyó a las tejas como techado, y la madera o las cañas y el barro se hicieron más comunes en la construcción que la piedra o el ladrillo.<sup>13</sup>

En general, aquellas regiones con mejor acceso al mar, y sobre todo aquellas que estaban junto al Mediterráneo o en sus proximidades, tendían a salir mejor paradas. El comercio a larga distancia siguió siendo más frecuente en esas zonas, aunque sólo fuera para los artículos ligeros de lujo, que proporcionaban los mayores beneficios. El Imperio de Oriente continuó importando sedas, especias y otras mercancías exóticas de India y lugares todavía más remotos, y algunos de esos artículos llegaron hasta Occidente. Más allá de la zona mediterránea, parece que el comercio se tornó más local, algo que, en ocasiones, ya había ocurrido bajo el gobierno romano. La inmensa mayoría de la población empezó a utilizar cerámica más rudimentaria de lo que era habitual en el pasado. Los nuevos reinos no parecen haber mejorado en ningún caso la vida económica de las distintas regiones, o el nivel de comodidad de los que las habitaban. Lo mejor que puede decirse es que no siempre tuvieron un impacto inmediato y perjudicial sobre ellas. Pero sin duda la tendencia general fue una reducción en el nivel de sofisticación y prosperidad del estilo de vida. Los lujos del Imperio -el cristal en las ventanas, la calefacción central, las casas de baños y la enorme cantidad de bienes de consumo- nunca habían estado distribuidos de una manera uniforme, pero habían sido muy comunes. Con el tiempo, llegarían a desaparecer por completo de la vida de la Alta Edad Media de Europa Occidental.

Ese cambio no fue deliberado y, en la mayoría de los casos, sucedió de forma muy gradual, a lo largo de varias generaciones. El inmenso tamaño del antiguo Imperio, el hecho de que hubiera una única autoridad política, leyes universales y una sola moneda, así como el complejo sistema fiscal, eran todos ellos factores que habían estimulado la economía. Simplemente, las condiciones a finales de los siglos V y VI eran diferentes. No sólo se redujo de manera drástica la escala del comercio, sino que la vida en general era más sencilla y estaba más centrada en el nivel local. Incluso las ideas se intercambiaban con menos libertad. Durante al menos unas cuantas generaciones, parece que las aristocracias provinciales supervivientes de las antiguas provincias occidentales mantuvieron una educación bastante tradicional. La mayoría estaban alfabetizados, y algunos eran muy cultos. Muy pocos -si es que había alguno- eran bilingües en griego y latín, tal y como había sido habitual en el

pasado como signo distintivo de los auténticamente instruidos.<sup>14</sup>

La Iglesia contribuyó a conservar el uso del latín. También mantuvo el contacto entre las regiones independientemente de las fronteras políticas. Sin embargo, es necesario ser prudentes. La institución de la Iglesia católica medieval no brotó de forma instantánea, sino que se desarrolló muy poco a poco. Con el tiempo, el Papa de Roma asumió parte del antiguo papel de los emperadores occidentales, llegando incluso a adoptar algunos de sus títulos y ceremoniales. No obstante, el poder del Papa era extremadamente limitado y en ocasiones debía hacer frente a protestas y oposición. Aunque diversas instituciones eclesiásticas habían adquirido riqueza y tierras, todavía había escaso control central sobre ellas. Los reyes del oeste -y en especial los ostrogodos en Italia- solían respetar a los obispos, y sobre todo al obispo de Roma, no porque estuvieran obligados a ellos, sino porque era útil políticamente: respetar a la Iglesia ayudaba a mantener a sus nuevos súbditos satisfechos con su gobierno.

La conservación de ciertos aspectos de la lengua, la cultura y las instituciones es importante, pero nunca debería impedirnos ver hasta qué punto la situación había cambiado. Los reinos del antiguo Imperio de Occidente eran totalmente independientes. Tenían contactos diplomáticos con los emperadores de Constantinopla, pero no estaban sometidos a ellos en ningún ámbito importante. A veces, los reinos se enfrentaban entre sí, y también comerciaban, y sus habitantes tenían mucho en común con los pueblos de otros reinos, pero, a pesar de ello, estaban absolutamente separados, mucho más que las mismas regiones cuando eran provincias. En el mundo moderno, en muchas antiguas colonias es posible identificar el profundo legado de la ocupación a largo plazo de una potencia imperialista. Es común que se conserven la lengua, las leyes y la estructura de sus instituciones políticas. Muchas mantienen fronteras establecidas en el pasado por los administradores imperiales y, como resultado, su población a menudo incluye varios grupos étnicos o culturales. La huella de la potencia colonialista es evidente. Con todo, sus habitantes se sorprenderían mucho, y con razón, si les dijeran que no eran totalmente independientes.

## EL IMPERIO QUE NO CAYÓ

El emperador Zenón tenía graves problemas de dinero en todo su reino, en parte como consecuencia del enorme coste de la expedición fracasada a África en 468. También tuvo que enfrentarse a una sucesión de serias amenazas internas y, desde muchos puntos de vista, es admirable que lograra permanecer en el poder durante diecisiete años. Fueron necesarios casi dos años para sofocar la rebelión de Basilisco, el cuñado del emperador León, y durante parte de ese tiempo Zenón se vio obligado a huir y refugiarse en su territorio natal en Isauria. Basilisco cometió varios errores de peso, y cuando Zenón recuperó el apoyo de uno de sus principales respaldos militares, la rebelión empezó a venirse abajo. Zenón volvió a ocupar Constantinopla en 476. Basilisco fue ejecutado, junto con su hijo, a quien había nombrado corregente. Hubo otra víctima en los meses posteriores a la victoria: el comandante cuya deserción del bando del usurpador había hecho posible la victoria de Zenón. El emperador reinstaurado no quería correr ningún riesgo.

El siguiente usurpador fue el yerno de León, Marciano. Fue proclamado emperador en 479 y trató de hacerse con el control de Constantinopla, pero fue derrotado, aunque por escaso margen. En esta ocasión, el emperador mostró mayor clemencia y el usurpador fue ordenado sacerdote y enviado al exilio. Ambos aspirantes al trono de Zenón habían contado con el apoyo del godo Teodorico Estrabón.

Durante un tiempo se alió con el otro Teodorico y sus fuerzas unidas asolaron las provincias tracias e incluso estuvieron a punto de tomar la propia Constantinopla. Todas las tentativas de destruir el poder de Estrabón por la fuerza habían terminado en fracaso, pero en 481 murió de forma accidental. Zenón otorgó al otro Teodorico el rango de *magister militum* -un puesto que también ocupó Estrabón varias veces cuando reinaba la armonía entre él y el régimen de Constantinopla- y le empleó para derrotar al hijo de Estrabón. Muchos de los guerreros del ejército de éste que sobrevivieron se unieron a los contingentes de Teodorico, aumentando enormemente su poder.<sup>15</sup>

Entre los nobles de Isauria a quienes León había ascendido a los rangos de mayor jerarquía, Zenón fue el que más prosperó. Sin embargo, había claros signos de que el auge de los isaurianos molestaba a otros oficiales, y el hecho de que fueran víctimas de una turba durante unos disturbios en Constantinopla hace suponer que su impopularidad se extendía a otros grupos. El mero hecho de que el propio emperador fuera un isauriano no garantizaba la lealtad de todos los oficiales provenientes de la misma región. La decepción, y muy probablemente también una enemistad personal muy arraigada, provocó la rebelión de dos de estos hombres en la propia Isauria en 484. Los líderes rebeldes habían solicitado ayuda a los persas, pero el único apoyo práctico se lo proporcionaron algunos de los sátrapas armenios. Zenón logró reunir un ejército compuesto por fuertes contingentes de godos y rugios, además de tropas regulares, y con él derrotó rápidamente a los rebeldes en batalla, aunque tuvieron que pasar cuatro años de bloqueo antes de que su último bastión cayera y la revuelta concluyese de forma definitiva. Para entonces, Teodorico y sus hombres habían abandonado la frontera del Danubio y se habían establecido en Italia. Tanto si Zenón los había reclutado para luchar contra Odoacro como si no, sin duda se sintió satisfecho al ver a ese poderoso y poco fiable aliado alejarse del Imperio de Oriente.<sup>16</sup>

Zenón murió de enfermedad en el año 491. No dejó herederos, y después de considerable debate en la corte se resolvió permitir que fuera su viuda, Ariadna, hija de León, quien decidiera sobre la sucesión. Eligió a un hombre que ya tenía más de sesenta años, un funcionario de palacio llamado Anastasio. De inmediato, Ariadna se casó con él. Su nombramiento desencadenó una nueva ola de agitación en Isauria, inicialmente en nombre del hermano de Zenón, Longino, quien, de forma totalmente deliberada, no había sido seleccionado como emperador por la corte. Anastasio envió enseguida a Longino al exilio y se enfrentó a la rebelión con una fuerza armada. Fue igualmente brutal en su respuesta a los disturbios que estallaron en Antioquía y la propia Constantinopla, al parecer motivados por la impopularidad generalizada de su gobierno. A pesar de ese incierto comienzo, así como de su edad y de ser menos conocido que sus antecesores, Anastasio demostró ser un político de talento y un emperador de gran éxito, que reinó hasta su muerte veintisiete años más tarde. Bajo su reinado, las finanzas del Imperio experimentaron una considerable

mejoría, lo que le permitió dejar un sustancial superávit en el erario público.<sup>17</sup>

En el Imperio de Oriente que gobernó era posible reconocer el que se creó en 395. Aunque reformó la moneda y se esforzó bastante en incrementar cuanto pudo la eficiencia de la burocracia, las estructuras de la administración pública, sus cargos y departamentos siguieron siendo prácticamente los mismos. El latín continuó empleándose en el sistema legal, así como en gran parte de la documentación oficial, aunque pocos de los burócratas fueran hablantes nativos. Anastasio reformó la paga del ejército, haciendo que la mayor parte del estipendio volviese a pagarse en moneda, en vez de en ropa, equipamiento diverso y alimento. Al parecer, logró incrementar de forma considerable el atractivo del servicio militar, con lo que el voluntariado bastaba para satisfacer las necesidades del ejército. En el

futuro se utilizarían un poco menos las bandas de mercenarios y los contingentes aliados.<sup>18</sup>

En 395 habían existido escasas diferencias fundamentales entre la burocracia civil y la estructura militar de las dos mitades del Imperio. En menos de un siglo, el ejército había desaparecido en Occidente, y lo mismo puede decirse de la administración por encima del nivel de las provincias y, lo que era una diferencia aún más evidente, en el oeste ya no había emperadores. La supervivencia de la mitad oriental del Imperio, aparentemente idéntica a la occidental, tras el colapso del poder imperial en el oeste, suele emplearse para argumentar que las amenazas externas a Occidente eran mayores que los problemas internos. Si Oriente había sobrevivido, según la lógica de esta versión, entonces las estructuras básicas del Imperio de finales del siglo IV y del siglo V no pueden haber tenido defectos que condujeran irremediablemente a su fin.<sup>19</sup>

La diferencia más obvia entre el este y el oeste fue el asentamiento de los bárbaros. El Imperio de Oriente también se enfrentó a graves ataques a lo largo de la frontera del Danubio: la región había sido blanco del gran imperio de Atila repetidas veces y había sufrido importantes daños. Atila sólo se dirigió hacia Occidente en los últimos años de su carrera. El poder de los hunos se desmoronó rápidamente después de su muerte, pero sus hijos realizaron varias incursiones de envergadura en territorio romano. Algunos poderes que emergieron de las ruinas del imperio de Atila, sobre todo varios grupos de ostrogodos en las fronteras panonias y tracias, resultaron igualmente hostiles. A finales del siglo V y en el siglo VI, nuevos grupos como los búlgaros, los eslavos y los ávaros entrarían en contacto con la frontera romana y se comportarían con idéntica belicosidad y agresividad. A partir del año 382 se había permitido que algunos grupos bárbaros se asentaran en territorio imperial. De ellos, una parte había vuelto a emigrar más adelante, y todos ellos se habían dirigido a las tierras del Imperio de Occidente. Indefectiblemente, tenemos mucha menos información sobre los grupos que se mantuvieron en paz. A diferencia de sus colegas occidentales, los emperadores orientales no se vieron obligados a aceptar la ocupación permanente de áreas sustanciales de sus provincias por parte de los grupos bárbaros.

La geografía desempeñó un papel relevante en el curso de los acontecimientos. El Bósforo era un obstáculo permanente que dificultaba la entrada en Asia de cualquier grupo hostil. Persia era una potencia importante, su riqueza y capacidad militar eran apenas inferiores a las del Imperio de Oriente. Sin embargo, era más fácil tratar con un único rey vecino que con un elevado número de caudillos y líderes que rivalizaban entre sí, especialmente a lo largo del siglo V, cuando los sucesivos monarcas persas a menudo eran débiles y estaban poco inclinados a emprender acciones bélicas de envergadura contra su vecino romano. Además, Persia se enfrentaba a un serio problema en la frontera del norte debido a la creciente agresividad mostrada por los «hunos blancos». Los problemas de las fronteras oriental y meridional del Imperio eran de una naturaleza muy distinta a los de Europa: allí no existía la presión que ejercían muchos líderes diferentes ansiosos por reclamar de forma permanente diversas partes del Imperio. Los emperadores orientales no fueron perdiendo sucesivamente provincias y sus respectivos ingresos a consecuencia de los asentamientos bárbaros. Sus recursos se mantuvieron esencialmente intactos a lo largo del siglo V. Las expediciones para tratar de recuperar África de manos de los vándalos le salieron caras al Imperio de Oriente, pero, pese a la preocupación que les causó el tema, las pérdidas que sufrieron fueron temporales.<sup>20</sup>

A finales del siglo V, el Imperio de Oriente permanecía prácticamente intacto y en posesión de todos sus recursos. Los hallazgos arqueológicos sugieren que muchas de las provincias orientales estaban experimentando una época de prosperidad, con poblaciones numerosas y buena productividad

agrícola. También la ausencia generalizada de incursiones de saqueo a lo largo del siglo marcaba un fuerte contraste respecto a las provincias occidentales y, sin duda, contribuía a esa prosperidad. Tracia y Panonia sufrieron bastantes más ataques enemigos, y el territorio más próximo a la frontera fue abandonado una y otra vez y ocupado por pueblos bárbaros. Los ingresos procedentes de las demás zonas financiaron una cierta organización defensiva para esas regiones y también posibilitaron la construcción de importantes obras de defensa, entre las que destacan las Murallas Teodosianas, que mantuvieron a Constantinopla protegida de ataques extranjeros hasta el siglo XIII, cuando la ciudad fue tomada al asalto durante la Cuarta Cruzada. La región nunca estuvo totalmente segura durante el siglo V, y los sucesivos emperadores se vieron forzados a mantener el equilibrio entre la lucha, la conciliación y el soborno de los caudillos que operaban en esa zona. Muchos de ellos recibieron subsidios o tributos de Roma para persuadirles de que mantuvieran la paz y a otros se les otorgaron mandos militares. A pesar de que los disturbios en esa frontera eran frecuentes, la geografía garantizó que los problemas quedaran confinados a un área limitada e impulsó a los sucesivos enemigos a desplazarse hacia el oeste.<sup>21</sup>

El Imperio de Oriente siguió prosperando lo bastante como para financiar a un ejército regular y a la burocracia imperial. Ninguna de ambas instituciones era más eficiente que su equivalente en el oeste a finales del siglo IV, pero no tuvieron que afrontar la falta de fondos que provocó la decadencia que, a su vez, acabó acarreado su desaparición. Como siempre, es importante recordar que la simple existencia de esas instituciones, por imperfectas que fueran, diferenciaba a los romanos de todos sus vecinos, con la excepción de los persas. Ninguno de los reinos bárbaros creados en el Imperio de Occidente logró mantener ejércitos profesionales demasiado numerosos o eficientes. El Imperio de Oriente sí lo consiguió, y tras las reformas de Anastasio, su ejército dependía menos de los contingentes de mercenarios o aliados, o bien de reclutas forzosos con escasa disposición militar. El Imperio de Oriente era un Estado amplio, rico y poderoso. En la mayoría de las circunstancias, no necesitaba ser especialmente eficiente.

A finales del siglo IV y principios del siglo V, tanto el Imperio de Occidente como el de Oriente atravesaron varias décadas en las que fueron gobernados por emperadores que asumieron el poder cuando eran niños y que siempre tuvieron personalidades débiles y fácilmente influenciables. Durante ese periodo, los emperadores dejaron de participar activamente en las campañas y, en realidad, en buena parte de la vida pública, exceptuando las complejas ceremonias de la corte. Esa tendencia cambió sólo en parte cuando hombres como Mayoriano presidieron las campañas de la Galia y la frustrada expedición africana. Con frecuencia, la competencia para llegar a dominar a esa sucesión de emperadores débiles era feroz. En el Imperio de Occidente una serie de generales llegaron a convertirse en gobernantes en todos los sentidos excepto por el nombre. Su poder no era oficial, y siempre estaba sometido al posible ataque de aspirantes rivales, pero no por eso era menos real. Ricimero demostró qué sencillo era crear y destruir emperadores, en especial cuando desapareció el linaje de Teodosio.

De las provincias occidentales siempre había salido un número desproporcionadamente alto de usurpadores. Éstos siempre necesitaban respaldo militar y había grandes efectivos estacionados en esas zonas del Imperio, es decir, que tal vez, sencillamente, ése fuera el motivo. Sin embargo, es más probable que la constante amenaza de razias e invasiones hiciera que esas regiones tuvieran la impresión de que el gobierno central las descuidaba. También hay que tener en cuenta el simple hecho de que cada guerra civil tendía a alentar nuevos estallidos de rebelión debido a que el éxito de un

intento de usurpación demostraba cuánto era posible obtener, mientras que una derrota, forzosamente, dejaba algunos supervivientes descontentos que poco podían esperar del régimen vigente y que se sentían por tanto inclinados a cambiarlo. Este patrón se repitió una y otra vez en el Imperio de Occidente durante el siglo V, independientemente de que el objetivo del conflicto fuera crear un nuevo emperador o sólo dominar al que estaba en el trono. La mayor parte de los emperadores del siglo V fallecieron de muerte violenta y lo mismo le sucedió a muchos de sus principales generales. Tanto Estilicón como Aecio fueron asesinados, y Bonifacio murió a consecuencia de las heridas que le infligieron, mientras que Constancio y Ricimero sobrevivieron el tiempo suficiente para morir por causas naturales.

El Imperio de Oriente no estaba totalmente libre de guerras civiles, sobre todo durante el reinado de León. Sin embargo, ese tipo de enfrentamientos internos fue mucho menos frecuente que en la mitad occidental. La competencia en la corte también era feroz, pero sólo en ocasiones implicaba violencia y aún menos a menudo desembocaba en una guerra total. Aunque en el Imperio de Oriente surgieron varios generales muy poderosos, algunos con un poder considerable, nunca llegaron a alcanzar el nivel de dominio que disfrutaron hombres como Aecio en el Imperio de Occidente. En la mayoría de los casos había otras personas con poder en la corte, de manera que ninguna influencia individual era abrumadora. Probablemente, Zenón fue el emperador de más éxito, un hombre que fue escalando posiciones en el ejército hasta casarse con la hija del emperador y finalmente sucederle. Con la excepción del hijo de éste, de corta vida, todos los hombres que ocuparon el puesto de emperador tras la muerte de Teodosio II fallecieron a edad avanzada. Ninguno de ellos fue una mera marioneta, a pesar de que todos tuvieron que invertir grandes esfuerzos para librarse de las figuras de poder del ejército y la corte. Su éxito no fue inevitable, pero el hecho de que fueran capaces de superar esas dificultades demuestra que el equilibrio de poder era muy distinto al de Occidente. Lo mismo puede decirse del fracaso de todos los usurpadores que aparecieron en el este. Como de costumbre, el éxito atraía al éxito. Los reinados de Marciano, León, Zenón y Anastasio fueron comparativamente largos, y todos ellos fallecieron de muerte natural a edades que eran consideradas avanzadas en aquella época. Si alguno de ellos hubiera sido derrocado y sustituido, sin duda su deposición habría alentado nuevos brotes de inestabilidad.

Una vez más el hecho de que el Imperio de Oriente gozara de mayor riqueza y estabilidad desempeñó un papel relevante en la situación. La escasez de fondos contribuyó en buena medida a debilitar el poder de Zenón y a que su reinado fuera tan turbulento. En Occidente, los emperadores y sus comandantes pugnaban por controlar unos recursos en constante disminución, sabiendo que un fracaso importante podía resultar fatídico al instante. En el este, por lo general, había dinero y tropas suficientes para afrontar cualquier problema, era sólo cuestión de controlarlos y dirigirlos con razonable eficiencia. La existencia de Constantinopla, el hecho de que fuera la capital imperial, constituía también una influencia estabilizadora. Era una gran ciudad, aunque no tan grande como lo había sido Roma en su pleno apogeo. Allí habitaba la aristocracia senatorial, que estaba compuesta por los individuos más ricos de las provincias, la mayoría de ellos antiguos funcionarios. También se encontraban allí los que ocupaban los principales cargos y departamentos de la administración imperial, todos ellos conscientes del valor de sus puestos y responsabilidades y con su jerarquía marcada y celosamente protegida por los intrincados detalles del uniforme y las insignias. El obispo de la ciudad era una de las figuras más importantes de la Iglesia, pese a las similares reivindicaciones de su rival de Alejandría, y del continuado reconocimiento de la autoridad suprema del Papa de Roma. Por último, estaba la población en general que, como los habitantes de la mayoría de las ciudades antiguas, a menudo eran difíciles de controlar y estaban dispuestos a expresar su opinión.<sup>22</sup>

Constantinopla era una auténtica capital, el centro de la vida de la corte y la administración. Albergaba a muchos individuos y grupos con mayor o menor influencia e importancia política. El contraste con Rávena -o incluso con la anterior capital, Milán- no podía ser más marcado: allí los emperadores occidentales estaban aislados. Hacía mucho tiempo que el poder del Senado se había tornado simbólico, pero la institución seguía estando formada por hombres ricos e influyentes. Tanto ellos como otras importantes figuras, incluyendo al Papa, se hallaban en Roma, a demasiada distancia para ser inmediatamente accesibles. Un flujo constante de peticionarios y personas que buscaban obtener favores del emperador seguían llegando hasta Rávena (o dondequiera que se encontrara la corte), pero no era una ciudad especialmente importante en ningún otro aspecto. Constantinopla era el auténtico corazón del Imperio de Oriente. Controlarla no garantizaba el éxito de un emperador, como el fracaso final de Basilisco había demostrado, pero era una baza fundamental.<sup>23</sup>

Los emperadores orientales intervinieron en varias ocasiones en disputas en torno a la sucesión en Occidente. Zenón era demasiado débil para proporcionar un respaldo importante a Julio Nepote tras su expulsión en 475. Este último vivió en Dalmacia hasta su muerte en 480, donde fue emperador únicamente de nombre. El gobierno de Constantinopla nunca volvió a intentar restablecer el Imperio de Occidente, sino que se dio por satisfecho con tratar con los distintos reyes cuyo favor captaba con diversas medidas. Al franco Clodoveo se le otorgó incluso el honor de ocupar un consulado, aunque, obviamente, no viajó para entrar en posesión del cargo en persona. El desmoronamiento del Imperio de Occidente no supuso una seria amenaza para el Imperio de Oriente y, si acaso, sirvió para reafirmarlo, dado que ya no había una corte en Italia que pudiera tratar de interferir en la política de la mitad oriental apoyando a un aspirante rival al trono, ya fuera a través de la diplomacia o de la fuerza directa. Ahora no había nadie en Occidente que tuviera el mismo prestigio siquiera que los últimos emperadores del oeste. Ningún rey godo o franco podía reclamar el derecho a intervenir en Oriente.<sup>24</sup>

Se puede afirmar que las amenazas a las que se enfrentaban los imperios occidental y oriental del siglo V eran diferentes. En el Imperio de Oriente no se creó ningún reino independiente, y a lo largo del siglo su territorio se mantuvo esencialmente intacto, lo que no significa que las estructuras de ambos imperios fueran fundamentalmente sólidas, ni que el Imperio de Occidente sucumbiera sólo porque las amenazas a las que se enfrentaba fueran insuperables. Es cierto que cada nuevo asentamiento arrebató al Estado preciosos recursos, debilitando su capacidad para funcionar en el futuro. Cada vez era más difícil abordar cualquier problema, pero eso no altera el hecho de que, incluso antes del primer asentamiento importante de los godos en la Galia, el Imperio de Occidente hubiera fracasado sistemáticamente a la hora de superar las amenazas que se cernían sobre él. No había conseguido ninguna victoria permanente y la única forma en la que había logrado desintegrar alguno de los nuevos reinos había sido utilizando otro grupo de bárbaros. Demasiado a menudo, eso simplemente significaba sustituir a un grupo por otro, no volver a situar una región bajo control imperial. En ocasiones, las autoridades occidentales parecen haber tratado de forma consciente de limitar las victorias obtenidas por los líderes bárbaros que luchaban en su nombre. Un líder que luchaba en calidad de aliado un año podía convertirse fácilmente en un enemigo al año siguiente.

La supervivencia del Imperio de Oriente estaba menos relacionada con la eficiencia de sus instituciones que con su enorme tamaño. Como había ocurrido en el pasado, la realidad básica de sus dimensiones y su fuerza significaba que no necesitaba ser especialmente eficiente. Tampoco el Imperio de Occidente cayó con rapidez, a pesar de las sucesivas pérdidas de varias provincias importantes y de sus ingresos. Los enemigos a los que se enfrentaba estaban desunidos, pugnaban por



el dominio de su propio pueblo y eran igualmente agresivos en sus relaciones con otros grupos bárbaros. Durante décadas, los emperadores occidentales sobrevivieron haciendo que los grupos de bárbaros se pelearan entre sí.

El fracaso de las dos expediciones romanas a África no era inevitable, y en ambos casos influyeron tanto la suerte como los errores humanos. Si los vándalos hubieran sido derrotados y aquellas lucrativas provincias hubieran sido recuperadas, los recursos del Imperio de Occidente se habrían incrementado sustancialmente. Eso, suponiendo que los romanos hubieran sido capaces de conservar África a largo plazo. Siempre es posible que otro grupo bárbaro hubiera intentado hacerse con esa región tan rica, del mismo modo que, al parecer, Alarico, entre otros, había planeado hacerlo antes de que los vándalos se erigieran con la victoria. El acceso era relativamente fácil desde Hispania, que ya no estaba bajo control romano. Incluso con los recursos de África cuesta imaginar que el Imperio de Occidente hubiera sido capaz de destruir cualquiera de los reinos bárbaros de las demás provincias. No obstante, es muy posible que hubiera sobrevivido, quizá durante generaciones. Por otro lado, es difícil creer que no hubieran surgido guerras civiles y usurpaciones, condiciones que siempre creaban oportunidades para ambiciosos caudillos bárbaros.

El Imperio de Oriente era grande, populoso y rico. Al final y al principio del siglo V era, sencillamente, más grande y más poderoso que ninguno de sus vecinos y enemigos potenciales o reales. La ventaja sobre Persia era mínima, y ambas potencias se trataban ahora mucho más como iguales. La comparativa debilidad y falta de agresividad de los monarcas persas a lo largo del siglo V había fomentado visiblemente la prosperidad del Imperio de Oriente. Esa actitud cambiaría a principios del siglo VI, dando paso a un prolongado periodo de conflicto entre Roma y Persia: esa prueba ofrecería una idea más clara sobre la verdadera fuerza del Imperio de Oriente.

## **XXI**

### **AUGE Y CAÍDA**

*Dios nos ha concedido lograr firmar la paz con los persas, convertir a los vándalos, los alanos y los moros en nuestros subditos y obtener la posesión de toda África y más allá, y confiamos en que consentirá en que establezcamos nuestro imperio sobre el resto de aquéllos a quienes los antiguos romanos gobernaron desde las fronteras de un océano hasta el otro y luego perdieron por culpa de su negligencia.*

El emperador Justiniano, abril de 536.<sup>1</sup>

El emperador Anastasio tenía casi noventa años cuando murió, el 9 de julio del año 518. No tenía hijos y no había señalado sucesor. Después de muchas maniobras en la corte imperial, Justino, el comandante de la guardia personal del emperador (los *excubitores*) llegó al poder a base de sobornos. Empezaron a correr rumores de que utilizaba para sus pagos el dinero que le entregaba el chambelán, quien, siendo eunuco, no podía aspirar al trono en persona. Supuestamente, Justino había acordado comprar el apoyo para otro candidato, pero después cambió de opinión y empleó los fondos para su propia candidatura. Ese hombre, que en aquel momento tenía entre sesenta y setenta años, procedía originalmente de una zona rural de las provincias balcánicas en las que se hablaba latín. Justino no era miembro de la aristocracia establecida, pero, como de costumbre, deberíamos ser precavidos a la hora de aceptar el esnobismo de nuestras fuentes y etiquetarlo como un campesino. La maliciosa afirmación de que era analfabeto es extremadamente improbable en alguien con un rango de tan alta jerarquía. Con

todo, su auge fue ciertamente espectacular y demostró una vez más la gran influencia que tenían los oficiales y funcionarios de alto rango de la corte.<sup>2</sup>

Uno de los sobrinos de Justino era un oficial subalterno en otra de las unidades de la guardia imperial, los *calidad*. Ese hombre -Petro Sabbatio- fue rápidamente ascendido, a continuación, el emperador le adoptó y Sabbatio tomó el nombre de Justiniano. Antes de fallecer en 527, Justino convirtió a Justiniano en su colega imperial, de modo que en esta ocasión la sucesión se llevó a cabo sin violencia. Justiniano gobernaría como emperador único hasta su fallecimiento en 565. Algunos le consideraban la auténtica figura de poder tras Justino y, aun cuando esa afirmación era una exageración, es cierto que estuvo en el centro mismo del poder durante más de cuarenta años, un periodo de continuidad excepcionalmente largo, incluso en una era de emperadores duraderos.

Durante esos años, Justiniano mostró interés por muchas materias, desde la teología al derecho, y, a través de sus generales -nunca estuvo en campaña en persona-, libró una larga serie de guerras. Las provincias del norte de Africa fueron recuperadas y el reino vándalo destruido. Tras una lucha mucho más larga, la Italia ostrogoda cayó también ante los ejércitos de Justiniano, al igual que Sicilia, Cerdeña, Córcega y parte de Hispania. Sólo unas cuantas de esas conquistas resultaron duraderas y gran parte del territorio recuperado fue perdido a los pocos años de la muerte de Justiniano. Sus sucesores

tendieron a culparle de haber gastado una parte excesiva de los limitados recursos del Imperio, creando los enormes problemas a los que ahora se enfrentaban. Era una excusa conveniente y, por lo menos, había en ella parte de verdad.<sup>3</sup>

Las acciones de Justiniano y sus consecuencias fueron siempre muy controvertidas. Como su tío, provenía de una de las pocas regiones del Imperio de Oriente en las que se hablaba latín. No hay ninguna duda de que había recibido una buena educación y que hablaba con fluidez el griego y el latín, pero no procedía de las filas de la aristocracia, que siempre sintió animadversión hacia él. Muchas de nuestras fuentes -en especial las que fueron escritas o publicadas tras su muerte- muestran una actitud muy hostil hacia él. Era un purista en materia de protocolo cortesano: cualquiera que se presentaba ante él tenía que postrarse en el suelo y, si se le concedía ese favor, besar el borde de la túnica imperial. Otros emperadores habían permitido que los senadores y funcionarios más distinguidos simplemente hicieran una reverencia. Justiniano y su esposa Teodora parecen haberse deleitado con caras exhibiciones de grandiosidad y dignidad imperial.<sup>4</sup>

Desde muchos puntos de vista, la vida de la emperatriz era aún más llamativa que la de su esposo. Teodora había nacido en una familia de artistas que trabajaban en el gran circo que existía junto al palacio de Constantinopla. Cuando era pequeña, se convirtió en doncella de una de las actrices de mimo que actuaban en los intervalos entre las carreras de carros. Más tarde, ella misma inició una carrera de actriz y bailarina. Una carrera de ese tipo tendía a ser breve, y Teodora, como muchas de esas mujeres, decidió explotar su celebridad y belleza para convertirse en cortesana. Las historias más escabrosas sobre su apetito sexual, presuntamente desenfrenado, eran sin duda meros cotilleos que fueron repetidos por las fuentes que odiaban a Teodora. Sin embargo, ni siquiera los relatos que le son favorables esconden el hecho de que había sido prostituta. Dio a luz a una hija ilegítima y puede que tuviera otros hijos. Un tiempo después, fue contratada como amante por el gobernador de Egipto, sólo para ser abandonada por él en Alejandría. Al parecer, en esa ciudad tuvo una profunda experiencia religiosa. Cuando Justiniano la conoció había vuelto a Constantinopla y estaba trabajando como costurera. Se convirtió en su amante, pero legalmente no podían casarse, ya que un hombre de su estatus tenía prohibido hacerlo con una mujer que hubiera sido prostituta. Tardaron algún tiempo en persuadir a Justino de que introdujera una ley especial que permitiera el matrimonio. Por lo que sabemos, Teodora siempre le fue fiel a Justiniano, aunque la pareja nunca tuvo hijos.<sup>5</sup>

No cabe duda de que Teodora era una mujer de voluntad firme. Justiniano sentía un profundo afecto por ella y respetaba sus opiniones. El emperador y la emperatriz aparecían a menudo como iguales en los eventos ceremoniales. Era un hecho sabido que Teodora influía en su política y sus decisiones sobre el nombramiento, ascenso y despido de funcionarios y oficiales del ejército. Los emperadores de los que se sospechaba que habían sido dominados por sus esposas o por otras mujeres de su familia siempre eran criticados en posteriores fuentes, y Justiniano no fue ninguna excepción. No obstante, la palabra dominación realmente parece demasiado fuerte. Justiniano confiaba en su mujer, pero no tenía un carácter débil y, tras la muerte de la emperatriz, ninguna persona le controló en modo alguno. Sin duda, la procedencia humilde y más bien deshonrosa de Teodora brindaba muchísima munición a los detractores de la pareja. Cuando fue emperatriz, llevó a tres de sus viejas amigas de los días del circo a vivir con ella a palacio como sus compañeras y se les encontraron maridos acaudalados, mientras que, en otra ocasión, cedió un edificio del palacio como refugio para chicas rescatadas de la prostitución. Algunos grupos cristianos la recordarían más tarde como una persona extremadamente devota. Sin embargo, no había duda de que también podía ser taimada y vengativa, y organizó la caída de varios hombres prominentes.<sup>6</sup>

## EL ANTIGUO ENEMIGO

En el siglo V, por lo general, las relaciones entre el Imperio de Oriente y la Persia sasánida habían sido pacíficas, en marcado contraste con lo sucedido en siglos anteriores. Se convirtió en algo normal que el emperador romano y el rey persa se refirieran el uno al otro como «hermano» en sus contactos diplomáticos. De hecho, Persia era reconocida como un igual del Imperio y hacía mucho tiempo que los sueños romanos de conquistarla se habían desvanecido. La larga paz venía reforzada por los demás problemas que tenían que afrontar ambas potencias. Los persas se enfrentaban a la creciente amenaza de los grupos nómadas, como los hunos sabiros, al norte, y los heftalitas o hunos «blancos», al noreste. Es cuestionable hasta qué punto alguno de estos dos grupos estaba relacionado con los hunos de Atila, y puede que se diera el nombre de «huno» a todo grupo nómada que se considerara que luchaba con un estilo similar. Sus razias eran frecuentes y varias expediciones enviadas para castigarlos terminaron en desastre. Un rey persa fue incluso asesinado en batalla, algo que los romanos no habían conseguido jamás en todas sus prolongadas guerras con Persia. El estallido de varios brotes de guerra civil consecutivos debilitó aún más el poder sasánida, por lo que los dirigentes persas trataron de evitar enfrentamientos graves con sus vecinos romanos.<sup>7</sup>

Las cosas empezaron a cambiar al subir al trono el rey persa Kavad en 488. Ocho años más tarde, durante una guerra civil, fue expulsado y se refugió entre los hunos heftalitas. Con su apoyo derrotó a su rival en el año 499 y, a continuación, reinó hasta su muerte en 531. Su hijo Khusro I le sucedió y gobernó hasta 579. Durante unos ochenta años, Persia fue gobernada por sólo dos reyes, lo que proporcionó un nivel de estabilidad que superó incluso la longevidad de los emperadores contemporáneos de Constantinopla. No obstante, tras su regreso del exilio, pasó un tiempo antes de que Kavad pudiera sentirse seguro y, por otra parte, su situación económica era desesperada. La ayuda de los heftalitas había costado muy cara. También necesitaba riqueza para pagar a los soldados, recompensar a los seguidores leales e impedir que la nobleza respaldara a otros aspirantes al trono. Resultaba caro mantener los sistemas de irrigación que hacían posible la agricultura en grandes partes de su reino y ampliarlos era todavía más costoso.<sup>8</sup>

Kavad necesitaba fondos y envió embajadores a Constantinopla para pedirle dinero a Anastasio con la pretendida excusa de que lo utilizaría para hacer frente al coste de mantener las guarniciones que impedían el acceso de los hunos sabiros a los pasos de las montañas del Cáucaso, en especial el paso conocido como las Puertas Caspias. Los persas alegaron que era un servicio tanto para los romanos como para ellos mismos, puesto que sin esas guarniciones las partidas de saqueo de los hunos podían llegar con facilidad a las provincias romanas, como ya habían hecho en el pasado. Los romanos habían pagado subvenciones a los persas en diversas ocasiones durante el siglo V, pero no sabemos a ciencia cierta si alguna vez llegó a firmarse un acuerdo oficial para ayudar a financiar la defensa de los pasos del Cáucaso. Ese tipo de acuerdo habría sido considerado equivalente a pagar un tributo a un poder superior y habría sido muy perjudicial para el prestigio de cualquier emperador. Fuera cuales fueran las circunstancias concretas, Anastasio se negó a pagar, lo que provocó que en el año 502 Kavad lanzara un ataque contra las provincias romanas, determinado a tomar por la fuerza la riqueza que necesitaba. Conquistó y saqueó varias ciudades importantes, incluyendo Amida, que sólo cayó tras un asedio de más de tres meses. La respuesta romana fue lenta, pero en 505 sus contraataques fueron suficientemente fuertes como para persuadir al rey Kavad de aceptar una tregua. Ya se había hecho con considerable botín y un gran número de cautivos que llevarse a tierras reales. Probablemente los romanos le pagaron una suma considerable para asegurar la paz. En conjunto, seguramente Kavad se

sentía satisfecho y, en cualquier caso, tenía que hacer frente a un nuevo brote de violencia procedente de los hunos sabiros.<sup>9</sup>

La paz duró dos décadas. Para entonces Kavad tenía cerca de ochenta años y estaba empezando a preocuparse por la sucesión. Al elegir a Khusro en vez de a un hijo de más edad, el rey persa le pidió a su «hermano» el emperador romano que garantizara que su elección fuera respetada. En realidad, Kavad le estaba pidiendo a Justino que adoptara a Khusro como su hijo. Aunque el emperador se mostró entusiasmado por la idea, con el tiempo sus asesores le persuadieron de que podía resultar peligroso, ya que le daría al joven el derecho a reclamar el trono imperial. El hecho de que la propuesta llegara a presentarse, que fuera considerada seriamente e incluso la razón por la que fue rechazada ponen de manifiesto hasta qué punto las actitudes romanas hacia Persia habían cambiado. Al final, Justino se ofreció a acogerlo bajo una forma inferior de adopción, que con frecuencia era utilizada con los líderes bárbaros, pero más tarde las conversaciones fracasaron.<sup>10</sup>

Decepcionado, Kavad volvió a efectuar sus habituales demandas de dinero a los romanos. Las escaramuzas fueron multiplicándose a lo largo de las fronteras y en 530 los persas lanzaron una invasión importante. Su primer objetivo fue Dara, una ciudad fortificada construida cerca de Nisibis.

Anastasio había iniciado su transformación en un importante bastión y Justiniano había ampliado la obra. Dirigido por un general llamado Belisario, un ejército romano bastante nutrido se enfrentó a una fuerza persa aún más numerosa a las afueras de Dara, y le infligió una clara derrota. En 531 fue Belisario el que sufrió una derrota aplastante a manos de otro ejército de invasores persas en la batalla de Callinicum. A lo largo de los siguientes meses, la suerte fue favoreciendo alternativamente a un bando y a otro, pero los persas no estaban ganando demasiado con la lucha y a finales de año se sentían ansiosos por lograr la paz. Ese ánimo se vio reforzado cuando el rey Kavad murió y Khusro lo sustituyó en el trono. En el año 532 los romanos y los persas accedieron a firmar lo que denominaron la «paz eterna». Justiniano aceptó pagar al rey persa once mil libras de oro, una cifra casi dos veces mayor que el pago más elevado realizado a Atila, pero que aun así el Imperio de Oriente podía permitirse con comodidad.<sup>11</sup>

En 540 Khusro violó el tratado y atacó. Fue una cuestión de simple oportunismo: sabía que los ejércitos de Justiniano estaban muy ocupados en otras zonas y que, por tanto, las defensas romanas en el este eran débiles. Como su padre, también tenía graves problemas financieros y, como la mayoría de las primeras campañas persas, la invasión fue básicamente una razia a gran escala, aunque penetró en

Siria más profundamente que ningún ataque sasánida desde los triunfos de Sapor I en el siglo III, y en ese sentido fue excepcional. Antioquía fue tomada y saqueada, y Khusro se bañó en las aguas del mar Mediterráneo. Después, el rey se retiró llevándose con él su botín y decenas de miles de prisioneros. Nunca se planteó la posibilidad de ocupar de forma permanente las ciudades conquistadas.<sup>12</sup>

La caída de Antioquía fue una gran humillación para Justiniano, pero un año más tarde sufrió un revés mucho más grave en forma de una terrible plaga. Comenzó en Egipto y se propagó con rapidez por todas las provincias. Se dijo que las víctimas mortales en Constantinopla habían sido masivas y ha sido habitual comparar esta epidemia con la Muerte Negra del siglo XIV. Probablemente la enfermedad fuera una forma de peste bubónica, aunque es perfectamente posible que otras infecciones se propagaran de manera simultánea y provocaran numerosas muertes. Como la peste medieval,

regresó varias veces a lo largo de las siguientes décadas, pero, como de costumbre, no contamos con estadísticas fidedignas para evaluar su coste total en vidas y sus consecuencias económicas y sociales en un sentido más amplio. A pesar del impacto de la peste, Justiniano hizo venir nuevamente a Belisario del oeste y lo envió contra los persas. Los romanos atacaron el territorio persa de Asiria, aunque la ofensiva, de forma similar a las operaciones del enemigo, vino a ser poco más que una gigantesca razia. No se produjo ningún otro triunfo espectacular por parte de ninguno de los dos bandos en los años que siguieron.<sup>13</sup>

En 545 Justiniano y Khusro firmaron la paz en Mesopotamia, aunque las hostilidades continuaron en la zona más al norte, cerca del Cáucaso. Tanto Roma como Persia llevaban mucho tiempo pugnando por dominar los reinos de esa región, como Lazica e Iberia. La religión desempeñaba un papel relevante en la disputa, ya que ambas zonas se habían convertido al cristianismo, brindándoles a los romanos un buen pretexto para proporcionarles su apoyo. Algunos esfuerzos persas excesivamente entusiastas por promover el zoroastrismo provocaron varias desertiones hacia Roma, mientras que, a su vez, en otras ocasiones fue la mala administración y la corrupción de los funcionarios romanos lo que convenció a algunos pueblos de romper su vínculo con el Imperio. El equilibrio de poder oscilaba entre las dos potencias y buena parte de las verdaderas luchas eran llevadas a cabo por aliados. Lo mismo sucedía en el sur, donde los dos principales grupos árabes -los gasánidas aliados con los romanos y los lakmidas, respaldados por los persas- eran muy aficionados a las incursiones de saqueo. Las dos potencias alentaban a sus respectivos aliados a emprender acciones de hostigamiento sobre el territorio de su rival, que, a menudo, eran una manera de ejercer presión sobre la potencia enemiga y rara vez eran consideradas por ninguno de los dos bandos como una auténtica guerra.<sup>14</sup>

En 561-562 se firmó un tratado de paz más completo, que esta vez supuestamente debía durar unos modestos cincuenta años en vez de ser eterno. Los romanos debían pagar a los persas un subsidio anual de quinientas libras de oro. Justiniano no encontraba demasiadas ventajas en seguir luchando contra Persia, en especial porque continuaba teniendo en marcha empresas militares en otras regiones. Resulta sorprendente el limitado alcance que tuvieron las operaciones de este conflicto: la mayoría de las campañas fueron fundamentalmente razias. Las ciudades fortificadas seguían teniendo una importancia crítica, ya que brindaban protección de los ataques enemigos y servían como bases de operaciones desde las cuales podían lanzarse las razias. Por esa razón, con frecuencia eran blancos de ofensivas de envergadura. Ambos bandos lograron diversos triunfos, pero los asedios podían resultar muy caros y no siempre tenían éxito. Los persas fracasaron reiteradamente en sus tentativas de tomar Edesa, del mismo modo que los romanos nunca lograron recuperar Nisibis. A los persas no les había gustado ver cómo Dara, tan cerca de sus fronteras, se fortalecía, y en 532 habían persuadido a los romanos de que retiraran el grueso de las tropas que habían estacionado en la ciudad.<sup>15</sup>

## **HACIA EL OESTE**

Las guerras contra Persia fueron los conflictos más importantes que entablaron los romanos en el siglo VI. En varias ocasiones, reunieron ejércitos de treinta mil hombres, quizá de hasta cuarenta mil. Eran contingentes grandes según los estándares de cualquier periodo de la historia romana y la dimensión de los ejércitos persas era similar o incluso mayor. El coste de mantener las numerosas fortalezas en la frontera oriental también era inmenso. Varias veces, al regresar a ellas los romanos se encontraban con que se habían deteriorado, algo a lo que sin duda contribuyó la serie de terremotos que sacudió la

zona en este periodo. En cualquier caso, siempre fueron reconstruidas de nuevo. Justiniano también destinó importantes fondos a defender la frontera balcánica de las diversas tribus que amenazaban la región. Sin embargo, aunque ese frente estaba más cerca de la propia

Constantinopla, es evidente que los persas siempre fueron considerados sus enemigos más peligrosos e importantes. Se solían tomar recursos de cualquier otro campo de batalla para reforzar las defensas orientales, lo que hace todavía más sorprendente que los éxitos más espectaculares del reinado de Justiniano se consiguieran en el Mediterráneo occidental.<sup>16</sup>

En 533 Justiniano envió a Belisario a invadir el reino vándalo del norte de Africa. La paz eterna del año anterior con Persia había convertido la frontera del este en una frontera segura, pero, con todo, seguía siendo una empresa arriesgada. Los asesores más influyentes del emperador le recordaron el costoso desastre de 468 y le instaron a abandonar el plan. No obstante, Justiniano intuía que tenía ante sí una buena oportunidad: recientemente, los vándalos se habían visto envueltos en una disputa dinástica y además tenían que enfrentarse a varias rebeliones, tanto en África como en algunas de las islas que controlaban. Asimismo, los ostrogodos habían accedido a permitir que los romanos utilizaran los puertos de Sicilia como escalas para la flota de invasión. Justiniano decidió correr el riesgo. Belisario recibió una gran flota de refuerzo y un ejército de al menos quince mil hombres (existen ciertas dudas sobre el total, ya que no se sabe si esa cifra incluía su propio regimiento de caballería, bastante numeroso también). Puede que el total real del ejército fuera de unos cuantos miles de hombres más. Sin duda, era un contingente considerable para los estándares de la época y, sin embargo, también es cierto que el ejército y la flota no eran mayores que los que participaron en las desastrosas expediciones del siglo V. No había absolutamente ninguna garantía de éxito y un fracaso habría perjudicado seriamente a Justiniano.<sup>17</sup>

El resultado fue un triunfo espectacularmente veloz y arrollador. Las principales fuerzas vándalas estaban en otras zonas cuando los romanos llegaron a tierra: el rey Gelimer se encontraba al sur del país luchando contra un grupo de rebeldes, mientras que gran parte de sus mejores tropas estaban lejos, en Cerdeña, haciendo frente a otra insurrección. Los romanos pillaron desprevenidos a los vándalos, que concentraron cuantas tropas pudieron y se precipitaron a enfrentarse a los invasores. Belisario los aplastó en dos batallas que libró valiéndose casi exclusivamente de su poderosa caballería. Gelimer huyó a un refugio en las montañas, pero meses más tarde se rindió y fue llevado de regreso a Constantinopla. Justiniano permitió a Belisario disfrutar del honor de una procesión triunfal, aunque el general victorioso atravesó las calles a pie en vez de conduciendo un carro a la manera antigua. Gelimer formó parte de la procesión, sin dejar de repetir un verso del libro del Eclesiastés, del Antiguo Testamento: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad». El momento culmen de la ceremonia fue la llegada de Belisario y Gelimer ante Justiniano y Teodora, que los aguardaban sentados en sus tronos. Tanto el general como su cautivo se postraron ante el emperador. A pesar del gran honor concedido a Belisario, la ceremonia dejó muy claro que la auténtica gloria pertenecía a Justiniano.<sup>18</sup>

El impresionante éxito frente a los vándalos animó al emperador a considerar emprender nuevas aventuras en Occidente. En aquel momento, Italia parecía vulnerable debido a que un grupo de nobles ostrogodos se habían vuelto contra el nieto de Teodorico, al que consideraban demasiado «romano» y excesivamente controlado por su madre. Cuando murió el joven rey, ella trató de sustituirlo por su primo, pero fue encarcelada poco después y, más tarde, asesinada. En 535 Belisario fue enviado con sólo siete mil quinientos hombres a conquistar Sicilia. Una vez más, su triunfo fue rápido, lo que

animó a Justiniano a ordenar la invasión de la propia Italia. Desde el principio, los recursos con los que contaría el general para entablar el conflicto eran muy limitados en comparación con los destinados a la campaña africana. Por otro lado, Italia, con sus numerosas ciudades fortificadas, constituía un escenario de operaciones mucho más amplio y complicado. Al mismo tiempo, los godos resultaron estar menos dispuestos que los vándalos a iniciar una confrontación inmediata. El resultado fue una serie de campañas mucho más largas y feroces libradas a lo largo de las siguientes décadas, durante las cuales muchas de las comunidades de Italia sufrieron terriblemente. Belisario ocupó Roma a finales de 535 a la cabeza de sólo cinco mil hombres y tuvo que soportar el asedio de la ciudad por parte del ejército ostrogodo durante más de un año antes de lograr rechazarlos finalmente.<sup>19</sup>

En general, en África la mayor parte de la población había dado la bienvenida al ejército romano. Belisario se había preocupado de mantener a sus hombres bajo un estricto control cuando entraron en Cartago para impedir el pillaje y otro tipo de desmanes. La situación en Italia era más complicada. Nápoles opuso una dura resistencia ante los romanos y, cuando el ejército logró entrar por fin, fue saqueada sin contemplaciones. En las demás regiones, los romanos fueron recibidos con los brazos abiertos, pero cada una de las comunidades que se unieron a Belisario era otro lugar que era necesario proteger de las represalias de los ostrogodos. Aun cuando la cantidad de tropas romanas en Italia fue creciendo de forma gradual, muchas de ellas tuvieron que repartirse en pequeñas guarniciones. En 539 otro de los generales de más confianza de Justiniano, el eunuco Narsés, fue enviado a Italia con refuerzos. Belisario y él no se llevaban bien y se negaron a cooperar. Milán fue ocupada por los romanos, pero luego fue reconquistada y saqueada brutalmente por los ostrogodos. Las fricciones y las repetidas discusiones entre los comandantes romanos se convirtieron en situaciones habituales en la mayoría de las campañas italianas. Los distintos comandantes empezaron a actuar por su cuenta, contentándose con controlar sus propios contingentes menores y dominar una parcela de territorio. Muchos acabaron revelándose como grandes corruptos y extorsionaron tanto dinero como pudieron a la población local. Hubo varios casos de individuos y comunidades enteras que lamentaron la alianza establecida con el Imperio de Oriente y volvieron a unirse a los godos.<sup>20</sup>

El historial del ejército romano durante las guerras de Justiniano fue extremadamente irregular. Ganó la mayoría de las batallas importantes en el oeste y no pocas de las que libró contra los persas. En algunos de esos combates, luchó con una disciplina y una habilidad ejemplares. Por otro lado, las batallas eran poco frecuentes en comparación con otros periodos y buena parte de los combates eran de mucha menor escala. Y más importante es que hubo muchos más casos de generales que resultaron incapaces de dominar a sus propios soldados. En más de una ocasión, incluida la derrota de Callinicum, Belisario se vio obligado a entrar en batalla sabiendo que era un error porque no pudo controlar el entusiasmo de sus hombres. En otra ocasión, tras obtener la victoria sobre los vándalos en África, un soldado se emborrachó y disparó accidentalmente una flecha que mató a su propio comandante. No siempre podía evitarse el pillaje ni otros ejemplos de mala conducta, a pesar de que debilitaba la causa de los romanos, al perder el apoyo de los habitantes locales. Tampoco era de ninguna ayuda que, con frecuencia, la paga de los soldados sufriera importantes retrasos. Estos provocaron diversos motines. Antes de la campaña italiana, Belisario tuvo que ser llamado nuevamente a África para hacer frente a un grave estallido de violencia entre las tropas que había dejado estacionadas allí. Un factor de influencia fundamental en ese conflicto fue el hecho de que muchos soldados se habían casado con antiguas esposas de guerreros vándalos y estaban deseosos de quedarse con sus propiedades.<sup>21</sup>

Las guerras de Justiniano en el oeste fueron libradas con limitados contingentes de tropas, que en



ocasiones estaban formados por soldados indisciplinados que incluso podían llegar a amotinarse. Los oficiales de alta graduación rara vez trabajaban bien cuando colaboraban entre sí, un problema que la renuencia típica de la época a nombrar a un claro comandante supremo no hacía más que empeorar. A muchos funcionarios y oficiales romanos lo que más les interesaba era obtener beneficio personal y lo único que lograban con su actitud era perder el apoyo de los pueblos a los que, supuestamente, habían ido a liberar y reincorporar al Imperio. El resurgimiento de la guerra con Persia en el año 540 también relegó el conflicto en Italia a un nivel de prioridad inferior. Narsés ya había recibido órdenes de regresar, y Belisario fue enviado a luchar en Oriente en 541.

Seguramente, el impacto de la peste había reducido la cantidad de hombres y de fondos que el emperador tenía a su inmediata disposición, así que cuando Belisario regresó a Italia, en 544, se encontró en una situación desesperada de escasez de recursos de todo tipo. Reconquistó Roma, que había caído en manos de los godos, pero no logró hacer gran cosa antes de que le ordenaran regresar otra vez en 549. Ahora fue Narsés quien volvió a la zona para ponerse al frente de las fuerzas de Italia y, gracias a la mejora gradual de las relaciones con Persia, logró que le asignaran más tropas. En 552 venció y asesinó al último rey ostrogodo, Totila, asestándole la derrota por medio de batallas en las que los romanos superaban con mucho en número a los godos, a pesar de que algunas tropas habían sido despachadas a la Hispania visigoda para intervenir en la guerra civil. Al parecer, Justiniano creía que ese conflicto le brindaba otra oportunidad para sacar provecho de la debilidad de uno de los reinos.<sup>22</sup>

Desde el principio hubo un fuerte elemento de oportunismo en las guerras de Justiniano en el Mediterráneo occidental. Aprovechó periodos de debilidad interna en el África de los vándalos, en la Italia ostrogoda y, por último, en la Hispania visigoda. Si bien es cierto que los contingentes desplegados por los romanos para luchar en esas campañas eran modestos en comparación con los que se emplearon para guerrear contra Persia, también merece la pena señalar lo débiles que resultaron ser los reinos occidentales en comparación con ese rival. La suerte tuvo un papel clave en el acelerado colapso de los vándalos, pero el lento progreso de la guerra en Italia tuvo más que ver con la incapacidad de los romanos para destinar suficientes recursos a la lucha que con la fuerza de los ostrogodos. La intervención en Hispania tuvo una escala limitada y logró escasos resultados. Alrededor de Cartagena se creó un enclave costero controlado por los romanos. En Italia, Narsés derrotó a los francos, que intentaron invadir el territorio en 554. Surgieron más problemas en África:

hubo una sucesión de difíciles campañas contra las tribus moras al sur de las provincias. Tanto en Italia como en Africa se crearon nuevas prefecturas pretorianas para supervisar su administración. Justiniano no tenía ninguna intención de restaurar el Imperio de Occidente y los territorios recuperados fueron tratados simplemente como provincias adicionales del este.<sup>23</sup>

África fue el mayor triunfo a largo plazo en la reconquista de los territorios occidentales y a finales del siglo VI era una parte relativamente pacífica y próspera del Imperio de Oriente. La mayoría de lo ganado en Italia se había perdido apenas una década después del fallecimiento de Justiniano: en 568 Italia fue invadida por los lombardos, otra tribu que en el pasado habían sido con igual frecuencia aliada y enemiga del Imperio. Los contingentes romanos estacionados en Italia eran débiles y estaban escasamente coordinados. El grueso de la península italiana fue conquistado y dividido en territorios separados gobernados por caudillos lombardos, que los romanos denominaban *duces*. El Imperio consiguió conservar sólo unas cuantas zonas en la costa y alrededor de ciudades como Rávena y Roma. Sicilia y las otras islas mayores también fueron conservadas, pero incluso el juicio más

generoso de la agresiva política de Justiniano en el Mediterráneo occidental tendría que considerar que su éxito fue extremadamente limitado, además de que resultó muy caro y creó la necesidad de establecer guarniciones permanentes para proteger territorios que, en la mayoría de los casos, reportaban escasos ingresos al gobierno central. Irónicamente, es probable que la caída del reino ostrogodo tras un conflicto prolongado y costoso, al que siguió al poco tiempo la invasión lombarda, destruyera muchos aspectos de la cultura y la sociedad romanas que habían sobrevivido al colapso del Imperio de Occidente.<sup>24</sup>

## UN NUEVO MUNDO: LA ÉPOCA DE JUSTINIANO Y EL PERIODO POSTERIOR

El Imperio de Justiniano sufrió a causa del prolongado conflicto con Persia, de otras guerras en numerosos frentes, así como a consecuencia de diversas catástrofes naturales, de las cuales la más grave fue con mucho la gran peste. Algunas de las guerras fueron iniciativa suya y, en todos los casos, los beneficios o ganancias se vieron sobrepasados por los gastos y las pérdidas. Cuando acabó el reinado de Justiniano, el Imperio no era sensiblemente más fuerte y sus recursos sin duda habían sido estirados al máximo. Los acontecimientos de esos años ponían claramente de manifiesto que el poder del Imperio del siglo VI era limitado: no tenía capacidad para recuperar los territorios romanos perdidos en el oeste y restaurar así la grandiosidad del antiguo Imperio unificado. En general, la llegada de los romanos orientales fue recibida con considerable cordialidad por la población de las regiones occidentales, si bien normalmente fue necesario que pasara cierto tiempo antes de que los locales se convencieran de que su presencia sería permanente y, por lo tanto, de que era seguro mostrarles su apoyo.

En varios casos, la corrupción y venalidad de los comandantes y funcionarios orientales acabó rápidamente con esa buena voluntad. El emperador no podía controlar por completo a sus representantes, del mismo modo que a sus generales a menudo les resultaba imposible dominar a sus tropas. Los éxitos militares del reinado de Justiniano se debieron en parte a un grupo de generales de talento -entre los que destacaban Belisario y Narsés- y aún más a los recursos, todavía importantes, del Imperio. En repetidas ocasiones los romanos fueron capaces de destinar tropas y fondos a una campaña a una escala que nadie aparte de los persas podía igualar. Si el gobierno de Constantinopla poseía la suficiente determinación y estaba dispuesto a invertir los recursos necesarios, entonces las posibilidades de que alguno de los reinos occidentales pudiera resistirse a largo plazo al empuje de sus ejércitos eran escasas.<sup>25</sup>

A pesar de todos los problemas de su reinado, Justiniano no tuvo que hacer frente a una guerra civil que afectara a todo el Imperio. En el año 532 estallaron unos disturbios en Constantinopla protagonizados por las dos facciones que apoyaban a los equipos de carreras de carros más importantes del circo. Tradicionalmente, ambos grupos sentían una intensa hostilidad mutua, pero, cuando se reunían, el problema se convertía enseguida en algo mucho más serio. Al parecer, algunas personas poderosas consideraron que esos tumultos podían ser una oportunidad para derrocar el régimen vigente y es posible que contribuyeran a avivar la violencia entre ambos grupos. Uno de los sobrinos de Anastasio que seguía con vida fue proclamado emperador y las tentativas iniciales de sofocar la rebelión por la fuerza fracasaron. Una historia contaba que Justiniano estaba listo para salir huyendo y que sólo le disuadió la resolución de Teodora, que le recordó la antigua frase «la monarquía es un buen sudario». Puesto que la sentencia en realidad rezaba «la tiranía es un buen sudario», es más que probable que se trate de una invención maliciosa para mofarse de la pareja imperial. Por la razón

que fuera, Justiniano se decidió a luchar. Belisario y Narsés lanzaron a sus soldados contra los insurrectos y los aniquilaron. El recién proclamado emperador fue ejecutado, a pesar de que es probable que sólo fuera un peón en el juego y hubiera accedido a regañadientes a su nombramiento.<sup>26</sup>

Tal fue la ocasión en la que Justiniano estuvo más cerca de ser derrocado por un rival, pero, como todos los emperadores, siempre estaba receloso y alerta ante cualquier posible amenaza. De momento, Belisario había probado su lealtad masacrando a los alborotadores (lo que recuerda al ascenso de Napoleón en el Directorio tras su famosa «mano dura» al sofocar el levantamiento monárquico), pero algún tiempo después Justiniano pasó a considerarlo sospechoso cuando los ostrogodos le ofrecieron proclamarle emperador de Occidente. También hubo rumores de que él y otros más habían conspirado para hacerse con el control de la sucesión cuando se pensaba que Justiniano podía sucumbir a la peste. Más de una vez el emperador perdió la confianza en su lealtad, le arrebató el mando y le obligó a retirarse, a pesar del hecho de que, sin duda, Belisario era uno de los comandantes más competentes y seguramente también uno de los más leales con que contaba aquél. Como siempre, un emperador tendía a convertir su propia seguridad en la prioridad número uno, sacrificando las posibles necesidades de las guerras contra extranjeros. Teodora ordenó asimismo la destitución y la caída en desgracia de uno de los funcionarios de más confianza de su marido, el prefecto del pretorio Juan de Capadocia. Tras inventarse que había organizado una conspiración, los representantes de la emperatriz -entre los que estaba la esposa de Belisario, Antonina- consiguieron convencer a Juan de que se incriminara a sí mismo.<sup>27</sup>

El hábito de sospechar de los colegas estaba tan arraigado en la burocracia imperial como la corrupción. Justiniano hizo varias tentativas para combatirla, en concreto tratando de impedir la práctica, común en el periodo, de vender nombramientos y cargos de gobernador. A pesar de los grandes esfuerzos del emperador, su éxito fue muy limitado. Los hombres que iniciaban una carrera en la administración imperial esperaban obtener sustanciales beneficios a través de regalos no oficiales que recibían a cambio de sus favores. Así era, sencillamente, como funcionaban las <sup>28</sup> cosas, y así habían sido durante todo el tiempo que podían recordar.

La codificación del Derecho Romano emprendida por Justiniano resultó ser un legado mucho más duradero. En 529 su equipo de expertos legales produjo el *Codex Justinianus*, que recogía toda la legislación imperial y confirmaba su validez. La legislación excluida de la recopilación era automáticamente revocada. De ese modo sustituía a todas las anteriores recopilaciones de leyes, incluyendo la que se llevó a cabo durante el reinado de Teodosio II, casi un siglo antes. En 533 ese código fue completado con el *Digesto*, que resumía los fallos y las ideas de todos los juristas romanos de prestigio del periodo imperial. Otra obra de envergadura fue *Institutas*, que pretendía ser una guía para los que estudiaran derecho. Al año siguiente, se publicó una nueva edición del *Codex*. Todas estas obras estaban escritas en latín y, con el tiempo, llegarían a tener una profunda influencia en el desarrollo de las leyes en Europa. Justiniano también continuó emitiendo nuevas leyes o resoluciones legales -conocidas como *novellae*-, muchas de las cuales estaban redactadas en griego.<sup>29</sup>

En toda la labor jurídica de Justiniano siempre quedó patente que eran leyes promulgadas por un emperador cristiano. Al parecer, se tomó mucho más en serio que sus predecesores la idea de que, como emperador, era el representante de Dios en la tierra. Ciertamente, mientras muchos emperadores anteriores se habían esforzado en promover la unidad dentro de la Iglesia, Justiniano participó de forma mucho más directa en la definición de la teología ortodoxa. El principal punto de discusión seguía siendo la cuestión de si Jesús, durante su vida terrena, había poseído una única naturaleza

conjunta o contaba con partes diferenciadas humana y divina. Una versión de esta última teoría, definida por el Concilio de Calcedonia ya en 451, era la posición ortodoxa, que Justiniano trató de imponer. Sus esfuerzos encontraron considerable resistencia, y la simpatía de Teodora hacia los oponentes de esa doctrina era vox pópuli. Tanto las intervenciones directas de Justiniano como las periódicas inconsistencias en su actitud despertaron las sospechas de muchos clérigos, lo que sin duda contribuyó a que se produjeran periodos de desavenencias con los sucesivos papas, aunque la continuada negativa a admitir la igualdad con la sede de Constantinopla también formaba parte del problema. El poder del emperador era indiscutible. Justiniano se sentía libre para expulsar de su cargo a cualquier obispo, incluyendo al Papa y al obispo principal o patriarca de Constantinopla.<sup>30</sup>

En la época de Justiniano no cabía duda de que la cultura básica del Imperio había cambiado, y que las ideas que lo dirigían se debían más al cristianismo que a la tradición clásica. Seguía habiendo algunos paganos notables, pero los géneros de literatura de larga tradición, entre los que se contaban la historia secular y muchas formas de poesía, estaban desapareciendo. Las escuelas filosóficas de Atenas habían cerrado y, en un momento dado, un grupo de filósofos huyó a Persia para disfrutar de más libertad para continuar sus estudios. Con el tiempo se sintieron decepcionados y se les permitió regresar al Imperio como parte del tratado firmado entre Justiniano y Khusro en 532. Los libros, de cualquier tipo, empezaron a ser menos comunes. La pureza de la lengua -sobre todo, el griego, ya que la mayoría de los habitantes del Imperio de Oriente siempre habían sentido escasa estima por el latín- dejó de ser tan importante como señal de verdadero refinamiento y educación. Lo mismo le sucedió al conocimiento de Homero y las demás grandes obras de la literatura pagana.<sup>31</sup>

Al mismo tiempo, la forma física de las ciudades y su importancia en la sociedad también cambió. En el pasado, el espacio central para los asuntos públicos, las ceremonias y el comercio había sido el foro o *agora*. En el siglo VI, era más probable que estas funciones se desarrollaran en una única calle recta, el *cardo*, que estaba flanqueada por puestos. Con el tiempo, ese tipo de calles tendieron a llenarse de estructuras más o menos permanentes, adoptando una apariencia muy similar a la del *souk* de las ciudades de Oriente Próximo de épocas posteriores. Las iglesias, más que otros edificios públicos, eran las construcciones que más comúnmente pasaban a ser los focos de atracción para la comunidad local. Los teatros habían dejado de ser tan importantes y las casas de baños públicas estaban en decadencia. Los complejos rituales y el lujo de los baños romanos dejaron de ser uno de los principales elementos de la vida civilizada.<sup>32</sup>

En el Renacimiento se acuñó el término Imperio bizantino para el Imperio de Oriente, en parte porque así a los habitantes de Europa Occidental les era más fácil reivindicar que eran los verdaderos herederos de la civilización romana. Por su parte, los habitantes del Imperio de Oriente nunca dejaron de hablar de sí mismos como romanos y de su imperio como *Romania* (en ocasiones también se llamaban a sí mismos cristianos, considerándolo sinónimo de romanos). El Imperio de Justiniano era el claro descendiente del Imperio de Augusto y sus sucesores, pero en términos de poder era un descendiente menor. Siguió siendo poderoso, pero su fuerza fue igualada por la Persia sasánida. La superpotencia que una vez había dominado de forma tan absoluta una parte tan grande del mundo -casi todo el mundo conocido- era un recuerdo distante. Los acontecimientos del siglo posterior a la muerte de Justiniano no harían más que recalcar la evidencia de esa verdad.<sup>33</sup>

Justiniano fue sucedido por su sobrino Justino II, al que supuestamente había nombrado heredero durante sus horas finales. En 572 Justino comenzó una nueva guerra con los persas. Fue la única vez en el siglo VI que los romanos iniciaron un conflicto de envergadura contra su vecino del este, lo que

supone un pronunciado contraste con la belicosidad que mostraron hacia Partia y Persia en periodos anteriores. De hecho, la guerra fue un desastre para los romanos, y Khusro I, ya de edad avanzada, tomó la fortaleza de Dara. Parece que el impacto hundió a Justino en un colapso mental total del que nunca se recuperó, por lo que se tomó la decisión de nombrar un colega imperial. Fue elegido un cortesano de alto rango y de lealtad asegurada llamado Tiberio, y bajo su gobierno los romanos comenzaron a disfrutar de más éxitos en la lucha con Persia. Durante esas campañas se hizo famoso un general llamado Mauricio, y su popularidad entre sus soldados alentó a algunas figuras claves de la corte a proclamarle emperador cuando Tiberio falleció en 582. La guerra continuó desarrollándose de forma positiva para los romanos, a lo que contribuyó la guerra civil persa en 590.<sup>34</sup>

La fortuna fue favoreciendo primero a uno y luego a otro, con frecuencia ayudada por los periodos de caos interno que afectaban respectivamente a Roma o a Persia. En 602, un usurpador llamado Focas se rebeló contra Mauricio, que huyó de Constantinopla y fue asesinado. En ese mismo año, apareció otro usurpador que desafió a Focas. Los persas no tardaron en explotar esa debilidad y lanzaron una serie de ofensivas importantes. Grandes partes de Mesopotamia y de la Armenia romana fueron conquistadas de forma sistemática. En 608 estalló otra guerra civil romana y, unos cuantos años más tarde, los persas invadieron Siria y tomaron Antioquía de nuevo. Palestina también cayó y los persas entraron en Jerusalén en 614. Fue necesario que pasara casi una década para que los romanos pudieran recuperarse y, aun entonces, tuvieron que trascurrir varios años de dura lucha antes de que logran reconquistar la mayoría de las provincias perdidas.<sup>35</sup>

Entretanto, algo inesperado tanto para Roma como para Persia había sucedido al sur. Un mercader llamado Mahoma, proveniente de la ciudad comercial de La Meca empezó a predicar una nueva religión y unificó a las tribus árabes. Enseñó que sólo había un Dios, en vez de una Trinidad de compleja definición como habían defendido y discutido los cristianos. Jesús era venerado como profeta, el primero en una sucesión que culminó con Mahoma, el mayor de todos ellos. Mahoma falleció en 632, pero sus seguidores siguieron obteniendo éxito tras éxito. Tanto Persia como Roma habían agotado sus fuerzas en sus largos conflictos entre sí. La Persia sasánida fue la primera en caer: se desmoronó en sólo unos cuantos años. Después, en 636, los árabes obtuvieron una aplastante victoria sobre los romanos cerca del río Yarmuk. Pronto tomaron Palestina, Siria y, poco después, el propio Egipto. Más tarde, sus ejércitos atravesarían velozmente el norte de África e invadirían las provincias romanas de esa región.<sup>36</sup>

La historia de la unificación de los árabes y la forma en que lograron unas conquistas tan increíbles es fascinante, pero es un relato demasiado largo para narrarlo aquí. A finales del siglo VII, el Imperio de Oriente todavía seguía en pie, como lo estaría hasta el siglo XV, pero había quedado reducido a una mínima parte incluso de los territorios gobernados por Justiniano: la superpotencia se había deshecho siglos antes de su época. Cuando tuvieron lugar las conquistas árabes, la Europa medieval aún estaba tomando forma. Su sociedad carecía de las comodidades que eran habituales en los siglos de gobierno romano. También era menos sofisticada, sus niveles de alfabetización eran inferiores y en las prácticas comerciales las distancias recorridas y la cantidad de mercancía eran mucho menores de lo que era común en la época de apogeo del Imperio. En comparación, el mundo musulmán conservaba muchos más aspectos de la civilización grecorromana, a los que los árabes añadieron ideas y refinamientos propios, en parte gracias a que el centro de su territorio ocupaba regiones que habían conocido la civilización mucho antes de la llegada de los griegos y los romanos. Tanto el mundo islámico como, en su momento, los «bárbaros» del oeste, alcanzarían un nivel superior de progreso, redescubriendo antiguas ideas o inventando otras nuevas. Marco Aurelio comprendió que el mundo

estaba en constante cambio, pero en el siglo VII es poco probable que hubiera visto demasiadas cosas que le fueran familiares en las tierras que una vez fueron su Imperio.

## CONCLUSIÓN

### UNA RESPUESTA SENCILLA

*En todo caso, me daré por satisfecho con que la juzguen de utilidad todos aquellos que aspiran a formarse una idea de los hechos del pasado y de aquellos que, más o menos semejantes, de acuerdo con las leyes de la naturaleza humana, puedan ocurrir en el futuro.*

Tucidides, en las postrimerías del siglo V a.C.

E

l Imperio romano de Occidente dejó de existir en el siglo V. Aun aquellos estudiosos que

describen el proceso como una transformación admiten ese simple hecho. El Imperio romano de Oriente perduró otros mil años, hasta que fue invadido por los turcos. Ni siquiera en su máximo esplendor tenía esperanzas de llegar a dominar el mundo: era una potencia, más que una superpotencia. El siglo VI demostró que carecía de la capacidad para reconquistar las provincias occidentales perdidas. En el siglo VII, los árabes le arrebataron aún más territorio. Continuó existiendo como una más entre las numerosas potencias del mundo conocido, y algunas eran geográficamente mayores y más fuertes, tanto en lo militar como en lo económico. Aun así, de ninguna de ellas se puede afirmar que reemplazara al Imperio romano o igualara su anterior tamaño y poder.

El proceso no fue rápido, pero, considerado a largo plazo, no puede contemplarse más que como una decadencia y -en el caso del Imperio de Occidente- una caída. Fue un proceso largo y no hubo ningún acontecimiento, guerra perdida o decisión que pueda señalarse como único factor desencadenante. La pregunta básica sigue siendo por qué sucedió y si la causa más importante fueron los problemas internos o las amenazas externas. A lo largo de toda su historia, los romanos habían librado numerosas guerras contra oponentes muy variados. Habían sufrido varias derrotas graves, pero siempre se habían recuperado. En ningún momento se planteó siquiera la posibilidad de que esas derrotas pudieran provocar el colapso del Imperio. Y, sin embargo, el Imperio cayó en el siglo V, y, por tanto, debemos preguntarnos si las amenazas que se cernían sobre el Bajo Imperio eran mayores que las de periodos anteriores. Esa pregunta, a su vez, plantea dos posibilidades básicas: o bien uno o más enemigos eran más temibles que los anteriores o, sencillamente, se acumularon tantas amenazas simultáneas que el Imperio no pudo hacerles frente.

Suele afirmarse que los persas sasánidas eran rivales mucho más formidables que los partos o, en realidad, que ningún enemigo al que los romanos se habían enfrentado durante siglos. Desde luego, habían obtenido más victorias sobre los romanos que los partos. Por otro lado, lo cierto es que el nivel de belicosidad de Persia variaba enormemente y había largos periodos de paz. Hubo algunos reyes persas que necesitaron la riqueza y la gloria que brindaba una victoria sobre Roma -por lo general, para reafirmar su control del poder- y, de hecho, los ejércitos romanos más grandes del periodo fueron

los que se enviaron al este para luchar contra los persas, además de que los recursos que se invirtieron en las fortificaciones fronterizas fueron masivos. Dicho esto, en realidad ante Persia sólo se perdieron territorios situados junto a las fronteras y, por lo demás, en una escala bastante modesta. La idea de que desde su primera aparición en el siglo III Persia fuera un oponente especialmente mortífero - incluso una superpotencia rival- continúa firmemente arraigada en la mente de los estudiosos. Es una creencia muy difícil de reconciliar con las pruebas documentales, pero eso no significa que no vaya a seguir siendo defendida.

Con el paso del tiempo, algunos grupos de los pueblos tribales de Europa se hicieron con el control del Imperio de Occidente. No obstante, es muy difícil apreciar cambios importantes en la eficiencia militar de las tribus europeas desde la época de Julio César hasta la de Estilicón o Aecio. Hasta cierto punto, aparecieron confederaciones tribales de mayor tamaño, pero no deberíamos exagerar el grado de unidad que existía entre ellas. Es conveniente hablar de «los francos» o «los godos», a pesar del hecho de que siguieran estando divididos en muchas tribus separadas que, en ocasiones, eran hostiles entre sí. En ningún momento antes de la creación de los reinos bárbaros en las provincias hubo un solo rey para todos los francos o para cualquier otro pueblo. Atila unificó tanto a su propio pueblo y sus aliados como a las razas sometidas a ellos hasta un grado notable. Sin embargo, hay que decirlo una vez más, fue incapaz de hacerse con demasiado territorio romano y fue, fundamentalmente, un saqueador y extorsionador a escala grandiosa. Ya en el pasado habían emergido otros líderes bárbaros poderosos. Los hunos eran un enemigo terrorífico, pero es importante recordar que su poder había sido quebrantado antes del colapso final del Imperio de Occidente y que, de todos modos, su atención se había centrado sobre todo en el Imperio de Oriente.

No hay buenos argumentos que respalden la tesis de que los enemigos del Bajo Imperio romano eran simplemente más formidables que los de periodos anteriores. Sin ellos, también es más difícil defender que el Imperio romano tuviera que adaptarse en el siglo III para poder hacer frente a amenazas nuevas y más peligrosas, en especial a la «superpotencia» sasánida. ¿Quiere eso decir que el problema fue la gran cantidad de amenazas individuales más que su escala? Por lo que sabemos, parece que no cabe ninguna duda de que hubo más guerras de envergadura en los siglos III y siguientes que en los comienzos del Principado. En concreto, las razias de los grupos bárbaros de Europa son mucho más prominentes en nuestras fuentes. Ese tipo de expediciones predatorias, a menudo de pequeña escala, no eran nuevas. En el pasado su envergadura y frecuencia siempre habían aumentado cuando se percibía que las defensas de las fronteras se habían debilitado. Una impresión de vulnerabilidad alentaba los ataques, y eso dificulta nuestra capacidad de juzgar si un incremento de las razias y las invasiones era consecuencia de un aumento de los efectivos y el poder de los bárbaros o un resultado de la debilidad romana. Es evidente que todos los enemigos de Roma, incluyendo los persas, sacaron provecho de las frecuentes disputas internas y guerras civiles del Imperio.

Puede que hubiera otros motivos detrás de la debilidad romana, y es necesario que los consideremos. Por desgracia, carecemos de información básica sobre buena parte de las teorías que sugieren la existencia de problemas a largo plazo, lo que nos impide tanto confirmarlas como negarlas. No hay cifras fiables sobre la población del Imperio en ningún periodo y, por tanto, no podemos afirmar con certidumbre que estuviera experimentando un declive a largo plazo. De forma similar, nos vemos obligados a estudiar la economía sin datos estadísticos suficientes. Parece más que probable que los niveles de comercio y de prosperidad cayeran a partir del final del siglo II y no alcanzaran nunca más los niveles de los primeros años del Principado. Sin embargo, nuestras fuentes, como mucho, sugieren que existían esas tendencias y las interpretaciones de algunos especialistas de esas fragmentarias

visiones del pasado pueden ser radicalmente diferentes. Lo mismo sucede con la descripción tradicional del mundo del Bajo Imperio que lo pinta como una sociedad donde la carga fiscal era opresiva y recaía de forma desproporcionada sobre los pobres, que además ya estaban oprimidos por sus ricos terratenientes. Con el tiempo, la tierra dejó de cultivarse y la población rural se vio reducida al nivel de servidumbre. Nada de eso es inverosímil, pero también lo son otros modelos, y es imposible aportar pruebas sobre ninguno de ellos. Se necesitan muchos más datos -cuya mayor parte debe proceder de la arqueología, si es que alguna vez se encuentran- para poder hablar con un cierto grado de seguridad de esos temas. Lo mismo es aplicable a las afirmaciones sobre el cambio climático y otros problemas de interés general.

El tipo de pruebas con las que contamos, además de los intereses de los estudiosos, ha provocado que buena parte de las obras que se ocupan de la Antigüedad Tardía se haya centrado en la economía y la sociedad, las leyes y el gobierno, la vida intelectual, la cultura y la religión. Los estudios tienden a concentrarse en temas amplios y, de forma inevitable, eso hace hincapié en la continuidad más que en el cambio. En comparación, la narración histórica ha sido dejada al margen muy a menudo y ciertamente ha contribuido muy poco a la imagen mental del periodo de la mayoría de los estudiosos. Hay excepciones y, por lo general, los análisis de las relaciones fronterizas y las guerras contra enemigos extranjeros han adoptado un estilo más tradicional debido a que el componente narrativo o cronológico es, evidentemente, esencial. Al mismo tiempo, las guerras civiles y los conflictos intestinos no han disfrutado de un tratamiento tan detallado y coherente, lo cual resulta extraño, ya que son el único ámbito de los problemas internos del Imperio sobre el que contamos con una cantidad importante de pruebas y datos fidedignos.

Merece la pena hacer hincapié una vez más en el hecho de que, desde el año 217 hasta que se produjo el colapso definitivo del Imperio de Occidente, hubo sólo unos cuantos periodos de un máximo de diez años en los que no estalló ninguna guerra civil. Algunos de esos conflictos fueron muy breves y estuvieron confinados a una región reducida: usurpadores que fueron proclamados emperadores y, a continuación, eliminados o bien rechazados y asesinados por sus propios hombres después de un reinado de unas cuantas semanas. En ocasiones, los desafíos al poder imperial se resolvieron sin que llegara a entablarse ningún combate de importancia, mientras que algunos conflictos se libraron a una escala muy grande y se prolongaron durante varios años. Es fácil recordar a Constantino como el gran emperador que unificó bajo su mando a todo el Imperio, pero no deberíamos olvidar que fue un usurpador que luchó y se preparó para librar diversas guerras civiles durante la primera mitad de su reinado.

Las guerras civiles y las tentativas de usurpar el trono imperial eran hechos habituales: todo emperador adulto a partir de Septimio Severo tuvo que hacer frente al menos a un conflicto de ese tipo a lo largo de su vida. Los usurpadores nunca pretendían destruir o cambiar el Imperio. No se trataba de conflictos relacionados con la ideología, sino únicamente con el poder político. A una pequeña minoría de perdedores de esos enfrentamientos se les permitía conservar la vida, aunque sólo a algunos se les dejaba continuar con su carrera pública. En la gran mayoría de los casos esos conflictos concluían sólo con la muerte de uno de los rivales. Los usurpadores eran la amenaza más importante y personal a la que se enfrentaban los emperadores, y como tal tendían a ser tratados. Era normal que un emperador abandonara una guerra contra un enemigo extranjero para ocuparse de un rival romano.

Los usurpadores no actuaban solos: necesitaban tener partidarios y los más importantes de sus seguidores esperaban recompensas, entre las que se contaban ascensos y riqueza si la rebelión tenía



éxito. Si un usurpador era eliminado, entonces era probable que muchos de sus partidarios sufrieran también algún tipo de escarmiento. Con frecuencia el castigo se extendía a sus familias y, en especial, a aquellos que ocupaban algún cargo o cuya fortuna los convertía en blancos atractivos para los informadores. Así, incluso una rebelión localizada podía tener como consecuencia la salvación, la muerte, el encarcelamiento o la ruina para personas que habitaban en provincias distantes y no habían participado de forma directa en el levantamiento. Era un mundo de clientelismo, en el que los poderosos se esforzaban en obtener beneficios para sus familiares y amigos. En momentos de conflicto interno, ese tipo de redes de favores y gratitud podía resultar muy peligroso para todos los implicados.

Todos los usurpadores necesitaban respaldo militar para triunfar. Los emperadores, desde Augusto en adelante, habían buscado conservar la lealtad de sus soldados con solemnes juramentos y donativos regulares. En general, el ejército solía permanecer leal a las dinastías establecidas a menos que el comportamiento del emperador despertara en ellos una marcada hostilidad. Pocos usurpadores podían contar con un grado similar de lealtad. En algunas guerras civiles las pérdidas eran considerables y el ejército malgastaba sus fuerzas luchando contra sí mismo. Los soldados que participaban en un enfrentamiento interno no podían estar simultáneamente en alguna de las fronteras. Una y otra vez, importantes partes del ejército eran retiradas de esas zonas, y el dominio militar romano en esos territorios se redujo o fue aplastado por completo. Las sucesivas guerras civiles desarticulaban las estructuras administrativas y logísticas del ejército, sus patrones de entrenamiento, el reclutamiento y también su disciplina, que se veía afectada siempre que se les daba permiso en un esfuerzo por asegurarse su lealtad. Por regla general, los soldados rasos tenían la posibilidad de cambiar de bando para unirse a los vencedores después de que una rebelión fracasara, algo que no era fácil para los oficiales, sobre todo los de más jerarquía.

Cada guerra civil le costaba dinero al Imperio. Inevitablemente, cualquier beneficio que obtuviera el bando ganador había que arrebatárselo a otros romanos, y era probable que una campaña prolongada implicara la destrucción de amplias zonas de las provincias en las que tenían lugar los combates. Casi tan importante como el precio físico de la guerra civil era su impacto sobre las actitudes y el comportamiento de todos los implicados, empezando por el emperador. La supervivencia personal se convertía en el primer objetivo de todos los emperadores e influía en todas sus decisiones y en la propia estructura del Imperio. En su esfuerzo por protegerse, los sucesivos emperadores reconfiguraron poco a poco el mismo Imperio y con frecuencia, irónicamente, acabaron siendo bastante más vulnerables.

El principal cambio estructural fue la marginación de la clase senatorial en el siglo III. Junto con ellos, también la ciudad de Roma perdió importancia como capital real y pasó a ser vista únicamente como centro espiritual del Imperio. Durante mucho tiempo, los senadores -y, sobre todo, determinados hombres distinguidos y los que ocupaban los mandos provinciales de más rango- fueron los únicos rivales posibles en la pugna por el poder imperial. Al principio, las principales provincias militares estaban divididas de modo que ningún hombre solo comandara un ejército demasiado grande. A finales del siglo III, los senadores prácticamente habían dejado de tener cualquier tipo de rango militar. También estaban a punto de dejar de ocupar el trono imperial.

Ahora, los emperadores podían proceder de un espectro bastante más amplio de la población imperial. Cualquier conexión con la familia imperial -incluso alegar falsamente que se era hijo ilegítimo del emperador- bastaba para aspirar al cargo. En el pasado, los emperadores romanos sólo habían tenido

que recelar de un reducido número de senadores, hombres a los que conocían personalmente, y quienes, debido a sus carreras, pasaban muchos años en Roma o sus alrededores. Ahora casi cualquier hombre podía convertirse en un rival. No necesitaban tener contactos políticos o pertenecer a una familia de prestigio, sino sencillamente tener la capacidad para persuadir a algunas tropas de que los respaldaran. Muchos emperadores eran équitos y prácticamente todos eran oficiales del ejército o funcionarios imperiales.

La tendencia a la reducción del tamaño de las provincias continuó. Además, el poder militar y el poder civil se separaron, lo que ayudó a proteger al emperador de otros aspirantes al trono, pero complicó el proceso de lograr que el Imperio funcionara con rapidez y eficiencia. Era especialmente difícil reunir y abastecer a un ejército suficientemente numeroso para abordar un problema serio en las fronteras, lo que, desde el punto de vista del emperador, resultaba tranquilizador, ya que un rival podría fácilmente hacer que ese mismo ejército se volviera contra él. En ocasiones se crearon mandos extraordinarios para que un comandante pudiera solucionar un incidente concreto, pero los emperadores tenían que ser precavidos a la hora de ofrecer ese tipo de poder a un usurpador potencial. Más a menudo, los emperadores elegían ir en persona y asumir el mando de una campaña. Desde mediados del siglo III, los emperadores romanos pasaron gran parte de su tiempo realizando tareas que en el pasado eran misión de un legado imperial. De nuevo merece la pena hacer hincapié en el hecho de que no había aumentado la enjundia de los problemas, sino que había disminuido la habilidad del Imperio a la hora de emplear sus recursos para ocuparse de ellos.

Un emperador no podía estar en todas partes a la vez. Si no estaba dispuesto a confiar en nadie que tuviera suficiente poder para solucionar un conflicto distante, entonces simplemente ese problema quedaba sin resolver. Una y otra vez, esa sensación de desatención por parte del gobierno central impulsaba a una región a rebelarse y proclamar a su propio emperador. Una forma de hacer frente al problema era tener más de un emperador. El sistema de la tetrarquía es elogiado a menudo, pero su éxito siempre fue limitado y nadie logró repetir el dominio de Diocleciano durante demasiado tiempo. En cierto modo, la aceptación de la existencia de más de un emperador ofrecía a los usurpadores la perspectiva de avanzar hacia el poder supremo en varias etapas. Asimismo, a medida que las jerarquías militares y civiles se fueron desarrollando en distintas partes del Imperio, tendía a alentar el regionalismo: cada grupo se sentía naturalmente inclinado a otorgar prioridad a sus propios objetivos y problemas y, con frecuencia, se mostraba reacio a ayudar a otras partes del Imperio.

Los emperadores siempre habían viajado con cierta pompa, rodeados por miembros de su séquito, burócratas y guardias, y en el siglo III esa pompa se incrementó de forma desproporcionada. Todos deseaban tener grandes fuerzas militares bajo su control directo. Si los ejércitos de campaña tenían un papel estratégico, tal papel era antes que nada protegerlos de sus rivales romanos. Los emperadores se fueron rodeando de más y más asistentes y guardias personales, y convirtieron los ceremoniales cortesanos en rituales cada vez más elaborados cuyo objetivo era, en parte, dignificar y asegurar el gobierno de hombres que, con frecuencia, se habían hecho con el poder de una forma brutal en un momento relativamente reciente. También tenían la función de proteger la persona del emperador. El magnicidio era menos común en el siglo IV que en el siglo III. Al mismo tiempo, toda esa pompa tendía a aislar al emperador: hacía más difícil que pudiera conocer personalmente incluso a sus oficiales y comandantes de más rango, y no digamos al número enormemente inflado de burócratas que trabajaban ahora en la administración imperial. El control sobre las actividades de los hombres que representaban a la autoridad imperial a todo lo largo y ancho de las provincias era muy limitado.

Todos los emperadores vivían con temor a la usurpación: determinaba su comportamiento y también el de todos los funcionarios y oficiales que servían con ellos. Una carrera al servicio del Imperio brindaba la perspectiva de obtener riqueza y privilegios legales, conseguidos mediante la paga y, aún más, mediante los sobornos y los pagos por sus servicios. Los que tenían más éxito alcanzaban un rango muy alto, lo que a su vez aumentaba su influencia a través del clientelismo, y una pequeña minoría era incluso capaz de alcanzar el rango imperial. Las ventajas venían acompañadas de serios riesgos: cualquier individuo del que se sospechara que estaba conspirando contra el emperador tenía muchas posibilidades de ser castigado con severidad. Lo mismo sucedía con cualquiera que se asociara con un usurpador o sus seguidores si fracasaban en su intento de hacerse con el poder. En un sistema en el que las carreras avanzaban de forma rutinaria a través de las recomendaciones personales, era inevitable que ese tipo de redes de clientelismo pusieran a muchas personas en peligro. La supervivencia y lograr el éxito y el beneficio personal eran las metas más importantes de la mayoría de los que pertenecían a la administración pública.

La burocracia imperial del Bajo Imperio romano era mucho mayor que la de los siglos I y II. No podemos afirmar con seguridad si el ejército era más numeroso o más reducido, pero sin duda estaba compuesto por muchas más unidades pequeñas e independientes. Por sí solo, el mayor tamaño no implica que ninguna de esas dos instituciones fuera ahora más eficiente. Había muchos más administradores de lo que era posible supervisar con facilidad, sobre todo porque formaban parte de una burocracia cuya estructura estaba dividida y, además, era confusa. La administración imperial recaudaba fondos y recursos para financiarse tanto a sí misma como al ejército, pero algunas soluciones a corto plazo como la devaluación material de la moneda sugieren que, en ocasiones, esos fondos resultaban insuficientes. Sin embargo, en general parece que el sistema funcionó en los siglos III y IV, al menos en lo esencial. Es indudable que seguía dejando mucho margen para la ineficiencia y la corrupción y ese despilfarro bien puede haberse producido a escala masiva. Aun así, la mayor parte de los miembros de la burocracia hacía su trabajo lo bastante bien como para mantener el sistema en marcha e impedir que sus malversaciones resultaran demasiado patentes. Es posible que, realmente, algunos fueran tanto honestos como competentes.<sup>1</sup>

El siglo III fue el periodo en el que las guerras civiles fueron más habituales, pero después siguieron siendo frecuentes. El Estado se transformó con el fin de proteger a los emperadores de sus rivales internos, pero fracasaron estrepitosamente en su intento. La supervivencia personal siempre había sido una importante preocupación de todos los emperadores desde la creación del Principado. Augusto se había abierto paso hasta el poder mediante una serie de guerras civiles. Las conspiraciones de asesinato y la rebelión abierta eran amenazas a las que habían tenido que enfrentarse todos los gobernantes de Roma desde el principio. Augusto era un monarca, pero creó un sistema mediante el cual su poder quedaba cuidadosamente velado. Ahora bien, puesto que no era oficialmente un rey, no había ninguna institución que se ocupara de la sucesión y algunos han considerado que ése fue el error fatídico del Principado... o, más bien, una bomba de relojería que finalmente explotó. Otros irían más lejos y contemplarían el sistema de Augusto como una pesada carga, respetada por tradición, que impedía que se llevara a cabo una reforma adecuada del Imperio en los siglos III y IV.<sup>2</sup>

Sin embargo, eso no puede explicar la abrumadora diferencia entre el Principado y el Bajo Imperio. Tras la muerte de Nerón en el año 68 se desencadenó una guerra civil que duró un año y después de que Pertinax fuera asesinado en 193 estalló otro prolongado conflicto. Claudio, Domiciano y Marco Aurelio se enfrentaron a un gobernador rebelde cada uno, aunque las tres insurrecciones se vinieron abajo rápidamente. Las conspiraciones de magnicidio y las tentativas de golpe de Estado en Roma

fueron un poco más habituales, aunque puede que algunas de ellas fueran imaginadas por emperadores nerviosos o inventadas por subordinados sin escrúpulos. El comienzo del Principado no estuvo completamente libre de conflictos internos o de su amenaza, pero durante más de doscientos años incidentes de ese tipo siguieron siendo poco comunes, lo que también supone un pronunciado contraste con el último medio siglo de la República. Si realmente el sistema creado por Augusto hubiera tenido un fallo tan grave, sólo una inmensa suerte podría explicar esa situación. Al igual que

Gibbon, podríamos dejar de «preguntarnos *por qué* el Imperio romano acabó siendo destruido» y por el contrario «sorprendernos de que durara tanto tiempo».

Exige un esfuerzo de fe considerar los dos siglos de paz interna ininterrumpida como una mera cuestión de suerte, en especial cuando fueron seguidos de un periodo más largo en el que la guerra civil era tan frecuente. Es cierto que cada nuevo brote de conflicto interno debilitaba la autoridad imperial y las instituciones del Estado y, por tanto, hacía más probables las futuras usurpaciones y rebeliones. Con todo, una vez más, el hecho de que ese ciclo no se desarrollara antes no puede

haber sido sólo una cuestión de azar. En el siglo III, el Imperio perdió buena parte de la fachada republicana que con tanto esmero había construido Augusto. El y sus sucesores gobernaron a través del Senado. Como órgano, no tenía verdadera independencia política, pero los emperadores sensatos se cuidaron de respetar su dignidad. Lo que es más importante, emplearon senadores en prácticamente todos los puestos clave, de modo que, de hecho, gobernaban el Imperio a través de

Elogiar un sistema basado en una élite aristocrática compuesta por hombres que, desde el punto de vista moderno, eran aficionados, puede parecer extraño en la época en la que vivimos.

Sin embargo, el sistema tenía muchas ventajas en el contexto romano: garantizaba la existencia de un número manejable de militares y administradores de alto rango. El emperador podía conocerlos a todos ellos y a sus familias. Por otro lado, sólo una minoría de ellos eran rivales potenciales y éstos podían ser observados atentamente. La vida pública siguió centrándose en el espacio físico de la propia Roma, lo que hacía más fácil percibir cuál era el nivel de satisfacción y el estado de ánimo de la aristocracia. Los emperadores de los siglos I y II podían confiar a determinados senadores el control de importantes ejércitos y grandes provincias. Sólo en contadas ocasiones -normalmente durante épocas de grave conflicto con Partia- fue necesario nombrar a un comandante que controlara más de una provincia y esos nombramientos no provocaron de forma automática un intento de usurpación. En los siglos I y II, los emperadores podían delegar y no se sentían obligados a dirigir las campañas en persona. Roma era el centro del Imperio y no sólo en el sentido espiritual. No necesitamos idealizar a los legados senatoriales del Alto Imperio: algunos eran incompetentes, unos cuantos eran de poca confianza y, probablemente, bastantes de ellos eran más o menos corruptos. En todos esos sentidos, parece que, como mínimo, no eran peores que los altos funcionarios del Bajo Imperio romano. Políticamente, a un emperador le resultaba más sencillo controlar a la pequeña clase senatorial. La confianza en el Senado era una tradición

republicana, pero en realidad tenía mucho sentido.

Los gobiernos de los estados de la Antigüedad tenían ambiciones limitadas y no se preocupaban por crear grandes programas de salud o educación, o de la detallada regulación diaria de los mercados, la industria y la agricultura. A pesar de su tamaño y sofisticación, el Imperio romano no era fundamentalmente distinto en ese sentido: obtenía ingresos y otros recursos y los utilizaba de formas diversas. El ejército era el mayor coste, pero también había que financiar el mantenimiento de muchos edificios, algunos puertos y una vasta red de comunicaciones, así como los alimentos subvencionados o gratuitos repartidos entre la población de Roma y, más tarde, de Constantinopla. Ninguno de esos servicios del Imperio dejó de suministrarse en los siglos III o IV, lo que no significa que funcionaran bien.

El Imperio romano no cayó con rapidez, pero utilizar esa circunstancia como prueba de que sus instituciones eran esencialmente sólidas induciría a error. El Imperio era inmenso y no se enfrentaba a ningún competidor serio. Persia era el vecino más poderoso, pero nunca se planteó la posibilidad de que un ejército suyo llegara al Tíber. Roma era enorme, muy populosa y rica, y siguió siéndolo a pesar de que la población y la economía estuvieran en decadencia. Tenía un sistema de comunicaciones de caminos de todo tipo y ajetreadas rutas comerciales por río, por canal y por mar a una escala que no fue igualada en Europa hasta siglos recientes. Aunque podemos señalar las dificultades que los emperadores tenían para lograr que su voluntad se dejara sentir en provincias remotas, su capacidad para hacerlo seguía siendo muy superior a la de los líderes de cualquier otro pueblo. El ejército romano era una fuerza grande, sofisticada, permanente y profesional respaldada por un amplio sistema logístico. Como el propio Imperio, era diferente de cualquier otro que existiera en el mundo conocido. Los romanos poseían muchas ventajas de peso sobre todos sus competidores. Ninguno de esos rivales tenía el poder de derribarlo en los siglos III o IV. El Imperio era gigantesco y no necesitaba funcionar a los más altos niveles de eficiencia para prosperar. Poseía recursos, tecnología y otras ventajas muy superiores a los demás. También era probable que en algún lugar a lo largo de la línea de mando algunos oficiales y funcionarios hicieran su trabajo, como mínimo, moderadamente bien. Todo lo anterior significaba que los romanos eran los que tenían más posibilidades de prevalecer a largo plazo. Ninguno de sus enemigos era capaz de infligir más que una derrota limitada a los romanos.

Ahora bien, nada de eso significaba que el coste de las reiteradas guerras civiles no se hiciera

notar. No es difícil defender la tesis de que la principal ambición de la mayoría de los emperadores en los siglos I y II era el bien general del Imperio. A todos ellos les preocupaba su supervivencia personal, pero no se había convertido en su prioridad absoluta, como ocurriría con sus sucesores de eras posteriores. Eso no implica que los emperadores de épocas más tardías fueran más egoístas, sino simplemente que nunca pudieron sentirse tan seguros como los de siglos anteriores. Puede que muchos tuvieran la mejor de las intenciones de gobernar bien, pero el gobierno del Imperio se centró ante todo en mantener al emperador en el poder y, en niveles inferiores, en la ventaja individual de los burócratas y los oficiales.

El Bajo Imperio romano no estaba concebido para ser un gobierno eficiente, sino para mantener al emperador en el poder y beneficiar a los miembros de la administración. Muchos de ellos podían disfrutar de carreras de gran éxito de acuerdo con los estándares de la época sin llegar a ser jamás eficaces en el papel que teóricamente se suponía que desempeñaban. Las enormes dimensiones del Imperio impidieron el veloz colapso o la catástrofe súbita. Su debilidad no era obvia, pero eso sólo significaba que el colapso podía producirse en fases repentinas y dramáticas como la pérdida de las provincias africanas ante los vándalos. Poco a poco, las instituciones del

Imperio se desmoronaron y fueron siendo cada vez menos capaces de abordar cualquier crisis. Todavía no se enfrentaba a ningún competidor serio y las guerras perdidas fueron perjudiciales, pero el daño no resultó funesto para el Imperio en sí. Por ejemplo, entre 376 y 382 los romanos no podían perder la guerra contra los godos, pero sólo lograron ganarla con grandes dificultades. Ni siquiera las derrotas a manos de los persas despojaron al Imperio de recursos demasiado grandes o esenciales.

El Imperio romano continuó existiendo durante mucho tiempo. Sucesivos reveses lo despojaron de algunas partes, en los momentos en que los atacantes descubrían su debilidad. Y, sin embargo, en ocasiones el Imperio aún podía ser formidable, y no se derrumbó sin más. Tal vez deberíamos imaginar al Bajo Imperio romano como un atleta retirado, cuyo cuerpo se hubiera deteriorado debido a la negligencia y un estilo de vida poco saludable. Habría veces en que los músculos aún funcionarían bien y aplicarían el recuerdo de antiguas habilidades y del entrenamiento. No obstante, a medida que la falta de cuidado continuase, el cuerpo iría siendo cada vez menos capaz de resistir a la enfermedad o de recuperarse de una herida. A lo largo de los años, la persona se iría debilitando más y más, y finalmente podría sucumbir fácilmente a la enfermedad. El largo declive era el destino

del Imperio romano. Al final, es posible que fuera «asesinado» por los invasores bárbaros, pero éstos ya golpeaban a un cuerpo que la prolongada decadencia había convertido en vulnerable.

## EPÍLOGO

### UNA MORALEJA AÚN MÁS SENCILLA

En la era victoriana, los británicos eran muy aficionados a comparar su imperio con el Imperio romano, seguros de que sus propios territorios eran significativamente mayores. Hoy en día, se tiende a establecer la comparación con Estados Unidos. Países como China e India tienen su propio pasado antiguo y civilizado al que recurrir y es mucho menos probable que le den vueltas a la idea, más bien occidental, de Roma como «el gran Imperio» de la historia. Estados Unidos a principios del siglo XXI no es igual al imperio de la reina Victoria, y ni uno ni otro son idénticos a Roma. El mundo ha cambiado muchísimo. Observando el globo en la actualidad -o, en realidad, una fotografía tomada desde el espacio- los antiguos territorios del Imperio romano, en su

momento de máxima extensión, no parecen tan grandes. El mundo romano sólo ocupaba tres continentes, y los cálculos de la época sobre el tamaño de Africa y Asia se quedaron enormemente coitos. La tecnología era primitiva y el ritmo de invención y cambio nos parece increíblemente lento. Era un mundo que aceptaba la esclavitud como algo normal, mataba animales y personas como entretenimiento y celebraba la gloria militar como uno de los mayores logros humanos. Hoy en día vivimos en un planeta cuya población hace parecer pequeña la de la época victoriana, y no digamos la del mundo antiguo. Al mismo tiempo, los viajes son ahora mucho más rápidos y la comunicación de un extremo al otro del planeta puede realizarse de forma prácticamente instantánea.

Cuanta más atención se dedica al estudio de Roma, más obvio resulta cuán distinta era de cualquier estado moderno, y no digamos de Estados Unidos. En realidad, deberíamos sentirnos muy satisfechos de esas diferencias, porque había muchos aspectos del Imperio romano que eran brutales y desagradables, aun cuando no fuera peor y, en muchos sentidos, fuera mejor que sus vecinos. En el

momento de escribir este libro, los partidos republicano y demócrata de Estados Unidos están seleccionando a sus candidatos para la presidencia. Antes de que el libro se publique el proceso habrá concluido y alguien habrá sido elegido y se habrá instalado en la Casa Blanca como presidente. Todavía no sabemos quién será, pero al menos podemos estar seguros de que el candidato derrotado no intentará captar el favor de parte de las fuerzas armadas de Estados Unidos y sumir al país en una guerra civil.

Aparte de las diferencias culturales e institucionales, es fácil enumerar muchos contrastes importantes entre la situación de Roma y la de los actuales Estados Unidos. Roma era efectivamente una superpotencia, pero existía en un mundo que no incluía un serio rival. Partia y, más tarde, Persia eran reinos muy sofisticados, pero, sólo tras la división del Imperio romano -y en realidad, sólo después del colapso de la mitad occidental- pudieron considerarse iguales a Roma. Estados Unidos es la única superpotencia en el mundo moderno, pero hay muchos otros poderes entre los casi doscientos países reconocidos. Ninguno de estos otros poderes ha alcanzado todavía el nivel de Estados Unidos, pero no pueden ser ignorados. La fuerza económica y militar de algunos países asiáticos está creciendo con claridad y estados como India, con el tiempo, irán adquiriendo más y más influencia en los asuntos internacionales. Puede que China se convierta en una auténtica superpotencia. En la actualidad, un número creciente de países posee armas nucleares, capaces de una devastación a una escala que va mucho más allá del peor conflicto del mundo antiguo. La posición de dominio de Estados Unidos se enfrenta a desafíos que no se parecen a nada experimentado por el Imperio romano. Al mismo tiempo, no existe equivalente para Estados Unidos de las tribus que vivían al otro lado de las fronteras de Roma. Los inmigrantes ilegales son una realidad muy distinta a las bandas de saqueadores o los grupos que trataban de conquistar y ocupar las tierras por la fuerza.

Recientemente, la obra *Are We Rome? The Fall of an Empire and the Fate of America* (2007), de Cullen Murphy, ha establecido algunas similitudes generales entre la experiencia romana y la estadounidense. Resulta interesante que se centrara en especial en el Bajo Imperio romano y las razones de su caída final. Sin llevar las analogías demasiado lejos, apunta amplias semejanzas en las actitudes tanto de los círculos gubernamentales como de la población en general. Todavía más preocupante le parece la extensión de las funciones del gobierno a numerosas agencias privadas o semiprivadas, todas mucho más difíciles de controlar, e inevitablemente con sus propias prioridades y objetivos. Como parte de esa comparación, también ha destacado la gran dependencia que tienen Estados Unidos y sus aliados de las empresas privadas para proporcionarles la mano de obra necesaria para sus empresas bélicas, una situación que sólo en parte es resultado de que el número de reclutas en el ejército regular sea inferior a lo deseado. A las compañías privadas no es necesario pagarles cuando no se están utilizando, ni el gobierno paga directamente pensiones y otras prestaciones a sus empleados. Desde un punto de vista superficial, eso puede hacer que parezcan más baratas (sobre todo porque a nivel gubernamental el pago bien puede proceder de una parte distinta del presupuesto) y, a muy corto plazo, puede que incluso lo sean realmente. A largo plazo, es probable que la consecuencia sea que las fuerzas regulares pierdan parte de su capacidad. Lo que una vez fue una elección se convierte entonces en una inevitable necesidad, lo que se traduce en una pérdida de control.<sup>1</sup>

En el gobierno del Bajo Imperio romano el objetivo primordial era la supervivencia. Los hombres que ocupaban las altas jerarquías querían poder (ésta es la razón por la que nunca hubo escasez de hombres ambiciosos que desearan convertirse en emperadores). En todos los niveles de la administración imperial y el ejército, un ascenso implicaba recompensas y privilegios. Esos beneficios venían acompañados de un riesgo considerable, que iba aumentando a medida que su rango ascendía. Todos

aquellos que trabajaban en el servicio imperial, incluyendo los oficiales del ejército de más graduación, tenían muchas más posibilidades de ser asesinados o torturados y encarcelados por orden de otros romanos que a manos de enemigos extranjeros. Aunque sólo una minoría -y, en general, por cuestión de lógica, una pequeñísima minoría- sufría de hecho ese tipo de castigos, los riesgos eran muy reales. Había escasa motivación para el talento genuino. Los funcionarios y los oficiales comprendían que la habilidad no importaría nada si recaía sobre ellos la sospecha de que no eran leales. Desde luego, ésa no era la fórmula para conseguir eficiencia.

En un nivel básico, los emperadores y los funcionarios gubernamentales del Bajo Imperio romano habían olvidado cuál era la misión del Imperio. Los intereses generales del Estado -la *res publica* o cosa pública, de donde proviene la palabra república- eran secundarios frente a su propio éxito y supervivencia personales, una perspectiva que no es, en esencia, un defecto moral. Había habido numerosos individuos egoístas y corruptos en periodos anteriores de la historia romana, del mismo modo que los ha habido en todas las demás sociedades. La diferencia era que, en el Bajo Imperio, les era difícil comportarse de otra manera: los emperadores llevaban vidas llenas de temor, totalmente conscientes de que tenían bastantes posibilidades de sufrir una muerte repentina y violenta. Los funcionarios vivían en un estado de nerviosismo similar y sospechaban tanto de sus colegas como de su superior, el emperador.

Forma parte de la naturaleza humana la tendencia a perder la perspectiva de las cuestiones generales y centrarse en las preocupaciones inmediatas y los objetivos personales. Muy a menudo, en el Bajo Imperio lo más importante era la supervivencia y también el progreso personal, que reportaba una riqueza e influencia que contribuían a aumentar la seguridad de modos diversos, pero que también convertían al individuo en cuestión en una persona más prominente y, así, en un blanco más evidente para los demás. Algunos funcionarios disfrutaron de carreras de gran prosperidad gracias a haber tramado la destrucción de sus colegas. Trabajar bien era sólo una preocupación secundaria. Incluso los emperadores tendían a recompensar antes la lealtad que el talento. Los funcionarios y los comandantes sólo necesitaban evitar provocar un desastre en su trabajo (y aun así, en ese caso, los que contaban con suficiente influencia podían ocultar los hechos o echarle la culpa a otro). Nada de esto era enteramente nuevo, pero se convirtió en un hábito endémico. Si «todo el mundo» actuaba del mismo modo, no había verdadero aliciente para la honestidad, ni siquiera para actuar de modo competente. El juego consistía en lograr el éxito personal, lo que a menudo tenía poco que ver con las necesidades del Imperio en un sentido más amplio.

No se trata de un fenómeno único del Bajo Imperio romano, ni tampoco sus implicaciones son sólo significativas para Estados Unidos o cualquier otro país. Todas las instituciones humanas, desde los países a las empresas, corren el riesgo de crear una cultura igualmente corta de miras y egoísta. Es más fácil de evitar en las primeras fases de expansión y crecimiento. En ese momento, es probable que la sensación de propósito sea más clara y las dificultades o la competitividad asociadas tengan un impacto más directo y evidente. El éxito produce crecimiento y, con el tiempo, crea instituciones tan grandes que quedan protegidas de los errores y la ineficacia. El Imperio romano unificado nunca se enfrentó a un competidor capaz de destruirlo. En la actualidad, los países y los departamentos de Estado no se desmoronan con facilidad (y los estados occidentales no se enfrentan a enemigos con demasiadas posibilidades de derrocarlos por medio de la fuerza militar). En el mundo de los negocios, las mayores corporaciones casi nunca tienen que hacer frente a competidores que sean realmente sus iguales. Es evidente que la competición dentro del mercado comercial a cualquier nivel rara vez tiene lugar en términos de igualdad total.



En la mayoría de los casos es necesario que pase mucho tiempo para que queden al descubierto los problemas o errores graves. Por lo general, es todavía más difícil juzgar con exactitud la competencia real de las personas y, en concreto, su contribución al propósito general. Los que están a cargo de supervisar la economía de un país suelen llevarse todos los elogios o las críticas derivadas de decisiones tomadas por sus predecesores en el cargo. A menudo, tanto ellos como sus predecesores se sentirán inclinados a actuar por motivos políticos inmediatos. El trabajo de la gran mayoría de la gente está más escondido de la mirada pública, pero se parece en el sentido de que las verdaderas consecuencias de lo que hacen no son obvias. En comparación, hay pocas personas en la actualidad que fabriquen o incluso vendan algo, o que trabajen en una profesión en la que, al menos, parte de los objetivos sean obvios. Un médico o una enfermera saben si su paciente se recupera, mientras que el gerente de un hospital trabaja a un nivel completamente distinto, se ocupa de números y presupuestos y no de los pacientes a nivel individual. Ese distanciamiento es inevitable, y en muchas esferas de la vida las metas generales son todavía menos claras.

Por naturaleza, las burocracias tienden a crecer. Eso sucedió en el Imperio romano, y no digamos en las agencias gubernamentales de los países actuales, que son muchísimo más grandes. Por supuesto, los individuos que trabajan en cada departamento deben centrarse en su tarea específica y lo más natural es creer que si los departamentos contaran con más personal podrían realizar su trabajo con más eficacia. No obstante, cuanto más crecen, más lejos está la mayoría de los empleados de la función general de su departamento y más distanciados aún estarán de la forma de pensar de cualquiera que no pertenezca a él. Esos hechos no son en sí algo negativo, pero significa que las agencias gubernamentales continuaran expandiéndose a menos que se imponga alguna restricción, ya que sólo verán su problema u ocupación. En Gran Bretaña, y en cierta medida en Estados Unidos, el número de personas empleado directa o indirectamente por el gobierno es asombrosamente alto. Durante buena parte de la historia, la tendencia de los estados ha sido a emplear más soldados que funcionarios. Los sucesivos gobiernos de Gran Bretaña han reducido drásticamente el tamaño de las fuerzas armadas, lo que habría estado justificado si, más adelante, no hubieran tomado parte en varias operaciones exteriores de envergadura.

Dado que es difícil abordar una tarea importante y distante, es normal fragmentarla en muchas tareas separadas y mucho más pequeñas. A ciertos individuos se les marcan unos objetivos limitados, que pueden medirse con más facilidad. Una vez más, esa estrategia parece razonable, pero es fácil llevarla demasiado lejos. El objetivo limitado puede convertirse muy fácilmente en el fin en sí. La cultura de objetivos lleva algún tiempo siendo predominante en el Reino Unido, en parte como consecuencia del deseo de trasladar la eficiencia de la gestión empresarial a muchos otros ámbitos de la vida. Por desgracia, lo que se ha introducido no ha sido la destreza del gestor empresarial genuinamente dotado -que, evidentemente, sería difícil de duplicar-, sino un facsímil mucho más rígido de unas supuestas normas generales de dirección de una empresa. Es difícil enseñar el talento, y los métodos empleados tienden a reforzar el distanciamiento del individuo respecto a la verdadera función para la cual han sido contratados. La gestión se convierte simplemente en una destreza aprendida que, con modificaciones menores, asegura el éxito en cualquier entorno.

Eso es especialmente peligroso en grandes instituciones, donde la verdadera contribución de un individuo resulta tan difícil de medir. Con el tiempo, los propios objetivos tenderán a distorsionar aún más la percepción de las metas generales. Resulta tentador -sobre todo para el gobierno- hacer que los objetivos sean fáciles de conseguir de manera que pueda declararse que la tarea en cuestión ha tenido éxito. Con igual frecuencia, los objetivos son elegidos por el hecho de ser realidades medibles. ¿Cómo

se puede juzgar realmente la calidad de un colegio o un hospital, sobre todo si uno es un gerente que sólo ve las pruebas en forma escrita? Los objetivos se convierten en fines en sí mismos y el individuo que se encuentra dentro del sistema queda despojado de toda iniciativa. Las mejoras de las comunicaciones hacen que para los que ocupan los niveles jerárquicos superiores sea más fácil intervenir y enviar instrucciones a sus subordinados, lo que tiende igualmente a destruir la iniciativa. En ese sentido, ha resultado aún más perjudicial, como un efecto secundario, la utilización generalizada de los ordenadores, en los que el sistema toma la mayoría de las decisiones de forma automática.<sup>2</sup>

No parece que en ningún momento alguien con autoridad se haya preguntado si el modelo empresarial es realmente apropiado para todas las situaciones. Por ejemplo, un ejército, por su misma naturaleza, no es una empresa con ánimo de lucro. Los objetivos establecidos y las iniciativas gubernamentales tienen que tener éxito, ya que ningún gobierno puede admitir fracasos reiterados. Ese tipo de entidades enseguida desarrollan una vida propia, de una forma casi totalmente independiente de la realidad. Se supone que todo está mejorando, pero las instituciones resultan ser incapaces de llevar a cabo las tareas más simples. Así, en Gran Bretaña tenemos un Servicio Nacional de Salud en el que el número de gerentes se ha incrementado mientras que el número de camas por paciente ha disminuido. Aparentemente incapaz de tareas tan básicas como mantener limpias las salas, en ocasiones, como institución, su actitud parece ambivalente en cuanto al destino de los

pacientes, preocupándose sólo de las cifras de individuos que pasan por el sistema.

Es muy fácil que una institución de gran tamaño pierda de vista su verdadera función, sobre todo si la tarea es amplia, compleja e interminable. Gobernar puede convertirse con gran facilidad en el intento de mantenerse en el poder bajo cualquier circunstancia. Sería tentador considerar que las democracias son especialmente susceptibles de sufrir esa distorsión de su esencia si no fuera por el hecho de que todo tipo de regímenes cae a menudo en lo mismo. Los individuos que componen las instituciones tienden a empezar a pensar de manera similar, poniendo la ambición y el provecho personal por encima de todo lo demás. Es difícil medir el verdadero éxito y el verdadero fracaso, sobre todo a corto plazo. Los objetivos y los beneficios personales son alternativas que resultan muy atractivas.

En la vida pública, los escándalos -ya sea descubrir que alguien es un corrupto, ha mentado, o sencillamente es incompetente- ya no provocan la dimisión si hay alguna posibilidad de que una descarada negativa y/o una disculpa sean suficientes para salir del paso. Hoy en día «me hago totalmente responsable» debería situarse junto a frases del estilo de «es totalmente inaceptable» en la lista de declaraciones ministeriales que significan exactamente lo contrario de lo que dicen en realidad. En otros ejemplos, las partes culpables exigen que se establezca un código de conducta para saber cómo deberían comportarse. Aparentemente, la honestidad y el sentido común sin más no son suficientes. En el gobierno o en los negocios es muy posible alcanzar un gran éxito y ser generosamente recompensado por tu trabajo sin haber sido eficiente jamás. Cumplir con los objetivos a corto plazo o conseguir ahorros o beneficios rápidos, todo lo cual puede conseguirse con métodos que, en el fondo, a largo plazo no hagan sino debilitar a la institución en cuestión, puede ser suficiente.

El ritmo generalmente lento al que discurren los acontecimientos reales contribuye a que algo así sea posible, como bien ilustra el ejemplo romano. A pesar de la continuada ineficacia y corrupción del Bajo Imperio romano, su enorme tamaño y consustancial fuerza garantizaron que transcurriera mucho tiempo antes de que sus debilidades resultaran más obvias y sus consecuencias más graves. Hoy en día

Los medios de comunicación emplean con regularidad términos como «colapso» o «crisis» para hablar tanto de empresas como de departamentos del gobierno. Sólo en contadas ocasiones las catástrofes pronosticadas se producen en realidad. Como los romanos, los organismos implicados suelen ser demasiado grandes para desmoronarse de forma inmediata y definitiva. La vida continúa, y también lo hace la institución o la compañía comercial. Su fuerza consustancial les ayuda a seguir adelante. En organismos como el Servicio de Salud o las fuerzas armadas suele seguir habiendo suficientes personas con talento y dedicación en los niveles inferiores para poder funcionar a pesar de una gestión deplorable y de no contar con suficientes recursos. Sin embargo, la advertencia que podemos extraer de la experiencia romana es que, a menudo, los grandes fracasos catastróficos se producen a la vez de forma súbita y anunciada.

El tiempo también es importante. Una lección que podemos aprender de la caída de Roma es que sucedió muy lentamente, es decir, que no deberíamos precipitarnos a la hora de predecir rápidos cambios en el equilibrio de poder en nuestro propio mundo. Cuando Gibbon publicó el primer volumen de *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano* en 1776, él y otros podían sentirse razonablemente optimistas respecto a que la guerra de la independencia americana finalizaría con un desenlace favorable para Gran Bretaña. Los volúmenes dos y tres aparecieron a principios de 1781, cuando el panorama era menos halagüeño. A finales de año, Cornwallis se había rendido con su ejército ante las fuerzas americanas y francesas de Yorktown. El último volumen salió en 1788, cuando Gran Bretaña había perdido de manera irrevocable las colonias americanas y había surgido un nuevo país. El tono de Gibbon se volvió claramente más pesimista a medida que avanzaba el libro, debido en parte al tema que trataba. Hay algo muy deprimente en el colapso de la potencia romana (lo que, en parte, puede explicar el tono de la conclusión). Sin embargo, como hemos comentado en la introducción, la pérdida de las colonias americanas no impidió que el Imperio británico adquiriera todavía más fuerza y éxito en el siguiente siglo.

A pesar de su propaganda, ningún imperio -o ninguna superpotencia- tiene garantizada su supremacía. Esa afirmación es tan aplicable en la actualidad a Estados Unidos como lo fue a Roma. Ese tipo de dominio requiere no sólo fuerza, recursos y el deseo de utilizarlos, sino también la habilidad para invertirlos con eficiencia, lo que depende en buena medida de la cultura. A partir del siglo III, los emperadores romanos perdieron el sentido de la amplitud de su misión y, por el contrario, se concentraron en la supervivencia. La corrupción comenzó en la cumbre y, con el tiempo, una actitud similar impregnó todo el gobierno y los altos mandos del ejército. El enorme tamaño del Imperio garantizó que, durante mucho tiempo, los romanos o bien siguieran ganando o, como mínimo, que las derrotas que sufrieron no fueran catastróficas. El Imperio estaba en decadencia, pero fue capaz de perdurar varios siglos.

Estados Unidos no es en la actualidad un país perfectamente eficiente (ningún país ha conseguido serlo ni lo conseguirá jamás). Puede que parte de sus debilidades y problemas parezcan repetir la experiencia romana, pero ninguno de ellos es, ni mucho menos, tan pronunciado como algunos dicen. Nada sugiere que Estados Unidos vaya a entrar en decadencia y dejar de ser una superpotencia en el futuro inmediato. Deberíamos alegrarnos, ya que ninguna de las alternativas probables a esta situación es demasiado atractiva, lo que, por supuesto, no significa que ese gran país pueda darse el lujo de dormirse en los laureles.

La experiencia de Roma sugiere que, probablemente, el declive imperial comenzará en la cumbre. En su caso, la decadencia definitiva del Imperio fue consecuencia de los problemas internos. Si los

gobiernos o las agencias olvidan cuál es realmente su función, entrarán en decadencia, por muy despacio que ésta se produzca. No es fácil mantener o recuperar la perspectiva y el propósito. Las burocracias son testarudas, tienden a expandirse por sí solas y desarrollar sus propias agendas. Esa evolución no es inevitable, pero sí probable. Si la tendencia va a invertirse, entonces, este proceso necesita comenzar en la misma cumbre. Por eso tal vez deberíamos esperar más de nuestros líderes políticos. Si no dan ejemplo situando el bien general antes del interés personal o el del partido, es muy poco probable que los demás se comporten mejor que ellos. Una mayor disposición a asumir auténtica responsabilidad sería un buen comienzo, pero parece poco probable que se produzca.

La decadencia no es inevitable, pero el riesgo siempre está ahí. Por supuesto, es mucho más fácil proclamar ese tipo de remedios que ponerlos en práctica. La caída de Roma fue, en gran medida, cosa de Roma. Es difícil decir en qué momento el proceso se tornó irrevocable, pero comenzó con los cuatro años de guerra civil que siguieron a los asesinatos sucesivos de Cómodo y Pertinax. Los emperadores trataron de estar más seguros y al hacerlo debilitaron la capacidad de actuación del Imperio. Tampoco lograron impedir la aparición regular de usurpadores en el mismo seno del sistema. Como Gibbon, es difícil no sentirse algo pesimista al analizar esta historia. Mis últimas palabras proceden de un comentario que hizo un estudiante estadounidense en un seminario durante mis días como alumno de posgrado en Oxford. Después de una ponencia que trataba sobre los cismas de la Iglesia en los siglos V y VI, esta persona, bastante urbana y cortés, imitando el acento de pueblo, dijo para resumir el debate: «Pos... es que la gente es mu tonta».

## NOTAS

## Prefacio

<sup>1</sup>J. Murray (cd.), *The Autobiographies of Edward Gibbon* (1896), p. 302.

<sup>2</sup> Se defiende la misma tesis en el libro que acompaña la serie de T. Jones y A. Ereira, *Terry Jones's Barbarians* (2006); encontramos un ejemplo de Robert Harris comparando la Antigua Roma con los Estados Unidos actuales en su artículo sobre la Guerra de los Piratas de 68 a.C., en otros artículos, y en línea en <http://www.nytimes.com/2006/09/30/opinion/30harris.html>.

<sup>3</sup> Un maravilloso ejemplo del mejor enfoque sobre cómo hacer este tipo de análisis es C. Murphy, *Are We Rome? The Fall of an Empire and the Fate of America* (2007). Es una obra muy ingeniosa -todavía sigo seducido por la idea de Tácito escribiendo para el Economist- y también un estudio muy perspicaz y que

hace pensar, escrito por alguien que ha sabido documentarse bien.

<sup>4</sup> Sobre «impacto y terror» (*shock and awe*), véase D. Mattingly, *An Imperial Possession: Britain in the Roman Empire, 54 BC-AD 409* (2006), p. 123. La campaña de Septimio Severo en Caledonia al principio del siglo III d.C. es llamada la «guerra del terror» en la p. 124. Una vinculación más directa del imperialismo romano con la actual guerra de Irak puede encontrarse en N. Faulkner, *The Decline and Fall of Roman Britain* (2ª edición, 2004), pp. 15-16. Todavía no he visto la obra *Rome: The Empire of Eagles, 753 BC-AD 476* (2008), del mismo autor, pero parece ampliar los mismos temas que explora en su estudio de la Britania romana.

## Introducción

<sup>1</sup> E. Gibbon, *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, volumen 3, capítulo 38. La cita procede de la p. 509 del volumen 2 de la edición original de Penguin Classic (1995). Ha habido muchas ediciones diferentes de Gibbon y la numeración de las páginas varía enormemente.

<sup>2</sup> Véase R. Porter, *Gibbon* (1988), pp. 101, 161.

<sup>3</sup> En general, véase P. Brandon, *The Decline and Fall of the British Empire* (2007).

<sup>4</sup> C. Freeman, *The Closing of the Western Mind: The Rise of Faith and the Fall of Reason* (2002).

<sup>5</sup> Encontramos un debate más detallado en Porter (1988), pp. 67-93.

<sup>6</sup> A. Dermandt, *Der Fall Roms: Die Aitflosnng der Romischen Reiches im Urteil der Nacliwelt* (1984).

<sup>7</sup> A. Piganiol, *L'Empire clirétien (325-395)* (1947), p. 222; encontramos buenos análisis generales de las diversas teorías sobre la caída de Roma en B. Ward-Perkins, *La calda de Roma y el fin de la civilización* (2007) y P. Heather, *La caída del Imperio romano* (2008), XI-XVI.

<sup>8</sup> E.G. F. Millar, *The Emperor in the Roman World* (2ª ed., 1992), o B. Isaac, *The Limits of Empire* (2ª ed., 1992).

<sup>9</sup> La obra más influyente en este campo fue sin duda la de P. Brown, *The Making of Late Antiquity* (1978).

<sup>10</sup> P. Barnwell, *Emperor, Prefects, and Kings: The Roman West 395-565* (1992), p. 174.

<sup>11</sup> P. Heather, «The Fall of the Roman Empire» en *Oxford Historian*, 4 (mayo 2006), pp. 17-20, citas de pp. 18-19.

<sup>12</sup> Encontramos un debate sobre la amenaza real que constituían los pueblos tribales del Imperio romano en G. Halsall, *Barbarian Migrations and the Roman West 376-568* (2007).

<sup>13</sup> A. Jones, *The Later Roman Empire 284-603*, vol. 2 (1964), p. 1033.

<sup>14</sup> E. Gibbon, *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, volumen 1 (1776), cap. 6.

## I. El reino dorado

<sup>1</sup> Marco Aurelio, *Meditaciones*, 5. 23.

<sup>2</sup> A. Birley, *Marcus Aurelius* (ed. rev. 1987) es la biografía más reciente y completa; citas de las *Meditaciones* 7. 36, 8.5; sobre la pérdida de sus hijos, véase Fronto, *Epistulae ad Marcum Caesarem* 4. 11, 5. 19 (34), 5. 45 (60), y Marco Aurelio, *Meditaciones* 1.8, 8.49, 9. 40, 10.34, 11. 34, y Birley (1987), pp. 106-108.

<sup>3</sup> SHA, *Adriano* 16. 7; encontramos un innovador análisis sobre la historia del Mediterráneo que trata muchos de los temas abordados en este capítulo en P Holden y N. Purcell, *The Corrupting Sea: A Study of Mediterranean History* (2000).

<sup>4</sup> *RIB* 1065, cf. *RIB* 1171.

<sup>5</sup> Podemos encontrar una recopilación bien ilustrada de retratos de momias en el catálogo de exposición del Museo Británico, obra de S. Walker y M. Bierbrier, *Ancient Faces: Mummy Portraits from Roman Egypt* (1997).

<sup>6</sup> Tácito, *Agrícola* 30; Plutarco, *César* 15, con comentario en A. Goldsworthy, *César: la biografía definitiva* (2007), p. 335; sobre las rebeliones, véase S. Dyson, «Native Revolt Patterns in the Roman Empire», *Anstieg und Niedergang der Römischen Welt* II. 3, pp. 38-175.

<sup>7</sup> *Hechos de los Apóstoles* 21. 39; Plinio, *Cartas* 10. 37 y 39; sobre la vida civil y el mecenazgo aristocrático, véase P. Veyne, *Bread and Circuses* (1990).

<sup>8</sup> Encontramos un análisis general en G. Woolf, «Roman Peace», en J. Rich y G. Shipley, *War and Society in the Roman World* (1993), pp. 171-194.

<sup>9</sup> Elio Aristides, *Elogio de Roma*, pp. 79-84.

- <sup>10</sup> *Historia Augusta, Adriano* 15. 13; encontramos un análisis detallado de la creación del principado en R. Syme, *La revolución romana* (1989).
- <sup>11</sup> Estrabón, *Geog.* 3. 5. 3 (C 169), y R. MacMullen, *Roman Social Relations* (1974), p. 89, y p. 183 n. 1. <sup>12</sup>Véase MacMullen (1974), pp. 90-91.
- <sup>13</sup> Sobre Adriano y la caza véase SHA, *Adriano* 26. 3.
- <sup>14</sup> SHA, *Adriano* 15. 11-13; encontramos una descripción accesible que toca varios puntos de vista sobre Adriano y sobre este periodo en D. Danzinger y N. Purcell, *Hadrian's Empire* (2005); encontramos un debate sobre la ley y el estatus social en P. Garnsey, *Social Status and Legal Privilege in the Roman Empire* (1970), pp. 221-223, sobre los términos honestiores, hnmiliores y sus sinónimos.
- <sup>15</sup> Una buena introducción al tema de la demografía es B. Frier, «Roman Demography», en D. Potter y D. Mattingly (eds.), *Life, Death and Entertainment in the Roman Empire* (1999), pp. 95-109. Véase también K. Beloch, *Die Bevölkerung de Griechisch-Romischen Welt* (1886), R. Bagnall y B. Frier, *The Demography of Roman Egypt* (1994), T. Parkin, *Demography and Roman Society* (1992), W. Scheidel, *Measuring Sex, Age, and Death in the Roman Empire. Explorations in Ancient Demography, Journal of Roman Archaeology Supplementary Series 21* (1996), y D. Rathbone, «Villages, land and population in Graeco-Roman Egypt», *PCPS* 36 (1990), pp. 103-142.
- <sup>16</sup>Véase C. Edwards y G. Woolf (eds), *Rome the Cosmopolis* (2003), W. Scheidel, «Germs for Rome», en las pp. 158-176 encontramos una descripción desoladora de las condiciones de vida; Suetonio, *Vespasiano* 5.
- <sup>17</sup> S. Pomeroy, «Coprynyms and the Exposure of Infants in Egypt», en A. Cameron y A. Kuhrt (eds.), *Images of Women in Antiquity* (1983), pp. 207-222, y también Parkin (1992), pp. 91-133.
- <sup>18</sup> Sobre el papel de los esclavos y los libertos en los negocios, véase W. Zwulve, «Callistus case. Some legal aspects of Roman business activities», en L. de Blois y J. Rich (eds.), *The Transformation of Economic Life under the Roman Empire. Proceedings of the 2<sup>nd</sup> Workshop of the International Network Impact of Empire. (Roman Empire, c. 200 BC – AD 476)* (2002), pp. 116-127.
- <sup>19</sup> Véase por ejemplo la discusión sobre el lenguaje en la poesía de los centuriones en J. Adams, «The Poets of Bu Njem: Language, Culture and the Centurionate», *JRS* 89 (1999), pp. 109-134, esp. 125-134; véase también Horacio, *Sat.* 1. 6. 72-74 y Suetonio, *Gram.* 24. 1.
- <sup>20</sup> A. Bowman y J. Thomas (eds.), *The Vindolanda Tablets (Tabulae Vindolandenses II)* (1994), 250.
- <sup>21</sup> Plinio, *Epistolario* 2. 13. 1-3; sobre el clientelismo en general, véase P. Sailer, *Personal Patronage under the Early Empire* (1982).
- <sup>22</sup>Véase K. Greene, *The Archaeology of the Roman Economy* (1986), y «Technology and Innovation in Context: the Roman Background to Medieval and Later Developments», en *Journal of Roman Archaeology* 7 (1994), pp. 22-33, y T. Lewit, *Agricultural Production in the Roman Economy. BAR int. s. 568* (1991); véase también de Blois y Rich (2002), *passim*, y esp. W. Jongman, «The Roman Economy: from Cities to Empire», pp. 28-47, y J. Drinkwater, «Prologue and Epilogue: The Socio-

## Economic Effect of Rome's arrival in and Departure from

Gaul», pp. 128-140, y P. Termin, «A market Economy in the Early Roman Empire», *JRS* 91 (2001), pp. 169-181; sobre la moneda véase C. Howgego, «Coin Circulation and the Integration of the Roman Economy» *Journal of Roman Archaeology*, 7 (1994), pp. 5-21.

<sup>23</sup> Véase A. Wilson, «Machines, Power and the Ancient Economy», en *Journal of Roman Studies*, 92 (2002), pp. 1-32, esp. 17-29.

<sup>24</sup> Sobre los molinos, véase Greene (1986), Holden y Purcell (2000), pp. 255-257, A. Wilson, «Machines, Power and the Ancient Economy», *JRS* 92 (2002), pp. 1-32, y P. Leveau, «The Barbegal Water Mill and its Environment: Archaeology and the Economic and Social History of Antiquity», *Journal of Roman Archaeology*, 9 (1996), pp. 137-153.

<sup>25</sup> D. Mattingly, «Impact Beyond Empire: Rome and the Garamantes of the Sahara», en L. de Blois y J. Rich (eds.), *The Transformation of Economic Life Under the Roman Empire. Proceedings of the 2<sup>nd</sup> Workshop of the International Network. Impact of Empire (Roman Empire, c. 200 BC-AD 476)*, (2002), pp. 184-203, y M. Liverani, «The Garamantes: a Fresh Approach», *Libyan Studies* 31 (2000), pp. 17 y ss.

<sup>26</sup> Sobre cómo los romanos deshacían y volvían a tejer la seda, véase Plinio, *NH* 6. 20 (54); sobre el tema, véase J. Ferguson, «China and Rome», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II. 9. 2, pp. 581-603, y G. Young, *Rome's Eastern Trade: International Commerce and Imperial Policy, 31 BC – AD 305* (2001), esp. pp. 27-89, 187-200.

<sup>27</sup> Plinio, *HN* 14. 2.

<sup>28</sup> E. Gibbon, *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*. Vol. 1 (1776) (Penguin Classics edición 1995), p. 103; al parecer, este pasaje fue inspirado por unos comentarios muy similares que hizo William Robertson unos años antes: véase R. Porter, *Gibbon* (1988), pp. 135-136.

<sup>29</sup> Véase Birley (1987), pp. 121-131, 140-152, y J. Gilliam, «The Plague under Marcus Aurelius», *AJP* 82 (1961), pp. 225-251, Rathbone (1990), pp. 114- 119, R. Duncan-Jones, «The Impact of the Antonine Plague», en *Journal of Roman Archaeology* 9 (1996), pp. 108-136, Bagnall y Frier (1994), pp. 173-178.

<sup>30</sup> Sobre la dificultad en la reconstrucción del curso de esas campañas, véase Birley (1987), pp. 249-255; sobre algunas de las pruebas arqueológicas, véase J. Ratjár, «Die Legionen Mark Aurels im Vormarsch» en J. Oexle (ed) *Aus der Luft-Bilder unserer Geschichte*, (1997), pp. 59-68.

<sup>31</sup> Dión 72. 36. 4.

## II. El secreto del Imperio

<sup>1</sup> Tácito, *Historias* 1. 4.

<sup>2</sup> Encontramos la fanfarronada de Cómodo de que «había nacido para la púrpura imperial» en



Herodiano 1. 5. 5-6; Sobre la afición por los jóvenes de Trajano, Dión 68. 7. 4, que señala que no hacía daño a nadie; sobre la famosa aventura de Adriano con Antinoo, Dión 69. 11. 3-4, SHA, Adriano 14. 5-8.

<sup>3</sup> Aparte de Gladiator (2000), la descripción más notable de Cómodo en pantalla aparece en La caída del Imperio romano (1964); sobre el papel del emperador, véase E Millar, The Emperor in the Roman World, 31 BC-AD 337 (1977); Sobre Adriano y la peticionaria, Dión 69. 6. 3; Marco Aurelio y la justicia, Dión 72. 6. 1-2, SHA, Marco Antonino 24. 1-3

<sup>4</sup> Encontramos resúmenes y discusiones sobre el reinado de Cómodo en A. Birley, Septimins Severas: the African Emperor (1988), pp. 57-62, 78-88, y D. Potter, The Roman Empire at Bay, AD 180-395 (2004), pp.

### 85-93.

<sup>5</sup> Dión 73.21. 1-2.

<sup>6</sup> Encontramos el argumento de que parte de la propaganda de Cómodo era efectiva en O. Hekster, Commodiis: An Emperor at the Crossroads (2002).

<sup>7</sup> Dión 73.22. 1-6, Herodiano 1.16. 1-17. 12, SHA, Cómodo 17. 1-2.

<sup>8</sup> Dión 74. 1. 1-5, Herodiano 2. 1. 1-3. 11, SHA, Cómodo 18. 1-20. 5, Pertinax 4. 5-5. 6, y discusión en Birley (1988), pp. 88-90, que defiende que Pertinax estuvo implicado en la conspiración.

<sup>9</sup> Dión 74. 3. 1-2. 6, 5. 1-9. 1, Herodiano 2. 4. 1-5. 1, SHA, Pertinax 1. 1-4. 4, 5. 7-13. 8, Birley (1988), pp. 63-67, 91-94; sobre la carrera de Valerio Maximiano, véase L'Année épigraphique 1956, 124.

<sup>10</sup> Dión 74.9.2-10.3, Herodiano 2.5. 1-5.9, SHA, Pertinax 10.8-11. 13.

<sup>11</sup> Dión 74. 11. 1-6, Herodiano 6. 1-14, SHA, Didio Juliano 2. 4-7, con Birley (1988), pp. 95-96, Potter (2004), pp.96-98, CAH<sup>2</sup> XII, p. 2; a finales del siglo III, los donativos pueden haber sido iguales para todos los rangos: véase R. Duncan-Jones, «Pay and Numbers in Diocletian's army», Chiron, 8 (1978), pp. 541-560,

pero es poco probable que fuera así en periodos anteriores.

<sup>12</sup> Dión 74. 12. 1-14.2, SHA, Didio Juliano 3. 1-4.9.

<sup>13</sup> Encontramos acertadas visiones generales sobre el ejército romano en G. Webster, The Roman Imperial Army (1985; reeditado con la bibliografía actualizada, 1998), Y. Le Bohec, El ejército romano: instrumento para la conquista de un imperio. (2004), H. Parker, The Roman Legions (1928), y A. Goldsworthy, The Complete Roman Army (2003); sobre los frumentarii, véase N. Austin y B. Rankov, Explorado: Military and Political Intelligence in the Roman World from the Second Punic War to the Battle of Adrianople (1995), esp. 136-137, 150-154; el estudio clásico del ejército y la política es J. Campbell, The Emperor and the Roman Army (1984).

- <sup>14</sup> Sobre las condiciones en el ejército, véase R. Davies, *Service in the Roman Army* (1989), G. Watson, *The Roman Soldier* (1969), y R. Alston, *Soldier and Society in Roman Egypt* (1995); véase Davies (1989), pp. 229-230, sobre las cartas de los soldados en el hospital, *Tabulae Vindolandenses II* 154, encontramos un informe sobre los efectivos de una cohorte que enumera a los enfermos del hospital, y en R. Fink, *Roman Military Records on Papyrus* (1971) n.º 63, encontramos una lista que enumera a los hombres muertos a manos de los bandidos y los ahogados.
- <sup>15</sup> Sobre el tema del matrimonio, véase J. Campbell, «The Marriage of Soldiers under the Empire», en *JRS* 68 (1978), pp. 153-166 y Alston (1995), 54-59.
- <sup>16</sup> Sobre la baja calidad de los reclutas, véase Tácito, *Anales* 4. 4, el tema se trata en A. Goldsworthy, *The Roman Army at War, 100 BC-AD 200* (1996), pp. 28-30 y Davies (1989), pp. 3-30.
- <sup>17</sup> Sobre el orgullo de la unidad, véase R. MacMullen, «The Legion as Society», *Historia*, 33 (1984), pp. 440-456, y Goldsworthy (1996), pp. 252-257.
- <sup>18</sup> Sobre las distintas carreras de los oficiales romanos, véanse muchos de los artículos de E. Birley, *The Roman Army* (1988), H. Devijver, *The Equestrian Officers of the Roman Army*, 2 vols. (1989 y 1992), D. Breeze y B. Dobson, *Roman Officers and Frontiers* (1993), y R. P. Sailer, «Promotion and Patronage in Equestrian Careers», *Journal of Roman Studies* 70 (1980), 44-63.
- <sup>19</sup> Goldsworthy (1996), pp. 13-15, 30-32.
- <sup>20</sup> Campbell (1984), esp. pp. 106-109 afirma que la influencia de los centuriones no era suficiente para controlar a los soldados.
- <sup>21</sup> Dión 74. 14. 3-17.6, 75. 1. 1-2. 1, Herodiano 2. 11.7-14. 4, SHA, Didio Juliano 6. 1-8. 10, *Se vero* 5. 1-6.9, con Birley (1988), pp. 97-105. Potter (2004), pp. 101-103.
- <sup>22</sup> Encontramos en Dión 76. 6. 1 la afirmación de que había ciento cincuenta mil hombres en cada bando en Lugdunum; encontramos un texto narrativo y un análisis de la guerra civil en Birley (1988), pp. 108-128.
- <sup>23</sup> Birley (1988), pp. 8-56; la fuente del siglo VI que afirma que tenía la piel oscura es Juan Malalas, *Chronicle* 12. 18 (291). La obra ha sido traducida al inglés por E. Jeffreys, M. Jeffreys, R. Scott et al, *The Chronicle of John Malalas: A translation* (1986), véase Birley (1988), p. 36.
- <sup>24</sup> Dión 76. 7. 1-8. 4; sobre encontrar un padre, Dión 77.9.4; sobre Plautiano, véase Birley (1988), pp. 137, 161-164.
- <sup>25</sup> Sobre la guardia de caballería cuyo tamaño fue duplicado, véase M. Speidel, *Riding for Caesar: the Roman Emperors' Horse Guard* (1994), pp. 56-64.
- <sup>26</sup> Sobre los problemas en Hatra, véase Dión 76. 11. 1-12. 5; sobre las campañas en Mesopotamia, véase Birley (1988), pp. 129-135, con D. Kennedy, «"European" Soldiers and the Severan Siege of Hatra»,

en P. Freeman y D. Kennedy (eds.), *The Defence of the Roman and Byzantine East*. BAR International Series 291 (1986), pp. 397-409, y D. Campbell, «What Happened at Hatra? The Problems of the Severan Siege Operations», en Freeman y Kennedy (1986), pp. 51-58; sobre Britania, véase Birley (1988), pp. 177-187, M. Todd, *Roman Britain* (3.<sup>a</sup> edición, 1999), pp. 144-155.

<sup>27</sup> Dión 77. 15. 2-4, 17. 4, Herodiano 3. 14. 1-3, 15. 1-3, SHA, Severo 19. 14.

### III. Las mujeres imperiales

Herodiano, *Historia del Imperio* 6. 1. 1.

Dión 78.1. 1-6, Herodiano 4. 1. 1-5, 3. 1-9.

Dión 78.2. 1-6, Herodiano 4. 4. 1-3.

Dión 78. 3. 1-3, Herodiano 4. 4. 4-5. 7, SHA, Caracalla 2.5-11, Geta 6. 1-2.

Dión 78. 3. 4, la-5, Herodiano 4. 6. 1-5, SHA, Caracalla 3. 2-5. 3, Geta 6. 3-7. 6.

Dión 78. 6. la- 2, 10. 1-11.7, Herodiano 4. 7. 1, SHA, Caracalla 4. 9-10, 9. 4-11; sobre el gladiador obligado a luchar tres tandas, Dión 78. 6. 2.

Dión 78. 15. 2-7; sobre cómo tuvieron que esperar los visitantes importantes, véase Dión 78. 17. 3-4; encontramos una discusión sobre el estilo de gobierno de Caracalla en D. Potter, *The Roman Empire at Bay* (2004), pp. 140-146, incluyendo una mención de su visita a santuarios, y véase también G. Fowden en *CAH*<sup>1</sup> XII (2005), pp. 545-547; encontramos un ejemplo del método empleado por Caracalla en la audiencia de peticiones en SEG XVII. 759, analizado en W. Williams, «Caracalla and Rhetoricians: A Note of the *cognitio* de Gohairienis», *Latomus* 33 (1974), pp. 663-667.

Dión 78. 7. 1-9. 1, 13. 1-2, Herodiano 4. 7. 4-7; «Regocijaos, camaradas...», Dión 78. 3. 1; Herodiano 4. 7. 7 dice que llevaba los estandartes de la legión y habla de su gran peso, pero es interesante que Suetonio haga hincapié en el peso de los estandartes pretorianos, véase Suetonio, Cayo 43; sobre los leones, Dión 79. 5. 5-6. 2; sobre el emperador como un soldado más, véase J. Campbell, *The Emperor and the*

*Roman Army, 31 BC-AD 235* (1984), pp. 32-59, esp. 51-55, encontramos un análisis del cambio en los estilos de mando en general en A. Goldsworthy, *Grandes generales del ejército romano. Campañas, estrategias y tácticas* (2005).

Sobre sus campañas, véase Dión 78. 13.3-15. 2, 18.1-23. 2, 79.1. 1-3. 5, Herodiano 4. 7. 3-7, 8. 6-11. 9, SHA, Caracalla 6. 1-6; el tema se analiza en Potter (2004), pp. 141-144, F. Millar, *The Roman Near East, 31 BC-AD 337* (1993), pp. 142-146, B. Campbell en *CATP* XII (2005), pp. 18-19.

Dión 79. 4. 1-6. 5, Herodiano 4. 12. 1-13. 8, SHA, Caracalla 6. 5-7. 1.

Dión 79. 11. 1-21. 5, Herodiano 4.14.1-15.9, 5. 1. 1-2.6, SHA, Macrino 2. 1-4 y Potter (2004), pp. 145-147.

Dión 79. 4. 3.

Dión 78. 18.2-3, 79.4.2-3, 23. 1-24. 3, Herodiano 4. 13.8; sobre Ulises con faldas (Ulixes stolatus), Suetonio, Cayo 23; cita de Dión 79. 4. 3; sobre Julia Domna, véase la excelente obra de B. Levick *Julia Domna: Syrian Empress* (2007) y también A. Birley, *Septimius Severus* (1988/1999), *passim*, esp. 191-192, y en general G. Turton, *The Syrian Princesses. The Women who Ruled the Roman World* (1974); fuentes muy posteriores contienen la historia ficticia de una relación incestuosa entre Domna y Caracalla, SHA, Caracalla 10. 1-4, Aurelio Víctor, *De Caesaribus* 21.

Dión 79. 30. 2-4, Herodiano 3. 2-5; el tema es analizado en Millar (1993), pp. 119-120, 145, 300-309, Potter (2004), pp. 148-150.

Dión 79. 28. 2-29.2, Herodiano 5. 3. 6-11, Aurelio Víctor, *De Caesaribus* 23; la paga del ejército se analiza en G. Watson, *The Roman Soldier* (1969), pp. 90-91.

Dión 31. 4-41. 4, Herodiano 5. 3. 12-5. 1, SHA, Macrino 15. 1-2; Millar (1993), pp. 144-147, Potter (2004), pp. 148-152.

Dión 80. 17. 2, SHA, Elagábalo 4. 1-2, 15. 6, 18. 3.; sobre Agripina en el Senado, véase Tácito 13.5; el tema se analiza en R. Talbert, *The Senate of Imperial Rome* (1984), p. 162.

Sobre las proezas sexuales de Elagábalo, véase Dión 80. 13. 1-14. 1, 14. 3-17. 1, Herodiano 5.5.6, 6. 1-2, SHA, Elagábalo 5. 1-5, 6. 5-7, 10. 4-7, 25. 4-6, 26. 3-5, 31. 1-8; sobre Caracalla y la vestal, véase Dión 78. 16. 1-3.

Dión 80. 11. 1-12.2, Herodiano 5.6.3-10, 7. 2, SHA, Elagábalo 3.4-5, 6. 78.3; Potter (2004), pp. 153-157.

Dión 80.17.2-21. 3, Herodiano 5.7. 1-8. 10, SHA, Elagábalo 13. 1-17.3; sobre tentativas de rebelión durante el reinado, véase Dión 80. 7. 1-4; una de las pocas biografías de Elagábalo es bastante comprensiva con el joven, J. Stuart Hay, *The Amazing Emperor Heliogabalis* (1911); sobre el licenciamiento de la III Gallia, véase ILS 2657.

Herodiano 6. 1. 4-10; Dión 80 (81). 4. 2, sobre los motines militares; sobre los pretorianos, véase Dión 80 (81). 2. 2-3, 4. 2-5. 2; sobre el reinado, véase R. Syme, *Emperors and Biography: Studies in the Historia Augusta* (1971), pp. 146-162, Potter (2004), pp. 158-166, y B. Campbell en *CAH*<sup>1</sup> XII (2005), pp. 22-27.

Sobre Maximino en general, véase el análisis de Syme (1971), pp. 179-193; Herodiano 6. 8. 1-8, SHA, Maximino 2. 1-5. 1, sobre los «humildes» orígenes de Maximino; Herodiano 6. 9. 1-8, sobre el asesinato de Alejandro, SHA, Maximino 7. 1-6; sobre sus imágenes, véase Campbell (1984), pp. 68-69.

Dión 80.4. 1-2, 21. 2-3, véase también R. Syme, *Emperors and Biography: Studies in the Historia Augusta* (1971), p. 142.

<sup>24</sup> Sobre el edicto de Caracalla, véase Dión 78.9. 5 y SHA, Caracalla 5. 8, sobre cómo sobrevivió a un

nafragio; el tema es analizado en A. Sherwin-White, *The Roman Citizenship* (1973), pp. 275-287, 380-394, Potter (2004), pp. 138-139.

#### IV. Rey de reyes

<sup>1</sup> *Res Gestae Divi Saporis* 1-2, 6-8. Existe una traducción al inglés de M. Dodgeon y S. Lieu, *The Roman Eastern Frontier and the Persian Wars, AD 226-363* (edición de bolsillo 1991), pp. 34, 35-36. El texto completo ha sido editado y traducido por A. Maricq, *Syria*, 35 (1958), pp. 245-260.

<sup>2</sup> Sobre Dura y su descubrimiento, véase C. Hopkins, *The Discovery of Dura Europos* (1979), S. James, *Excavations at Dura-Europos 1928-1937. Final Report VII: The Arms and Armour and other Military Equipment* (2004), pp. XXIII, 39, A. Perkins, *The Art of Dura-Europos* (1971) y F. Millar, *The Roman Near East* 31

BC – AD 337 (1993), pp. 445-452, 467-471.

<sup>3</sup> Véase A. Perkins (ed.), *The Excavations at Dura Eitropos. Final Report V, Part 1: Papyri* (1959), R. Fink, *Roman Military Records on Papyrus* (1971), pp. 18-86, 90-105, 125-136, etc., y la selección de textos de Dodgeon y Lieu (1991), pp. 328-335...

<sup>4</sup> Epitafio, AE 1948,124; citado en Dodgeon y Lieu (1991), p. 32, junto con una parte de un grafiti que recuerda el ataque; encontramos extractos de los informes sobre Dura en pp. 328-331, esp. p. 331, n. 4, sobre el posible vínculo entre una disminución de efectivos y el ataque persa.

<sup>5</sup> Sobre el auge de Ardashir y el estado sasánida, véase en general E. Yarshater (ed.), *The Cambridge History of Iran*, volumen 3 (1): *The Seleucid, Parthian, and Sasanian Periods* (1983), esp. pp. 116-180, R. Frye *CAH*- XII (2005), pp. 461- 480, E. Herzfeld, *Archaeological History of Iran* (1934), J. Wiesehofer, *Antigua Persia: de 550 a. C. a 650 d. C.* (2003), B. Dignas y E. Winter, *Rome and Persia in Late Antiquity: Neighbours and Rivals* (2007), pp. 18-32, y las fuentes en Dodgeon and Lieu (1994), pp. 9-33; R. Chrishman (trad. S. Gilbert y J. Lemmons), *Arts of Mankind. Iran: Partliians and Sassanians* (1962) tiene buenas fotografías de los monumentos triunfales de Ardashir y Sapor I.

<sup>6</sup> Dión 80. 3. 1-4. 2, Herodiano 6. 2. 1-2; sobre la presencia de las tropas romanas, en Hatra AE 1958, 239-240, traducido en Dodgeon y Lieu (1991), p. 33; E. Wheeler, «The Laxity of the Syrian Legions», en D. Kennedy (ed.), *The Roman Army in the East. Journal of Roman Archaeology Supplementary Series* 18 (1996), pp. 229-276, demuestra que la deficiente calidad de los ejércitos en el este era un cliché literario. Sin embargo, eso no significa que en algunos periodos y circunstancias las legiones estacionadas en el este no pudieran ser realmente de baja calidad.

<sup>7</sup> Herodiano 6. 2. 3-7, 3. 1-6. 3, SHA, Alejandro Severo 55. 1-3; motín en el ejército, 6. 4; sobre la cuestión de las ambiciones de Persia, véase B. Isaac, *The Limits of Empire* (1992), pp. 20-33, 50-53.

<sup>8</sup> Herodiano 7.5. 2 dice que Gordiano tenía ochenta años; encontramos un análisis completo en R. Syme, *Emperors and Biogroahy: Studies in the Historia Augusta* (1971), pp. 163-178.

<sup>9</sup> Encontramos el relato completo en Herodiano, 7. 4. 1-6. 9, 9. 1-10. 1, SHA, Los tres gordianos 7. 2-10. 8, 15. 1-16.4.

- <sup>10</sup> Herodiano 7. 10. 1-9.
- <sup>11</sup> Herodiano 8. 6. 1-8. 8, con D. Potter, *The Roman Empire at Bay, AD 180-395* (2004), pp. 169-171, y J. Drinkwater, *CAH<sup>2</sup> XII* (2005), pp. 31-33.
- <sup>12</sup> Fuentes en Dodgeon y Lieu (1991), pp. 34-45; véanse también los resúmenes y el análisis de Potter (2004), pp. 217-236 y Drinkwater *CAH<sup>2</sup> XII* (2005), pp. 35-36.
- <sup>13</sup> Véase Potter (2004), pp. 236-241, Drinkwater *CAH<sup>1</sup> XII* (2005), pp. 36-38; la biografía más reciente de Philip en inglés es Y. Zahran, *Philip the Arab: A Study in Prejudice* (2001); la inscripción en griego de Sapor dice *denarii*, que eran de plata, pero se suele aceptar que el pago se realizó en oro, véase Potter (2004), p. 237 (p. 634 n. 94).
- <sup>14</sup> Véase Dodgeon y Lieu (1991), pp. 45-48, sobre la actividad de Filippo en Oriente y el nombramiento de su hermano Prisco como rector orientis.
- <sup>15</sup> Sobre Decio, véase Syme (1971), pp. 194-203, Drinkwater *CAH<sup>1</sup> XII* (2005), pp. 38-39, Potter (2004), 241-246, y J. Rives, «The Decree of Decius and the Religion of Empire», *JRS* 89 (1999), pp. 135-154, incluyendo el análisis del edicto sobre los sacrificios.
- <sup>16</sup> Sobre la sinagoga, véase Perkins (1971), pp. 55-65, y la obra de M. Rostovtzeff, A. Bellinger, C. Hopkins, y C. Wells (eds.), *The Excavations at Dura-Europos. Preliminary Report of the Sixth Season of work, October 1932-March 1933* (1936), p. 309-396, A. Bellinger, F. Brown, A. Perkins, y C. Wells (eds.), *The Excavations at Dura-Europos. Final Report VIII, Part 1: The Synagogue* (1956) y J. Gutman (ed.), *The Dura Europos Synagogue: A Re-evaluation (1932-1972)* (1973).
- <sup>17</sup> Sobre el baptisterio, véase Perkins (1971), pp. 52-55, y M. Rostovtzeff (ed.), *The Excavation at Dura-Europos. Preliminary Report of the Fifth Season of work October 1931-March 1932* (1934), pp. 259-289, y C. Bradford Welles, *The Excavations at Dura-Europos. Final Report VIII, Part 2. The Christian Building* (1967).
- <sup>18</sup> La bibliografía sobre los inicios de la Iglesia es muy vasta, pero, como punto de partida, recomendamos W. Meeks, *The First Urban Christians* (1983), R. Wilken, *The Christians as the Romans saw them* (1984), M. Whittaker, *Jews and Christians, Greco-Roman Views* (1984), y E. Dodds, *Paganos y cristianos en una época de angustia* (1975), y R. Lane Fox, *Pagans and Christians* (1986), esp. pp. 419-492.
- <sup>19</sup> Tácito, *Anales* 15. 44.
- <sup>20</sup> Plinio, *Cartas* 10. 96-97, y A. Sherwin-White, *The Letters of Pliny: A Historical and Social Commentary* (1966), pp. 691-712.
- <sup>21</sup> Véase en general W. Friend, *Martyrdom and Persecution in the Early Church* (1965), y T. Barnes, «Legislation Against the early Christians», *JRS* 58 (1968), pp. 32-50; Tertuliano, *Apologético* 1. 4-2. 20, 8. 1-20, 10. 1-11, 30. 1-32. 337. 4-8.

- <sup>22</sup> Cliristianos ad leonetn!, véase Tertuliano, Apologético 40. 1-2; Lyon, véase Eusebio, Historia eclesiástica 5. 1-63, H. Musurillo, *Acts of the Christian Martyrs* (1972), pp. 62-85.
- <sup>23</sup> Musurillo (1972), «The Martyrs of Lyons», 1-10, 49-53, «The Martyrdom of Saints Ptolemaeus and Lucius», 1-10, «The Martyrdom of Saint Marin-us», 1-2.
- <sup>24</sup> Musurillo (1972), «The Martyrdom of Saints Perpetua and Felicitas», 5. 2-4, «The Martyrdom of Polycarp», 4.
- <sup>25</sup> Musurillo (1972), «The Martyrdom of Bishop Fructuosus and his Deacons, Augurius and Eulogius», 2.8-9. En latín el diálogo es aún más lacónico: *Aemilianus praeses Fructuosum dixit: Episcopus es? Fructuosas dixit: Sum. Aemilianus dixit: Fuisti, et issuit eos vivos ardere*; sobre las dos mujeres en África, Musurillo (1972) «The Martyrdom of Saints Perpetua and Felicitas», 20. 1-4.
- <sup>26</sup> Sobre Origen, véase Eusebio de Cesarea, Historia eclesiástica 6. 21. 3-4; 6. 36. 3, sobre las cartas que le escribía al emperador Filipo; Filipo descrito como cristiano 6. 34. 1; Alejandro Severo, SHA, Alejandro 29. 2.
- <sup>27</sup> G. Clarke, *CAFF* XII (2005), pp. 625-637; sobre la muerte de Origen tras el encarcelamiento como parte de la persecución de Decio, véase Potter (2004), p. 209, con referencias.
- <sup>28</sup> Drinkwater, *CAH*<sup>2</sup> XII (2005), pp. 38-44, Potter (2004), pp. 241-257.
- <sup>29</sup> Podemos encontrar las fuentes sobre estas campañas en Dodgeon y Lieu (1991), pp. 49-67.
- <sup>30</sup> Sobre el asedio final de Dura-Europos, véase James (2004), pp. 21-25, 30- 39; sobre los soldados romanos asfixiados, véase S. James, «The Deposition of Military Equipment During the Final siege at Dura-Europos, with Particular Regard to the Tower 19 countermine». *Carnuntum Jahrbuch 2005 "Archaeologie der Schlachtfelder-Militaria aus Zerstrungshorizonten"*; *Akten der 14. Internationalen Roman Military Equipment Conference (ROMECC), Wien, 27.-31. August 2003*: (2005), pp. 189-206. Encontraremos también un resumen en la obra del mismo autor *Rome and the Sword* (título provisional, edición en preparación en Thames and Hudson). Mi sincero agradecimiento a Simon por darme los detalles de su fascinante análisis.

## V. Los bárbaros

- <sup>1</sup> Dexipo, Fragmento 28, existe una traducción al inglés de F. Millar, «P. Herennius Dexippus: The Greek World and the Third-Century Invasions», *JRS* 59 (1969), pp. 12-29, pp. 27-28, incluye el pasaje completo y un comentario.
- <sup>2</sup> Sobre la campaña de Abrittus, véase Zósimo 1.23, Zonaras 12. 20, Aurelio Víctor 29, Jordanes, *Getica* 101-103, y el resumen de D. Potter, *Prophecy and History in the Crisis of the Roman Empire. A Historical Commentary on the Thirteenth Sibylline Oracle* (1990), pp. 278-283, y *The Roman Empire at Bay* (2004), p. 246, P. Heather, *The Goths* (1998), p. 40, y J. Drinkwater, *CAFF* (2005), pp. 38-39.
- <sup>3</sup> Sobre las relaciones entre romanos y germanos, véase T. Burns, *Rome and the Barbarians*, 100 BC-

AD 400 (2003), pp. 1-193, M. Todd, *The Early Germans* (segunda edición, 2004), pp. 44-61, y P. Wells, *The Barbarians Speak: How the Conquered Peoples Shaped Roman Europe* (1999), pp. 64-98; encontramos un análisis más específico de las campañas de César en A. Goldsworthy, *César: la biografía definitiva* (2007); sobre Augusto, véase C. Wells, 'The German Policy of Augustus' (1972).

<sup>4</sup> Sobre los bastarnos, véase Tácito, *Germania* 46; encontramos una visión general de la sociedad y cultura germánicas en Todd (2004), pp. 8-43, 62-135, Wells (1999), pp. 99-170.

<sup>5</sup> Todd (2004), pp. 64-75 y *CAH*<sup>2</sup> (2005), pp. 447-450, Burns (1999), pp. 244-255.

<sup>6</sup> Tácito, *Germania* 7, 13-14; C. Fabech, «Booty Sacrifices in Southern Scandinavia-A History of Warfare and Ideology», en *Roman Reflections in Scandinavia* (1996), pp. 135-138, Wells (1999), pp. 4-6, E. Nylam, «Early gladius Swords in Scandinavia», *Acta Archaeologica* 34 (1963), p. 185, J. Ilkijerm «The Weapons' Sacrifice at Illerup Ádal, Denmark», en K. Randsborg, *The Birth of Europe* (1989), pp. 54-61.

<sup>7</sup> Tácito, *Germania* 33, cf. 36; sobre el tema de la guerra, véase A. Goldsworthy, *The Roman Army at War 100 BC-AD 200* (1996), pp. 42-53, H. Elton, *Warfare in Roman Europe: AD 350-425* (1996), pp. 15-88.

<sup>8</sup> Tácito, *Germania* 41-42; también, en general, véase C. Whittaker, *Frontiers of the Roman Empire: A Social and Economic Study* (1994), esp. pp. 113-131, 222-240.

<sup>9</sup> Burns (2003), pp. 167-174, 183-193, 212-247, B. Cunliffe, *Greeks, Romans and Barbarians: Spheres of Interaction* (1988).

<sup>10</sup> Todd (2004), pp. 63-71, Wells (1999), pp. 245-258.

<sup>11</sup> César, *Bellum Gallicum* 6. 23; sobre las razias, véase Whittaker (1996), pp. 210-214.

<sup>12</sup> L. Hedeager, «The Evolution of German Society 1-400 AD», en R. Jones, J. Bloemers, S. Dyson, and M. Biddle (eds.), *First Millennium Papers: Western Europe in the I<sup>st</sup> Millennium*. BAR 401 (1988), pp. 129-401.

### <sup>13</sup> CIL 3. 3385.

<sup>14</sup> Encontramos un análisis del tema en S. Dyson, *The Creation of the Roman Frontier* (1985), passim y A. Goldsworthy, «War: The late Republic and Principate», en P. Sabin, H. Van Wees, y M. Whitby (eds.) *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare*. Volumen 2 (2007), pp. 76-121.

<sup>15</sup> Sobre los godos, véase Heather (1998), pp. 11-39; sobre los francos y los alamanes, véase Burns (2003), pp. 275-290. El epítome de Dión (78. 13.4) menciona a los alamanes en 213, pero Burns alega que es muy posible que se trate de una interpolación posterior. En J. Drinkwater, *The Alamanni and Rome 213-496, Caracalla to Clodoveo* (2007), pp. 41-44, encontramos mejores argumentos a favor de aceptar el pasaje.



<sup>16</sup> Véase Burns (2003), pp. 229-245, Todd (2004), pp. 54-56, Wells (1999), pp. 189-191.

<sup>17</sup> Burns (2003), pp. 244-260, Drinkwater, CAH<sup>2</sup> (2005), pp. 28-38.

<sup>18</sup> Sobre los godos, Zósimo 1.24.2, Zonaras 12.21.

<sup>19</sup> Zósimo 1.27-37, SHA, Los dos galienos 5.6-6.9; Potter (2004), pp. 252-256, Heather (1998), pp. 40-43, Drinkwater CAH<sup>2</sup> (2005), pp. 40-44; véase también el capítulo 4.

<sup>20</sup> La inscripción es AE 1993, 1231, con comentarios en Potter (2004), pp. 256-257, Wilkes, CAH<sup>2</sup> (2005), pp. 222-223, Burns (2003), pp. 281-282; véase también Todd (2004), pp. 56-59, donde también se habla del botín abandonado.

<sup>21</sup> Orosio 7.22. 7-8. Aurelio Víctor, De Caesaribus 33.3, Eutropio 9.8.2, con comentarios en J. Richardson, *The Romans in Spain* (1996), p. 250-251, y M. Kulikowski, *Later Roman Spain and its Cities* (2004), pp. 66-69, que defiende que, probablemente, el impacto fuera mínimo.

<sup>22</sup> Zósimo 1. 42-43, Zonaras 12.23, Millar (1969), pp. 26-29, y J. Camp, *The Archaeology of Athens* (2001), pp. 223-231.

<sup>23</sup> Encontramos un análisis del impacto general y en regiones concretas en E. Wightman, *Gallia Bélgica* (1985), pp. 193-199, 219-230, 243-250, G. Alföldy (trad. A. Birley), *Noricum* (1974), pp. 169-171, Burns (2003), pp. 267-271, 281-300, y en J. Drinkwater, «The Germanic Threat on the Rhine Frontier: A Romano-Gallic Artefact», en R. Mathisen y H. Sivan (ed.), *Shifting Frontiers in Late Antiquity* (1996), pp. 20-30.

<sup>24</sup> Véase J. Lander, *Roman Stone Fortifications: Variation and Change from the First Century to the Fourth Century AD*. BAR International Series 206 (1984), esp. pp. 151-262, S. Johnson, *Late Roman Fortifications* (1983), passim, pero sobre todo las pp. 9-81, H. von Petrikovits, «Fortifications in the North-Western Roman Empire from the Third to Fifth Centuries AD», *JRS* 61 (1971), pp. 178-218, M. Mackensen, «Late Roman Fortifications and Building Programmes in the Province of Raetia: the Evidence of Recent

Excavations and some New Reflections», en J. Creighton y R. Wilson (eds.), *Roman Germany: Studies in Cultural Interaction*. *Journal of Roman Archaeology Supplementary Series* 32 (1999), pp. 199-244, R. Wilson, *Roman Forts: An Illustrated Introduction to the Garrison posts of Roman Britain* (1980), Wightman (1985), pp. 220, Camp (2001), pp. 223-225, y R. MacMullen, *Soldier and Civilian in the Later Roman Empire* (1963), pp. 37-42.

<sup>25</sup> Sobre la sólida defensa de Galieno, véase L. de Blois, *The Policy of the Emperor Gallienus* (1976); sobre sus campañas, véase Zósimo 1. 42-43, con Drinkwater, CAH<sup>2</sup> (2005), pp. 46-47, Heather (1998), p. 41, Potter (2004), pp. 263-266 con un debate sobre si la campaña realmente tuvo lugar en 269; sobre los rumores de una amante goda, SHA, Los dos galienos 21. 3.

<sup>26</sup> Véase en general J. Drinkwater, *The Gallic Empire: Separation and Continuity in the North-Western Provinces of the Roman Empire AD 260-274*. *Historia Einzelschriften* 52 (1987), pp. 1-270, y hay un breve resumen en Potter (2004), pp. 260-262; la referencia a «asumir el poder de las provincias galas»

está en Eutropio 9.9.

<sup>27</sup> Sobre la supuesta reserva de caballería de Galieno, véase E. Luttwak, *La gran estrategia del Imperio romano*, Y. Le Bohec, *El ejército romano, instrumento para la conquista de un imperio* (2004); de Blois (1976), pp.

26-30, con algunas críticas en M. Nicasie, *Twilight of Empire: The Roman Army from the Reign of Diocletian until the Battle of Adrianople* (1998), pp. 35-38.

<sup>28</sup> Zósimo 1. 40, SHA, Los dos galienos 14. 15. 3, Aurelio Víctor, *De Caesaribus* 33, con Potter (2004), pp. 263-264.

<sup>29</sup> Potter (2004), pp. 264-269, Drinkwater, *CAH<sup>2</sup>* (2005), pp. 48-51.

<sup>30</sup> En Drinkwater (1987), pp. 41-44, SHA, Aureliano 39. 1 encontramos una referencia al empleo de Tétrico en la administración imperial.

<sup>31</sup> W. Willems, *Romans and Barbarians: A Regional Study in the Dutch Eastern River Area* (1986).

<sup>32</sup> Burns (2003) incluye un buen análisis al respecto; sobre el uso de mercenarios germánicos en las guerras civiles, encontramos ejemplos en Herodiano 8. 7. 8, 8.8.2, SHA, Los dos Maximinos 24.6, Máximo y Balbino 12.3, 13.5, 14.6-8, Los treinta tiranos 6. 2; sobre cómo los bandidos y los desertores se unían a los saqueadores, véase R. MacMullen, *Enemies of the Roman Order* (1967), pp. 195, 211, 255-268.

<sup>33</sup> H. Schonberger, «The Roman Frontier in Germany: An Archaeological Survey», *JRS* 59 (1969), pp.

144-197, esp. 175-179 y sobre todo L. Okamura, «Roman Withdrawals from Three Transfluvial Frontiers», en R. Mathisen y H. Sivan (eds.), *Shifting Frontiers in Late Antiquity* (1996), pp. 11-30, esp. 13-15 en Ptunz y Niederbieder. Okamura afirma que las huellas que indican que uno de los muros de Niederbieder fue socavado son un claro indicio del uso de unas máquinas de asedio que sólo los romanos podían poseer. D. Baatz ha demostrado recientemente que el daño sufrido por el muro se produjo en una fecha posterior y era resultado del hundimiento natural y de la apertura de canteras, más que de una acción enemiga, véase D. Baatz, «Cuiculus-Zur Technik der Unterminierung Antiker Wehrbauten» en E. Schallmayer, *Niederbieder, Postumas und der Limesfall* (1996), pp. 84-89. Me siento muy agradecido hacia Kurt Kleemann por hablarme de esta teoría.

<sup>34</sup> A. Diaconescu, «The Towns of Roman Dacia: An Overview of Recent Archaeological Research», en W. Hanson y I. Haynes, *Roman Dacia: The Making of a provincial society. Journal of Roman Archaeology Supplementary Series* 56 (2004), pp. 87-142, esp. 128-137.

## VI. La reina y el emperador «necesario»

<sup>1</sup> SHA, Los treinta tiranos 15. 8 y Aureliano 37. 1. En otros textos encontramos similares sentimientos sobre Aureliano, p. ej. en Juan de Antioquía, fragmento 155, *Fragmenta Historicorum Graecorum*, vol. 4, p. 599.

- <sup>2</sup> Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores* 5, véanse las otras fuentes y referencias en M. Dogeon S. Lieu, *The Roman Eastern Frontier and the Persian Wars, AD 226-363* (1991), pp. 58-63.
- <sup>3</sup> Dogeon y Lieu (1994), pp. 65-67, J. Drinkwater, *CAH<sup>2</sup>* (2005), pp. 44-45, D. Potter, *The Roman Empire at Bay, AD 180-395* (2004), p.256-259; SHA, *Los treinta tiranos* 13-14.
- <sup>4</sup> Véase F. Millar, *The Roman Near East, 31 BC – AD 337* (1993), pp. 157- 158,161-173, J.Lang, «Two Sides of a Coin», en R. Mathisen y H. Sivan (eds.), *Shifting Frontiers in Late Antiquity* (1996), pp. 59-71, esp. 61-62, Potter (2004), pp. 256, 259-261, Drinkwater, *CAH<sup>2</sup>* (2005), pp. 45-46.
- <sup>5</sup> Encontramos las fuentes en Dodeon y Lieu (1994), pp. 68-80, y en particular en SHA, *Los treinta tiranos* 15. 1-8, Galieno 10. 1-8, 12. 1, Zósimo 1.39.
- <sup>6</sup> Sobre el magnicidio de Odenato, véase Dodgeon y Lieu (1994), pp. 80-83 y en especial SHA, *Los treinta tiranos* 15. 5-6, Galieno 13. 1, Zósimo 1. 39, Zonaras 12.24.
- <sup>7</sup> R. Stoneman, *Palmyra and its Empire: Zenobia's Revolt Against Rome* (1992), esp. pp. 31-49.
- <sup>8</sup> Sobre la cultura, véase Millar (1993), pp. 319-336; encontramos una visión general bien ilustrada de la arquitectura de la ciudad en I. Browning, *Palmyra* (1979).
- <sup>9</sup> Stoneman (1992), pp. 61-63, 76-79; sobre la importancia de la caballería pesada, véase Zósimo 1 50.
- <sup>10</sup> Stoneman (1992), pp. 111-127, A. Watson, *Anrelian and the Third Century* (1999), pp. 59-66, Dodgeon y Lieu (1991), pp. 83-86; SHA, *Los treinta tiranos* 30.1-3, 12-22, sobre todo 30. 12, que afirma que sólo permitió a Odenato yacer con ella para producir niños y esperó a estar segura de no estar embarazada antes de dejarle copular con ella de nuevo; sobre Cleopatra, véase CIS 2. 3946, y también se hace hincapié sobre ello en SHA, *Los treinta tiranos* 30. 19-20, Aureliano 27.3, Probo 9. 5.
- <sup>11</sup> Lang (1996), pp. 64-69, Dodgeon y Lieu (1991), pp. 84-85, 88-89, Potter (2004), pp. 266-267, Millar (1993), pp. 171-172.
- <sup>12</sup> Sobre las obras en el templo de Bostra, IGLS 9107 = AE 1947, 165, en Dodgeon y Lieu, p. 86; sobre la campaña en Egipto, véase Potter (2004), pp. 266-267, Watson (1999), pp. 61-63, Zósimo 1. 44, SHA, *Claudio* 11. 1-2.
- <sup>13</sup> Potter (2004), pp. 261, Watson (1999), pp. 65-66.
- <sup>14</sup> Lang (1996), pp. 68-69, Watson (1999), pp. 67-69.
- <sup>15</sup> Zósimo 1. 50-51, SHA, *Aureliano* 22. 1-25. 6, Dodgeon y Lieu (1991), pp. 89-95, con Watson (1999), pp. 71-75.
- <sup>16</sup> Zósimo 1.52-53.
- <sup>17</sup> En Watson, (1999), pp. 76-80, 81-84 y Dodgeon y Lieu (1991), pp. 96- 101, encontramos las fuentes

principales, incluyendo a Zósimo 1. 55. Sobre la muerte de Casio Longino, véase Zósimo 1. 56. 2-3, SHA, Aureliano 30. 3.

<sup>18</sup> Watson (1999), pp. 82-3, Dodgeon y Lieu (1991), pp. 101-105.

<sup>19</sup> En SHA, Aureliano 33. 1-34. 6 encontramos un relato detallado -aunque posiblemente lleno de imaginación- del triunfo; sobre el destino de Zenobia, véase Zósimo 1.59, Zonaras 12. 27, SHA, Los treinta tiranos 30. 27, Eutropio 9. 13. 2, San Jerónimo, Cron. 223, y también Watson (1999), pp. 83-88, Dodgeon y Lieu (1991), pp. 105-109.

<sup>20</sup> SHA, Aureliano 18. 3-4, 21. 1-3, Zósimo 1. 48-49, Dexipo FGH II n°. 100, jr. 6.2 con Watson (1999), pp. 48-52, 54-56, Potter (2004), pp. 269-270.

<sup>21</sup> Watson (1999), pp. 138-140, sobre la distribución de comida a la población urbana y sobre las murallas en pp. 143-152.

<sup>22</sup> Eusebio, Historia eclesiástica 7. 11. 10, M. Edwards, CAH<sup>2</sup> (2005), pp. 637- 647, Potter (2004), p. 255.

<sup>23</sup> Encontramos un análisis completo del episodio en E Millar, «Paul of Samosata, Zenobia and Aurelian: The Church, Local Culture and Political Allegiance in Third-Century Syria», JRS 61 (1971), pp. 1-17.

<sup>24</sup> Drinkwater, CAH<sup>2</sup> (2005), pp. 53-54, R. Syme, Emperors and Biography: Studies in the Historia Augusta (1971), pp. 245-246, Potter (2004), pp. 274-275, Watson (1999), pp. 104-112.

<sup>25</sup> SHA, Tácito 13. 2-3, Zósimo 1. 63. 1, Zonaras 12. 28, sobre los saqueadores; Aurelio Víctor, De Caesaribus 36, SHA, Tácito 13.5, Zósimo 1. 63.

<sup>26</sup> Drinkwater, CAH<sup>2</sup> (2005), pp. 54-57, Potter (2004), pp. 275-279.

<sup>27</sup> En S. Mitchell, Cremna in Pisidia. An Ancient City in Peace and War (1995), pp. 177-218, encontramos un análisis completo del asedio y las pruebas literarias y arqueológicas al respecto; el relato de Zósimo se encuentra en 1. 69, mencionando el disparo de Lidio.

<sup>28</sup> Drinkwater, CAH<sup>2</sup> (2005), pp. 56-58, Potter (2004), pp. 279-280.

<sup>29</sup> Dodgeon y Lieu (1991), pp. 112-121 sobre las fuentes.

<sup>30</sup> Zósimo 1.73.

<sup>31</sup> R. Frye, CAH<sup>2</sup> (2005), pp.470-471.

<sup>32</sup> E.g. P. Heather, La caída del Imperio romano (2008).

<sup>33</sup> Potter (2004), p. 256, Dodgeon y Lieu (1993), pp. 67, 297 y esp. S. Lieu, «Captives, Refugees and Exiles: A Study of Cross-Frontier Civilian Movements and Contacts Between Rome and Persian from

Valerian to Jovian», en P. Freeman y D. Kennedy (eds.), *The Defence of the Roman and Byzantine East*. BAR International Series 297 (1986), pp. 475-505.

## VII. Crisis

Herodiano 1. 1.4-5.

Domiciano es mencionado en Zósimo 1. 49, SHA, Galieno 2.6, Los treinta tiranos 12. 14,13. 3.

Encontramos un análisis de la crisis del siglo III en la útil introducción de A. Watson, *Anrelian and the Third Century* (1999), pp. 1-20, A. Jones, *The Later Roman Empire*, 284-602. Volume I (1964), pp. 1-36, G. Alföldy, «The Crisis of the Third Century as Seen by Contemporaries», *Greek, Roman, and Byzantine Studies* 15 (1974), pp. 89-111, W. Liebeschuetz, «Was there a Crisis of the Third Century?», en O. Hekster, G. Kleijn y D. Slootjes (eds.), *Crisis and the Roman Empire* (2007), pp. 11-20, y en general en R. MacMullen, *Roman Government's Response to Crisis, AD 235-337* (1976), y *Corruption and the Decline of Rome* (1988).

Una revisión reciente que sigue presentando una visión bastante sombría del periodo es L. de Blois, «The Crisis of the Third Century A.D. in the Roman Empire: A Modern Myth?», en L. de Blois y J. Rich (eds.), *The Transformation of Economic Life under the Roman Empire* (2002), pp. 204-217. C. Witschel, «Reevaluating the Roman West in the 3<sup>rd</sup> c. A.D.», *Journal of Roman Archaeology* 17 (2004), pp. 251-281, ofrece una visión más positiva del periodo. Sobre el periodo como época de cambios más que de crisis, véase R. Reece, «The Third Century: Crisis or Change?», en A. King y M. Henig (eds.), *The Roman West in the Third Century: Contributions from Archaeology and History*. BAR Int. Series 109(i) (1981), pp. 27-38. Encontramos una útil recopilación de comentarios sobre este y otros temas relacionados con el fin del Imperio romano en M. Chambers (ed.), *The Fall of Rome: Can it be Explained?* (1963).

Jones (1964), pp. 9-11, 20-23, 29-32, K. Hopkins, «Taxes and Trade in the Roman Empire (200 BC – AD 400)», *JRS* 70 (1980), pp. 101-125, M. Corbier, «The Economy of the Empire», en *CAH*<sup>2</sup> (2005), pp. 360-386.

Sobre la devaluación y sus posibles consecuencias, véase M. Corbier, *CAH*<sup>2</sup> (2005), pp. 330-360, C. Howgego, «Coin Circulation and the Integration of the Roman Economy» *Journal of Roman Archaeology* 7 (1994), pp. 6-21, esp. 12-16, de Blois (2002), pp. 215-217, R. Duncan-Jones, *Money and Government in the*

*Roman Empire* (1994), esp. pp. 20-32, y L. de Blois, «Monetary Politics, the Soldiers' pay, and the Onset of Crisis in the First half of the Third Century AD», en P. Erdkamp (ed.), *The Roman Army and the Economy* (2002), pp. 90-107.

C. Bruun, «The Antonine Plague and the Third Century Crisis», en Hekster, Kleijn y Slootjes (2007), pp. 201-217, y W. Jongman, «Gibbon was Right: The Decline and Fall of the Roman Economy», en Hekster, Kleijn y Slootjes (2007), pp. 183-199, que aducen que hubo un serio declive tanto demográfico como económico del Imperio durante el siglo III.

R. MacMullen, «The Epigraphic Habit in the Roman Empire», *American Journal of Philology* 103

(1982), pp. 233-246.

Hopkins (1980), pp. 105-108, y A. Parker, *Ancient Shipwrecks of the Mediterranean and the Roman provinces*. BAR International Series (1992); sobre el comercio con India y China, véase G. Young, *Rome's Eastern Trade: International Commerce and Imperial Policy, 31 BC-AD 305* (2001), pp. 80-88, 126-128.

<sup>9</sup>Véase Witschel (2004), esp. 261-274, D. Bar, «Was there a 3<sup>rd</sup>-C. Economic Crisis in Palestine?» en J. Humphrey (ed.), *The Roman and Byzantine Near East. Vol. 3. Journal of Roman Archaeology Supplementary*

Series 49 (2002), pp. 43 -54, Reece (1981), MacMullen (1988), pp. 23-35, y M. Todd, *Roman Britain* (3<sup>a</sup> ed., 1999), pp. 156-178.

<sup>10</sup> Sobre la supuesta preferencia germánica por las viejas monedas de plata, véase M. Todd, *The Early Germans* (2<sup>a</sup> ed., 2004), pp. 98-101, cuya opinión es escéptica al respecto.

<sup>11</sup> A. Wilson, «Machines, Power and the Ancient Economy», *JRS* 92 (2002), pp. 1-32, esp. 24-31.

<sup>12</sup> Sobre la teoría de que el descenso de la población contribuyó de forma clave a la caída de Roma, véase A. Boak, *Manpower Shortage and the Fall of the Roman Empire in the West* (1955); sobre la economía en general, véase W. Jong-man, «The Roman Economy: From Cities to Empire», en de Blois y Rich (2002), pp. 28-47.

<sup>13</sup> Aurelio Víctor, *De Caesaribus* 33, 37, y véase también L. de Blois, *The policy of the Emperor Gallienus* (1976), pp. 37-47 y E. Lo Cascio, «The Government and Administration of the Empire in the Central Decades of the Third Century», en *CAH*<sup>2</sup> (2005), pp. 158-165.

<sup>14</sup> E.g. D. Potter, *The Roman Empire at Bay AD 180-395* (2004), pp. 258, Watson (1999), p. 10, F. Millar, *The Roman Empire and its Neighbours* (1981), p.p. 60-61, y L. Bohec, *El ejército romano, instrumento para la*

*conquista de un imperio* (2004).

<sup>15</sup> Encontramos un análisis de los estilos de generalato en A. Goldsworthy, *Grandes generales del ejército romano. Campañas, estrategias y tácticas* (2005).

<sup>16</sup> Tras el golpe de Estado fracasado del pretorio del prefecto Sejano contra el emperador Tiberio, adquirió poco a poco rango senatorial y magistraturas. Tres inscripciones parecen sugerir que en algún momento la legión II Parthica fue comandada por un legado senatorial, véase J. Baity y W. Van Rengen, *Apamea in Syria: The Winter Quarters of Legio II Parthica* (1993), p. 16, 39-41.

<sup>17</sup> Sobre Alejandro, véase cap. 4, y sobre Tácito, véase Aurelio Víctor, *De Caesaribus* 37, *SHA*, Tácito 3. 1-9. 6.

<sup>18</sup> Véase Watson (1999), pp. 4-6, F. Millar, «Emperors, Frontiers and Foreign Relations», *Britannia*, 8 (1982), pp. 1-23, esp. 11-15, J. Drinkwater, *CAH*<sup>2</sup> (2005), pp. 58-62.

<sup>19</sup> Sobre la relación del emperador con el ejército, véase J. Campbell, *The Emperor and the Roman Army* (1984), esp. pp. 59-69, 120-156; J. Drinkwater, *The Alamanni and Rome 213-496, Caracalla to Clodoveo* (2007), pp. 28-32, argumenta de forma no totalmente convincente que a Marco Aurelio le motivaba

principalmente un deseo tradicional de gloria.

<sup>20</sup> Véase F. Vervaeke, «The Reappearance of the supra-provincial Commands in the Late Second and early Third Centuries CE: Constitutional and Historical Considerations», en Hekster, Kleijn y Slootjes (2007), pp. 125-139.

<sup>21</sup> Suetonio, Tiberio 25. 1.

<sup>22</sup> Dión 79. 32. 3-4; encontramos un buen análisis de la mala conducta de los soldados durante las guerras civiles en De Blois (2002), pp. 209-214.

## VIII. Los cuatro: Diocleciano y la tetrarquía

<sup>1</sup> SHA, Caro, Carino y Numeriano 18. 3-4.

<sup>2</sup> B. Grenfall et al., *The Oxyrhynchus Papyri* (1898-), LXIII. 4352, traducido al inglés por su editor, J. Rea, véase A. Bowman, *CAH<sup>2</sup> XII* (2005), p. 67.

<sup>3</sup> SHA, Aureliano 6. 2.

<sup>4</sup> Aurelio Víctor 39, con P. Garnsey y C. Humfress, *The Evolution of the Late Antique World* (2001), p. 26-35, y S. Corcoran, «Before Constantine», en N. Lenski (ed.), *The Cambridge Companion to the Age of Constantine* (2006), pp. 35-58, esp. 42-46.

<sup>5</sup> «Restaurador de la luz eterna» en el medallón de Arras, véase P. Casey, *Carausius and Allectus: The British Usurpers* (1994), p. 142; sobre la necesidad de una reforma radical y un gobierno fuertemente centralizado en el siglo III, véase Garnsey y Humfress (2001), esp. 12-13, 14-17.

<sup>6</sup> S. Williams, *Diocletian and the Roman Recovery* (1985), pp. 24-27, 34-46, T. Barnes, *The New Empire of Diocletian* (1982), pp. 3-4, 30-35.

<sup>7</sup> Williams (1985), pp. 45-46, Zonaras 12. 31 y también A. Bowman, en *CAH XII<sup>2</sup>* (2005), pp. 71-73, 78-79, D. Potter, *The Roman Empire at Bay* (2004), pp. 282-290, 292.

<sup>8</sup> Casey (1995), pp. 39-45, 89-105.

<sup>9</sup> Sobre la creación de la tetrarquía, véase Williams (1985), pp. 58-70, Barnes (1982), pp. 35-38 y ss., *CAH*, etc; sobre la necesidad de la rebelión, véase Casey (1995), pp. 106-114, 127-145.

<sup>10</sup> Véase Williams (1985), pp. 80-82, y Bowman, *CAH<sup>2</sup> XII* (2005), pp. 81-82.

- <sup>11</sup> En general, véase S. Corcoran, *The Empire of the Tetrarchs: Imperial Pronouncements and Government, AD 284-324* (1996), pero en especial pp. 254- 297; sobre Galerio, véase Amiano Marcelino 14. 11. 10, Orosio 7. 25. 9-11. Estas y otras descripciones de los hechos están recopiladas en M. Dodgeon y F. Lieu, *The Roman Eastern Frontier and the Persian Wars, AD 226-363* (1991), pp. 128-130.
- <sup>12</sup> Véase Williams (1985), pp. 148; recomiendo encarecidamente a todos los visitantes de Roma la obra de A. Claridge, *Rome: Oxford Archaeological Guides* (1998), en este caso pp. 70-72.
- <sup>13</sup> Williams (1985), pp. 148-150.
- <sup>14</sup> Sobre los desplazamientos y residencias de los emperadores, véase Barnes (1982), pp. 47-64; sobre el ejército, véase H. Nicasio, *Twilight of Empire: The Roman Army from the Reign of Diocletian until the Battle of Adrianople* (1998), pp. 14-22.
- <sup>15</sup> Véase Garnsey y Humfress (2001), pp. 25-51, y Kelly (2004), *passim*.
- <sup>16</sup> Véase R. MacMullen, *Corruption and the Decline of Rome* (1988), pp. 144- 145, A. Jones, *The Later Roman Empire, 284-602* (1964), esp. 366-410, Potter (2004), pp. 370-377, y en general C. Kelly, *Ruling the Later Roman Empire* (2004); sobre el papel del prefecto del pretorio, véase L. Howe, *The Praetorian Prefect from Commodus to Diocletian, AD 180-305* (1942), esp. 60-64; «[...] moscas sobre las ovejas», véase Libanio, *Oraciones* 19. 130.
- <sup>17</sup> Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores* 7. 4.
- <sup>18</sup> Sobre el papel de los gobernadores, véase Corcoran (1996), pp. 234-253., sobre la nueva administración en general, véase Williams (1985), pp. 102-114.
- <sup>19</sup> Encontramos un análisis detallado de la creación de la diócesis y las provincias en Barnes (1982), pp. 195-225.
- <sup>20</sup> Véase W. Treadgold, *Byzantium and its Army, 284-1081* (1995), pp. 9-21, 87-93.
- <sup>21</sup> Véase Kelly (2004) y Jones (1964), pp. 366-410, 563-606.
- <sup>22</sup> Jones (1964), pp. 411-469, M. Corbier, *CAH<sup>2</sup> XII* (2005), pp.360-386.
- <sup>23</sup> Sobre el censo y los impuestos, véase Williams (1985), pp. 126-139, Barnes (1982), pp. 226-237.
- <sup>24</sup> Jones (1964), pp. 60-68,
- <sup>25</sup> Jones (1964), pp. 438-442.
- <sup>26</sup> Sobre el edicto en torno a los precios, véase Bowman en *CAH<sup>2</sup> XII* (2005), pp. 83-4, 177-178, y Corcoran (1996), pp. 205-233. Encontramos una traducción de un texto reconstruido a partir de varias inscripciones en R. Rees, *Diocletian and the Tetrarchy* (2004), pp. 139-146.



<sup>27</sup> Encontramos el prólogo al edicto sobre los precios en Corcoran (1996), pp. 207-208 incl. citas; sobre las leyes y tribunales, Jones (1964), pp. 470-522 y MacMullen (1988), pp. 87-93; Código Justiniano 9. 20. 7 es una ley por la que Diocleciano ordena la ejecución sumaria de los secuestradores de esclavos «para que su castigo sirva de ejemplo disuasorio para el resto».

<sup>28</sup> Potter (2004), 294-298.

<sup>29</sup> Williams (1985), pp. 140-150, y Garnsey y Humfress (2001), pp. 25-51.

<sup>30</sup> Sobre las fortificaciones, véase J. Lander, *Roman Stone Fortifications: Variation and Change from the First Century to the Fourth Century AD*. BAR International Series 206 (1984), esp. pp. 151-262, S. Johnson, *Late Roman Fortifications* (1983); encontramos una comparación entre las políticas fronterizas de Diocleciano y Constantino en Zósimo 2. 34. 1.

<sup>31</sup> Véase Bowman en *CAFI*<sup>2</sup> XII (2005), pp. 81-83, Dodgeon y Lieu (1991), pp. 124-139, y Williams (1985), pp. 79-81, 84-86.

## IX. Los cristianos

<sup>1</sup> Eusebio, *Historia eclesiástica* 9.9.2

<sup>2</sup> Zósimo 2. 53. *Nueva Historia*.

<sup>3</sup> Encontramos el relato completo en Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores* 18-20, pero véase también Anónimo, *De Caesaribus* 39-40, Aurelio Víctor, *De Caesaribus* 39, Eusebio, *Historia eclesiástica* 8. 13. 10-11; encontramos una descripción más completa en C. Odahl, *Constantine and the Christian Empire* (2004), pp. 71-74.

<sup>4</sup> Encontramos un análisis de la abdicación en C. Grant, *The Emperor Constantine* (1993), pp. 20-23, S. Corcoran, «Before Constantine», en N. Lenski (ed.), *The Cambridge Companion to the Age of Constantine* (2006), pp. 35-58, esp. p. 53-54, N. Lenski, «The reign of Constantine», también en Lenski (2006), pp. 59-90, esp. 60-61, A. Bowman en *CAH*<sup>2</sup> XII (2005), pp. 87-88 y D. Potter, *The Roman Empire at Bay, AD 180-395* (2004), pp. 340-342.

<sup>5</sup> Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores* 24-25, Eusebio, *Vida de Constantino* 1.20-21, Aurelio Víctor, *De Caesaribus* 40, Zósimo 2.8; con Odahl (2004), pp. 72-78, Grant (1993), pp. 22-23, Lenski (2006), p. 61.

<sup>6</sup> Zósimo 2. 9, Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores* 23-27, Aurelio Víctor, *De Caesaribus* 41, Eutropio, *Breviarum* 10, con Potter (2004), pp. 346-348, Odahl (2004), pp. 86-88, Lenski (2006), pp. 63-64.

<sup>7</sup> Sobre la cuestión de si Constantino era hijo legítimo, véase B. Leadbetter, «The Illegitimacy of Constantine and the Birth of the Tetrarchy», en S. Lieu y D. Montserrat (ed.), *Constantine: History, Historiography and Legend* (1998), pp. 74-85, J. Drijvers, *Helena Augusta; the Mother of Constantine*

the Great and the Legend of the Finding of the True Cross (1992), pp. 14-19, T. Barnes, *The New Empire of Diocletian* (1982), p. 36, y Odahl (2004), pp. 16-17.

<sup>8</sup> Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores* 29, Zósimo 2. 10, Aurelio Víctor, *De Caesaribus* 39-40, Eutropio, *Breviarum* 10. 4; A. Cameron, en *CAH<sup>2</sup> XII* (2005), pp. 91-92, Odahl (2004), pp. 80-86, 90-92, Grant (1993), pp. 25-26, T. Barnes, *Constantine and Eusebias* (1981), pp. 32-33, Potter (2004), pp. 347-351.

<sup>9</sup> Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores* 32, 42, y S. Williams, *Diocletian and the Roman Recovery* (1985), pp. 199-200.

<sup>10</sup> Eusebio, *Historia eclesiástica* 8. 14, 9. 9, y *Vida de Constantino* 1.38, Zósimo 2. 15-17, Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores* 44, Aurelio Víctor, *De Caesaribus* 40; véase también Odahl (2004), pp. 98-108, Potter (2004), pp. 356-359, 363, Lenski (2006), pp. 68-70, y Grant (1993), pp. 33-40.

<sup>11</sup> Encontramos descripciones más detalladas de esos años en Grant (1993), pp. 40-50, Odahl (2004), pp. 119-120, 162-165, 170-182, Lenski (2006), pp. 73-77, A. Jones, *The Later Roman Empire*, 284-602 (1964), pp.

77-83, y Potter (2004), pp. 364-368, 377-380.

<sup>12</sup> Véase Lenski (2006), p. 66, con referencias a oraciones específicas e inscripciones.

<sup>13</sup> Sobre la Iglesia de Nicomedia, véase Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores* 12; sobre Porfirio hay un útil estudio en Potter (2004), pp. 323-332 y encontramos un análisis más detallado en R. Berchman, *Poifirio de Tiro. Contra los cristianos: recopilación de fragmentos* (2006).

<sup>14</sup> Sobre la persecución, véase Eusebio, *Historia eclesiástica* 8. 1-14, Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores* 10-16; véase también Potter (2004), pp. 337-340, G. Clarke, «The Great Persecution», en *CAH<sup>2</sup> XII* (2005), pp. 647-665, Jones (1964), pp. 71-76.

<sup>15</sup> Véase Clarke en *CAH<sup>2</sup> XII* (2005), pp. 647-648, que incluye esta cita; véase también Potter (2004), pp. 302-314.

<sup>16</sup> Cita de Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores* 34 (traducción de J. Creed citada en *CAH<sup>2</sup> XII* (2005), p. 656-657), y Eusebio, *Historia eclesiástica* 8. 17 que facilita una versión en griego del decreto de Galerio, y 9. 7 la respuesta de Maximino Daza.

<sup>17</sup> Encontramos estudios sobre las creencias religiosas de Constancio y Constantino en Odahl (2004), pp. 55, 63-67, 85-86, 94-95, Lenski (2006), pp. 66-68, y Grant (1993), pp. 134-140; encontramos un análisis más detallado de su conversión en P. Weiss, «The Vision of Constantine» *Journal of Roman Archaeology* 16 (2003), pp. 237-259, y J. Bremmer, «The Vision of Constantine», en A. Lardinois et al. (eds.), *Land of Dreams. Greek y Latin Studies in Honour of A.H.M. Kessels* (2006), pp. 57-79.

<sup>18</sup> Véase R. Tornlin, «Christianity and the Roman Army» en S. Lieu y D. Montserrat (eds.), *Constantine. History, Historiography and Legend* (1998), pp. 21-51, esp. 25-27 y R. Lane Fox, *Pagans*

and Christians (1988), pp. 613-616.

<sup>19</sup> Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores* 44, Eusebio, *Vida de Constantino* 1. 28-29, con un análisis en H. Drake, «The Impact of Constantine on Christianity», en Lenski (ed.) (2006), pp. 111-136, esp. 113-115, Odahl (2004), pp. 105-108, y Potter (2004), pp. 358-360.

<sup>20</sup> La importancia de las percepciones del poder de una deidad en la conversión son analizadas en profundidad en R. MacMullen, *Christianizing the Roman Empire AD 100-400* (1984); sobre la política de Maximino Daza, véase «S. Mitchell, Maximinus and the Christians in AD 312: A New Inscription», *JRS*

78 (1988), pp. 105-124.

<sup>21</sup> K. Hopkins, «Early Christian Number and its Implications», *Journal of Early Christian Studies* 6 (1998), pp. 184-226, y véase también Clarke en *CAH<sup>2</sup> XII* (2005), pp. 589-616, con M. Edwards, «The Beginnings of Christianization», en Lenski (ed.) (2006), pp. 137-158, esp. 137-140 y S. Mitchell, «The Cities of Asia Minor in Constantine's Time», en Lieu y Montserrat (1998), pp. 52-73, esp. 66-67.

<sup>22</sup> Véase C. Lightfoot, «Armenia and its Eastern Marches» en *CAH<sup>2</sup> XII* (2005), pp. 481-497 esp. 486-7, 494-495.

<sup>23</sup> Véase Edwards (2006), esp. 138-142.

<sup>24</sup> Véase Drake (2006), esp. pp. 111-112, 115-116, 131-132, y Edwards (2006), pp. 142-145; sobre cómo el emperador leía las escrituras, véase Eusebio, *Vida de Constantino* 4. 17, véase también Odahl (2004), pp. 137-139.

<sup>25</sup> Véase M. Johnson, «Architecture of Empire», en Lenski (2006), pp. 278-297, esp. 282-288 y 292-295, Grant (1993), pp. 189-207

Mitchell (1998), pp. 66-68; Odahl (2004), pp. 110-112 y Johnson (2006), p. 280.

Sobre el Arco véase Odahl (2004), pp. 141-144, Johnson (2006), p. 281, Potter (2004), pp. 360-362, S. Mitchell, *A History of the Later Roman Empire AD 284-641* (2007), pp. 158-163.

Johnson (2006), pp. 291-292, Grant (1993), pp. 116-122, Odahl (2004), pp. 221-223, 232-244, y Potter (2004), pp. 383-386.

Libanio, *Oraciones* 30.6; encontramos un buen análisis del tema en A. Lee, «Traditional Religions» en Lenski (2006), pp. 159-179, esp. pp. 174-175.

Sobre el sacrificio, véase Lee (2006), pp. 173-174, esp. n. 69; sobre otras leyes, véase A. Cameron, «The Reign of Constantine» en *CAH<sup>2</sup> XII* (2005), pp. 95-97, Jones (1964), p. 92, y Mitchell (2007), pp. 68-69.

Jones (1964), pp. 92-93, y Odahl (2004), p. 250.

Drake (2006), pp. 116-121, Odahl (2004), pp. 129-141, Grant (1993), pp. 164-167, y Potter (2004), pp.

402-410.

Drake (2006), pp. 123-125, Potter (2004), pp. 410-420, Odahl (2004), pp. 190-199, Jones (1964), pp. 86-89.

Jones (1964), pp. 90-92, 93-97, Lane Fox (1988), pp. 609-662.

Encontramos un análisis de esos aspectos en C. Kelly, «Bureaucracy and Government», en Lenski (2006), pp. 183-204, y H. Elton, «Warfare and the Military», en Lenski (2006), pp. 325-346.

Grant (1993), pp. 110-115, Odahl (2004), pp. 204-208, Lenski (2006), pp. 78-79, Potter (2004), pp. 380-382.

Drijvers (1992), pp. 55-72.

Sobre las guerras con los godos, véase M. Kulikowski, *Rome's Gothic Wars* (2007), pp. 80-86; sobre echar a los reyes francos a las fieras, véase Pan. Lat. 7(6). 4.2,6(7). 10.2-11.6, 4(10). 16. 5-6, Eutropio, *Breviarum* 10.3.2.

<sup>39</sup> Sobre las fuentes que mencionan las relaciones de Constantino con Persia, véase M. Dodgeon y S. Lieu, *The Roman Eastern Frontier and the Persian Wars AD 226-363* (1991), pp. 145-163. La cita ha sido tomada del extracto de la obra de Eusebio, *Vida de Constantino* 4. 8-13, en pp. 150-152; véase también T. Barnes, «Constantine and the Christians of Persia», *JRS* 75 (1985), pp. 126-136.

<sup>40</sup> Odahl (2004), pp. 274-275, Grant (1993), 211-214.

## X. Rivales

<sup>1</sup> Zósimo 2. 39.

<sup>2</sup> Juliano, *Carta a los atenienses* 270c-271b.

<sup>3</sup> Véase R. Burgess, «The Summer of Blood: The "Great Massacre" of 337 and the Promotion of the Sons of Constantine», *Dumbarton Oaks Papers*, 61 (edición en preparación, 2007).

<sup>4</sup> Las principales fuentes sobre la muerte de Constantino incluyendo a Zósimo 2. 39-40, Aurelio Víctor, *De Caesaribus* 41, que afirma que el ejército se negó a aceptar a nadie aparte de a los hijos de Constantino;

encontramos descripciones y análisis más completos en R. Frakes, «The Dynasty of Constantine down to 363», en N. Lenski (ed.), *The Cambridge Companion to the age of Constantine* (2006), pp. 91-107, esp. 94-99, D. Potter, *The Roman Empire at Bay, AD 180-395* (2004), pp. 459-462, D. Hunt, «The Successors of Constantine», en *CAH<sup>2</sup> XIII* (1998), pp. 1-5, y A. Jones, *The Later Roman Empire 284-603*. Vol. 1 (1964), p. 112.

<sup>5</sup> Constante sólo tenía a un oficial con él cuando fue capturado, véase Amiano Marcelino 15. 5. 16.

<sup>6</sup> En general, véase Frakes (2006), pp. 100-101, Potter (2004), pp. 471-474, Hunt en CAH<sup>2</sup> XIII (1998), pp. 10-11, 14-22, Jones (1964), pp. 112-113; véase Aurelio Víctor, De Caesaribus 42 y Amiano Marcelino 15. 5. 33 sobre la deserción de Silvano.

<sup>7</sup> Cita de Amiano Marcelino 15. 1. 2; sobre la carrera de Galo, véase Frakes (2006), pp. 101-102, Potter (2004), pp. 474-476, Hunt en CAH<sup>2</sup> XIII (1998), pp. 24-25, y G. Bowersock Julian the Apostate (1978), pp. 21-47; Amiano proporciona la descripción más detallada, 14. 1, 7, 9, 11, 15. 1.

<sup>8</sup> Encontramos opiniones dispares sobre Amiano como fuente en J. Matthews, The Roman Empire of Ammianus (1989), T. Barnes, Ammianus and the Representation of Historical Reality (1998), y en J. Drijvers y

D. Hunt (eds.), The Late Roman World and its Historian (1999); sobre los aspectos militares de su trabajo, véase N. Austin, Ammianus on Warfare: An Investigation into Ammianus' military knowledge. Collection Latomus 165 (1979). Sobre su carrera, véase Barnes (1998), pp. 54-64.

<sup>9</sup> Encontramos un análisis de Galo en Barnes (1998), pp. 129-142.

<sup>10</sup> Véase en especial Amiano Marcelino 14.1.4-8, 5.1-9, 15. 3. 1-11; la primera mención de «Paulo cadenas» se encuentra en 14. 5. 6-9; el Conde de los Sueños se menciona en 15. 3. 5.

<sup>11</sup> Sobre Ursicino, véase Amiano Marcelino 15. 2. 1-6; sobre la administración en general, véase C. Kelly, Ruling the Later Roman Empire (2004), y la útil revisión que hace del tema G. Greatrex en Phoenix 60 (2006), pp. 178-181.

<sup>12</sup> Sobre el padre de Silvano, véase AM 15. 5. 33; encontramos un análisis específico sobre el número de alamanes al servicio de los romanos en J. Drinkwater, The Alamanni and Rome 213-496 (2007), pp. 145-159.

<sup>13</sup> Amiano Marcelino 15. 6. 3.

<sup>14</sup> Cita de Amiano 15. 5. 23.

### **<sup>15</sup> AM 15.5. 31-32.**

<sup>16</sup> Encontramos el relato completo en Amiano Marcelino 15. 5. 1-6. 4; sobre las acusaciones contra Ursicino, véase 15.5.36; encontramos un análisis al respecto en D. Hunt, «The outsider inside: Ammianus on the rebellion of Silvanus», en Drijvers y Hunt (1999), pp. 51-63 y Matthews (1989), pp. 36-38, 81-83.

<sup>17</sup> Sobre los veintiocho días de reinado de San Jerónimo, Chron. s.a. 354, Aurelio Víctor, De Caesaribus 42. 16, y Juliano, Oración 2. 99, donde dice que duró menos de un mes.

<sup>18</sup> Amiano Marcelino 16. 10.6-7, 9-10.

## XI. Enemigos

<sup>1</sup> Claudio Mamertino, *Latin Panegyric XI* (3). 3.

<sup>2</sup> M. Goodman, *The Roman World 44 BC – AD 180* (1997), pp. 81-84, afirma que Augusto mantenía un ejército permanente ante todo para defenderse de los rivales internos. Sin duda era un factor importante, pero no explica por qué el ejército tenía que ser tan grande.

<sup>3</sup> Sobre el origen y significado del término, véase B. Isaac, «The Meaning of the Terms *Limes* and *Limitanei*», *JRS* 78 (1988), pp. 125-147; sobre las razias, véase H. Elton, *Warfare in Roman Europe AD 350-425* (1996), p. 206.

<sup>4</sup> Zósimo 2. 33 afirma que fue Constantino quien creó el rango de *magister militum*.

<sup>5</sup> Sobre el ejército en general, véase Elton (1996), esp. 89-117, M. Nicasie, *Twilight of Empire: The Roman Army from the Reign of Diocletian until the Battle of Adrianople* (1998), K. Dixon y P. Southern, *The Late Roman Army* (1996), Y. Le Bohec, *L'armée romaine sous le Bas-Empire* (2006), A. Lee, «The Army» en *CAH<sup>2</sup> XIII* (1998), pp. 213-237, A. Jones, *The Later Roman Empire 284-603*. Vol. 1 (1964), pp. 607-686, y D. Potter, *The Roman Empire at Bay. AD 180-395* (2004), pp. 448-459.

<sup>6</sup> Encontramos un análisis del tamaño del ejército en R. MacMullen, «How big was the Roman Imperial Army», *Klio* 62 (1980), pp. 451-460, Jones (1964), pp. 679-685, y W Treadgold, *Byzantium and its Army*, 284-1081 (1995), pp. 43-59.

<sup>7</sup> Encontramos un análisis del papiro en R. Duncan-Jones, «Pay and Numbers in Diocletian's Army», *Chiron* 8 (1978), pp. 541-560, y en general T. Coello, *Unit Sizes in the Late Roman Army*. *British Archaeological Review Series* 645 (1996); sobre XIII Gemina, véase *Notitia Dignitatnm* Or. 42. 34-38, 28. 15, 8. 6, y un análisis al respecto en J. Casey, «The Legions in the Later Roman Empire», en R. Brewer (ed.), *The Second Augustan Legion and the Roman Military Machine* (2002), pp. 165-176.

<sup>8</sup> Véase Elton (1996), pp. 89-90, Coello (1006), pp. 59-64; Amiano Marcelino 31. 10. 12 menciona destacamentos de quinientos hombres aparentemente tomados de cada legión, lo que indicaría que esas unidades eran más numerosas.

<sup>9</sup> Potter (2004), pp. 456-457, es uno de los pocos estudiosos que sugiere con cautela que tal vez el ejército fuera más pequeño en el siglo IV.

<sup>10</sup> Jones (1964), pp. 614-623, Elton (1996), pp. 128-154, Potter (2004), pp. 457-459, 687 fn. 74 sobre referencias a las leyes que trataban de la automutilación; Amiano Marcelino 15. 12. 3 afirma que era especialmente habitual en Italia; sobre el *équite* durante el reinado de Augusto, véase Suetonio, *Augustus* 24.

1; sobre el deseo de servir entre los *limitanei*, véase R. Tomlin, «Christianity and the Roman Army», en S. Lieu y D. Montserrat (eds.), *Constantine. History, Historiography and Legend* (1998), pp. 21-51, esp. pp. 22-24.

- <sup>11</sup> Elton (1996), p. 101, Jones (1964), pp. 633-634.
- <sup>12</sup> Encontramos el desarrollo más completo de esta opinión en E. Luttwak, *La gran estrategia del Imperio romano*; encontramos opiniones críticas entre otros en D. Whittaker, *Frontiers of the Roman Empire: A Social and Economic Study* (1994), pp. 206-209, que es especialmente crítico respecto a la idea de «defensa en profundidad»; sobre el ejército en general, véase Y. Le Bohec, *L'armée Romaine sous le Bas-Empire* (2006), esp. pp. 16-37, 97-107.
- <sup>13</sup> Zósimo 2. 34 (trad. J. Buchanan y H. Davies, *Zosimus: Historia Nova: the Decline of Rome* [1967], p. 76); sobre la tendencia al amotinamiento de los ejércitos que quedaban ociosos en grandes campamentos, véase Tácito, *Anales* 1. 16-17, 20-21.
- <sup>14</sup> El tema se explora de forma exhaustiva en E. Wheeler, «The Laxity of the Syrian Legions» en D. Kennedy (ed.), *The Roman Army in the East*. *JRA Supp. Ser.* 18 (1996), pp. 229-276.
- <sup>15</sup> Véase Elton (1996), pp. 107-117, 250-263, M. Bishop y J. Coulston, *Roman Military Equipment from the Punic Wars to the Fall of Rome* (2ª ed., 2006), pp. 199-232, I. Stephenson, *Romano-Byzantine Infantry Equipment* (2006) y I. Stephenson y K. Dixon, *Roman Cavalry Equipment* (2003).
- <sup>16</sup> Sobre los comitatenses y su despliegue, véase Elton (1996), pp. 89-99, 199-233.
- <sup>17</sup> Amiano Marcelino 15. 8. 1-22; los soldados muestran su aprobación 15. 8. 15; sobre la actitud de nuestras fuentes respecto a Juliano, véase G. Bowersock, *Julian the Apostate* (1978), pp. 1-11, T. Barnes, *Amiano Marcelino and the Representation of Historical reality* (1998), pp. 143-165, y las fuentes recopiladas y comentadas en S. Tougher, *Julian the Apostate* (2007); sobre el ascenso de Juliano a César, véase J. Matthews, *The Roman Empire of Ammianus* (1989), pp. 81-90.
- <sup>18</sup> En general, véase Elton (1996), pp. 15-88, J. Drinkwater, *The Alamanni and Rome 213-496 (Caracalla to Clodoveo)* (2007), *passim*, T. Burns, *Rome and the Barbarians 100 BC-AD 400* (2003), pp. 309-362, H. Wolfram (trad. T. Dunlap), *The Roman Empire and its Germanic Peoples* (1997), pp. 51-101; 45; sobre pueblos conquistados, véase Juliano, *Carta a los atenienses* 278d-279b; sobre la recuperación de los cautivos romanos, véase Amiano Marcelino 17. 10. 7-8, 18. 2. 19, Zósimo 3.3.4-7.
- <sup>19</sup> Sobre el comercio en hierro y piedra del este del Rin, véase Drinkwater (2007), pp. 133-134; sobre el uso de los bárbaros por parte de Magnencio, véase Drinkwater (2007), pp. 201-205.
- <sup>20</sup> Juliano, *Carta a los atenienses* 123d-124d sobre su lectura de los *Comentarios* de César; sobre su vida anterior, véase Bowersock (1978), pp. 12-32.
- <sup>21</sup> Sobre la campaña en general, véase el análisis de Drinkwater (2007), pp. 219-224, y Barnes (1998), pp. 151-155; en el caso de los *ballistarii* es posible que la unidad consistiera en artilleros en una fecha anterior, pero que en aquel momento fueran sencillamente meros soldados de infantería. Al final, simplemente, no lo sabemos.
- <sup>22</sup> Sobre la campaña, véase Amiano Marcelino 16. 2. 1-3. 3; sobre el retraso a la hora de que les abrieran las puertas de Troyes, véase 16. 2. 7.

<sup>23</sup> Amiano Marcelino 16.4.1-5,7.1-3.

<sup>24</sup> Sobre la campaña y la batalla, véase Amiano Marcelino 16. 11. 1-12. 66, con Drinkwater (2007), pp. 224-242, Bowersock (1978), pp. 40-42, Barnes (1998), p. 152, y A. Goldsworthy, *Grandes generales del ejército romano. Campañas, estrategias y tácticas* (2005); sobre la mala conducta de la caballería romana, véase Zósimo 3.3.

<sup>25</sup> Amiano Marcelino 17. 1. 1-14; sobre las relaciones fronterizas en general en ese periodo, véase A. Lee, *Information and Frontiers: Roman Foreign Relations in Late Antiquity* (1993).

<sup>26</sup> Amiano Marcelino 17.2. 1-4.

<sup>27</sup> Sobre el resto de operaciones en la Galia, véase el análisis de Drinkwater (2007), pp. 242-265; sobre los impuestos, véase Amiano Marcelino 17. 3. 1-6.

<sup>28</sup> Amiano Marcelino 17. 11. 1-5, 18. 1. 1-4, 20. 4. 1-5. 10, con Bowersock (1978), pp. 46-54.

<sup>29</sup> Encontramos una narración más detallada en Potter (2004), pp. 505-508, Bowersock (1978), pp. 55-65, y Hunt en *CAFP XIII* (1998), pp. 56-60; sobre el envío del comensal a Britania y su subsiguiente arresto, véase Amiano Marcelino 20. 1. 1-3, 9.9.

<sup>30</sup> Amiano Marcelino 28.5. 1-7.

<sup>31</sup> Cita de Amiano Marcelino 27. 2. 11; sobre cómo los saqueadores se teñían el pelo, véase Amiano Marcelino 27. 2. 1-3.

## XII. El pagano

<sup>1</sup> Juliano, *Carta a los atenienses* 280d, 281b-c.

<sup>2</sup> Amiano Marcelino 22. 3. 1-12; véase también N. Lenski, *The Failure of Empire: Valens and the Roman State in the Fourth Century AD* (2002), p. 104.

<sup>3</sup> Sobre las creencias de Juliano, véanse los diversos análisis de G. Bowersock, *Julian the Apostate* (1978), pp. 12-20, 61-65, D. Potter, *The Roman Empire at Bay, AD 180-395* (2004), pp. 496-499, 508-509, y G. Fowden, «Julian, Philosopher and Reformer of Polytheism» en *CAFi<sup>2</sup> XIII* (1998), pp. 543-548; A. Murdoch, *The Last Pagan: Julian the Apostate and the Death of the Ancient World* (2003), es un estudio reciente muy accesible sobre la vida de Juliano, y véanse pp. 9-37 sobre los primeros años de su vida y sus creencias.

<sup>4</sup> Juliano, *Al rey Helios* 130b-c, 132c.

<sup>5</sup> Amiano Marcelino 22. 4. 1-10, 7. 5-8; sobre Máximo de Éfeso, véase Amiano Marcelino 22.7.3-4.

<sup>6</sup> Sobre este periodo, véanse las fuentes de M. Dodgeon y S. Lieu, *The Roman Eastern Frontier and the Persian Wars AD 226-363* (1991), pp. 143-210.



- <sup>7</sup> Amiano Marcelino 16. 9. 1-4, 17. 5. 1-15, con J. Matthews, *The Roman Empire of Ammianus* (1989), pp. 39-47, y Dodgeon y Lieu (1991), pp. 211-212.
- <sup>8</sup> Sobre la campaña y el asedio, véase Amiano Marcelino 18.4. 1-19. 9. 9.
- <sup>9</sup> Amiano Marcelino 19. 9. 9 afirma que Sapor perdió treinta mil hombres durante el asedio de Amida; sobre el rastro de prisioneros con el tendón de la pierna cortado, véase Amiano Marcelino 19. 6. 2, con A. Lee, *War in Late Antiquity: A Social History* (2007), pp. 135-138; sobre la toma de Singara y Bezabde, véase Amiano Marcelino 20. 6. 1-7. 18.
- <sup>10</sup> Amiano Marcelino 20. 11. 1-25, 31-32.
- <sup>11</sup> Sobre la guerra, véase Amiano Marcelino 22. 12. 1-4, con Matthews (1989), pp. 134-140, Potter (2004), pp. 514-520, y D. Hunt en *CAH<sup>2</sup> XIII* (1998), pp. 73-77.
- <sup>12</sup> Sobre la caída del forraje apilado, véase Amiano Marcelino 23. 2. 8; sobre los sacrificios, véase Amiano Marcelino 22. 12. 1-3, 6-7; sobre Antioquía, véase Amiano Marcelino 22. 9. 1-10. 7; sobre el tamaño del ejército, véase Amiano Marcelino 23. 3. 5, 24. 7. 4, 25. 7. 2, y Zósimo 3. 13 y el análisis de Matthews (1989), pp. 166-169.
- <sup>13</sup> Véase Amiano Marcelino 24. 2. 15-17; véase también el análisis del tema en J. Lendon, *Soldados y fantasmas. Historia de las guerras en Grecia y Roma* (2006).
- Véase Amiano Marcelino 24. 4. 1-5; encontramos las historias sobre Africano y Alejandro en Polibio 10. 18. 1-19. 7, Libio 26. 49. 11-50. 14, y Plutarco, Alejandro 21.
- Sobre la campaña en general, véase Dodgeon y Lieu (1991), las pp. 231- 274 examinan las fuentes.
- Sobre la campaña persa, véase Matthews (1989), pp. 130-179; sobre la muerte de Juliano, véase Amiano Marcelino 25. 3. 1-23, con Potter (2004), p. 518 y Lenski (2002), p. 14 respecto a la fecha.
- <sup>17</sup> Véase Amiano Marcelino 25. 5. 1-8; sobre el nombramiento de Joviano, véase Matthews (1989), pp. 180-184, Lenski (2002), pp. 14-20.
- <sup>18</sup> Amiano Marcelino 25. 7. 1-14, 9. 1-13 y Lenski (2002), pp. 160-161; Amiano y las fuentes sobre el tratado están reunidos en G. Greatrex y S. Lieu, *The Roman Eastern Frontier and the Persian Wars. Part 2 AD 363-630* (2002), pp. 1-9.
- <sup>19</sup> Véase Lenski (2002), pp. 214-217; sobre Jerusalén, véase Amiano Marcelino 23. 1. 1-3.
- <sup>20</sup> Juliano, Los césares 336a-b.
- <sup>21</sup> Amiano Marcelino 22. 10. 7, con Bowersock (1978), pp. 70-71, 79-93, Potter (2004), pp. 508-514 y Fowden en *CAFF XIII* (1998), pp. 543-548.
- <sup>22</sup> Véase H. Chadwick, «Orthodoxy and Heresy from the Death of Constantine to the Eve of the First

Council of Ephesus» en CAH<sup>2</sup> XIII (1998), pp. 561-600 sobre la Iglesia en general; véase también, sobre la dramática carrera de un obispo especialmente polémico de Alejandría, la obra de T. Barnes, *Athanasius and Constantius: Theology and Politics in the Constantinian Empire* (1993); sobre el monacato, véase P. Brown, «The Rise and Function of the Holy Man in Late Antiquity», *JRS* 61 (1971), pp. 801-101, y «Asceticism: Pagan and Christian» en CAH<sup>2</sup> XIII (1998), pp. 601-631, y «Christianization and Religious Conflict» en CAH<sup>2</sup>

XIII (1998), pp. 632-664, esp. 639, que analiza los orígenes de la palabra pagano.

<sup>23</sup> Amiano Marcelino 25. 11. 1-13. 1, con Lenski (2002), pp. 20-22.

<sup>24</sup> Amiano Marcelino 26.4. 1, con Lenski (2002), pp. 14-45.

<sup>25</sup> Sobre las fuentes de fricción entre Roma y Persia, véase Greatrex y Lieu (2002), pp. 10-16.

<sup>26</sup> Amiano Marcelino 26. 5. 13; sobre la rebelión en general, véase el análisis de Lenski (2002), pp. 68-115, y Matthews (1989), pp. 193-203.

<sup>27</sup> Lenski (2002), pp. 104-109.

<sup>28</sup> Véase C. Kelly, *Riding the Later Roman Empire* (2004), esp. pp. 20-34.

<sup>29</sup> Amiano Marcelino 28.5. 1-7.

<sup>30</sup> Véase Kelly (2004), pp. 36-44, 64-104, y 107, 138-143 sobre la inscripción de Timgad; encontramos una opinión especialmente crítica de la administración de este periodo en R. MacMullen, *Corruption and the Decline of Rome* (1988), pp. 137-170.

<sup>31</sup> Kelly (2004), p. 207, MacMullen (1988), pp. 149-150, y A. Jones, *The Later Roman Empire: 284-602. Volume 1* (1964), pp. 126-130, 396-401.

<sup>32</sup> Amiano Marcelino 28.6. 1-30.

<sup>33</sup> A. Sherwin-White, *The Letters of Pliny: A Historical and Social Commentary* (1966), pp. 80-82, 525-528.

<sup>34</sup> Por ejemplo el análisis de P. Heather, *La caída del Imperio romano* (2008), que lo considera un resultado general de las malas comunicaciones del mundo antiguo en vez de un reflejo de la administración del siglo IV.

### XIII. Los godos

<sup>1</sup> Amiano Marcelino 31. 13. 10-12.

<sup>2</sup> Amiano Marcelino 30. 6. 1-6.

<sup>3</sup> Sobre el dominio ejercido por los oficiales y burócratas de más rango, véase D. Potter, *The Roman*

Empire al Bay AD 180-395 (2004), pp. 533-546.

<sup>4</sup> N. Lenski, *The Failure of Empire: Valens and the Roman State in the Fourth Century AD* (2002), pp. 14-45, y esp. 56-67.

<sup>5</sup> Véase P. Heather, *Goths and Romans 332-489* (1991), pp. 12-18, 84-121, y *The Goths* (1996), pp. 51-93, H. Wolfram (trad. T. Dunlap), *The Roman Empire and its Germanic Peoples* (1997), pp. 69-72, M. Kulikowski, *Rome's Gothic Wars* (2007), pp. 43-70, y T. Burns, *Barbarians Within the Gates of Rome: A study of Roman Military Policy and the Barbarians, ca. 375-425 A.D.* (1994), esp. pp. 303-304, n. 117.

<sup>6</sup> Amiano Marcelino 31. 3. 8-4. 4; sobre el apoyo a Procopio, véase Amiano Marcelino 26. 10. 3, con Heather (1991), pp. 101-102, 109, 116, y Kulikowski (2007), pp. 112-118.

<sup>7</sup> Amiano Marcelino 27. 5. 7-10, cf 30. 3. 4-6.

<sup>8</sup> Heather (1991), pp. 118-121, Kulikowski (2007), p. 117, Burns (1994), pp. 15-19, Wolfram (197), pp. 64-65.

<sup>9</sup> Amiano Marcelino 31. 2. 1-12; la cita ha sido sacada de 10-11, así como P. Heather, *La caída del Imperio romano* (2008), (1996), pp. 97-104.

<sup>10</sup> Amiano Marcelino 31. 3. 1-8, con Heather (1994), pp. 98-102, y Kulikowski (2007), pp. 124-128; véase el empleo de los hunos por parte de los godos en 31.3.3.

<sup>11</sup> Véanse los breves comentarios de S. Mitchell, *A History of the Later Roman Empire AD 284-641* (2007), p. 81-84.

<sup>12</sup> Amiano Marcelino 31. 4. 6, Eunapio, fragmento 42 proporciona la cifra de 200.000; encontramos un análisis al respecto aquí y Heather (1991), p. 139, Kulikowski, p. 130-131, y H. Delbruck (trad. J. Renfro), *The Barbarians Invasions* (1980), pp. 275-276; comparémoslo con las cifras que proporciona Julio César, que afirma que, de los 368.000 helvecios que emigraron, unos 92.000 eran hombres adultos capaces de llevar armas, *Bellum Gallicum* 1.29.

<sup>13</sup> Amiano Marcelino 31.4.1-9, 12-13, con Heather (1991), pp. 128-135, y (2005), pp. 158-163, que afirma que los romanos no tuvieron más alternativa que dejar entrar a los tervingos debido a la actual disputa con Persia; véase también Kulikowski (2007), pp. 128-130, Lenski (2002), pp. 325-328, 345-347 y

Wolfram (1997), pp. 81-82, G. Halsall, *Barbarian Migrations and the Roman West 376-568* (2007), pp. 165-176.

<sup>14</sup> ILS 986 véase Campbell (1984), pp. 360-361, y sobre casos anteriores del asentamiento de grupos externos, véase S. Dyson, *The Creation of the Roman Frontier* (1985), esp. pp. 105-108, 172-173, 205-6.

<sup>15</sup> Sobre César, véase el análisis de la campaña en A. Goldsworthy, *César: la biografía definitiva*

(2007), pp. 212-223, 256-271; sobre la naturaleza de las rendiciones, véase Heather (1991), pp. 109-113, Burns (1994), pp. 12-13, 86, y *Rome and the Barbarians 100 BC-AD 400* (2003), pp. 245-247, y Wolfram (1997), pp. 56-57.

<sup>16</sup> Zósimo 4. 20. 6 afirma que los oficiales romanos no desarmaron a los godos; véase el análisis de Burns (1994), p. 24, y Kulikowski (2007), p. 130.

<sup>17</sup> Amiano Marcelino 31.4. 11, 5. 1-2; véase Heather (1991), pp. 140-142, y Kulikowski (2007), pp. 130-131, que sugieren que es posible que la escasez de alimento que sufrían los godos fuera deliberada y buscara mantenerlos bajo control. No tenemos pruebas al respecto y habría sido un plan extremadamente peligroso; véase también Lenski (2002), pp. 348-355; sobre los preparativos de las campañas imperiales, véase H. Elton, *Warfare in Roman Europe AD 350-425* (1996), pp. 236-238.

<sup>18</sup> Véase Amiano Marcelino 31. 5. 4-8, con Heather (1991), pp. 140-142, (2008), que afirma que lo más probable es que Valente diera la orden de capturar a los caudillos godos, y también Lenski (2002), pp. 325-328, Kulikowski (2007), pp. 132-133, Burns (1994), p. 26; encontramos otros ejemplos de juego sucio en los banquetes por parte de los romanos en Amiano Marcelino 29.6.5, en el año 374, y en 30. 1. 18-21 alrededor del mismo año.

<sup>19</sup> Amiano Marcelino 31.6.4.

<sup>20</sup> Amiano Marcelino 31. 6. 1-8, 8. 1-10; véase también Lenski (2002), pp. 336-338 sobre las divisiones entre los godos.

<sup>21</sup> Amiano Marcelino 31. 7. 1-16,, 8. 9-10, 11. 1-6; sobre esta fase de la guerra, véase también Heather (1991), pp. 142-146, Kulikowski (2007), pp. 133- 138, Burns (1994), pp. 26-28, y M. Nicasie, *Twilight of Empire: The Roman Army from the Reign of Diocletian until the Battle of Adrianople* (1998), pp. 233-242.

<sup>22</sup> Amiano Marcelino 31. 10. 1-18.

<sup>23</sup> Amiano Marcelino 31. 12. 1-11.

<sup>24</sup> Amiano Marcelino 31. 12. 12-13. 19.

<sup>25</sup> Sobre las cifras y la batalla en general, véase Heather (1991), pp. 146-147, Burns (1994), pp. 29-33, y «The battle of Adrianople: A Reconsideration», *Historia* 22 (1973), pp. 336-345, Kulikowski (2007), pp. 139-143, Nicasie (1998), pp. 241-253, Wolfram (1997), pp. 84-87, Lenski (2002), pp. 339, 354-355, W Treadgold, *Byzantium and its Army 284-1081* (1995), p. 57, A. Jones, *The Later Roman Empire. Vol. 2* (1965), p. 1425, J. Matthews, *The Roman Empire of Ammianus* (1989), pp. 296-301, A. Barbero (trad. Clara Orlandi). *El día de los bárbaros. La batalla de Adrianópolis, 9 de agosto de 378* (2007), y Delbruck (1980), pp. 269-284; véase también Y. Le Bohec, *L'armée romaine sous le Bas-Empire* (2006), y la revisión de G. Greatrex en *Antiquity* 15 (2007); en general, véase también R. Errington, *Roman Imperial Policy from Julian to Theodosius* (2006).

<sup>26</sup> Amiano Marcelino 31. 15. 1-16. 7.

<sup>27</sup> Sobre las masacres, véase Amiano Marcelino 31. 16. 8 con Kulikowski (2007), pp. 145-147; sobre Teodosio, véase S. Williams y G. Friell, *Theodosius. The empire at Bay* (1994), pp. 20-28, Kulikowski (2007), pp. 147-150, y Burns (1994), pp. 43-45; sobre las secuelas de Adrianópolis, véase también N. Lenski, «Initium malí Romano imperio: Contemporary Reactions to the Battle of Adrianople», *Transactions of the American Philological Association* 127 (1997), pp. 129-168.

<sup>28</sup> Williams y Friell (1994), pp. 28-35, Kulikowski (2007), pp. 150-153, y Burns (1994), pp. 45-72.

<sup>29</sup> Vease Heather (1991), pp. 149-181 (2005), pp. 182-189, Wolfram (1997), pp. 87-89, y Burns (1994), pp. 73-91, con una opinión más escéptica en Halsall (2007), pp. 180-185.

<sup>30</sup> El comentario en Nicasie (1998), p. 254, de que «a pesar de la derrota romana, la campaña de Adrianópolis muestra lo excelente que era la estrategia romana» resulta un poco sorprendente, aunque no es inusual en las opiniones recientes sobre la efectividad del ejército y el Imperio del siglo IV. Hace hincapié en el fallo logístico a la hora de abastecer a los godos; véase también Lenski (2002), pp. 355-367, sobre las causas del desastre, que echa buena parte de la culpa a Graciano por haber actuado con lentitud y mostrarse reacio a cooperar; sobre la cuestión de la mano de obra, véase en particular R. MacMullen, *Corruption and the Decline of Rome* (1988), pp. 173-177, 185-186, aunque Elton (1996), pp. 152-154, es más escéptico.

<sup>31</sup> Amiano Marcelino 31. 10. 18-19, Williams y Friell (1994), pp. 36-40, Potter (2004), pp. 549-552, y J. Curran en *CAH<sup>2</sup> XIII* (1998), pp. 104-106.

<sup>32</sup> Sobre el hecho de vivir como «padre e hijo», véase San Ambrosio, *Cartas* 24. 7.

<sup>33</sup> Williams y Friell (1994), pp. 40-3, 61-64, Potter (2004), y Curran en *CAH<sup>2</sup> XIII* (1998), p. 107; la historia de Justina utilizando a su hija para persuadir a Teodosio está en Zósimo 4. 44.

<sup>34</sup> Williams y Friell (1994), pp. 125-137, Curran en *CAH<sup>2</sup> XIII* (1998), pp. 108-110.

<sup>35</sup> Heather (1991), pp. 181-188, Kulikowski (2007), pp. 158-163, y Burns (1994), pp. 92-111.

#### XIV. El este y el oeste

<sup>3</sup> C. Kelly, *Ruling the Later Roman Empire* (2004), pp. 26-36, 186-203.

<sup>4</sup> Sobre las fuentes, véase G. Greatrex y N. Lieu (eds.), *The Roman Eastern Frontier and the Persian Wars. Part HAD 363-630* (2002), pp. 20-30.

<sup>5</sup> Encontramos un útil estudio de las relaciones entre los romanos y los persas en este periodo en B. Isaac en *CAH<sup>2</sup> XIII* (1998), pp. 442-452; sobre la guerra en 421-422, véanse las fuentes recopiladas en Greatrex y Lieu (2002), pp. 36-43.

<sup>6</sup> Encontramos un resumen de su carrera en T. Burns, *Rome and the Barbarians 100 BC- AD 400* (2003), pp. 338-339; también sobre el fenómeno de los hombres que se movían entre el liderazgo

tribal y los puestos de más rango en el ejército romano, véase J. Drinkwater, *The Alamanni and Rome 213-496 (Caracalla to Clodoveo)* (2007), pp. 145-176.

<sup>7</sup> G. Young, *Rome's Eastern trade: International Commerce and Imperial Policy, 31 BC-AD 305* (2001), pp. 86-88, 126-130; véase también Greatrex y Lieu (2002), pp. 33-34.

Economy», *Journal of Roman Studies*, 92 (2002), pp. 1-32, esp. 15-17.

<sup>9</sup> Encontramos un breve estudio del tema de la población rural en P. Heather, *La caída del Imperio romano* (2008), que destaca justificadamente la obra pionera de G. Tchalenko, *Villages antiques de la Syrie du Nord (1953-1958)*; también es muy útil sobre la agricultura de este periodo J. Banaji, *Agrarian Change in Late Antiquity: Gold, Labour, and Aristocratic Dominance* (2001) y C. Whittaker y P. Garnsey en *CAH<sup>2</sup> XIII* (1998), pp. 277-311, que también defiende que no debe considerarse un periodo de decadencia. Aunque esos estudios presentan buenos argumentos a favor de reexaminar la anterior opinión, fuertemente pesimista, sobre la vida económica del periodo, no debemos olvidar que nuestras pruebas son muy limitadas y que la cautela siempre es necesaria.

<sup>10</sup> Véase B. Ward-Perkins en *CAH<sup>2</sup> XIII* (1998), pp. 373-382.

<sup>11</sup> San Paulino, *Vida de San Ambrosio* 31; encontramos un análisis en Williams y Friel (1994), pp. 131-137 y con mucho más detalle en N. McLynn, *Ambrose of Milan: Church and Court in a Christian Capital* (1994).

<sup>12</sup> Código Teodosiano 16. 1. 2, citado en S. Mitchell, *A History of the Later Roman Empire AD 284-641* (2007), pp. 247-248.

<sup>13</sup> Williams y Friel (1994), pp. 47-60.

<sup>14</sup> Véase D. Hunt en *CAH<sup>2</sup> XIII* (1998), pp. 240-250.

Sobre las sinagogas, véase Mitchell (2007), pp. 235-237.

Sobre San Ambrosio y Teodosio, véase Williams y Friel (1994), pp. 64-65, 68-70, y Mitchell (2007), pp. 248-250.

<sup>17</sup> Véase C. Kelly en *CAH<sup>2</sup> XIII* (1998), pp. 153-156, y N. Lenski, *The Failure of Empire: Valens and the Roman State in the fourth Century AD* (2002), pp. 86-97, 142-143.

<sup>18</sup> San Gregorio de Nisa, *De Deitate Filii et Spiritus Sanctis*, en J.-P. Migne (ed.) *Patrología Graeca* 46. 557-558.

<sup>19</sup> Encontramos una introducción a las disputas de este periodo en H. Chadwick en *CAH<sup>2</sup> XIII* (1998), pp. 561-600.

<sup>20</sup> Véase Williams y Friel (1994), pp. 119-125, Mitchell (2007), pp. 248-251, y G. Fowden en *CAH<sup>2</sup> XIII* (1998), pp. 548-554.

<sup>21</sup> El tema del aparente poder de los líderes cristianos y los hombres sagrados como factor principal se examina en R. MacMullen, *Christianizing the Roman Empire AD 100-400* (1984); sobre la Iglesia en general, véase H. Chadwick, *The Church in Ancient Society: from Galilee to Gregory the Great* (2001).

<sup>22</sup> Sobre Ulfila, Saba y el cristianismo godo, véase P. Heather, *The Goths* (1998), pp. 60-62, 73-74, 85, 313, H. Wolfram (trad. T. Dunlap), *The Roman Empire and its Germanic Peoples*, pp. 69-70, 72-73, 76-79, M. Kurikowski, *Rome's Gothic Wars* (2007), pp. 107-111, 118-122, G. Greatrex, «The Gothic Arians after Theodosius (to Justinian)», *Studia Patristica*, 34 (2001), pp. 73-81, y T. Burns, *Rome and the Barbarians, 100 BC-AD 400* (2003), pp. 337-338, 368-369.

## XV. Los bárbaros y los romanos: generales y rebeldes

<sup>1</sup> Zósimo, *Nueva Historia* 5. 26. 5.

<sup>2</sup> Orencio, *Commonitorium* 2. 184.

<sup>3</sup> Sobre la *Notitia Dignitatum*, véase A. Jones, *The Later Roman Empire 284-602* (1964), pp. 1417-1450, y la recopilación de ensayos en R. Goodburn y P. Bartholomew (eds.), *Aspects of the Notitia Dignitatum*. BAR Supplementary Series 15 (1976) y también M. Kulikowski, «The *Notitia Dignitatum* as a Historical Source», *Historia* 99 (2002), pp. 358-377. O. Seeck (ed.), *Notitia Dignitatum* (1876) sigue siendo una de las ediciones más fáciles de conseguir, pero recomiendo que se vea «La *Notitia Dignitatum*: nueva edición crítica y comentario histórico», *Nueva Roma* 25 (2005), que presenta ilustraciones en color mucho más útiles.

<sup>4</sup> Sobre los escudos, véase R. Grigg, «Inconsistency and Lassitude: The Shield Emblems of the *Notitia Dignitatum*», *JRS* 73 (1983), pp. 132-142.

<sup>5</sup> Véase J. Matthews, «Mauretania in Ammianus and the *Notitia*», en Goodburn y Bartholomew (1976), pp. 157-186.

<sup>6</sup> Véase R. Tomlin, «*Notitia Dignitatum omnium, tain civilium quam militarium*» en Goodburn y Bartholomew (1976), pp. 189-209; sobre el problema de los nombramientos múltiples para el mismo mando en Egipto, véase Jones (1964), p. 393; hay referencias al respecto en H. Bell, V. Martin, E. Turner, D. van

Berchem (eds.), *The Abinnaeus Archive: Papers of a Roman Officer in the Reign of Constantius II* (1964) 1.

<sup>7</sup> Encontramos la sugerencia de que nuestra versión fue confeccionada por el personal del *Magister Peditum* del oeste, véase J. Mann, «What was the *Notitia Dignitatum* for?», en Goodburn y Bartholomew (1976), pp. 1-9.

<sup>8</sup> Sobre las cifras, véase el análisis de W. Treadgold, *Byzantium and its Army 284-1081* (1995), pp. 43-64. Agacio 5. 13. 7-8 que escribía en la década de 580 afirmaba que en periodos anteriores el ejército ascendía a 645.000 hombres; sobre la estructura del ejército de forma más general, véase H.

Elton, «Military Forces», en P. Sabin, H. Van Wees, y M. Whitby (eds.), *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare. Volume II Rome from the Late Republic to the Late Empire* (2007), pp. 270-309.

<sup>9</sup> Véase en general J. O'Flynn, *Generalissimos of the Western Roman Empire* (1983), pp. 1-24, S. Williams y G. Friell, *Flavios. The Empire at Bay* (1994), pp. 143-158, T. Burns, *Barbarians within the Gates of Rome. A Study of Roman Military Policy and the Barbarians, CA. 375-425AD* (1994), pp. 148-182, y J. Matthews, *Western Aristocracies and Imperial Court. AD 364-425* (1975), pp. 253-283.

<sup>10</sup> Véase G. Greatrex y S. Lieu, *The Roman Eastern Frontier and the Persian Wars. Part 2 AD 363-630* (2002), pp. 17-19, respecto a las fuentes para este episodio.

<sup>11</sup> Sobre los orígenes de Alarico y su rebelión, véase M. Kulikowski, *Rome's Gothic Wars* (2007), pp. 154-166, Burns (1995), pp. 156-158, 176-177, 188, H. Wolfram (trad. T. Dunlap), *The Roman Empire and its Germanic Peoples* (1997), pp. 89-94, P. Heather, *The Goths* (1996), pp. 138-146, y *Goths and Romans 332-489* (1991), pp. 183-188, 193 y ss.; sobre el papel de los «bárbaros» en el ejército, véase J. Liebeschuetz, *Barbarians and Bishops: Army, Church, and State in the Age of Arcadius and Chrysostom* (1990), pp. 7-88.

<sup>12</sup> Zósimo 5. 4-8.

<sup>13</sup> Kulikowski (2007), pp. 166-168, Burns (1995), pp. 158-163, O Flynn (1983), pp. 27-38, y J. Bury, *History of the Later Roman Empire from the Death of Valerian to the death of Justinian. Vol. I* (1958), pp. 115-121.

<sup>14</sup> Zósimo 5. 11, con O Flynn (1983), pp. 36-37, Williams Friell (1994), pp. 148-150.

<sup>15</sup> Zósimo 5. 13-18, con Kulikowski (2007), pp. 168-169, Burns (1995), pp. 168-178, Bury (1958), pp. 126-137.

<sup>16</sup> Kulikowski (2007), pp. 170-171, Burns (1995), pp. 178-193, y (1996), p. 146, y O Flynn (1983), pp. 37-42.

<sup>17</sup> En Zósimo 5. 28 encontramos la cifra de cuatrocientos mil godos y las treinta unidades del ejército de Estilicón; encontramos un análisis de la campaña en Kulikowski (2007), p. 171, Wolfram (1997), pp. 96-97, y Burns (1995), pp. 197-198, y n. 53 p. 356 sobre las cifras romanas, lo que sugiere que Estilicón puede haber contado con sólo siete mil quinientos soldados regulares más unos cuantos miles de auxiliares; sobre la caída del precio de los esclavos, véase Orosio 7.37. 13-16.

<sup>18</sup> Zósimo 5. 27, con M. Todd, *Roman Britain* (tercera edición, 1999), pp. 208-209, Bury (1958), pp. 169-171, O Flynn (1983), pp. 42-44, 56, Jones (1964), pp. 185-186, Burns (1995), pp. 208-214.

<sup>19</sup> Véase M. Kulikowski, «Barbarians in Gaul, Usurpers in Britain», *Britannia* 31 (2000), pp. 325-345, W. Goffart, *Barbarian Tides: The Migration Age and the Later Roman Empire* (2006), pp. 73-118, Burns (1995), pp. 203-209, y A. Birley, *The Roman Government of Britain* (2005), pp. 455-460; J. Drinkwater, *The Alamanni and Rome 213-496 (Caracalla to Clodoveo)* (2007), pp. 323-325, sugiere



plausiblemente que puede que hubiera grupos de guerreros alamanes entre los saqueadores.

<sup>20</sup> Burns (1995), pp. 214-217, Kulikowski (2007), pp. 172-173, O'Flynn (1983), pp. 55-59; la cita corresponde al senador llamado Lampadio y está en Zósimo 5.29.

<sup>21</sup> Williams y Friell (1994), pp. 157-158, O'Flynn (1983), pp. 59-62, Burns (1995), pp. 215-223, Matthews (1975), pp. 270-283, y R. Blockley en CAH<sup>2</sup> XIII (1998), pp. 121-125.

## XVI. La hermana y la Ciudad Eterna

<sup>1</sup> San Jerónimo, Comm. In Ezech. I praef.

<sup>2</sup> Orosio 7. 43. 5-7.

<sup>3</sup> Zósimo 5. 35-37, 45, con J. Matthews, *Western Aristocracies and Imperial Court. AD 364-425* (1975), pp. 284-287, T. Burns, *Barbarians within the Gates of Rome. A study of Roman Military Policy and the Barbarians, CA. 315-425 AD* (1995), pp. 224-233.

<sup>4</sup> Zósimo 5. 38-44, con Burns (1995), pp. 233-239, M. Kulikowski, *Rome's Gothic Wars* (2007), pp. 173-174, y S. Oost, *Galla Placidia Augusta. A Biographical Essay* (1968), pp. 89-92.

<sup>5</sup> Matthews (1975), pp. 291-298, Burns (1995), pp. 239-242, y Kulikowski (2007), pp. 174-176.

<sup>6</sup> Zósimo 6. 8, con Matthews (1975), pp. 298-300, y Burns (1995), pp. 242- 246.

<sup>7</sup> Zósimo 6. 13, donde se afirma que Saro tenía sólo trescientos hombres.

<sup>8</sup> Procopio, *Historia de las guerras* 3. 2. 25-26.

"Véase Burns (1995), pp. 244-245, Kulikowski (2007), pp. 6-10, 176-177, P. Heather, *The Goths* (1995), pp. 148-149, Wolfram (1997), pp. 99-100, y P. Heather, *La caída del Imperio romano* (2008).

<sup>10</sup> Véase Oost (1968), pp. 93-104.

<sup>11</sup> Burns (1995), pp. 247-258, J. Bury, *History of the Later Roman Empire from the death of Theodosius I to the Death of Justinian*, vol. 1 (1958), pp. 185-194, y R. Brockley en CAH<sup>2</sup> XIII (1998), pp. 129-131.

<sup>12</sup> Oost (1968), pp. 108-135, Burns (1995), pp. 258-261, y Heather (1995), pp. 148-149.

<sup>13</sup> Burns (1995), pp. 261-279, y R. Brockley en CAH<sup>2</sup> XIII (1998), pp. 131- 133, y Bury (1958), pp. 194-209.

<sup>14</sup> O Flynn (1983), pp. 63-73, Heather (2005), pp. 236-244, 251.

<sup>15</sup> R. Brockley en CAH<sup>2</sup> XIII (1998), pp. 133-135.

<sup>16</sup> Sobre el ejército de cuarenta mil, véase Zósimo 5. 42; la entrega de cuatro mil túnicas y tres mil pieles teñidas de rojo es utilizada por Burns (1995), en la p. 234 encontramos la conjetura de que Alarico contaba con unos siete mil guerreros auténticos.

<sup>17</sup> Zósimo 5. 41, sobre los seis mil hombres enviados a Roma; Heather (2008) presenta un buen análisis introductorio sobre las aparentes bajas y sustituciones del ejército occidental sugeridas por la *Notitia Dignitatum*, y véase también Jones (1965), pp. 1425-1436, donde encontramos un desglose más detallado.

<sup>18</sup> Orosio 7. 43, con Burns (1995), pp. 258-259; encontramos una violenta discusión sobre los juramentos a Roma y juramentos anteriores en Zósimo 4. 56 y Eunapio, Fragmento 59 (60), cf. Burns (1995), p. 68.

## XVII. Los hunos

<sup>1</sup> Calinico, *Vita S. Hypatii* (ed. G. Bartelink) (Vida de San Hipazo), SC 177 (1971), p. 139.21.

<sup>2</sup> N. de la T. En inglés se empleaba la palabra en singular *the hun*, como en español utilizamos «el enemigo» para referirnos a un conjunto de contrarios en una guerra.

<sup>3</sup> Sobre el uso de la palabra «huno» antes y después de la Primera Guerra Mundial, véase J. Man, *Atila: el rey bárbaro que desafió a Roma* (2006). Aunque hay que señalar que el término era empleado más a menudo por personas que no participaron directamente en la lucha, «huno» se convirtió en el término de argot más habitual para los aviones y pilotos alemanes en el RFC y el RNAS.

<sup>4</sup> Véase E. Thompson (revisado y ed. P. Heather), *The Huns* (1996), pp. 56-59, y sobre la apariencia de los hunos, véase O. Maenchen-Helfen, *The World of the Huns: Studies in their History and Culture* (1973), pp. 358-375, y Man (2005), pp. 63-66.

<sup>5</sup> Thompson (1996), pp. 79-81, y Maenchen-Helfen (1973), pp. 94-95, 125-129.

<sup>6</sup> Maenchen-Helfen (1973), pp. 222-43 y 367-369, P. Heather, *La caída del Imperio romano* (2008), y Man (2005), pp. 30-54.

<sup>7</sup> Maenchen-Helfen (1973), pp. 11-13, 18-26, Thompson (1996), pp. 19-68.

<sup>8</sup> Sobre el ataque contra los hunos cerca del final del invierno, véase León, *Problemata* 7. 9; sobre los caballos de los hunos, véase Vegetius, *Mulomedicina* 3. 6. 1- 7. 1, con Maenchen-Helfen (1973), pp. 185, 204; sobre las sillas de montar, véase Maenchen-Helfen (1973), pp. 208-210; Heather (2008) repite que cada guerrero necesitaba diez caballos citando a R. Lindner, «Nomadism, Huns and horses», *Past and Present* 92 (1981), pp. 1-19.

<sup>9</sup> Sobre los arcos y el tiro con arco, véase Maenchen-Helfen (1973), pp. 221- 232, Heather (2008), Man (2005), p. 97-99, N. Fields, *The Hun. Scourge of God AD 375-565* (Osprey Warrior Series 111, 2006), pp. 30-32, 39-46, M. Bishop y J. Coulston, *Roman Military Equipment from the Punic Wars to the Fall of Rome* (2.<sup>a</sup> edición, 2006), pp. 88, 134-135, 164-168, 205-206, J. Coulston, «Roman Archery

Equipment», en M. Bishop (ed.), *The Production and Distribution of Roman Military Equipment. Proceedings of the Second Roman*

*Military Equipment Research Seminar. BAR 275 (1985), pp. 230-348; sobre la efectividad, véase W McLeod, «The Range of the Ancient Bow», Phoenix 19 (1965), pp. 1-14; sobre las reconstrucciones y las técnicas modernas, véase L. Kassai, Horseback Archery (2002).*

<sup>10</sup> H. Elton, *Warfare in Roman Europe AD 350-425 (1996), pp. 26-28, analiza la posibilidad de que el estilo de vida de los hunos cambiara cuando se asentaron cerca del Imperio.*

<sup>11</sup> véase, por ejemplo, la descripción genérica de Man (2005), pp. 100-103, y cf. Heather (2008).

Véase M. Whitby en *CAH<sup>2</sup> XIV (2000), pp. 704-712.*

Maenchen-Helfin (1973), pp. 74-94, Thompson (1996), pp. 30-45, y A. Lee en *CAH<sup>2</sup> XIV (2000), pp. 40-41.*

Maenchen-Helfin (1973), pp. 109-110, Thompson (1996), pp. 87-89.

Véase Maenchen-Helfin (1973), pp. 108-120, Thompson (1996), pp. 89-95 y Whitby *CAH<sup>2</sup> XIV (2000), pp. 708-709, sobre los asedios, con referencias a Prisco Fragmento 6. 2 (= Brockley 54 que sugiere divisiones alternativas de la sección), Jordannes, Getica 42. 220-221, y Procopio, Guerras 3. 4. 30-5; sobre los*

huesos de Naissus, véase Prisco *Excerpta de legationibus romanorum ad gentes 123.*

Sobre la petición de que les entregaran a los desertores, véase Whitby in *CAPÍ<sup>2</sup> XIV (2000), p. 705.*

Maenchen-Helfin (1973), pp. 120-121, Thompson (1996), pp. 98-103, y J. Bury, *History of the Later Roman Empire from the Death of Theodosius I to the death of Justinian. Vol. 1 (1958), pp. 271-276.*

Maenchen-Helfin (1973), pp. 123-125, Thompson (1996), pp. 104-108, y R. Blockley, *East Roman Foreign Policy: Formation and Conduct from Diocletian to Anastasius (1992), pp. 63-64.*

Sobre los impuestos sobre el Senado, véase Prisco, Fragmento 9. 3. 22-33, y encontramos los comentarios sobre su actitud en Thompson (1996), pp. 203-224; sobre el envío de frecuentes embajadas, véase Maenchen-Helfin (1973), pp. 185, Thompson (1996), pp. 95-97, con Prisco, Fragmentos 5M. 1-10; sobre la diplomacia de Atila, véase también Whitby en *CAH<sup>2</sup> XIV (2000), pp. 706-708.*

Bury (1958), pp. 279-288, brinda una traducción completa y vivida de este llamativo pasaje.

Thompson (1996), pp. 140-141.

Bury (1958), p. 287, ligeramente modificado.

Maenchen-Helfin (1973), pp. 195-196, Thompson (1996), pp. 112-136, y Heather (2008).

H. Wolfram (trad. T. Dunlap), *The Roman Empire and its Germanic Peoples* (1997), pp. 123-136.

Bury (1958), pp. 240-244, Heather (2005), pp. 281-282, Thompson (1996), pp. 38-40, 54-56, 60, y Maenchen-Helfin (1973), pp. 33-35, 49-50; sobre Aecio y otros generales romanos de este periodo, véase P. McGeorge, *Late Roman Warlords* (2003).

Véase P. Heather in *CAH<sup>2</sup> XIV* (2000), pp. 5-8, Bury (1958), pp. 247-249, Maenchen-Helfin (1973), pp. 63-65.

<sup>27</sup> Véase Heather (2005), pp. 266-272, Bury (1958), pp. 244-247, Wolfram (1997), pp. 165-167, y M. Tood, *77<sup>th</sup> Early Germans* (2.<sup>a</sup> edición, 2004), pp. 175-178; encontramos la cifra de ochenta mil vándalos en Victor Vit. Hist. Vand. 1.1.

<sup>28</sup> Procopio, *Guerras* 3. 3. 22-30, afirma que Bonifacio invitó a los vándalos a entrar en África, confiando en utilizarlos como aliados en su lucha contra Aecio, pero más tarde se arrepintió de su decisión; sobre las cartas de San Agustín, véase Heather (2005), pp. 267 y 271; entre los ejemplos de cartas escritos en

esos años se encuentran las de San Agustín, Ep. 220, 229-231.

<sup>29</sup> Heather (2005), pp. 272-280 y en *CAH<sup>2</sup> XIV* (2000), pp. 10-12, 288-299, Bury (1958), pp. 254-260, y A. Jones, *The Later Roman Empire 284-602* (1964), pp. 190, 204-208.

<sup>30</sup> Heather (2005), pp. 281-289, Maenchen-Helfin (1973), pp. 64-70, Thompson (1996), pp. 71-79; cita de Merbaudes, *Panegyric* 1.

<sup>31</sup> Maenchen-Helfin (1973), pp. 129-132, Thompson (1996), pp. 143-148, Heather (2008), y Jones (1964), p. 194.

<sup>32</sup> Thompson (1996), pp. 148-156, Bury (1958), pp. 288-294, y Heather (2008).

<sup>33</sup> Maenchen-Helfin (1973), pp. 131-142, Thompson (1996), pp. 156-163, Bury (1958), pp. 294-296, y Heather (2005), pp. 339-342.

<sup>34</sup> Maenchen-Helfin (1973), pp. 143-162, Thompson (1996), pp. 163-176, Burns (1958), pp. 296-298, y Whitby en *CAH<sup>2</sup> XIV* (2000), pp. 712-713.

<sup>35</sup> Bury (1958), pp. 298-300, y Heather (2008).

## XVIII. Se pone el sol en un extremo del Imperio

<sup>1</sup> Zósimo, *Nueva Historia* 6. 5.

<sup>2</sup> Procopio, *Historia de las guerras*. La guerra vándala 3. 2. 38.

<sup>3</sup> Gildas, *De Excidio* 20. 1, 23-26. 1; véase el análisis al respecto en A. Birley, *The Roman Government of Britain* (2005), pp. 461-465.

<sup>4</sup> Sobre las fuentes literarias, véase A. Esmonde Cleary, *The Ending of Roman Britain* (1989), 162-165, y C. Snyder, *An Age of Tyrants: Britain and the Britons AD 400-600* (1998), passim, pero sobre todo las pp. 29-49, K. Dark, *Britain and the End of the Roman Empire* (2000), pp. 27-48.

<sup>5</sup> Dark (2000), p. 60, Snyder (1998), p. 68.

<sup>6</sup> Sobre el énfasis en el contexto más amplio de Britania dentro del imperio, véase en especial Dark (2000), Edmonde Cleary (1989) y N. Faulkner, *The Decline and Fall of Roman Britain* (2.<sup>a</sup> edición, 2004).

<sup>7</sup> Sobre la Britania romana en general, véase S. Frere, *Britannia* (1987), P. Salway, *Roman Britain* (1998), M. Todd, *Roman Britain* (3.<sup>a</sup> ed., 1999), y M. Millett, *Roman Britain* (1995).

<sup>8</sup> Sobre el tamaño del ejército en el siglo II, véase A. Birley, «The Economic Effects of Roman Frontier Policy», en A. King y M. Henig (eds.), *The Roman West in the Third Century*. BAR 109 (1981), p. 40; sobre el menor tamaño de los bloques de barracones en el siglo III, véase N. Hodgson y P. Bidwell, «Auxiliary Barracks in a New Light: recent Discoveries on Hadrian's Wall», *Britannia* 35 (2004), pp. 121-157, esp. 147-154.

<sup>9</sup> Sobre la catedral, véase Dark (2000), pp. 50-51; sobre «las ciudades pequeñas», véanse las ponencias de T. Rodwell y T. Rowley (ed.), *Small Towns of Roman Britain*. BAR 15 (1975) y más en general J. Wachter, *The towns of Roman Britain* (2.<sup>a</sup> ed., 1995).

<sup>10</sup> Faulkner (2004), pp. 27-30, J. Manley, *AD 43: The Roman Invasion of Britain, a Reassessment* (2002), 64-5, 111-128; la inscripción es RIB 91.

<sup>11</sup> Citas de D. Mattingly, *An Imperial Possession: Britain in the Roman Empire, 54 BC-AD 409* (2006), p. 20 y 12; véase también la revisión de esta obra de M. Beard, *The Times Literary Supplement*, 4 de octubre,

2006, S. Ireland en *JRS* 97 (2007), pp. 364-366.

<sup>12</sup> Sobre la organización de la diócesis y las provincias, véase S. Johnson, *Later Roman Britain* (1980), pp. 4-31, Todd (1999), pp. 179-203, Esmonde Cleary (1989), pp. 41-130, Snyder (1998), pp. 3-16; sobre el ejército, véase S. James, «Britain and the Late Roman Army», en T. Blagg y A. King, *Military and Civilian in Roman Britain: Cultural Relationships in a Frontier province*. BAR Int. Ser. 136 (1984), pp. 161-186. Sigue siendo un artículo excelente a pesar de que el concepto de los barracones-chalet ha sido rebatido por Hodgson y Bidwell (2004).

<sup>13</sup> Sobre los pictos y otros pueblos del norte, véase Mattingly (2006), p. 436, Johnson (1980), pp. 51-64, y Dark (2000), pp. 211-214; encontramos una introducción a los problemas a la hora de fechar a San Patricio y un análisis de su vida en C. Thomas, «Saint Patrick and Fifth-Century Britain: An Historical Model explored», en P. Casey (ed.) *The End of Roman Britain. Papers from a Conference, Durham 1978*. BAR British Ser. 71 (1979), pp. 81-101, y *St. Patrick Confessions* 1.

<sup>14</sup> Amiano Marcelino 27.8.5.

- <sup>15</sup> Encontramos un análisis de esta cuestión en J. Coterill, «Saxon Raiding and the Role of the Late Roman Coastal forts of Britain», *Britannia* 24 (1993), pp. 227-239, A. Pearson, «Pracy in Late Roman Britain: a Perspective from the Viking Age», *Britannia* 37 (2006), pp. 337-353, J. Haywood, *Dark Age Naval Power: A Re-Assessment of Frankish and Anglo-Saxon Seafaring Activity* (1991), esp. pp. 15-76, y G. Grainge, *The Roman Invasions of Britain* (2005), pp. 141-160; Haywood (1991), pp. 18-22, sobre el tema de las velas y la talla de Dinamarca.
- <sup>16</sup> Vegetio, *Epitoma Rei Militaris* 4. 37.
- <sup>17</sup> Véase S. Johnson, *The Roman Forts of the Saxon Shore* (1976), y A. Pearson, *The Roman Shore Forts* (2002), donde encontramos opiniones contrapuestas sobre las funciones de los fuertes.
- <sup>18</sup> Sobre el estado de las ciudades, véase Esmonde Cleary (1989), pp. 131-133, Mattingly (2006), pp. 325-350, Faulkner (2004), pp. 169-185, Johnson (1980), pp. 91-97, Todd (1999), pp. 210-212.
- <sup>19</sup> Esmonde Cleary (1989), pp. 134-136, Mattingly (2006), pp. 368-370, Faulkner (2004), pp. 185-220, y Todd (1999), pp. 221-229; sobre el cristianismo, véase Dark (2000), pp. 18-20.
- <sup>20</sup> Zósimo, *Nueva Historia* 6.5, 6, 10, con ciertos comentarios que difieren al respecto en Birley (2005), pp. 461-465, Snyder (1998), p. 24.
- <sup>21</sup> Esmonde Cleary (1989), pp. 136-143, Faulkner (2004), pp. 242-262, Mattingly (2006), pp. 529-539, Snyder (1998), pp. 17-25, y Johnson (1980), pp. 104-110.
- <sup>22</sup> Sobre terminología, véase esp. Snyder (1998), pp. 81-127.
- <sup>23</sup> Encontramos un análisis de la Crónica Gálica de 452, véase R. Burgess, «The Dark Ages Return to Fifth Century Britain: The Restored Gallic Chronicle Exploded», *Britannia* 21 (1990), pp. 185-195, con la respuesta de M. Jones y J. Casey, «The Gallic Chronicle Exploded?», *Britannia* 22 (1991), pp. 212-215. La entrada relevante es la de Honorio XVI.
- <sup>24</sup> K. Dark, «A Sub-Roman Re-Defence of Hadrian's Wall?», *Britannia* 23 (1992), pp. 111-120.
- <sup>25</sup> Esmonde Cleary (1989), pp. 144-161, 172-185.
- <sup>26</sup> Véase Dark (2000), esp. pp. 150-192.
- <sup>27</sup> Véase I. Wood, «The Fall of the Western Empire and the End of Roman Britain», *Britannia*, 18 (1987), pp. 251-262, Snyder (1998), pp. 37-40, Johnson (1980), pp. 115-116.
- <sup>28</sup> Sobre el pelagianismo en general, véase H. Chadwick en *CAH*<sup>2</sup> XIII (1998), pp. 288-292; sobre San Germano y los pelagianos, véase I. Wood, «The End of Roman Britain: Continental Evidence and Parallels», en M. Lapidge y D. Dumville (eds.), *Gildas: New Approaches* (1984), pp. 1-25, esp. 12-13.
- <sup>29</sup> Encontramos un estudio excelente y perspicaz sobre el debate académico en torno al asentamiento sajón en G. Halsall, *Barbarian Migrations and the Roman West 376-568* (2007), pp. 357-370.

- <sup>30</sup> Véanse las diversas opiniones al respecto en Johnson (1980), pp. 104-147, Dark (2000), pp. 58-104, y H. Wolfram (trad. T. Dunlap), *The Roman Empire and its Germanic Peoples* (1997), pp. 240-247.
- <sup>31</sup> Véase Wolfram (1997), pp. 244-247, Johnson (1980), pp. 119-123; la *Crónica Gálica* de 452 presenta el 441 (Teodosio II XVIII) como fecha en la que Britania cayó bajo el control de los sajones.
- <sup>32</sup> M. Todd, *The Early Germans* (2.<sup>a</sup> ed., 2004), pp. 202-210.
- <sup>33</sup> Sidonio Apolinar, *Epistolae* 3. 9. 1-2 sobre Riotamo, con Snyder (1998), pp. 82-83; San Patricio, *Epístola* 6 sobre el rey británico Coroticus.
- <sup>34</sup> Encontramos la sugerencia de que en el sureste hubo una cierta supervivencia del cristianismo en Dark (2000), pp. 78-85.
- <sup>35</sup> Sobre los britanos y su sentido de la identidad, véase Snyder (1998), pp. 66-72.
- <sup>36</sup> Hay una buena introducción sobre las pruebas y la actitud académica respecto a Arturo en Snyder (1998), pp. 253-255. J. Morris, *The Age of Arthur. A History of the British Isles from 350 to 650* (1973) sigue siendo una buena lectura, pero no todas las partes han resistido bien el paso del tiempo.

## XIX. Emperadores, reyes y caudillos

de Vita, *Vandal Persecution* 1. 25 sobre la exigencia de un rescate por los cautivos, y P. Heather, *La caída del Imperio romano* (2008); sobre el saqueo y la muerte de Petronio, véase Prisco, fragmento 30. 2, Juan de Antioquía 201, Procopio, *Guerras* 3. 4. 36-5. 5, y Sidonio Apolinar, *Cartas* 2. 13.

<sup>4</sup> Barnwell (1992), pp. 61-62.

<sup>5</sup> Bury (1958), pp. 326-328, Jones (1964), pp. 240-241, Heather (2008), 390-391; sobre los rumores de que la muerte de Avito fuera un crimen, véase Juan de Antioquía, fragmento 86.

<sup>6</sup> Véase M. Todd, *The Early Germans* (2.<sup>a</sup> edición, 2004), pp. 152-154, 172-175, y P. Heather, *The Goths* (1996), pp. 187-191, 194-198, y en *CAH<sup>2</sup> XIV* (2000), p. 22.

<sup>7</sup> Bury (1958), pp. 330-332, y Heather en *CAH<sup>2</sup> XIV* (2000), p. 23.

<sup>8</sup> Encontramos un análisis al respecto en Heather (2008) y en *CAH<sup>2</sup> XIV* (2000), pp. 19-23.

<sup>9</sup> Heather (2005), pp. 392-407, y Burns (1958), pp. 332-337.

<sup>10</sup> Ward-Perkins (2007), pp. 45-46, 54, Heather (2008) y I. Wood en *CAH<sup>2</sup> XIV* (2000), pp. 502-505.

<sup>11</sup> Encontramos un análisis al respecto en J. Drinkwater, «The Bacaudae of Fifth Century Gaul», en J. Drinkwater y H. Elton (eds.), *Fifth Century Gaul* (1992), pp. 208-217.

<sup>12</sup> Véase D. Lee en *CAH<sup>7</sup> XIV* (2000), pp. 45-48, y Bury (1958), pp. 316-321.

- <sup>13</sup> En general, véase Bury (1958), pp. 348-388, S. Mitchell, *A History of the Later Roman Empire*, AD 284-641 (2007), pp. 289-293; en más detalle en P. Allen en *CAH<sup>2</sup> XIV* (2000), pp. 811-820, y W Treadgold, *A History of Byzantine state and Society* (1997), esp. pp. 1-241.
- <sup>14</sup> Mitchell (2007), pp. 275, 290, 320, y Bury (1958), pp. 215-221.
- <sup>15</sup> Sidonio Apolinar, *Cartas* 1. 2. 2-3 (traducción al inglés en Loeb, W. Anderson, 1936).
- <sup>16</sup> Sidonio Apolinar, *Cartas* 1. 2. 4.
- <sup>17</sup> Heather (2008), Mitchell (2007), pp. 205-208, y en especial J. Harries, *Sidonius Apollinaris and the Fall of Rome*, AD 401-485 (1994).
- <sup>18</sup> Sidonio Apolinar, *Cartas* 2. 1. 1-8, y encontramos las secciones citadas en 2. 9. 8-9 (Loeb Translation).
- <sup>19</sup> Ward-Perkins (2007), pp. 54-56, Heather (2008), Bury (1958), pp. 342- 343; véase también Sidonio Apolinar, *Cartas* 7. 7. 2-6 sobre su ira ante la entrega de Clermont por parte de Nepote, y 8. 3. 2 que describe a las mujeres godas.
- <sup>20</sup> Eugipio, *Vida de San Severino* 4. 1.
- <sup>21</sup> Eugipio, *Vida de San Severino* 20. 1-2
- <sup>22</sup> Eugipio, *Vida de San Severino* 1. 4-2. 2.
- <sup>23</sup> Véase Heather (2005), pp. 407-415, Ward-Perkins (2007); sobre el rey Feva, véase Eugipio, *Vida de San Severino* 8. 1, 22. 2, 31. 1-6, 40. 1-3, 42. 8, 44.4.
- <sup>24</sup> Véase Bury (1958), pp. 338-341, y Heather (2008).
- <sup>25</sup> Bury (1958), pp. 389-394, 404-406, Heather (2008), Jones (1965), pp. 243-245, y Lee en *CAH<sup>2</sup> XIV* (2000), pp. 49-52.
- <sup>26</sup> Heather (2008), Bury (1958), pp. 405-411, Jones (1965), pp. 244-245.
- <sup>27</sup> Sobre Odoacro, véase H. Wolfram (trad. T. Dunlap), *The Roman Empire and its Germanic Peoples* (1997), pp. 183-188; sobre la importancia de 476, véase B. Croke, «AD 476-the manufacture of a turning point», *Chiron* 73 91983), pp. 81-119.
- <sup>28</sup> Véase M. Humphries en *CAH<sup>2</sup> XIV* (2000), pp. 528-530, Bury (1958), pp. 422-426, Heather (1996), pp. 216-220.

## XX. El oeste y el este

- <sup>1</sup> Procopio, *Guerras* 5. 1.25-27.



<sup>2</sup> Casiodoro, *Variae* 1.1.

<sup>3</sup> La colección de extractos y artículos publicados en T. Noble (ed.), *From Roman Provinces to Medieval Kingdoms* (2006), brinda una buena introducción a este tipo de ideas; la obra de P. Brown también ha ejercido una fuerte influencia, comenzando con *El mundo en la Antigüedad Tardía. De Marco Aurelio a Mahoma* (1989).

<sup>4</sup> Encontramos un excelente análisis de las cuestiones bélicas en este periodo en G. Halsall, *Warfare and Society in the Barbarian West, 450-900* (2003); para un estudio más general de los cambios y evolución de las guerras en todo el Imperio en J. Moorhead, *The Roman Empire Divided 400-700* (2001), y G. Halsall, *Barbarian Migrations and the Roman West 376-568* (2007), pp. 284-357.

<sup>5</sup> Suetonio, Tiberio.

<sup>6</sup> Por ejemplo, véase J. Moorhead, *Theodoric in Italy* (1992), pp. 66-68 y P. Heather, *The Goths* (1996), pp. 236-242.

<sup>7</sup> Sidonio Apolinar, *Cartas* 5. 5 sobre el amigo que dominaba la lengua de los burgundios, y *Carmen* 5. 238-242 sobre el uso de mantequilla para el cabello; sobre los católicos que se vestían a la manera vándala, véase Victor Vitalis, *Historia* 2. 8.

<sup>8</sup> El principal defensor de que lo que se producía era la transferencia de los ingresos fiscales más que de la propia tierra es W. Goffart, *Barbarians and Romans: The Techniques of Accommodation Revisited* (1980), que defiende incondicionalmente su posición en *Barbarian Tides: The Migration Age and the Later Roman Empire* (2006), pp. 119-186. Encontramos la opinión contraria en los perspicaces comentarios de W. Liebeschütz, «Cities, Taxes, and the Accommodation of the Barbarians: The Theories of Durliat and Goffart», en Noble (2006), pp. 309-323. Sobre la propaganda de Teodorico acerca de los papeles de los godos y los romanos, véase Moorhead (1992), pp. p. 71-75, y en más detalle P. Amory, *People and Identity in Ostrogothic Italy, 489-554* (1997), pp. 43-85. La cita es de Casiodoro, *Variae* 12. 5.4.

<sup>9</sup> Moorhead (1992), pp. 75-80, y T. Charles-Edwards en *CAH<sup>2</sup> XIV* (2000), pp. 260-271.

<sup>10</sup> Véase Moorhead (2001), pp. 54-56, 58-60, y Moorhead (1992), pp. 95-97, Amory (1997), pp. 195-276, Heather (1996), pp. 245-258, y Todd, *The Early Germans* (2.<sup>a</sup> ed., 2004), pp. 150-163, 166-171, 177-178, y H. Wolfram, (trad. T. Dunlap), *The Roman Empire and its Germanic Peoples* (1997), pp. 169- 182, 199-213.

<sup>11</sup> Véase Moorhead (1992), pp. 1-31, y Wolfram (1997), pp. 199-203; sobre el uso de la palabra *legi*, véase el Anónimo Valesiano 79, junto con el análisis de Moorhead (1992), pp. 104-105.

<sup>12</sup> Sidonio Apolinar, *Cartas* 1. 2. 4, con P. Barnwell, *Emperors, Prefects and Kings: The Roman West, 395-565* (1992), pp. 73-74, 129-145; sobre la legislación, véase T. Charles-Edwards en *CAH<sup>2</sup> XIV* (2000), pp. 260-287.

<sup>13</sup> Encontramos una reflexión más completa del impacto de la caída de Roma en la cultura material en B. Ward-Perkins, *La caída de Roma y el fin de la civilización* (2007). Aunque es posible que existan

algunas excepciones regionales y locales al sombrío panorama que describe, el argumento general es muy convincente. Sobre las provincias occidentales en los siglos IV y V, véase E. Swift, *The End of the Western Roman Empire: An Archaeological Investigation* (2000), que afirma que el cambio del dominio romano al bárbaro no siempre es tan obvio en el registro arqueológico.

<sup>14</sup>Véase también B. Ward-Perkins en *CAH<sup>2</sup> XIV* (2000), pp. 346-391 sobre el panorama económico general.

Véase A. Lee en *CAH<sup>2</sup> XIV* (2000), pp. 49-52, M. Whitby en *CAH<sup>2</sup> XIV* (2000), pp. 712-714, J. Bury, *History of the Later Roman Empire from the Death of Theodosius I to the Death of Justinian* (1958), pp. 389-396, 411-422, A. Jones, *The Later Roman Empire 284-602* (1964), pp. 224-227.

Bury (1958), pp. 397-400, Jones (1965), pp. 228-229.

Jones (1965), pp. 230-337, Lee en *CAH<sup>2</sup> XIV* (2000), pp. 52-62, y Bury (1958), pp. 429-452; sobre la rebelión en Isauria contra Anastasio, véase F. Haarer, *Anastasias I: Politics and Empire in the Late Roman World* (2006), pp. 11-28.

W. Treadgold, *Byzantium and its Army 284-1081* (1995), pp. 13-15, 149-157 sobre el ejército; sobre la administración, véase en general C. Kelly, *Ruling the Later Roman Empire* (2004).

E.g. P. Heather, *La caída del Imperio romano* (2008).

Véase Ward-Perkins (2007).

Véase Heather (2008), que analiza la pionera obra de G. Tchalenko, *Villages antiques de la Syrie du Nord* (1953-1958); véase también C. Roueché en *CAH<sup>2</sup> XIV* (2000), pp. 583-585, Ward-Perkins en *CAH<sup>2</sup> XIV* (2000), pp. 328-332, y en especial C. Foss, «Syria in Transition, AD 550-750: an Archaeological Approach», *Dumbarton Oaks Papers* 51 (1997), pp. 189-269.

—Véase Moorhead (2001), pp. 186-188.

<sup>23</sup> Moorhead (1992), pp. 144-147.

<sup>24</sup> Sobre Clodoveo, véase R. Collins en *CAH<sup>2</sup> XIV* (2000), p. 118.

## XXI. Auge y caída

<sup>1</sup> Nou 30. 11.2 [traducción al inglés de Evans (1996), p. 126].

<sup>2</sup> Sobre Anastasio, véase F. Haarer, *Anastasias I: Politics and Empire in the Late Roman World* (2006); sobre la sucesión, véase J. Moorhead, *Justinian* (1994), pp. 14-18, J. Evans, *The Age of Justinian: The Circumstances of Imperial Power* (1996), pp. 96-98, y J. Bury, *History of the Later Roman Empire from the Death of Theodosius I to the Death of Justinian* (1958), pp. 16-21; sobre su ascenso al poder, véase G. Greatrex, «The Early Years of Justin in the Sources», *Electrum*, 12 (2007), pp. 99-115; sobre su ausencia de educación, véase Procopio, *Historia secreta* 6. 19, 11.5, 12. 29, John Lydus, *On the Magistracies* 3.51.

- <sup>3</sup> Moorhead (1994), pp. 15-16, 17-18, 21-22, Evans (1996), p. 97, M. Maas, «Roman Questions, Byzantine Answers: Contours of the Age of Justinian», en M. Maas (ed.), *The Cambridge Companion to the Age of Justinian* (2005), pp. 3-27, esp. 5-6, Bury (1958), pp. 20-21, 23-27, y A. Cameron en *CAH<sup>2</sup> XIV* (2000), pp. 63-67; cf. Procopio, *Guerras* 3. 9. 5.
- <sup>4</sup> Evans (1996), pp. 101-102, con Procopio, *Historia secreta* 30. 21-26.
- <sup>5</sup> J. Evans, *The Empress Theodora: Partner of Justinian* (2002), pp. 13-24, y Evans (1996), pp. 98-101, Moorhead (1994), pp. 19-21.
- <sup>6</sup> Moorhead (1994), pp. 38-40, Evans (1996), p. 104, 138, 145-146, 152, 196-197, y Evans (2002), pp. 48-58; Procopio, *Historia secreta* 17.32-36, habla de las tres antiguas actrices que fueron llevadas a vivir a palacio.
- <sup>7</sup> J. Howard-Johnston, «The Two Great Powers in Late Antiquity: A Comparison», en A. Cameron (ed.), *The Byzantine and Early Islamic Near East III: States Resources and Armies* (1995), pp. 157-226, también reimpresso en A. Howard-Johnston, *Early Rome, Sassanian Persia and the End of Antiquity* (2006); véase también G. Greatrex, «Byzantium and the East in the Sixth Century», en Maas (2005), pp. 477-509, y Moorhead (1994), pp. 89-95.
- <sup>8</sup> Greatrex, *Rome and Persia at War, 502-532* (1998), pp. 43-59.
- <sup>9</sup> Greatrex (1998), pp. 14-17, sobre la cuestión de las Puertas Caspias; sobre la guerra de Anastasio contra Persia, véase Greatrex (1998), pp. 73-119, con fuentes en G. Greatrex y S. Lieu, *The Roman Eastern Frontier and the Persian Wars. Part 2 AD 363-630* (2002), pp. 62-77.
- <sup>10</sup> Procopio, *Guerras* 1. 11. 1-39, con Greatrex (1998), pp. 134-138.
- <sup>11</sup> Greatrex (1998), pp. 139-221, con fuentes en Greatrex y Lieu (2002), pp. 82-101; sobre Dara y Callinicum, véase también J. Haldon, *The Byzantine Wars* (2001), pp. 23-35 y A. Goldsworthy, *Grandes generales del ejército romano. Campañas, estrategias y tácticas* (2005); un excelente artículo de C. Lillington- Martin, «Archaeological and Ancient Literary Evidence for a Battle near Dara Gap, Turkey, AD 530: Topography, Texts, Trenches», en A. Lewin y P. Pellegrini, (eds.), *The Late Roman Army in the Near East from Diocletian to the Arab Conquest* (Oxford, 2007), pp. 299-311.
- <sup>12</sup> Greatrex (2005), pp. 488-489, with Greatrex y Lieu (2002), pp. 102-111.
- <sup>13</sup> Véase P. Holden, «Mediterranean Plague in the Age of Justinian», en Maas (ed.) (2005), pp. 134-160, B. Ward-Perkins en *CAH<sup>2</sup> XIV* (2000), pp. 388-389, y Evans (1996), pp. 160-165; unos de los relatos contemporáneos más famosos y detallados es el de Procopio, *Guerras* 2.22. 1-23. 21.
- <sup>14</sup> Greatrex y Lieu (2002), pp. 111-134; sobre los aliados, véase Greatrex (1998), pp. 25-31 y (2005), pp. 490-503.
- <sup>15</sup> Evans (1996), pp. 168-169.
- <sup>16</sup> Sobre el tamaño de los ejércitos, véase Howard Johnson (1995), pp. 165- 169, Greatrex (1998), pp.

31-34; sobre la frontera balcánica, véase Moorhead (1994), pp. 145-162.

<sup>17</sup> Sobre el debate sobre aventurarse a emprender la expedición en Africa, véase Procopio, Guerras 3. 10.

**1-34.**

<sup>18</sup> Sobre la guerra contra los vándalos, véase Moorhead (1994), pp. 64-70, Evans (1996), pp. 126-133; sobre las campañas occidentales de Justiniano en general, véase W Pohl, «Justinian and the Barbarian Kingdoms», en M. Maas (ed.), *The Cambridge Companion to the Age of Justinian* (2005), pp. 448-476, G. Halsall, *Barbarian Migrations and the Roman West 376-568* (2007), pp. 499-518; sobre el triunfo, véase Procopio, *Guerras* 4.9. 1-16.

<sup>19</sup> Véase H. Wolfram (trad. T. Dunlap), *The Roman Empire and its Germanic Peoples* (1997), pp. 224-227,

M. Humphries en *CAH<sup>2</sup> XIV* (2000), pp. 533-535, y P. Heather, *The Goths* (1996), pp. 253-255.

<sup>20</sup> Moorhead (1994), pp. 72-86, y Evans (1996), pp. 139-151, 153-154, 199; véase Procopio, *Guerras* 7. 1. 31-33 sobre la carrera del famoso Alejandro «El tijeras» como ejemplo de la brutalidad de algunos de los funcionarios de Justiniano, cf. A. Jones, *The Later Roman Empire 284-602* (1964), p. 289.

<sup>21</sup> Sobre la disciplina en el ejército, véase Haldon (2001), pp. 24-28, Goldsworthy (2003), pp. 370-376; encontramos ejemplos de falta de disciplina en Procopio, *Historia de las guerras* 4. 4. 3-7, 3. 23-4. 25, 14.7-15.49, 5. 8. 5-10, 28. 1-29.50.

<sup>22</sup> Evans (1996), pp. 176-181, Moorhead (1994), pp. 107-109, Wolfram (1997), pp. 233-239, y Haldon (2001), pp. 37-40.

<sup>23</sup> Haldon (2001), pp. 40-44.

<sup>24</sup> Véase Moorhead (1994), pp. 109-115, Evans (1996), pp. 265-266, M. Humphries en *CAH<sup>2</sup> XIV* (2000), pp. 535-551.

<sup>25</sup> Encontramos un análisis de la administración y sus defectos y abusos en Jones (1964), pp. 294-296; un ejemplo de las fricciones surgidas con los aliados debido a la presencia de los funcionarios y las tropas romanas es Lazica, episodio del que podemos leer un resumen en Greatrex (2005), pp. 497-499.

<sup>26</sup> Moorhead (1994), pp. 40-49, Evans (1996), pp. 119-125, y (2002), pp. 40- 47, y en detalle G. Greatrex, «The Nika Riot: a Reappraisal», *Journal of Hellenic Studies* 117 (1997), pp. 60-86; la cita procede de Procopio, *Historia de las guerras* 1.24.37.

<sup>27</sup> Sobre la oferta del trono a Belisario, véase Procopio, *Historia de las guerras* 6. 29. 1-20, con Moorhead (1994), pp. 85-86 y Evans (1996), p. 150; sobre el complot de Teodora contra Juan, véase Evans (2002), pp. 54-56.

<sup>28</sup> Evans (1996), pp. 44-46, 194-195, y C. Kelly, *Ruling the Later Roman Empire* (2004), pp. 83-85, 95-104.

<sup>29</sup> C. Humfress, «Law and Legal Practice in the Age of Justinian», en Maas (2005), pp. 161-184, Moorhead (1994), pp. 32-38, y D. Liebs en *CAH<sup>2</sup> XIV* (2000), pp. 247-252.

<sup>30</sup> Sobre Justiniano y la Iglesia, véase P. Gray, «The Legacy of Chalcedon: Christological Problems

and Their Significance», en Maas (2005), pp. 215-238, C. Sotinel, «Emperors and Popes in the Sixth Century:

The Western View», en Maas (2005), pp. 267-290, Moorhead (1994), pp. 116-143, Evans (1996), pp. 183-192, y P. Allen en CAH<sup>2</sup> XIV (2000), pp. 820-834.

<sup>31</sup> Evans (1996), pp. 65-71, y C. Wildberg, «Philosophy on the Age of Justinian», en Maas (2005), pp. 316-340.

<sup>32</sup> Véase K. Holum, «The Classical City in the Sixth Century: Survival and Transformation», en Maas (2005), pp. 87-112, y J. Liebeschuetz, *The Decline and Fall of the Classical City* (2001), pp. 223-248, 284-317; sobre la cultura y la sociedad del Imperio romano de Oriente en general, la obra de C. Mango, *Byzantium: The Empire of the New Rome* (1980), presenta un amplio estudio.

<sup>33</sup> Mango (1980), p. 1.

<sup>34</sup> Sobre el periodo en general, véase M. Whitby en CAH<sup>2</sup> XIV (2000), pp. 86-111; sobre la agresión de Justino contra Persia, véase Greatrex (2005), pp. 489-490.

<sup>35</sup> Sobre la caída de las provincias romanas ante Persia y la recuperación por parte de Roma, véanse las fuentes de Greatrex y Lieu (2002), pp. 182-228.

<sup>36</sup> Véase J. Moorhead, *The Roman Empire Divided 400-700* (2001), pp. 194- 227, y F. Donner, «The Background to Islam», en Maas (2005), pp. 510-533.

## Conclusión

<sup>1</sup> Este tema es analizado con la máxima profundidad en R. MacMullen, *Corruption and Decline of Rome* (1988).

<sup>2</sup> E.g. J. Drinkwater, «The Principate-Lifebelt, or Millstone Around the Neck of Empire?», en O. Hekster, G. Kleijn y D. Slootjes (eds.), *Crises and the Roman Empire* (2007), pp. 67-74.

## Epílogo

<sup>1</sup> C. Murphy, *Are we Rome? The Fall of an Empire and the Fate of America* (2007), *passim*, pero esp. 189-195; un intento anterior de extraer una lección clara para el actual Estados Unidos -entonces aún implicado en la Guerra Fría- es la obra de E. Luttwak, *La gran estrategia del Imperio romano*.

<sup>2</sup> Recuerdo un letrero enmarcado que vi, hace aproximadamente una década, en la cantina de personal de la universidad en la que estaba trabajando. Era una declaración de intenciones que detallaba la longitud aceptable de una cola y otros detalles vitales gracias a los cuales podía juzgarse el éxito o el fracaso de la gestión. Se había hecho un importante esfuerzo para redactar el documento, cuyo fin era complicar lo abrumadoramente obvio. Por supuesto, lo que conseguía era proporcionar un instrumento para medir, en vez de ofrecer una impresión inteligente e informada.

## **CRONOLOGÍA**

- 192 Cómodo es asesinado el 31 de diciembre. Pertinax es proclamado emperador.
- 193 Pertinax es asesinado. Juliano es proclamado emperador. Septimio Severo es proclamado emperador en Panonia, Pescenio Níger en Siria y Clodio Albino en Britania. Severo y Albino se alían y este último es nombrado cesar. Severo toma Roma y ejecuta a Juliano.
- 193-211 Reinado de Septimio Severo.
- 194 Severo derrota y asesina a Pescenio Níger.
- 195 Ruptura entre Severo y Albino, que es declarado augusto.
- 197 Severo derrota y asesina a Albino en Lugdunum (Lyon).
- 197-202 Campaña de Severo en Oriente.
- 208-211 Campaña de Severo en Britania.
- 211 Severo fallece en Britania y es sucedido por sus hijos Caracalla y Geta. Geta es asesinado por Caracalla.
- 211-217 Reinado de Caracalla.
- 212 Caracalla dicta la Constitutio Antoniniana, que otorga la ciudadanía romana a casi todos los habitantes libres del Imperio.
- 214-217 Campaña de Caracalla en Oriente.
- 217 Caracalla, asesinado a las afueras de Carras. El prefecto del pretorio Macrino es proclamado emperador. Es el primer équite elegido emperador.
- 217- 218 Reinado de Macrino.
- 218 Elagábalo es proclamado emperador en una rebelión organizada por su madre, Soemias. Sus defensores derrotan a Macrino en batalla. Macrino huye, pero finalmente es asesinado.
- 218- 222 Reinado de Elagábalo.
- 218-222 La fecha precisa no está clara, pero hubo varios intentos frustrados de usurpación en Siria por parte de Seleuco, Uranio, Gelio Máximo y Vero.
- 221 Elagábalo adopta a su primo Severo Alejandro.
- 222 Elagábalo y Soemias son asesinados. 222-235 Reinado de Severo Alejandro.

222-235? La fecha no está clara, pero en algún momento durante el reinado hubo un intento frustrado de usurpación por parte de Taurino, probablemente en Siria.

224 El rey parto Artabano V es derrotado y asesinado por el rebelde Ardashir, rey de Persia. Creación de la dinastía sasánida que gobierna el Imperio persa hasta el siglo VIII.

230 Ardashir invade la provincia romana de Mesopotamia.

232 Severo Alejandro lucha contra los persas, pero sin éxito.

234 Maximino el Tracio es proclamado emperador por las tropas en Panonia.

235 Severo Alejandro es asesinado por soldados amotinados junto al Rin. 235-238 Reinado de Maximino el Tracio.

235-238 Los persas ocupan buena parte de Mesopotamia y toman Nisibis y Carras.

235-238 Las fechas no están claras, pero se sabe que, en la zona del Rin, Magno y Quartino intentaron sin éxito usurpar el trono.

235-237 Maximino lucha en las fronteras del Rin y del Danubio.

238 Gordiano I y su hijo Gordiano II se rebelan en el norte de Africa.

La rebelión es sofocada de inmediato por el legado de Numidia. Ambos Gordianos perecen. Entretanto, al haberles declarado su apoyo, el Senado se ve forzado a encontrar sustitutos para los emperadores. Elige a Pupieno y a Balbino y al nieto de Gordiano I, un niño conocido como Gordiano III. Pupieno y Balbino son asesinados posteriormente por la guardia pretoriana. Maximino invade Italia, pero no consigue tomar Aquilea y es asesinado por sus propios hombres.

238-244 Reinado de Gordiano III.

240 La rebelión de Sabiniano en Cartago es rápidamente sofocada.

241 Ardashir muere y es sucedido por su hijo Sapor I.

242 El profeta Mani empieza a predicar su nueva religión.

242-244 Gordiano III lucha contra los persas. Logra algunos éxitos, pero la guerra concluye en fracaso. Gordiano III muere, quizás asesinado. El prefecto del pretorio Filipo es proclamado emperador.

244-249 Reinado de Filipo el Árabe.

244-249 Fechas y detalles inciertos, pero hubo intentos fallidos de usurpación por parte de Marco en Siria, Silbanaco en Germania y Sponsiano, probablemente en Panonia.

248 Filipo celebra una ceremonia en Roma para conmemorar el milenario de la fundación de la ciudad. Decio lucha con éxito en el Danubio.



249 Decio es proclamado emperador y derrota y asesina a Filipo en el norte de Italia. Usurpación frustrada por parte de Jotapiano en Siria.

249-251 Reinado de Decio.

249-250 Decio emite el decreto «sacrificial» que llevó a la persecución de los cristianos.

250 (251) Usurpación frustrada de Julio Prisco en Oriente y de Valente en Roma.

251 Decio, derrotado y asesinado por los bárbaros (probablemente godos) liderados por Cniva. Hostiliano y Treboniano Galo son proclamados emperadores. El primero fallece poco después.

251-253 Reinado de Galo.

252 Sapor depone al rey de Armenia y de nuevo invade Mesopotamia.

253 Emiliano se rebela en el Danubio. Derrota y asesina a Galo, pero él mismo es asesinado unos meses más tarde por sus propias tropas. Valeriano es proclamado emperador en el Rin y nombra a su hijo Galieno. Los godos lanzan razias navales desde el mar Negro. Sapor I lanza una importante razia y toma Antioquía. Usurpación de Uranio Antonino, que se enfrenta con éxito a los persas.

253-260 Reinado de Valeriano y Galieno.

253-259 Se desconocen la fecha y los detalles precisos, pero se produce un intento de usurpación en Siria por parte de Mareades.

254 Importantes razias al otro lado del Rin y del Danubio. Uranio Antonino es derrotado por Valeriano. Los persas recuperan Nisibis.

255 Segunda serie importante de razias godas por mar. La costa norte de Asia Menor sufre graves ataques.

257-260 Persecución de los cristianos a instancias de Valeriano.

258 El usurpador Ingenuo se rebela en el Danubio, pero es rápidamente derrotado por Galieno.

259 Asaltantes bárbaros (posiblemente alamanes) atacan gran parte de la Galia. Un grupo de iutungos entra en Italia.

260 Valeriano inicia una campaña contra los persas, pero es capturado y retenido como prisionero durante el resto de su vida, lo que provoca una oleada de usurpaciones, incluyendo la de Regaliano en Illyricum, Valente en Macedonia, Postumo en la Galia, Regaliano en el Danubio, Macriano y Quieto, y Balista en el este, y otros en Egipto, Italia y posiblemente en África.

260-268 Reinado en solitario de Galieno.

260-269 Reinado de Postumo sobre las provincias occidentales.

261 Macriano es derrotado y asesinado por el ejército de Galieno, Quieto es asesinado por Odenato, que es nombrado dux y comandante del este. Valente se rebela en Macedonia, pero más tarde sus propias tropas le dan muerte. Se produce un intento fallido de usurpación por parte de Musio Emiliano, gobernador de Egipto.

262 Odenato emprende una exitosa campaña contra los persas y llega a Ctesifonte.

265 Galieno ataca a Postumo, pero su ejército es rechazado.

266 Odenato vuelve a atacar Ctesifonte. Los godos vuelven a emprender razias en Asia Menor.

266-267 Odenato es asesinado. El poder pasa a su esposa Zenobia, aunque nominalmente lo recibe su hijo Vabalato.

267 Aureolo, general de Galieno, se rebela contra él. Los godos emprenden amplias razias en los Balcanes y Grecia. Atenas es saqueada.

268 Galieno es asesinado. Aureolo es derrotado y asesinado. Claudio II es proclamado emperador y derrota a los alamanes en Italia.

268-270 Reinado de Claudio II el Gótico.

269 Claudio derrota a los godos. Postumo es asesinado por sus soldados y Mario es proclamado emperador en la Galia, aunque es eliminado enseguida. Le sucede Victorino. Zenobia comienza a ampliar su control de las provincias orientales.

270 Claudio II muere víctima de la peste y es sucedido por su hermano Quintilo, que es derrocado por Aureliano. Zenobia ocupa Egipto, Siria y Asia Menor.

270-275 Reinado de Aureliano.

271 Vabalato es declarado emperador. Aureliano derrota a Victorino, que es asesinado y sustituido por Tétrico. Las provincias dacias son abandonadas. Aureliano ordena la construcción de una enorme muralla defensiva alrededor de Roma.

272 Aureliano derrota a Zenobia y reconquista las provincias orientales. Muere Sapor I.

273 Aureliano sofoca una nueva revuelta en Palmira.

274 Aureliano ataca a Tétrico, que se rinde.

275 Aureliano es asesinado. Tácito es declarado emperador con la aprobación del Senado.

275- 276 Reinado de Tácito.

276 Tácito es asesinado. Le sucede el prefecto del pretorio Florianio. Probo se rebela y es declarado emperador por las legiones orientales. Derrota a los godos. Florianio es asesinado por sus propios

hombres, que se pasan al bando de su rival.

276- 282 Reinado de Probo.

279 Rebelión en Isauria y sitio de Cremna.

280 Intentos de usurpación por parte de Bonoso y Próculo.

281 Intento de usurpación por parte de Saturnino.

282 Probo es asesinado y sustituido por Caro que, a continuación, emprende varias campañas contra los bárbaros en el Danubio.

282- 283 Reinado de Caro.

283 Caro ataca Persia, pero muere cerca de Ctesifonte. Le sucede Carino, que gobierna en Occidente, y Numeriano, que controla Oriente

283- 284 Reinado de Carino y Numeriano.

284 Numeriano es asesinado en un complot dirigido por el prefecto del pretorio, Apro. Diocleciano es proclamado emperador y de inmediato da muerte a Apro.

284- 305 Reinado de Diocleciano.

285 Diocleciano derrota a Carino en la batalla de Margus. Campañas de Maximiano en la Galia y en el Rin. Campaña de Diocleciano en el Danubio.

286 Maximiano es nombrado Augusto. Carausio se rebela en Britania. 286-293 Reinado de Carausio en Britania y el norte de la Galia.

289 Campaña de Diocleciano en el Danubio. Maximiano ataca a Carausio, pero es derrotado.

290 Campaña de Diocleciano en Oriente.

293 Constancio y Galerio son nombrados cesares para constituir la tetrarquía.

Disputa sobre la sucesión en Persia. Constancio toma Boulogne. Carausio es asesinado y sustituido por Alecto.

296 Constancio derrota a Alecto y recupera Britania. Los persas invaden Armenia.

297 Galerio es derrotado por los persas cerca de Carras. Domicio Domiciano se rebela en Egipto, proclamándose emperador.

298 Galerio obtiene una victoria importante sobre los persas y toma Ctesifonte. Diocleciano sofoca personalmente la rebelión de Domiciano en Egipto.

299 Negociación de un tratado de paz con Persia. Las condiciones son muy favorables para Roma.

- 301 Diocleciano reforma la moneda y promulga un edicto sobre los precios.
- 302 Diocleciano ordena la persecución de los maniqueos.
- 303 Diocleciano inicia una importante persecución de los cristianos.
- 305 Diocleciano y Maximiano abdican. Constancio y Galerio son nombrados augustos con Severo y Maximino Daza como sus césares.
- 306 Constancio muere en York. Sus soldados proclaman emperador a Constantino. Majencio es proclamado emperador en Italia con el apoyo de su padre Maximiano.
- 306-337 Reinado de Constantino. Sólo controla todo el Imperio a partir df. 324.
- 307 Galerio y Severo invaden Italia, pero en un momento dado se retiran. Severo es capturado por Majencio y, más tarde, es ejecutado.
- 308 Maximiano se retira de nuevo por la presión de Diocleciano. Licinio es nombrado augusto. En el norte de África, Domicio Alejandro se rebela contra Majencio.
- 309 Domicio Alejandro es derrotado y asesinado.
- 310 Maximiano se declara emperador de nuevo, pero es derrotado y asesinado. Maximino Daza es proclamado augusto.
- 311 Muerte de Galerio. Antes de fallecer, promulga un edicto de tolerancia en el que otorga el derecho de culto a varios grupos, entre los que se encuentran los cristianos. En ocasiones, Maximino Daza no respeta el edicto. Diocleciano también muere en este momento (o tal vez en 312).
- 312 Constantino invade Italia y derrota a Majencio en el Puente Milvio.
- 313 Constantino y Licinio se alian. Licinio derrota a Maximino Daza. Los aliados promulgan un edicto que confirma la libertad de religión, el llamado Edicto de Milán.
- 314 Campaña de Constantino en el Rin.
- 316 Estalla la guerra entre Constantino y Licinio. Constantino obtiene la victoria en Cibalae. Licinio cede prácticamente todas sus provincias europeas como precio a cambio de firmar la paz.
- 317 Constantino proclama César a su hijo Crispo.
- 324 Reanudación de la guerra entre Constantino y Licinio, que es derrotado y obligado a retirarse, pero que, más tarde, muere ejecutado. El hijo de Constantino, Constancio II es declarado César. Constantino ordena empezar las obras en Constantinopla.
- 326 Constantino ejecuta a su hijo Crispo y a su esposa Fausta. La madre de Constantino, Helena, visita Jerusalén y, supuestamente, localiza numerosos lugares y reliquias vinculados al cristianismo.
- 327 Muerte de Helena.

330 Constantinopla es inaugurada oficialmente.

332 Campaña de Constantino en el Danubio contra los godos.

333 El hijo de Constantino, Constante, es declarado César.

334 Campaña de Constantino en el Danubio.

335 Dalmacio, sobrino de Constantino, es proclamado César.

337 Muerte de Constantino. Constante, Constantino II y Constancio son proclamados emperadores tras asesinar a Dalmacio y otros hombres de su familia.

337-340 Reinado de Constantino II.

337-350 Reinado de Constante. 337-361 Reinado de Constancio.

340 Guerra civil entre Constantino y Constante. Constantino es asesinado en una escaramuza.

343-344 Batalla de Singara entre romanos y persas.

346 Los persas atacan, pero no consiguen tomar Nisibis.

350 Magnencio es proclamado emperador de la Galia. Vetrano es proclamado emperador en Illyricum, pero abdica al poco tiempo. Constante es derrotado y asesinado. Los persas son rechazados nuevamente en Nisibis.

351 Constancio nombra César a Galo.

353 Magnencio es derrotado y se suicida.

354 Galo es ejecutado acusado de conspiración.

355 Breve usurpación por parte de Silvano en la Galia. Los francos saquean Colonia.

355 Juliano es proclamado César y enviado a la Galia.

355-359 Campaña de Juliano en el Rin.

357 Juliano obtiene la victoria sobre los alamanes en Estrasburgo.

359 Amida es tomada por los persas.

360 Juliano es proclamado Augusto por sus soldados en la Galia.

361 La guerra civil entre Juliano y Constancio termina con la muerte de este último por causas naturales.

361-363 Reinado de Juliano.

363 Juliano lanza una invasión de envergadura contra Persia. Sin embargo, queda paralizado en Ctesifonte e inicia la retirada, pero fallece en una escaramuza. El ejército proclama emperador a Joviano. 363-364 Reinado de Joviano.

Joviano acepta un tratado de paz que favorece enormemente a los persas. Les cede territorio, incluyendo la crucial fortaleza fronteriza de Nisibis. Joviano muere -quizá de forma accidental- cerca de Ancira. Valentiniano es proclamado emperador y nombra augusto a su hermano Valente. Ambos se dividen el Imperio: Valentiniano se queda con el oeste y Valente el este.

364-375 Reinado de Valentiniano. 364-378 Reinado de Valente.

Rebelión del usurpador Procopio a las afueras de Constantinopla.

Procopio es derrotado.

Campaña de Valentiniano en el Danubio.

369 Campaña de Valentiniano en el Danubio.

372 Firmo se proclama a sí mismo augusto en el norte de África.

373 La revuelta de Firmo es sofocada por Teodosio I el Grande.

375 Campaña de Valentiniano en el Rin, pero sufre una apoplejía y muere. Sus hijos Graciano y Valentiniano II le suceden en Occidente. Teodosio I el Grande es ejecutado.

375-383 Reinado de Graciano.

376 Se concede permiso a los tervingos, un pueblo godo, para cruzar el Danubio y entrar en territorio romano. No obstante, no se gestiona bien su recepción y se rebelan. Otro grupo de godos, conocidos como los greutungos, se abren paso en la frontera del Danubio y entran en tierras imperiales.

377 Batalla sin desenlace decisivo con los godos en Ad Salices.

378 Valente es derrotado y asesinado por los godos en Adrianópolis.

379 Teodosio es proclamado emperador en Oriente. 379-395 Reinado de Teodosio.

382 La guerra contra los godos finalmente concluye y éstos se asientan en territorio romano. El altar de la Victoria es retirado de la Casa del Senado de Roma.

383 Magno Máximo se rebela en Britania e invade la Galia. Derrota y mata a Graciano. De momento, es reconocido emperador por Teodosio.

383-388 Reinado de Magno Máximo sobre gran parte del Imperio de Occidente.

387 Magno Máximo invade Italia, pero no consigue capturar a Valentiniano II, que es llevado por su madre a Constantinopla. Teodosio se casa con la hermana de Valentiniano II y es persuadido de que

debe luchar contra Magno Máximo.

388 Magno Máximo es derrotado y asesinado.

390 Masacre de los alborotadores de Tesalónica, por lo que Teodosio, más tarde, hará penitencia.

391 Destrucción del Serapcum, un antiguo santuario dedicado a Serapis en Alejandría, a manos de unos monjes. Teodosio promulga nueva legislación para restringir las prácticas paganas.

392 Valentiniano II es hallado muerto, posiblemente un suicidio. Su general en jefe, Arbogasto, proclama emperador al senador Eugenio, que hace algún intento de obtener el favor de los paganos.

394 Teodosio derrota a Arbogasto y Eugenio en una gran batalla que se libra en el río Frígido.

395 Teodosio muere en Milán. Le suceden sus hijos Honorio en Occidente y Arcadio en Oriente. Ambos son jóvenes y el verdadero poder está en otras manos. El Imperio de Occidente es dominado por el general Estilicón. Bandas de hunos lanzan razias contra Persia y el Imperio de Oriente. Alarico lidera una rebelión de godos en los Balcanes. Las tropas orientales retornan a Constantinopla lideradas por Gainas, que urde el asesinato de Rufino y logra dominar durante un breve periodo la corte oriental.

395-408 Reinado de Arcadio en el Imperio de Oriente. 395-423 Reinado de Honorio en el Imperio de Occidente.

396 Alarico emprende numerosas razias contra Grecia.

397 Campaña de Estilicón contra Alarico, pero el emperador oriental Arcadio y su corte se niegan a aceptar su dominio. Estilicón se retira sin lograr nada. Alarico es nombrado magister militum por Arcadio. En África, se rebela el gobernador Gildo. No se proclama emperador, pero desea pasarse al bando de Arcadio.

398 Gildo es derrotado por su hermano Mascezel en nombre de Estilicón. Mascezel muere o es asesinado poco después de regresar a Italia.

399 Gainas, entre otros, presiona a Arcadio para que ejecute a su chambelán, Eutropio.

400 Gainas huye de Constantinopla. Numerosos godos son masacrados cuando están abandonando la ciudad. Gainas es derrotado por otro oficial godo llamado Fravitta, que es ejecutado también unos meses más tarde.

401 Alarico entra en territorio del Imperio de Occidente.

402 Alarico invade Italia, pero Estilicón libra varios combates con él y los godos acaban retirándose.

405 Alarico es nombrado magister militum por el Imperio de Occidente.

405- 406 Los vándalos, los alanos y los suevos cruzan el Rin el 31 de diciembre y empiezan a someter a la Galia a amplias razias.

406 Con Radagaiso a la cabeza, una nutrida fuerza de godos atraviesa el Danubio, pero es derrotada

por Estilicón. Tres usurpadores se declaran emperadores consecutivamente en Britania. El último es Constantino III, que entra en la Galia y pronto se hace con el control de gran parte del Imperio de Occidente.

406- 411 Reinado de Constantino III.

407 Una vez más, Alarico invade Italia.

408 Arcadio fallece y es sucedido por su hijo de siete años, Teodosio II. Estilicón accede a pagar a Alarico para impedir que ataque nuevamente Italia, pero el trato daña su prestigio. Honorio se vuelve contra él y, tras un motín del ejército, Estilicón es arrestado y ejecutado. Alarico invade Italia.

408-450 Reinado de Teodosio II en el Imperio de Oriente.

408-409 Alarico impone un bloqueo sobre Roma.

409 Prisco Atalo es proclamado emperador por Alarico, pero es depuesto discretamente unos meses después. Honorio reconoce a Constantino III como colega.

410 Alarico saquea Roma, pero muere poco después y es sucedido por Ataúlfo. Britania se rebela contra Constantino XII.

411 Gerontio se rebela contra Constantino III en Hispania y declara emperador a su propio hijo, Máximo. Organiza un asedio en torno a Constantino III, pero es asesinado después de que su ejército deserte para unirse a Constancio, el general de Honorio. Constancio completa la destrucción de Constantino III. Otro usurpador, Jovino, aparece en la Galia. En un primer momento recibe el apoyo de los godos de Ataúlfo que, más tarde, lo destruyen.

413 Heraclio, el gobernador de África, se rebela e invade Italia, pero es derrotado y asesinado.

414 Ataúlfo emprende amplias razias en el sur de la Galia y desposa a Gala Placidia. Atalo Prisco vuelve a ser proclamado emperador.

415 Ataúlfo es asesinado y, tras un usurpador de breve mandato, el liderazgo de los godos pasa a Valia. Entrega a Atalo Prisco, que es enviado al exilio por Honorio. Valia y sus guerreros luchan en Hispania en nombre del emperador.

418 Los godos se asientan en Aquitania. Valia muere y es sucedido por Teodorico I.

421 El general Constancio es nombrado augusto, pero fallece poco después.

422 El Imperio de Oriente accede a pagarle al rey Rua de los hunos para que detenga las razias contra sus territorios.

423 Muerte de Honorio. Juan es proclamado emperador en Roma.

424 Teodosio II se niega a reconocer a Juan y reúne un ejército para defender por la fuerza la



reivindicación al trono de Valentiniano III, el hijo de Constancio y Gala Placidia.

425 Juan es derrotado y asesinado. Aecio llega demasiado tarde para poder influir en la campaña con el contingente de hunos que ha reclutado. El nuevo régimen le otorga un puesto.

425-455 Reinado de Valentiniano III en el Imperio de Occidente.

427 Estalla una guerra civil entre los generales de alto rango de Occidente sobre quién dominará al débil emperador. Félix es derrotado por Bonifacio.

429 Los vándalos cruzan desde Hispania hasta el norte de África.

430 Félix es reemplazado y asesinado por Aecio.

431 Los vándalos saquean Hippo Regius.

432 Bonifacio dirige a sus tropas hacia Italia y derrota a Aecio, que escapa. Sin embargo, Bonifacio muere a consecuencia de sus heridas.

433 Aecio regresa y se convierte en el comandante supremo del Imperio de Occidente.

434 Rua exige un incremento del subsidio que recibe del Imperio de Oriente en pago por no emprender razias contra sus tierras.

435 A Aecio se le concede el título de patricio. Rebelión de los bagaudas en el noroeste de la Galia.

436-437 Los burgundios son derrotados por Aecio y sus aliados hunos. Godos procedentes de Aquitania atacan la ciudad de Narbo.

438 Teodosio II promulga la recopilación de leyes conocida como el Código Teodosiano.

439 Los vándalos toman Cartago.

440 Los vándalos atacan Sicilia. Los hijos de Rua, Bleda y Atila, obligan al Imperio de Oriente a incrementar nuevamente el subsidio que pagan a los hunos.

441 Los imperios de Occidente y Oriente se unen para preparar una expedición de gran envergadura contra los vándalos, pero nunca llega a producirse. En Hispania, los suevos extienden su control a nuevos territorios.

441-442 Los hunos emprenden amplias razias en Illyricum y Tracia.

442 El tratado firmado con los vándalos reconoce su control de gran parte del norte de África.

445 Bleda es asesinado y Atila pasa a ser gobernante único de los hunos.

447 Atila lanza intensas razias contra el Imperio de Oriente, devastando Tracia y amenazando incluso Constantinopla. Teodosio le concede un territorio cerca del Danubio, así como un pago mucho mayor en oro.

448 Prisco describe la embajada que va a visitar a Atila.

450 Muerte de Teodosio II. Le sucede Marciano.

450-457 Reinado de Marciano en el Imperio de Oriente.

451 Atila ataca el Imperio de Occidente, pero es detenido por Aecio en los Campos Cataláunicos.

452 Atila ataca Italia, saqueando varias ciudades, pero posteriormente se retira.

453 Muerte de Atila.

454 Aecio es asesinado por Valentiniano III.

455 Valentiniano III es asesinado y Petronio Máximo se autoproclama emperador. Es asesinado cuando los vándalos atacan y saquean Roma. En la Galia, Avito es proclamado emperador con el apoyo de los godos.

456 Avito invade Italia, pero acaba siendo derrotado.

457 Avito abdica y se convierte en obispo, pero muere poco después. Mayoriano es nombrado emperador de Occidente con el respaldo del Imperio de Oriente.

## GLOSARIO

**Agentes in Rebus.** Desde el siglo IV, los «agentes en cosas» eran representantes del emperador cuya tarea oficial era llevar despachos. Puesto que esa labor implicaba viajar y ponerse en contacto con muchas personas, también informaban sobre las actividades de otros miembros del sistema imperial. Se ocupaban en especial de cortar de raíz la deslealtad. Sus informes eran una de las pocas maneras que tenía un emperador de averiguar qué estaba pasando en una provincia distante. Dado que sus acusaciones provocaban con tanta frecuencia la deshonra o la muerte de funcionarios y oficiales, despertaban a su alrededor tanta aversión como miedo.

**Arrianismo.** Esta versión del cristianismo fue declarada herética por el Concilio de Nicea en 325. No obstante, siguió estando muy extendida, en especial en las provincias orientales, durante todo el siglo IV. Su creador fue Arrio, un sacerdote que enseñaba tanto en Antíoquía como en Alejandría. Afirmaba que Jesús no era ni idéntico ni el igual absoluto de Dios Padre. La definición precisa de esa diferencia variaba entre los arrianos. Una de las definiciones más comunes afirmaba que Dios Padre y Dios Hijo eran «de sustancia similar» (en griego, homotos). Aun en el siglo VI, una versión del arrianismo siguió siendo frecuente en grupos como los godos y los vándalos.

**Bucellarii.** Soldados pagados y mantenidos por un comandante concreto que forman parte de su séquito. Aun así, estos hombres pertenecían al ejército regular y, supuestamente, le debían lealtad al emperador. El nombre deriva de la ración de una especie de galletas llamadas bucellatim y hacía hincapié en la obligación del comandante de alimentar a sus soldados. Ese tipo de tropas eran habituales en los siglos V y VI.

**Candidati.** Cuarenta candidati eran seleccionados de los regimientos *scliolae* de la guardia imperial. Actuaban como guardia personal del emperador. Su nombre se derivó de sus uniformes blancos (durante la República los hombres que se presentaban a los cargos políticos habían llevado togas blanqueadas, de ahí surge nuestra palabra candidato).

**Catafracto.** Jinetes con armadura pesada que a menudo cabalgaban sobre caballos que también llevaban armadura. Los romanos se encontraron por primera vez a esos guerreros en los ejércitos orientales, pero más tarde los usaron ellos también.

**Clarissimus.** Literalmente significaba «el más distinguido» y era un término que se reservaba para los senadores durante el Principado. En el siglo IV, por el contrario, se asociaba con muchos cargos imperiales, tanto en la administración como en el ejército.

**Clibanarius.** Jinete con armadura pesada, cuyo caballo también puede haber llevado armadura. No está claro si el término era o no sinónimo de catafracto. El nombre procedía de un apodo que significaba «horno de pan».

**Cohortales.** Personal y los funcionarios de los gobernadores provinciales. A partir de Constantino ese papel fue hereditario.

**Cohorte (cohors).** Bajo el Principado, tanto los legionarios como la infantería auxiliar estaban divididos en cohortes, que era la unidad táctica básica del ejército. La mayoría de cohortes tenían cuatrocientos ochenta hombres, pero la primera cohorte de una legión y algunas unidades auxiliares seleccionadas ascendían a ochocientos. En el siglo IV sólo algunas unidades de *limitanei* seguían estando organizadas en cohortes. Al parecer su tamaño era mucho más reducido que el de las anteriores cohortes.

**Colonus (pl. coloni).** Los *coloni* eran granjeros arrendatarios. Diocleciano vinculó a esas personas a la tierra que trabajaban, en un esfuerzo por asegurarse un ingreso fiscal regular. Sus descendientes heredaban las mismas obligaciones.

**Comes (o conde).** Oficiales del ejército del Bajo Imperio romano, con rango inferior a los *magister militum*. Algunos de ellos eran enviados a hacerse cargo de regiones específicas. A otros se les entregaba

el mando de partes de los *comitatenses*. *Comes* literalmente significa «compañero» del emperador y el título se empleaba además para otros puestos diferentes.

**Comes domesticorum (conde del personal doméstico).** Desde mediados del siglo IV, este oficial comandaba la guardia imperial conocida como los *protectores*.

**Comitatenses.** Las unidades de los «ejércitos de campaña» en los siglos IV, V y VI. En teoría, estaban a la inmediata disposición de los emperadores o de sus comandantes. Recibían mejores pagas y privilegios que los *limitanei*.

**cónsul.** Los dos cónsules del año eran los magistrados de mayor rango elegidos en la República romana, y el año tomaba su nombre. El cargo de cónsul siguió siendo prestigioso mucho después de

perder su auténtico poder. Con frecuencia, los emperadores ocupaban ellos mismos el consulado. En el siglo V era habitual que los emperadores de los Imperios de Oriente y Occidente nombraran a un cónsul cada uno.

Credo Niceno. Véase Homoosios.

Cuneus. Título que se le daba a algunas unidades de caballería en el ejército del Bajo Imperio.

Curia. Ayuntamiento de una ciudad compuesto por los miembros más ricos de la comunidad. Se esperaba que sus miembros gastaran sumas considerables de su propio dinero en proyectos locales. En el Bajo Imperio empezó a ser difícil en muchas regiones encontrar a suficientes hombres que estuvieran dispuestos y pudieran permitirse pertenecer a los consejos.

Denarius. La moneda básica de plata durante el Principado. Los denarii dejaron de acuñarse en el siglo III, pero muchas sumas siguieron siendo calculadas en esa unidad (era el «penique» de la Biblia Autorizada en inglés, de ahí la abreviatura de «d» para los peniques previa a la conversión al sistema decimal).

Diócesis. Reduciendo el tamaño de las provincias, Diocleciano creó catorce agrupaciones de mayor tamaño llamadas diócesis dentro del ámbito de la Administración. Cada una de ellas era responsabilidad de un vicario, cuya jerarquía era inferior a la del prefecto del pretorio.

Dominado. Augusto y sus sucesores habían sido conocidos como princeps o primer ciudadano/magistrado. A partir de Diocleciano, los emperadores preferían ser llamados dominas, que significaba señor o amo. Por tanto, es tradicional entre los estudiosos llamar al Bajo Imperio «el Dominado».

Donatistas. Este grupo cismático tomó su nombre de su primer líder, Donato. La división que se produjo en la Iglesia del norte de África no se debió inicialmente a cuestiones de doctrina, sino a que los donatistas se opusieron a la readmisión y a la continuación en su grupo de hombres que habían huido o que se habían deshonrado de alguna manera durante la persecución de los cristianos. Más tarde, hubo organizaciones eclesiásticas totalmente paralelas e independientes en muchas comunidades del norte de

África.

Dux. Oficial de rango superior del ejército del Bajo Imperio romano, al mando de una región y su guarnición de *limitanei*.

Équites (orden ecuestre). Eran la clase social inmediatamente por debajo del orden senatorial y tomaban su nombre del papel tradicional de los jinetes en el ejército de la República. El porcentaje de puestos militares y civiles que ocupaban los équites se incrementó mucho durante el siglo III. Más tarde, el estatus de équite se otorgaba automáticamente a los que ocupaban puestos imperiales específicos, y la clase misma estaba dividida en varios subgrupos de distinto rango.

Equites singulares **AUGUSTI**. La propia escolta montada del emperador durante los primeros tres siglos del Principado. Eran una caballería de élite cuya misión consistía en servir de refuerzo a la guardia pretoriana. Al parecer, fueron abolidos cuando Constantino abolió la guardia pretoriana.

**Estoicismo.** El estoicismo, una de las principales escuelas filosóficas populares en el Principado, fue fundado por el filósofo Zenón a finales del siglo IV a.C. Marco Aurelio fue uno de sus seguidores más prominentes.

**Foederati.** Bárbaros aliados obligados a proporcionar un servicio militar al emperador. Solían servir en sus propias unidades y, en ocasiones, los dirigían sus propios comandantes, que solían tener rango romano.

**Guardia pretoriana.** La guardia militar de los emperadores en el Principado, cuyos miembros eran comandados por tribunos, mientras que el cuerpo en su totalidad estaba a las órdenes de dos prefectos del pretorio. Su posición como el cuerpo armado más poderoso de Roma les daba considerable poder. Fueron licenciados por Constantino en 312 después de que apoyaran a su rival, Majencio.

**Homoosios.** Esta doctrina describía a Jesús como «de la misma sustancia» que Dios Padre. Fue adoptada por

los obispos como la posición ortodoxa en el Concilio de Nicea. A pesar de encontrarse con cierta resistencia feroz, con el tiempo sería confirmada como la doctrina de la Iglesia católica ortodoxa.

**Honoratos.** Funcionario imperial retirado, normalmente con el rango de clarissimus. Los honoratus disfrutaban de considerables privilegios.

**Legatus.** Representantes senatoriales del emperador. Bajo el Principado había dos tipos de legados imperiales principales:

1. El legatus Augusti pro praetore, que estaba al mando de todas las provincias imperiales (aparte de Egipto) que contenían una guarnición de legionarios.
2. El legatus legionis, que estaba al mando de una legión.

**legión (legio).** Durante el Principado, la legión era una enorme formación de aproximadamente cinco mil

hombres. Las legiones continuaron existiendo tanto en los comitatenses como en los limitanei en los siglos IV y V, pero es evidente que su tamaño era mucho más pequeño. Es poco probable que las legiones de comitatenses superaran en mucho los mil hombres y es posible que fueran mucho más reducidas.

**Limitanei.** Las tropas comandadas por los dices limitis, los comandantes militares de las distintas regiones, normalmente en las fronteras, en las que se dividieron las provincias del Bajo Imperio. Su paga era inferior a la de los comitantenses.

**Magister militum.** Eran los comandantes militares de más alto rango, por debajo sólo de los propios emperadores a partir del siglo IV. Había distintas variaciones de este título, entre las que se encontraban el jefe de caballería (magister equitum) y el jefe de infantería (magister peditum). En algunos casos, el título definía también la región, esfera o responsabilidad asociadas. No todos los magister militum tenían la misma jerarquía, pero los detalles de la estructura de rangos cambiaban con el tiempo.

**Magister officiorum** (jefe de oficinas). No se tiene constancia de la existencia del magister officiorum hasta el siglo IV. El poder de este rango fue incrementándose de manera gradual hasta convertirse en uno de los cargos de más jerarquía de toda la burocracia y la corte imperial. Además de responsabilidades administrativas, el magister officiorum controlaba las fábricas de armas estatales y poseía cierto grado de control sobre los scholae.

**Magistrados.** La República romana había empleado a magistrados electos como dignatarios ejecutivos de rango superior. Los de más jerarquía eran los dos cónsules. La mayoría de los cargos continuaron existiendo durante el Imperio, pero perdieron toda independencia política y, con frecuencia, eran nombramientos decididos por los emperadores.

**Maniqueísmo.** Esta religión fue fundada por el profeta Mani en el siglo III. Mani había viajado mucho, había visitado incluso India, y sus ideas mostraban la influencia de una amplia variedad de fes distintas, incluyendo el judaísmo, el cristianismo y el zoroastrismo. Mani hablaba de una lucha entre la Luz o el bien y la Oscuridad o el mal. El mundo era una creación de la Oscuridad que había atrapado elementos de la Luz en su interior. Sus más ardientes seguidores vivían existencias de riguroso ascetismo con el fin de conseguir la redención. En un principio, en Persia se le dio la bienvenida, pero, finalmente, en 276, Mani fue ejecutado por el rey Bahram I. Diocleciano persiguió a los seguidores de esta religión, al igual que hicieron los posteriores emperadores cristianos.

**Montanistas.** Una secta cristiana judaizante que apareció a finales del siglo II y floreció años más tarde, sobre todo en Asia Menor. Al principio, los montañistas se inspiraron en dos mujeres profetas que predijeron que se avecinaba la Segunda Venida. La secta también hacía hincapié en la pureza ritual a través del ayuno, la penitencia y el retiro de la vida normal. La iglesia montañista persistió con su propia jerarquía hasta el siglo VIII.

**Neoplatonismo.** Esta filosofía heredera del platonismo se desarrolló en el siglo III a partir de las enseñanzas del filósofo Plotino, pero incorporando ideas de otras escuelas filosóficas y conceptos nuevos. El

neoplatonismo, que incluía un fuerte componente místico, se convirtió en la escuela filosófica predominante en el mundo del Bajo Imperio.

**Numerus** (plural numeri). Nombre otorgado a las unidades de soldados auxiliares irregulares bajo el Principado. Más tarde, el título fue adoptado por algunas unidades de caballería.

**Orden senatorial.** En el Principado, la pertenencia a la orden senatorial requería la posesión de considerables propiedades, incluyendo al menos alguna tierra en Italia. El estatus se mantenía durante dos generaciones después de que un individuo hubiera sido realmente miembro del Senado. Más adelante, se adquiría estatus senatorial al ocupar un cargo imperial de alto rango.

**Palatini.** Unidades de estatus y prestigio superior a los de los comitatenses que también formaban parte de los ejércitos de campaña de la Tardoantigüedad (c. IV-vi d.C.).

**Patricio** (patricius). Aunque en el pasado era una élite interna dentro de las filas del Senado, en el siglo V el término se utilizaba como título para algunos generales poderosos, entre los que destacan Estilicón y Aecio.

**pilum** (plural *pila*). La pesada jabalina que formó parte del equipamiento estándar del legionario romano durante gran parte de la historia de Roma, pero que, al parecer, cayó en desuso durante el siglo III.

**Praepositus**. Comandante de unidad en el ejército del Bajo Imperio. Parece que fue un título prácticamente sinónimo al de tribuno o prefecto.

**Praepositus sacri cubiculi**. El funcionario eunuco de más alto rango del séquito imperial. En ocasiones lograban adquirir considerable influencia. Teodorico, el rey ostrogodo de Italia, tenía a uno de dichos funcionarios en su propia corte.

**Prefecto del pretorio**. Originalmente, eran los comandantes de la guardia pretoriana, pero a medida que avanzó el siglo III, los prefectos pretorianos se convirtieron en algo más parecido a un burócrata de alto rango o gran visir. En el siglo IV habían perdido todas sus responsabilidades militares y no comandaban tropas. Su número también se incrementó y los prefectos del pretorio tendieron a ocuparse de la supervisión de una región específica del Imperio. Los vicarios eran sus subordinados.

**Primicerius notariorum** (jefe de los notarios). El notario jefe tenía la misión especial de emitir nombramientos y otorgar cargos. La *Notitia Dignitatum* original fue preparada por su departamento.

**Primicerius sacri cubiculi**. Era el eunuco de la cámara imperial de más categoría después del *praepositus sacri cubiculi*. También ellos, a menudo a consecuencia de disfrutar de acceso directo al propio emperador, adquirían considerable influencia.

**Principado**. Augusto afirmaba que era meramente el *princeps*, el magistrado/ciudadano de más rango del Estado, por lo que el régimen que creó es denominado tradicionalmente Principado. El Principado se extiende desde finales del siglo I a.C. hasta su hundimiento a lo largo del siglo in.

**protectores domestici**. Era la guardia personal del emperador. Al parecer, existieron al menos desde la época de Diocleciano. En algunos sentidos, servían como unidad de cadetes oficiales, ya que, con frecuencia, a sus miembros se les otorgaba el mando de otras unidades del ejército.

**Rescript**. Respuesta formal emitida por el emperador a una petición. Sus fallos eran legalmente vinculantes.

**schola**. El regimiento de guardias de caballería del ejército del Bajo Imperio. En la *Notitia Dignitatum* figuran cinco *scholae* en el Imperio de Occidente y siete para el Imperio de Oriente.

**Senado**. Este cuerpo, que se reunía en Roma, contaba con unos seiscientos miembros. Disfrutó de considerable prestigio aun después de dejar de ejercer auténtico poder político. Más tarde, Constantinopla adquirió un Senado propio.

**Solidus**. Esta moneda de oro fue introducida en el siglo IV, en parte debido a que el sistema fiscal y otros ámbitos de las finanzas imperiales necesitaban basarse en valores de oro más estables. Había setenta y dos monedas por cada libra de oro.

**Spatha**. El nombre empleado tradicionalmente para describir las espadas más largas utilizadas por los jinetes romanos y, en la Tardoantigüedad, también por numerosos soldados de infantería.

Tetrarquía. El gobierno de cuatro emperadores introducido por Diocleciano. Había dos colegas de rango superior, ambos con el título de augusto, y cada uno de ellos tenía un asistente de jerarquía inferior

con el título de César. Todos los pronunciamientos y las leyes eran emitidos en nombre de los cuatro. El sistema no perduró con esta forma.

Trecenarius. Oficial de rango menor del ejército del Bajo Imperio romano.

Vicario (vicarius). El vicario era el administrador civil a cargo de una diócesis.

Zoroastrismo. La religión de la antigua Persia, que podría haberse originado en torno al año 1000 a.C. Fue reinstaurada y adquirió mucha más prominencia cuando Ardashir estableció la dinastía sasánida en el siglo III. Los templos donde se celebraba el culto tenían un diseño especial, y en su interior albergaban el fuego sagrado.

## BIBLIOGRAFÍA

En el libro se citan con frecuencia tres volúmenes de la Cambridge Ancient History, abreviada como CAH<sup>2</sup>. Son los siguientes:

Bowman, A., Garnsey, P. y Camkron, A. (eds.), The Cambridge Ancient History, 2ª ed., vol. XII: The Crisis of Empire, A.D. 193-337, Cambridge University Press, 2005.

Cameron, A. y Garnsey, P. (eds.), The Cambridge Ancient History, vol. XIII: The Late Empire, A.D. 337-425, Cambridge University Press, 1998.

Cameron, A., Ward-Perkins, B. y Whitby, M. (eds.), The Cambridge Ancient History, vol. XIV: Late Antiquity: Empire and Successors, A.D. 425-600, Cambridge University Press, 2000.

Adams, J., «The Poets of Bu Njem: Language, Culture and the centurionate», Journal of Roman Studies, 89, 1999, pp. 109-134.

Alföldy, G. (trad. A. Birley), Norictm, Londres, 1974.

—, «The Crisis of the Third Century as Seen by Contemporaries», Greek, Roman, and Byzantine Studies, 15, 1974, pp. 89-111.

Alston, R., Soldier and Society in Roman Egypt, Londres y Nueva York, 1995.

Amory, P., People and Identity in Ostrogothic Italy, 489-554, Cambridge University Press, 1997.

Austin, N., Ammianus on Warfare: an Investigation into Ammianus' Military Knowledge, Collection Latomus 165, Bruselas, 1979.

—y Rankov, B., Explorados: Military and Political Intelligence in the Roman World from the Second Punic War to the Battle of Adrianople, Londres y Nueva York, 1995.



- Baatz, D., «Cuiculus-Zur Technik der Unterminierung antiker Wehrbauten», en E. Schallmayer, *Niederbieder, Postumas und der Limes/all*, Hamburgo, 1996, pp. 84-89.
- Bagnall, R. y Frier, B., *The Demography of Roman Egypt*, Cambridge University Press, 1994.
- Baity, J. y Van Rengen, W., *Apamea in Syria: The Winter Quarters of Legio 11 Parthica*, Bruselas, 1993.
- Banaji, J., *Agrarian Change in Late Antiquity: Gold, Labour, and Aristocratic Dominance*, Oxford, 2001.
- Bar, D., «Was There a 3<sup>rd</sup>-C. Economic Crisis in Palestine?», en J. Humphrey (ed.), *The Roman and Byzantine Near East*, vol. 3: *Journal of Roman Archaeology Supplementary Series 49*, 2002, pp. 43-54.
- Barbero, A. (trad. Clara Orlandi), *El día de los bárbaros. La batalla de Adrianópolis, 9 de agosto de 378*, Ariel, Barcelona, 2007 (original: 9 agosto 378. *Il giorno dei barbari*).
- Barnes, T., «Legislation Against the Early Christians», *Journal of Roman Studies*, 58, 1968, pp. 32-50.
- , *Constantine and Eusebias*, Cambridge, Massachusetts, 1981.
- , *The New Empire of Diocletian*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1982.
- , «Constantine and the Christians of Persia», *Journal of Roman Studies*, 75, 1985, pp. 126-136.
- , *Athanasius and Constantius: Theology and Politics in the Constantinian Empire*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1993.
- , *Ammianus and the Representation of Historical Reality*, Cornell University Press, Ithaca, 1998.
- Barnwell, P., *Emperors, Prefects and Kings: The Roman West, 395-565*, University of North Carolina Press, 1993.
- Beloch, K., *Die Bevölkerung de Griechisch-Roniischen Welt*, Leipzig, 1886.
- Bell, H., Martin, V., Turner, E. y Van Berchem, D. (eds.), *The Abinnaeus Archive: Papers of a Roman Officer in the Reign of Constantius II*, Oxford, 1964.
- Bellinger, A., Brown, E., Perkins, A. y Wells C. (eds.), *The Excavations at Dura-Europos. Final Report VIII, Part I: The Synagogue*, New Haven, 1956.
- Berchman, R., *Porphyry Against the Christians*, Leiden, 2005 (versión en castellano: *Porfirio de Tiro. Contra los cristianos, recopilación de fragmentos, traducción, introducción y notas [castellano-griego-latín]* Ramos Jurado, Universidad de Cádiz, Cádiz, 2006).
- Birley, A., «The Economic Effects of Roman Frontier Policy», en A. King y M. Henig (eds.), *The Roman West in the Third Century*, BAR, 109, 1981, p. 40.

- , Marcus Aurelias (ed. rev. New Haven, 1987). –, Septimius Secerns: the African Emperor, Londres, 1988.
- , The Roman Government of Britain, Oxford University Press, Oxford, 2005. Birley, E., The Roman Army, Amsterdam, 1988.
- Bishop, M. y Coulston, J., Roman Military Equipment from the Punic Wars to the Fall of Rome, 2<sup>nd</sup> ed., Londres, 2006.
- Blockley, R., East Roman Foreign Policy: Formation and Conduct from Diocletian to Anastasias, Londres, 1992.
- Boak, A., Manpower Shortage and the Fall of the Roman Empire in the West, Michigan y Oxford, 1955. Bowersock, G. Julian the Apostate, Harvard University Press, 1978.
- Bowman, A. y Thomas, J. (eds.), The Vindolanda Tablets (Tabulae Vindolandenses II), British Museum Press, Londres, 1994.
- Bradford Welles, C., The Excavations at Dura-Europos. Final Report VIII, part 2: The Christian Building, Yale University Press, 1967.
- Brandon, P., The Decline and Fall of the British Empire, Londres, 2007.
- Breeze, D. y Dobson, B., Roman Officers and Frontiers, Stuttgart, 1993.
- Bremmer, J., «The Vision of Constantine» en A. Lardinois et al, (ed.), Land of Dreams. Greek Latin Studies in Honour of A.H.M. Kessels, Leiden-Boston, 2006, pp. 57-79.
- Brown, P., «The Rise and Function of the Holy Man in Late Antiquity», Journal of Roman Studies, 61, 1971, pp. 801-101.
- , The World of Late Antiquity: From Marcus Aurelius to Muhammad, 1971 (versión en castellano: El mundo en la Antigüedad tardía. De Marco Aurelio a Mahoma, Taurus, Madrid, 1989).
- Bruun, C., «The Antonine Plague and the Third Century Crisis», en Hekster, Kleijn y Sijpe, Crises and the Roman Empire, Boston y Leiden, 2007, pp. 201-217.
- Burgess, R. «The Dark Ages Return to Fifth Century Britain: The Restored Gallic Chronicle Exploded», Britannia, 21, 1990, pp. 185-195.
- , «The Summer of Blood: The "Great Massacre" of 337 and the Promotion of the Sons of Constantine», Dumbarton Oaks Papers, 61 (edición en preparación, 2007).
- Burns, T., «The Battle of Adrianople: A Reconsideration», Historia, 22, 1973, pp. 336-345.
- , Barbarians Within the Gates of Rome: A Study of Roman Military Policy and the Barbarians, ca. 375-425 A.D., Indiana, 1994.
- , Rome and the Barbarians, 100 BC-AD 400, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2003.

- Bury, J., *History of the Later Roman Empire from the Death of Theodosius I to the Death of Justinian*, 2 vols., Londres, 1958.
- Campbell, D. «What Happened at Hatra? The Problems of the Severan Siege Operations», en P. Freeman y D. Kennedy (eds.), *The Defence of the Roman and Byzantine East*, BAR International Series, 291, Ankara, 1986, pp. 51-58.
- Campbell, J. «The Marriage of Soldiers Under the Empire», en *Journal of Roman Studies*, 68, 1978, pp. 153-166.
- , *The Emperor and the Roman Army*, Clarendon Press, Oxford, 1984.
- Chambers, M. (ed.), *The Fall of Rome: Can it be Explained?*, Nueva York, 1963.
- Casey, J., «The Legions in the Later Roman Empire», en R. Brewer (ed.), *The Second Augustan Legion and the Roman Military Machine*, Cardiff, 2002, pp. 165-176.
- Casey, P. *Carausius and Allectus: The British Usurpers*, Yale University Press, New Haven, 1995.
- Chadwick, H., *The Church in Ancient Society: from Galilee to Gregory the Great*, Oxford, 2001.
- Chrishman, R. (trad. S. Gilbert y J. Lemmons), *Arts of Mankind. Iran: Parthians and Sassanians*, Londres, 1962.
- Claridge, A., «Rome», *Oxford Archaeological Guides*, 1998.
- Coello, T. «Unit Sizes in the Late Roman Army», *British Archaeological Review Series*, 645, 1996.
- Corcoran, S., *The Empire of the Tetrarchs: Imperial Pronouncements and Government, AD 284-324*, Oxford, 1996.
- , «Before Constantine», en N. Lenski (ed.), *The Cambridge Companion to the Age of Constantine*, Cambridge, 2006, pp. 35-58.
- Coterill, J., «Saxon Raiding and the Role of the Late Roman Coastal forts of Britain», *Britannia*, 24, 1993, pp. 227-239.
- Coulston, J., «Roman Archery Equipment», en M. Bishop (ed.), *The Production and Distribution of Roman Military Equipment. Proceedings of the Second Roman Military Equipment Research Seminar*, BAR 275, Oxford, 1985, pp. 230-348.
- Cunliffe, B., *Greeks, Romans and Barbarians: Spheres of Inter-action*, Nueva York, 1988.
- Danzinger, D. y Purcell, N., *Hadrian's Empire*, Londres, 2006.
- Dark, K., «A Sub-Roman Re-Defence of Hadrian's Wall?», *Britannia*, 23, 1992, pp. 111-120. —, *Britain and the End of the Roman Empire*, Charleston, 2000. Davies, R., *Service in the Roman Army*, Nueva

York, 1989. De Blois, L., *The Policy of the Emperor Gallienus*, Amsterdam, 1974.

–, «The Crisis of the Third Century A.D. in the Roman Empire: A Modern Myth?», en L. de Blois y J. Rich (eds.), *The Transformation of Economic Life Under the Roman Empire*, Leiden y Boston, 2002, pp. 204-217.

–.«Monetary Politics, the Soldiers' Pay, and the Onset of Crisis in the First Half of the Third Century A.D.», en P. Erdkamp (ed.), *The Roman Army and the Economy*, Amsterdam, 2002, pp. 90-107.  
Delbruck, H. (trad. J. Renfro), *The Barbarians Invasions*, Portland, 1980.

Dermandt, A., *Der Falls Roms: Die Anjldsnnng der Romischen Reiches im Urteil der Nachwelt*, Munich, 1984.

Devijver, H., *The Equestrian Officers of the Roman Army*, 2 vols., Amsterdam, 1989 y 1992.

Diaconescu, A., «The Towns of Roman Dacia: an Overview of Recent Archaeological Research», en W. Hanson e I. Haynes, *Roman Dacia: The Making of a Provincial Society*, *Journal of Roman Archaeology Supplementary Serie*, 56, 2004, pp. 87-142.

Dignas, B. y Winter, E., *Rome and Persia in Late Antiquity: Neighbours and Rivals*, Oxford, 2007.

Dixon, K. y Southern, P., *The Late Roman Army*, New Haven, 1996.

Dodds, E., *Pagan and Christian in an Age of Anxiety*, 1965 (versión en castellano: *Paganos y cristianos en una época de angustia*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1975).

Dodceon, M. y Lieu, S., *The Roman Eastern Frontier and the Persian Wars, AD 226-363*, Nueva York, 1991.

Drake, H., «The Impact of Constantine on Christianity», en N. Lenski (ed.), *The Cambridge Companion to the Age of Constantine*, Cambridge, 2006, pp. 111-136.

Drijvers, J., *Helena Augusta; the Mother of Constantine the Great and the Legend of the Finding of the Cme Cross*, Leiden, 1992.

–y Hunt, D. (eds.), *The Late Roman World and its Historian*, Londres y Nueva York, 1999.

Drinkwater, J., *The Gallic Empire: Separation and Continuity in the North-Western Provinces of the Roman Empire AD 260-274*, *Historia Einzelschriften*, 52, 1987, pp. 1-270.

–, «The Bacaudae of Fifth Century Gaul», en J. Drinkwater y H. Elton (eds.), *Fifth Century Gaul*, Cambridge, 1992, pp. 208-217.

–, «The Germanic Threat on the Rhine Frontier: A Romano-Gallic Artefact», en R. Mathisen y H. Sivan (eds.), *Shifting Frontiers in Late Antiquity*, Kansas, 1996, pp. 20-30.

–, *The Alamanni and Rome 213-496, Caracalla to Clodoveo*, Oxford University Press, 2007.

- Duncan-Jones, R., «Pay and Numbers in Diocletian's Army», *Chiron*, 8, 1978, pp. 541-560. – , *Money and Government in the Roman Empire*, Cambridge, 1994.
- , «The Impact of the Antonine Plague», en *Journal of Roman Archaeology*, 9, 1996, pp. 108-136.
- Dyson, S., «Native Revolt Patterns in the Roman Empire», *Aufstieg and Niedergang der römischen Welt*, II. 3, pp. 38-175.
- , *The Creation of the Roman Frontier*, Princeton, 1985.
- Edwards, C. y Woolf, G. (eds.), *Rome the Cosmopolis*, Cambridge, 2003.
- Edwards, M. «The Beginnings of Christianization», en N. Lenski (ed.), *The Cambridge Companion to the Age of Constantine*, Cambridge, 2006, pp. 137-158.
- Elton, H., *Warfare in Roman Europe: AD 350-425*, Oxford, 1996.
- .«Military Forces», en P. Sabin, H.VanWees y M.Whitby (eds.), *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare. Volume II: Rome from the Late Republic to the Late Empire*, Cambridge, 2007, pp. 270-309.
- Errington, R., *Roman Imperial Policy from Julian to Theodosius*, University of North Carolina Press, 2006. Esmondk Clhary,A., *The ending of Roman Britain*, Londres, 1989.
- Evans, J., *The Age of Justinian: The Circumstances of Imperial Power*, Londres y Nueva York, 1996. – , *The Empress Theodora: Partner of Justinian*, Austin, 2002.
- Fabech, O, «Booty Sacrifices in Southern Scandinavia-a History of Warfare and Ideology», en *Roman Reflections in Scandinavia*, 1996, pp. 135-138.
- Faulkner, N, *The Decline and Fall of Roman Britain*, Londres, 2000 (2ª edición, Londres, 2004).
- Ferguson,J., «China and Rome», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* II. 9. 2, pp. 581-603.
- Fields, N, *The Hun. Scourge of God AD 315-565*, Osprey Warrior Series III, Nueva York, 2006.
- Fink, R., *Roman Military Records on Papyrus*, Cleveland, 1971.
- Foss, C., «Syria in Transition, AD 550-750: an Archaeological Approach», *Dumbarton Oaks Papers*, 51, 1997, pp. 189-269.
- Frakes, R. «The Dynasty of Constantine Down to 363», en N. Lenski (ed.), *The Cambridge Companion to the Age of Constantine*, Cambridge, 2006, pp. 91-107.
- Freeman, C., *The Closing of the Western Mind: The Rise of Faith and the Fall of Reason*, Londres, 2002.

Frenū,W, Martyrdom and Persecution in the Early Church, Oxford, 1965.

Frere, S., Britannia, Oxford, 2005.

Frier, 13., «Roman Demography», en D. Potter y D. Mattingly (eds.), Life, Death and Entertainment in the Roman Empire, Michigan, 1999, pp. 95-109.

Garnsey, P., Social Status and Legal Privilege in the Roman Empire, Clarendon, Oxford, 1970.

–y Humfress, C., The Evolution of the Late Antique World, Cambridge, 2001.

Gilliam,J., «The plague Under Marcus Aurelius», AJP, 82, 1961, pp. 225-251.

Goffart, W., Barbarians and Romans: The Techniques of Accommodation Revisited, Princeton, 1980.

–, Barbarian Tides: The Migration Age and the Later Roman Empire, University of Pennsylvania, Philadelphia, 2006.

Goldsworthy, A., The Roman Army at War, 100 BC – AD 200, Oxford, 1996.

–, The Complete Roman Army, Londres, 2003 (versión en castellano: El ejército romano, Akal, Madrid, 2005).

–, In the Name of Rome, Londres, 2003 (versión en castellano: Grandes generales del ejército romano. Campañas, estrategias y tácticas,Ariel, Barcelona, 2005).

–, Caesar, The Life of a Colossus, Londres, 2006 (versión en castellano: César: la biografía definitiva, La Esfera de los Libros, Madrid, 2007).

–, «War: The Late Republic and Principate», en P. Sabin, H. Van Wees y M. Whitby (eds.) The Cambridge History of Greek and Roman Warfare. Volumen 2, Londres, 2007, pp. 76-121.

Goodburn, R. y Bartholomew, P. (eds.), Aspects of the Notitia Dignitatum, BAR Supplementary Series, 15, 1976.

Goodman, M. (con la asistencia de J. Sherwood), The Roman World 44 BC-AD 180, Londres, 1997.

Grainge, G., The Roman Invasions of Britain,Tempus, 2005. Grant, C., The Emperor Constantine, Phoenix, 1998.

Gray, P., «The Legacy of Chalcedon: Christological Problems andTheir Significance», en M. Maas (ed.), The Cambridge Companion to the Age of Justinian, Cambridge, 2005, pp. 215-238.

Greatrex, G., «The Nika Riot: A Reappraisal», Journal of Hellenic Studies, 117, 1997, pp. 60-86.

–, Rome and Persia at War, 502-532, Cambridge, 1998.

–, «The Gothic Arians After Theodosius (to Justinian)», Studia Patristica, 34, 2001, pp. 73-81.

–, «Byzantium and the East in the Sixth Century», en M. Maas (ed.), The Cambridge Companion to

the Age of Justinian, Cambridge, 2005, pp. 477-509.

–, «The Early Years of Justin in the Sources», *Electrum*, 12, 2007, pp. 99-115.

–y Lieu, N. (eds.), *The Roman Eastern Frontier and the Persian Wars, Part II AD 363-630*, Londres, 2002. Greene, K., *The Archaeology of the Roman Economy*, University of California Press, 1986.

–, «Technology and Innovation in Context: The Roman Background to Medieval and Later Developments», en *Journal of Roman Archaeology*, 7, 1994, pp. 22-33.

Grigg, R., «Inconsistency and Lassitude: The Shield Emblems of the *Notitia Dignitatum*», *Journal of Roman Studies*, 73, 1983, pp. 132-142.

Gutman, J. (ed.), *The Dura Europos Synagogue: A Re-evaluation (1932-1972)*, Nueva York, 1973.

Haarer, E., *Anastasias I: Politics and Empire in the Late Roman World*, Cambridge, 2006. Haldon, J., *The Byzantine Wars*, Tempus, 2001.

Halsall, G., *Warfare and Society in the Barbarian West, 450-900*, Londres, 2003. – , *Barbarian Migrations and the Roman West 376-568*, Cambridge, 2007. Harries, J., *Sidonius Apollinaris and the Fall of Rome, AD 407-485*, Oxford, 1994.

Haywood, J., *Dark Age Naval Power: A Re-Assessment of Frankish and Anglo-Saxon Seafaring Activity*, Routledge Press, 1991.

Heather, P., «The Fall of die Roman Empire», *Oxford Historian*, 4, mayo 2006, pp. 17-20. – , *Goths and Romans 332-489*, Oxford, 1991. – , *The Goths*, Blackwell, 1996.

–, *The Fall of the Roman Empire. A New History*, Oxford, 2005 (versión en castellano: *La caída del Imperio*

romano, Crítica, Barcelona, 2008).

Hedeager, L., «The Evolution of German Society 1-400 AD», en R. Jones, J. Bloemers, S. Dyson y M. Biddle (eds.), *First Millennium Papers: Western Europe in the 1<sup>st</sup> Millennium*. BAR 401, Oxford, 1988, pp. 129-401.

Hekster, O., *Commodns: An Emperor at the Crossroads*, Amsterdam, 2002. Herzfeld, E., *Archaeological History of Iran*, 1934.

Hodgson, N. y Bidwell, P., «Auxiliary Barracks in a New Light: Recent Discoveries on Hadrian's Wall», *Britannia*, 35, 2004, pp. 121-157.

Holden, P., «Mediterranean Plague in the Age ofjustinian», en M. Maas (ed.), *The Cambridge Companion to theAge ofjustinian*, Cambridge, 2005, pp. 134-160.

–y Purcell, N., *The Corrupting Sea: A Study of Mediterranean History*, Oxford, 2000.

Holum, K., «The Classical City in the Sixth Century: Survival and Transformation», en M. Maas (ed.),

The

Cambridge Companion to the Age of Justinian, Cambridge, 2005, pp. 87-112. Hopkins, C., *The Discovery of Dura Europos*, Leiden, 1979.

Hopkins, K., «Taxes and Trade in the Roman Empire (200 BC-AD 400)», *Journal of Roman Studies*, 70, 1980, pp. 101-125.

–, «Early Christian Number and its Implications», *Journal of Early Christian Studies*, 6, 1998, pp. 184-226.

Howard-Johnston, J., «The Two Great Powers in Late Antiquity: A Comparison», en A. Cameron (ed.), *The Byzantine and Early Islamic Near East III: States Resources and Armies*, Princeton, 1993, pp. 157-226, también en A. Howard-Johnston, *Early Rome, Sassanian Persia and the End of Antiquity*, Oxford, 2006.

Howe, L., *The Praetorian Prefect from Commodus to Diocletian, AD 180-305*, Chicago, 1942.

Howgego, C., «Coin Circulation and the Integration of the Roman Economy», *Journal of Roman Archaeology*, 7, 1994, pp. 5-21.

Humeress, C., «Law and Legal Practice in the Age of Justinian», en M. Maas (ed.), *The Cambridge Companion*

to the Age of Justinian, Cambridge, 2005, pp. 161-184.

Hunt, D., «The Outsider Inside: Ammianus on the Rebellion of Silvanus», en J. Drijvers y D. Hunt (eds.), *The Late Roman World and its Historian*, Londres, 1999, pp. 51-63.

IlkjyEKM, J., «The Weapons' Sacrifice at Illerup Ádal, Denmark», en K. Randsborg, *The Birth of Europe*, Roma, 1989, pp. 54-61.

Isaac, B., «The Meaning of the Terms Limes and Limitanei», *Journal of Roman Studies*, 78, 1988, pp. 125-147.

–, *The Limits of Empire*, Oxford, 1992.

James, S., «Britain and the Late Roman Army», en T. Blagg y A. King, *Military and Civilian in Roman Britain: Cultural Relationships in a Frontier Province*. BAR Int. Ser. 136, 1984, pp. 161-186.

–, *Excavations at Dura-Europos 1928-1937. Final Report VII: The Arms and Armour and Other Military Equipment*, 2004.

–, «The Deposition of Military Equipment During the Final Siege at Dura-Europos, with Particular Regard to the Tower 19 Countermine», *Carnuntum Jahrbuch 2005 "Archdologie der Schlachtfelder-Militaria aus Zerstrungshorizonten"*; Akten der 14. Internationalen Roman Military Equipment Conference (ROÁ4EC), Wien, 27-31. August 2003, 2005, pp. 189-206.

Jeffreys, E., Jeffreys, M., Scott, R. et al., *The Chronicle of John Malalas: A translation*, Melbourne,



1986.

Johnson, M., «Architecture of Empire», en N. Lenski (ed.), *The Cambridge Companion to the Age of Constantine*, Cambridge, 2006, pp. 278-297.

Johnson, S., *The Roman Forts of the Saxon Shore*, Londres, 1976. – , *Later Roman Britain*, Londres, 1982. – , *Late Roman Fortifications*, Londres, 1983.

Jones, A., *The Later Roman Empire, 284-602*, 2 vols., Oxford, 1964.

Jones, M. y Casey, J., «The Gallic Chronicle Exploded?», *Britannia*, 22, 1991, pp. 212-215.

Jones, T. y Ereira, A., *Terry Jones' Barbarians*, documental BBC, 2006.

Jongman, W., «Gibbon Was Right: The Decline and Fall of the Roman Economy», en Hekster, Kleijn y Slootjes, op. cit., pp. 183-199.

Kassai, L., *Horseback Archery*, video, 2002.

Kelly, C., *Ruling the Later Roman Empire*, Harvard University Press, 2004.

–, «Bureaucracy and Government», en N. Lenski (ed.), *The Cambridge Companion to the Age of Constantine*, Cambridge, 2006, pp. 183-204.

Kennedy, D., «"European" Soldiers and the Severan Siege of Hatra», en P. Freeman y D. Kennedy (eds.), *The Defence of the Roman and Byzantine East. BAR International Series 291*, Londres, 1986, pp. 397-409.

Kulikowski, M., «Barbarians in Gaul, Usurpers in Britain», *Britannia*, 31, 2000, pp. 325-345.

–, «The Notitia Dignitatum as a Historical Source», *Historia*, 99, 2002, pp. 358-377.

–, *Later Roman Spain and its Cities*, Baltimore, 2004. – , *Rome's Gothic Wars*, Cambridge, 2007.

Lander, J., *Roman Stone Fortifications: Variation and Change from the First Century to the Fourth Century AD. BAR International Series 206*, Londres, 1984.

Lane Fox, R., *Pagans and Christians*, Nueva York, 1987.

Lang, J., «Two Sides of a Coin: Aurelian, Vaballathus, and Eastern Frontiers in the Early 270's», en R. Mathisen y H. Sivan (eds.), *Shifting Frontiers in Late Antiquity*, Kansas, 1996, pp. 59-71.

Le Bohec, Y., *The Imperial Roman Army*, Londres, 1994 (versión en castellano: *El ejército romano: instrumento para la conquista de un imperio*, Ariel, Barcelona, 2004).

–, *L'armée romaine sous le Bas-Empire*, París, 2006.

Leadbetter, B., «The Illegitimacy of Constantine and the Birth of the Tetrarchy», en S. Lieu y D. Montserrat (eds.), *Constantine: History, Historiography and Legend*, Londres y Nueva York, 1998, pp.

Lee, A., «Traditional Religions» en N. Lenski (ed.), *The Cambridge Companion to the Age of Constantine*, Cambridge, 2006, pp. 159-179.

–, *War in Late Antiquity: A Social History*, Oxford, 2007.

Lendon, J., *Soldiers and Ghosts: A History of Battle in Classical Antiquity*, Yale University Press, New Haven, 2005 (versión en castellano: *Soldados y fantasmas. Historia de las guerras en Grecia y Roma*, Ariel, Barcelona, 2006).

Lenski, N., «Initium Mali Romano Imperio: Contemporary Reactions to the Battle of Adrianople», *Transactions of the American Philological Association* A 27, 1997, pp. 129-168.

–, *The Failure of Empire: Valens and the Roman State in the Fourth Century AD*, University California Press, 2002.

–, «The Reign of Constantine», en N. Lenski (ed.), *The Cambridge Companion to the Age of Constantine*, Cambridge, 2006, pp. 59-90.

Leveau, P., «The Barbegal Water Mill and its Environment: Archaeology and the Economic and Social History of Antiquity», *Journal of Roman Archaeology*, 9, 1996, pp. 137-153.

Levicic, B., *Julia Domna: Syrian Empress*, Londres y Nueva York, 2007.

Lewit, T., *Agricultural Production in the Roman Economy*. BAR int. s. 568, Oxford, 1991.

Liebeschuetz, J., *Barbarians and Bishops: Army, Church, and State in the Age of Arcadius and Chrysostom*, Oxford, 1990.

–, *The Decline and Fall of the Classical City*, Oxford, 2001.

Liebeschuetz, W., «Was there a Crisis of The Third Century?», en O. Hekster, G. Kleijn y D. Slootjes (eds.), op. cit., pp. 11-20.

–, «Cities, Taxes, and the Accommodation of the Barbarians: the Theories of Durlat and Goffart», en T. Noble (ed.), *From Roman Provinces to Medieval Kingdoms*, Londres, 2006, pp. 309-323.

Lieu, S. «Captives, Refugees and Exiles: A Study of Cross-Frontier Civilian Movements and Contacts Between Rome and Persian from Valerian to Jovian», en P. Freeman y D. Kennedy (eds.), *The Defence of the Roman and Byzantine East*. BAR International Series 297, Oxford, 1986, pp. 475-505.

Lillington-Martin, C., «Archaeological and Ancient Literary Evidence for a Battle near Dara Gap, Turkey, AD 530: Topography, Texts, Trenches», en A. Lewin y P. Pellegrini, (eds.), *The Late Roman Army in the Near East from Diocletian to the Arab Conquest*, Oxford, 2007, pp. 299-311.

Lindner, R., «Nomadism, Huns and Horses», *Past and Present*, 92, 1981, pp. 1-19.

Luttwak, E., *The Grand Strategy of the Roman Empire from the first century AD to the third*, Nueva York, 1976.

Maas, M., «Roman Questions, Byzantine Answers: Contours of the Age of Justinian», en M. Maas (ed.), *The Cambridge Companion to the Age of Justinian*, Cambridge, 2005, pp. 3-27.

Mackensen, M., «Late Roman Fortifications and Building Programmes in the Province of Raetia: the Evidence of Recent Excavations and Some New Reflections», en J. Creighton y R. Wilson (eds.), *Roman Germany: Studies in Cultural Interaction. Journal of Roman Archaeology Supplementary Series*, 32,

1999, pp. 199-244.

MacMullen, R., *Soldier and Civilian in the Later Roman Empire*, Harvard, 1967. – , *Enemies of the Roman Order*, Nueva York, 1967. – , *Roman Social Relations*, Oxford, 1974.

– , *Roman Government's response to Crisis, AD 235-331'*, New Haven y Londres, 1976. – , «How Big Was the Roman Imperial Army», *Klio*, 62, 1980, pp. 451-460.

– , «The Epigraphic Habit in the Roman Empire», *American Journal of Philology*, 103, 1982, pp. 233-246. – , *Christianizing the Roman Empire AD 100-400*, New Haven, 1984. – , «The Legion as Society», *Historia*, 33, 1984, pp. 440-456. – , *Corruption and the Decline of Rome*, New Haven, 1988.

Maenchen-Helfen, O., *The World of the Huns: Studies in their History and Culture*, Berkeley, 1973.

Man, J., *Attila: The Barbarian King who Challenged Rome*, Londres, 2005 (versión en castellano: *Afila: el rey bárbaro que desafió a Roma*, Oberon, Madrid, 2006).

Mango, C., *Byzantium: The Empire of the New Rome*, Londres y Nueva York, 1980.

Manley, J., *AD 43: The Roman Invasion of Britain, a reassessment*, Tempus, 2002.

Mann, J., «What was the *Notitia Dignitatum* for?» en R. Goodburn y P. Bartholomew (eds.), *Aspects of the Notitia Dignitatum*, BAR Supplementary Series, 15, 1976, pp. 1-9.

Matthews, J., *Western Aristocracies and Imperial Court. AD 364-425*, Oxford, 1975.

– , «Mauretania in Ammianus and the *Notitia*», en R. Goodburn y P. Bartholomew (eds.), *Aspects of the Notitia Dignitatum*. BAR Supplementary Series 15, 1976, pp. 157-186.

– , *The Roman Empire of Ammianus*, Baltimore, 1989.

Mattingly, D., «Impact Beyond Empire: Rome and the Garamantes of the Sahara», en L. de Blois y J. Rich (eds.), *The Transformation of Economic Life Under the Roman Empire. Proceedings of the 2<sup>nd</sup> Workshop of*

*the International Network. Impact of Empire (Roman Empire, c. 200 BC-AD 476)*, 2002, pp. 184-203 y M. Liverani, «The Garamantes: a Fresh Approach», *Libyan Studies*, 31, 2000, p. 17 y ss.

–, *An Imperial Possession: Britain in the Roman Empire, 54 BC-AD 409*, Londres, 2006.

McGeorge, P., *Late Roman Warlords*, Oxford, 2002.

McLeod, W, «The Range of die Ancient Bow», *Phoenix*, 19, 1965, pp. 1-14. McLynn, N., *Ambrose of Milan: Church and Court in a Christian Capital*, Berkeley, 1994. Meeks, W., *The First Urban Christians*, Londres, 1983.

Millar, F, «P. Herennius Dexippus: The Greek World and the Third-Century Invasions» *Journal of Roman Studies*, 59, 1969, pp. 12-29.

–, «Paul of Samosata, Zenobia and Aurelian: The Church, Local Culture and Political Allegiance in Third-Century Syria», *Journal of Roman Studies*, 61, 1971, pp. 1-17.

–, *The Emperor in the Roman World, 31 BC-AD 337*, Londres, 1977.

–, *The Roman Empire and its Neighbours*, Londres, 1981.

–, «Emperors, Frontiers and Foreign Relations», *Britannia*, 8, 1982, pp. 1-23. –, *The Roman Near East, 31 BC-AD 337*, Harvard University Press, 1993. Millett, M., *Roman Britain*, Londres, 1995.

Mitchell, S., «Maximinus and the Christians in AD 312: A New Inscription», *Journal of Roman Studies*, 78, 1988, pp. 105-124.

–, *Cremna in Pisidia. An Ancient City in Peace and War*, The Classical Press of Wales, 1995.

–, «The Cities of Asia Minor in Constantine's time», en S. Lieu y D. Montserrat (eds.), *Constantine. History, historiography and legend*, Londres y Nueva York, 1998, pp. 52-73.

–, *A History of the Later Roman Empire AD 284-641*, Oxford, 2007.

Moorhead, J., *Theodoric in Italy*, Oxford, 1992.

–Justinian, Londres, 1995.

–, *The Roman Empire Divided 400-700*, Harlow, 2001.

Morgan, M., en S. Lieu (ed.). *The Emperor Julian: Panegyric and Polemic*, Liverpool, 1989. Morris, J., *The Age of Arthur. A History of the British Isles from 350 to 650*, Londres, 1973. Murdoch, A., *The Last Pagan: Jidian the Apostate and the death of the ancient world*, Oxford, 2003. Murphy, C., *Are we Rome? The Fall of an Empire and the Fate of America*, 2007. Murray, J. (ed.), *The Autobiographies of Edward Gibbon*, Londres, 1896. Musurillo, H., *Acts of the Christian Martyrs*, Oxford, 1972.

Nicasie, M., *Twilight of Empire: The Roman Army from the Reign of Diocletian until the Battle of Adrianople*, Amsterdam, 1998.

Noble, T. (ed.), *From Roman Provinces to Medieval Kingdoms*, Michigan, 2006.

Nylam, E., «Early gladius Swords in Scandinavia», *Acta Archaeologica*, 34, 1963, p. 185. O'Flynn, J.,

Generalissimos of the Western Roman Empire, Edmonton, 1983. Odahl, C., Constantine and the Christian Empire, Londres, 2004.

Okamura, L., «Roman Withdrawals from Three Transfluvial Frontiers», en R. Mathisen y H. Sivan (eds.), *Shifting Frontiers in Late Antiquity*, Michigan, 1996, pp. 11-30.

Oost, S., *Galla Placidia Augusta: A Biographical essay*, Chicago, 1968.

Parker, A., *Ancient Shipwrecks of the Mediterranean and the Roman provinces*. BAR International Series, Oxford, 1992.

Parker, H., *The Roman Legions*, Oxford, 1928.

Parkin, T., *Demography and Roman Society*, Baltimore y Londres, 1992. Pearson, A., *The Roman Shore Forts*, Tempus, 2002.

–, «Pracy in Late Roman Britain: a Perspective from the Viking Age», *Britannia*, 37, 2006, pp. 337-353.

Perkins, A. (ed.), *The Excavations at Dura-Europos. Final Report V, Part 1: Papyri*, New Haven, 1959.

–, *The Art of Dura-Europos*, Oxford, 1973. Piganiol, A., *L'Empire chrétien (325-395)*, Paris, 1947.

Pohl, W., «Justinian and the Barbarian Kingdoms», en M. Maas (ed.), *The Cambridge Companion to the Age of Justinian*, Cambridge, 2005, pp. 448-476.

Pomeroy, S., «Coptonyms and the Exposure of Infants in Egypt», en A. Cameron y A. Kuhrt (eds.), *Images of Women in Antiquity*, Londres, 1983, pp. 207-222

Porter, R., *Gibbon*, Londres, 1988.

Potter, D., *Prophecy and History in the Crisis of the Roman Empire. A Historical Commentary on the Thirteenth Sibylline Oracle*, Oxford, 1990.

–, *The Roman Empire at Bay, AD 180-395*, Londres y Nueva York, 2004.

Rathbone, D., «Villages, Land and Population in Graeco-Roman Egypt», *PCPS*, 36, 1990, pp. 103-142.

Ratjar, J., «Die Legionen Mark Aurels im Vormarsch» en Oexle, J. (ed). *Ans der Luft-Bilder unserer Geschichte*, 1997, pp. 59-68.

Reece, R., «The Third Century: Crisis or Change?», en A. King y M. Henig (eds.), *The Roman West in the Third Century: Contributions from Archaeology and History*. BAR Int. Series 109(i), Oxford, 1981, pp. 27-38.

Ries, R., *Diocletian and the Tetrarchy*, Edimburgo, 2004.

Richardson, J., *The Romans in Spain*, Oxford, 1996 (versión en castellano: *Hispania y los romanos*, Crítica, Barcelona 1998).

Rives, J., «The Decree of Decius and the Religion of Empire» *Journal of Roman Studies*, 89, 1999, pp. 135-154.

- Rodwell, T. y Rowley, T. (eds.), «Small Towns of Roman Britain», BAR, 15, 1975.
- Rostovtzeff, M. (ed.), The Excavation at Dura-Europos. Preliminary Report of the Fifth Season of Work, October 1931-March 1932, New Haven, 1934.
- , Bellinger, A., Hopkins, C. y Wells, C. (eds.), The Excavations at Dura-Europos. Preliminary Report of the Sixth Season of Work, October 1932-March 1933, New Haven, 1936.
- Saller, R.P., «Promotion and Patronage in Equestrian Careers», *Journal of Roman Studies*, 70, 1980, 44-63.
- , *Personal Patronage under the Early Empire*, Cambridge University Press, 1982.
- Salway, P., *Roman Britain*, Oxford, 1998.
- Scheidel, W., *Measuring Sex, Age, and Death in the Roman Empire. Explorations in Ancient Demography*. *Journal of Roman Archaeology Supplementary Series* 21, Nueva York, 1996.
- Schonberger, H., «The Roman Frontier in Germany: an Archaeological Survey» *Journal of Roman Studies*, 59, 1969, pp. 144-197.
- Seeck, O. (ed.), *Notitia Dignitatum*, Berlin, 1876.
- Sherwin-White, A., *The Letters of Pliny: A Historical and Social Commentary*, Oxford, 1966. –, *The Roman Citizenship*, Oxford, 1973.
- Snyder, C., *An Age of Tyrants: Britain and the Britons AD 400-600*, Stroud, 1998.
- Sotinel, C., «Emperors and Popes in the Sixth Century: The Western View», en M. Maas (ed.), *The Cambridge Companion to the Age of Justinian*, Cambridge, 2005, pp. 267-290.
- Speidel, M., *Riding for Caesar: The Roman Emperors' Horse Guard*, Londres, 1994. Stephenson, I., *Romano-Byzantine Infantry Equipment*, *Tempus*, 2006. – y Dixon, K., *Roman Cavalry Equipment*, Charleston, 2003.
- Stoneman, R., *Palmyra and its Empire: Zenobia's Revolt Against Rome*, Michigan, 1992. Stuart Hay, J., *The Amazing Emperor Heliogabalus*, Londres, 1911.
- Swift, E., *The End of the Western Roman Empire: An archaeological investigation*, Stroud, 2000.
- Syme, R., *The Roman Revolution*, Oxford, 1939 (versión en castellano: *La revolución romana*, Taurus, Madrid, 1989).
- , *Emperors and Biography: Studies in the Historia Augusta*, Oxford, 1971. Tchalenko, G., *Villages antiques de la Syrie du nord*, Paris, 1953-1958.
- Termin, P., «A Market Economy in the Early Roman Empire» *Journal of Roman Studies*, 91, 2001, pp. 169-181.

Thomas, C., «Saint Patrick and Fifth-Century Britain: An Historical Model Explored», en P. Casey (ed.), *The End of Roman Britain. Papers from a Conference*, Durham 1978, BAR British Ser., 71, 1979, pp. 81-101.

Thompson, E. (ed. P. Heather), *The Huns*, Oxford, 1996.

Todd, M., *Roman Britain*, 3ª edición, Londres, 1999.

–, *The Early Germans*, 2ª edición, Londres, 2004.

Tomlin, R., «Notitia Dignitatum omnium, tarn civilium quam militarium», en R. Goodburn y P. Bartholomew

(eds.), *Aspects of the Notitia Dignitatum*. BAR Supplementary Series, 15, 1976, pp. 189-209. –  
«Christianity and the Roman Army», en S. Lieu y D. Montserrat (eds.), *Constantine. History*, op cit...

Tougher, S. *Julian the Apostate*, Edimburgo, 2007. Treadgold, W., *Byzantium and its army*, 284-1081, Stanford, 1995.

Turton, G., *The Syrian Princesses. The Women who Ruled the Roman World*, Londres, 1974.

Yarshater, E. (ed.), *The Cambridge History of Iran, Volume 3 (I): The Seleucid, Parthian, and Sasanian Periods*, Cambridge, 1983.

Young, G., *Rome's Eastern trade: International Commerce and Imperial Policy, 31 BC-AD 305*, Londres y Nueva York, 2001.

Vervaeke, E., «The Reappearance of the Supra-Provincial Commands in the Late Second and Early Third Centuries CE: Constitutional and Historical Considerations», en Hekster, Kleijn y Slootjes, op. cit.

Veyne, P., *Bread and Circuses*, Londres, 1990.

Von Petrikovits, H., «Fortifications in the North-Western Roman Empire From the Third to Fifth Centuries AD», *Journal of Roman Studies*, 61, 1971, pp. 178-218.

Wacher, J., *The Towns of Roman Britain*, 2ª ed., Londres, 1995.

Walker, S. y Bierbrier, M., *Ancient Faces: Mummy Portraits from Roman Egypt*, Londres, 1997.

Ward-Perkins, B., *The Fall of Rome and the End of Civilization*, Oxford, 2005 (versión en castellano: *La caída de Roma y el fin de la civilización*, Espasa, Madrid, 2007).

Watson, A., *Aurelia» and the Third Century*, Londres, 2004.

Watson, G., *The Roman Soldier*, Londres, 1970.

Webster, G., *The Roman Imperial Army*, Londres, 1985 (reimpresión con bibliografía actualizada, 1998). Weiss, P., «The Vision of Constantine», *Journal of Roman Archaeology*, 16, 2003, pp. 237-259.

Wells, C., *The German Policy of Augustus*, Oxford, 1972.

- Wells, P., *The Barbarians Speak: How the Conquered Peoples Shaped Roman Europe*, Princeton, 1999.
- Wheeler, E., «The Laxity of the Syrian Legions», en D. Kennedy (ed.), *The Roman Army in the East*, *Journal of Roman Archaeology Supplementary Series*, 18, Michigan, 1996, pp. 229-276.
- Whittaker, C., *Frontiers of the Roman Empire: A Social and Economic Study*, Londres, 1994.
- Whittaker, M., *Jews and Christians, Greco-Roman Views*, Cambridge, 1984.
- Wiesehofer, J., *Ancient Persia: from 550 BC to 650 AD*, Londres, 1996 (versión en castellano: *Antigua Persia*, Acento Ediciones, Madrid, 2003).
- Wightman, E., *Gallia Bélgica*, Londres, 1985.
- Wíldberg, C., «Philosophy on the Age of Justinian», en M. Maas (ed.), *The Cambridge Companion to the Age of Justinian*, Cambridge, 2005, pp. 316-340.
- Williams, S., *Diocletian and the Roman Recovery*, Londres, 1985.
- y Friei.i., G., *Theodosius. The Empire at Bay*, Londres, 1994.
- Wílken, R., *The Christians as the Romans Saw Them*, Yale University Press, New Haven, 1984.
- Willems, W., *Romans and Barbarians: A Regional Study in the Dutch Eastern River Area*, Amsterdam, 1986.
- Williams, S., *Diocletian and the Roman Recovery*, Londres, 1985.
- Williams, W., «Caracalla and Rhetoricians: a Note of the *cognitio de Gohairienis*», *Latomus*, 33, 1974, pp. 663-667.
- Wilson, A., «Machines, Power and the Ancient Economy», *Journal of Roman Studies*, 92, 2002, pp. 1-32.
- Wilson, R., *Roman Forts: an Illustrated Introduction to the Garrison Posts of Roman Britain*, Londres, 1980.
- Witschel, C., «Re-Evaluating the Roman West in the 3<sup>rd</sup> c. A. D.», *Journal of Roman Archaeology*, 17, 2004, pp. 251-281.
- Wolfram, H. (trad. T. Dunlap), *The Roman Empire and its Germanic Peoples*, Berkeley, 1997.
- Wood, I., «The End of Roman Britain: Continental Evidence and Parallels», en M. Lapidge y D. Dumville (eds.), *Gildas: New Approaches*, Woodbridge, 1984, pp. 1-25.
- , «The Fall of the Western Empire and the End of Roman Britain», *Britannia*, 18, 1987, pp. 251-262
- Woolf, G., «Roman Peace», en J. Rich y G. Shipley, *War and Society in the Roman World*, Londres y Nueva York, 1993, pp. 171-194.
- Z ahí) an, Y., *Philip the Arab: A Study in Prejudice*, Londres, 2001.



ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Adriano, 22, 48, 50, 54, 57-60, 77, 78, 94, 166, 199, 242, 420, 421, 424, 431
- Aecio, *véase* Flavio Aecio
- Agripina, 110
- Alarico, 368, 369, 371-375, 377-381, 387-391, 400, 431, 441
- Alarico, 318, 323
- Albino, *véase* Décimo Clodio Albino
- Alecto, 212, 423
- Alejandro Magno, 29, 92, 103, 112, 113, 116, 123-125, 149, 167, 196, 202, 249, 295, 297, 344, 393
- Alejandro Severo, 134, 183
- Ambrosio Aureliano, 418
- Ambrosio Marcelino, 42, 43, 256, 257, 260-263, 277, 279, 281, 282, 284-287, 289, 292, 293, 295, 302-304, 319, 321-323, 326, 329, 330, 363, 425
- Anastasio, 472, 477, 481, 486, 495
- Anibal, 329
- Anibaliano, 252, 256
- Anio Equester, 66
- Antemio, 446, 455
- Antonina, 496
- Antonino Pio, 57, 77, 199, 200
- Antonio, 99
- Apro, 177
- Aquila Severa, 110
- Arbogosto, 334, 335
- Aracadio, 334, 337, 366, 369, 370, 375
- Barbato, 281
- Basiano, *véase* Marco Aurelio Antonino
- Basilisco, 456, 470, 478
- Belsario, 486, 487, 489-492, 495, 496
- Beloch, K., 61
- Blair, Terry, 19
- Bleda, 401, 405, 407
- Bolívar, Simón, 32
- Bonifacio, 409-411, 476
- Boudica, 50, 420
- Brigonio, 66
- Burb, George W., 19
- Caligula, 106
- Caracalla, 96, 97, 99-110, 114-116, 121, 122, 149, 185-187, 195, 199, 200, 202, 219, 320
- Caraciano, 211, 212, 230, 425
- Carino, 177, 178, 183, 210, 214
- Caro, *véase* Marco Aurelio Numerio Caro
- Casio Longino, 168, 171
- Cayo Meseo Quinto Decio, 128, 129, 135, 139, 140, 149, 248
- Cayo Pescenio Nigro, 92
- Cayo Timestio, 126, 127
- Cayo Valerio Diocleciano, 41, 178, 183, 184, 203, 207-216, 220-225, 227-229, 231, 233-236, 241, 246, 248, 249, 251, 266, 273, 277, 319, 338, 339, 508
- Ceciliano, 244
- Champollion, Jean-François, 30
- Childerico, 466
- Chnodomar, 281
- Churchill, Winton, 31
- Cipriano, 173
- Cirilo, 449, 450
- Claudio, 57, 510
- Andasio I, 122-125, 127, 178, 179, 180, 235
- Ariadna, 472
- Artabado, 55
- Arminio, 144
- Artia, 245, 466
- Aruces, 343
- Artabano V de Partia, 122
- Arturo, 419
- Apar, 442, 448, 456
- Atala Prisco, 379, 383
- Atanarico, 316
- Ataulfo, 377, 379, 382-384, 387, 391, 413
- Atala el Humo, 393, 394, 396, 400-408, 413-416, 456, 466, 473, 484, 503
- Augusto, 22, 25, 48, 56-58, 73, 84, 91, 106, 114, 136, 140, 141, 148, 170, 197, 199, 200, 202, 208, 215, 224, 262, 271, 419, 498, 506, 510, 511
- Aurelio Arria, 121
- Aureliano, *véase* Lucio Domicio Aureliano
- Aurelio Maximiano, 210-213, 216, 221, 227, 228, 230, 231, 235, 246
- Avidio Casio, 74, 89
- Avidio, 441-443, 452
- Balbiso, 126, 187
- Batates, 49, 64, 166
- Claudio II, *véase* Marco Aurelio Claudio
- Cleopatra, 167, 170, 393
- Clodoveo, 460, 466, 478
- Cruca, 139-141, 150
- Cómodo, 47, 72, 74, 77-81, 82, 91, 96, 100, 101, 117, 146, 199, 202, 524
- Constanca, 232, 233
- Constancio, *véase* Flavio Constancio
- Constancio, general, 382-384, 387, 388, 390, 400, 406, 412, 445, 454, 476
- Constancio II, 247
- Constante, 252-254, 382
- Constantino I, 41, 42, 229-233, 236-256, 258, 266, 267, 274, 277, 288, 289, 291, 301-303, 307, 315, 319, 338, 339, 341, 348, 350, 355, 374, 381-383, 385, 401, 423, 450, 505
- Constantino II, 246, 252, 253
- Constantino III, 424, 429, 431, 437
- Corbulón, 262
- Corotico, 456
- Crispo, 246, 248
- Dalmacio, 247, 252
- Dámaso, 350
- Décimo Clodio Albino, 92-94, 104, 115
- Decio, *véase* Cayo Meseo Quinto Decio
- Diádo Juliano, 84, 92, 247
- Diocleciano, *véase* Cayo Valerio Diocleciano
- Dileo Casio, 43, 47, 79, 83, 92, 94, 110, 111, 113, 115, 116, 186
- Domiciano, 183, 510
- Domicio Alejandro, 231
- Donato, 244
- Edicto, 80, 83
- Edico, 407

Elagibalo, *véase* Marco Aurelio Antonino  
 Emiliano, 136, 149, 150  
 Emilio Laeto, 81, 83, 92  
 Escotas, 405  
 Escipión el Africano, 297  
 Escipión Emiliano, 297  
 Estilacón, 367, 369-375, 377, 378, 381, 382, 389, 390, 400, 412, 424, 445, 476, 502  
 Eudocia, 440  
 Eudoxia, 370, 371, 386, 440, 441  
 Eugenio, *véase* Flavio Eugenio  
 Eurico, 443, 451, 452  
 Eusebio, 237, 241  
 Eutropio, 369, 370  
  
 Fausta, 230, 246, 247  
 Faustina, 57  
 Félix, 409  
 Filipo, *véase* Marco Julio Filipo  
 Flavio Arcio, 408, 409, 412-418, 440, 441, 443, 445, 476, 502  
 Flavio Constantio, 212, 213, 216, 227-231, 236, 237, 253-264, 269, 279, 281, 283, 284, 287-295, 298, 305, 306, 309, 337, 338, 341, 345, 350, 355, 454  
 Flavio Constantino, 403  
 Flavio Eugenio, 334, 335, 337, 355, 367-369  
 Florianio, *véase* Marco Anio Florianio  
 Fawista, 371  
 Frépigeno, 318, 323-325, 327, 330, 331  
 Frontón, 42  
  
 Galina, 369-371  
 Gala Placidia, 384-386, 409, 413, 416  
 Galerio Maximiano, 212, 213, 216, 225, 227, 228-231, 235, 236, 248, 291, 301, 306, 344  
  
 Horacio, 221  
 Hora, 435  
 Huanrico, 411  
  
 Josefona, 29  
 Jesucristo, 129-131, 245, 247, 302, 350, 497  
 Jones, A. H. M., 40  
 Jones, Terry, 16  
 Joviano, 300, 301, 304, 341-344  
 Jovio, 378  
 Juan, 409  
 Juan de Capadocia, 496  
 Julia Domna, 99, 100, 105-107, 114  
 Julia Mamae, 106, 112, 134, 135  
 Julia Mesa, 106, 107, 112  
 Juliano el Apóstata, 247, 255, 265, 277-291, 294-304, 306, 308, 309, 341, 345, 350, 355  
 Julio César, 13, 18, 21, 50, 55-57, 67, 103, 141, 142, 146, 148, 279, 281, 320, 393, 419, 502  
 Julio Martialis, 104  
 Julio Nepote, 455-457, 478  
 Julio Tercencio, 119, 121, 122, 129, 208  
 Justina, 333, 352  
 Justriano, 482, 483, 486, 488-498, 500  
 Justino I, 481, 482, 486  
 Justino II, 498  
  
 Kwool, 484-486  
 Kenyatta, Jomo, 32  
 Khamo I, 484, 486, 487, 497, 499  
 Kipling, Rudyard, 394  
  
 Lactancio, 228, 231, 237  
 Laeto, *véase* Emilio Laeto  
 Lampadco, 260  
 León I, 446, 448, 455, 456, 470-472, 476, 477  
 Galieno, 136, 150, 153-156, 160, 163-165, 173, 183, 184, 186, 234  
 Galo, 135, 136, 149, 255-257, 277, 283  
 Gandhi, Mahatma, 32  
 Gelimer, 490  
 Gengis Khan, 393, 394  
 Genesario, 410, 411, 413, 440, 441, 444  
 Germano de Auxerre, 433, 451  
 Genocicio, 382  
 Geta, 96, 97, 99-102, 106, 116, 184, 199  
 Gibbon, Edward, 14, 15, 26, 29, 30, 33, 41, 72, 73, 107, 510, 523, 524  
 Gilda, 418, 419, 430, 437  
 Gildo, 369, 370  
 Glicerio, 455  
 Gordiano, *véase* Marco Antonio Gordiano Sempromiano Romano  
 Gordiano III, 126, 187  
 Graciano, 313, 314, 325, 326, 330, 331, 333, 337, 355, 345  
 Gundobado, 455, 456  
  
 Harris, Robert, 16  
 Heather, Peter, 38  
 Helena, 247, 252  
 Helogibalo, *véase* Marco Aurelio Antonino  
 Hengist, 435  
 Hércules, 80  
 Herodes, 165  
 Herodiano, 43, 110, 125  
 Heródoto, 224  
 Hipatia, 449  
 Hitler, Adolf, 27, 366  
 Homero, 498  
 Honorio, 413, 414, 416  
 Honorio, 334, 337, 366, 367, 374-376, 378-383, 391, 409, 429, 430  
 León II, 456  
 Libro Severo, 444, 445  
 Licinio, 231, 232, 238, 246  
 Lidio, 176  
 Livia, 106  
 Longino, 472  
 Lucio Domicio Aureliano, 156, 157, 168-175, 187, 208, 236, 288, 339  
 Lucio Domicio Domiciano, 212, 213  
 Lucio Septimio Severo, 91-97, 104-106, 115, 155, 156, 178, 185, 187, 195, 197, 199, 200, 202, 215, 248, 266, 309, 420, 505  
 Lucio Vero, 73, 83, 96, 120, 184, 199  
 Lucipino, 321-323, 325, 332  
  
 Macriano, 163, 164  
 Macriano, *véase* Marco Oplio Macriano  
 Magencio, 253-256, 258, 277, 278, 281, 284  
 Magno Máximo, 321, 332-334, 337, 368, 382  
 Mahoma, 499  
 Majencio, 230-232, 236, 241, 242, 253  
 Malrico, 259  
 Mamae, *véase* Julia Mamae  
 Mami, 235  
 Marcello, 280  
 Marcia, 80, 92  
 Marciano, 415, 440, 471, 477  
 Marco Anio Florianio, 175  
 Marco Antonio, 55, 170  
 Marco Antonio Gordiano Sempromiano Romano, 125-128, 149, 248, 296  
 Marco Aurelio, 47, 48, 55, 57-60, 72-75, 77, 78, 82, 83, 86, 94-96, 101, 109, 110, 114, 132, 148, 149, 161, 184, 185, 187, 198, 199, 202, 209,

216, 242, 248, 269, 270, 190, 313, 365, 500, 510  
 Marco Aurelio Antonino, 71, 107-116, 120, 169, 187, 196, 201, 202  
 Marco Aurelio Claudio, 156, 165, 195, 233  
 Marco Aurelio Numerio Caro, 177, 178  
 Marco Aurelio Probo, 175, 177  
 Marco Casiano Latino Póstumo, 154, 160, 184  
 Marco Claudio Tácito, 116, 144, 175, 196  
 Marco Julio Filipo, 127-129, 136, 149, 200, 248  
 Marco Opelio Macrión, 104-108, 114, 115, 122, 127, 169, 186, 198, 201  
 Marco Valerio Maximiano, 82  
 Masozzi, 370  
 Maurício, 499  
 Maximiano, *véase* Aurelio Maximiano  
 Maximiano Hércules, *véase* Aurelio Maximiano  
 Máximo, 407, 408  
 Maximino Daza, 228, 229, 231, 232, 236, 238  
 Maximino el Tracio, 113-115, 125, 126, 149, 175, 186  
 Májimo, *véase* Magno Májimo  
 Máximo de Efezo, 288, 290  
 Mayoriano, 442-445, 475  
 Magbe, Robert, 32  
 Murphy, capitán, 119  
 Murphy, Cullen, 516  
 Narés, 224, 225  
 Narés, eunuco de Justiniano, 491, 492, 495  
 Nehru, Jerusalán, 32  
 Nepote, *véase* Julio Nepote  
 Publio Licinio Valeriano, 136, 137, 150, 153, 163, 173  
 Publio Valerio Comenón, 115  
 Palquería, 385, 386, 415, 449  
 Pupieno, 126, 187  
 Quentilo, 156  
 Radegisio, 372, 374, 378  
 Regina, 49, 64  
 Racimero, 442, 444-446, 455, 475, 476  
 Romano, 309-311, 330  
 Rómuló, 25, 55  
 Rómulo Augústulo, 25, 38, 456  
 Roma, 103  
 Rua, 400, 401  
 Rufino, 366, 369  
 Sabatino, Petri, 482  
 Salino Juliano, 178  
 Salviano, 439  
 San Agustín, 32, 411, 433  
 San Ambrosio de Milán, 352, 353, 450  
 San Pablo, 52, 130  
 San Patricio, 436  
 San Pedro, 130, 350, 351  
 San Severino, 453, 454  
 Sapor I, 127, 128, 136, 137, 163, 164, 178-181, 235, 249, 292-294, 296, 298, 299, 487  
 Sapor II, 248, 291, 292, 343, 343  
 Soro, 373, 379, 382  
 Sadá, 122  
 Sejano, 104  
 Septimio Odamato, 164-168, 173, 180, 200  
 Septimio Severo, *véase* Lucio Septimio Severo  
 Septimio Zabala, 168  
 Nepotiano, 254  
 Nerón, 54, 78, 84, 110, 111, 130, 131, 241, 262, 393, 510  
 Nerva, 72, 77  
 Nicomeda, 52  
 Numeriano, 210  
 Numerio, 177  
 Octaviano, 55, 56  
 Octavio, 99  
 Odamato, *véase* Septimio Odamato  
 Odosero, 25, 456, 457, 466, 472  
 Olibrio, 453  
 Olimpio, 377, 378  
 Osoegio, 405, 407  
 Orestes, 449, 456  
 Osián, 42  
 P. Herenio Desipio, 151  
 Pablo de Samosata, 174, 234  
 Paladio, 310, 311  
 Pap, 343  
 Papak, 122  
 Pélagio, 433  
 Perkins, Ward, 38  
 Pertinax, *véase* Publio Helvio Pertinax  
 Petronio Máximo, 416, 440-442  
 Plantiano, 94, 95  
 Plinio el Joven, 52, 66, 131, 132, 189, 311  
 Plinio el Viejo, 71  
 Póstamo, *véase* Marco Casiano Latino Póstamo  
 Prisco, 200, 404-408  
 Probo, *véase* Marco Aurelio Probo  
 Procopio, 42, 296, 300, 306, 307, 315, 316, 338, 380  
 Publio Helvio Pertinax, 80-83, 90, 91, 94, 101, 202, 210, 510, 524  
 Septimio Zabala, 168  
 Serapio, 281  
 Serena, 367, 378, 381  
 Severo, *véase* Lucio Septimio Severo  
 Severo Alejandro, 169, 201  
 Sidonio Apolinar, 451-455, 463, 467  
 Sólamo, 255, 258-262, 267, 268  
 Soemias, 106, 107, 114  
 Tácito, *véase* Marco Claudio Tácito  
 Teodora, esposa de Constantio, 230, 232, 252  
 Teodora, esposa de Justiniano, 482, 483, 490, 496, 497  
 Teodorico I, 384, 414  
 Teodorico II, 441, 443, 451, 457, 460, 464, 466, 467, 471  
 Teodosio I el Grande, 330-335, 337, 341, 343, 344, 350-356, 366-369, 383, 440, 475  
 Teodosio II, 375, 385-387, 401, 411, 415, 440, 445, 450, 455, 476, 496  
 Terencio, *véase* Julio Terencio  
 Terencio Marciano, 176  
 Tertuliano, 131, 132  
 Tétrico, 157, 171, 172  
 Tiberio, 104, 125, 130, 201, 462, 499  
 Tiberio Claudio Cogidabeno, 422, 423, 436  
 Timariteo, *véase* Cuyo Timariteo  
 Torila, 492  
 Trajano, 54, 57, 58, 72, 77, 94, 111, 131, 132, 139, 187, 199, 242, 295  
 Tucídides, 29  
 Ufilas, 355, 356  
 Ulpiano, 113  
 Ursicino, 261, 262, 267, 279, 280  
 Vibalao, 165, 167-169, 171  
 Valomerio, 279, 345

Vahran II, 178

Valao, 82

Valente, 305-309, 312, 314-316, 318-321, 326-330, 335, 338, 339, 343, 345, 348, 350, 355, 367

Valentiniano I, 305, 306, 310, 313, 314, 316, 330, 338, 339, 423

Valentiniano II, 314, 333, 334, 337, 352, 355, 375, 384

Valentiniano III, 385, 386, 409, 411-413, 416, 440, 441, 455

Valeriano, *véase* Publio Licinio

Valeriano

Valia, 383, 384

Vespasiano, 63, 262

Vetranio, 254

Victorino, 154, 157

Vigilas, 407

Wagner, Richard, 412

Washington, George, 32

Zenobia, 165, 167-174, 180, 187

Zenón, 456, 457, 470-472, 476-478

Zerco, 407

Zósimo, 273, 373, 378, 429

\* \* \*

<sup>8</sup> Saws, véase Ausonio, *Mosella* 2.361-363, con A. Wilson, «Machines, Power, and the Ancient

<sup>1</sup> Salviano, *De Gubernatione Dei* 4.30, con J. Bury, *History of the Later Roman Empire from the Death of Theodosius I to the Death of Justinian* (1958), p. 308.

# Fiction Book Description

## Title Info

genre: Historia Antigua

author: Adrian Goldsworthy

title: La Caída Del Imperio Romano

## Document Info

program used: Book Designer 5.0

id: BD-B1608D-06ED-8746-5588-96C4-7F58-592D81

version: 1.0

## Publish Info

publisher: La Esfera de los Libros

city: Madrid

year: 2009

This file was created with BookDesigner program

[bookdesigner@the-ebook.org](mailto:bookdesigner@the-ebook.org)

01/04/2012

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; [msh-tools.com/ebook/](http://msh-tools.com/ebook/)